LA GUERRA DE VIETNAM

UNA HISTORIA ORAL

CHRISTIAN G. APPY

Ésta es la primera historia de la Guerra de Vietnam que se escribe a partir de la experiencia vivida de los dos bandos en lucha. Reuniendo los testimonios de más de un centenar de participantes, que van desde quienes dirigían los combates, como el general norteamericano Westmoreland y el vietnamita Vo Nguyen Giap, hasta aviadores, guerrilleros o agentes de la CIA, sin olvidar las víctimas civiles, y encuadrándolos dentro de una interpretación que toma en cuenta los más recientes resultados de la investigación histórica, Christian G. Appy ha construido un impresionante retablo de la guerra: un relato que resulta, a la vez, fascinante y estremecedor, y que desmiente muchos de los tópicos que hasta hoy se venían contando.

Christian G. Appy

La guerra de Vietnam

Una historia oral

ePub r1.3

Rob_Cole 27.11.2017

Título original: *Patriots: The Vietnam War Remembered from All Sides*

Christian G. Appy, 2003

Traducción: Martín Aldalur Balbas

Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole

Corrección de erratas: el nota y Vctrsnts

ePub base r1.2

Para Shirley K. Appy

Mapas

SUDESTE ASIÁTICO 1954-1975
Río Rojo
CHINA
VIETNAM DEL NORTE
(República Democrática de Vietnam)
Hanoi
Haiphong
Dien Bien Phu
Delta del río Rojo
Golfo de Tonkin
LAOS
Thanh Hoa
HAINAN
Llanura de las Tinajas
Vinh
Vientiane
Udon Thani (Udorn)
Nakhon Phanom
Dong Hoi
Quang tri
Hue
TAILANDIA
Da Nang
Quang Ngai
Pleiku
CAMBOYA
Qui Nhon
Valle de la Drang
Bangkok
VIETNAM DEL SUR
Golfo de Siam
Phnom Penh
Nha Trang
Tay Ninh
Cu Chi
Bien Hoa
Saigón
Rio Mekong
Can Tho
Peninsula de Ca Mau
Selva de U Minh
Soc Trang
Delta del río Mekong
Mar de China del Sur
Con Son
N
W
E
S
0
200
400 kilómetros
0
100
200 millas

VIETNAM DEL SUR 1954-1975
VIETNAM DEL NORTE
DMZ
Paralelo 17
N
O
E
S
Con Thien
Dong Ha
Quang tri
Khe Sanh
Hue
Da Nang
Primer Cuerpo
TAILANDIA
LAOS
Chu Lai
My Lai
Dak To
Kontum
Pleiku
An Khe
Qui Nhon
Tuy Hoa
Rio Mekong
CAMBOYA
Ban Me Thuot
Segundo Cuerpo
Nha Trang
Dalat
Bahia de Cam Ranh
Phnom Penh
An Loc
Tercer Cuerpo
Tai Ninh
Ben Suc
Bien Hoa
Cu Chi
Xuan Loc
Saigon
My Tho
Vung Tau
Ben Tre
Cuarto Cuerpo
Can Tho
Golfo de Siam
Soc Trang
Delta del rio Mekong
Mar de China del Sur
Ca Mau
Peninsula de Ca Mau
Con Son
0 100 200 kilometros
0 50 100 millas

Prólogo

Hace cinco años comencé a viajar por Estados Unidos y Vietnam para entrevistar a personas de todos los bandos de una guerra que enfrentó a dos naciones, generó amargas hostilidades en ambas, despertó alarma global y desencadenó el conflicto más costoso y destructivo desde la segunda guerra mundial. Quería explorar el vasto espectro de recuerdos de la guerra que rara vez aparecen juntos entre las tapas de un mismo libro.

En Estados Unidos, hoy en día, «Vietnam» es sinónimo de la guerra más larga y que más división ha generado. Se suele recordar poco más que como un cliché político y mediático, una referencia simplista a una guerra controvertida que terminó mal en un tiempo de confusión nacional, una historia que se debe evitar en el futuro. Para muchos estadounidenses, el sentido de la guerra se reduce al monumento a los veteranos de Vietnam en Washington D. C. donde nos solemos mantener en silencio, llenos de emoción pero sin saber cómo convertir nuestras reflexiones íntimas en un mayor compromiso con este tema tan desalentador. Ahora que dos de cada cinco estadounidenses han nacido después de que la lucha terminara, un número creciente de nuestros ciudadanos y ciudadanas basan la mayoría de sus reflexiones en las películas de Hollywood, que no nos dicen casi nada sobre cómo empezó, por qué generó tanta oposición o por qué duró tanto.

¿Qué le pasaría a nuestra noción de la guerra de Vietnam si simplemente comenzáramos a escuchar relatos de los veteranos estadounidenses junto a los de los vietnamitas contra quienes lucharon? ¿Qué ocurriría si viéramos aquellas lejanas luchas en la selva a través de los ojos de gente que sentía el campo de batalla como su hogar y llamaba a aquella lucha épica «la guerra estadounidense»? ¿Cómo podría ampliarse nuestro entendimiento si escucháramos a los políticos que participaron en la toma de decisiones e hicieron que la guerra se expandiera y prolongara, y a los generales encargados de ejecutarlas? ¿Y si tuviéramos en cuenta a los periodistas que cubrieron la guerra, a la militancia antibelicista que intentó pararla, a las

enfermeras y médicos que se ocuparon de los heridos y a la variedad casi ilimitada de personas cuyas vidas fueron barridas en aquel cataclismo complejo y enorme que mató a unos tres millones de personas?

Estas preguntas me embarcaron en un viaje a través de 25 estados americanos y a lo largo y ancho de Vietnam: desde las afueras de Boston a un *parking* de camiones en Montana, de una aldea en Cu Chi a una oficina del Senado en Washington, de un pequeño pueblo minero en Appalachia al palacio presidencial de Hanoi, de «Little Saigon» en Westminster, California, al antiguo Saigón, ahora llamado Ciudad Ho Chi Minh.

Al final, había entrevistado a 350 personas. Algunas eran destacadas personalidades, como los generales de cuatro estrellas William Westmoreland y Vo Nguyen Giap; el Consejero de Seguridad Nacional del presidente Lyndon Johnson, Walt Rostow; el diplomático Nguyen Thi Binh; el analista del Pentágono Daniel Ellsberg, convertido en activo antibelicista; el jefe de personal de Nixon, Alexander Haig; el senador y prisionero de guerra John McCain; el cineasta Oliver Stone y los escritores Tim O'Brien y Le Minh Khue. Pero la mayoría de la gente que aparece en el libro es poco conocida, como Henry Prunier, un estadounidense que se lanzó en paracaídas en Vietnam en 1945 para entrenar a la guerrilla de Ho Chi Minh; Luyen Nguyen, perteneciente a un «comando perdido» survietnamita y prisionero durante 21 años; Roger Donlon, un capitán de los Boinas Verdes que recibió la primera medalla de honor de la guerra; Sylvia Lutz Holland, una enfermera que atendió a cientos de heridos, incluido un colega herido de muerte; Le Cao Dai, un cirujano norvietnamita que operaba en un hospital de campaña bajo una pequeña luz alimentada por un generador de bicicleta; Anne Morrison Welsh, cuyo marido se prendió fuego hasta morir como protesta contra la guerra; Barry Zorthian, un funcionario a cargo de los informes de guerra diarios en un periódico de Saigón, y Luu Huy Chao, un piloto de MiG que participó en combates aéreos contra aviones estadounidenses en los cielos norvietnamitas.

Desde la década de los sesenta se han publicado miles de libros sobre la guerra. Por relevantes que sean algunos de ellos, la mayoría se centra en hechos o grupos particulares. Tenemos biografías y novelas de veteranos, estudios de políticos estadounidenses, historias militares, crónicas del movimiento antibelicista y una variedad de relatos de origen vietnamita. Aunque hayamos dividido la guerra, casi instintivamente, en categorías separadas, la experiencia de cada individuo estaba, de hecho, conectada

indisolublemente a la de muchos otros de los que poco o nada se sabía. Reunirlas nos permite tener una visión de la guerra en todo su significado y a gran escala.

De cualquier manera, no es un camino fácil de recorrer. Incluso en Vietnam, donde la historia de la guerra es más evidente, ésta ha sido principalmente relegada a los museos, monumentos conmemorativos, puntos turísticos y tiendas de *souvenirs*. En las esquinas de las calles de Hanoi y Ciudad Ho Chi Minh, los niños que venden postales también pregonan dos grandes novelas sobre la guerra: *El dolor de la guerra*, de Bao Ninh, y *El americano impasible* de Graham Greene, pero prácticamente todos los ejemplares están en inglés y dirigidos a los turistas. A una hora de Ciudad Ho Chi Minh se pueden visitar los famosos túneles de Cu Chi, donde la guerrilla del Vietcong durmió, cuidó a sus heridos, planeó ataques y se escondió de los bombardeos estadounidenses. Se puede gatear a través de cámaras subterráneas, especialmente ensanchadas para que los occidentales puedan pasar.

Muchos de los turistas estadounidenses que conocí en Vietnam contaban sorprendidos lo amigables que son los vietnamitas, que aparentemente no muestran resentimiento alguno relacionado con la guerra y que parecen haberla superado con éxito. Aunque parciales, son importantes observaciones. Al fin y al cabo, casi dos tercios de la población vietnamita nació después de la victoria comunista en 1975. A algunos vietnamitas les preocupa que las nuevas generaciones no muestren suficiente respeto por los sacrificios que hicieron sus mayores durante la guerra. Un amigo vietnamita me dijo, con cierta consternación y perplejidad, que el periódico *Tuoi Tre* («*Juventud*») llevó a cabo un sondeo en 2001 preguntando a la juventud por el nombre de sus ídolos y Bill Gates, el jefe de Microsoft, por poco superó a Ho Chi Minh, el fundador del Partido Comunista Indochino y padre virtual del Vietnam moderno.

Historias como ésta indican el poder de la economía global; en las ciudades vietnamitas es fácil encontrar otro tipo de pruebas: hoteles de lujo, moda occidental, móviles y jóvenes empresarios vietnamitas, por sólo nombrar algunos. Sin embargo, en el interior de Vietnam se mantiene una cultura profundamente enraizada y con una fuerte conciencia histórica. La inmensa mayoría de los vietnamitas todavía depende del campo y de sus familias para su supervivencia, y el cultivo del arroz sigue siendo su actividad principal. La media de ingresos mensuales asciende a treinta dólares. Incluso

en las familias urbanas se mantiene un arraigo tan fuerte a la vida en familia que casi nadie vive solo. La tradición familiar es quizá, en sí misma, el canal de transmisión más potente de la conciencia histórica. Cada hogar mantiene un santuario ancestral con fotografías de los padres y abuelos fallecidos. Como prácticamente todos esos hombres y mujeres tuvieron que soportar años de guerra, esos santuarios son, de hecho, monumentos familiares que conmemoran la guerra, constantes recordatorios del pasado bélico vietnamita.

No lejos de la atracción turística de los túneles de Cu Chi se ubica un gran monumento con los nombres de los vietnamitas que murieron en esta región relativamente pequeña —unos mil kilómetros cuadrados— combatiendo a los estadounidenses y sus aliados survietnamitas. Aparece aproximadamente la misma cantidad de nombres que en el Monumento a los Veteranos en Washington. Si EE. UU. hubiera perdido la misma proporción de población que Vietnam, en el Muro de Washington no habría 58 193 nombres sino, como mínimo, doce millones. Casi todas las familias continúan sintiendo el peso de la historia de la guerra.

La compleja relación entre el Vietnam de hoy día y su historia me golpeó un día de camino a una reunión con unos veteranos vietnamitas de la guerra estadounidense. Yo iba a hacer las preguntas y mi acompañante, Hoang Cong Thuy, traduciría. Las calles de Ciudad Ho Chi Minh estaban atestadas de todo tipo de vehículos imaginables —motocicletas, coches, autobuses, camionetas y bicicletas que intentaban abrirse camino en el tráfico matutino. Sonaban miles de bocinas y tenía que acercarme para escuchar las palabras de Thuy. Habíamos doblado la calle Tran Hung Dao, llamada así en honor a un comandante vietnamita del siglo XIII. En 1284, trescientos mil mongoles habían llegado desde China para invadir Vietnam. El ejército de Dao, superado en número, había perdido varias batallas. El emperador vietnamita le preguntó a su general si no era mejor capitular. Todavía se recuerda en Vietnam la respuesta de Dao. «Su Majestad», dijo, «si quiere rendirse, córteme a mí la cabeza primero». Así continuó la lucha y llevó a sus tropas a la victoria. Utilizó las tácticas militares de Ngo Quyen, otro reverenciado militar que había vencido a los chinos tres siglos antes. Dirigió a sus hombres con una especie de lanzas puntiagudas de hierro al río Bach Dang —un canal sujeto a mareas cercano a la actual ciudad de Haiphong—, y les ordenó que se retiraran con la marea alta después de haber sumergido las lanzas, atrayendo así a los mongoles sobre éstas. Cuando la marea comenzó a bajar, los vietnamitas obligaron a la flota mongola a retroceder sobre las lanzas,

hundiendo los barcos. Después el enemigo fue aniquilado y expulsado del país.

De repente el taxista dio un frenazo y una pareja joven que circulaba en una motocicleta chocó contra la parte trasera de nuestro vehículo. No hubo ningún herido, pero una luz de freno se había roto y nuestro taxista exigió una compensación inmediata. Thuy ayudó a negociar un acuerdo, nos marchamos y nos pusimos a buscar temas que nos mejoraran el ánimo. No fue muy difícil porque, como muchos vietnamitas, Thuy prefería hablar del presente. Habíamos pasado juntos muchos días antes de que me contara que había perdido a dos familiares en el «bombardeo de Navidad» de 1972, ordenado por el presidente Richard Nixon sobre la capital norvietnamita de Hanoi y su principal puerto, Haiphong.

Estaba algo desconcertado cuando, sin motivo aparente, Thuy se dirigió a mí y me dijo: «¿Te das cuenta de que somos la única nación en el mundo que ha derrotado a tres de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU?». No, admití, la verdad es que nunca se me había ocurrido pero, en efecto, los vietnamitas habían expulsado a China, Francia y EE. UU. de su territorio. La pregunta de Thuy me remitió, drásticamente, a momentos destacados de la historia de Vietnam que me hicieron caer en la cuenta de que no estaba ante un pequeño y lejano país en el otro extremo del mundo, sino en un epicentro del conflicto global, rodeado de un pueblo cuya historia abarca dos milenios y se cruza con la de todas las grandes potencias.

Para muchos vietnamitas, la «guerra del Vietnam» no es un hecho aislado, sino una larga cadena de guerras de independencia que comenzó en el año 40 cuando las hermanas Trung lideraron la primera insurrección contra la dominación china. No fue hasta 1428, tras decenas de guerras, cuando Vietnam consiguió establecer su independencia respecto a China de forma permanente. Los misioneros franceses comenzaron a llegar en el siglo XVII y dos siglos después, en 1883, Francia tomó oficialmente posesión sobre Vietnam, abolió su nombre y lo dividió en tres partes. La resistencia a la dominación francesa aumentó en el siglo siguiente, culminando en una guerra brutal que duró ocho años (1946-1954). Tras una gran victoria vietnamita en Dien Bien Phu, la guerra terminó con un tratado de paz alcanzado en Ginebra. La guerra contra los franceses había sido encabezada por el Partido Comunista Indochino, pero también por muchos otros nacionalistas que no se adscribían al comunismo. En los últimos años de la guerra, Estados Unidos proporcionó una enorme ayuda militar a los franceses. Desde ese momento,

muchos vietnamitas vieron a Estados Unidos como un enemigo en su objetivo por conseguir la independencia, y a la guerra estadounidense como una consecuencia directa de la guerra contra los franceses.

En 1954, en Ginebra, las grandes potencias decidieron dividir Vietnam temporalmente a la altura del paralelo 17. La idea no era crear dos Vietnams separados, Norte y Sur, sino establecer las condiciones de paz que permitirían la reunificación mediante las elecciones de 1956. Sin embargo, aquellas elecciones nunca se llevaron a cabo porque Estados Unidos intervino para construir y reforzar lo que se esperaba que fuera un Vietnam del Sur no comunista. Sin embargo, los comunistas tenían un apoyo importante en todo Vietnam, y se marcaron el objetivo de derrocar al gobierno apoyado por Estados Unidos, el régimen de Saigón, capital del nuevo país.

Para la mayoría de los estadounidenses, Vietnam ni siquiera fue un nombre familiar hasta mediados de los años sesenta, cuando su nación intensificó dramáticamente la intervención militar. Pocos sabían que Estados Unidos había estado implicado en Vietnam desde la década de 1940, o que había presidido la creación de Vietnam del Sur. En cambio, pensaron que su país había entrado en una guerra ya iniciada cuyos orígenes eran misteriosos. Los líderes estadounidenses aducían la necesidad de nuestras tropas para ayudar a una pequeña democracia luchadora de Vietnam del Sur a mantener su independencia de una agresión comunista externa lanzada desde Vietnam del Norte y diseñada por la Unión Soviética, y la China comunista, y afirmaban que si Estados Unidos no lograba evitar el despegue comunista, un país tras otro caería en el poder de los enemigos de Estados Unidos durante la Guerra Fría. Estos argumentos tuvieron gran resonancia en la cultura política estadounidense en la década de 1950 y principios de la década de 1960, y hubo un amplio apoyo popular a la intervención en Vietnam que persistió a lo largo de años de escalada ascendente.

Sin embargo, con el paso del tiempo más estadounidenses han ido creyendo que sus líderes los confundieron —e incluso les mintieron— sobre las realidades de la guerra. Muchos concluyeron que Vietnam del Sur no era ni una democracia ni una nación independiente sino un régimen corrupto e impopular completamente dependiente del apoyo de EE. UU., que preservarlo no era vital para la seguridad nacional y que el propio Estados Unidos estaba actuando como agresor. Incluso muchos que apoyaban los objetivos de la política de EE. UU. comenzaron a preguntarse si eran alcanzables y si valían la pena. Hacia el final de la década de 1960, la guerra había llegado a ser la

más impopular de la historia, produciendo un movimiento antibelicista sin precedentes.

I. Presentaciones

1

Los mandos

BERNARD TRAINOR

«El alcalde de Danang resultó ser un agente doble».

Es una mañana radiante de primavera en Lexington, Massachusetts, donde se inició la Revolución Americana. Bernard y Peggy, su mujer durante cuarenta años, viven en un dúplex relativamente modesto en un barrio próspero de las afueras con edificios magníficos. Tienen cuatro hijas que ya no viven con ellos. Este teniente general retirado de setenta años, vestido con una sudadera granate, enciende un puro y se sienta en su butaca. Sus amigos le llaman «Mick».

Aunque hayan pasado treinta y dos años desde su estancia en Vietnam y diecisiete desde que se retiró del cuerpo de marines, el general Trainor ha seguido de cerca las crisis militares y políticas más recientes. Durante la década de 1980 se ocupó de temas militares en el New York Times y durante la de 1990 fue profesor en la Kennedy School of Government y escribió un libro sobre la guerra del Golfo Pérsico. Todavía aparece ocasionalmente en televisión como analista militar. A pesar de sus múltiples ocupaciones desde la década de 1960, su mente y sus emociones todavía siguen fuertemente ligadas a Vietnam, donde sirvió en dos ocasiones. En 1965, mientras el número de soldados estadounidenses en Vietnam aumentaba de veintitrés mil a casi doscientos mil, se le asignó un programa ultrasecreto de ataques furtivos survietnamitas contra la costa de Vietnam del Norte, como parte de la guerra encubierta iniciada en 1961. En 1970 regresó para desempeñar un papel más convencional, al mando de un batallón de infantería. Durante el año siguiente la mayoría de los marines estadounidenses fueron retirados de Vietnam.

Crecí en la zona sur del Bronx, a poca distancia del estadio de los Yankees

y al otro lado del río frente al Campo de Polo. En el instituto fui probablemente uno de los pocos que lamentaron el fin de la segunda guerra mundial. Me moría por estar en el ejército, así que en cuanto me gradué en 1946 me alisté en los marines. Dada mi educación católica en el seno de una familia irlandesa en la zona obrera del Bronx, el régimen estricto de los marines no me impresionó demasiado.

El Cuerpo de Marines me envió a la Universidad de Holy Cross. Nunca olvidaré la primera semana de clases. Respondí a una pregunta y el padre Joe Curran, un profesor jesuita, insistió: «¿Por qué?». Había crecido en un mundo en el que aprendías a obedecer y a no preguntarte el porqué. Los jesuitas fueron responsables de mi progreso intelectual a partir de aquel momento.

Ya antes de ir a Corea leí cosas sobre la lucha de los franceses en Indochina, y a principios de la década de 1960 uno de mis trabajos fue desarrollar tácticas de reconocimiento específicas para el Sudeste Asiático. Se palpaba la sensación de que podíamos acabar allí y todos pensábamos que eso sería lo correcto. Nos enardecían las palabras de Kennedy: teníamos que soportar una carga, pagar un precio por la libertad. Veíamos el comunismo como un dragón monolítico que controlaba todo el territorio euroasiático. Para nosotros no había ninguna diferencia entre el comunismo chino y el soviético. Habíamos sido testigos del intento comunista de apoderarse de toda Corea, habíamos visto lo que habían intentado hacer en Filipinas con los Huk —un movimiento insurreccional de base campesina dirigido por los comunistas—, en Indonesia con el PKI [el Partido Comunista Indonesio], y ahora contemplábamos el intento de apoderarse de Indochina. Para nosotros no se trataba de una guerra patriótica o de liberación nacional sino de la impía expansión comunista, y participábamos en una guerra santa para detenerla y darle a la incipiente democracia survietnamita la oportunidad de echar raíces.

En 1965 me destinaron a Vietnam como asesor del Grupo de Estudios y Observación, que en realidad no era sino un nombre inventado para encubrir los ataques encubiertos a Vietnam del Norte organizados por la CIA. Actuábamos desde una base secreta al pie de la montaña del Mono, cerca de Danang. Íbamos vestidos de civil, sin rangos ni insignias. Borramos con una lima el número de serie de las armas, la mayoría de fabricación extranjera: metralletas K suecas, por ejemplo. Teníamos unas lanchas rápidas noruegas fantásticas, con enormes motores Rolls Royce, para trasladarnos al norte.

Los capitanes y la tripulación eran vietnamitas. La mayoría eran católicos del norte huidos al sur, descontentos con el régimen comunista. Teníamos

grupos especiales de ese tipo de survietnamitas para las incursiones. Normalmente los descubrían porque los norvietnamitas ejercían un control muy riguroso de sus costas y a nuestros soldados sólo les interesaba cobrar el sueldo y no arriesgarse a que les pegaran un tiro.

Como los estadounidenses no podíamos acompañar a esos grupos —no voy a negar que alguna vez lo hicimos—, les faltaba que alguien con carácter los impulsara a ser más agresivos. Una cosa que aprendí de los survietnamitas era que siempre le daban al enemigo la oportunidad de escapar. Cuando nosotros entramos en acción, el objetivo era «matarlos a todos», pero esa idea de la aniquilación no formaba parte de su cultura y había que tenerlo en cuenta a la hora de diseñar cualquier plan.

El servicio de inteligencia de Saigón identificó en la costa del norte un supuesto centro de descanso y recuperación del mando del Vietcong, pero el capitán vietnamita de la lancha dijo que se trataba de un hospital de leprosos. Como mis espías habían dicho que se trataba de un centro de descanso y recuperación, para mí era así y punto. Enviamos un grupo para que lo destruyera y mataron a mucha gente. Finalmente resultó ser un hospital de leprosos, como había dicho el oficial vietnamita.

Nunca olvidaré su mirada cuando volvimos. Hablaba por sí sola. Se dirigió a mí y dijo simplemente: «hospital». Aquello le hizo un daño terrible a nuestra credibilidad. La gente que enviábamos al norte confiaba en la precisión y fiabilidad del espionaje estadounidense. No necesito explicar que después de aquello no querían volver a desembarcar. Siempre encontraban alguna razón para no hacerlo: que los perros ladraban o los gansos graznaban, que la playa estaba vigilada, etc. Habían perdido la confianza en nosotros.

A pesar de esas dificultades, yo pensaba que nuestras operaciones iban bastante bien. Se trataba principalmente de una guerra psicológica contra el Norte y les habíamos dado más problemas de los que podíamos imaginar. Regresé de Vietnam en 1966, tan convencido de la nobleza de nuestra causa como cuando llegué. Aunque se trataba de una guerra más difícil de lo previsto, estaba convencido de que la íbamos a ganar.

Cuando volví en 1970 estaba decepcionado porque en el intervalo transcurrido habíamos podido comprobar que la «incipiente democracia» survietnamita era corrupta e inmoral. Además, éramos conscientes de que nuestros enemigos actuaban en parte movidos por el nacionalismo y anticolonialismo, no sólo por el comunismo, que además no parecía ser tan

monolítico como antes pensábamos.

Entre mis dos servicios en Vietnam di clases en la Escuela del Alto Mando. Allí podías constatar la desilusión y tristeza de los oficiales que volvían de Vietnam con respecto a la estrategia de Westmoreland[1]. Matábamos comunistas pero también civiles inocentes y nos destruíamos a nosotros mismos.

En 1970 asumí el mando del 1.er Batallón del 5.º Regimiento de Marines. Realizábamos operaciones de reacción rápida desde la colina 34, cerca de Danang. Aprestábamos a diario una flota de helicópteros y sobre la base de los informes de inteligencia atacábamos emplazamientos enemigos, tanto confirmados como simplemente sospechosos. Tenía decidido que si al aterrizar junto a nuestro objetivo no hacíamos contacto, debíamos retirarnos y volar a otro lugar. No quería que mi gente anduviera deambulando por un campo lleno de trampas y minas. Si uno manda gente a caminar por los arrozales el único resultado posible es que alguno resulte herido. Tenía que haber una forma mejor de combatir.

Yo quería hacer bien mi trabajo, con el menor número posible de bajas. Clark Judge, el comandante del 5.º Regimiento de Marines, me decía: «Mira, aquí no estamos librando una guerra, sino haciendo una campaña». Si estás librando una guerra haces lo que sea necesario para ganarla. Lo que Judge quería decir por campaña es que era como el ejército colonial británico del siglo XIX en la frontera noroccidental de la India, donde trataban simplemente de mantener lo que no se podía ganar. En cierto modo no hacíamos sino esperar el momento en que nos sacaran de Vietnam.

Al vicecomandante de la división no le gustaban mis métodos; le parecía que no era lo bastante agresivo. Así que le calentó la cabeza a su superior, el general Widdecke, quien me pidió explicaciones: «Dime qué estás haciendo exactamente». Cabía deducir que, de no gustarle mi respuesta, sería relevado de mi puesto. Me habrían destinado a otro en el Estado Mayor, en la retaguardia, y jamás habría llegado a general. Todos habrían interpretado que tenía miedo a hacer frente al enemigo y habría sido el fin de mi carrera.

Afortunadamente, a mitad del interrogatorio nos interrumpió un operador de radio: «Perdónenme, caballeros. Coronel Trainor, su unidad ha hecho contacto». Miré al general Widdecke y me dijo: «Ve con tu unidad». Así lo hice y tuvimos un éxito rotundo que eliminó cualquier peligro de que me relevaran del mando.

La batalla tuvo lugar en una selva remota en las montañas de Que Son. Duró todo el día y toda la noche. Utilizamos dos tipos de aeronaves: los nuevos helicópteros de combate Cobra y los Douglas A-4 Skyhawk que lanzaban bombas Mark 81 de 113 kilos y bidones M-47 con doscientos kilos de napalm cada uno. Cuando acabó el bombardeo envié a mis soldados a reconocer el terreno en busca de alguna entrada a las galerías subterráneas del Vietcong. Un oficial de inteligencia de alto rango que habíamos capturado nos había indicado que en las inmediaciones se encontraba un importante centro de operaciones del Vietcong.

Uno o dos días después dos *snuffies* [marines sin graduación], aburridos del entrenamiento, se apartaron para jugar con un disco de plástico sin que los vieran los oficiales. Lo lanzaban de un lado a otro hasta que fue a parar a unos arbustos. Cuando uno de los marines fue a recogerlo vio la boca de una madriguera que le llamó la atención. La ensanchó con su bayoneta y descubrió que daba a un túnel. Resultó ser una de las entradas al cuartel general de la Zona Especial Quang Da para el área de Hue-Danang-Chu Lai.

Entramos por aquella gatera y nos encontramos con una auténtica obra de ingeniería, algo que no había visto nunca. Debían de haber trabajado como chinos durante años. Era una cueva grandísima, en la que había literas hechas con alambre y bambú para unos doscientos soldados. Disponían de agua corriente gracias a unas cañerías de bambú y también había en varios rincones deflectores de bambú para evacuar el humo y no ser detectados cuando cocinaban. Incluso disponían de una habitación especial para el oficial al mando. Pero el mayor descubrimiento fue unas latas de café de dos kilos, que contenían los expedientes personales de todos los agentes dobles del Vietcong en la Zona Especial de Quang Da. Entre ellos estaba el del alcalde de Danang, que resultó ser un agente doble, y aquél fue mi momento de mayor orgullo. Por lo que pude oír, fue el mayor hallazgo producido en el Primer Cuerpo[2] durante la guerra.

Mucha gente decía que debíamos haber bombardeado el Norte hasta devolverlo a la Edad de Piedra, y en cierto modo eso es lo que tratamos de hacer, pero seguían luchando. No habría servido de nada incrementar la intensidad o el número de los bombardeos. Creo que se puede establecer un paralelismo con nuestra Revolución americana. Como aquellos colonos que querían independizarse de Gran Bretaña, los vietnamitas seguirían luchando por mucho que se les bombardeara. Para los granjeros de las trece colonias la independencia se había convertido en una necesidad absoluta y para

conseguirla empeñaron su vida y su fortuna dispuestos a acabar con el saqueo y las humillaciones a las que los sometía la Corona británica. Se trataba de una guerra a muerte, en la que el ejército de los colonos podía perder una batalla tras otra, pero les bastaba mantener el hostigamiento a los británicos para desgastarlos y acabar venciéndolos. Para los británicos, en cambio, se trataba de una especie de ejercicio periférico. No había ningún sentimiento nacional entre los soldados y menos aún entre los mercenarios. Cuando se produjo la batalla de Yorktown ya estaban muy hartos de todo aquello y en Gran Bretaña había un gran movimiento a favor de poner fin a la guerra. A la larga, la estrategia de los revolucionarios estadounidenses funcionó. Washington insistía en asegurar que, pasara lo que pasase, mantendría las operaciones militares. No podía permitirse el lujo de librar una batalla definitiva, en la que su ejército habría sido destruido. Hostigó a los británicos hasta agotarlos, y eso era, más o menos, lo que los norvietnamitas nos hacían a nosotros.

Al principio creíamos que nos podríamos ganar los corazones de los vietnamitas, pero aquella esperanza se perdió debido a los fallos y la corrupción del gobierno survietnamita y a la estrategia de Westmoreland de «buscar y destruir». Esa estrategia de desgaste se remontaba a nuestra guerra civil, cuando Ulysses S. Grant encontró la clave para la victoria contra el Sur en el uso de vastos recursos humanos e industriales y pulverizó a los confederados. El enfoque de Westmoreland en Vietnam consistía igualmente en ejercer presión hasta aplastar al enemigo, sin más sutilezas. Su idea era localizarlo y matarlo, y por eso el recuento de víctimas se convirtió en una pauta importante para evaluar el éxito en la guerra. El bando que más enemigos matara sería supuestamente el que acabaría venciendo. Pero uno de los problemas básicos era que en Vietnam del Norte había millones de personas dispuestas a morir para expulsar a los estadounidenses y a arrastrarnos al terreno que les era más favorable. Nos causaban bajas y desaparecían. En cierto modo, los estrategas vietnamitas volvieron contra Westmoreland la idea de la guerra de desgaste. Su objetivo era desgastarnos hasta que la opinión pública estadounidense se pusiera abrumadoramente en contra de la guerra, y funcionó. La gente veía que sufríamos una cantidad enorme de bajas sin realizar avance alguno. ¿Adónde nos conducía todo aquello?

En el Cuerpo de Marines pensábamos que la estrategia de desgaste de Westmoreland era lo más estúpido que se podía hacer. Creíamos que la solución estaba en dejar pequeños grupos de marines o soldados en los

pueblos para proteger a la población y ganarnos su confianza. Tenían que respetar su cultura y generar un gobierno legítimo que contara con apoyo popular. La idea era privar a los norvietnamitas y al Vietcong del apoyo que tenían. Los marines intentaron hacerlo mediante lo que llamamos Programa de Acción Civil. Enviamos pequeños grupos a varios pueblos para que vivieran con los lugareños sin retirarse por la noche. El programa tuvo éxito pero Westmoreland rechazó el proyecto. En cualquier caso es poco probable que hubiera funcionado a largo plazo, porque el régimen de Saigón no mostraba intención alguna de mejorar su conducta. En ausencia de un gobierno decente y sin proteger al pueblo, el esfuerzo estadounidense estaba condenado al fracaso. La única opción alternativa era el palo y tentetieso que intentó Westmoreland, pero resultó contraproducente.

En una ocasión Trainor escribió que la guerra de Vietnam le había generado una angustia que todavía llevaba dentro. Cuando le pido que se explique, dice: «Bueno, por ejemplo no me siento capaz de ir a visitar el monumento a los veteranos de Vietnam». Con esas palabras se ahoga. Las emociones parecen inundarlo, pero en unos segundos recobra el control. «La angustia está todavía ahí, y no soy el único que la siente. Supongo que es por toda la desolación y la frustración que vi y por todo lo que sabía. Acabas diciéndote: "Dios mío, cincuenta y ocho mil buenos chicos". Es todo lo que puedo decir. En lo más hondo siento un dolor que no puedo explicar ni controlar. Está siempre ahí y creo que me acompañará durante el resto de mi vida».

DANG VU HIEP

«Con tantos helicópteros parecían invencibles».

Mientras habla, este general retirado hojea un cuaderno repleto de anotaciones: principios tácticos, estadísticas, acontecimientos clave, recordatorios de una historia que ha consumido treinta años de su vida. Es de corta estatura, con el pelo muy corto, casi rapado. Luchó contra las fuerzas estadounidenses en las Tierras Altas de Annam en Vietnam del Sur.

Originario del norte, se unió a la revolución del Viet Minh contra los franceses en 1945 y durante los ocho años siguientes sirvió como comisario político de un batallón. Durante el intervalo entre las guerras contra los franceses y contra los estadounidenses estudió cinco años en la Unión Soviética. En septiembre de 1964, siendo ya teniente coronel, dejó a su mujer y sus tres hijos y cubrió en tres meses el trayecto hasta el Sur por la Ruta Ho Chi Minh. Formó parte del mando de las tropas norvietnamitas desde los primeros enfrentamientos importantes contra los estadounidenses en 1965.

Volvió a su hogar, ya como general, en 1975.

Pasé diez años en las Tierras Altas de Annam. Todos los estrategas militares la consideraban una región crucial; quien las controla controla todo Vietnam. Los estadounidenses también lo percibían, y por eso en 1965, aunque aún tenían pocos soldados en Vietnam, enviaron allí dos divisiones. Nosotros comenzamos con sólo tres regimientos y en 1975 teníamos allí tres divisiones.

Muchos estadounidenses me preguntan por el ataque contra sus tropas en Pleiku el 7 de febrero de 1965, porque a raíz de aquello Johnson ordenó bombardear el Norte y envió más tropas de combate[3]. Algunos estadounidenses aseguran que Hanoi ordenó aquel ataque precisamente para inducir a Estados Unidos a escalar la guerra; afirman que lo hicimos deliberadamente para matar norteamericanos y que planificamos el ataque para el día en que [el Consejero de Seguridad Nacional estadounidense] McGeorge Bundy estaba en Saigón y [el primer ministro soviético] Alexéi Kosyguin en Hanoi.

Nunca entendí por qué el gobierno estadounidense lo entendió como una provocación. Fue una batalla normal, parte de una larga ofensiva durante la estación seca en la región en la que conseguimos importantes victorias contra el régimen de Saigón, liberando la mayoría de las zonas rurales de la provincia de Kontum y la mitad de la provincia de Binh Dinh. Tratando de frenar aquella ofensiva, el régimen de Saigón envió nuevas fuerzas contra nosotros, y como respuesta pequeñas unidades de comando atacaron su cuartel general. Pleiku era el cuartel general de la 23.º División de Saigón, así que se trataba de un objetivo obvio. Sólo enviamos treinta personas y tampoco requirió mucha preparación. De hecho, fue planeado y ordenado por los mandos presentes en la zona, no por Hanoi. Después supe que habíamos matado a nueve estadounidenses y herido a unos ochenta, pero en aquel momento ni siquiera estábamos seguros de que estuvieran en Pleiku. En cualquier caso, nuestro objetivo era destruir al enemigo y no hacíamos distingos entre tropas survietnamitas o estadounidenses; ambas eran enemigas. Con respecto a Bundy y Kosyguin, no supe que estaban en el país hasta años más tarde, cuando lo leí en libros del general Westmoreland y del secretario de Defensa McNamara.

Hace pocos años nos reunimos con Robert McNamara y dijo que si no hubiéramos atacado Pleiku no habrían comenzado los bombardeos estadounidenses, pero nos pareció una afirmación sin fundamento alguno.

Creemos que el gobierno estadounidense utilizó nuestro ataque a Pleiku como pretexto para iniciar pocas horas después unos bombardeos planeados desde mucho antes. ¿Alguien puede creer que tal cosa ocurriera de forma improvisada? Westmoreland escribe en sus memorias que Johnson ordenó planificar el bombardeo en abril de 1964, y de ahí salió el llamado OPLAN 37. Así que el plan de bombardeo existía desde mucho antes del ataque a Pleiku.

En 1965 el gobierno estadounidense envió tropas de combate para evitar la derrota de Saigón. Aquél fue quizá nuestro momento de mayor dificultad. Sabíamos muy poco del ejército estadounidense y muchas cosas eran nuevas para nosotros. A veces teníamos que luchar contra unidades aéreas formadas por cuatrocientos helicópteros. Con tantos helicópteros parecían invencibles. ¿Cómo podíamos hacerles frente? Debatimos acaloradamente cómo debíamos combatir. ¿Debíamos estar a la defensiva o a la ofensiva? Era una pregunta difícil de responder.

Luchar contra Estados Unidos no era fácil. Tuvimos que confiar en nuestra creatividad. Con el tiempo fuimos aprendiendo a hacer frente a las unidades aerotransportadas. Para atacarnos tenían que encontrar un lugar donde aterrizar con los helicópteros, así que empezamos a preparar emboscadas donde pensábamos que podían intentarlo. En la batalla de Ia Drang[4] descubrimos que no podíamos destruir todo un batallón de una vez, sino una compañía tras otra. También aprendimos que allí donde atacáramos al enemigo depositarían nuevas unidades aerotransportadas a nuestra retaguardia, una táctica que denominaban «salto de pídola». En cuanto nos dimos cuenta comenzamos a tender emboscadas en nuestra retaguardia para golpear a los refuerzos estadounidenses. También entendimos la conveniencia de dispersar a las fuerzas enemigas poniéndoles señuelos lejos de sus bases principales. Una vez que se encontraban dispersas podíamos atacar sus puntos débiles.

No habríamos superado todas aquellas dificultades sin la ayuda del pueblo. Todavía recuerdo que en cierta ocasión uno de nuestros soldados estaba herido y no disponíamos de medicinas. Una joven perteneciente a la etnia minoritaria de los Benai se hirió a sí misma para poder ir a pedirlas al puesto enemigo y luego las trajo para atender al soldado herido.

En el Norte, debido a la escasez de comida provocada por la guerra, la gente le agregaba mandioca al arroz. Siempre que era posible pescábamos y cazábamos animales ahora muy protegidos, como tigres, monos y osos. Aun

así, cada soldado tenía que cuidar de quinientas plantas de mandioca para poder proseguir la guerra aunque no cazáramos lo suficiente o no recibiéramos bastante arroz del Norte. Todos, desde los mandos hasta los soldados ordinarios, cultivábamos mandioca, cada año más cerca de nuestro objetivo. Por ejemplo, cuando decidimos bloquear la Autovía 14 empezamos desde muy lejos, pero cada año la cultivábamos más cerca.

En una ocasión en que nos sentíamos muy optimistas compusimos una canción que titulamos «La Ofensiva Mandioca». Era algo así: [Canta] «Por cada mandioca cosechada matamos a un soldado enemigo. / Mil mandiocas cultivadas representan la sangre de un millar de soldados estadounidenses. / Disfrutamos, disfrutamos, disfrutamos tanto…; / amo las plantas de mandioca que cultivo». Tuvimos momentos más altos y más bajos, pasamos penurias pero también buenos momentos. Ahora tengo setenta y dos años, pero creo que aquel período en las Tierras Altas fue de los mejores de mi vida.

2

Héroes de guerra

ROGER DONLON

«En todos los sentidos éramos como bebés armados».

Fue el primer estadounidense que recibió la Medalla de Honor, la máxima condecoración estadounidense, durante la guerra de Vietnam. Fue capitán de los Boinas Verdes y dirigió el campo de fuerzas especiales de Nam Dong, en las montañas al norte de Vietnam del Sur, cerca de la frontera con Laos. En aquella fase de la guerra anterior a la escalada, pequeños grupos de soldados estadounidenses colaboraban con unidades survietnamitas más grandes. Sobre las dos y media de la madrugada del 6 de julio de 1964 un batallón reforzado del Vietcong atacó el campamento de Nam Dong. La batalla duró cinco horas. Según la mención que aparece en su Medalla de Honor, Donlon «corrió bajo una lluvia de disparos y explosiones de granadas […] sin prestar atención a las graves heridas» que tenía en el estómago, en un hombro, en una pierna y en la cara; «guió a sus fuerzas», «aniquiló» personalmente un equipo de demolición enemigo, trasladó a un lugar seguro a los heridos, llevó las armas de una posición a otra, prestó primeros auxilios, dirigió ataques de mortero; todo ello arrastrándose y gateando de un lado a otro por todo el campo. «Su dinámico liderazgo, su fortaleza y valentía no sólo inspiraron al personal estadounidense sino también a los aliados vietnamitas, y permitió una defensa exitosa del campo».

Con sus anchos hombros y su firme mandíbula parece un actor maduro de películas del Oeste. Habla con voz pausada y de vez en cuando se interrumpe para atender a su nieta y para mostrarme una pajarera blanca, roja y azul en el jardín de su casa en Leavenworth, Kansas.

Nuestra misión era asesorar, asistir y entrenar a los vietnamitas. El gobierno central intentaba dar la impresión de que todo el país estaba bajo

control, incluidas las zonas rurales. Habían establecido «aldeas estratégicas» para dar a la población una sensación de amparo bajo un programa dirigido por el gobierno central. Nuestro trabajo consistía en asegurar que aquella gente pudiera defender tales puestos avanzados de libertad esparcidos por todo el país.

Entrenamos a una fuerza de combate vietnamita de unos trescientos hombres, un grupo de defensa civil e irregular. Algunos de ellos eran de la costa, pescadores durante generaciones. De acuerdo con el programa de aldeas estratégicas sus familiares fueron trasladados a las montañas, donde se les indicó que debían construir su nuevo hogar. Pero cuando trasladas a la gente el enemigo sabe lo que está pasando y es inevitable que infiltre a los suyos entre ellos. De los trescientos miembros de nuestra fuerza de combate resultó que unos cien eran simpatizantes del enemigo. Nunca tuvimos conciencia de la magnitud del problema porque nunca se había organizado un verdadero servicio de inteligencia desde el alto mando. En todos los sentidos éramos como bebés armados, trabajando con y contra una cultura con dos mil años de historia. Podían embaucarnos fácilmente.

En el perímetro interno del campo teníamos un grupo de fuerzas especiales compuesto por doce estadounidenses. Ése era nuestro núcleo. También había seis vietnamitas de las fuerzas especiales, que tenían entrenamiento aéreo pero eran delegados políticos y por lo tanto carecían del compromiso usual entre nosotros. Además disponía de mis sesenta mercenarios nung, heredados de la CIA, que los había empleado durante años. Esperábamos poder confiar en los vietnamitas, pero sabíamos que podíamos confiar más en nuestros nung. Se trataba de una etnia minoritaria china que había abandonado la China continental tras la segunda guerra mundial y se había mantenido alejada del comunismo cuando Mao llegó al poder. Cuando en 1954 cayó Vietnam del Norte los nung, ardientes anticomunistas, huyeron al sur. Como nos destinaban a posiciones aisladas necesitábamos una seguridad fiable, y por eso les pagábamos a los nung más que a los vietnamitas.

En el perímetro externo del campo teníamos a nuestras fuerzas de combate vietnamitas. El día antes de que nos atacaran hubo una pelea entre algunos vietnamitas y los nung. Los vietnamitas que pululaban en torno a la empalizada de seguridad comenzaron a apedrear a los nung, y éstos corrieron en busca de sus morteros y ametralladoras. Los vietnamitas dispararon algunos tiros sobre el perímetro interno con sus carabinas, pero el sargento

Alamo se interpuso entre ambos bandos y el tiroteo concluyó. Calculamos que se hicieron unos quinientos dispararos, pero por suerte nadie murió.

Hacia las dos y media de la madrugada, cuando tras finalizar mi ronda del perímetro interno había regresado al comedor, de repente cayó un proyectil de mortero de fósforo blanco. El impacto me hizo atravesar la puerta. En un primer momento pensé que nuestros vietnamitas se estarían enfrentando de nuevo con los nung, pero en realidad era el Vietcong el que nos atacaba. Mi sargento de comunicaciones conectó el transmisor. No había tiempo para andar con códigos, así que dijo en inglés: «Hola, Danang… Llamando desde Nam Dong… Estamos recibiendo un intenso fuego mortero… Solicitamos iluminación con bengalas y ataque aéreo». Escapé de la sala de comunicaciones justo antes de que se incendiara. Con la primera andanada de mortero destruyeron nuestras comunicaciones. El enemigo nos conocía muy bien, sabía exactamente qué objetivos debía destruir y dónde estaban, y por si eso fuera poco la techumbre de nuestras construcciones era de palma y hojarasca, así que el fósforo blanco las hizo arder rápidamente delatando nuestras siluetas cuando tratábamos de movernos.

El cuartel general sabía que nos estaban atacando, pero era el 4 de Julio y todo el mundo estaba celebrando la fiesta. Cuando se decidieron a enviarnos un avión el hangar estaba cerrado y el avión sin combustible, de modo que lo que debería haber sido una espera de veinte minutos se convirtió en horas interminables.

Como comandante del campo una de mis tareas era la de mantener la comunicación y la única manera de hacerlo era yendo de un punto a otro. Sólo podía rezar por mi vida. Diría que un tercio de nuestros vietnamitas del perímetro externo se unieron al otro bando. Cuando comenzó el ataque, lo primero que hicieron aquellos traidores fue degollar o desnucar a quien tenían a su lado, de modo que si creíamos contar con trescientos hombres se redujeron a unos cien, y los que pensábamos que dispararían contra el enemigo lo hacían contra nosotros. La situación se agravó muy pronto al no contar apenas con ayuda fuera del recinto, por lo que la única opción que nos quedaba era resistir.

El Vietcong sacaba ventaja de la oscuridad, y nosotros tratábamos de iluminar la escena. Unos días antes habíamos recibido unas bengalas especiales de alta tecnología. Bastaba quitarles una especie de tapa, golpearlas contra algo duro y se disparaban, dándonos veinte o treinta segundos de luz. Por suerte había cincuenta o sesenta en el emplazamiento de cada uno de

nuestros cinco morteros.

El enemigo rebasó la alambrada. Eran valientes y pensaban que al ser numéricamente superiores podrían derrotarnos fácilmente. Después supimos que un grupo similar había tomado otro campamento de fuerzas especiales la noche anterior. No nos había llegado ni un rumor, lo que muestra lo mala que era la comunicación con el cuartel general.

Al comenzar el ataque, George Tuan, uno de nuestros intérpretes vietnamitas, corrió como un loco hacia el mortero que tenía asignado. Un disparo de 57 milímetros le dio en las rodillas y le amputó las piernas. Continuó avanzando con los muñones. Ésa es una de las cosas que me gustaría olvidar.

Mi trabajo consistía ante todo en asegurarme de que nuestros morteros bombardeaban los puntos clave. Nuestros soldados eran bastante buenos: tenían los morteros colocados en posición prácticamente vertical, lo que era muy peligroso. Algunos de los proyectiles subían hasta trescientos metros y caían a unos veinte metros de nosotros.

Trataba de mantener la cabeza fría, pero las emociones me inundaban. Cuando murió John Houston yo sabía que acababa de recibir una carta de su mujer, Alice, informándole que iban a tener gemelos; después tuvo un parto prematuro, uno de los gemelos murió y fue enterrado con su padre en Arlington. Las bajas de la guerra van más allá del campo de batalla.

Lo que mejor recuerdo es el esfuerzo que hice por salvar a Pop Alamo, nuestro principal suboficial. Tenía cuarenta y siete años y había estado en la segunda guerra mundial y en Corea. Estaba seriamente herido e intenté sacarlo del hoyo de un mortero, pero una explosión nos lanzó de vuelta al hoyo. Pensé que ése era el fin. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero cuando volví en mí Pop había muerto en mis brazos. Lo que te mantiene en momentos como aquél es el amor hacia tus compañeros. Entonces lo llamábamos respeto pero con el tiempo te das cuenta de que se trataba de un amor muy profundo.

A las ocho de la mañana estaba exhausto, herido en el hombro, el brazo, el vientre, una pierna y en algún otro lugar. Hasta respirar me resultaba insoportable y cuando me evacuaron había perdido la conciencia. Me desperté cuando me bajaban del helicóptero. Iban metiendo a los muertos en bolsas y oí que alguien decía: «Ahora ése». Pensó que estaba muerto.

Cuando me dieron el alta en el hospital fui varias veces a la playa, desde

donde se veía un barco con las barras y estrellas; era hermoso y reparador. Dado que sólo estábamos en Vietnam como asesores y colaboradores invitados, el único lugar del país donde podía ondear la bandera estadounidense era en la embajada. Debíamos hacer cuanto pudiéramos para ayudar a los vietnamitas a sentir orgullo por su propia bandera, así que cada mañana se izaba con ceremonia en el centro del campo. Por mucho que deseáramos izar la nuestra no estaba permitido, y eso nos hacía sentir cierta soledad.

TRAN THI GUNG

«Estuve metida en un túnel durante siete días».

Esta mujer, cuyo apellido significa «jengibre», ocupa apenas la mitad de la silla y los pies no le llegan al suelo. Abre un bolso de color beige y saca una foto de 1966 tomada por el fotógrafo Duong Thanh Phong[5] *cuando tenía veinte años, en la que aparece tumbada en un campo soleado, reclinada sobre un codo. Por el hombro le cae una larga trenza negro azabache. Apunta con un fusil. La culata del arma está contra su mejilla y el cañón apoyado en un tronco medio podrido. Tiene el dedo en el gatillo. En un grueso cinturón lleva cartuchos y granadas. «Era miembro de la guerrilla de la aldea Trung Lap Ha, cerca de Cu Chi. Estuve en tantos combates y durante tantos años que posiblemente no pueda recordarlos todos».*

Su pueblo, a sólo cuarenta kilómetros de Saigón, había sido un centro de resistencia contra la dominación colonial francesa a principios de la década de 1950. Para combatir a los franceses los lugareños comenzaron a construir una red subterránea de túneles donde esconderse y almacenar comida y armas. Hacia mediados de los años sesenta esa red tenía cientos de metros. Algunos túneles, con tres niveles de profundidad, albergaban cocinas, salas de estar, hospitales y almacenes.

Los revolucionarios de Cu Chi eran guerrilleros del Sur, del Vietcong, que veían al gobierno de Saigón y a sus soldados como meros «títeres» de Estados Unidos, mientras que Ho Chi Minh («el Tío Ho») y el Norte comunista les apoyaban en su lucha por expulsar a los estadounidenses y derrocar al gobierno.

Durante la conversación Tran Thi Gung menciona de pasada, como un detalle casi irrelevante, que era la única mujer de su unidad.

Cuando estalló la revolución no era más que una niña. En 1962, los soldados títeres vinieron a mi casa y dijeron: «Tu padre estaba en el Vietcong

y por eso lo hemos matado. Ve a recoger su cuerpo». Había ido a una reunión con sus camaradas. Los soldados del Sur rodearon el edificio y mataron a todo el mundo. En aquel mismo momento decidí vengar la muerte de mi padre.

Además, la gente de mi pueblo sufría pobreza y privaciones y la policía y los soldados nos trataban brutalmente. Quería hacer algo por liberar mi país y que la gente tuviera qué comer y con qué vestirse. Entendí que debía proseguir el empeño de mi padre, y por eso en 1963, con diecisiete años, me uní a la guerrilla.

Mi primera batalla contra los estadounidenses fue a finales de 1965 o principios de 1966, cerca del puesto avanzado de Dong Du. Nuestros mandos nos informaron que nos enfrentaríamos a ellos en la aldea de Xom Moi. Para preparar ese tipo de ataques la gente, además de los túneles subterráneos, había excavado trincheras alrededor de muchas aldeas; las llamábamos «cinturones anti-estadounidenses». Llegamos a Xom Moi hacia las cuatro de la mañana para esperarlos. Poco antes de amanecer comenzaron a bombardearnos, pero nos escondimos en los túneles, y en cuanto acabó el bombardeo salimos a las trincheras de combate.

Sabíamos que los estadounidenses no estaban familiarizados con la zona, pero me sentía muy asustada y nerviosa; no era más que una niña y los estadounidenses eran muy grandes. De joven era aún más menuda que ahora. Sabíamos que no les podíamos disparar a mucha distancia; teníamos que esperar a que se acercaran. En cuanto abrí fuego maté a un estadounidense. Cuando cayó, algunos de sus amigos acudieron rápidamente en su ayuda. Alzaron su cuerpo llorando y eso los convirtió en un blanco muy fácil. Desde aquel momento supimos que bastaba herir a un estadounidense para que otros acudieran rápidamente, y entonces podríamos matar a muchos más.

Después de unos minutos se retiraron llevándose a los heridos, pero habían dejado abandonados sus fusiles así que me arrastré y recogí cinco o seis AR-15. Aprendí a utilizarlos en aquella batalla. Poco tiempo después podía con cualquier arma, hasta con los cohetes B-40.

Cuando se retiraron los estadounidenses sabíamos que podían pedir apoyo a su artillería o su aviación, así que cogimos sus fusiles y corrimos a los túneles. Descansamos un minuto y recargamos las armas. En cuanto volvió la calma regresamos a las trincheras. En su segundo avance tuvieron más bajas. Eran blancos tan grandes, tan fáciles, que ya no me daban miedo. Se retiraron

de nuevo y otra vez comenzó el bombardeo, situación que se repitió varias veces a lo largo del día, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Cada vez que se retiraban me arrastraba desde mi agujero para recoger más armamento abandonado. En aquella primera batalla contra los estadounidenses maté a tantos que me premiaron con una condecoración que decía: «Valiente destructora de infantes estadounidenses».

Creo que los estadounidenses perdieron a tanta gente porque aplicaron tácticas convencionales contra nuestras emboscadas y túneles. Sus proyectiles y bombas eran muy potentes y a veces mataban personas en los túneles, pero eso no ocurría tan a menudo como se cree. Las entradas a los túneles de Cu Chi eran tan pequeñas que era muy raro que una bomba cayera dentro. Como decía el Tío Ho, «una cigüeña no puede cagar en una botella, así que con nuestros túneles no deberíamos temer los bombardeos estadounidenses».

Cuando los estadounidenses descubrían la entrada de un túnel la dinamitaban, pero eran tan profundos y sinuosos que no podían causar demasiados daños. Era como un laberinto subterráneo. Muchos túneles tenían apenas la anchura necesaria para arrastrarse por él. Había pocos lugares donde uno pudiera sentarse, y mucho menos ponerse de pie. La mayoría del tiempo vivíamos en la oscuridad. Para las reuniones usábamos lámparas de queroseno, nunca velas. No había suficiente oxígeno y se apagaban muy fácilmente.

Normalmente las estancias bajo tierra no duraban más que algunas horas; al fin y al cabo para luchar teníamos que estar fuera. Pero en una ocasión estuve metida en un túnel durante siete días y siete noches, mientras los estadounidenses no cesaban de bombardear. Al cabo de unos días se nos fueron acabando los víveres, pasamos un hambre y una sed terribles, apenas comíamos unos granos de arroz y bebíamos unas gotas de agua. Cuando acabó el bombardeo se oyó el rugido de los tanques enemigos y accidentalmente cerraron las salidas de los túneles. Con frecuencia los estadounidenses bloqueaban un par de salidas, pero siempre quedaba alguna libre. Esta vez estaban todas cegadas. Afortunadamente teníamos las bayonetas que habíamos conseguido en el campo de batalla y las usamos para abrirnos paso hasta el exterior.

Además de tender emboscadas atacábamos puestos avanzados enemigos. Siempre me ofrecía como voluntaria para introducirme en las bases por la noche, hacer un reconocimiento y dibujar un mapa que nos permitiera planificar el ataque. Una vez asaltamos un puesto del ejército del Sur, el

centro de entrenamiento de Trung Hoa. Era una misión tan peligrosa que el comandante temía por mi vida, así que mi unidad celebró una ceremonia funeraria en mi honor antes de que lo intentara. Aquello se llamaba «misa funeraria por los vivos», pero era exactamente como la ceremonia con la que se honraría a un muerto. Leyeron toda la oración funeraria en mi presencia, mientras yo me limitaba a escuchar. Recitaron mi nombre completo, mi fecha de nacimiento e hicieron un recuento de mis hazañas en la guerra: obtuvo tal y tal medalla, una mención por esto, una condecoración por aquello. Hablaron de lo mucho que les entristecía que hubiera muerto en acción, como si aquello hubiera sucedido realmente.

Para reunir toda la información necesaria tuve que entrar cinco veces en el centro de entrenamiento. Acabé conociéndolo tan bien que pude guiar sin problemas a nuestras fuerzas. Y como era una buena tiradora, comencé el ataque matando, uno por uno, a varios de los hombres de guardia.

Enfrentarse a los soldados del Sur podía ser un trabajo difícil. Teníamos que ser más cuidadosos porque eran vietnamitas y entendían nuestra manera de pensar. Pero cuando atacamos el centro Trung Hoa, tras un breve intercambio de disparos todos los soldados del Sur huyeron para salvar sus vidas. Un chico al que perseguía se detuvo de repente, me miró e imploró: «Hermana mayor, por favor, no me mates». Me di cuenta de que me conocía. Como había crecido en la zona conocía a muchos de aquellos chicos personalmente. Le grité: «¿Dónde está tu arma?». Señaló hacia la orilla del río. Por supuesto no le disparé, ya que se había rendido.

En una ocasión capturé a un estadounidense. En realidad lo capturamos tres de nosotros, pero fui yo la que lo llevé de vuelta a nuestro campamento. Antes de conocer a uno en persona los llamaba a todos «recaderos estadounidenses», pero aquel hombre era muy alto, muy grande y no me atreví a llamarle así. Cuando lo llevé al campamento los jefes se enojaron conmigo por no haberle vendado los ojos. Me dijeron: «¿Por qué no lo has hecho?». No sabía qué contestar. Odiaba al enemigo, pero cuando capturé a aquel estadounidense sentí compasión por él. Me dijeron que le vendara los ojos y usé mi pañoleta a cuadros. Lo enviamos al cuartel general del distrito inmediatamente.

Muchas veces faltó un pelo para que me alcanzaran, pero sólo me hirieron de gravedad en una ocasión. Una esquirla de una granada M79 me dio en la cabeza. No me di cuenta hasta que sentí la cara cubierta de sangre. En el campo de batalla, cuando tu fusil calla tus camaradas saben que te han herido

o te han matado. Cuando se percataron de que había dejado de disparar vinieron a rescatarme. Ya había perdido el conocimiento. Me llevaron a un hospital de la selva donde las heridas cicatrizaron rápido. Estuve allí sólo dos o tres semanas.

Durante la guerra presencié muchas muertes y sufrimiento. No puedo imaginar la cantidad de soldados estadounidenses que maté. Entre otras cosas detoné minas y lancé granadas, que pueden matar a muchos hombres a la vez. También era una excelente francotiradora y participé en innumerables enfrentamientos. Por supuesto, también vi morir a muchos vietnamitas durante la guerra, algunos a mi lado.

Siempre que alguien me pregunta por el sufrimiento de la guerra, esa misma noche tengo una terrible pesadilla en la que revivo aquellas experiencias. Echo mucho de menos a mis camaradas, en muchas ocasiones los veo en sueños. Pero nunca me he sentido culpable por la gente que maté. Estábamos en guerra. ¿No me dispararías si me vieras apuntándote con un arma? Creo que estaba justificado. Pero si fuera a Estados Unidos a matar a gente allí sí que me sentiría muy culpable. Como fueron los estadounidenses los que vinieron a mi país, no me siento culpable.

3

Los que pagaron el precio

TA QUANG THINH

«… tumbado en una camilla que llevaban entre dos personas. Así hicimos todo el camino de vuelta al Norte».

Es un hombre de espaldas anchas y cabello plateado, vestido con un jersey blanco. Está sentado con tres compañeros en el patio de un hogar de inválidos de guerra a unos veinte kilómetros de Hanoi, charlando como hacen otros grupos. Sus sillas son como divanes montados sobre tres ruedas para que puedan descansar las piernas. Thinh fue enviado al sur en 1965 como enfermero. En el frente recibió la formación necesaria para ayudar a los médicos y realizar cirugía menor. «La mayoría de las heridas que traté se debían a proyectiles de artillería. Los bombardeos también causaban muchas heridas de esquirlas y conmociones cerebrales». Él mismo fue herido en la provincia de Tay Ninh en 1967. «Pasé mucho tiempo en aquel lugar tan violento».

Estaba dormido en el hospital de la selva cuando un enfermero me despertó para decirme que la presión sanguínea de Hue había bajado. Hue era uno de los pacientes que se estaba recuperando de heridas graves en la unidad de cuidados postoperatorios, una habitación subterránea improvisada con un tejado a dos aguas hecho de troncos y cubierto con una lona. Salté de la hamaca y fui a verlo. Recuerdo que me puse el fonendoscopio para auscultarlo. Eché un vistazo al reloj y eran casi las once. Es todo lo que puedo recordar.

Más tarde mis amigos me dijeron que nos había alcanzado una bomba lanzada desde un B-52. En la habitación estábamos seis: dos enfermeros, tres pacientes y yo. Cuando se hundió el tejado me encontraba agachado junto a Hue. Me partió la columna y me paralizó desde mitad de la espalda hacia abajo. Me rescataron de entre los escombros a la mañana siguiente. Fui el

único superviviente. Había aire suficiente para respirar y estaba más cerca de la superficie que los demás, por lo que fue más fácil rescatarme.

Permanecí en el Sur otros cuatro años, siempre atendido en el hospital de la selva, deseando únicamente que la guerra acabara pronto. No pude comunicarme con mi familia durante seis años. Aunque hubiera habido un servicio de correos al Sur no nos habrían podido encontrar, porque cambiábamos de lugar continuamente.

En 1971 me pudieron llevar por fin a casa, tumbado en una camilla que llevaban entre dos personas. Así hicimos todo el camino de vuelta al Norte. También iba un tercer camillero que se turnaba con los otros dos. Había muchos puestos en el camino y me iban pasando de un grupo de camilleros a otro. Tardamos siete meses. Está claro que ser transportado así era muy doloroso. Tomaba analgésicos pero no eran de gran ayuda.

Cuando llegué a casa todos, incluido yo mismo, estábamos hartos de la guerra. La aborrecíamos. No sólo era cruel, sino absurda. Unos extranjeros caídos del cielo llegaron a nuestro país y nos forzaron a tomar las armas. ¿No cree que es absurdo? Sólo queríamos prosperar y vivir como los demás. Teníamos que luchar para proteger nuestro país, naturalmente, pero estábamos hartos de la guerra. En el fondo, no nos gustaba. Las pérdidas humanas fueron enormes, y no sólo eso: nuestros ahorros, nuestras casas, nuestros cultivos y animales, todo se lo llevó la guerra. Guardo muchas cosas en la memoria pero no quiero recordarlas. Decir esto suena paradójico, pero es porque no me gusta la guerra. No creo que a nadie le gustara.

«Me casé antes de ir al Sur. Al cabo de varios meses de hospitalización en Hanoi, mi mujer vino a verme». Es reacio a decir nada más, sólo que «ella se ponía muy triste cuando me veía» y que ahora lo visita una vez al año.

GEORGE WATKINS

«Fue probablemente la arena lo que me salvó».

Era soldado raso en la 196.ª Brigada de Infantería Ligera. En abril de 1968 pisó una mina cerca del campo Evans, en la provincia de Quang Tri. Perdió las dos piernas y ambos ojos. Le amputaron las piernas unos centímetros por debajo de la pelvis. Vive con su hermana en la costa Este, en la población de Big Stone Gap, Virginia. «Ella cocina y limpia la casa, pero yo me encargo de mis necesidades personales: subir y bajar del sofá y de la cama, ir al baño…».

Sentado de costado en el sofá, enciende con cuidado un cigarrillo. A su lado tiene la silla de ruedas, con un cenicero incorporado a uno de los brazos. Le da un golpecito al pitillo y la ceniza cae en el cenicero. Me pregunta por mi grabador de minidisc, quiere saber en qué se diferencia del lector de casetes que él utiliza para escuchar libros grabados. Mirando sus ojos azules artificiales me cuesta recordar que no puede ver el aparato y que debo ponérselo en las manos.

Mi padre construyó esta casa desde los cimientos, y nos mudamos a ella cuando yo tenía tres años. Quería mantenernos a todos lejos de las minas de carbón. Él fue minero durante treinta y seis años y no quería el mismo futuro para nosotros. Le dijo al responsable de su sección en la Westmoreland Coal que si contrataba a cualquiera de sus hijos dejaría la mina. Uno de mis hermanos es ferroviario, otro fabrica equipo de minería y otro se acaba de retirar del departamento de autopistas, así que todos nos mantuvimos fuera de las minas.

Me llamaron a filas el 19 de junio de 1967. Sabía que me iba a tocar, que era cuestión de tiempo; pero estuve a punto de eludir el servicio porque tenía la tensión muy alta, en el límite. Me tuvieron tres días en Roanoke sometido a observación. Creo que en los tres días que pasé allí sin hacer nada consiguieron que me bajara.

Sabía muy poco de Vietnam, sobre todo comparando lo que sabía entonces y lo que sé ahora. No había pensado demasiado en ello, sólo sabía que estábamos luchando allí contra el comunismo, o así decían. Comencé a reflexionar después de que me llamaran a filas, durante el entrenamiento básico, y busqué información, pero allí era muy difícil conseguirla.

Estuve en Fort Bragg y después en Fort Leonard Word. Pasé dos meses en el cuerpo de ingenieros; ésa era mi especialidad militar. Allí me dijeron que me destinarían a un batallón de ingenieros en Pleiku, pero cuando llegué a Vietnam, supongo que porque necesitaban gente en infantería, debieron de trazar una raya en determinado número de la lista y yo fui al cuerpo de infantería y el resto a donde estaban destinados desde el principio. En la bahía de Can Ranh me dijeron que debía incorporarme en Chu Lai a la brigada 196.ª, y ni siquiera me habían adiestrado en infantería. La primera noche me pusieron en las manos una ametralladora M-60 y me dieron una clase de dos minutos: «Esto es el seguro, esto es el gatillo y esto es el cerrojo».

Nuestro peor momento fue en diciembre de 1967. Llevábamos a la

espalda todo lo que teníamos y dormíamos allí donde nos deteníamos. Patrullábamos continuamente y sufríamos emboscadas. Durante el día «buscar y destruir» y cada tres noches una emboscada. Te sentías afortunado si llegabas a dormir cuatro horas; con frecuencia pasabas treinta o cuarenta seguidas sin dormir, aunque lo máximo fueron setenta y una. En aquella ocasión perdimos a bastante gente. Parecía que nos seguían adondequiera que fuéramos; no podíamos escapar de ellos. Pasamos de noventa y tres hombres a cuarenta. Al final enviaron un helicóptero Chinook y nos recogieron a todos. ¡Un solo Chinook! Como dicen en el ejército, ya no éramos una fuerza de combate efectiva.

Luego fuimos a un valle llamado Que Son, de tres kilómetros de ancho por quince de largo. Lo limpiamos a fondo de cualquier ser vivo, personas o animales, y destruimos todo lo demás. Primero reunimos a todos los habitantes, entre cuatrocientas y quinientas personas, y los trasladamos a una especie de campamento a once kilómetros. Matamos a todo el ganado y transformamos al valle en una «zona de fuego a discreción». Una vez que lo limpiamos a fondo, cualquier cosa que viéramos era un blanco legítimo. Dos días después la mitad de la población regresó, pero se encontraron con que lo habíamos quemado y destruido todo.

Debían de ser muy buena gente para aguantar aquello. Lo habían perdido todo y pretendían comenzar de cero. Fueron por ahí en busca de un poco de paja, trataron de rescatar algo que se hubiera salvado de la quema, lo sujetaron con un par de ramas sobre unos postes y se guarecieron debajo con sus utensilios de aluminio. Pocas veces en mi vida he visto gente más obstinada. No los recuerdo con odio; hacían lo que tenían que hacer. Fueron los políticos los que nos metieron a todos en aquel lío, aunque me gustaría ponerme en contacto con el que puso la trampa explosiva [risas].

Justo después de la gran presión sobre Hue durante la Ofensiva Tet nos trasladaron al campamento Evans. Ahí fue donde me jodieron. Íbamos barriendo de minas un trecho de unos ocho kilómetros. Toda aquella zona es plana y arenosa; un terreno muy arenoso. Prácticamente no había ningún lugar donde guarecerse; todo era arena blanca y sucia. Con los años se había ido ennegreciendo como el hollín. Todavía queda en mi cuerpo un poco de aquella arena; los médicos dicen que fue probablemente lo que me salvó, al dispersar en parte la explosión que por eso no me hizo pedazos.

Era muy temprano, poco después del amanecer, un domingo por la mañana. Fuimos dos pelotones al camino que debíamos limpiar de minas. Mi

pelotón iba por detrás y yo era el penúltimo o antepenúltimo. No llevábamos hechos más que unos treinta metros cuando estalló. Creo que poco antes miré la hora y eran las siete y media. A veces pienso que por eso miraba hacia abajo y me dio en los ojos. Estuve inconsciente durante un par de minutos. Cuando volví en mí estaba tumbado en un cráter caliente con los brazos hacia arriba y a un lado. No sentía absolutamente ningún dolor, sólo entumecimiento y el calor de la explosión. Es lo único que recuerdo. Les dije que me sacaran de aquel agujero porque tenía calor. Aún tengo cicatrices en la espalda.

Me dijeron que había pisado una mina de detonación por presión: una de nuestras porquerías de 105 milímetros dispuesta como trampa explosiva, de unos cincuenta centímetros de grueso y 105 milímetros de diámetro. Antes de que yo la detonara habían pasado muy cerca unas cuarenta personas. También alcanzó a un chico que iba delante y a otro que estaba a mi derecha. Este último perdió el ojo izquierdo, el oído izquierdo y creo que algo de movilidad. Acababa de decirle que se apartara porque estaba muy cerca de mí, casi hombro con hombro. Me lo encontré más tarde en el hospital, en San Antonio, y me lo agradeció diciéndome que si no se hubiera apartado un poco las consecuencias para él habrían sido peores. Y al chico que iba delante la radio que cargaba a la espalda le salvó la vida. El jefe del pelotón me escribió una carta al hospital en la que me decía que había un fragmento del tamaño de una mano incrustado en la radio.

El doctor me remendó y me enviaron en helicóptero a un puesto de socorro en el campamento Evans. Allí otro médico me hizo otra cura, me metieron de nuevo en el helicóptero y me llevaron al buque hospital *SS Sanctuary*. Fue entonces cuando comencé a sentir un dolor que poco a poco se hizo insoportable. Me apartaron a un lado y fueron atendiendo a otros que iban llegando. Creo que iban decidiendo uno a uno, atendiendo primero a los que estaban peor. Recuerdo que me pareció estar tumbado en aquella camilla una eternidad, aunque dicen que en casos como el mío a veces no se pierde tanta sangre. Muchas veces la fuerza de la explosión sella las arterias y las venas.

Sabía que tenía un problema en los ojos, pero me decía a mí mismo que no había perdido la vista, que sólo se trataría de arena o de ceniza. Salí de la operación con una venda en torno a la cabeza que me cubría toda la cara, pero me seguía diciendo que podría ver. Nadie me dijo nada, pero al cabo de unos días comencé a pensar: «Me voy a quedar ciego». Tiempo después un médico

me dijo que mis ojos eran como un par de huevos revueltos. Como si cogieras un huevo y lo batieras. Dijo que así habían quedado.

No lo podrás creer pero hasta entonces no había pensado en mis piernas. Estaban en un segundo plano. Para mí la vista era mucho más importante. Todos mis pensamientos y preocupaciones se concentraban en los ojos.

Conservé la pierna derecha siete días. Los médicos me dijeron que faltaban diez centímetros de hueso, pero que había un poco de tejido sujetándola. Trataron de salvarla, pero al cabo de siete días se gangrenó y me subió la fiebre a 41 grados. Estaba morado. Lo siguiente que recuerdo es que intenté tocarme la pierna y ya no estaba allí.

No guardo mucho rencor. Bueno, eso creo, sólo que desearía que nada de esto hubiese ocurrido, por el bien de todos. Fue un error político enorme. ¿Alguna vez estuviste en el Monumento a los Caídos en Vietnam? Yo fui en el 85. Creo que fue el peor rato que he pasado desde que volví a casa. Me senté a la mitad del monumento, allí donde hace una «V», y fui pasando las manos por todos aquellos nombres. Fuimos de una punta a otra y reconocí el de algunos de los muertos de nuestro grupo; incluso los deletreé, letra por letra. Me senté y pensé: «¿Por qué murió toda esta gente?». La mayoría tenía mi edad. Sus vidas y sus familias destruidas. ¿Qué ganamos con aquello?

Al final de la entrevista le preocupa cómo quedará al escribirla. «Algunas de las cosas que he dicho sonarán mucho peor impresas». No puedo convencerle de lo contrario. Cuando estoy a punto de irme me hace una petición que no sé cómo honrar: «Mejóralo».

PHAN XUAN SINH

«Todos mis antepasados están enterrados aquí y ésta es nuestra tierra. No nos vamos a marchar».

En 1969 el Ejército de la República de Vietnam (del Sur) lo llamó a filas. Tras graduarse en la Academia Militar Thu Duc en 1971, le asignaron el puesto de jefe de pelotón de una compañía de reconocimiento del 51.º Regimiento. En 1972, en un sendero estrecho, uno de sus hombres pisó una mina. La explosión lo mató e hirió gravemente a Sinh. «Perdí el pie derecho. Ocurrió muy cerca de donde nací, a unos ocho kilómetros de Danang. Si no hubiera llevado el casco, sin duda habría muerto. Una esquirla se incrustó en él muy cerca de la sien». Inmigró a Estados Unidos en 1990 y es propietario de un pequeño supermercado en Massachusetts. Prefiere contar su historia en vietnamita. Algunos de sus recuerdos le hacen llorar, y también a nuestro traductor.

Durante la guerra fueron incontables las experiencias sobrecogedoras. En una ocasión el servicio de espionaje nos comunicó que en Cam Hai, un pequeño pueblo costero seis kilómetros al sur de Danang, iba a desembarcar una compañía del Vietcong. Recibimos la orden de tenderles una emboscada cerca de la playa. Mi unidad de reconocimiento iba al frente. Nos situamos lo más cerca posible de la ensenada, para poder avisar por radio al resto de la compañía en cuanto viéramos llegar las lanchas del Vietcong. Era la una o las dos de la madrugada y no se veía nada, pero pronto las oímos aproximarse. Al acercarse vimos una lancha tras otra y lo que pensamos que era la silueta de fusiles contra el cielo. Parecía toda una compañía del Vietcong.

Se lo notificamos a nuestro comandante y abrimos fuego con todo nuestro armamento: fusiles, ametralladoras, todo. Seguimos disparando hasta que me di cuenta de que no devolvían el fuego. Pedí por radio que una unidad de artillería cercana lanzara algunas bengalas sobre la playa para poder ver algo, e inmediatamente supe que habíamos cometido un terrible error: habíamos disparado contra un grupo de pescadores; lo que parecían fusiles en realidad eran cañas de pescar. En Vietnam no es raro que los pescadores salgan a pescar cuando creen que pueden picar los peces, aunque sea noche cerrada. Estaba completamente horrorizado. Entre los muertos había mucha gente mayor y mujeres, incluso niños; más de veinte habían muerto y unos cuarenta estaban heridos. Ayudé a evacuar algunos de los niños heridos en helicóptero y acabé llorando. Está claro que era la gente corriente de uno u otro bando la que moría en mayor número.

En Vietnam del Sur muchas zonas ocupadas por el otro bando desde hacía tiempo habían sido declaradas «zonas de fuego a discreción» y disparábamos contra cualquier cosa que se moviera, sobre todo por la noche. Un día que sobrevolaba una «zona de fuego a discreción» vi una casucha y le pedí al piloto estadounidense que aterrizara. Inspeccionamos el lugar y encontramos que todavía vivía allí una pareja de ancianos. Traté de explicarles que era un lugar extremadamente peligroso y que tenían que irse. Metimos algunas de sus pertenencias en mochilas y los subimos al helicóptero para llevarlos a un campo de refugiados donde estarían seguros. Antes de despegar quemamos su casa para asegurarnos de que no volverían.

Dos o tres semanas después, en otra misión, sobrevolé la misma zona y me sorprendió ver una casa nueva en el mismo lugar. Aterrizamos y allí estaba la misma pareja de ancianos. Les dije: «Ya les expliqué que vivir aquí es muy peligroso. ¿Por qué han vuelto?». Él respondió: «Todos mis

antepasados están enterrados aquí y ésta es nuestra tierra. No nos vamos a marchar». En aquel momento no lo entendí, pero la tierra era muy importante para los campesinos vietnamitas. Eran muy pobres y era todo lo que tenían, lo que más amaban.

Tras muchas experiencias parecidas, lo que más deseábamos era que la guerra acabara. En general mi generación odiaba la guerra, pero no teníamos elección: nos habían llamado a filas y la deserción se castigaba con la cárcel. Sólo los que aumentaban su poder o su riqueza gracias a la guerra tenían interés en prolongarla, y además no tenían que luchar; estaban en la retaguardia, con todos los privilegios. Los reclutados para el ejército del Sur podíamos ver todas aquellas injusticias, y por eso muchos de nosotros pensábamos que era preferible vivir bajo la autoridad del otro bando que proseguir la guerra. La gente como yo no odiábamos al otro bando; nos habíamos visto obligados a incorporarnos al ejército y no veíamos razones convincentes para seguir luchando. Simplemente esperábamos encontrar la forma de coexistir con nuestros hermanos.

Lo que no había percibido era hasta qué punto nos odiaban los comunistas. Lo comprobé un día que encontramos un túnel. Como era habitual, antes de entrar lanzamos explosivos dentro. Descubrimos que habíamos matado al repartidor del correo. Tenía una bolsa con cartas. Al llevarlas al G-2 [servicio de espionaje] tenía tanta curiosidad que no pude resistirme y abrí unas cuantas. Me asombró la pasión que se leía en aquellas cartas, el profundo compromiso con la causa de la guerra y el odio a muerte que sentían hacia nosotros. Decían cosas como: «No os preocupéis por nosotros. Sobreviviremos. Limitaos a hacer cuanto podáis para destruir al enemigo». Todas las cartas, una tras otra, expresaban ese mismo espíritu. Nosotros nunca nos sentimos tan comprometidos con la guerra. Creo que fue por esa razón por lo que pudieron vencer.

Desgraciadamente aquel odio no concluyó en 1975. Nunca me imaginé que nos fueran a tratar de un modo tan despiadado, que su deseo de venganza fuera tan intenso.

4

¿Dónde estará Vietnam?

JO COLLINS

«Pensé que tendría que viajar a Europa».

Fue conejita del año de la revista Playboy. *«Todo lo de la conejita era rosa. Me regalaron un coche rosa, pieles rosas, ropa rosa, copas de champán rosas, hasta un billar de color rosa que le regalé a mi peluquero, al que le encantó». Esto fue en 1965, el año en el que la revista hizo una oferta promocional muy extraña: Quien se suscribiera de por vida a la revista recibiría el primer ejemplar de una conejita de* Playboy *en persona. En Vietnam, el teniente John Price reunió a su pelotón de la 173.ª Brigada Aerotransportada y entre todos reunieron los ciento cincuenta dólares de la suscripción.*

Estaba en Oregón visitando a mi familia cuando recibí una llamada de *Playboy*, proponiéndome ir a Vietnam a visitar a las tropas. Un teniente había enviado una carta al *New York Times* y al *Chicago Tribune* en la que decía que si Hugh Hefner [editor de *Playboy]* no aprobaba que fuera a entregarles la suscripción vitalicia, se introducirían en la selva y nunca se volvería a saber de ellos, una historia conmovedora. Y claro, como lo habían publicado en los periódicos, Hefner dijo: «¡Esto podría ser una gran oportunidad!».

Yo tenía diecinueve años. No tenía ni la menor idea de dónde estaba Vietnam o de lo que encontraría allí. Pensé que tendría que viajar a Europa. Todo sucedió tan rápido que no tuve tiempo ni para ir de compras. Estábamos en diciembre y no tenía ni idea de qué ropa debía llevar. Hice la maleta con lo que tenía en Oregón: faldas de lana y jerséis. No sabía el calor que hacía en Vietnam.

Volé en un avión gigantesco de una línea comercial, en el que solamente íbamos la mujer que me servía de carabina, un fotógrafo, el almirante

Rickover y yo[6]. El almirante era encantador, un viejito gruñón. Él repasaba sus papeles, yo charlaba con mi acompañante y el fotógrafo tomaba fotos.

Cuando descendimos del avión había casi cinco mil soldados esperando en el aeropuerto. El *Stars and Stripes* [el semanario del ejército] había dado la noticia de mi llegada y allí estaban las cámaras de la ABC, la NBC y la CBS. ¡No me lo podía creer! Me preguntaron: «Señorita Collins, díganos para qué ha venido». Hay que tener en cuenta que el vuelo había durado veintiuna horas, estaba exhausta. Así que dije: «Bueno, estoy aquí para entregar una prescripción vitalicia». [Risas] Evidentemente todos pensaban: «Bueno, cariño, sabemos que eres lo que cualquier doctor recomendaría, pero dinos, ¿a qué has venido?». Algo así es lo que salió en el *Huntley-Brinkley* [noticiario vespertino de NBC]: «Dios mío, quería decir *suscripción*».

A continuación me tomaron las medidas para que tuviera mi propio uniforme militar, que es lo que llevé todo el tiempo, un uniforme de faena y una boina negra. También me hicieron «sargenta». No había manera de conservar el *glamour*, créame. ¡Cuando subía o bajaba del helicóptero, la hélice me llenaban la cara de polvo!

Me llevaron a ver a John Price, el teniente de la sección que había solicitado la suscripción vitalicia a *Playboy*. Le habían disparado en el hombro y estaba en el hospital. Sabía que iba a ir a verlo, así que se negó a que le dieran el alta hasta entonces. Cuando llegué la sonrisa le llegaba de oreja a oreja. Era un chico estupendo, y nos seguimos viendo de vez en cuando.

Por supuesto, yo no estaba allí sólo para ver a John Price. Durante dos semanas visité todo tipo de acuartelamientos. Volamos hasta regiones remotas. Conocí a chicos que no salían de la selva. Eso es lo que lo hizo tan especial. Empecé a sentir el peligro cuando sobrevolamos la cumbre de la montaña Virgen Negra. Era el único lugar por el que podíamos pasar, pero estaba totalmente rodeada por el Vietcong. Nada más aterrizar nos atacaron con fuego de mortero.

Fuimos a los hospitales de campaña y hablamos con los chicos. Mi carabina y el fotógrafo llevaban cajas con fotos firmadas para todo el mundo. Estábamos agotados y en un hospital nos tumbamos en unas camillas para descansar. Llegó una enfermera y dijo que un helicóptero traía a unos chicos heridos y que uno de ellos preguntaba por mí. Salí corriendo y vi en una camilla a un chico que había pisado una mina y estaba tan negro que sólo le

podía ver el blanco de los ojos. Me miró y me dijo: «Hola, cariño. Estoy muy contento de que hayas venido. Estaba esperándote». Se lo llevaron rápidamente para tratar de salvarlo, pero más tarde me dijeron que había muerto.

Nadie quiere ir a la guerra, pero si nuestros hombres están en ella, ¿cómo no íbamos a apoyarlos? Cuando me encuentro con gente que estaba contra la guerra, huía de ella o no quería ir, me irrita a más no poder, porque otros tuvieron que ir y eran como yo: ni siquiera sabían dónde estaba Vietnam. Fueron para luchar por su país.

Cuando decidí posar para Playboy *no se lo dije a nadie. Me cambiaron de nombre y me pusieron Jo Collins, así que nadie tenía por qué enterarse. Pero mi primo, el mayor bocazas del mundo, llamó a mi madre y le dijo: «Tía Lorraine, creo que Janet ha salido en la revista* Playboy*». Mi madre no se lo quería creer pero envió a otro de mis primos a comprar un ejemplar en un sobre marrón. Casi le dio un infarto. Se reunió toda mi familia y te lo puedes imaginar, todos se sentían avergonzados. Pero cuando volví de Vietnam, y especialmente después de ser invitada de honor de la 173.ª Brigada Aerotransportada en la Casa Blanca, ya lo veían de una forma totalmente diferente; habían decidido pensar que había hecho algo por Dios y mi país.*

DEIRDRE ENGLISH

«¿Cómo puede estar mi país en guerra sin que yo sepa nada?».

Entre finales de los años sesenta y principios de los setenta estuvo entre los millones de estadounidenses que participaron en el mayor movimiento antibelicista de la historia. Una década después dirigía la revista de investigación Mother Jones. *Aunque ha escrito sobre muchos temas, especialmente historia del movimiento feminista, la guerra de Vietnam fue un hecho central en la construcción de sus valores sociales y políticos.*

Un día de 1966, cuando estaba en los últimos años del instituto, fui al Museo de la Ciencia y la Industria de Chicago, cerca de mi casa, en Hyde Park. Había una exposición de helicópteros patrocinada por el Departamento de Defensa en la que se mostraba la última tecnología bélica. Se podía subir a los helicópteros y apuntar con armas a imágenes en movimiento. Lo que se veía fuera de las puertas y ventanillas eran pueblos vietnamitas y gente con sombreros cónicos orientales.

Recuerdo que aquel juego me sorprendió muchísimo pero nunca antes había oído hablar de Vietnam. Al salir del museo había una manifestación

convocada por los estudiantes de la Universidad de Chicago. Obviamente estaba relacionada con la exposición. Había pancartas que decían «EE. UU. fuera de Vietnam», y yo pensaba ¿dónde estará Vietnam? Me quedé en una esquina y oí que un portavoz explicaba: «La mayoría de los estadounidenses ni siquiera sabe que estamos en guerra con una pequeña nación del Sudeste Asiático llamada Vietnam». Y pensé: «Sí, yo soy una de esas estadounidenses».

Al ver aquella exposición me vinieron a la cabeza muchas preguntas: ¿Cómo puede estar mi país en guerra sin que yo sepa nada, y sin que mis profesores hablen de ello? ¿Por qué este museo muestra tecnología militar para matar asiáticos en sus aldeas? ¿Y por qué nuestras fuerzas armadas se dedican a matar campesinos? En definitiva, la guerra de Vietnam nos hizo empezar a cuestionarnos todo. En cuanto te preguntas si una guerra es o no legítima, comienzas a cuestionarte cómo se toman todas las decisiones.

Después de que Nixon decidiera la invasión de Camboya en la primavera de 1970 se convocó un paro nacional de estudiantes. Aquel año yo estaba en el Wesleyan College; era una de las primeras mujeres en estudiar allí. Recuerdo que entrábamos a distintas aulas, interrumpíamos la clase y decíamos: «Profesor, pertenecemos al Comité Nacional Estudiantil de Organización de Huelgas y nos gustaría hablar con usted y con su clase ahora». No recuerdo que nadie dijera: «No, no podéis». Entrábamos y decíamos: «La universidad está en huelga. Pedimos a todos los que están contra la guerra de Vietnam que salgan fuera para una asamblea general». La mayoría de los estudiantes y profesores nos seguían.

Fuimos a todas las universidades del país. Nos sentíamos como Paul Reveré: «Huelga nacional de estudiantes. ¡Difunde el mensaje!». Y no teníamos Internet ni correo electrónico. En aquella época ni siquiera teníamos teléfono en los dormitorios. Simplemente pedíamos coches prestados y viajábamos de un lado a otro. Era muy divertido.

Uno o dos días después, el 4 de mayo de 1970, se produjo la masacre de la Universidad Kent State[7] y una sensación de crisis invadió las universidades. Comenzamos a preguntarnos si el gobierno no sólo estaba en guerra contra los vietnamitas, sino contra la propia juventud estadounidense. Nos convencimos de que había que elevar el nivel de protesta contra la guerra hasta que fuera intolerable y desafiamos a Nixon a que nos sacrificara como hacía con los jóvenes reclutas enviados a Vietnam como carne de cañón.

II. Los inicios (1945-1964)

5

La historia no está hecha de suposiciones

En 1965 millones de estadounidenses como George Watkins, Jo Collins y Deirdre English comenzaban a preguntarse dónde estaba Vietnam y qué hacían allí los estadounidenses. Se vieron involucrados en una guerra en marcha cuyo origen era vago y confuso. Ni siquiera quienes sabían que la intervención estadounidense se remontaba, como mínimo, a principios de la década de 1950, eran capaces de señalar el punto de partida decisivo de aquella experiencia tan compleja y sangrienta. No hubo una invasión inicial ni una batalla que marcara el comienzo de las hostilidades, ni movilización de un frente civil ni un comunicado presidencial que anunciara el inicio oficial de la guerra ni, por supuesto, hubo ninguna declaración de guerra por parte del Congreso. La entrada física y psicológica de los estadounidenses en Vietnam se produjo en momentos diferentes. Se vieron arrastrados por una historia que no podían ni controlar ni entender en su totalidad. Cuando la mayoría de la gente se percató por fin de que había una guerra, había pasado tanto tiempo que ya parecía inevitable, por no decir imparable. Era tan difícil entender cuándo y cómo había comenzado como predecir cuándo terminaría.

Cinco presidentes podrían haber finalizado la intervención estadounidense en Vietnam pero todos ellos actuaron como si estuvieran atrapados en una historia heredada. Todos aludieron a «compromisos» pasados, aunque apenas entendieran la historia a la que responsabilizaban de limitar sus opciones. Todos prometieron nuevos planes que llevarían la guerra a un final victorioso pero lo único que lograron fue ampliarla y prolongarla hasta pasársela al siguiente. Incluso cuando el presidente Nixon sacó definitivamente de Vietnam las últimas tropas estadounidenses en 1973, la guerra prosiguió dos años más con apoyo estadounidense.

La historia es producto de la acción humana, no de un destino ciego. La política aplicada en la guerra de Vietnam estuvo determinada por poderosas

fuerzas políticas, sociales, culturales e ideológicas, pero siempre hubo alternativas posibles y se podría haber cambiado el curso de la historia. El primer paso decisivo hacia la guerra en Vietnam se produjo poco después de la segunda guerra mundial con la decisión del presidente Truman de apoyar el intento francés de recuperar su colonia de Indochina, pero a pesar de aquel gesto trascendental no fue inevitable ni irreversible. Una de las «conjeturas» más llamativas de esta historia radica aquí, en el principio mismo de la intervención estadounidense en Vietnam.

Poco después de iniciarse la segunda guerra mundial el presidente estadounidense Franklin Roosevelt y el primer ministro británico Winston Churchill ofrecieron al mundo la esperanza de que una victoria de los aliados traería consigo el fin del colonialismo. En 1941 se encontraron frente a la costa de Terranova y diseñaron la «Carta del Atlántico», una visión del mundo de posguerra en la que todas las naciones, tanto ricas como pobres, podrían disfrutar de las ventajas de la autodeterminación y la independencia.

Eso era precisamente lo que anhelaban millones de vietnamitas. Al principio de la segunda guerra mundial, tras décadas de dominación colonial francesa, Vietnam había sido ocupado por Japón. El imperio del sol naciente se atribuyó el derecho de liberar Indochina del colonialismo europeo con el lema «Asia para los asiáticos». En realidad su dominación fue tan severa como la de cualquier otra potencia colonial. Durante la mayor parte de la guerra ejercieron el control a través de colaboradores franceses llevando al país a una catástrofe económica que provocó en 1944-1945 una hambruna en la que murieron dos millones de vietnamitas.

La creciente oposición a la ocupación japonesa fue liderada por una coalición de nacionalistas vietnamitas dirigida por los comunistas llamada Viet Minh, la Liga por la Independencia de Vietnam. El Viet Minh, fundado en 1941, comenzó a organizar de manera eficaz la resistencia campesina contra los japoneses. Sus esfuerzos fueron percibidos por la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), predecesora de la CIA, y se estableció una alianza en la práctica: el Viet Minh informaba a la OSS y ayudaba a rescatar a los pilotos estadounidenses derribados, y a cambio la OSS envió a un pequeño grupo a la selva con el objetivo de armar y entrenar militarmente al Viet Minh.

Apenas había nacido aquella tenue asociación cuando terminó la guerra y el Viet Minh entró en la capital, Hanoi, proclamándose líder de un Vietnam independiente. El 2 de septiembre de 1945 se reunieron en la plaza Ba Dinh

de Hanoi unos cuatrocientos mil vietnamitas para celebrar la proclamación de la independencia. Desde el campo llegaron poblaciones enteras vestidas con sus mejores galas, portando antiguas cimitarras y garrotes de bronce como símbolo de las pasadas guerras contra la dominación extranjera. Los miembros de la OSS se unieron a la muchedumbre. Se podían leer pancartas en vietnamita, francés e inglés que decían: «Vietnam para los vietnamitas», «Independencia o muerte» y «Bienvenida sea la delegación estadounidense».

Un hombre menudo con barba de chivo, vestido con una chaqueta de cuello alto color caqui y sandalias blancas de caucho, les dirigió la palabra. Aquel revolucionario de cincuenta y seis años había vivido en el exilio la mayor parte de su vida con el nombre de Nguyen Ai Quoc, «Nguyen el Patriota». Durante su estancia en Francia, la Unión Soviética y China se había empapado de la teoría marxista-leninista y fue uno de los fundadores del Partido Comunista Indochino en 1929. Nacionalista revolucionario y comunista ferviente, veía como inseparables ambas causas, pero también era un pragmático perspicaz dispuesto a aceptar la ayuda de cualquier gran potencia en la consecución de su objetivo más acariciado, la independencia de Vietnam. Al principio de la segunda guerra mundial Quoc cambió de nombre para protegerse, adoptando el de Ho Chi Minh, «el que ilumina el camino».

En 1945 Ho era optimista con respecto a la ayuda estadounidenses. Al subir a la tribuna en la plaza Ba Dinh sus palabras fueron: «Todos los hombres fueron creados iguales. El Creador nos ha dado ciertos derechos inviolables: el derecho a la vida, el derecho a ser libres y el derecho a conseguir la felicidad». Se interrumpió y dijo: «Compañeros campesinos, ¿podéis oírme claramente?». «¡SI!», respondieron. «Estas inmortales palabras figuran en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América». En aquel momento dos aviones estadounidenses P-38 sobrevolaron la muchedumbre. Seguramente se trató de una casualidad, pero la gente lo entendió como una señal espectacular del apoyo estadounidense.

La ayuda de la OSS durante la guerra, junto al respaldo público del presidente Roosevelt a la autodeterminación de todas las naciones, alentaron la esperanza de los vietnamitas de que Estados Unidos se opusiera a cualquier intento francés de reconquistar Indochina. En la declaración de independencia Ho Chi Minh anunció la formación de un nuevo Estado, la República Democrática de Vietnam (RDV) y trató de obtener para ella el reconocimiento internacional. Pero no contó con el inicio de una nueva guerra, la Guerra Fría. El nuevo presidente estadounidense, Harry Truman, estaba decidido a

construir una fuerte alianza contra la Unión Soviética. Para asegurarse el apoyo de Francia estaba dispuesto a ayudarle a recuperar la colonia de Indochina.

Así pues, pocos meses después de que acabara la segunda guerra mundial los barcos de la marina mercante que habían estado llevando a las tropas estadounidenses de vuelta a su país recibieron nuevas órdenes: transportar a Vietnam a trece mil soldados franceses desde Europa. Muchos marinos estadounidenses se opusieron a la misión. Los miembros de la tripulación del *Winchester Victory* enviaron un cable a Washington para «protestar rotundamente contra el uso de éste y cualquier otro buque para transportar tropas extranjeras… con el fin de promover políticas imperialistas de gobiernos extranjeros cuando hay soldados estadounidenses esperando volver a casa». Aquel cable marcó el comienzo de la larga historia de la oposición estadounidense a la intervención en Vietnam. En los primeros años posteriores a la segunda guerra mundial Washington recibió por lo menos otros siete cables y mensajes de Ho Chi Minh en los que instaba a Estados Unidos a reconocer el derecho de Vietnam a la autodeterminación y a la independencia, de los que no dio siquiera acuse de recibo.

La crucial decisión de Truman, como muchas otras que determinarían las acciones estadounidenses en Vietnam durante las tres décadas siguientes, tenía muy poco que ver con el propio Vietnam y mucho con las prioridades estadounidenses en el contexto mundial. Dada la preocupación de Washington por mantener su estatus de superpotencia en la posguerra, no es de extrañar que no prestara atención a los oficiales de la OSS presentes en Vietnam ni al propio Ho Chi Minh, del que ni siquiera habían oído hablar en el Departamento de Estado, y mucho menos se iba a atrever a cumplir los principios de la Carta del Atlántico desairando a un aliado europeo al que consideraba esencial para el orden mundial.

El reconocimiento de la independencia de Vietnam por Estados Unidos habría requerido unos dirigentes más audaces y menos convencionales. No podemos saber qué curso habría seguido entonces la historia. No hay pruebas que permitan pensar que Ho Chi Minh se fuera a poner de parte de Estados Unidos en la Guerra Fría, ni razones que hicieran suponer que Vietnam fuera a emprender una vía no comunista en el futuro, pero lo que sí se puede asegurar es que el apoyo estadounidense a la independencia de Vietnam habría evitado décadas de guerra y la pérdida de millones de vidas.

HENRY PRUNIER

«No eran unos pobres campesinos desharrapados».

A primera vista su sala de estar se parece a muchas otras de Nueva Inglaterra: chimenea, fotos familiares, muebles dispuestos prolijamente. Pero señala con orgullo un tapiz bordado en seda en el que se ve a un amenazante mongol que apunta con arco y flecha a una indefensa pareja vietnamita. «Esto —dice— fue un regalo de Ho Chi Minh».

Henry Prunier es un contratista retirado. En 1945 fue durante algunas semanas aliado de Ho Chi Minh, el líder de las guerras de Vietnam contra Francia y Estados Unidos, percibido por cinco presidentes estadounidenses como un peligroso enemigo y presumiblemente la figura más importante de la historia de Vietnam.

Cuando la segunda guerra mundial estaba a punto de concluir, en julio de 1945, Prunier saltó en paracaídas sobre la selva del norte de Indochina como parte de un grupo de siete hombres conocido como el «Deer Team» organizado por la Oficina de Servicios Estratégicos. Su misión consistía en colaborar con un movimiento de resistencia antijaponés llamado Viet Minh liderado por un tal «Sr. Ho». Prunier era un soldado de veintitrés años que había estudiado vietnamita durante un año.

Aterricé al lado de un arrozal y sentí mucho miedo cuando aparecieron unos orientales, ya que no sabía si se trataba de japoneses o de vietnamitas. Estaba tan asustado que no podía hablar, ni en inglés ni mucho menos en vietnamita. Nos llevaron a una población donde había un arco muy grande decorado en el que se podía leer: «Bienvenidos, amigos estadounidenses». Aquella misma noche organizaron una gran fiesta en nuestro honor. Mataron un ternero y nos sirvieron cerveza.

Lo único que sabíamos era que teníamos que ponernos en contacto con un grupo de la resistencia dirigido por un tal «Sr. Ho» y un tal «Sr. Van» [alias de Vo Nguyen Giap, comandante militar del Viet Minh que más tarde se convertiría en comandante en jefe del Ejército Popular de Vietnam del Norte] quienes nos iban a ayudar a organizar una guerrilla para hostigar a los japoneses. Ésa era nuestra misión. Unos días después de nuestra llegada nos llevaron a una barraca, situada a menos de un kilómetro de nuestro campamento, para que conociéramos a Ho Chi Minh. Había venido caminando desde la frontera china y parecía un saco de huesos. Estaba postrado, con las mejillas hundidas y pálido como la cera. Se estaba muriendo de malaria, dengue, disentería, cualquier tipo de enfermedad tropical imaginable. No se podía tener en pie, pero aun así sus ojos brillaban. Tenía los

ojos más brillantes que nunca había visto. Nuestro médico le dio quinina y sulfamidas, pero puede que la medicina tradicional vietnamita que estaba tomando ya le hubiera salvado la vida.

Unos días después de establecer nuestro campamento comenzamos a trabajar con el Viet Minh. Eran unos doscientos hombres pero sólo disponíamos de armamento para entrenar a unos ochenta y cinco. Estaban muy mal armados. Sólo tenían fusiles viejos con percutor de pedernal y los que les habían confiscado a los franceses. Nosotros teníamos carabinas, fusiles M-1, ametralladoras, granadas, bazucas y morteros que nos habían lanzado en paracaídas.

Vo Nguyen Giap nos visitaba constantemente. Nunca iba vestido de uniforme militar; siempre llevaba un traje de lino blanco, zapatos negros y un sombrero negro de fieltro. Era muy inquieto e iba continuamente de un lado para otro. De hecho, en una ocasión, mientras yo mostraba cómo utilizar el mortero de sesenta milímetros, Giap se acercó a mirar y preguntó cómo se accionaba el proyectil. No podía entender el funcionamiento del mecanismo, así que se acercó y miró dentro del cañón. ¿Te lo puedes imaginar? Afortunadamente no había dentro ningún proyectil y se lo llevaron de allí.

Pero no nos confundamos; aquel grupo que entrenábamos estaba formado por soldados de élite cuidadosamente seleccionados que provenían de todos los puntos de Vietnam. Eran realmente listos. Cuando yo aprendí a usar el fusil M-1 en el entrenamiento básico tardé tres o cuatro días hasta poder desarmarlo y armarlo automáticamente; pero ellos, después de mostrarles una sola vez cómo se hacía, eran capaces de hacerlo casi con los ojos vendados. No eran unos pobres campesinos desharrapados y sería ridículo suponer que nuestro entrenamiento y armas determinaran su victoria final sobre los franceses y más adelante sobre Estados Unidos. Lo que el Viet Minh aprendió sobre la guerra de guerrillas lo hizo por su cuenta. Al fin y al cabo nosotros sólo trabajamos con ellos dos semanas y media antes de que terminara la segunda guerra mundial.

Ho Chi Minh estaba contento del entrenamiento militar y el armamento pero creo que lo que realmente quería era el apoyo político de Estados Unidos. Esperaba que nuestra presencia allí ayudara a convencer al gobierno estadounidense de la conveniencia de reconocer la independencia de Vietnam una vez finalizada la guerra, y también que nuestra presencia contribuiría a fortalecer su respaldo en Vietnam. Podía decir a diversas facciones políticas que Estados Unidos apoyaba al Viet Minh y eso le daría credibilidad

adicional. No exagero al decir que los soldados le querían como a un padre. Era obvio que lo respetaban y cuando estaba con sus hombres se portaba como uno más. Se mezclaba con ellos mucho más que Giap. En una ocasión vi a Ho bromeando con un grupo de sus soldados, haciendo movimientos de *jiu-jitsu*; pero lo que más hacía era pasear y conversar con ellos. Era de ese tipo de personas que te hacen hablar, con voz suave, realmente un tipo sencillo. No parecía capaz de empuñar un arma para matar gente, pero supongo que podía ser despiadado en sus ideas. Aun así nosotros no tuvimos esa impresión, no parecía un militar.

Cuando acabó la segunda guerra mundial tardamos dos semanas en abandonar la selva a pie. En la ciudad de Thai Nguyen los japoneses se negaron a rendirse y el Viet Minh estableció un cerco que duró dos semanas. Lamentablemente nos perdimos la declaración de independencia de Ho Chi Minh el 2 de septiembre[8]. Pero cuando llegamos a Hanoi nos trataron como a héroes. Nos invitaron al palacio del gobernador y Ho nos entregó a cada uno de nosotros un regalo como reconocimiento a nuestra contribución a la derrota de Japón y a la independencia de Vietnam. Nos dijo que siempre seríamos bienvenidos y que podríamos visitarle en cualquier momento. Alguien le preguntó si era comunista y él dijo: «Sí, soy comunista, pero no hay razón por la que no podamos ser amigos, por la que no podamos convivir».

Estoy seguro de que Ho no preveía la lucha entre Estados Unidos y su pueblo. Después de todo habíamos estado en la selva apoyándole como representantes del gobierno estadounidense. Una de las grandes desilusiones de su vida debió de ser que Estados Unidos se pusiera del lado de Francia, y después de Diem [presidente de Vietnam del Sur de 1954 a 1963], contra él. Eso no debería haber ocurrido nunca.

Yo era una especie de antibelicista silente. En la década de 1960 di charlas en el Rotary Club sobre mi experiencia en la OSS y me publicaron un artículo en un periódico local explicando que, en mi opinión, Ho tenía el apoyo genuino de los vietnamitas. En aquel momento tenía tres hijas en el instituto y en clase les dijeron: «¡Tu padre es comunista!». Yo no lo era en absoluto pero sabía que el patriotismo de los vietnamitas superaría todo lo que les pudiéramos hacer y así fue. Pero no quería que mis hijas se vieran acosadas por lo que yo pudiera decir, así que dejé de hablar del tema y nunca participé en ninguna manifestación.

En 1995 una delegación de veteranos de la OSS volvió a Vietnam para una

reunión. «En una de nuestras reuniones el general Giap me miró fijamente, como si tratara de localizarme en su recuerdo. Entonces agarró una naranja del plato e hizo un movimiento como si arrojara una granada de mano. ¿No es increíble? De hecho, yo les enseñé a lanzar granadas de mano».

VO NGUYEN GIAP

«El conflicto más atroz de la historia de la humanidad».

«Cuando la gente me pregunta dónde recibí mi entrenamiento militar, les digo: "En ninguna parte". Aprendí en los libros y de mi propia experiencia». Ahora, con ochenta y ocho años, no siempre se siente bien para una entrevista, pero tras haberla pospuesto una vez aparece en el recibidor de su casa del centro de Hanoi. Lleva uniforme militar, con cuatro estrellas brillando en cada hombro, y me sorprende su cutis tan fino.

En 1929, con tan sólo dieciocho años, Giap fue condenado a tres años en una prisión francesa por su activismo anticolonial. Se casó con una mujer que compartía sus convicciones revolucionarias comunistas y que años después, durante la segunda guerra mundial, murió en una prisión francesa. Giap fue un intelectual y un teórico-político mucho antes de convertirse en comandante militar. Uno de sus primeros libros, publicado en 1938, se tituló La cuestión de la liberación nacional en Indochina. *En 1944 comenzó a reclutar y entrenar un ejército, que al principio sólo contaba con treinta y cuatro hombres; en 1954, cuando derrotaron a los franceses, eran más de trescientos mil soldados.*

Durante la Guerra Americana su poder fue cuestionado e impugnado en ciertos momentos cruciales por algunos miembros igualmente poderosos del Partido Comunista, especialmente el secretario general Le Duan. Aun así siguió siendo uno de los principales arquitectos de la política militar de Vietnam del Norte, hasta que se retiró en 1973. Es el superviviente más destacado de aquella generación revolucionaria.

Todos los periodistas e intelectuales me preguntan lo mismo: «¿Cómo pudimos vencer?». Aunque se explica en muchos libros, la gente todavía no lo tiene claro. Un profesor estadounidense dijo que vencimos porque supimos utilizar nuestra inteligencia contra el poder del acero. Bueno, eso es cierto, pero la inteligencia por sí sola no es suficiente. Ganamos la guerra porque preferíamos morir antes que vivir como esclavos. Nuestra historia lo prueba. Nuestra aspiración más profunda siempre ha sido la autodeterminación. Ese espíritu nos proporcionó resistencia, coraje y creatividad frente a un enemigo

poderoso.

Militarmente los estadounidenses eran mucho más poderosos que nosotros. Pero cometieron el mismo error que los franceses: subestimaron las fuerzas de resistencia vietnamitas. Cuando comenzaron los ataques aéreos, Ho Chi Minh dijo: «Los estadounidenses pueden enviar cientos de miles, incluso millones de soldados; la guerra puede durar diez años, veinte, quizá más, pero nuestra gente seguirá luchando hasta vencer. Podrán destruir casas, pueblos y ciudades, pero no nos amedrentarán. Y cuando recuperemos nuestra independencia reconstruiremos nuestro país desde los cimientos, haciéndolo incluso más bello».

La historia no se hace con suposiciones, pero si los líderes estadounidenses hubieran sido más juiciosos, creo que podríamos habernos ahorrado la guerra. En mi opinión la guerra de Vietnam no le convenía a Estados Unidos. Fue un gran error. El gasto estadounidense fue enorme y para los vietnamitas las pérdidas humanas fueron gigantescas. Se puede calificar la Guerra Americana como el conflicto más atroz en la historia de la humanidad. Los estadounidenses llevaron a cabo atrocidades demenciales, de las que la masacre de My Lai no es más que un ejemplo. En diciembre de 1972 bombardearon el hospital Bach Mai de Hanoi. Quizá los estadounidenses ya sepan esto, pero necesitan que alguien se lo cuente de nuevo para entenderlo mejor.

Durante toda su vida el Tío Ho dedicó su amor y su energía al país y a la gente. En 1969, unos días antes de morir, quiso hablar conmigo y con otros líderes. Estaba bastante enfermo y le propusimos ir a verle, pero él insistió en lo contrario. Nos reunimos en una casa cercana al lago de Ho Tay. Llovía a cántaros y cuando llegó estaba empapado. «Descanse, señor presidente», le dije. Durante sus últimos días no dejaba de pensar en cómo ganar la Guerra Americana. Nos hizo muchas preguntas sobre la situación en el frente. Siempre había deseado visitar el Sur. Le dije: «Todo va bien. El ejército está luchando con ánimos. Estoy seguro de que venceremos y de que usted tendrá la oportunidad de visitar el Sur».

Los recuerdos del trabajo con él siempre me acompañan, desde el primero hasta el último. Nos conocimos en la cueva de Pac Bo, con Pham Van Dong [futuro primer ministro de la República Democrática de Vietnam]. Hace unos años le mostré aquella cueva al senador estadounidense John Kerry, quien me preguntó: «¿Cómo pudieron planear exitosamente una guerra revolucionaria desde una cueva tan oscura?».

Recuerdo una reunión en la cueva en los años cuarenta. Estábamos sentados cerca del fuego, de noche, y dije: «Hablamos de un alzamiento general, pero ni siquiera tenemos armas». El Tío Ho replicó con calma: «No te preocupes. Si el pueblo está de nuestra parte conseguiremos las armas». Así que empezamos a movilizar a la gente para que nos ayudara. Yo conviví en las montañas con las minorías étnicas: los Tho, los Thai, los Man, los Dao y los Hmong. Aprendí a hablar tres de sus lenguas. Formamos unidades de autodefensa en las aldeas y un ejército. Al principio sólo éramos treinta y cuatro soldados, pero al cabo de pocos años todos los habitantes de aquellas montañas se sumaron al Viet Minh.

Al final de la segunda guerra mundial colaboré estrechamente con oficiales de la OSS en Tan Trao, Thai Nguyen y Hanoi. El comandante de la OSS era el mayor [Allison] Thomas, con el que aún me mantengo en contacto. En una carta me escribió: «Ayer estabas en la selva, y hoy diriges un país independiente. ¿No es maravilloso? La historia de tu país es como una novela. Espero que podamos tener buenas relaciones». Yo también, pero para ello los estadounidenses deberían entender mejor la historia y la cultura vietnamita. No podemos compararnos con Estados Unidos en riqueza, ciencia o tecnología, pero una buena relación debería basarse en la igualdad y el respeto.

A mediados de los noventa Giap participó en un debate celebrado en Hanoi entre una delegación estadounidense dirigida por el que fuera secretario de Defensa durante la guerra, Robert McNamara, y un grupo de historiadores, generales retirados y antiguos diplomáticos vietnamitas. McNamara pretendía examinar los «malentendidos» entre ambos países e identificar posibles «oportunidades perdidas» de negociar un final más rápido de la guerra. El encuentro inicial entre McNamara y Giap reveló la diferencia fundamental en su visión histórica de la guerra:

> *McNamara: «Deberíamos extraer lecciones que nos permitan evitar semejantes tragedias en el futuro».*
>
> *Giap: «Las lecciones son importantes, estoy de acuerdo, pero usted se equivoca al calificar la guerra de "tragedia". Quizá fue una tragedia para ustedes, pero para nosotros fue un noble sacrificio. No queríamos luchar contra Estados Unidos, pero no nos dejaron otra opción».*

6

Líbranos del mal

A finales de la década de 1940 Washington reconoció la soberanía francesa sobre Indochina pero era reacio a ofrecerle ayuda militar directa en su guerra contra el Viet Minh hasta que en 1949 Francia la reformuló como una cruzada anticomunista en nombre del «Estado de Vietnam» y ofreció vagas promesas de una futura independencia. Dado que mantenía un control absoluto sobre el gobierno que había creado, se trataba esencialmente de una operación cosmética que le permitió, no obstante, a Washington describir la guerra como parte de la campaña global para contener el comunismo, y no como un intento de aplastar una guerra anticolonial de independencia. En 1950 las fuerzas francesas comenzaron a recibir ayuda estadounidense directa.

En 1949 las fuerzas comunistas revolucionarias de Mao Tse Tung habían triunfado de forma inapelable en China derrocando al gobierno de Chiang Kai-shek, que contaba con el apoyo de Estados Unidos. Esto provocó una agria disputa política en Estados Unidos en torno a la responsabilidad por aquella derrota, de la que toda una generación de líderes estadounidenses extrajeron una lección fundamental sobre la Guerra Fría: si los comunistas triunfan en cualquier parte del mundo bajo su vigilancia, ustedes serán personalmente responsables. El estallido de la guerra de Corea, un año después, no hizo más que intensificar la preocupación de Washington por la expansión del comunismo en Asia e impulsó el apoyo estadounidense a las fuerzas francesas en Indochina; en 1954 Estados Unidos pagaba casi el 80 por 100 de los gastos bélicos de su aliado. Cuanto más dependía Francia de la ayuda estadounidense, tanto más los vietnamitas veían a Estados Unidos como un enemigo. Para la mayoría de los estadounidenses, en cambio, la guerra de Indochina era como mucho una historia remota en las últimas páginas de los periódicos.

Ocho años de guerra encarnizada, casi medio millón de soldados y 3,5

millardos de dólares en concepto de ayuda estadounidense sólo consiguieron mantener la situación en un precario estancamiento. En Francia la guerra se estaba volviendo tan impopular que el gobierno dependía enteramente de los reclutas vietnamitas, de soldados de otras colonias y de la legión extranjera para proseguir la lucha. En 1953 el general francés Henri Navarre envió a quince mil soldados a Dien Bien Phu, un pequeño puesto avanzado en un remoto valle del noroeste de Vietnam, creyéndolo una posición inexpugnable desde la que podría atacar la retaguardia del Viet Minh. Fue un desatino sensacional. El general Vo Nguyen Giap rodeó la guarnición francesa con cincuenta y cinco mil soldados del Viet Minh y un número aún mayor de campesinos ayudó a arrastrar pesados obuses y armamento antiaéreo por un terreno terriblemente accidentado. En la primavera de 1954 Dien Bien Phu estuvo sitiado durante dos meses.

El gobierno de Eisenhower estudió seriamente una petición francesa de ayuda militar, y el Pentágono llegó a considerar «la viabilidad del uso de armamento nuclear en Indochina». Al final el presidente Eisenhower pensó que no contaba con suficiente apoyo en el Congreso y en la esfera internacional para ir a la guerra. Entre los críticos a una posible intervención militar estaba John Kennedy, senador por Massachusetts. «Francamente, tengo la convicción de que ningún apoyo militar en Indochina puede vencer a un enemigo que está por todas partes y al mismo tiempo en ninguna y que goza de la simpatía y la complicidad de la población». En Corea habían muerto treinta y cuatro mil estadounidenses combatiendo contra las tropas norcoreanas y chinas, sin conseguir cambiar el *status quo ante bellum*. Como consecuencia de aquel penoso empate la participación directa en otra guerra asiática despertaba poco entusiasmo.

La fuerzas francesas se rindieron en Dien Bien Phu el 7 de mayo de 1954 y al día siguiente se reunieron en Ginebra representantes de nueve países para resolver la guerra. Después de haber derrotado a Francia, la República Democrática de Vietnam (RDV) de Ho Chi Minh se creía legitimada para gobernar todo Vietnam, pero en Ginebra las grandes potencias respondieron al deseo de Francia de salvar las apariencias y convinieron dividir temporalmente Vietnam por el paralelo 17, aceptando únicamente el control del norte por la RDV. Hasta las dos grandes potencias comunistas, la Unión Soviética y China, temiendo que una victoria aplastante de la RDV incitara a Estados Unidos a la guerra, se esforzaron por hacerle aceptar el compromiso.

Aunque los partidarios del Viet Minh estaban profundamente

decepcionados por el resultado, les animaba la promesa de unas elecciones en todo el país en 1956. Confiaban en el triunfo electoral de Ho Chi Minh. A Washington le inquietaba que se hubiera cedido tanto terreno a los comunistas. El secretario de Estado John Foster Dulles se negó a firmar los acuerdos pero se comprometió a cumplir lo establecido en ellos.

Los acuerdos permitían que civiles y militares se «reagruparan» tanto al norte como al sur del paralelo 17. En 1954 novecientos mil habitantes del norte —la mayoría católicos que temían represalias comunistas— se dirigieron al sur, transportados en su mayoría por la marina estadounidense, mientras que unos doscientos mil habitantes del sur, la mayoría soldados del Viet Minh, se trasladaron al norte confiando en regresar junto a sus familias dos años después cuando se reunificara el país.

Sin embargo, los agentes de inteligencia estadounidenses ya estaban preparando el terreno en el sur para el asentamiento permanente de un gobierno anticomunista. Washington esperaba tener éxito allí donde Francia había fracasado. Después de todo, como dijo Dulles, «ahora tenemos allí una base limpia, sin mancha de colonialismo». Para él, lo que estaba en juego no era sólo Vietnam. Si todo Vietnam «caía» en el comunismo, otras naciones del Sudeste Asiático seguirían su ejemplo. Este aspecto del pensamiento de Washington desde finales de los años cuarenta acabó conociéndose como «teoría del dominó». En 1954 el presidente Eisenhower fue de los primeros en enunciar aquella metáfora de la amenaza comunista: «Si tiras la primera de una fila de fichas de dominó, inmediatamente caerán todas hasta la última». Desde el punto de vista de Washington no era posible que ningún país «cayera» en el comunismo por razones internas; el dominó sólo caería si la primera ficha era derribada desde el exterior, ya fuera desde China o desde la Unión Soviética. Y una vez que cayera el primer país, no se podría mantener el resto. La principal preocupación de Washington no era impedir una victoria comunista en Vietnam, sino la eventual reacción en cadena que eso pudiera provocar.

Para evitar la caída de la primera ficha del dominó, Estados Unidos apoyó a Ngo Dinh Diem, un aristócrata católico del centro de Vietnam que había pasado los últimos cuatro años en el exilio, en parte en el seminario de Maryknoll en Lakewood, Nueva Jersey. En 1954 volvió a Saigón, la nueva capital, donde Estados Unidos tuvo un papel fundamental en su nombramiento como primer ministro de Vietnam del Sur. Para sorpresa de quienes dudaban de su capacidad para mantenerse en el poder frente a

múltiples rivales, Diem dedicó con éxito los doce millones de dólares que la CIA le había dado en secreto a sobornar y eliminar poderosas sectas en el Sur. También lanzó una campaña de represión general contra antiguos miembros del Viet Minh que no se habían trasladado al Norte, que fueron interrogados, torturados, y en miles de casos ejecutados.

A medida que disminuía la desconfianza de Washington en la habilidad de Diem para gobernar un sur no comunista iba afluyendo a raudales su ayuda. En 1956 su gobierno recibió 270 millones de dólares. Aquel mismo año, con el apoyo estadounidense, Diem se negó a convocar las elecciones generales acordadas en Ginebra. Los informes del servicio de espionaje estadounidense indicaban que Ho Chi Minh habría ganado de forma abrumadora, pero Diem, alegando que no se podía confiar en la participación de los comunistas en unas elecciones limpias, manipuló el voto para hacerse con la presidencia de la República de Vietnam (del Sur).

En el Norte, el Partido Comunista que dirigía la República Democrática de Vietnam aprovechó ese tiempo para consolidar su gobierno e iniciar la construcción de un Estado socialista. El núcleo de ese esfuerzo fue una reforma agraria radical. En nombre de la igualdad se confiscó la tierra, no sólo a los grandes terratenientes, sino también a pequeños propietarios y a quienes se consideraba enemigos de la revolución. Los «reaccionarios» afectados por aquella campaña se vieron privados de sus propiedades e infamados públicamente; se estima que fueron ejecutados unos ocho mil. En 1956 los dirigentes del Partido Comunista admitieron que aquel programa había generado muchos «excesos» y se restituyó a sus propietarios originales una proporción considerable de la tierra, pero lo que no podía repararse era el daño sufrido y fue un duro golpe para la unidad política del Norte.

A pesar de la decepción por la cancelación de las elecciones nacionales acordadas, los líderes de Hanoi mantenían la esperanza de conseguir la unificación por medios políticos y no veían factible en aquel momento una guerra en apoyo de sus camaradas del Sur para derrocar a Ngo Dinh Diem. Tras la expulsión de los franceses lo que más urgía era reconstruir el país, en lo que estaban de acuerdo la Unión Soviética y China, por lo que durante el resto de la década de 1950 Hanoi exhortó a los comunistas y simpatizantes del sur a concentrarse en la construcción política de una base revolucionaria. La resistencia armada tendría que esperar.

DANIEL REDMOND

«El médico que ganó la guerra en Indochina».

A sus setenta años, este enjuto abogado casi retirado sigue con sus caminatas de once kilómetros por su barrio de Arlington, en Virginia. Asegura que su temprana carrera en la marina fue de lo mejor que ha hecho en la vida. En 1954 lo enviaron a Vietnam con veinticuatro años para ayudar en la Operación Marcha hacia la Libertad, que consistía en trasladar a casi un millón de vietnamitas del Norte, la mayoría católicos, a Vietnam del Sur. Fue una de las mayores migraciones apresuradas de la historia, promovida por la CIA con la esperanza de ofrecer una base política a Ngo Dinh Diem. Bajo la dirección de Edward Lansdale, la CIA inundó las poblaciones católicas del norte con folletos que afirmaban que Jesús y la Virgen María se habían trasladado al sur y que todos los católicos vietnamitas debían seguir su ejemplo.

En Vietnam Redmond conoció a Thomas A. Dooley, un médico de la marina que escribió un libro muy leído sobre los refugiados vietnamitas titulado Líbranos del mal *[*Deliver Us from Evil: The Story of Vietnam's Flight to Freedom*], en el que presentaba la intervención estadounidense en Vietnam como obligación moral, destinada a aliviar el sufrimiento de los campesinos que huían de la persecución comunista. Con aquel libro y sus muchos discursos y apariciones televisivas, Tom Dooley animó a muchos estadounidenses a dedicar su vida al servicio exterior, y cuando John Kennedy anunció la formación del Cuerpo para la Paz en 1961, invocó su nombre como modelo de patriotismo y sacrificio.*

Sentado ante una mesa en su despacho de la planta baja, Redmond me muestra una fotografía en la que se ve un grupo de refugiados vietnamitas cargados de bártulos frente a un buque de transporte.

Aquel trabajo fue realmente monstruoso, desgarrador. La gente estaba aterrorizada. Venían de pequeñas aldeas de las que nunca se habían alejado más de un par de kilómetros. Nunca habían subido a bordo de un barco. Llevaban todas sus pertenencias colgadas de un palo, sobre los hombros. El olor era vomitivo. No conocían lo que era un inodoro. Recuerdo a una madre que dio a luz, rechazó nuestra ayuda, cortó de un mordisco el cordón umbilical y se llevó a su bebé a lavarlo en las sucias aguas del río.

Evacuamos a casi un millón de personas entre agosto de 1954 y mayo de 1955. Yo era el oficial de embarque. Subíamos por el río en grandes embarcaciones anfibias, las cargábamos de refugiados y los llevábamos hasta Haiphong, donde los embarcábamos en buques que los transportaban hasta Vietnam del Sur. Mientras esperaban, nuestros hombres los rociaban con DDT

para despiojarlos. Esto fue antes de que se publicara el libro de Rachel Carson[9].

Un día cargué tres mil personas en una de aquellas lanchas. Aquellos malditos legionarios franceses los amontonaban como si fueran ganado. Me sentí como un criminal de guerra, pero al menos los saqué de allí. Personalmente quedé contento de la operación y estoy orgulloso de haber participado en ella. Ante todo fue una labor humanitaria. Sentía gran aprecio por los vietnamitas, además del vínculo que suponía nuestro común catolicismo. Yo odiaba a los comunistas del Viet Minh, que decían por la radio que íbamos a tirar por la borda a los refugiados y que íbamos a vender a sus mujeres en los burdeles del Sur. Eran un puñado de asesinos. Pero tampoco me parecía que nuestra operación fuera una especie de misión dorada, una gran cruzada para salvarlos de los rojos. Les habían causado más daño aún los franceses, a los que odiaba tanto como al Viet Minh.

Yo sabía que nuestra misión era política, que se trataba de respaldar a Ngo Dinh Diem. Aquella gente se convirtió en su base social en el sur porque eran católicos como él, mientras que la mayoría de los vietnamitas eran budistas. Siempre me reía al ver un gran cartel en los buques de transporte: «Éste es tu pasaje a la libertad». Estaba escrito en vietnamita y en inglés, pero la mayoría de los campesinos eran analfabetos. Me parecía la típica publicidad estadounidense, más atenta a nosotros que a los vietnamitas.

Creo que hicimos lo correcto al llevar a la gente al sur, pero fue nuestro primer paso hacia el desastre. Nunca imaginé que diez años después estaríamos enzarzados allí en una guerra. Los franceses habían sufrido tal desastre que no podía creer que Estados Unidos se involucrara de buena gana en algo similar. Tendríamos que haber apoyado a Vietnam del Sur sólo económicamente y no habernos metido en aquel infierno.

Como es natural conocí a Tom Dooley, el tipo que ganó tanta popularidad con su libro sobre la operación titulado *Líbranos del mal*. Lo admiraba por su gran religiosidad, aunque era un misterio para mí, probablemente el hombre más complejo que he conocido. A veces me caía bien y otras me parecía insoportable.

Dooley provenía de una destacada familia de Saint Louis y el jefe del servicio de medicina naval era amigo de su familia, así que Dooley le mantenía informado de sus actividades en Vietnam. Sus cartas eran pura jactancia, pero aquel almirante estaba fascinado e introdujo fragmentos de

ellas en el boletín que se repartía a los médicos navales de todo el mundo. Empezamos a llamarle «el médico que ganó la guerra de Indochina», y recuerdo que cuando salió su libro la gente, sobre todo las mujeres católicas, casi se desmayaban al leerlo. ¡De repente pasó de ser un teniente subalterno a todo un ídolo! En todas partes oía hablar de Tom Dooley.

Yo no lo sabía en aquel momento, pero Tom era homosexual. Se esforzaba por hacerse el macho. Evidentemente tenía que esconder su sexualidad, y no le resultaba fácil conciliarla con las exigencias de su religión. Finalmente lo descubrieron y la marina se deshizo de él[10].

Aunque su petulancia me resultaba irritante, siempre me sorprendió su amabilidad. De vez en cuando sugería que fuéramos al hospital de campaña a visitar a los supervivientes franceses de Dien Bien Phu. Realmente le preocupaban. Podía ser encantador y sociable al extremo, especialmente con los reclutas y los vietnamitas. Daba charlas divertidas sobre enfermedades venéreas a la gente que pululaba por el muelle. Era todo un *showman*: tocaba el piano, hablaba francés, cantaba. Tenía una gran facilidad para los idiomas y asimiló el vietnamita muy rápido. Los vietnamitas lo adoraban.

Pero *Líbranos del mal* me pareció francamente una mierda. Cuando lo leí casi lo tiro al suelo. Me enfadé muchísimo. Había infinidad de inexactitudes y mentiras sobre los comunistas. Tom era muy dado a la exageración, y un ejemplo muy claro es una foto que aparece en el libro, en la que se ve a un joven vietnamita contrahecho en una calle de Haiphong. El epígrafe decía que sus deformidades se debían a las torturas que había sufrido, pero yo conocía a aquel muchacho, al que veía a diario, y puedo asegurar que se trataba de un simple mendigo que probablemente había nacido así. Ni una sola vez insinuó que el Viet Minh lo hubiera torturado. Demonios, en aquel extraño lugar puede que incluso colaborara con el Viet Minh.

Aunque yo compartía el anticomunismo de Dooley, no creo que aquel libro fuera verídico.

Lee fragmentos de una larga carta que escribió a un amigo en 1955. «A veces nos preguntamos si la gente en casa es consciente de que Oriente es, y será, el escenario de la lucha final entre la dignidad humana y la barbarie declarada». Se detiene en ese renglón y ríe por el fervor con el que, como tantos otros estadounidenses, había dividido el mundo entre el bien y el mal. «Supongo que me sentía realmente comprometido. No diría eso ahora». Continúa leyendo la carta: «Joe, he sido testigo de algunas de las realidades

más duras del comunismo y estoy preocupado por el futuro del país. Si los comunistas triunfan, habremos perdido el Lejano Oriente. Pero mi trabajo me ha enseñado algo: los problemas son demasiado complejos como para simplificarlos. La solución no es una guerra preventiva. Rezo a Dios para que la encontremos».

Dan Redmond falleció en 2001.

RUFUS PHILLIPS

«Diles que no soy francés antes de que me linchen».

En 1951 este robusto jugador de fútbol de la zona rural de Virginia se graduó en Yale y se incorporó a la CIA. Tres años después, mientras estaba en Corea como teniente del ejército, le ordenaron trasladarse a Vietnam y le asignaron la Misión Militar de Saigón, un grupo semiencubierto de espionaje dirigido por el ya entonces legendario Edward G. Lansdale, un ex publicista convertido en carismático coronel ligado a la CIA al que Washington consideraba un maestro en la guerra psicológica. Se le atribuía el aplastamiento casi sin ayuda de un grupo insurgente de izquierdas en Filipinas, con el que salió muy reforzado el presidente Ramón Magsaysay. En junio de 1954 lo enviaron a Vietnam con la esperanza de obtener allí el mismo resultado.

«Rufe» Phillips trabajó en el equipo de Lansdale en 1954-1955, se trasladó a Laos por encargo de la CIA a finales de la década de 1950, volvió a Vietnam en 1962 con la Agencia Internacional de Desarrollo e hizo varios viajes más a Vietnam como asesor entre 1965 y 1968.

Allen Dulles, entonces jefe de la CIA, envió a Lansdale con una misión muy concisa. Literalmente le dijo: «Salva Vietnam del Sur. Que Dios te bendiga». Recorrió Asia en busca de ayuda y como yo había estado en la CIA y sabía algo de francés me reclutó. Nunca había oído hablar de Lansdale. En agosto de 1954, poco después de llegar, vino a hablarnos al hotel Majestic. Tenía cuarenta y seis años, frente alta, bigote recortado e iba vestido con pantalones cortos de color caqui, calcetines hasta las rodillas, una camiseta de manga corta y un gorro de oficial de las fuerzas aéreas ligeramente ladeado. Dijo que no tenía una idea clara de lo que debíamos hacer, pero que lo habían enviado allí para ayudar a Vietnam del Sur a defenderse y evitar que los comunistas se hicieran con el poder. Cuando un miembro del equipo le pidió que clarificara la misión, su respuesta fue aparentemente simple: «Descubrir qué es lo que quieren los vietnamitas y ayudarles a conseguirlo».

En la siguiente reunión con Lansdale me preguntó qué sabía yo sobre la guerra psicológica. «Nada», le dije. Me dio un libro titulado *La guerra psicológica* y dijo: «Bueno, lee esto». Fui a la biblioteca del SIEU [Servicio de Información de EE. UU.] y leí unos cuantos libros sobre la cultura y la historia vietnamitas. Pero todo era muy confuso porque estaban los refugiados que habían llegado del norte, todavía había franceses y luego estaba el Binh Xuyen, una secta mafiosa conchabada con la policía, que tenía su propio ejército rondando por ahí con sus cascos azules. Estaba la legión extranjera, había senegaleses, estaba el ejército vietnamita, estaba toda aquella gente cargada de comida en pértigas de bambú por la calle, mujeres con sombreros cónicos y vestigios de la guerra contra los franceses. En el hotel Continental tenían una pantalla de acero curva hacia el exterior para asegurarse de que no les tiraran granadas. Pensé: Dios mío, ¿entenderé alguna vez algo sobre este lugar? Realmente me parecía estar en el oriente misterioso.

Comencé a trabajar en aquel nido de serpientes con el coronel Lansdale. Éramos unos quince, todos con formación militar o paramilitar, pero sólo uno tenía experiencia previa en Vietnam. Un mes antes de mi llegada Ngo Dinh Diem había sido nombrado primer ministro. Provenía de una destacada familia del centro de Vietnam y era el único líder no comunista que quedaba que no hubiera colaborado con los franceses, lo que le daba un historial impecable como nacionalista. Pero al principio no tenía realmente ninguna autoridad.

El gobierno de Vietnam del Sur era pura apariencia; se trataba de un grupo de funcionarios adiestrados por los franceses que no sabían qué hacer sin las órdenes del poder colonial. No sabíamos si Diem sobreviviría, ni siquiera si lo haría Vietnam del Sur. Creo que la mayoría de los estadounidense allí presentes eran bastante pesimistas al respecto. Una de mis primeras tareas fue acudir a la misión de ayuda económica estadounidense a pedir equipos médicos para una compañía vietnamita de guerra psicológica que debía distribuirlos en el campo. El oficial encargado se negó. «Se los entregarán al Viet Minh», dijo. Parecía pensar que todo estaba ya perdido, por lo que no tenía sentido proporcionar al Viet Minh nuestros equipos médicos.

Pero la amenaza inmediata no era el Viet Minh, sino las sectas que se oponían a Diem: el Binh Xuyen, el Cao Dai y el Hoa Hao. La gente se preguntaba si el ejército vietnamita lucharía contra ellos. El Binh Xuyen no sólo controlaba la policía sino igualmente el juego, el opio y la prostitución en Saigón. Hasta tenían una banda de ladrones de coches. De hecho, al principio

la propia guardia del palacio de Diem pertenecía al Binh Xuyen. Finalmente se alzó contra el ejército en las calles de Saigón con la ayuda de algunos integrantes del Hoa Hao y del general del Cao Dai, Trinh Minh The, que contaba con un ejército propio. Lansdale puso en contacto a Diem y The. Diem aceptó financiar el ejército de The y fusionar sus fuerzas. Aquélla fue la clave para debilitar las sectas y acabar con Binh Xuyen en Saigón.

Lansdale tenía un plan para aunar las fuerzas del país. Consistía en seleccionar algunas ideas de Diem, entreverarlas con las suyas y volver a presentárselas a Diem de manera que éste pensara que eran propias. Una de esas ideas era darle a las fuerzas armadas un papel más positivo. Lansdale me asignó inicialmente como asesor a una compañía vietnamita de guerra psicológica. Utilizábamos al ejército para reocupar grandes zonas de Vietnam del Sur que iban siendo evacuadas por el Viet Minh, tal como se había acordado en Ginebra. En un principio el Viet Minh estaba tan presente en el Sur como en el Norte, especialmente en la península de Ca Mau y en las provincias centrales de Luang Ngai y Binh Dinh. Uno de los problemas de Diem era cómo consolidar su gobierno en esas regiones.

La primera operación tuvo lugar en Ca Mau. Me comunicaba con los vietnamitas en francés porque pocos de ellos hablaban un inglés pasable. No sabía a qué atenerme. Llegamos al atardecer y de repente aparecieron nubes de mosquitos provenientes de los manglares; era como una niebla que lo cubría todo. Nos llevaron a un primitivo café al aire libre y colocaron bajo las mesas unos cuencos humeantes para ahuyentarlos. Mientras tomábamos un té se fue congregando a nuestro alrededor una multitud. Comenzaron a murmurar en voz baja y fueron subiendo el tono, hasta que le pregunté a un vietnamita qué ocurría. «Creen que eres francés», me dijo. Le respondí: «Diles que no soy francés antes de que me linchen». Los franceses habían bombardeado la zona repetidas veces.

Poco a poco fueron entendiendo que estábamos allí para ayudarles, no para presumir ni con segundas intenciones. No pretendíamos aprovecharnos de ellos en favor de Estados Unidos. Cuando vinieran diciendo: «Quiero trabajar para vosotros», Lansdale les explicaría: «Bueno, no se trata de que trabajéis para nosotros, sino para ayudar a vuestro gobierno». Entonces responderían: «El gobierno no nos va a pagar por eso».

«Bueno, te ayudaremos por un tiempo —diría Lansdale—, pero luego te consigues un trabajo con el gobierno. No te estamos contratando. No eres un agente estadounidense». Así se establecería un vínculo de confianza con los

vietnamitas. Lansdale sabía cómo tratar a los asiáticos. Encontraba la forma de comunicarse con ellos aunque no hablara ni francés ni vietnamita.

Al principio los vietnamitas tenían muy poca confianza en sí mismos. Los franceses los habían menospreciado mucho y nunca les habían permitido asumir puestos de responsabilidad. Todas las operaciones militares eran dirigidas por oficiales franceses. A los vietnamitas se les decía adónde ir y qué hacer. Así que nuestro trabajo consistió, en gran medida, en ayudarles a confiar en sí mismos.

En abril y mayo de 1955 dos divisiones del ejército vietnamita llevaron a cabo una reocupación en el centro de Vietnam que fue un éxito. Yo era una especie de intermediario y asesor sobre el terreno. Las tropas habían sido instruidas para mantener un comportamiento adecuado y saber cómo ayudar a la gente. Así que a pesar de la propaganda del Viet Minh diciendo que las tropas del gobierno iban a violar y robar, durante toda la reocupación no se produjo ni un solo incidente entre el ejército y la población civil. Al final de nuestra misión la gente venía con baldes de agua para agradecer su labor a los soldados. Era bastante conmovedor, a la vez que efectivo.

Evidentemente, el Viet Minh había dejado tras de sí una red clandestina encargada de preparar el terreno para su regreso, pero no era fácil cambiar a los dirigentes locales. Creo que el gobierno de Vietnam del Sur cometió un error al reemplazarlos a todos sin contar con un plan elaborado al respecto.

Mientras estaba en Laos [a finales de la década de 1950] supe que el gobierno de Diem estaba descarrilando. Entre 1955 y 1956 hubo una apertura real al establecimiento de instituciones democráticas en Vietnam del Sur, como pretendía Lansdale; en su opinión la única manera de derrotar al comunismo era ofreciendo algo mejor a los vietnamitas y quería situar a Diem en un marco constitucional que le obligara a gobernar democráticamente. Pero Washington se negó a apoyar a Lansdale; al parecer pensaban que los controles y equilibrios constitucionales debilitarían demasiado a Diem como para gobernar con eficacia.

En lugar de insistir en el modelo democrático mientras Diem todavía estaba receptivo, Estados Unidos apoyó la creación y desarrollo de un partido político elitista secreto llamado Can Lao, controlado por el hermano de Diem, Ngo Dinh Nhu. Se trataba prácticamente de una copia exacta del Partido Comunista como arma organizativa. Se trataba de construir una especie de culto personal alrededor de Diem y de tener un partido al que la gente jurara

lealtad. Cuando Lansdale se opuso, Allen y Foster Dulles le llamaron ingenuo. Así que acabamos favoreciendo el peor aspecto, no sólo de Diem sino de los vietnamitas sin experiencia democrática.

Pero no creo que nos tuviéramos que retirar de Vietnam, ya que había algo de cierto en la teoría del dominó. Al fin y al cabo, en el resto del Sudeste Asiático había un vacío político. Un ejército de quinientos hombres podía entrar en Laos y tomarlo, y lo mismo se puede decir de Camboya. Una de las consecuencias de nuestra intervención en Vietnam fue que fortaleció tanto el resto del Sudeste Asiático que los comunistas sólo pudieron apoderarse del resto de Indochina, pero no de Tailandia, Malasia, Indonesia o Singapur.

7

¡Comprueba las ruedas y enciende el motor!

De 1954 a 1960 los miembros del Viet Minh que habían participado en la guerra contra los franceses se organizaron en el medio rural para construir una oposición política al gobierno de Ngo Dinh Diem. Gran parte de la campaña de Diem para acabar con la disidencia estaba dirigida contra ellos. Como muchos survietnamitas los admiraban y los consideraban patriotas, en 1956 los servicios de información estadounidenses sugirieron que el gobierno y los periódicos de Saigón comenzaran a llamarles «Vietcong», abreviatura de «comunistas vietnamitas», con la esperanza de que la nueva denominación se entendiera como peyorativa y disminuyera su popularidad. Hicieron falta varios años para que ese nuevo nombre calara en Saigón, pero no sirvió para aminorar el respeto que muchos campesinos sentían hacia la causa de la liberación nacional.

Lo que sí les perjudicó fueron medidas del gobierno como la ley 10/59, un decreto draconiano aprobado en 1959 por el que cualquier sospechoso de amenazar la seguridad del Estado podía ser condenado a muerte por un tribunal militar sin derecho a apelación. Unos tribunales ambulantes peinaban el campo, reunían a los sospechosos y los ejecutaban públicamente, a menudo mediante la guillotina. Con el tiempo la represión de Diem suscitó más oposición de la que eliminaba y generó en el Sur una hostilidad generalizada hacia su régimen. A corto plazo, no obstante, consiguió diezmar las bases del Partido Comunista en el Sur.

Los revolucionarios del Sur que no habían sido encarcelados o ejecutados pedían a gritos volver a las armas, pero sus camaradas de Hanoi les aconsejaban paciencia y limitarse a la organización política. Según el partido la lucha armada acabaría siendo necesaria, pero todavía era prematura, pero en el Sur algunos no compartían la idea de esperar la luz verde de Hanoi y lanzaron ataques no autorizados contra las tropas y los funcionarios del

gobierno. Aunque Hanoi se aferraba a la esperanza de que la agitación política bastara para derribar al régimen de Diem, en el decimoquinto pleno del partido celebrado en 1959 los líderes comunistas coincidieron en que la represión de Diem y la creciente ayuda estadounidense ejercían tal presión sobre el partido en el Sur que éste podía llegar a desaparecer si no se le daba algún apoyo a la lucha armada.

Durante los dos años siguientes Hanoi autorizó una escalada de acciones violentas en el Sur como el asesinato de funcionarios nombrados por Diem, emboscadas a las patrullas del gobierno y ataques a los puestos militares. Para supervisar y coordinar los aspectos políticos y militares de esta nueva fase de la guerra, el partido creó en 1960 una organización revolucionaria amplia llamada Frente de Liberación Nacional (FLN). Aunque estaba dirigida por los comunistas, incluía a muchos otros disidentes que no lo eran.

Cuando John F. Kennedy asumió la presidencia en 1961, Estados Unidos llevaba ya seis años financiando a Diem para que mantuviera un Vietnam del Sur no comunista. El principio asumido por Washington era «hundirnos o salvarnos con Ngo Dinh Diem». El presidente saliente, Dwight D. Eisenhower, ni siquiera le habló en su informe de Vietnam, y durante los primeros meses estuvo bastante abajo en la lista de prioridades de Kennedy en política exterior, comparada con las crisis de la Guerra Fría en Berlín, Cuba y Laos.

Pero durante el otoño de 1961 Kennedy empezó a recibir informes que indicaban que el régimen de Diem tenía serios problemas. Sus asesores le advirtieron de que, sin una intervención directa del ejército estadounidense, el gobierno caería en manos del Vietcong. Kennedy no deseaba incrementar la intervención estadounidense ni tampoco estaba muy seguro de su éxito, pero su convicción con respecto a la Guerra Fría le llevaba a considerar intolerable la perspectiva de una victoria comunista en Vietnam del Sur; sería un golpe al poder y prestigio estadounidenses que seguramente provocaría más victorias comunistas en el Sudeste Asiático. A finales de 1961 el número de militares estadounidenses en Vietnam había aumentado de ochocientos a tres mil; aunque eran calificados como «asesores», entre ellos había pilotos de combate, compañías de helicópteros, equipos de fuerzas especiales y oficiales y reclutas del ejército regular. El gobierno negó que ninguno de ellos participara directamente en los combates, aunque en muchos casos fuera así. A finales de 1962 su número había aumentado a once mil y un año después a dieciséis mil, de los que habían muerto más de un centenar.

En los meses previos a su propia muerte, Kennedy comenzó a dudar de la capacidad del régimen de Diem para derrotar la insurgencia comunista y gobernar eficazmente Vietnam del Sur. El apoyo popular a Diem era débil, su ejército en gran parte inepto y el gobierno estaba plagado de corrupción. Además de las guerrillas que lo amenazaban desde el campo, los budistas se manifestaban en las ciudades protestando por el favoritismo del gobierno hacia los católicos y las medidas contrarias al budismo. Muchos estadounidenses tomaron conciencia de esta crisis en junio de 1963, cuando un monje budista se prendió fuego hasta morir como gesto de protesta. Durante los meses siguientes el gobierno de Kennedy apoyó en secreto a un grupo de generales que tramaban un golpe de Estado. El 1 de noviembre de 1963, tres semanas antes que el propio Kennedy, Diem fue asesinado. El magnicidio de Dallas detonó un debate irresoluble sobre si Kennedy se habría retirado de Vietnam o si habría ampliado la intervención estadounidense, pero en cualquier caso está claro que su política estableció el patrón de la futura escalada.

RICHARD OLSEN

«Aquello era como “Terry y los Piratas”».

Este pintor, recientemente jubilado en el departamento de arte de la Universidad de Georgia, rebosa entusiasmo. En 1962 él y su hermano gemelo fueron a Vietnam como pilotos de la misma compañía. Estaban entre los miles de militares estadounidenses destinados a Vietnam como «asesores» durante el mandato de Kennedy. Su trabajo consistía en transportar tropas de combate survietnamitas al campo de batalla en helicópteros H-21, enormes y pesadas naves de cola curva. Para mantener la ficción de que Estados Unidos no participaba directamente en la guerra, los pilotos tenían oficialmente prohibido disparar sus armas a no ser que les dispararan primero.

El H-21 «Banana» era una aeronave romántica. Todo el que lo pilotó sabe lo difícil que es de manejar. Tenía 26 metros de largo y podía transportar a veinte personas, pero no tenía bastante potencia para hacerlo cuando hacía demasiado calor, así que sólo llevábamos a nueve o diez soldados. Fue diseñado a finales de la década de 1940 para el Ártico, cuando los rusos amenazaban con llegar al Polo Norte, y a nosotros nos había tocado maniobrar con él en el trópico.

Mi hermano Don y yo nos graduamos como oficiales justo antes de que acabara el viejo ejército. Llegamos a volar con los mejores aviadores del

mundo. Cuando no era más que un teniente de veintisiete años volaba con pilotos de treinta cinco, cuarenta o cuarenta y cinco, que habían participado en la segunda guerra mundial y en Corea y que todavía estaban redondeando su carrera. La mayoría de ellos eran suboficiales, así que de hecho yo tenía un rango superior, pero ellos tenían mucha más experiencia y era un privilegio volar con ellos. Había incluso artilleros de diecinueve años que se formaron con ellos y se empaparon de su espíritu. Nuestra regla era que la persona con más experiencia trabajara con el más novato. Yo sólo trataba de hacerlo lo mejor posible para no decepcionar a aquellos grandes pilotos. Ésa era mi única preocupación.

No soy uno de esos veteranos resentidos, llenos de quejas. Siento nostalgia y un enorme respeto hacia mi experiencia. Me veía en el centro de la historia del mundo, de un proceso mundial, no de una insurrección local. Quería la derrota del comunismo y el totalitarismo por el espíritu del Mundo Libre. Estábamos en la primera fase de la intervención estadounidense y nos henchía el idealismo colectivo de la época de Kennedy. Estábamos entusiasmados con la construcción nacional. Me complacía sentirme vivo y pilotar aquel avión en lugares tan interesantes, difíciles y llenos de peligro.

Aquella época de mi vida fue tremendamente romántica. Volaba con los mejores hombres del mundo sobre arrozales, canales, ríos serpenteantes y sabanas de hierba de elefante. Así era como imaginaba los viejos safaris en África con Teddy Roosevelt. Todas mis fantasías desde que tenía diez o quince años se hacían realidad ante mis ojos. Me parecía estar en el mundo de Hemingway. Todo era excitante, un rito de paso a la edad viril.

Vietnam estaba lleno de buenos pilotos. ¡Comprueba las ruedas y enciende el motor! Había un club de oficiales llamado Thunderbird Lounge, por el nombre del lugar favorito en Las Vegas de nuestro comandante. Volábamos bajo por encima de él para que todo el mundo supiera que volvíamos a casa. Era como «Terry y los piratas[11]». En los informes poníamos: «Una ducha, meterse en algún lío, ir al club y contar alguna historia». Una copa costaba 25 centavos. Las borracheras de los pilotos son legendarias y en aquella época nadie pensaba que el alcohol fuera a arruinarte la vida. En aquellos tiempos se trataba de beber tanto como fuera posible.

Nuestra misión principal era transportar tropas survietnamitas al campo de batalla. A veces disparábamos desde el aire, aunque no estábamos autorizados a hacerlo a menos que nos atacaran primero. En general obedecíamos aquella orden, pero en una ocasión un general del ERV [Ejército de la República de

Vietnam del Sur] me ordenó sobrevolar determinada área para que el artillero ametrallara aquella gran «zona de guerra» deshabitada, como él la llamó, pero aquélla fue la única excepción. Tuve que explicar en un informe posterior lo que había sucedido, porque debíamos cumplir el reglamento. Éramos como «patos voladores» en una barraca de tiro al blanco, con chalecos antibalas y asientos almohadillados. Paradójicamente, en la misión en la que me dispararon en el muslo no llevaba el asiento almohadillado.

En general, la cultura vietnamita es más rígida que la nuestra; vi chicos vietnamitas con heridas de bala en una pierna que no se quejaban. Pero la cultura del sur era menos áspera. Las canciones del norte solían hablar de resistir para el futuro; se parecían a nuestras canciones de los años treinta: «*Somewhere over the rainbow*». Las del sur, en cambio, recordaban las nuestras de la década de 1960, como las de los Beatles. En ellas se oían cosas como «bésame ya».

Con los soldados pasaba lo mismo. Los del sur dormían la siesta de doce a tres. Si los dejabas en una zona a las nueve de la mañana no los podías ir a recoger entre las doce y las tres porque estarían durmiendo en sus hamacas. A esa hora lo más probable es que cayeras en una emboscada del Vietcong, siempre despierto. Si los survietnamitas nos llamaban para que recogiéramos algún cadáver, junto a él pretendían subir diez tipos pidiéndote que los sacaras de allí en el helicóptero, con la excusa de acudir al funeral del muerto. Yo pensaba: «Quédate ahí y pelea tu propia guerra». En una ocasión el artillero del helicóptero me preguntó: «¿Puedo dispararles?» y tuve que tranquilizarle. Pensaba que debíamos dedicar algunos de nuestros soldados a enseñarles cómo aguantar.

Al contemplar sus pinturas sobre la guerra de los años sesenta apenas puedes creer que sean obra del mismo hombre, aparentemente positivo y animado. En ellas se ven imágenes horripilantes e inolvidables, con títulos como «Congo: mátalos», «La tumba del enemigo» o «Plegaria de madrugada, con saludos del Vietcong». «Pinto abstracto desde los setenta, pero no puedo sacarme Vietnam de la cabeza. Mis pinturas recordarán la guerra aunque pinte flores».

En 1994 expuso algunos de sus trabajos en una muestra denominada «La visión de ambos bandos», en la que se exhibían obras de arte de veteranos vietnamitas y estadounidenses relacionadas con la guerra. Viajó a Vietnam para la inauguración. Un día fue a la Playa China cerca de Danang, al atardecer se dio un baño y de repente se vio atrapado por una fuerte

corriente.

«Pensé: ¡Qué absurdo! ¡Sobreviví a la guerra y ahora me estoy ahogando como un turista! No hacía mas que tragar agua y me veía realmente apurado. De pronto apareció justo frente a mí un hombre de unos cuarenta kilos, como un dardo. Lo primero que pensé fue: ¡Vietcong! Nos miramos frente a frente, sondeando cada uno el alma del otro, y al final aquel joven socorrista vietnamita me arrastró y me sacó del agua».

MALCOM BROWNE

«Se podía oler cómo ardía la carne».

«Cuando abandoné el ejército en 1958 no sabía si volver a mi antigua vocación de químico de laboratorio o dar un cambio más drástico y hacer lo que me parecía divertido». Se convirtió en reportero y en 1961 viajó a Vietnam para cubrir la guerra para Associated Press (AP).

En 1963 fue el único periodista presente cuando un monje budista de sesenta y siete años, Thich Quang Duc, se quemó hasta la muerte como protesta contra la política del presidente católico Ngo Dinh Diem. Browne tomó una foto que apareció en la portada de los periódicos de todo el mundo. Aquella fotografía terrorífica se convirtió en una de las dos o tres imágenes más conocidas de la guerra de Vietnam: un monje con su túnica y la cabeza afeitada, sentado con la cabeza erguida en mitad de una calle de Saigón, devorado por las llamas.

Al poco de llegar a Vietnam Browne se enamoró de una vietnamita llamada Huynh Thi Le Lieu. Finalmente se casaron y se trasladaron a Estados Unidos en 1966. Browne regresó muchas veces a Vietnam para cubrir la guerra para el New York Times.

Saigón colmó mis expectativas. Olía a canela y los tamarindos de la Rué Pasteur, donde la AP tenía su oficina, eran altísimos. El calor era agobiante pero yo era mucho más joven, mucho más delgado y fumaba tres paquetes de cigarrillos al día como antídoto. Estaba encantado con el ambiente y fascinado por el trasfondo de novela violenta. Vivíamos escindidos. Por las noches vestías de etiqueta para alguna fiesta diplomática, y todas las semanas se podía escuchar a una nueva *chanteuse* de París como Jacqueline Françoise, que divertía al público en el hotel Caravelle o en algún otro local nocturno. Era maravilloso. Pero había que levantarse a las tres y media de la madrugada para cubrir una operación en helicóptero, y a veces te arrestaban. Un número impresionante de periodistas eran asesinados y heridos, pero el peligro añadía

cierto picante a la vida.

Durante mi primer mes en Saigón, un oficial de la inteligencia británica me dijo que no podría entender lo que realmente ocurría si no leía *La guerra popular, el ejército popular*, de Vo Nguyen Giap. Giap fue el comandante supremo de las fuerzas vietnamitas contra los franceses durante la primera guerra de Indochina. Era un escritor serio y aburrido, preocupado principalmente por el contenido propagandístico de sus palabras, pero era muy sabio en lo que se refería a la guerra de guerrillas. Aquel brillante estratega me impresionó.

Al principio pasaba más tiempo con las tropas survietnamitas que con las estadounidenses. Los oficiales estadounidenses tendían a considerar las comunidades vietnamitas como pueblos Potemkin[12]; pero bastaba tomarse la molestia de pasar un par de noches, agotadoras y oscuras, en una aldea estratégica o una atalaya de la milicia del gobierno, para llegar a la conclusión de que el bando contrario controlaba el campo. Esto era particularmente cierto en el delta del Mekong, el lugar más poblado del país. A unos pocos kilómetros al sur de Saigón, el Vietcong controlaba la provincia de Long An durante la noche. Cuando se producían combates los guerrilleros invadían los puestos, avanzaban a través de campos minados y alambre de espino y mataban a cuantos se resistían.

Una de las crónicas más deprimentes que tuve que hacer fue en una aldea llamada Dam Doi en el extremo sur del país, a unos seis kilómetros de Ca Mau. Una gran unidad del Vietcong llamada «batallón U Minh», que actuaba desde la selva de U Minh al oeste de Ca Mau, la asaltaba una vez tras otra. Era muy poderosa y podía provocar un auténtico infierno. De vez en cuando aparecían en Dam Doi, quemaban todas las construcciones y eliminaban cualquier fuerza local que se opusiera a ellos.

La primera vez que fui a Dam Doi habían cortado la conexión por radio del pueblo con el mundo exterior. Me uní a un destacamento de la marina vietnamita para averiguar qué ocurría. Atravesamos la selva y las ciénagas de los manglares, un lugar realmente pésimo para caminar. Allí fue donde se me clavó en el pie una estaca de bambú camuflada a modo de trampa que me causó un tremendo dolor durante un tiempo. Llegamos a Dam Doi y el panorama era espantoso. El Vietcong había cogido a doce o trece personas de las que había ejecutado y las había colocado como los radios de una rueda alrededor de un asta en la que habían izado la bandera roja, amarilla y azul del Vietcong, dejando además, como cabía esperar, una bomba trampa en el asta.

Más de la mitad de los cadáveres tenían los brazos atados a la espalda. La matanza había ocurrido unos tres días antes, así que todo el pueblo estaba cubierto de moscardones y el hedor era insoportable; los cadáveres estaban hinchados como globos por el gas y la descomposición, algo realmente repugnante. Pero el Vietcong siguió asaltando a Dam Doi una vez al año y aquélla era una de mis tareas habituales: volar hasta Ca Mau, conseguir algún tipo de transporte hasta Dam Doi y ver lo que allí había sucedido. Fui cuatro veces, siempre después de alguna masacre. El gobierno seguía mandando refuerzos, pero el batallón U Minh siempre los superaba en número, eran mejores estrategas y los vencían.

Pronto me percaté de que se trataba de una guerra dura y de que en Vietnam no había buenos y malos. Aunque los estadounidenses, por lo que yo sé, no mataban a sus prisioneros, sabían sin duda que sus aliados vietnamitas solían recurrir a la tortura. El «ding a ling», por ejemplo, era una práctica común, en la que se empleaba un generador manual de los que se usaban comúnmente para alimentar los transmisores de radio. Se enganchaban los electrodos a los genitales de los prisioneros y se accionaba la manivela causando un dolor insoportable.

A principios de los años sesenta los estadounidenses practicaban una guerra secreta, o al menos disimulada. El discurso oficial afirmaba que únicamente prestaban servicio como asesores y que sólo disparaban al Vietcong en defensa propia. La fuerza aérea disponía de un contingente bastante grande, supuestamente para adiestrar a pilotos survietnamitas en el manejo de los T-28 y AD-6. Llegó a mis oídos que los pilotos estadounidenses participaban en los bombardeos, así que a principios de 1961 fui un día a echar un vistazo a Bien Hoa, el mayor aeródromo militar en Vietnam del Sur. La entrada estaba prohibida pero me quedé observando desde fuera del perímetro de la valla y vi cómo despegaban dos T-28 con los depósitos llenos de bombas. Cuando regresaron venían vacíos y del cañón de sus armas salía un rastro de humo. La mayoría de las veces los vietnamitas iban sentados detrás y el verdadero piloto era rubio y de ojos azules, obviamente extranjero. Me amenazaron con la expulsión por informar sobre ello. El discurso oficial de Estados Unidos era que su actuación en Vietnam se limitaba a asesorar a nuestros aliados vietnamitas.

Las fuerzas especiales estadounidenses también tuvieron una presencia destacada desde el principio. En aquella época llevaban uniforme y boina verde, pero en realidad eran miembros de la CIA que operaban al margen de

la cadena de mando oficial. Esto coincidía con la concepción de Kennedy de que la manera acertada de hacer la guerra contra las fuerzas comunistas era mediante acciones indirectas y sigilosas. Su gobierno recurrió incluso a la mafia para tratar de eliminar a Fidel Castro. Kennedy estaba muy impresionado por las fuerzas especiales. Le encantaba observar sus ejercicios de combate, cómo atravesaban desfiladeros y escalaban muros. Algunos denominaban aquellas exhibiciones la «Disneylandia de Kennedy».

Al cabo de un mes, poco más o menos, de llegar a Vietnam en 1961, pasé la nochebuena en Trung Lap, un campamento de forestales vietnamitas dirigido por media docena de asesores de las fuerzas especiales. Estaba muy cerca de uno de los principales cuarteles generales del Vietcong formado por un sistema de túneles subterráneos. Al ser nochebuena, hacia las ocho todo el mundo estaba bebido. Se pasaban licor de arroz y recipientes de aluminio llenos de cerveza. En un momento dado los soldados de las fuerzas especiales sacaron los morteros de sesenta milímetros y los dispararon al cielo dibujando una estrella guerrera en el este. Para nuestra sorpresa, de repente respondieron al fuego desde la zona de complejo de túneles del Vietcong, pero no apuntaban al campamento de las fuerzas especiales, sino hacia la estrella, lanzando unos proyectiles que dejaban tras de sí una estela, como si quisieran participar en la celebración. Aquélla fue la única noche de las navidades que no hubo enfrentamientos: un extraño respiro.

En 1963 se produjo la insurrección budista, tan repentina como un rayo caído de un cielo sereno. No creo que los servicios de espionaje, el gobierno de Vietnam del Sur ni cualquier forastero entendieran realmente la profundidad de la hostilidad contra Diem en todo el Sur, y no sólo desde posiciones del Vietcong. Había una percepción generalizada de que la familia católica de Diem controlaba el gobierno y todos los puestos de poder. El 8 de mayo, aniversario del nacimiento de Buda, hubo una manifestación masiva en Hue para protestar por la prohibición de ondear la bandera budista. Mataron a varios y durante las semanas y meses siguientes proliferaron las manifestaciones budistas, procesiones de doscientos o trescientos bonzos con sus túnicas amarillo azafrán. Al principio marchaban con ellos un par de decenas de corresponsales para cubrir la historia. Tenía amigos budistas en algunas pagodas que les comentaron que tenían previsto manifestarse con algo más que marchas; que se contemplaba la posibilidad de un ritual suicida. Pero como pasaban las semanas y no ocurría nada, mis colegas decidieron no hacerles más caso. Entonces, el 10 de junio por la tarde, un portavoz de los monjes me llamó y me dijo que debía ir a cierta pagoda a la mañana siguiente,

sobre las siete y media.

Cuando al día siguiente llegué a la pagoda era obvio que estaba ocurriendo algo realmente excepcional. Por alguna razón había más monjes y monjas de los que había visto nunca reunidos. También me percaté de que un grupo de mujeres que preparaban té llevaban vestidos de luto blancos. Una de ellas me trajo una taza y vi que corrían lágrimas por su cara. Entonces comenzaron un canto que nunca antes había oído. Era hipnótico. Comenzó discretamente pero se fue haciendo cada vez más intenso y rápido. Habían encendido bastoncillos de incienso por todas partes.

A las nueve el cántico paró bruscamente y todo el mundo se levantó y salió a la calle. Se formó una procesión en tres o cuatro filas. Era de lejos la más numerosa que había habido en Saigón hasta aquel momento. Caminamos bastante, hasta la intersección de Pan Dinh Phung y Le Van Duyet. Nos acompañaba un automóvil en el que iban, además del conductor, dos monjes jóvenes y uno anciano. Los monjes de la procesión formaron muy rápidamente un círculo en la intersección, bloqueando todo el tráfico.

Los dos monjes jóvenes que iban en el coche sacaron un cojín, lo colocaron en mitad de la intersección y guiaron al monje anciano. Era Thich Quang Duc. Se sentó en el cojín y cruzó las piernas en la tradicional posición del loto de la meditación budista. Entonces los monjes jóvenes sacaron un gran bidón de gasolina rosa, lo acercaron hasta Quang Duc y lo vertieron sobre él.

Se apartaron y el anciano monje sacó una caja o un paquete de cerillas, no lo pude ver bien. Prendió una cerilla, la dejó caer en su regazo y las llamas ascendieron. Se podía ver la agonía en su expresión, pero en ningún momento gritó. Mantuvo los ojos cerrados y los labios apretados mientras las llamas lo envolvían. Se podía oler cómo ardía la carne y se oía el llanto de las monjas. Yo sacaba fotos tan rápido como podía, no tanto por la urgencia de guardar las imágenes sino sobre todo para hacer algo útil que desviara mi atención de aquel horrible espectáculo. Nunca había visto a un hombre morir quemado.

Creo que permaneció en la posición del loto durante tres minutos, quizá cinco. Todavía estaba sentado cuando llegaron la policía y los bomberos. Un camión de bomberos intentó romper la línea que formaban los monjes, pero media docena de los más jóvenes se tumbaron en el suelo frente a las ruedas de manera que no pudiera pasar sin aplastarlos.

Los monjes me dijeron después que, tras experimentar, habían preparado

una mezcla especial de unos dos tercios de gasolina por un tercio de diésel para que la combustión durara más y a una temperatura mayor. Tardó mucho en morir y cuando cayó por fin lo hizo con los brazos extendidos y en un estado de total *rigor mortis*, completamente quemado pero intacto.

Con los brazos abiertos no podían meterlo en el ataúd que habían traído, así que lo pusieron sobre él y desfilaron hasta la pagoda Xa-Loi, donde el cuerpo permaneció unas horas. Luego le sacaron el corazón e incineraron el resto del cuerpo. Conservaron el corazón en la pagoda, donde se convirtió en una especie de símbolo de la insurrección budista.

Yo estaba aturdido, pero también me daba cuenta de la enorme importancia que tenía aquello, así que lo primero que hice fue enviar la película por avión a nuestra oficina de Manila, sin revelarla siquiera. Poco después las autoridades survietnamitas impusieron que se revelara previamente cualquier rollo antes de que abandonara Saigón, lo que suponía un tipo de censura no oficial pero efectiva.

La cuñada de Diem, *Madame* Nhu, sugirió que yo había sobornado a los monjes para que crearan un mártir, lo que era totalmente absurdo, por supuesto. Tenía buenas relaciones con muchos monjes y de vez en cuando me acercaba a una pagoda para comer con ellos. Eran unos cocineros maravillosos. No puedes evitar que te gusten los monjes budistas, aunque en ocasiones sean ingenuos, y odiar a los sádicos de la policía secreta. Los budistas me parecían gente bondadosa con una fe intrínsecamente no violenta.

A partir de aquel momento empecé a tener problemas con la policía. En una manifestación posterior varios policías de paisano se precipitaron con ladrillos sobre mí y sobre mi colega Peter Arnett para rompernos las cámaras y pegarnos una paliza. Luego nos acusaron der haber atacado a la policía.

A pesar de todo aquel torbellino civil, a mediados de los años sesenta la guerra ejercía una poderosa atracción sobre los estadounidenses. Algo de eso tenía que ver con la imagen creada por las fuerzas especiales. Eran los chicos glamurosos de Estados Unidos. Muchos pasaban en Vietnam largos períodos de servicio y acababan sintiéndose allí como en casa. Recuerdo a un tipo llamado Al Combs, muy entusiasmado con la guerra y encariñado con Vietnam. Como muchos de los que llegaron al principio, estaba embelesado con su novia vietnamita, que finalmente se convirtió en su compañera de hecho. Se las arregló para seguir destinado en Vietnam, y en junio de 1965, cuando ya tenían dos hijos y esperaban un tercero, una noche fueron todos a

cenar al My Canh, un restaurante flotante sobre el río Saigón. El Vietcong lanzó sobre él un cohete provocando el pánico entre la gente, que trató de huir por la pasarela, pero el Vietcong había colocado bajo ella minas y las detonaron en aquel momento. Combs y su mujer murieron. Ese tipo de cosas les ocurrían con frecuencia a los soldados reenganchados que permanecían en Vietnam mucho tiempo.

Pero en cierto modo el peligro no hacía sino fomentar la mística de los Boinas Verdes. En 1965 un sargento de las fuerzas especiales llamado Barry Sadler escribió una canción muy popular titulada «La balada de los Boinas Verdes». En aquellos días la guerra de Vietnam era un imán para los famosos de Hollywood como Bob Hope y su grupo, las chicas más glamurosas del momento o John Wayne y Emmett Evan Heflin, que pretendían dar más brillo a sus nombres relacionándose con las tropas estadounidenses. Wayne era una leyenda y contaba con muchos admiradores; un primo mío que fue oficial de los marines prácticamente lo idolatraba.

A mi entender, su influencia fue muy perjudicial, porque desorientó al público estadounidense sobre la verdadera naturaleza de la guerra de Vietnam. En una ocasión coincidimos en Danang en un club de oficiales. Nos habíamos visto en algún otro lugar y me reconoció cuando entré. Iba vestido de militar y estaba un poco borracho. Los marines le enseñaban con ilusión una nueva pistola que disparaba pequeños cohetes en lugar de las balas convencionales; él disparaba ráfagas contra la pared y parecía disfrutar enormemente. Aunque por entonces las cosas ya se estaban poniendo feas, Wayne alababa el trabajo de los marines diciéndoles que todo el país les estaba agradecido y que de no ser por un puñado de maricas liberales todo iría como una seda. En aquel momento me miró y dijo: «Aquí tenemos a otro de esos maricas infiltrado en este cubil de héroes». Me cabreó y dije algo así como: «¿Cómo es posible que tengamos que seguir luchando si los del otro bando son tan desdeñables?». Siguió haciendo comentarios desagradables sobre los liberales y aquello se convirtió en una jaula de grillos, hasta que llegó un coronel y dijo: «Vale, tomemos otro trago y olvidemos todo esto».

Aquella extravagante pistola con la que jugaba Wayne representaba típicamente el carácter de la guerra. Vietnam fue probablemente la guerra más tecnológica que los estadounidenses hayan librado jamás. Se ensayaba todo tipo de ideas disparatadas, aunque se supiera que eran carísimas y probablemente inútiles. Recuerdo por ejemplo el detector de minas mediante chinches. Era un artefacto que llevaba en el extremo de un palo una pequeña

cápsula con un montón de chinches de la que sobresalía un respirador y en cuyo interior había un dispositivo que medía la actividad de las chinches. Se suponía que al introducir aquel artilugio en un arbusto o un agujero las chinches se agitarían si olían humanos. Se gastó gran cantidad de dinero en su fabricación y por lo que sé sólo sirvió para suscitar algunas carcajadas.

Otro fracaso fue el de los vehículos anfibios M113 de transporte de personal, inoperantes en Vietnam porque se quedaban atascados en el fango de los arrozales y los canales, aunque eso sí, los generales survietnamitas los aprovecharon para dar golpes de Estado, ya que eran ideales para atacar una emisora de radio o un palacio en Saigón.

El arma por excelencia del ejército estadounidense en la guerra de Vietnam era evidentemente el helicóptero. Era típico levantarse a las tres y media de la madrugada para trasladarse al aeródromo dispuesto a embarcarse en una de aquellas libélulas letales que se lanzarían como un enjambre sobre las posiciones enemigas y recibir en el último momento la notificación de que el despegue era imposible debido a la niebla. Había que esperar entonces hasta las once o las doce del mediodía, mientras acaecían todo tipo de percances, y cuando el contingente se ponía en marcha lo más probable era que el enemigo supiera que estábamos en camino. La mayoría de las veces aterrizaban al borde de un arrozal y cargaban contra una fila de árboles, quemándolo todo como locos. Luego no se encontraba nada, aparte de algunos civiles muertos, pero ni rastro del Vietcong. Así solían ser las operaciones de los helicópteros. A veces hallaban resistencia, pero las guerras son en general aburridas y en Vietnam lo era especialmente la espera del transporte, no sólo para los periodistas sino también para las tropas. Después de esperar cinco o seis horas para subir al helicóptero el calor era asfixiante, se extendía el agotamiento mental y, por supuesto, el otro bando contaba con ello.

Mientras que el Vietcong iba acortando la brecha tecnológica, los estadounidenses nunca comprendieron que lo más importante no era la capacidad armamentística. Muy hacia el final Nixon creía que las bombas se impondrían, o que por lo menos impedirían la derrota. Hasta John Paul Vann, quien se hizo célebre por su desaprobación de las tácticas militares estadounidenses en los primeros años de la guerra, acabó creyendo que triunfaría la supremacía aérea[13]. En 1972, poco antes de morir, insistió en la necesidad de incrementar los bombardeos de los B-52. Si antes había criticado el enfoque estadounidense de la guerra censurando los bombardeos

masivos que ridiculizaba como el intento de hundir un corcho a mazazos, su cambio de posición fue radical. Lo vi prácticamente a diario durante las últimas semanas de su vida, cuando pedía casi a diario más bombardeos de los B-52.

Éstos solían atacar en escuadrillas de tres, cargado cada uno con ciento sesenta toneladas de bombas. Las lanzaban formando un rectángulo, en el que se suponía que debían destruir cuanto hubiera. Una vez estuve a un kilómetro y medio de uno de aquellos bombardeos, e incluso a esa distancia la ropa se te pegaba a la piel por la onda expansiva. Me parecía inconcebible que nada, ni los gusanos, pudiera sobrevivir a semejante bombardeo; pero diez minutos después la unidad a la que acompañaba fue atacada de forma bastante eficaz por gente que había permanecido bajo tierra en el ínterin. Puede que la mitad de ellos hubieran muerto y muchos otros tendrían los tímpanos destrozados, pero seguían estando en condiciones de combatir.

En 1994 Browne y su mujer, Le Lieu, viajaron de nuevo a Vietnam. Estaban ansiosos por visitar a algunos amigos budistas, especialmente a Thich Tri Quang, un monje que se había destacado en las protestas contra Diem que Browne cubrió en su momento. Les dijeron que no se le podía ver, y un monje les susurró que la pagoda estaba llena de policías de paisano. De repente, otro monje dijo: «Si tienen que utilizar el baño, ya saben dónde está». Browne captó la indirecta y se dirigió con su mujer al baño. «Encontramos a Thich Tri Quang fregando el suelo. Era reacio a decir nada, pero nos hizo saber que estaba bajo arresto domiciliario y que la situación de los derechos humanos era tan mala como lo había sido con Diem».

LE LIEU BROWNE

«Había un golpe de Estado tras otro».

En 1945, cuando tenía nueve años, su padre desapareció. Probablemente fue víctima de los ataques del Viet Minh contra los vietnamitas que trabajaban para los franceses. Pasó la mayor parte de la década de 1950 estudiando en Francia y en Londres. Cuando volvió a Saigón en 1959 trabajó como censora para el Ministerio de Información de Diem y en ese puesto conoció al que sería su marido, Malcolm Browne. Ambos recuerdan sus primeros encuentros desde la sala de estar de su casa de verano en Vermont. Él sonríe y dice: «Su trabajo consistía en regañarme cuando escribía algo que ofendía al gobierno». Así comenzó un romance inverosímil entre un periodista extranjero curioso y la mujer que se suponía que tenía que mantenerlo a raya.

Crecí en Ben Tre, en el delta del Mekong, que tenía fama de ser un foco de simpatizantes comunistas. Los franceses controlaban las poblaciones grandes, pero el Viet Minh controlaba el campo. Cuando los franceses trataron de ocupar Ben Tre, sus legionarios marroquíes y nigerianos fueron brutales. Pero también lo era el Viet Minh; Si encontraban funcionarios o «elementos pro gubernamentales» los secuestraban y nunca volvíamos a saber de ellos. Aquello ocurría continuamente.

Mi padre trabajaba para el Ministerio de Desarrollo Rural. El jefe siempre era francés, un vietnamita jamás podía ser jefe de departamento. Mi padre siempre decía que era nacionalista y que apoyaría con entusiasmo la independencia del país cuando los japoneses se retiraran, pero en 1945 el Viet Minh vino una noche y se lo llevó. Simplemente desapareció y nunca supimos qué fue de él.

Cerca de la mitad de los estudiantes de mi escuela eran partidarios del Viet Minh. Organizaban manifestaciones y huelgas que hacían cerrar constantemente la escuela. Mi madre, preocupada por nuestra educación, decidió enviarme junto con mis hermanos gemelos a Francia. En los años cincuenta eran muchos los jóvenes vietnamitas que vivían en Francia, ya fuera con sus familias o solos, como fue mi caso. Los jóvenes lo hacían para evitar ser llamados a filas; otros iban en busca de mejor educación y de experiencia laboral. La mayoría de nosotros pensábamos volver a Vietnam para ayudar a nuestro país. Tenía amigos de tendencia socialista y comunista que muchas veces me hablaban de Vietnam del Norte y me sugerían irme a vivir allí. Decían: «Hablas francés e inglés. El gobierno necesita gente como tú. Te recibirían con los brazos abiertos». A mí me parecía ridículo. Quería servir a mi país con Diem. Había oído que el Sur era pacífico y libre.

Cuando volví en 1959 trabajé en el Ministerio de Información. Todos los despachos de prensa tenían que pasar por la oficina de correos, donde eran leídos por oficiales de seguridad. Si encontraban algo políticamente dudoso alertaban al Ministerio de Información. Si el ministro encontraba el reportaje demasiado duro o injusto me pedía que tratara de persuadir al corresponsal para que lo modificara. A veces tenía que llamar a Malcolm y decirle: «Mira, les parece que tu trabajo no refleja la realidad. ¿Te importaría suavizarlo un poco?». Si el artículo era demasiado crítico con el gobierno el ministro convocaba a Malcolm para echarle una bronca. Tenían grandes discusiones y yo hacía de intérprete. Malcolm se enfadaba y nuestra relación se enfriaba por unos días. Antes de que llegara él uno de los reporteros de AP había sido

expulsado, así que sabía que, de no andarse con cuidado, también se convertiría en persona no grata y lo expulsarían del país.

También censuraba libros y revistas, publicaciones extranjeras escritas en francés e inglés. Sobre todo leía novelas para detectar en ellas propaganda comunista, en cuyo caso tachábamos el nombre del libro de la lista de títulos admitidos por el Ministerio. En una ocasión llegó a mi oficina un diccionario de francés-inglés, y dije: «No es más que un diccionario». Pero el ministro opinó que no se debía permitir que se expusiera en los escaparates de las librerías. «Debería guardarse discretamente, porque incluye la palabra *comunismo*».

Trabajé allí durante tres años, pero no estaba contenta y quería dejarlo. Era un ministerio de propaganda y no me gustaba la política. Todas las semanas teníamos que asistir a una reunión de educación política. Teníamos que estudiar la línea del gobierno y asistir a las conferencias sobre Personalismo[14]. A decir verdad no entendía nada ni prestaba atención. Casi toda la plana mayor de los funcionarios provenían del Norte y tenían un acento muy marcado. A veces no les podía entender, pero tampoco hacía ningún esfuerzo. Todo aquello me parecía absurdo. Creía profundamente en la libertad y me veía obligada a ir de uniforme al trabajo y a asistir a reuniones políticas; aquello me sonaba más a comunismo que a democracia.

También quería progresar en mi desarrollo profesional, pero mi familia era budista. Para ser jefa o directora de departamento tenía que convertirme al catolicismo; ésa era la regla. Muchos amigos míos se convirtieron de buena gana para ascender. Mi trabajo ya era de por sí delicado y como mujer en un mundo de hombres me sentía muy incómoda, incluso amenazada, debido a lo incierto de la situación política.

En la época de la crisis budista, en 1963, dejé el gobierno y me fui a vivir con Malcolm. La policía se comportaba de forma cada vez más agresiva. Una noche vinieron a nuestro apartamento con el pretexto de examinar nuestros documentos de identidad. Malcolm se veía cada vez más hostigado a medida que se intensificaban las protestas budistas. Como ciudadana vietnamita yo no podía vivir con él sin casarme, y el gobierno nos podía hacer pasar un mal rato.

La crisis budista iba de mal en peor. El gobierno de Diem seguía reprimiendo a los manifestantes y arrestando a los monjes, mientras la prensa estadounidense informaba de todo aquello. Cuando Malcolm tomó la foto del

monje en llamas, la cuñada de Diem, *Madame* Nhu, viajó a Estados Unidos a defender y explicar las decisiones del gobierno vietnamita, pero acabó refiriéndose a la inmolación como «monje a la barbacoa». Aquello enfureció a la población budista y provocó la caída de Diem y Nhu.

En aquel momento no podía creer que fuera tan insensible y cruel, pero seguramente fue víctima de su propia ignorancia. Estaba constantemente asediada por los medios estadounidenses; sus fotos salían en publicaciones de todo el mundo, mostrando a una «primera dama» bella y poderosa. Quienes la rodeaban la aconsejaron mal. Al ser del Sur era sincera e ingenua y su inglés no era muy bueno, así que muchas de las cosas ofensivas que dijo se debieron quizá a que no conocía la palabra apropiada en inglés. En vietnamita jamás se hubiera referido a la inmolación de un monje budista como «barbacoa», pero tampoco entendía que a los estadounidenses les escandalizara un lenguaje tan directo. Tampoco trataron nunca de entender nuestra cultura, costumbres y sensibilidad, ni el hecho de que las sucesivas invasiones nos hubieran vuelto muy desconfiados hacia cualquier intervención extranjera.

Yo admiraba a pesar de todo a *Madame* Nhu por lo que hizo por las mujeres vietnamitas. Era un modelo que fomentaba la idea de que las mujeres vietnamitas eran tan buenas como los hombres. Durante cien años las vietnamitas hemos trabajado codo con codo con los hombres, asumiendo trabajos de responsabilidad; había médicos, abogadas, políticas, educadoras y empresarias, pero no sentimos la necesidad de demostrar nuestro avance hasta que llegó ella. Nos animó y nos infundió vigor para luchar por el reconocimiento político.

En cuanto a Diem, en un tiempo fue un buen hombre, aunque quizá demasiado tradicional y distante. Muchas veces me dijeron que la gente le tenía tanto miedo que evitaban darle la espalda por si eran acusados de falta de respeto a nuestra «realeza». Tuve la oportunidad de estar con él en muchas ocasiones, tanto cumpliendo funciones diplomáticas como en viajes a las aldeas estratégicas, que en aquel momento se consideraban su mayor triunfo, y siempre era muy reservado y cortés. Hablaba muy poco y fumaba mucho. Se le acusaba de comportarse como un mandarín hacia sus súbditos, y eso era notorio cuando viajaba a las zonas rurales y los campesinos se alineaban para darle la bienvenida. Aquello me parecía desagradable.

Tras el golpe de Estado contra Diem los militares competían para hacerse con el poder y había un golpe de Estado tras otro. Aquellos generales carecían de experiencia en la administración y eran aún más corruptos que Diem y

Nhu. No eran buenos como presidentes y ninguno me inspiraba confianza; pero tampoco lo hacía la concentración de tropas estadounidenses. Si los franceses no se habían ganado nuestro apoyo durante los cien años de colonización, ¿cómo lo iban a lograr los estadounidenses, recién llegados con una cultura y lengua diferentes? ¿Esperaban ganar a los comunistas? Parecíamos haber vuelto a la situación de los años cincuenta: el gobierno controlaba las ciudades y el Vietcong controlaba el campo. La corrupción y el acoso policial fomentaron la desconfianza de la gente hacia el gobierno y la simpatía hacia el Vietcong, pero yo no creía que pudiera vencer; simplemente pensaba que la guerra se prolongaría eternamente.

8

«El emperador está desnudo».

Robert McNamara, secretario de Defensa desde 1961 hasta principios de 1968, fue uno de los principales arquitectos de la política estadounidense en Vietnam, hasta el punto de que mucha gente la llamaba «la guerra de McNamara». En 1995 publicó unas memorias en las que afirmaba que Estados Unidos había cometido una «terrible equivocación» al intervenir allí, y que hacia 1965 ya había dicho en privado que la guerra no se podía ganar. Sin embargo, en público nunca fue tan sincero. Mucho después de que comenzara al parecer a dudar, solía expresar su rotundo optimismo por los «avances» en Vietnam y defendía firmemente la escalada militar. En 1966, por ejemplo, cuando volvía de una visita de dos días a Saigón le comentó a uno de sus ayudantes poco antes de que el avión aterrizara en Washington: «las cosas están peor que hace un año». Pero cuando aterrizó caminó directamente hacia un grupo de reporteros y anunció: «Caballeros, vuelvo de Vietnam y me satisface informarles que estamos haciendo grandes progresos en todos los aspectos».

Los políticos disimulaban sus dudas sobre la guerra de muy diversas maneras. Muchos tenían sus reservas sobre la capacidad de sostener permanentemente un régimen no comunista en Vietnam del Sur, pero frente a los micrófonos trataban de dar una imagen de determinación férrea, de confianza inflexible y de control sin igual. Incluso entre ellos trataban de reforzar mutuamente su voluntad de perseverar y desdeñaban las críticas como muestra de debilidad, derrotismo, deslealtad e ignorancia.

En sus memorias McNamara atribuye gran parte del fracaso estadounidense en Vietnam a la falta de datos sobre el país. «Nunca había visitado Indochina, tampoco comprendía o valoraba su historia, lengua, cultura o valores… Cuando comenzó la guerra nos vimos tomando decisiones en lo que para nosotros era *terra incognita*». Cierto que los políticos

estadounidenses carecían de esos conocimientos, pero la mera ignorancia no explica adecuadamente por qué su gobierno intervino, luchó tanto tiempo y perdió. Una mejor explicación es que estaban tan inmersos en la ortodoxia de la Guerra Fría que el conocimiento detallado de Vietnam les resultaba prácticamente irrelevante. El núcleo de esa ortodoxia se basaba en que el comunismo era un movimiento internacional controlado por la Unión Soviética y China.

Las grandes potencias comunistas suministraron efectivamente una ayuda económica y militar considerable a Vietnam del Norte, especialmente de 1965 a 1975. Durante ese decenio la Unión Soviética le proporcionó material militar por valor de más de cinco mil millones de dólares en forma de misiles antiaéreos, artillería, aviones, tanques y munición, junto con tres mil asesores militares y técnicos que entrenaban al personal vietnamita y a cuyo cargo estaba el mantenimiento del material más avanzado. La ayuda china fue de igual importancia y sobrepasó en cantidad a la de la Unión Soviética; resultó especialmente necesaria a principios de los años sesenta, cuando el apoyo soviético era todavía mínimo. Además, de 1965 a 1970 trescientos mil soldados de apoyo chinos ayudaron a Vietnam del Norte a mejorar su defensa aérea, la construcción ferroviaria y de carreteras y el adiestramiento militar.

Pero por crucial que fuera su apoyo a los comunistas vietnamitas, Pekín y Moscú nunca tuvieron el control sobre Hanoi que imaginaban los líderes de Washington, ni tampoco era tan monolítica e incuestionable la unidad entre los comunistas. La alianza chino-soviética comenzó a desmoronarse desde mediados de la década de 1950 y unos y otros se vigilaban mutuamente muy de cerca con el fin de evitar el predominio del oponente en Vietnam. En último término, las fuerzas con que contaban el Frente de Liberación Nacional y la República Democrática de Vietnam para derrocar al gobierno de Saigón, sustentado por los estadounidenses, eran prácticamente en su totalidad de origen vietnamita.

Así y todo, para los políticos estadounidenses los guerrilleros revolucionarios de Vietnam del Sur eran títeres de los líderes comunistas de Hanoi, que a su vez lo eran de Pekín y Moscú. Al pensar que el principal enemigo estaba lejos del campo de batalla en Vietnam, Washington nunca se planteó como prioridad comprender su realidad cultural, política y económica.

Esa ignorancia casi deliberada sobre Vietnam no significa que no se tuviera acceso a abundante información que podría haber inducido a otro tipo de decisiones. Uno de los mitos más arraigados es el de que la intervención

estadounidense en Vietnam se debió a un optimismo ingenuo y a la idea de una fácil victoria, hundiéndose cada vez más en un atolladero. De hecho, los dirigentes estadounidenses siguieron aumentando su compromiso en Vietnam a pesar de la evidencia de que no se alcanzaban los objetivos propuestos y de las perspectivas pesimistas. Si intensificaron la guerra no fue debido a la confianza en una victoria final, sino por temor a la derrota. Según los documentos que circulaban en secreto entre ellos, lo mejor que cabía decir cada vez que se optaba por una nueva escalada es que probablemente evitaría una victoria comunista.

Por ejemplo, cuando en 1965 el consejero de Seguridad Nacional McGeorge Bundy recomendó un bombardeo continuo sobre Vietnam del Norte (al que llamó «represalia continuada»), en su informe al presidente Johnson decía: «No podemos afirmar que esa represalia continuada vaya a lograr un giro decisivo de la contienda. Puede fracasar y no hay forma de estimar con exactitud las posibilidades de éxito… Lo que sí se puede decir es que, aunque fracase, habrá valido la pena. Por lo menos no se nos podrá reprochar que no hicimos cuanto estaba a nuestro alcance».

Lo que impulsaba a Washington a seguir adelante era pues el temor a una victoria comunista en Vietnam, que supondría un golpe intolerable al poder y prestigio de Estados Unidos y por supuesto al de sus dirigentes. Éstos preferían creer los halagüeños informes que el gobierno publicaba de vez en cuando. Frente a las noticias negativas se consolaban confiando en la superioridad del poder estadounidense. Se preguntaban una y otra vez cómo podía resistir un pequeño país de campesinos, aunque contara con la ayuda militar de las grandes potencias comunistas, la aplastante superioridad militar y tecnológica de Estados Unidos. Estaban convencidos de que el continuo aumento de la potencia de fuego estadounidense acabaría quebrando su voluntad o al menos los obligaría a aceptar un acuerdo favorable a los objetivos estadounidenses. Después de todo, como decía Lyndon Johnson, «Vietnam no era más que un pequeño país de cuarta».

PAUL KATTENBURG

«Para Rostow, lo que era bueno para Perú debía de serlo igualmente para Vietnam».

Conocía a fondo Vietnam mucho antes de que la mayoría de los estadounidenses hubieran oído hablar de ese país y en los años cincuenta era partidario entusiasta de Ngo Dinh Diem. «Cuando estuve en Vietnam en 1952 percibí que Diem era muy conocido y popular. Escribí un informe en el que recomendaba que lo tratáramos como a un nacionalista autentico

posiblemente capacitado para dirigir un Vietnam independiente. Pero sólo podía comunicarme en francés con la élite y conocer la opinión de las masas vietnamitas era prácticamente imposible, a no ser que hablaras con fluidez su lengua y realmente vivieras con ellos».

En 1963 volvió a Vietnam por primera vez desde mediados de los años cincuenta como jefe de la misión especial del Departamento de Estado. «No necesité mucho tiempo en Saigón para darme cuenta de que estábamos a bordo de un navío que se iba a pique. Visité a Diem el último día de mi estancia. Parecía haber perdido el oremus; se pasó cuatro horas monologando sobre la infiltración comunista».

El 31 de agosto de 1963 participó, recién llegado de Vietnam, en una reunión del Consejo Nacional de Seguridad. Este organismo, creado en los primeros años de la Guerra Fría, asesoraba directamente al presidente. Durante aquella reunión se debatió si Estados Unidos debía seguir apoyando a Diem o animar a un grupo de generales rebeldes a dar un golpe de Estado para derrocarlo. Finalmente se optó por esta última alternativa y así se prolongó la intervención estadounidense apoyando a una nueva camada de dirigentes survietnamitas con muy poco apoyo popular. Kattenburg fue el primero que sugirió en un encuentro de alto nivel en Washington una alternativa distinta: la retirada. Dijo que la situación se estaba deteriorando, que conocía a Ngo Dinh Diem desde hacía diez años y que no había razón para creer que fuera a reformar su régimen represivo y corrupto. Dijo que sería mejor «largarse mientras todavía se pudieran salvar los muebles».

Fui muy imprudente, sin duda. Era la primera vez que participaba en una reunión del Consejo Nacional de Seguridad y en esas condiciones normalmente no se habla. Pero lo que más me inquietó fue la ignorancia extrema que se percibía sobre la realidad particular de Vietnam, sobre sus peculiaridades. No sabían de qué estaban hablando. Sólo se oían tópicos sobre el comunismo, sin ningún tipo de matización. Su argumentación, en un estilo muy tecnócrata, se basaba en la experiencia adquirida en otras crisis.

Walt Rostow era completamente impermeable al conocimiento[15]. Para él no había matices a tener en cuenta. Tenía una idea genérica sobre la construcción nacional que suponía aplicable en todos los casos, de forma que lo que podía ser bueno para Perú debía de serlo igualmente para Vietnam, sin distinguir en absoluto entre países con experiencias históricas completamente diferentes. Los que habíamos estado allí en los años cincuenta sabíamos que se trataba de una región muy complicada, que los franceses habían hecho todo

lo posible por mantenerse en Indochina y que habían sido *derrotados*. Pero cuando llegó Kennedy con su Nueva Frontera no se prestó atención a lo que había pasado antes y trataron de poner en práctica aquella idea chiflada de que se podían manipular los Estados y construir otras naciones, de que conocíamos todas las respuestas.

Así que dije que quizá sería mejor retirarnos con honor cuando todavía estábamos a tiempo. No lo había preparado, simplemente se me escapó. [El secretario de Estado] Rusk dijo que no había pruebas de lo que yo decía, aunque había recibido todos mis informes. Y Johnson dijo algo así como: «No hemos llegado tan lejos para dejarlo ahora».

A finales de 1963 volví aún más pesimista tras pasar dos meses en Vietnam. Escribí un informe en el que decía que los survietnamitas perderían la guerra en un año o dos, ya que no querían luchar. En realidad, nunca lo hicieron. Habían elegido la comodidad de convivir con el Viet Minh y el Vietcong.

Mi primer día de vuelta al trabajo, Roger Hilsman [asistente del secretario de Estado para los Asuntos del Lejano Oriente], que había leído mi informe, me dijo: «Ya sabes, el presidente suele decir “cuando hace mucho calor en la cocina, sal de ella”. ¿Quieres dejarlo? Creo que deberías hacerlo». Le respondí: «Bueno, quizá sería mejor así. No voy a seros útil, porque ya no creo en esto». Así que me echaron de la Oficina de Asuntos de Asia Oriental y me enviaron a Planificación Política, adonde envían a la gente que estorba.

Cuando comenzaron los bombardeos en 1965 pensé que era el momento de dimitir y de hacer una declaración sobre Vietnam. Seguramente debería haberla hecho aunque no hubiera servido de nada; habría salido en la página 18 del *Washington Post*, nadie se habría enterado. Para influir en la política y generar cambios hay que contar con un grupo que esté presente en muchos organismos.

Tras su recomendación, Kattenburg fue excluido de todos los debates de alto nivel y finalmente transferido a un puesto diplomático en Guyana.

EVELYN COLBERT

«Cualquier opinión que contradijera el optimismo oficial era ignorada».

Desde 1962 hasta 1974 trabajó para la División del Sudeste Asiático de la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado. Tiene ochenta y dos años.

McNamara dice ahora que no sabíamos nada de Vietnam y que no entendíamos lo que ocurría. Eso no es más que un montón de basura. De hecho escribimos varios informes explicando lo mal que nos iban allí las cosas. Diría que la mayor parte de los estudios sobre Vietnam, tanto los que hacíamos en mi oficina como en otras agencias de inteligencia, eran bastante pesimistas, pero cualquier opinión que contradijera el optimismo oficial era ignorada. Mi conclusión acerca de aquel período es que les decíamos a nuestros dirigentes: «El emperador está desnudo», y ellos respondían: «Sí, tenéis razón, pero ¿no os parece hermoso?».

En 1963, durante la crisis budista, en mi grupo de trabajo redactamos un documento a partir de las estadísticas elaboradas por los militares, argumentando que según esas mismas estadísticas al Vietcong le iba muy bien. Naturalmente, el ejército se molestó. El secretario de Defensa McNamara le escribió una nota al secretario de Estado Dean Rusk diciéndole que no entendía por qué salían de su Departamento documentos sobre temas militares sin haber sido concertados con el de Defensa[16]. Rusk le envió una respuesta conciliadora.

CHESTER COOPER

«Chico, hablas como un estadounidense».

«Como habrás comprobado, soy como un grano en el culo». Pequeño, malhumorado y robusto, trabajó en Vietnam desde 1953 hasta 1968. Fue analista del servicio de inteligencia de la CIA para el Sudeste Asiático de 1953 a 1963, después estuvo tres años como ayudante de McGeorge Bundy en el Consejo Nacional de Seguridad y de 1966 a 1968 trabajó para una salida negociada de la guerra como asistente especial de Averell Harriman. Ahora tiene ochenta y tres años y cuenta algunas anécdotas «reveladoras».

En 1954 me destinaron a Ginebra como analista de inteligencia en la delegación estadounidense. Nuestra ignorancia sobre Indochina era total. Mi primera tarea en Ginebra consistía en averiguar si existía realmente un tal Ho Chi Minh o si a pesar de haber muerto muchos años antes los vietnamitas mantenían viva su figura por motivos estratégicos. No teníamos ni idea. Así que me dirigí a la secretaría de la ONU y pregunté si podía ver la invitación expedida a los vietnamitas y su aceptación. Me la mostraron y vi que estaba firmada por Ho Chi Minh, por lo que creí, en mi joven inocencia, que tal persona existía [Ho Chi Minh vivió hasta 1969].

Cuando comenzó la guerra no había en nuestra embajada en Saigón

ningún estadounidense que hablara vietnamita, ni siquiera alguien que supiera algo de budismo, hasta que localizamos a un oficial del servicio exterior que era budista. Hasta finales de los años cincuenta, si se quería saber algo de Vietnam había que recurrir a la oficina francesa del Departamento de Estado. Lo que más le preocupaba a la gente del equipo de Kennedy era Europa del Este. Eran tipos muy inteligentes, te lo juro, pero también muy arrogantes. Uno de los problemas era que no sabían que no sabían nada. La mayoría no podían ni situar Vietnam en un mapa de Asia. [El asesor de seguridad nacional] Mac Bundy no viajó a Asia hasta 1965. Había una ignorancia atroz.

A mediados de los años sesenta hacía casi un viaje mensual de ida y vuelta a Vietnam. En 1965 hablé en una ocasión con un especialista en economía de guerra llamado Mike Deutch, padre del futuro director de la CIA. Me dijo que robaban dos tercios del material que se enviaba al ejército survietnamita. Me parecía una proporción demasiado alta, así que una noche me recogió a eso de la una y me llevó a los muelles de Saigón. A medida que nos acercábamos aquel paraje era cada vez más terrorífico. Estaba oscuro como boca de lobo, y el olor era insoportable. Nos ocultamos tras una gran pila de cajones hasta que vimos aparecer unas linternas, y lo que era una pila de material para el Ejército de la República de Vietnam de dos metros y medio de altura pasó en dos horas a medir menos de un metro. Así pues, tenía razón. ¿Podíamos impedirlo? No.

Viajar a Vietnam con McNamara no era como ir de picnic, porque se empeñaba en volar en un avión cisterna para demostrar que podía vivir sin comodidades y ahorrar dinero. Volabas hasta el agotamiento y cuando llegabas tenías quince minutos para asearte y acudir a una sesión informativa de tres horas. Tras realizar un par de viajes así, decidí que quizá le sería más útil si llegaba un par de días antes con Pan Am. [Risas] Hice escala en Honolulú y pasé una noche recabando información. Aquellas escalas me convencieron de que no nos esperaba nada bueno en Vietnam. Mientras desayunaba en el porche de la residencia de oficiales, con vistas al puerto, vi entre el zumo de naranja y el café tres enormes buques de guerra, cinco cruceros y diez submarinos nucleares. Ocho o nueve horas después estaba en Saigón, donde nos teníamos que enfrentar a unos tipos con armas anticuadas, estacas de bambú aguzadas y una especie de pijama negro por todo uniforme, a los que no podíamos vencer con todo nuestro potencial armamentístico, capaz de acabar con el mundo en una hora. La gente pensaba que íbamos a la guerra contra un pequeño país de mierda y que sería una victoria fácil, pan comido. Pero ellos sabían cómo luchar y nosotros no.

En febrero de 1966 [el presidente] Johnson tomó otra de sus impulsivas decisiones. Recibí una llamada de su oficina diciéndome: «Mira, hemos decidido celebrar una reunión con el gobierno de Saigón la semana que viene en Honolulú[17]. Quiero que llames al hotel Royal Hawaiian y hagas las oportunas reservas». Y me lo decía con sólo una semana de antelación. Tuve una larga discusión con el gerente del hotel, explicándole que aunque alguien hubiera hecho una reserva veinte años antes necesitábamos todas las habitaciones. Volví allí hace unos años y el nuevo director conocía esa historia, que había entrado a formar parte de las leyendas del hotel.

A Lyndon Johnson no se le daban demasiado bien las relaciones con quien no fuera de Texas, y menos con alguien procedente de otro país y con la mitad de su estatura. [El primer ministro survietnamita Nguyen Cao] Ky y [el presidente Nguyen Van] Thieu tenían además un aspecto muy poco majestuoso. A Ky lo conocí cuando vino a la embajada de Saigón con una chaqueta blanca entallada, pajarita y unos zapatos puntiagudos. Parecía el saxofonista de una banda filipina de tres al cuarto.

Pero aquel encuentro cumplió su propósito. Johnson pudo demostrar que el gobierno vietnamita y él actuaban de acuerdo. Se hicieron un montón de fotografías y declaraciones anodinas y Ky fue la estrella del espectáculo, presentándose como un hombre de Estado progresista y perspicaz decidido a realizar una revolución económica y social no comunista. Habló de todo, desde la electrificación rural hasta la construcción de viviendas baratas, y concluyó expresando su agradecimiento al apoyo estadounidense. En aquel momento Johnson se inclinó sobre la mesa y le dijo: «Chico, hablas como un estadounidense». El discurso de Ky lo había escrito un viejo amigo mío, por supuesto estadounidense, basándose en los discursos de Johnson.

Averell Harriman, que se convirtió en mi jefe en 1967, estaba totalmente decidido a negociar con los comunistas, y yo, que llevaba proponiéndolo desde 1954, estaba desesperado por verlo hecho realidad. No veía a mi alrededor más que disparates, así que deseaba ardientemente que las negociaciones llegaran a buen puerto. El público se interesaba muy poco por ellas, porque eran prácticamente secretas y no tenían consecuencias prácticas. Viajé por todo el mundo explorando todas las posibilidades, luchando por cada día adicional de alto el fuego y buscando cualquier indicio de una apertura diplomática. Puedo mencionar por ejemplo el caso del embajador noruego en Pekín, que había vuelto a Oslo para un examen médico y nos encontramos allí. Estuvo de acuerdo en viajar a Hanoi, donde lo conocían,

para transmitir cualquier mensaje que quisiéramos. Teníamos una fórmula que pensábamos que funcionaría. La única condición que puso fue que no bombardeáramos el aeropuerto el día que debía llegar a Hanoi. Cuando volví a Washington descubrí que íbamos a bombardear el aeropuerto aquel mismo día de su llegada. Fui a hablar con [el asesor de seguridad nacional Walt] Rostow, pero no pude convencerle de que era una estupidez y de que había asumido un compromiso, por lo que la misión del embajador noruego quedó abortada.

SERGUÉI JRUSCHEV

«Los vietnamitas tenían sus propias ideas».

Se parece a él lo suficiente como para que nos recuerde las imágenes en blanco y negro de su padre, Nikita Jruschev, aquel hombre calvo y corpulento que presidió la Unión Soviética de 1953 a 1964. Su hijo tiene ahora sesenta y un años, la misma edad que tenía su padre cuando prometió, un par de semanas antes de la toma de posesión de Kennedy, un apoyo entusiasta a «las guerras de liberación y los levantamientos populares». Los asesores de Kennedy entendieron aquella declaración como una escalada ominosa de la Guerra Fría.

Desde 1991 Serguéi Jruschev vive en Estados Unidos y ha escrito varios libros, entre ellos uno sobre la actuación de su padre como premier de la Unión Soviética, Khrushchev on Khrushchev. *Conversamos en su despacho en el Instituto de Estudios Internacionales Thomas Watson de la Universidad de Brown.*

Para él su padre fue, antes que Gorbachov, el gran reformista soviético, más preocupado por el desarrollo interno que por la intervención en el exterior. A pesar de su estridente apoyo retórico a las revoluciones del Tercer Mundo, su ayuda concreta a la insurgencia comunista fue mucho menor que la de sus sucesores, más duros, Alexéi Kosyguin y Leonid Brezhnev. Hacia el final de su mandato aumentó su desconfianza hacia los comunistas vietnamitas y redujo significativamente la ayuda soviética a la República Democrática de Vietnam. Algunos estudiosos soviéticos sostienen que, de no haber sido depuesto en octubre de 1964, se habría desvinculado totalmente de Vietnam (del mismo modo que algunos intelectuales estadounidenses creen que si John Kennedy no hubiera sido asesinado se habría retirado de Vietnam).

Recuerdo que en 1964 le pregunté a mi padre: «¿Qué harás si los

estadounidenses atacan Vietnam? ¿Apoyarás a los vietnamitas?». Dijo que no lo creía, porque en aquel momento no estaba claro si [los comunistas vietnamitas] se pondrían de parte de la Unión Soviética o de China. Esto fue durante el último año de mandato de mi padre, y las relaciones entre China y la Unión Soviética estaban muy deterioradas. Él pensaba que si Ho Chi Minh era pro chino, ¿por qué debíamos ir a una guerra por él? Los soviéticos pensaban que Hanoi estaba controlado por Pekín, y los estadounidenses que estaba controlado por Moscú. En realidad, los vietnamitas tenían sus propias ideas. Jugaban su propio juego. El vencedor no sería la Unión Soviética, China ni Estados Unidos, serían los vietnamitas.

Aunque mi padre hubiese querido intervenir en Vietnam, en la práctica era muy difícil, porque los chinos ni siquiera nos habrían dejado atravesar su territorio para llegar a Vietnam. Habríamos tenido que enviar todo por mar, y la marina soviética no podía competir con la de Estados Unidos. Habría sucedido igual que en Cuba durante la crisis de los misiles, llegando a una situación muy delicada. Si Estados Unidos declaraba un bloqueo nos habríamos visto de nuevo al borde de la guerra nuclear, algo de lo que mi padre no quería ni oír hablar.

Pensaba, claro está, que debíamos apoyar a los países colonizados que luchaban por su libertad e independencia, y así lo dijo claramente en las Naciones Unidas en 1961, pero su primera preocupación era el desarrollo de nuestro propio país. No podíamos gastar nuestros recursos aquí y allá. Quería apoyar a los movimientos revolucionarios, pero no a gran escala. A su modo de ver, una revolución encabezada por auténticos luchadores por la libertad, con apoyo popular, no necesitaría demasiada implicación soviética.

La Unión Soviética hizo naturalmente cuanto pudo por amargarle las cosas a Estados Unidos en Vietnam. Ésa era la regla básica de la Guerra Fría: si podías hacerle una jugarreta al bando opuesto se la hacías. Los estadounidenses nos hicieron lo mismo en Afganistán.

En los años sesenta yo me dedicaba de lleno a la ingeniería. Diseñaba misiles de crucero y balísticos y estaba muy interesado en el éxito de nuestros misiles antiaéreos en Vietnam. Recuerdo que hubo un gran escándalo durante el primer ataque aéreo estadounidense a gran escala en 1965. Los sistemas de orientación de nuestros misiles tierra-aire no funcionaron tan bien como esperábamos y los estadounidenses pudieron interceptar algunos. A raíz de aquello el gobierno soviético destituyó al responsable de su producción, un buen hombre al que utilizó como chivo expiatorio.

La propaganda soviética presentaba la guerra como ejemplo de la brega del imperialismo estadounidense contra los valientes luchadores por la libertad, pero no se consideraba una gran amenaza para la Unión Soviética. Como ejemplo, cuando trabajé con la Armada soviética un capitán me dijo que cuando patrullaban la costa vietnamita pasaban muy cerca de los buques estadounidenses, pero que no existía temor alguno. De hecho, me dijo que durante muchos días su submarino se mantuvo en la superficie muy cerca de un destructor estadounidense y que acabaron haciéndose visitas mutuas. No sé si era verdad, pero no me cuesta creerlo. Me contó que intercambiaban regalos y que los estadounidenses les daban fruta fresca —plátanos y manzanas— de la que no disponían en el submarino. Pero cuando comenzaron a pasarles revistas y otro tipo de literatura los intercambios terminaron. Los soviéticos dijeron que la fruta estaba bien, pero no querían revistas.

Los rusos siempre quisieron mejorar sus relaciones con Estados Unidos. Nunca creyeron que el gobierno estadounidense estuviera en su contra. Creo que al estadounidense corriente le afectaba mucho más la propaganda de la Guerra Fría, que se sentía mucho más hostil hacia los rusos y les tenía mucho más miedo. En el mundo libre se podía disentir, pero los estadounidenses tendían a creer lo que leían y veían en televisión. En la cultura rusa, desde la época zarista, nuestra primera reacción siempre ha sido desconfiar de lo que leemos, por eso los medios nos afectan mucho menos.

Procurábamos escuchar otras emisoras de radio, especialmente la BBC o incluso la Voz de América, aunque no nos parecía tan fiable. Cuando veíamos a algún amigo le preguntábamos: «¿Has oído lo que dice el enemigo?». Así llamábamos a las radios occidentales. Hasta mi padre les escuchaba cuando ya no estaba en el poder.

Hay muchos paralelismos entre la guerra de Vietnam y la guerra soviética en Afganistán. Al principio no esperábamos llegar a tener allí una presencia masiva. Al fin y al cabo era una guerra entre afganos, y por aquel entonces todo parecía muy sencillo: éramos mucho más poderosos. Ese tipo de guerras son como un juego de azar. Cada vez que subes la apuesta crees que vas a ganar. Mi impresión era que tarde o temprano venceríamos, y si hubiéramos enviado dos millones de soldados y treinta mil tanques por supuesto que habríamos vencido, pero ¿a costa de qué? Podíamos matar a todos los afganos, pero ¿qué ganaríamos con eso?

Durante la guerra de Vietnam pensé que el movimiento antibelicista era

una señal de que Estados Unidos estaba despertando. Mantengo esa opinión. Fue entonces cuando los estadounidenses comenzaron a entender que no todo dependía de la voluntad de su gobierno, que el mundo no era tan simple, aunque ahora lo hayan olvidado. En la lucha contra el terrorismo, desde el ataque del 11 de septiembre, están cometiendo los mismos errores, simplificando y creándose más enemigos que amigos. Siendo como es la primera potencia mundial, Estados Unidos no debería comportarse como un elefante en una cacharrería.

9

«Isla Paraíso»

JOHN SINGLAUB

«Los enviábamos de vuelta a casa con un generoso paquete de regalos».

Entre 1966 y 1968 dirigió la guerra secreta contra Vietnam del Norte. Era comandante del GEO, la mayor unidad clandestina del ejército. En un principio esas siglas significaban Grupo Especial de Operaciones, pero pronto se le puso un nombre encubierto que sonaba más académico: Grupo de Estudios y Observación.

Durante ocho años, de 1961 a 1968, primero la CIA y luego el GEO secuestraron y adoctrinaron a más de mil civiles norvietnamitas, pusieron en funcionamiento emisoras de radio «grises» y «negras», introdujeron espías en Vietnam del Norte y en Laos, atacaron instalaciones militares y civiles a lo largo de la costa norte, pusieron bombas-trampa tras las líneas enemigas y mucho más.

Desde la ventana de su casa, un séptimo piso en Arlington, Virginia, se puede ver una esquina del Pentágono. Es un hombre pequeño, de pelo gris rapado al estilo militar, grandes orejas y sonrisa encantadora.

Nuestro grupo de operaciones psicológicas creó un elaborado movimiento fingido de resistencia conocido como la «Liga Patriótica de la Espada Sagrada». En el Norte no disponíamos de un movimiento de resistencia viable, así que intentamos crearlo con nuestra farsa de la Espada Sagrada. Metimos comandos vietnamitas en lanchas de patrulla rápidas que iban al Norte a secuestrar prisioneros. Capturaban pescadores o campesinos de los pueblos costeros, les vendaban los ojos, los subían en las lanchas y los llevaban a la «Isla Paraíso» [Cu Lao Cham] cerca de Danang.

En la isla habíamos construido una aldea fortificada frente al mar, desde la que no se veía el continente. Se diseñó para que pareciera un pueblo costero

del norte, y a los prisioneros se les decía que estaban en una «zona liberada» dirigida por la «Liga Patriótica de la Espada Sagrada». Era la base de operaciones de la guerrilla contra el gobierno comunista. La Espada Sagrada tenía su propia bandera, blanca y azul, que ondeaba sobre una empalizada militar de bambú.

Todo el personal de la isla era survietnamita, pero hablaban el dialecto del Norte. Manteníamos a los cautivos encerrados durante un mes o más y nos ocupábamos de todos sus problemas físicos. Normalmente sufrían malnutrición o tenían enfermedades en la piel, malaria o lombrices. Los lavábamos y les dábamos de comer hasta que se recuperaran, y los adoctrinábamos sutilmente en las creencias de la falsa resistencia, como la idea de que la gente debía ser retribuida en función de su contribución y sus habilidades, conceptos que los comunistas habían suprimido. Este tipo de comparaciones tan prácticas les hacía entender poco a poco el concepto de la libertad.

Finalmente los enviábamos de vuelta a casa con un generoso paquete de regalos, cosas muy simples que sabíamos que en el Norte escaseaban, como anzuelos, material de costura y medicinas. Estábamos completamente seguros de que las fuerzas de seguridad comunistas se las confiscarían, pero los aldeanos extenderían el mensaje de aquella zona liberada idílica. Poco después comenzamos a darles dos paquetes, uno para que se lo confiscaran los comunistas y el otro para que lo ocultaran y lo aprovecharan más tarde. Era un buen programa psicológico. Así enviábamos constantemente al Norte misioneros que habían probado cosas que los comunistas no les daban.

También les dábamos radio-transistores presintonizados en la frecuencia de *La voz patriótica de la resistencia*, una falsa emisora de propaganda negra que criticaba duramente a los funcionarios corruptos del Norte. Estas radios no se podían resintonizar ni se podían utilizar para escuchar radio Hanoi. *La voz patriótica de la resistencia* anunciaba periódicamente que se veía obligada a dejar de emitir durante un tiempo porque las fuerzas del gobierno la habían atacado y tenía que cambiar de emplazamiento.

Con la propaganda gris, en cambio, no se señala la fuente del engaño: dejas que el receptor se lo imagine. Teníamos una emisora de radio enorme, de alta potencia, que se llamaba *La voz de la libertad*. Estaba cerca de Hue, y finalmente pasó de doscientos cincuenta mil vatios a un millón. Sólo había otra emisora en el mundo con tanta potencia. Pero parte del equipo resultó dañada durante la Ofensiva Tet y nunca llegó a funcionar a pleno rendimiento.

Transmitíamos informativos y programas de entretenimiento: buen entretenimiento vietnamita clásico, pero sobre todo noticias. Más tarde supimos que tenía mucha audiencia. Había dos canales: podían elegir entre *La voz de la libertad* y *La voz patriótica de la resistencia*.

Además de enviar comandos survietnamitas a secuestrar prisioneros en el Norte y traerlos al Sur, también enviamos comandos a territorio enemigo para que recogieran información y llevaran a cabo acciones de sabotaje. Algunos los lanzábamos en paracaídas, otros se infiltraban desde Laos en helicóptero y otros desembarcaban mediante lanchas de patrulla. Enviamos más de los que podíamos apoyar adecuadamente y con el tiempo fueron perdiendo eficacia.

Desgraciadamente la resistencia potencial en Vietnam del Norte era muy escasa porque prácticamente todos los anticomunistas habían abandonado el Norte en 1954 gracias a nuestra ayuda, en lo que entendimos como un acto de compasión. Es muy difícil organizar una campaña de resistencia si evacúas de la zona a todos los que simpatizan con la causa. Si en la segunda guerra mundial hubieran podido huir de la Francia ocupada todas las personas que estaban contra los alemanes no habría existido el movimiento de la Resistencia. En Vietnam facilitamos la huida a todos los que querían dejar el Norte, transportándolos en barco. La Iglesia católica, en particular, ante la persecución de la que era objeto, se trasladó en masa hasta Haiphong para embarcar allí rumbo al Sur.

Cuando me nombraron comandante de los GEO revisé minuciosamente cada uno de los equipos de comandos survietnamitas que habíamos enviado al Norte y llegué a la conclusión de que algunos de ellos nos habían proporcionado buenas informaciones pero que la mayoría de los agentes habían sido capturados, asesinados o se habían convertido en «agentes dobles» que trabajaban para los norvietnamitas. Después de capturarlos obligaban al operador de radio a transmitirnos que todo iba bien. Se podía adivinar quiénes eran agentes dobles por el tipo de informes que enviaban y por las órdenes que no cumplían. También descubrimos que se había infiltrado en nuestra organización un agente enemigo que informaba a su gobierno cuándo y dónde íbamos a introducir nuevos comandos. Pedí permiso para abortar el programa, pero el secretario de Defensa Robert McNamara no quiso y, por el contrario, nos presionó para que aumentáramos el número de agentes en el Norte. Es difícil saber por qué. Quizá tenía un mapa en el que iba clavando chinchetas y quería aumentar el número de chinchetas en el Norte. No puedo explicar por qué se comportaba así, a no ser para tener un

buen tema de conversación en los cócteles de Washington.

Otra de nuestras grandes áreas de actuación estaba al otro lado de las fronteras con Laos y Camboya. En esos equipos había estadounidenses y capturamos mucha gente importante y documentos de gran valor a lo largo de la Ruta Ho Chi Minh. A su regreso al CAM-V [cuartel general del Comando de Asistencia Militar Vietnam-Estados Unidos] siempre les decía a los chicos que nuestro problema no era localizar al enemigo, sino no atacar con suficiente eficacia. El tipo de aviones que utilizábamos no era el más adecuado para matar gente en una selva tan tupida. Cuando se trata de fulminar una camioneta que avanza por una ruta no sirven los aviones de propulsión a chorro que se mueven a ochocientos kilómetros por hora; los aviones lentos de hélice de la segunda guerra mundial como los A-1 hacían mucho mejor trabajo, ya se midiera su efectividad en cantidad de muertes por salida, por hora o por misión. Pero los mandos de la fuerza aérea sólo querían tener allí reactores.

Muchas de nuestras decisiones eran ilógicas, pero la más insensata fue la negativa de nuestro gobierno a cerrar el puerto de Haiphong. Se trataba de la entrada logística clave para las fuerzas comunistas. Sin los suministros que le llegaban por aquel puerto, los norvietnamitas no habrían podido acometer acciones ofensivas. Cuando la fuerza aérea comenzó a golpear la línea de abastecimiento que llamábamos Ruta Ho Chi Minh, les bastó pedir al mundo socialista-comunista que les enviaran más suministros al puerto de Haiphong. Si en el Sur necesitaban diez cargas de camión al día, enviaban veinte y de ellas conseguirían llegar diez. Y aunque eliminábamos nueve de cada diez camionetas, habrían enviado cien para asegurarse de que llegaran diez. Si hubiéramos bombardeado y minado el puerto de Haiphong desde el principio los habríamos asfixiado.

Uno de los grandes estímulos para Ho Chi Minh y los suyos fueron traidores como [la actriz] Jane Fonda, [el ex fiscal general] Ramsey Clark y [el militante antibelicista] Tom Hayden, que viajaron a Vietnam del Norte para decirles: «Aguantad, aguantad. Nosotros estamos ganando en casa. Estamos destruyendo su moral». Y efectivamente lo hacían. El movimiento contra la guerra fue parte esencial de la estrategia comunista para destruir la moral estadounidense.

Algunos chicos se sentían tan desmoralizados al volver a casa tras su primer turno en Vietnam que decidían volver como voluntarios; no podían leer los periódicos ni mirar la televisión. Me parecieron increíbles los recortes

de periódico que me envió mi familia tras la Ofensiva Tet [un ataque coordinado de unidades norvietnamitas y del Vietcong a principios de 1968]. Aquí, en Estados Unidos, la gente pensó que había sido una gran victoria de los comunistas y un terrible fracaso de nuestras fuerzas, cuando en realidad no fue así, o al menos nosotros no lo vimos así. Durante años habíamos tratado de hacerles salir de sus escondrijos para machacarlos y así lo hicimos entonces, los aplastamos. En ninguna de las guerras en las que he estado he visto tantos muertos amontonados. Fue una enorme victoria para nosotros y deberíamos haberla aprovechado.

Los medios de comunicación eran muy parciales. Todo el trabajo de los asesores estadounidenses en beneficio de los lugareños —trabajos de agricultura, construir puentes, excavar pozos— era totalmente ignorado. Del medio millón de estadounidenses dedicados a tareas muy valiosas, constructivas, de repente treinta morían en una emboscada y entonces aparecían los reporteros, fotografiaban a los muertos y entrevistaban a los supervivientes, y luego añadían de su propia cosecha sus comentarios sobre lo horrible que había sido aquello.

Los que fuimos a Vietnam lo hicimos con una actitud positiva, especialmente los asesores. Éramos algo intermedio entre un misionero rodeado de paganos y un pionero que construía un nuevo país defendiéndose de los ataques del Vietcong, como lo hacían nuestros antepasados frente a los indios que pretendían impedirles su avance hacia el Oeste. Nos entendíamos muy bien con los *montañeses* [una etnia minoritaria], a los que enseñamos los principios de la higiene y les ayudábamos en todo. Nuestros médicos iban de un poblado a otro y emprendíamos acciones cívicas. Teníamos la sensación de ser algo así como misioneros.

En 1976 fue nombrado jefe de Estado Mayor del Mando de las Naciones Unidas y las fuerzas estadounidenses en Corea. En 1977 el presidente Jimmy Carter lo relevó del mando por criticar su plan de retirar las tropas estadounidenses de Corea del Sur. Pocos meses después pidió la baja en el ejército.

En los años ochenta fue elegido presidente de la Liga Anticomunista Mundial (WACL), fundada en 1966, cuyos principales valedores eran los gobiernos de Corea del Sur y Taiwan. Su nombre volvió a cobrar relevancia durante la presidencia de Reagan, cuando las investigaciones del escándalo Irán-Contra revelaron que la WACL había trabajado codo con codo con Oliver North para recaudar millones de dólares en todo el mundo y así

financiar la guerra de la Contra en Nicaragua.

LUYEN NGUYEN

«Se divorció de su segundo marido y esperó mi regreso».

Era un «comando perdido», uno de los quinientos soldados survietnamitas que Estados Unidos envió a Vietnam del Norte en misiones ultrasecretas de infiltración a cargo de pequeños grupos condenados casi con seguridad al fracaso. Al pretender sabotear una sociedad unificada política y militarmente, casi todos los comandos eran capturados y muertos o convertidos en agentes dobles. Ninguno de ellos volvió al Sur antes del fin de la guerra. A pesar del fracaso total del programa, éste siguió funcionando hasta 1968.

Luyen Nguyen, capturado por los soldados norvietnamitas en 1966, cuando tenía treinta y tres años, pasó veintiún años en la cárcel, once de ellos en una celda de aislamiento. Como respuesta a mi perplejidad sobre el efecto de los grilletes que le ponían en los pies durante el encarcelamiento, sale de la habitación y vuelve con un bastón sobre el que apoya el talón y me dice: «Así». Luego me muestra la cicatriz que le quedó en el tobillo, y quizá un poco aturdido por todo lo que me ha revelado, me dice: «Nunca les he contado a mi mujer ni a mis hijos aquella experiencia».

En 1964 me ordenaron reclutar y adiestrar comandos para enviarlos más allá de las líneas enemigas. Buscaba muchachos insatisfechos con su vida a los que pudieran seducir los eventuales beneficios. La paga de un recluta de comando equivalía a la de un comandante del ejército; aunque yo era capitán mi salario era inferior al suyo, y su ración diaria de arroz era tres veces mayor que la de los oficiales. Vivían por encima de la ley y podían hacer cuanto quisieran sin que la policía militar pudiera arrestarlos.

Durante su entrenamiento gozaban de demasiada libertad. Cuando sugerí que se les impusiera una disciplina más dura, el capitán estadounidense me dijo: «Llevo aquí mucho más tiempo que tú. Sé cómo hacer mi trabajo. Tú no sabes nada». Los asesores estadounidenses eran muy arrogantes al respecto. En una ocasión un teniente coronel estadounidense discrepó de una decisión que yo había tomado y me recriminó ante mis hombres, algo que nunca se hace en el ejército.

Muchas veces les decía a mis hombres: «Lucháis por vuestro país, no por los estadounidenses». Pero los asesores estadounidenses les decían: «Nosotros os contratamos y os pagamos, así que es a nosotros a quienes debéis obedecer,

no a los oficiales vietnamitas». Una vez un equipo estaba entrenando y se acercaba la hora de comer; el asesor estadounidense se fue al comedor para almorzar mientras el instructor vietnamita seguía hablando por el micrófono. Trató de terminar la clase pero el equipo se levantó y volvió al campamento. Me enfadé muchísimo y fui tras ellos. Traté de hacerlos volver para que terminaran la clase, pero uno de los chicos le quitó el seguro a su fusil: estaba dispuesto a dispararme si insistía en que volvieran.

Cuando terminó el adiestramiento de uno de aquellos comandos y nos disponíamos a lanzarlo en paracaídas sobre territorio enemigo los llevamos a una zona restringida donde no les estaba permitido contactar con nadie. La mitad de ellos ya habían desertado y muchos otros tenían decidido hacerlo después de sacar provecho durante algunos meses. El día antes del traslado a la zona restringida el equipo me invitó a comer, y de forma muy solemne me dijeron que si no me unía a la misión todos ellos desertarían. Por mi graduación no estaba obligado a ir al Norte; de hecho, ningún otro capitán lo hacía. Sabía que ninguno de los grupos anteriores había vuelto, pero creía en mi capacidad para llevarlos tras las líneas enemigas y traerlos de nuevo a casa, así que les prometí que iría con ellos.

Salimos en helicóptero desde Tailandia y entramos desde el oeste en Vietnam del Norte, cerca de la frontera entre Vietnam y Laos. Íbamos otros catorce hombres y yo. Durante el vuelo ellos bromeaban como si fueran colegiales de excursión, sin que se viera ningún signo de miedo en sus caras. No eran conscientes del peligro y me parecían incapaces de cumplir su misión a pesar de ser el equipo con mejor puntuación en el adiestramiento. No tenían experiencia de combate, y como no veían al enemigo se sentían totalmente seguros. No se les ocurría siquiera que pudiera observar el aterrizaje del helicóptero. Por la noche se quedaban dormidos aunque estuvieran de guardia y cuando sabían que el enemigo estaba cerca perdían los ánimos y se quedaban quietos, como si hubieran perdido el alma.

La misión básica consistía en obtener información y reclutar gente del Norte, pero esto no era más que una idea general. La única orden específica era establecer un área de seguridad, informar al cuartel general y esperar hasta nueva orden. Yo era el jefe pero no sabía cuál era el plan ni cómo debía llevarse a la práctica.

Creo que fue un fracaso planificado[18]; no es posible que la CIA fuera tan estúpida. Por ejemplo, a todos los equipos lanzados en paracaídas, desde el primero hasta el último, nos enviaron vestidos con boinas, ropa y botas

negras, aunque sabían que en el Norte usaban ropa marrón en las zonas selváticas. En el Norte un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies parecía un monstruo caído de otro planeta.

Sobrevivimos un mes antes de que nos detectaran. Nuestra posición estaba a ocho kilómetros de la Ruta Ho Chi Minh y varias veces nos acercamos a ella en labores de reconocimiento. Íbamos de una zona segura a otra, pero pocos días antes de que nos capturaran oímos disparos cerca de una posición anterior; el enemigo esperaba que respondiéramos a sus disparos. Los chicos supieron que los habían descubierto y se asustaron. Traté de asegurarles que encontraría la manera de salir, pero era demasiado tarde. Al poco nos capturaron y encarcelaron.

Durante los once primeros años en prisión me tuvieron en una celda oscura y con grilletes todo el tiempo. Me tenía que tumbar sobre un tablón, en uno de cuyos extremos había una barra de acero, y tenía que poner los tobillos encima. Utilizaban un grillete para sujetarme los pies sobre la barra, y otro más pequeño que me cortaba la circulación. Se me hinchaban los pies y al cabo de media hora se me entumecía la mitad del cuerpo y entraba en trance. Si mantenían ese pequeño grillete más de seis horas morías. Me lo ponían una y otra vez, pero nunca más de tres horas.

Cuando me veían completamente agotado y a punto de morir me sacaban de aquella celda, me llevaban a otra con una ventana y me daban un poco más de comida. Durante el día no me ponían los grilletes. Me dejaban recuperar la salud durante dos o tres meses y luego me llevaban de nuevo a la celda oscura.

Durante un corto período a finales de 1966 estuve en un campo de prisioneros con algunos pilotos estadounidenses. A la hora de cenar veía a los guardias llevar las bandejas de comida a los estadounidenses y sabía que eran sus raciones porque eran mucho mejores que las que nos daban a nosotros. Les daban arroz, un poquito de verduras, un plátano, un cigarrillo… Los prisioneros de guerra estadounidenses solían lanzar parte de su comida a los vietnamitas prisioneros junto a ellos.

Cuando comenzó el adoctrinamiento querían que declarara que era un esbirro de Estados Unidos, una marioneta del imperialismo, y que los estadounidenses habían invadido Vietnam para dominar nuestro país. Durante los primeros once años me lo repetían sin cesar, pero me negué a aceptarlo y traté de mantener mi lealtad al ejército. Si hubiera reconocido que era un

esbirro de Estados Unidos me habrían sacado de la celda oscura para realizar trabajos forzados. Los prisioneros que realizaban trabajos forzados vivían casi como trabajadores en zonas especiales y al acabar la guerra les daban permisos una vez al año para ir al sur a ver a su familia, pero yo no quería hacer trabajos forzados. Muchos de mis camaradas murieron de agotamiento debido a estos trabajos.

La propaganda comunista influyó sobre muchos de nosotros. Tras ser capturados reconocían que se habían incorporado a un comando porque necesitaban el dinero y aceptaban declarar que los estadounidenses eran unos invasores que habían venido a dominar nuestro país. Recordaban que los oficiales estadounidenses les habían dicho que trabajaban para ellos. Si les hubieran dicho que luchaban por su país y su propio pueblo habrían mantenido su lealtad al caer en manos del enemigo. Pero Estados Unidos destruyó su patriotismo y los convirtió en gente desleal, desleales incluso con los estadounidenses.

Cuando me capturaron mi familia vivía en Saigón. Tres meses después informaron a mi esposa de que había desaparecido. Cobró el subsidio por defunción y se trasladó con nuestros siete hijos a Can Tho, donde vivían sus padres. Asumió el día de mi partida como el día de mi muerte y todos los años, según la tradición vietnamita, celebraba el aniversario y rezaba por mi alma. En la cárcel no tuve contacto con mi mujer. Me llevaron muchas veces a la oficina, me ofrecían sobres, papel y sellos y me instaban a que le escribiera, pero yo me negaba. Cuando me preguntaban por qué rechazaba una medida humanitaria como aquélla les decía: «No quiero perturbar la tranquila vida de mi mujer y mis hijos. Todos creen que he muerto y sus lágrimas ya están secas. No quiero hacerlos llorar otra vez».

En 1974 mi mujer estaba tan deprimida y sumida en la pobreza que se casó otra vez y tuvo una hija. En 1982 o 1983 liberaron al primero de nuestro grupo y en un gesto de bondad buscó a mi familia y les comunicó que seguía vivo. Cuando mi mujer lo supo se divorció de su segundo marido y esperó mi regreso. No la culpé por haberse casado de nuevo, pero fue un golpe muy duro. No te puedes imaginar cuánto sufrí. En la cultura vietnamita eso era intolerable. Al principio me quedé estupefacto, me sentí humillado, pero en una sociedad en guerra se trata de una desgracia normal. Muchos de mis compañeros sufrieron cosas similares.

Cuando dejé mi casa en 1966 mi hijo mayor tenía diez años. Cuando volví me presentó a su hijo, mi nieto de once años. Mi hija pequeña estaba en el

vientre de su madre cuando me fui; cuando volví tenía veintiún años y estaba casada.

Luyen Nguyen y su esposa se trasladaron a Estados Unidos en 1990. En 1999 el Congreso estadounidense aprobó una compensación de 42 500 dólares para los supervivientes de los comandos perdidos. Después de pagar a su abogado, Luyen envió el dinero que le sobró a sus hijos, que se quedaron en Vietnam. En 2000, a la edad de sesenta y siete años, completó un master en Estudios Americanos en la Universidad de Massachusetts en Boston. En la actualidad trabaja como asesor de los estudiantes.

III. La escalada (1964-1967)

10

Los caminos de la guerra

Todavía hoy, volar desde Estados Unidos a Vietnam es agotador. El vuelo habitual desde Nueva York hasta Hanoi hace escala en Anchorage, Seúl y Hong Kong. El viaje, de unas treinta horas incluyendo trasbordos y escalas, hace difícil creer que Estados Unidos combatiera en un país tan lejano geográfica y anímicamente.

¿Cómo pudieron vivir entonces aquella guerra los tres millones de soldados estadounidenses destinados a Vietnam entre 1961 y 1972? Al principio la mayoría llegaban en buques o aviones militares, pero hacia 1966 casi todos lo hacían en líneas aéreas comerciales, no muy diferentes a las que vuelan regularmente hoy en día. La mayoría llegaban como reemplazos individuales, sin saber dónde lucharían en Vietnam ni con quién, y en muchos casos por qué. No sabían nada de los vietnamitas. Volaban junto a extraños en aviones con aire acondicionado para incorporarse a una guerra en la otra punta del planeta. Es inevitable preguntarse cuántos de ellos habían salido alguna vez al extranjero, más aún a un país del Tercer Mundo totalmente diferente a Estados Unidos, al que llegaban a combatir como soldados.

Hasta mediados de los años sesenta los políticos de Washington encubrieron la participación de Estados Unidos en la guerra calificándola de «asesoría». A finales de la década, aunque la guerra era demasiado cruenta y las muertes demasiado flagrantes como para ocultarlas, los soldados viajaban como si fueran de vacaciones al trópico; ni siquiera llevaban armas. Aunque no hay pruebas de que se utilizaran los aviones comerciales para camuflar la intervención estadounidense a gran escala, un transporte constante de tropas atravesando el Pacífico habría evidenciado ciertamente el flujo masivo de soldados que iban y venían de la guerra.

Esto no significa que se ocultara el colosal esfuerzo logístico necesario para vestir, alimentar y armar a las tropas de EE. UU. y de Vietnam del Sur y

para transportarlas de un lugar a otro de Vietnam. Durante la culminación de la guerra, a partir de 1965, más de cien buques estadounidenses solían esperar semanas junto a la costa de Vietnam del Sur hasta poder atracar y descargar las provisiones. EE. UU. acabó construyendo seis puertos en Vietnam del Sur, decenas de bases y aeródromos y cientos de polvorines y plataformas para el aterrizaje de helicópteros. La cantidad de material que EE. UU. envió a Vietnam fue tan asombrosa que en septiembre de 1968 se estimó que sólo el excedente era de más de dos millones de toneladas.

Para los vietnamitas, en cambio, su país era un campo de batalla, particularmente en el Sur, donde se dio la mayoría de los combates en tierra, donde todas y cada una de las provincias soportaron enfrentamientos armados, bombardeos y ocupación militar, y donde al terminar la guerra más de la mitad de las aldeas habían sido destruidas. Una proporción considerable de survietnamitas de ambos bandos lucharon en las proximidades de sus propias aldeas, a veces casi literalmente en sus propias casas. Muchos otros fueron enviados a combatir a otros lugares de Vietnam del Sur, lejos de sus hogares, y millones de civiles vieron sus hogares arrasados o quemados y tuvieron que trasladarse a las ciudades o a campos de refugiados. La guerra desarraigó profundamente a la sociedad vietnamita, alejando a muchísima gente de su tierra ancestral y de sus familias.

En el Norte la guerra se produjo principalmente desde el aire, en forma de bombardeos estadounidenses. Toda la sociedad se movilizó para defenderse de estos ataques y para apoyar la guerra terrestre en el sur. Los principales recursos de Vietnam del Norte —fábricas, depósitos de armas, tropas, atención sanitaria— se descentralizaron y dispersaron para reducir el efecto de los bombardeos. Los niños fueron evacuados a las ciudades. Las poblaciones organizaron fuerzas de autodefensa y unidades antiaéreas. En el norte entendían, evidentemente, que el objetivo de la unificación nacional precisaba una victoria en el sur, al que se referían habitualmente como «el frente».

Cientos de miles de norvietnamitas pasaron por algunas de las experiencias más peligrosas y extenuantes de la guerra simplemente trasladándose al frente o ayudando a otros a llegar a él mediante la construcción y reparación de caminos y puentes que conducían al sur. Entre ellos estaban los adolescentes voluntarios que construyeron por selvas y montañas la Ruta Ho Chi Minh, amenazados durante años por los ataques aéreos, la malaria y la desnutrición. Las tropas que se desplazaban hacia el sur

lo hacían mayoritariamente a pie, en un viaje agotador y peligroso que duraba de tres a seis meses. No se sabe con precisión cuántos murieron en el camino, pero las estimaciones sugieren que el total excede el número de estadounidenses que perecieron en la guerra.

La construcción de la Ruta Ho Chi Minh comenzó a mediados de los años cincuenta. Nunca fue una sola vía, sino que desde el principio fue una red de senderos y caminos serpenteantes por las montañas de Truong Son, que constituyen la frontera de norte a sur entre Vietnam y Laos. En 1959 comenzaron a desplazarse al sur pequeños grupos de soldados norvietnamitas. A medida que aumentaba el número de soldados estadounidenses en Vietnam del Sur lo hacían igualmente los norvietnamitas. En 1964 llegaron al frente 12 000 soldados norvietnamitas y durante el año siguiente 33 000. De 1966 a 1971 recorrieron la Ruta Ho Chi Minh unos 600 000 soldados del Ejército Norvietnamita (ENV), que a principios de la década de 1970 superaba ampliamente en número al ejército estadounidense. Sin embargo, durante los años de mayor escalada de la guerra las tropas estadounidenses sobrepasaron significativamente a las de Vietnam del Norte, pasando de 23 000 al final de 1964 a 185 000 en 1965, 385 000 en 1966, 465 000 en 1967 y 536 000 en 1968.

La rápida afluencia de tropas norvietnamitas fue posible gracias a un programa masivo de mejora y expansión de los caminos iniciado en 1965. Además de las decenas de miles de norvietnamitas que trabajaban en los caminos, Hanoi contó con trabajadores laosianos e ingenieros rusos, chinos y coreanos. La red siguió creciendo a pesar de los sistemáticos bombardeos estadounidenses. Durante los últimos años de la guerra Vietnam del Norte ensanchó y asfaltó muchos tramos de carretera y construyó un oleoducto desde Vietnam del Norte hasta el pueblo de Loe Ninh, a unos 130 kilómetros al norte de Saigón. Al final el conjunto de la red comprendía más de quince mil kilómetros de carreteras.

El material pesado también se transportaba por barco hasta Sihanoukville, en Camboya, y desde allí por tierra hasta Vietnam del Sur (aunque ese tráfico se interrumpió en 1970, cuando el príncipe Sihanouk de Camboya fue derrocado por el general Lon Nol con el apoyo estadounidense). Hasta Vietnam del Norte llegaban líneas cruciales de abastecimiento desde la Unión Soviética, China y Europa del Este. La mayor parte del material soviético y de Europa oriental llegaba a Vietnam por barco hasta el puerto de Haiphong, mientras que el abastecimiento chino llegaba principalmente por tierra, ya

fuera por carretera o por ferrocarril.

Aunque nuestra imagen más común de la guerra es la de patrullas en la selva y emboscadas aisladas, se trataba en realidad de una guerra mantenida por un entramado de operaciones globales.

VU THI VINH

«La selva de Truong Son nos dio la vida».

Se incorporó como voluntaria, al igual que hicieron miles de chicas norvietnamitas, a la construcción del «Truong Son», las decenas de senderos y caminos conocidos por los estadounidenses como «Ruta Ho Chi Minh». El Cuerpo Juvenil de Voluntarios se constituyó en 1965 como parte de un esfuerzo masivo por expandir y mejorar la red logística. Aquellos chicos y chicas adolescentes talaban árboles, limpiaban y nivelaban caminos, rellenaban los cráteres que provocaban los bombardeos y desactivaban las bombas que no explotaban.

Hablamos de aquella experiencia con cinco mujeres, veteranas del Cuerpo Juvenil de Voluntarios. Una cree recordar que la edad mínima requerida eran dieciséis años, otra dice que diecisiete, otra que dieciocho. Una de ellas afirma: «Si insistías te permitían ir fuera cual fuera tu edad». Vu Thi Vinh mintió al respecto y se incorporó como voluntaria a la construcción de la Ruta con 15 años, a pesar de la oposición de sus padres. «Éramos muy jóvenes e inexpertas, pero teníamos un gran sentido patriótico. Fuimos a la guerra de buena gana».

Al principio no había caminos, sólo montañas. Trazarlos era una tarea sobrehumana. Nuestras únicas herramientas eran picos, palas y sierras. Cuando los árboles eran demasiado grandes para talarlos a mano los derribábamos con dinamita. Eran necesarias, como mínimo, veinte personas para apartar los más grandes. También teníamos que contener las corrientes de agua con rocas para que no inundaran los caminos. A veces trabajábamos con el agua hasta el pecho. Durante la época de lluvias era imposible secarse del todo.

Casi siempre trabajábamos de noche, porque era cuando venían los camiones y los soldados y teníamos que estar preparados para ayudar si se quedaban atascados. Normalmente dormíamos desde las siete y media hasta las once de la mañana. Luego almorzábamos y nos daban clases para continuar con nuestra educación. Después dormíamos de nuevo hasta las cuatro y media. La cena era a las cinco en punto, y entonces volvíamos a

trabajar. Naturalmente, en situaciones de emergencia trabajábamos noche y día. Si la ruta se bloqueaba durante sólo una hora se generaba un atasco terrible que se convertía en una invitación para los bombarderos estadounidenses. Cada vez que las bombas alcanzaban el camino teníamos que acudir corriendo y rellenar los cráteres inmediatamente.

Tras un ataque descubrimos una bomba enorme que no había estallado. Estaba en un riachuelo, junto a un puente. Existía el peligro de que un camión que pasara por él la detonara, así que nuestro líder seleccionó un equipo «dispuesto a morir» para desactivar la bomba. Todos queríamos formar parte del equipo, así que tuvimos que escribir una redacción para poder participar. La única manera segura de desactivar la bomba era haciéndola estallar, aunque eso supusiera destruir parte del puente que habíamos construido. Pero logramos explosionar la bomba y reparar el puente antes de que los camiones pasaran por allí aquella noche.

No hace falta decir que la vida en la selva es extremadamente dura. Cuando no nos llegaba el arroz comíamos cualquier cosa que encontráramos. Buscábamos cangrejos bajo las rocas, en los riachuelos, y a veces teníamos la suerte de acompañarlo con algo de mandioca. A veces teníamos que rascar hongos y musgo de las rocas. Lo llamábamos «verduras antiaéreas», porque era la única cosa comestible que quedaba tras los bombardeos. Estábamos tan hambrientos que todo nos sabía bien. Las montañas estaban cubiertas de árboles de ginseng rojo. Cocíamos las hojas y los tallos, luego los tirábamos y nos tomábamos el caldo. Era muy dulce y nutritivo. La selva del Truong Son nos dio la vida.

Después de cada jornada de trabajo volvíamos agotados a los campamentos y nos reponíamos cantando o haciendo teatro. Cantábamos todo el tiempo para mantener el ánimo. Solíamos bromear diciendo que el ruido de las bombas era más débil que nuestras canciones.

NGUYEN THI KIM CHUY

«Llegábamos a casa pelonas, con los ojos en blanco como espectros».

Trabajó en la selva de Truong Son como voluntaria durante cuatro años. Actualmente vive en las afueras de Hanoi, donde cultiva y vende flores.

Me enviaron al Truong Son para ayudar en la construcción de tres nuevas rutas: la número 15, la número 21 y la 22. Ésa fue mi contribución a la guerra contra los estadounidenses. Trabajamos en la provincia de Quang Binh, la entrada a Truong Son, donde los estadounidenses arrojaban tantos proyectiles

que la llamábamos «la capital de las bombas». Podíamos distinguir todo tipo de bombas por el sonido. Una bomba de racimo, por ejemplo, aterrizaba con un sonido sordo, ya que se trata de una «bomba madre» que no causa ninguna destrucción por sí misma. Únicamente se abre y deja caer las «bombas bebé», que ésas sí son letales.

Un día tuvimos que aguantar siete bombardeos mientras trabajábamos sin parar rellenando cráteres. En un momento dado mi comandante me pidió que fuera a controlar un grupo de chicas que estaba a cien metros. Según iba en esa dirección, vi con mis propios ojos cómo caía una bomba sobre un refugio. Todo el mundo dejó de trabajar y salimos corriendo hacia allí, gritando y llorando. Nos arrodillamos y comenzamos a remover la tierra con las uñas. Teníamos los brazos cubiertos de sangre. En el refugio había cinco cadáveres, cuatro de ellos hechos papilla. No había forma de reconocerlos; dividimos los restos arbitrariamente en cuatro pequeños montones, le pusimos un nombre a cada uno y los enterramos. Solamente había un cuerpo reconocible: una mujer de la región que sólo estaba de visita. Creo que era una mandataria del Partido Comunista. Tenía con ella a su hijo de dos años, agarrado tan fuertemente que no pudimos separarlos. Los enterramos juntos. Tras aquella terrible experiencia aún quedaban por rellenar dos cráteres, así que seguimos con nuestro trabajo como si nada hubiese ocurrido.

Si teníamos que viajar de un punto del Truong Son a otro siempre lo hacíamos de noche, para reducir el peligro de los bombardeos. De niña nunca había pasado una noche sin dormir y no me podía acostumbrar a tan pocas horas de sueño. A veces llegaba a dormirme caminando. Una noche me salí del sendero y caí en un matorral del que me tuvieron que sacar. Desde entonces nos atábamos entre nosotros con una soga a la cintura. Poco después, una noche me tocó ir a la cabeza del grupo por un pequeño sendero. Otra vez me volví a quedar dormida, y en esta ocasión arrastré tras de mí a los arbustos a todo el grupo [Risas].

Veíamos a muchos soldados que recorrían el Truong Son. Nos querían porque éramos chicas valientes y trabajábamos muy duro. Cuando nos bombardeaban los estadounidenses nuestros novios de paso se desvivían por protegernos, pero sólo se trataba de romances inocentes; ninguna de nosotras se quedó embarazada. Aun en el caso de haber querido ir más allá, ¿cómo hacerlo? Vivíamos separadas de los voluntarios varones y la mayoría de los soldados sólo hacían cortas paradas en su largo trayecto hacia el Sur. No teníamos apenas tiempo para conocernos.

Casi todo el mundo padeció malaria y bastantes murieron por ello. Cuando me tocó a mí me hablaron de un buen remedio popular: comer cierto gusano. Me dieron uno sucio, asqueroso y negro, pero me sentía tan enferma que estaba dispuesta a cualquier cosa para curarme, así que me lo comí sin vacilar. No creo que fuera por eso, pero el caso es que me curé. Muchas perdimos el cabello temporalmente, estábamos horrorosas después de tantos años en la selva. Después de la guerra llegábamos a casa pelonas, con los ojos en blanco como espectros, la piel pálida y los labios púrpura. Muchas chicas perdieron la fertilidad. A mí me quedó una artritis terrible. Cuando mi antiguo novio volvió de la guerra creí que mi salud no era lo bastante buena como para tener una familia y así se lo dije. Fue una separación muy dolorosa porque su casa estaba en mi mismo pueblo, a la vuelta de la esquina. Incluso después de que mi familia me alimentara y me diera medicinas sólo pesaba treinta y dos kilos. Nunca me casé, pero adopté a la hija de mi hermana mayor.

«Los niños siempre me piden que les cuente historias de la ruta de Truong Son. Escuchan mis historias como si fueran cuentos de hadas. Es difícil imaginar cómo pudimos aguantar tantas privaciones».

HELEN TENNANT HEGELHEIMER

«Yo era su esposa, su hermana y su novia».

En 1966-1967 fue auxiliar de vuelo en World Airways, una de las aerolíneas civiles que tenían un contrato con el gobierno para transportar soldados estadounidenses a la guerra. En una vieja fotografía se la ve de pie en una pista, sonriendo. Lleva un sombrero que parece una calabaza. «Adelante, ríete, pero en el 66 era el último grito. Las azafatas de otras compañías nos decían: ¡Qué uniforme tan maravilloso!».

De pequeña solía ver *El Club de Mickey Mouse* y un día emitieron un programa sobre el trabajo de las azafatas. Me quedé pegada a la pantalla. Después de aquello no dejé de pensar en ser azafata.

Teníamos unas normas muy estrictas sobre nuestro aspecto. Todas debíamos lucir exactamente iguales. Incluso debíamos usar el mismo pintaúñas y el mismo perfume. No nos estaba permitido ponernos pendientes y teníamos que llevar el pelo corto, o por lo menos recogido. No podíamos parecer provocativas con los uniformes. Eran como hechos a medida, al estilo Jackie Kennedy. Las faldas nos llegaban a la mitad de la rodilla aunque fueran los años sesenta. Lo más distintivo era nuestro sombrero tipo polo con una

gran corona.

En aquella época había mucho machismo, por supuesto, pero no recuerdo que ninguno de los chicos destinados a Vietnam me hiciera pasar un mal rato. Eran muy respetuosos. Nosotras teníamos que distraerlos por encima de todo, alejar sus pensamientos de aquello hacia lo que se dirigían. Si eso suponía tener que tontear con ellos un poco, tampoco era para escandalizarse. Nunca nos pasábamos de la raya. Pero el capitán sí que podía sobrepasarse cuanto quisiera. Por ejemplo, estábamos obligadas a llevar faja y el capitán solía acercarse por detrás, nos daba una palmada en el trasero y decía: «control de fajas». La mayoría de los pilotos eran veteranos de la segunda guerra mundial y de la guerra de Corea; a mí me parecían demasiado viejos y no quería nada con ellos.

El trayecto hasta Vietnam solía dividirse en dos etapas: desde la base Travis de la fuerza aérea a Japón, y de Japón a Vietnam. En la primera los soldados escribían un montón de cartas. Muchos me preguntaban: «¿Te parece bien escrita? Si recibieras una carta así, ¿me esperarías?». Al principio leía las cartas, pero la verdad es que me desgarraban el corazón, así que empecé a hacer como si las leyera y les decía que eran perfectas.

Siempre había chicos que querían conversar y los de las unidades especiales —Boinas Verdes o paracaidistas— se mostraban especialmente bravucones. Hablaban orgullosos del adiestramiento, de lo difícil que había sido. Con el tiempo me di cuenta de que no intentaban impresionarme sino convencerse a sí mismos de que el entrenamiento les ayudaría. Tendrían que luchar y les habían contado cuál era la tasa media de mortalidad. Recuerdo que un Boina Azul de la fuerza aérea me dijo que lo habían entrenado para morir. Ni siquiera esperaba volver a casa. Pero la mayoría se mostraban bastante tranquilos. Nos pedían alcohol y les decíamos: «Si el ejército quisiera que tomarais alcohol, lo habrían puesto en el contrato». Después de la guerra muchos excombatientes me han dicho que les servían alcohol, pero no lo creo. Quizá las normas cambiaron más tarde, pero a veces la memoria de la gente funciona de forma extraña.

En la base aérea de Yokota, en Japón, se cambiaba de tripulación. Así que en aquella escala pasaba a otro avión con un grupo nuevo de chicos que llevaban doce horas en el avión. Teníamos que tantear el estado de ánimo general. Para entonces solían estar muy tranquilos. Eran cinco horas hasta Vietnam y otras cinco de vuelta, pero lo llamábamos «ida y vuelta rápida» porque apenas permanecíamos en tierra.

A veces nos escoltaban Phantoms F-4. De repente aparecían junto al extremo del ala, nos acompañaban hasta que el avión descendía y cuando aterrizábamos levantaban el vuelo. Era una imagen preciosa. Pero no nos escoltaban siempre, así que nos preguntábamos qué pasaría allí abajo para que aparecieran. Los chicos siempre nos preguntaban y nosotras les decíamos que los pilotos sólo querían alardear.

Recuerdo especialmente cuando llegábamos de noche. Se veían disparos que dejaban estelas de colores [proyectiles tratados químicamente para emitir un color al ser disparados]. Era tan inocente que no me daba cuenta de que se trataba de un combate. No recuerdo qué pensaba cuando los veía: quizá creía que eran prácticas de tiro o fuegos artificiales, quién sabe. Años después un excombatiente me dijo que se trataba de auténticos combates, que las llamaradas rojas eran las nuestras y las verdes las de ellos. Yo le pregunté: «¿Y quién diablos decide que los nuestros sean de un color y los enemigos de otro?».

A veces la sobrecargo nos pedía que la ayudáramos en la cabina. Yo lo hice varias veces. Había un trasportín justo detrás del capitán, con auriculares. En uno de mis primeros vuelos a Tan Son Nhut todavía estaban a cargo de la torre de control los vietnamitas y el piloto no siempre entendía su inglés. Nunca olvidaré al capitán volviéndose y preguntando: «¿Alguien ha entendido lo que ese tipo acaba de decir?». Y eso cuando estábamos a punto de aterrizar. En una ocasión iba sentada en el trasportín cuando explosionó un depósito de municiones frente a nosotros. La gente de tierra pensó que era nuestro avión el que había estallado.

La sobrecargo tenía que estar en lo alto de la escalerilla cuando los hombres bajaban del avión; pero cuando la cosa se alargaba pedía una voluntaria para la puerta trasera. Todo lo que había que hacer era estar allí de pie y despedirlos, pero nadie quería hacerlo. No es que me esté metiendo con las demás, pero muchas no se sentían capaces. Siempre era yo quien iba a la puerta trasera, y lo hacía bien.

Nunca les decía «adiós» ni «buena suerte»; les estrechaba la mano, les miraba a los ojos y les decía «hasta luego», o a veces «nos vemos dentro de doce meses». Lo que querían es que alguien les mirara a los ojos. En lo alto de la escalerilla quedaba el mundo y lo que les esperaba abajo era la guerra. Vi ojos llenos de miedo, algunos con auténtico terror. Y quizá suene absurdo, pero en algunos vi la propia muerte. En aquel momento, en lo alto de la escalerilla, yo era su esposa, su hermana y su novia, y para los que no tenían a

nadie —que eran muchos— era su madre. Es lo más importante que haya hecho nunca. No puedo imaginar nada más importante que darle una palmada de apoyo a un soldado que va a la guerra. Si estaba destinado a morir, lo que recibía era una despedida con la mejor sonrisa de «todo irá bien» que podía poner.

Creo que todas deseábamos retenerlos en el avión. Por eso algunas chicas se encerraban en el baño a llorar; no podían verlos marchar. Éramos muy conscientes de que los enviábamos a la guerra y de que algunos no volverían. Ahí reside mi culpa. He pasado mucho tiempo preguntándome si en lugar de distraerlos no debería haberles prevenido. Los excombatientes me han asegurado que no habría servido de nada. Imagina a una azafata diciéndoles: «¡Eh chicos, escuchad: esto va ser muy duro!». Durante mucho tiempo me he sentido culpable, pero todavía creo que es lo mejor que jamás he hecho, lo más solidario. Sólo pensaba que merecían que les despidiera alguien como de casa, manteniéndome allí de pie, tan fuerte como ellos.

Nunca expresábamos nuestras emociones frente a los soldados, pero cuando volvíamos a Japón bebíamos mucho. Sustituíamos el llanto por la bebida. Muchos chicos nos decían: «No tengo nadie con quien cartearme. ¿Me escribirías?». Se podía distinguir bastante bien quién te tomaba el pelo y quién no, así que mi compañera de habitación y yo escribíamos un montón de cartas. Cuando llegaba el último número de *Playboy* íbamos a una licorería local y comprábamos un suministro entero. Luego pasábamos toda la noche preparando las cartas para enviar un ejemplar a cada chico.

Lo primero que preguntábamos al llegar a Vietnam era: «¿Hay soldados para llevar de vuelta?». Si el avión llevaba ciento sesenta y cinco hombres y recogías a otros ciento sesenta y cinco, te podías engañar pensando que todos volverían a casa. Pero en el 66 y el 67 la guerra se recrudeció tanto que muchas veces regresábamos con el avión vacío. No podíamos decir otra cosa que «No todos vuelven a casa». Era como una bofetada en la cara. Si volvíamos de vacío el vuelo se te hacía insoportable. Éramos cinco azafatas y ni siquiera nos sentábamos juntas. Y cuando llegábamos a Japón bebíamos aún más.

He oído historias de chicos que dejaban Vietnam dando vítores, pero yo no recuerdo nada parecido. Cuando el avión despegaba podía ver el pasillo desde un asiento de la parte posterior. Se veía algún apretón de manos por encima de los asientos, pero en silencio. El capitán no tardaba mucho en anunciar: «Caballeros, acabamos de abandonar el espacio aéreo de Vietnam».

[Se le entrecorta la voz] Todavía me impresiona. Era como si todos los que íbamos en el avión pudiéramos empezar a respirar. Pero no se oían vítores.

En el trayecto de vuelta recorríamos el pasillo para ver quiénes querían hablar y a quiénes convenía dejar en paz. Simplemente comenzábamos preguntándoles: «¿De dónde eres?». Nunca les preguntábamos nada sobre lo que habían hecho en Vietnam, y no recuerdo que ninguno me hablara de eso. Recuerdo claramente que pensaba: estos chicos no vuelven a casa con su novia y a seguir reparando el Chevrolet del 55. Su juventud había desaparecido y era evidente. En el trayecto de vuelta a casa se les veía una mirada totalmente diferente.

Había chicos que me abordaban diciéndome: «Necesito hablar porque quiero practicar. Tengo miedo de empezar a decir palabrotas delante de mi madre al llegar a casa». Así que comenzaban a hablar y cada dos palabras decían un taco. Me quedaba inmutable. Simplemente decía: «No te preocupes, todo irá bien». «No —decían—, no me puedo imaginar sentado para cenar y que lo primero que me salga de la boca sea “joder” o “qué puta mierda”». Aquellos chicos habían crecido, igual que yo, en los años cincuenta. Íbamos a la iglesia, discerníamos entre el bien y el mal. Creo que en Vietnam hicieron cosas completamente opuestas a lo que se les había enseñado, y no me refiero al hecho de matar, sino a esas otras cosas que hacen los hombres en las guerras: beber, quizá drogarse, buscar mujeres. Así que no sólo tenían miedo de decir palabrotas delante de sus madres, tenían miedo de que ellas adivinaran todo lo que habían hecho en Vietnam. Creo que ésa es la razón por la que tantos veteranos callan y sólo hablan de la guerra con quienes también la vivieron.

Volvían a un mundo muy diferente, aunque sólo hubieran transcurrido doce meses. Durante el vuelo algunos chicos preguntaban: «¿Son muy duras las manifestaciones contra la guerra?». Es la pregunta más difícil que me hayan hecho en la vida. Les decía: «Sí, son duras». Solía haber manifestantes a las puertas de Travis, y yo les tenía que aconsejar, a aquellos chicos que volvían de servir a su país, que se quitaran el uniforme para no ser objeto de la ira de los manifestantes. No me gustaba el movimiento contra la guerra entonces y sigue sin gustarme ahora. Parecía cebarse más en los soldados que en los políticos: como si todos los soldados se hubieran reunido en un bar y hubieran decidido ir a cometer crímenes de guerra en Vietnam.

Llegaban tan pronto a casa que no les daba tiempo a adaptarse. Algunos habían dejado de combatir pocas horas antes de subir al avión. Antes de

servirles la comida nos asegurábamos de que todos estuvieran despiertos, y si teníamos que despertar a alguno lo hacíamos con mucho cuidado para que no saltara sobreexcitado y a la defensiva. Teníamos que sujetarlos hasta que se daban cuenta de dónde estaban. Sólo duraba un segundo y siempre sonreíamos. Ellos se disculpaban: «Perdone, señorita. No le he hecho daño, ¿verdad?». Tratábamos de quitarle importancia.

Cada vez que llegábamos a la base Travis de la fuerza aérea me sentía decepcionada. Había crecido con las películas de la segunda guerra mundial, en las que siempre había una banda para darles la bienvenida. En Travis no había nada parecido. Sólo estaba yo en lo alto de la escalerilla. Una nación desagradecida dejaba que una azafata de veintitrés años les diera la bienvenida a aquellos hombres, y aquél era todo su recibimiento.

En los noventa comenzó a ir a Washington el día de los veteranos. Lo más destacado de la fiesta es el baile organizado por los Veteranos de Vietnam. «Hay un montón de gente bailando un rock & roll *buenísimo, y por supuesto la última canción siempre es "We Got to Get Out of This Place" [Tenemos que salir de aquí]».*

11

«¿Pretendéis que inicie la tercera guerra mundial?».

La noche del 4 de agosto de 1964 el presidente Lyndon Johnson apareció en televisión con un anuncio de mal agüero: «A las agresiones terroristas contra aldeas pacíficas de Vietnam del Sur se ha sumado ahora una agresión abierta en alta mar contra Estados Unidos». Explicó que unas lanchas patrulleras de Vietnam del Norte habían torpedeado sin que mediara provocación alguna en el golfo de Tonkín, frente a las costas de Vietnam del Norte, dos destructores estadounidenses, el *Maddox* y el *Turner Joy*. Los bombarderos estadounidenses ya estaban atacando objetivos norvietnamitas como represalia. Unos días más tarde Johnson pidió al Congreso que aprobara una resolución que le diera el poder «para tomar cualquier medida que se haga precisa a fin de evitar cualquier ataque armado contra las fuerzas estadounidenses». La Resolución del Golfo de Tonkín fue aprobada de manera abrumadora; sólo se opusieron los senadores Wayne Morse y Ernest Gruening. Aunque no era una declaración de guerra, Johnson la empleó como un cheque en blanco para aumentar los compromisos militares estadounidenses en Vietnam. Muchos congresistas se arrepintieron más tarde de haber apoyado la resolución, entre ellos William Fulbright, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, que acabaría convirtiéndose en un destacado crítico de la guerra.

Lo que prácticamente ningún estadounidense sabía en aquel momento, ni siquiera el Congreso, era que el gobierno de Johnson había mentido sobre el incidente del golfo de Tonkín. Sin que mediara provocación alguna, Vietnam del Norte venía siendo objeto de operaciones militares estadounidenses secretas desde 1961. El *Maddox* y el *Turner Joy* no estaban navegando inocentemente por el golfo de Tonkín, como dio a entender Johnson, sino que estaban reuniendo electrónicamente información estratégica en conjunción con el Plan de Operaciones 34A, urdimbre de una serie de ataques encubiertos

contra islas y poblaciones costeras norvietnamitas[19]. Johnson también distorsionó la verdad cuando afirmó que las embarcaciones estadounidenses en el golfo habían recibido dos ataques distintos, el segundo de los cuales no fue confirmado y pronto se probó que no había ocurrido. Por último, no es cierto que la Casa Blanca presentara la Resolución del Golfo de Tonkín como reacción tras los hechos descritos por Johnson en televisión, sino que la había redactado dos meses antes, a la espera de cualquier acontecimiento que pudiera facilitar su aprobación. Johnson quería evitar una declaración de guerra formal y el intenso debate que traería aparejada.

Las elecciones presidenciales de 1964 fueron cruciales como contexto en el que se tomaron estas importantes decisiones. El candidato republicano Barry Goldwater había acusado a Johnson de acobardarse ante las intimidaciones comunistas y prometió que si ganaba guerrearía en Vietnam con una fuerza y determinación que Johnson no tenía. La respuesta del presidente al incidente del golfo de Tonkín fortaleció su figura frente a los ataques de Goldwater e hizo quedar a éste como un extremista peligroso que habría llevado a Estados Unidos a la tercera guerra mundial, mientras que Johnson podía proclamarse un hombre de paz. «No vamos a enviar a nuestros muchachos a quince mil kilómetros de casa para que hagan lo que los asiáticos deberían hacer por su cuenta», afirmó.

El «candidato de paz» de 1964 había sido un presidente de guerra desde noviembre de 1963, cuando el asesinato de Kennedy lo llevó al puesto. A principios de marzo de 1965, pocos meses después de su victoria sobre Goldwater, Johnson lanzó la Operación Trueno Arrollador, que consistía en un bombardeo continuado sobre Vietnam del Norte[20]. También desplegó dos batallones de combate de los marines en Danang, en el Sur, que fueron las primeras unidades de infantería estadounidenses que entraron en guerra. Al igual que la Resolución del Golfo de Tonkín, esas grandes escaladas en la guerra habían sido planeadas en secreto mucho antes de anunciarse, y Johnson, con el amparo que le ofrecía la nueva resolución, no tuvo que debatir la política de guerra en el Congreso.

Mientras tanto, Saigón se tambaleaba bajo una serie de golpes de Estado. Desde el asesinato de Ngo Dinh Diem en noviembre de 1963 había habido más de cinco cambios de gobierno en el plazo de un año. A principios de 1965 el embajador estadounidense Maxwell Taylor, desesperado, citó a un puñado de líderes survietnamitas y les regañó como a unos escolares: «¿Todos entendéis inglés? —preguntó—. Os lo he explicado claramente… Estados

Unidos está harto de golpes de Estado… Acabáis de provocar un desastre. No podremos seguir apoyándoos si hacéis cosas así».

Pero esas amenazas no contradecían la intensificación de la participación estadounidense en la guerra. En junio los enormes B-52 *Stratofortress* comenzaron a bombardear objetivos en Vietnam del Sur. Cada uno de ellos lanzaba hasta veintisiete toneladas de explosivos por misión. En julio Johnson anunció que iba a enviar otros cincuenta mil soldados a Vietnam. Lo que nunca explicó en público es que iba a seguir autorizando en secreto envíos adicionales de soldados, de forma que a finales de 1965 su número había aumentado hasta un total de doscientos mil hombres, además de dejar la puerta abierta para futuras escaladas.

A pesar de la evidente escalada de la guerra, Johnson —como todos los presidentes de la era Vietnam— solía hablar de ella como si se tratara de otro tipo de actividad: un ejercicio de «construcción nacional», o el «apoyo» a un aliado, o el cumplimiento de un «compromiso», o la búsqueda de paz. En abril de 1965, durante la primera escalada importante, dijo: «Ahora hay que hacer un esfuerzo mucho mayor para mejorar la vida de la gente en esa zona conflictiva del mundo». Comida, medicinas, electrificación rural: había que hacer llegar todo eso —aseguraba— al Sudeste Asiático.

Parte de la retórica de Johnson estaba destinada a convencer a los estadounidenses de que sus propósitos eran pacíficos, aunque durante su presidencia la guerra no hizo más que recrudecerse. Aun así, realmente le preocupaba que las acciones estadounidenses en Vietnam pudieran provocar una mayor confrontación con la Unión Soviética y China. Ésta fue la razón fundamental por la que rechazó las propuestas de los altos mandos militares de lanzar un ataque aéreo directo sobre Vietnam del Norte y movilizar a la reserva. Aprobó un aumento gradual del número de misiones para bombardear el norte, pero en 1965 las restringió a objetivos al sur del paralelo 20, lo que excluía las principales ciudades. Recordaba sin duda que cuando las tropas estadounidenses avanzaron hacia la frontera de Corea en 1950, el gobierno chino decidió enviar a la guerra a trescientos mil soldados de su ejército.

Durante los tres años siguientes Johnson aumentó el número de soldados estadounidenses en Vietnam del Sur hasta quinientos mil e intensificó la guerra aérea sobre Vietnam del Norte y del Sur, a lo que se sumaron los bombardeos sobre objetivos en Laos con el fin de evitar el desplazamiento hacia el sur de soldados y suministros norvietnamitas por la Ruta Ho Chi

Minh.

Durante aquellos años el gobierno estadounidense expresó una y otra vez su optimismo con respecto al triunfo final de Estados Unidos en Vietnam, aunque en privado Johnson expresara muchas más dudas de las que podría haber imaginado cualquier estadounidense. El 6 de marzo de 1965, poco después de enviar unidades de combate de los marines a Vietnam, le confesó al senador Richard Russell: «Supongo que no tenemos elección, pero me asusta hasta la médula… [el Vietcong] no se va a rendir. Estamos maniatados… y la situación empeora de día en día».

Johnson odiaba la guerra, que le restaba dinero y apoyos para las reformas sociales y económicas de su amada Gran Sociedad. El coste también era personal. Los estudiantes antibelicistas gritaban: «Eh, Johnson, ¿a cuántos niños has matado hoy?». Pero creía que la participación estadounidense en la guerra era inevitable aun en el caso, como temía, de que no se pudiera ganar. Creía que una retirada o un compromiso serían percibidos por la comunidad internacional como una muestra de cobardía y debilidad.

Sus esfuerzos se concentraban en la política nacional y lo esencial de su legislación tenía que ver con los derechos civiles y la «guerra contra la pobreza». No podía convencer al mundo, y quizá ni siquiera a sí mismo, de que su «maldita guerra» en Vietnam fuera una prolongación de la Gran Sociedad, una oportunidad para llevar la prosperidad a aldeas y poblaciones lejanas. Sea como sea, el caso es que fue aumentando la participación estadounidense en la guerra hasta que al final le hizo perder la presidencia.

JAMES THOMSON

«Era una forma loca y deshonesta de hacer política».

De niño vivió en Nankín, China, donde sus padres eran misioneros. Tras realizar estudios de historia y política asiática fue llamado a Washington en 1961 por el presidente Kennedy. Fue contratado como ayudante del subsecretario de Estado Chester Bowles y más tarde como asistente especial de McGeorge Bundy, el primer asesor de seguridad nacional del presidente Lyndon Johnson. Su trabajo en ese puesto, de 1964 al 1966, se concentró en la política de Vietnam.

En el piso superior de su casa de Cambridge, Massachusetts, Thomson mueve pilas de libros haciendo sitio para la entrevista. Es un hombre arrugado, con un aire de tristeza, que se mantiene a flote con un toque irónico irreprimible. Enciende un cigarrillo y su voz grave atraviesa la nube

de humo.

Poco después de ocupar mi puesto con McGeorge Bundy —en el verano de 1964— mi secretario me anunció que el coronel tal-y-tal había llegado con «el libro». Dije: «De acuerdo, hazle pasar». El coronel en cuestión entró, me saludó y dijo: «Señor, tenemos el cronograma para los próximos siete días, si el clima nos lo permite, y necesitamos la aprobación de la Casa Blanca».

Lo abrí. Era un mapa de Indochina: Laos, Vietnam del Norte, Vietnam del Sur y parte de Camboya. Una línea de puntos indicaba la trayectoria de algo.

—¿Y esto? —le pregunté.

—Lo habitual —me dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, una misión de *reco* armado —me aclaró.

—Sí, ya veo que aquí dice «*reco* armado». Mmm…

—Y éste es el recorrido que harán los aviones —me indicó.

Entonces le dije: «Coronel, ¿le importaría salir un minuto?». Llamé a Bromley Smith, que era desde siempre el secretario ejecutivo allí. «Bromley, el coronel ha venido con algo que dice hacer todas las semanas, pero que requiere la autorización de la Casa Blanca. Es para un *reco* armado. ¿Qué hago?».

Smith dijo: «Bueno, si te parece correcto fírmalo en nombre de Mac [Bundy]». Tragué saliva. El coronel volvió, firmé y tan pronto como se fue le pregunté a Bob Komer [asistente de Bundy] qué era un «*reco* armado». Me dijo: «Pues reconocimiento armado, ¿qué va a ser?». Y pensé: «Ah, reconocimiento. Eso debe significar tomar fotos». Supuse que «armado» quería decir que si alguien les atacaba podían responder. El coronel venía cada semana y me acostumbré a decirle: «Me parece bien; buen plan de vuelo». Todavía seguía pensando que se trataba de sacar fotos y de disparar sólo si eran atacados.

Me llevó bastante tiempo darme cuenta de que reconocimiento armado no sólo quería decir sacar fotos, sino disparar contra todo lo que pareciera sospechoso. Los aviones de reconocimiento armado sobrevolaban principalmente las dos zonas de Vietnam y Laos, sacaban fotos y disparaban contra lo que les parecía. Muchos meses después me di cuenta de que estaba autorizando matanzas sin saberlo y quedé perplejo.

Años más tarde un amigo ferozmente antibelicista, Jonathan Mirsky, profesor de Dartmouth, fue detenido junto con otros profesores y estudiantes por impedir el paso a un autobús de reclutas. En el juicio la defensa se basó en la ilegalidad de nuestras operaciones bélicas. Según mis amigos abogados, aquélla fue la única vez en la historia de la guerra de Vietnam que un juez permitió este tipo de testimonio. Yo declaré que efectivamente había aprobado todos aquellos planes de vuelo que formaban parte de una acción criminal y que por tanto la gente como Mirsky tenía derecho a la desobediencia civil. Al fin y al cabo, cuando se perpetraron aquellas acciones no estábamos en guerra.

En agosto de 1964, cuando sólo llevaba un mes en el Consejo Nacional de Seguridad, llegó un mensaje que decía: «Fuego de torpedos vietnamitas». Venía del [destructor] *Maddox*. Corrí hasta el despacho de Bob Komer y le pregunté: «Bob, ¿qué hacemos?». Era mediodía y me respondió con tranquilidad: «Jimmy, cuando ocurren este tipo de cosas los mayores asumen la responsabilidad. Tú y yo nos vamos a ir a comer».

Dos días después, durante el segundo «incidente del golfo de Tonkín», me llamaron de repente para que asistiera a una reunión de planificación política presidida por Walt Rostow. Normalmente iba Komer, pero en aquella ocasión no podía. Así que yo acudí en representación del Consejo Nacional de Seguridad. Aquella reunión presidida por Rostow tenía lugar en una gran sala de la séptima planta y había mucha gente. Al entrar oí a Rostow decir: «Lo más asombroso es que ni siquiera sabemos si eso ha ocurrido en realidad. Chicos, esto nos da la posibilidad de empezar de una vez a bombardear. No hay pruebas claras, pero nos ofrece una oportunidad de oro».

Quedé un poco desconcertado. Me sentía el nuevo de la clase. Cuando terminó volví corriendo adonde Komer, quien me preguntó cómo había ido. Se lo conté y me respondió: «Dios mío, tienes que tomar al toro por los cuernos y decirle a Walt que no mencione más lo de las pruebas».

Le dije: «Por favor, Robert. Soy nuevo aquí. Acabo de cumplir treinta años y es la primera vez que voy a una reunión con Rostow. ¿Quién soy yo para mandarle callar?».

«Bien, yo llamaré a Mac [Bundy]», dijo. Y lo siguiente que supe fue que Mac llamó a Walt para decirle que cerrara el pico. Como respuesta a algo que no había ocurrido o no estaba probado íbamos a emprender una agresión armada. Era una forma loca y deshonesta de hacer política.

Inmediatamente después de la arrolladora victoria de Johnson en 1964 me incorporé a la última fase de la planificación de la política que se aplicaría en Vietnam tras las elecciones. Estaba cada vez más sorprendido e impresionado por lo que escuchaba. Parecía quedar descartado cualquier tipo de negociación, cualquier opción de retirada gradual, de neutralización, de conferencia internacional, todas las posibilidades alternativas, y por el contrario aumentaban a paso lento pero constante la escalada de la guerra y los bombardeos aéreos sobre posiciones enemigas en el norte y en el sur.

La primera semana de diciembre de 1964 Mac Bundy me llamó para que fuera a su oficina y me dijo: «James, quiero que te sientes en ese sofá, abras esta carpeta y leas lo que hay en ella. Tómate el tiempo que sea necesario. Léelo atentamente y dime qué piensas». Allí aparecía punto por punto la opción que habían elegido: una lenta escalada de bombardeos sistemáticos que doblegarían al enemigo.

Le dije: «Mira, sé muy poco sobre armamento de guerra. El último avión que puedo reconocer es el P-38 que utilizamos durante la segunda guerra mundial. Pero sí sé que, hagamos lo que hagamos, aunque los bombardeemos hasta hacerlos retroceder a la edad de piedra y destruyamos todo lo que han construido, están dispuestos a esperar, y saben que sabemos que algún día nos iremos. Así que a pesar de mi falta de conocimientos creo que es una locura cuando tenemos una gran oportunidad para retirarnos discretamente».

Después de una larga pausa, Mac me dijo por fin: «Bien, James, puede que estés en lo cierto. Gracias por echarle un vistazo». Estas palabras me hicieron, para bien o para mal, seguir trabajando con él. Podía oír distintas opiniones siempre y cuando uno no las proclamara en voz alta o las difundiera por los pasillos. Pero Johnson sólo consideraba posible una opción: el término medio «razonable». Me pareció un fraude, y cuanto más leo más convencido estoy de que el problema fue el presidente. Yo creía que eran sus asesores, pero en realidad lo que más influía sobre él era el temor irreprimible a convertirse en el presidente que había perdido una guerra, y era imposible convencerlo, además de estar rodeado de gente incapaz de hacerle frente.

SETH TILLMAN

«Podemos parar esta guerra mañana mismo».

En 1961, con veintinueve años, Seth Tillman tenía un doctorado por la Escuela Fletcher de Derecho y Diplomacia y fue contratado por el senador J. William Fulbright, demócrata por Arkansas y presidente del Comité de

Relaciones Exteriores del Senado. Tillman, que trabajó en ese comité hasta 1977, preparó muchos de los discursos de Fulbright y le ayudó a escribir varios libros, incluido La arrogancia del poder.

«Fulbright era fundamentalmente un conservador pero me atraía porque tenía una mente libre y se interesaba por todo tipo de ideas, ya fueran familiares o extrañas, convencionales o atípicas e incluso escandalosas». A mediados de los sesenta Fulbright se convirtió en una de las voces más críticas del Senado con respecto a la guerra de Vietnam. En enero de 1966 comenzó a aparecer en televisión tratando el tema de la guerra. El presidente Johnson, enfurecido con su disidencia, comenzó a referirse a él como el «senador Halfbright[21]*» y «vieja frustrada».*

En 1964 la perspectiva de Fulbright sobre la guerra de Vietnam era bastante convencional. Estaba mucho más interesado por otros asuntos. La Resolución del Golfo de Tonkín marcó un hito. Como presidente del Comité de Relaciones Exteriores le pidieron que consiguiera la aprobación de la Resolución por el Comité y el Senado, cosa que hizo de buena gana, casi con entusiasmo. Recuerdo las declaraciones de los secretarios de Estado Dean Rusk y de Defensa Robert McNamara ante el Comité. Mostraron el incidente del golfo de Tonkín como un ataque inconfundible e injustificado de las lanchas torpederas norvietnamitas contra el *Maddox* y el *Turner Joy*. Nadie lo puso en duda ni les preguntó. El ambiente de confianza era tal que si el gobierno de Johnson y sus principales representantes decían que había ocurrido así, así debía de haber sido.

Tiempo después Fulbright admitió que no quería ofrecer a Goldwater [candidato a la presidencia] ningún tipo de munición política que pudiera utilizar contra Johnson. Le preocupaba realmente que a Goldwater, a quien consideraba peligroso e irresponsable, se le presentara una buena oportunidad para derrotar a Johnson en las elecciones de 1964. Goldwater profería amenazas grandilocuentes de talar la selva de Vietnam, bombardearlo e iniciar una gran guerra; en definitiva, lo que acabó haciendo el propio Johnson. Fulbright pensó que la Resolución le ayudaría a mostrar una imagen lo suficientemente dura ante las agresiones comunistas, y ninguno de nosotros, y menos aún yo que escribí su discurso de apoyo a la Resolución, aconsejó otra cosa.

Luego se arrepentiría de no haber aceptado una enmienda ofrecida por el senador Gaylord Nelson, demócrata por Wisconsin, según la cual la Resolución no debía ser entendida como una autorización para la guerra.

Fulbright no quería recargarla y deseaba una firme declaración de apoyo unánime al presidente tras la supuesta provocación.

Más adelante, cuando tuvimos pruebas fehacientes de que nos habían engañado, Fulbright se sintió muy dolido. Se convirtió en una persona sumamente escéptica. Durante el resto de su vida nunca volvió a estar seguro de si le decían la verdad o le mentían. Necesitaba pruebas.

El año y medio que siguió al incidente del golfo de Tonkín fue decisivo para que Fulbright se decidiera a mostrar su desacuerdo en público, ya que al principio prefería ser discreto y trataba de influir en privado y confidencialmente sobre Johnson para que no incrementara la participación en la guerra. Éste siempre se mostraba, según su estilo, muy receptivo. Solía decirle, poniéndole la mano sobre el hombro: «Aprecio tu consejo, Bill». Pero Fulbright se dio cuenta de que en realidad nadie le hacía caso. El 5 de abril de 1965 escribió un informe a Johnson en el que no sólo afirmaba rotundamente que debíamos retirarnos de Vietnam, sino que, según su criterio, no había ninguna razón sustancial para que no pudiéramos aceptar un Vietnam unificado y comunista, con la esperanza de promover un gobierno titista [refiriéndose al gobierno comunista de Yugoslavia liderado por el mariscal Josip Broz, «Tito», no sometido al control soviético].

Aunque había oído decir que Johnson ridiculizaba ese informe, nunca le conté a Fulbright aquel chisme tan desagradable; no quería envenenar el ambiente. Pero ni Fulbright ni quienes estábamos con él podíamos apreciar hasta dónde llegaba la manipulación política, y es que Johnson era un maestro en esas lides.

Creo que en el Congreso había mucha desconfianza sobre la guerra e iba en aumento, pero el sentido común aconsejaba andar con mucho cuidado con Lyndon Johnson, ya que una crítica abierta podía enfurecerlo y hacer que el resultado fuera el opuesto al deseado. Fulbright se percató de que muchos de los miembros del Senado y de la Casa Blanca que criticaban al presidente a distancia solían mostrarse absolutamente respetuosos en su presencia. Y cuando pasó a formar parte de la oposición pública, se convirtió en algo peor que un enemigo; para Johnson era un traidor, un amigo que lo había abandonado.

Lo que realmente indujo a Fulbright a oponerse públicamente a la guerra fue la intervención de Estados Unidos en la República Dominicana en abril de 1965, a raíz de la cual se produjeron varias sesiones a puerta cerrada que para

su satisfacción y la de muchos otros miembros del Comité de Relaciones Exteriores demostraron que el gobierno de Johnson había distorsionado drásticamente los hechos y el motivo de la intervención. El argumento de que había vidas estadounidenses en peligro era falso; no las había hasta que enviamos a los marines. La intervención se debió al terror a que se multiplicara el ejemplo de Castro. El Comité criticó muy duramente la intervención, pero sus miembros eran reacios a hacer nada al respecto; no querían una confrontación directa con Lyndon Johnson. Así que la cosa se redujo a «¿qué debía hacer Fulbright, el presidente del Comité? ¿Debía escribir otro informe confidencial para el presidente, o hacerlo público?». El Comité se dividió. El principal defensor de mantenerlo en secreto era Lee Williams, uno de los dos únicos asistentes que Fulbright tuvo en treinta y dos años. Se opuso enérgicamente a llevar el tema a la esfera pública. Casi puedo escuchar sus palabras: «No haga tal cosa. Puedo entender a Johnson. Jamás le perdonará. Destruirá cualquier atisbo de influencia que haya esperado tener». Del otro lado dos de nosotros le decíamos: «Creemos que como presidente del Comité tiene la obligación de informar a la opinión pública». Pues bien, decidió hacerlo público y el 15 de septiembre de 1965 pronunció un discurso cuyas consecuencias fueron las que Lee había predicho. Johnson enfureció, y borró a Fulbright de la lista de invitados a la Casa Blanca. No volvieron a mantener una relación privada. Johnson nunca le perdonó. Se lo tomaba todo en plan personal. En cuanto a Fulbright, mantuvo una actitud casi ingenua. Pensó que Johnson había cometido un error y que lo corregiría, que cuando se cometen errores es de agradecer que te llamen la atención. No entendía por qué Johnson se lo tomaba como algo personal, ya que él no era personalmente hostil a Johnson. Fulbright era un hombre mucho más seguro y podía soportar mucho mejor la crítica.

Tras la intervención en la República Dominicana ya no cabía pensar en la persuasión en privado, por lo que Fulbright comenzó en enero de 1966 a convocar audiencias públicas del Comité sobre la guerra de Vietnam. Sentía un desagrado visceral hacia el ejército, el pensamiento militar y el uso de la fuerza. Su mayor entusiasmo y afecto estaba en las becas que llevaban su nombre; amaba aquel programa y se lo tomaba muy en serio. Viajé a Europa con él y con un número considerable de congresistas y senadores, parte de los cuales pensaban ir a Nápoles a visitar el *Forrestal*, un gran portaaviones estadounidense que iluminaron como el puente de Brooklyn para la ocasión. Le pregunté si quería ir, en parte porque a mí sí me interesaba, y me respondió: «No, prefiero ir al centro binacional a visitar a algunos

estudiantes». Aquél era el auténtico Fulbright. «Esos tipos del *Forrestal* no saben dónde está el verdadero poder», añadió. Puede que fuera ingenuo, pero no un farsante.

El Congreso podría haber parado la guerra. Como dijo el propio Fulbright en varias ocasiones, «si estuviéramos dispuestos a asumir la responsabilidad, podríamos parar esta guerra mañana mismo». También llegó a decir: «No sé por qué nos quejamos tanto del presidente; podríamos hacerlo nosotros». Pero sabía que nunca podría alcanzar la mayoría. Dentro del Comité de Relaciones Exteriores era bastante persuasivo, pero no sabía —ni le gustaba— forzar a nadie. No presionaba a sus colegas ni admitía que nadie tratara de presionarle. Carecía de habilidad para que sus propuestas fueran aprobadas en el Senado. Su idea de cómo lograrlo se basaba en el discurso, en explicarlas con detalle, tan clara y lógicamente como fuera posible, y confiar en que los demás prestaran atención.

Estaba profundamente preocupado por lo que pasaba en Vietnam. Aguantaba hora tras hora las interminables audiencias sobre la guerra, sin levantarse ni interrumpir nunca la sesión; era incansable. Ningún otro senador se involucraba tanto. Y simpatizaba con el movimiento contra la guerra; recibía a los estudiantes que protestaban, hablaba con ellos muy respetuosamente sobre lo que estaban haciendo. Cuando John Kerry, ahora senador por Massachusetts, lideraba a los Veteranos de Vietnam Contra la Guerra, hicieron una acampada frente al Capitolio. Fulbright nos pidió que uno de nosotros bajara hasta allí e invitara a Kerry para que testificara ante al Comité, cosa que hizo. Pero nunca se involucró personalmente. En una ocasión traté de persuadirle para que participara en un gran mitin en el Madison Square Garden, pero ése no era su estilo.

CHARLES COOPER

«Repetía la palabra “joder” más profusamente que un marine en un campo de entrenamiento».

Se crió en el delta del Misisipi; de joven, con 86 kilos, era uno de los encargados del placaje en el equipo de fútbol americano Ole Miss. En 1946 entró en la Academia Naval. «Nunca me he arrepentido de hacerme marine. Encontré algo en lo que era bueno. Podía patear el culo a la gente o tomarles el nombre sin que nadie se enojara. Ése es el secreto del liderazgo». Cuando se retiró del ejército en 1985 como teniente general era el tercer marine de mayor rango en el país.

En 1965, tras alcanzar el grado de comandante con treinta y siete años,

comenzó a trabajar como ayudante del almirante David L. McDonald, miembro de la Junta de Jefes de Estado Mayor. Le pidieron que preparara un mapa que Johnson utilizaría en una sesión informativa. A principios de noviembre se reunió con el presidente en el Despacho Oval. «Era un caballete con orejas».

Bajé a un pequeño taller en el sótano del Pentágono y pegué el mapa sobre un contrachapado de dos centímetros de grueso. Lo limpié con acetona y puse una bandejita en la parte inferior para los lápices de cera. Llamé a la Casa Blanca y dije: «Ya lo tenemos a punto; ¿podéis conseguir un caballete?». Claro, sin problemas.

Nos condujeron a una salita justo enfrente del Despacho Oval. El almirante me pidió que esperara fuera. A las dos en punto el Despacho Oval se abrió y allí estaba Lyndon Baines Johnson. Pidió a los jefes que entraran y miré por encima de su hombro buscando dónde podía estar el caballete, pero no lo veía. Mientras miraba, Johnson me dijo: «Pase, comandante. Puede permanecer de pie ahí mismo». Allí estaba de pie, sosteniendo aquel maldito mapa con todo su peso. De haberlo sabido habría utilizado contrachapado fino.

Johnson no nos invitó a sentarnos, sino que nos llevó cerca de un gran ventanal y comenzó a alinearnos. Yo estaba allí en medio, sosteniendo el mapa. Entonces dijo: «Bien, me agrada tenerlos aquí. Son muy amables al venir a informarme». Me parecía un poco untuoso —ése era el término que utilizábamos en la Academia Naval para la gente demasiado zalamera—, pero de repente se puso serio y dijo: «Bueno, ¿cómo lo ven ustedes?».

El general Wheeler, presidente de la Junta, dijo: «Señor presidente, somos totalmente conscientes de que lo que le vamos a pedir hoy requiere una decisión muy importante por su parte». Lo que le explicó a continuación fue esencialmente algo así como: «Estamos muy preocupados por la dirección que está tomando la guerra. No queremos enviar a una generación de jóvenes norteamericanos a enfrentarse a infinitas tropas asiáticas. Creemos que podemos terminar esta guerra más rápidamente aplastando al enemigo con armamento naval y aéreo». La idea básica era que teníamos que utilizar nuestra fuerza principal para castigar a Vietnam del Norte si no queríamos vernos envueltos en otra prolongada guerra terrestre en Asia sin solución concluyente. Wheeler proponía minar el puerto de Haiphong, bloquear el resto de la costa vietnamita y comenzar simultáneamente un bombardeo continuo de los B-52 sobre Hanoi. Suponía que si intensificábamos el castigo

los norvietnamitas acabarían pidiendo la paz. Johnson le interrumpió para decir: «Así que lo que proponen es aislarlos, impedir que reciban refuerzos y bombardearlos hasta devolverlos a la Edad de Piedra».

El jefe de la fuerza aérea, McConnell, dijo: «Bueno, no es exactamente así, pero hay que castigarlos». Cuando acabó el informe, Johnson se dirigió a los jefes del ejército y de los marines, que habían permanecido en silencio, y les preguntó: «¿Apoyan ustedes también esas ideas?». Ambos generales dijeron que estaban completamente de acuerdo.

En aquel preciso instante Johnson estalló. Casi se me cayó el mapa. Comenzó a maldecir. No hacía más que lanzar palabrotas, algo así como: «¡Malditos y jodidos cabrones! ¿Estáis intentado que inicie la tercera guerra mundial con las estupideces de mierda de vuestra sabiduría militar?». Insultó a cada uno de ellos individualmente: «¡Tú, alelado de mierda! ¿Esperas que me crea toda esa basura? Llevo el peso del mundo libre sobre mis espaldas, ¿y pretendéis que inicie la tercera guerra mundial?».

Les llamó imbéciles y gilipollas presuntuosos y utilizó la palabra «joder» más profusamente que un marine en un campo de entrenamiento. Realmente los maltrató y los maldijo. Luego paró y volvió a hablar con voz calmada, como si hubiese terminado de interpretar su papel, diciendo:

«Voy a preguntaros algo y quiero que me deis una respuesta. Imaginaos en la presidencia de Estados Unidos y que cinco incompetentes llegan a vuestro despacho y tratan de convenceros de que empecéis la tercera guerra mundial. Me gustaría ver qué agallas tenéis cuando todo el condenado mundo ponga el grito en el cielo. ¿Qué haríais?». No se oía ni un suspiro. Al final se volvió hacia Wheeler y le exigió una respuesta.

El general Wheeler dijo: «Señor presidente, se ve claramente que le hemos enojado». Aquellos paños calientes podían optar al cuadro de honor. Luego añadió algo así como: «Hay muchas cosas sobre la presidencia que sólo un ser humano puede entender. Usted, señor presidente, es ese ser humano. Teniendo eso presente, no puedo ponerme en su lugar, pensar lo que usted piensa, saber todo lo que usted sabe, y decirle qué haría si fuera usted. No puedo hacerlo, señor presidente. Nadie puede hacerlo. Será su decisión y sólo suya».

Johnson recorrió la fila y todos parecían estar de acuerdo con las palabras de Wheeler. Entonces él volvió a entrar en erupción: «Los riesgos son altísimos. Malditos cabrones, ¿cómo podéis ignorar lo que haría China?

Habéis contaminado mi oficina, imbéciles. Largaos de aquí inmediatamente». Sé que los recuerdos se debilitan con el tiempo, pero éste no es el caso. Mi recuerdo de Johnson aquel día es tan claro como el agua.

Los jefes de Estado Mayor estaban convencidos de que podrían vender su plan al presidente. Habían preparado esforzadamente aquella reunión. Creo que Johnson había tomado ya una decisión mucho antes de que llegaran y que se mostraba tan desabrido para abortar de la forma más tajante el plan. Cuando volví al coche con el almirante McDonald me dijo: «Nunca en la vida imaginé que iba a pasar por algo tan horrible como lo que acaba usted de presenciar, semejante bronca del presidente de Estados Unidos a sus cinco principales asesores militares». Estaba hundido.

Durante tres o cuatro días consideraron seriamente una dimisión colectiva de todos ellos. Creo que la razón por la que no lo hicieron fue porque estábamos en guerra y no querían ser considerados unos traidores que abandonan la lucha frente al enemigo. Aunque he pasado por situaciones tan duras como aquélla nunca podría haber hecho lo que ellos hicieron.

WALT WHITMAN ROSTOW

«Tomar la ciudad norvietnamita de Vinh como rehén».

Fue uno de los principales halcones tanto en el gobierno de Kennedy como en el de Johnson, un defensor entusiasta y persistente de la escalada militar estadounidense. Durante la segunda guerra mundial, siendo un joven oficial, seleccionó objetivos para bombardear en Europa y esa experiencia le dio confianza en la efectividad de la fuerza aérea. Durante la década de 1950 fue incluso más drástico como economista del Massachusetts Institute of Technology con respecto a la capacidad de Estados Unidos para derrotar al comunismo mediante el apoyo a la «modernización» capitalista en países del Tercer Mundo. Fue su aliento a esa idea lo que atrajo la atención de John Kennedy cuando era senador y lo que más tarde le valió un puesto en el Departamento de Estado durante su presidencia. De 1966 a 1968 fue asesor de seguridad nacional del presidente Johnson.

Mientras que muchos de sus colegas se mostraban cada vez más pesimistas con respecto a Vietnam, Rostow se mantuvo decididamente optimista. En 1967 el periódico Atlantic Monthly *publicó una sátira maliciosa sobre Rostow, escrita por su antiguo colega James Thomson. Cuando el personaje bajo el que aparece Rostow —«Herman Melville Breslau»— recibe la noticia de que Saigón ha caído en manos del Vietcong,*

insiste en que sólo se trata de «una fase sana y esperada del desarrollo de Vietnam del Sur hacia la madurez política y la viabilidad económica». La convicción apasionada de Rostow de que el comunismo tenía un apoyo insignificante quedó plasmada de modo memorable en el documental de Peter Davis Hearts and Minds *(1974) cuando dice: «No creo que [Ho Chi Minh] saliera elegido ni como lacero en Vietnam del Sur».*

En 1969 Rostow volvió a la vida académica en la Universidad de Texas, donde a sus ochenta y cuatro años sigue impartiendo clases. «No me acosa el recuerdo de Vietnam, aunque haya tenido que responder a muchas preguntas. También he escrito muchos libros sobre otros temas».

Excepto para los que creen que lo mejor que ha ocurrido jamás es la marcha hasta el Pentágono de 1967, lo que suelen opinar hoy día los estadounidenses es: Bueno, la guerra de Vietnam pudo ser un caos espantoso, pero al menos sirvió para poner freno a la expansión del comunismo.

Mi esposa oyó hace poco a Ken Galbraith [economista retirado de Harvard] decir que Lyndon Johnson fue un presidente mucho más respetable de lo que la gente cree, excepto en lo que se refiere a Vietnam. Ella no estaba de acuerdo y le respondió: Mire, emprendimos la defensa de la independencia de Vietnam del Sur con el mismo espíritu que la Nueva Frontera y la Gran Sociedad. Y fue realmente así. Veíamos que los survietnamitas trataban de construir una democracia en su país. Queríamos ayudarles y lo hicimos. Incluso llevamos gente allí para que les enseñaran cómo montar un criadero de pollos moderno.

Yo sentía gran simpatía por los survietnamitas y lo mismo le pasaba a Johnson. Los veía desamparados, sometidos al ataque de rusos y chinos. Así que emprendió una cruzada idealista, a la que se sumaba la percepción de que teníamos que aplicar en el Sudeste Asiático la misma disuasión que en el Nordeste con la guerra de Corea. Formaba parte de la estrategia global de disuasión para mantener las posiciones.

Yo estaba seguro de que no podríamos ganar la guerra a no ser que cortáramos la Ruta Ho Chi Minh. Eso nos habría fortalecido. En lugar de librar una guerra de desgaste en Vietnam del Sur, tendríamos que haber intervenido en Laos para bloquear los suministros cruciales que venían por la Ruta Ho Chi Minh. Eso habría obligado a las tropas vietnamitas a luchar contra nuestra principal fuerza organizada en lugar de esquivarnos con tácticas de golpe y fuga. La lógica de mi propuesta era obligarles a luchar con

nuestras mismas armas.

Para nosotros habría sido fácil. Suponía que necesitaríamos dos divisiones reforzadas con artillería pesada y bombardeos intensivos. La Ruta Ho Chi Minh tenía varios puntos de entrada pero estaba localizada en una zona limitada. Las fuerzas estadounidenses podrían haber entrado en Laos por el paralelo 18. Allí no vivía nadie, así que no había que matar a ningún civil. Toda aquella zona podría haber sido bombardeada. Podríamos haber realizado cuantos ataques aéreos fueran necesarios, como hicimos durante la segunda guerra mundial destruyendo mediante bombardeos estratégicos la industria aeronáutica alemana y las instalaciones de producción de combustible.

Si hubiéramos cortado la Ruta no nos habría costado mucho ganar la guerra, porque todos los suministros llegaban del norte. El Vietcong no producía nada por sí mismo: ni siquiera el programa nocturno de los sábados. Todos los suministros y guerrilleros llegaban de fuera. De haberlo hecho así habríamos acabado a la vez con los comunistas de Camboya, Laos y Vietnam del Sur. La resistencia contra el gobierno del Sur podía ser perfectamente controlada si se aislaba del Norte.

Además de bloquear la Ruta, propuse tomar la ciudad norvietnamita de Vinh como rehén. Podíamos hacerlo mediante un ataque anfibio desde la costa. Entonces le habríamos dicho a Ho Chi Minh: «Largaos de Camboya y de Vietnam del Sur o nos quedaremos en Vinh hasta que lo hagáis».

El 27 de abril de 1967 presenté formalmente estas recomendaciones en una reunión con el presidente, la Junta de Jefes de Estado Mayor y los Secretarios Rusk y McNamara. Antes de aquello sólo había hablado una vez con el consejo de gobierno. Normalmente le exponía mis puntos de vista a Johnson en privado, pero estaba muy convencido de mi plan y no me sentía cohibido, así que sin dudarlo les mostré en el mapa dónde debíamos cortar la Ruta y cómo debíamos tomar Vinh.

Johnson rechazó mi propuesta. Creía que debían mantenerse las reglas que asumimos cuando comenzó la guerra y no atravesar la frontera survietnamita por tierra. Tanto él como el secretario de Estado Rusk tenían muy presente la entrada de China en la guerra de Corea. Temían que enviar tropas terrestres a Vietnam del Norte o Laos llevara a China directamente a la guerra. A mí me parecía una analogía falsa. En Corea EE. UU. fue directamente contra Manchuria, una zona extremadamente sensible, pero yo pretendía que nos acercáramos a menos de quinientos kilómetros de la frontera china. Además,

los vietnamitas tampoco querían que los chinos intervinieran directamente. Tenían una larga historia de hostilidades con ellos que pronto se hizo evidente.

Sopesando las cosas racionalmente cabía asegurar que los norvietnamitas no habrían podido responder si hubiéramos cortado la Ruta Ho Chi Minh. Pero hay que comprender que en aquel momento toda la cuestión de la guerra nuclear era una carga enorme, más de lo que cualquier mortal hubiera podido soportar. Johnson pensaba que tendría que hacer frente a dos potencias nucleares, China y la Unión Soviética. Decía una y otra vez que la única alternativa a su plan era una guerra a gran escala, posiblemente nuclear. Pensando en Estados Unidos y en la humanidad entera creía que no tenía derecho a desatar una guerra de esas características y eso explica que decidiera atenerse a las reglas implícitamente establecidas.

No estaba de acuerdo con él, pero el pueblo estadounidense no me había elegido a mí. El desgaste era una manera fatal de librar una guerra, pero todavía pensaba que tendríamos buena suerte y ganaríamos. Fuimos mejorando gradualmente desde 1965 a 1967. Mil novecientos sesenta y seis fue un año de marcado progreso para nosotros, pero la opinión pública se mostraba inquieta e impaciente.

Hasta la Ofensiva Tet en 1968 la mayoría de la población estadounidense era partidaria de la línea dura, de utilizar toda la fuerza contra Vietnam del Norte; pero tras la Ofensiva Tet hasta los más duros dijeron: «Al diablo con todo». Lo que les desanimó fue que no reaccionáramos ante lo del Tet, que no aprovecháramos nuestra victoria. Fue una tremenda debacle para el ejército norvietnamita y un gran espaldarazo para el recién constituido gobierno survietnamita; pero nos quedamos anclados en las reglas que asumimos cuando empezó la guerra y sólo reaccionamos en el sur.

Cuando Nixon viajó a China en 1972 los halcones pensaron: «Bueno, si estamos haciendo amistad con los chinos, ¿por qué diablos tenemos que padecer toda esa miseria en Vietnam?». Ya que para eso era precisamente, pensaban muchos, para lo que estábamos allí, para mantener alejados a los chinos.

Justo antes de morir, en 1973, Johnson me llamó por teléfono y me dijo: «Los historiadores discutirán si he empleado demasiada fuerza o demasiado poca contra Vietnam del Norte, pero yo he llegado a la conclusión de que fue insuficiente». Lo mismo le dijo al coronel Jim Cross que pilotaba el *Air Force*

One. Creo que antes de morir les quería decir eso a dos de sus familiares partidarios de la línea dura.

Lo que hizo Lyndon Johnson nos costó quizá más de lo debido, pero salvó al Sudeste Asiático y hoy día mantenemos el equilibrio de poder en Asia. La guerra de Vietnam fue parte del largo y duro proceso que acabó haciendo tirar la toalla a los rusos.

En 1971 Nixon hizo algo parecido a lo que Rostow había recomendado en 1967. Envió dos divisiones survietnamitas a Laos para cortar la Ruta Ho Chi Minh. Fueron derrotadas. «Fue una caricatura de lo que yo quería hacer. Las divisiones survietnamitas eran más pequeñas que las nuestras y por alguna razón no tuvimos todo el apoyo de la artillería y de la fuerza aérea estadounidenses. Les encomendaron una misión imposible. Los norvietnamitas reaccionaron como yo había imaginado. Les lanzaron encima todas sus divisiones y los barrieron».

12

Las Tierras Altas de Annam

En Vietnam había que ganar políticamente la guerra para ganarla militarmente. El criterio real para evaluar el éxito en la guerra no era quién matara a más combatientes enemigos o quién controlara más territorio, sino quién tuviera más legitimidad política y moral a ojos de los ciudadanos vietnamitas corrientes. En el fondo, los comunistas vencieron porque se ganaron la confianza de un mayor número de partidarios que el régimen de Saigón apoyado por Estados Unidos.

Dicho esto, también hay que reconocer que la orografía y la geografía de Vietnam fueron decisivas para la supervivencia y la efectividad militar del Vietcong y del ejército norvietnamita. Las vastas extensiones de densa jungla, las formidables montañas y las húmedas y exuberantes tierras bajas proporcionaban tanta protección como se pudiera desear frente al enorme arsenal y la movilidad aerotransportada de las tropas estadounidenses. En los remotos y casi invisibles reductos que ofrecía la naturaleza, las fuerzas comunistas podían descansar, reagruparse, curar a sus heridos y preparar nuevas operaciones militares.

Uno de los terrenos más difíciles para la guerra en Vietnam del Sur era el de las Tierras Altas de Annam, desde la localidad de Ben Me Thout, a unos 160 kilómetros al nordeste de Saigón, hacia el norte por Pleiku, Kontum y Dak To, donde se unen a la cordillera de Truong Son, que separa Laos de Vietnam del Norte. En esa región, formada por escabrosas montañas habitualmente cubiertas de niebla, barrancos profundos, mesetas escondidas y una selva densísima, vivía el 5 por 100 de los 17 millones de habitantes del Sur. Pero a mediados de la década de 1960 también se convirtió en hogar de miles de soldados norvietnamitas que se desplazaban hacia el sur por la Ruta Ho Chi Minh tras seguir uno de los muchos senderos que llevaban a las Tierras Altas.

Uno de los axiomas del ejército norvietnamita era que controlar aquella región suponía controlar todo el país. En 1964 los mandos norvietnamitas comenzaron a planificar para octubre de 1965 una ofensiva con ese fin, que les permitiría partir en dos Vietnam del Sur y aplastar al Ejército de la República de Vietnam (ERV). Cuando se acercaba la fecha prevista, aun siendo conscientes de que Estados Unidos había desplegado dos divisiones en las Tierras Altas —la 173.ª aerotransportada y la 1.ª de Caballería—, los norvietnamitas decidieron mantener el plan previsto y medir sus fuerzas contra las estadounidenses.

El despliegue de la 1.ª División de Caballería en las Tierras Altas dio lugar a una gran fanfarria en la prensa estadounidense sobre los cientos de lustrosos helicópteros de nueva factura que la formaban, habiendo sustituido los caballos por «aves». La revista *Time* alardeaba: «El Primer Grupo, liberado por los helicópteros de la tiranía del terreno, puede desplazarse a voluntad, sin importar los puentes volados, los obstáculos del camino, las crecidas de los ríos y las selvas montañosas, para golpear al Vietcong desde el extremo norte de la nación hasta el delta».

En noviembre de 1965 el general William Westmoreland, comandante de las fuerzas estadounidenses en Vietnam, ordenó a la 1.ª División de Caballería localizar y destruir tres regimientos norvietnamitas en el valle del río Ia Drang, al oeste de Pleiku. Se inició así un mes de intensos combates, en el primer choque importante de las fuerzas estadounidenses con grandes unidades del Ejército Popular de Vietnam. En escala y duración fue una de las campañas más largas y convencionales de la guerra. Aunque los helicópteros desempeñaron un papel crucial en el transporte de la infantería al campo de batalla, el rescate de los heridos y el relevo de las unidades, el terreno siguió teniendo importancia, y no pudieron evitar que las unidades de infantería estadounidenses cayeran en prolongadas y devastadoras emboscadas.

Quizá el aspecto más sorprendente de la batalla de Ia Drang desde la perspectiva del mando estadounidense fue la voluntad de combate de las tropas enemigas, capaces de mantener el contacto durante días. Hasta aquel momento sólo se habían producido breves escaramuzas entre unidades pequeñas, en una guerra fundamentalmente de guerrillas, francotiradores y fugaces emboscadas. La mayoría de las patrullas volvían con las manos vacías y los mandos estadounidenses se desesperaban al no hallar grandes tropas enemigas con las que combatir. Por eso, cuando cientos de soldados norvietnamitas se concentraron junto al Ia Drang, Westmoreland creyó que

había llegado su oportunidad, al decidirse al parecer el enemigo a luchar en términos favorables para los estadounidenses, que podrían ahora desplegar todo su poder: aviones de caza, artillería, helicópteros de combate y bombarderos B-52.

Tras un mes de combate en Ia Drang las tropas estadounidenses habían sufrido las peores bajas hasta entonces, con más de trescientos muertos, pero sus mandos proclamaban haber matado a más de tres mil soldados enemigos. El general Westmoreland se felicitó por la victoria y la entendió como una confirmación de que podía ganar la guerra machacando a los comunistas en una guerra de desgaste. El gobierno estadounidense vio así reforzada su tendencia a buscar una solución únicamente militar a la guerra creyendo que matar a un gran número de enemigos era la vía hacia la victoria. El objetivo de Westmoreland no era dominar el territorio y asegurarlo sino matar a tal escala que Hanoi se desmoralizara o se viera incapacitado para reemplazar sus pérdidas. Con ese fin envió sus unidades a incontables operaciones de «búsqueda y destrucción» en las zonas rurales. Su misión era «hacer contacto» con las fuerzas enemigas, obligarlas a luchar y aprovechar el apoyo aéreo y de la artillería. Tras cada combate los estadounidenses hacían un recuento o una estimación del número de vietnamitas que habían matado y proseguían la caza en otro lugar. Para los soldados estadounidenses la guerra consistía en patrullar día tras día, cargados como mulas con bultos pesados, desde un punto del mapa a otro, buscando en vano a un enemigo escurridizo.

Para el mando norvietnamita la lección de Ia Drang fue que las batallas largas de grandes unidades debían reservarse para contadas ocasiones. En general habría que combatir a los estadounidenses mediante ataques rápidos cuerpo a cuerpo, una táctica que el Vietcong y el ENV llamaban «agarrar al enemigo por la hebilla del cinturón». De esa forma, con un acercamiento, un breve combate y una rápida retirada, disminuirían las posibilidades de que los ataques aéreos y la artillería estadounidense los diezmaran. Esa táctica también les permitía decidir el momento, el lugar y la duración de la gran mayoría de los enfrentamientos.

Aunque periódicamente se producían grandes ofensivas comunistas, como las que tuvieron lugar durante la festividad del Tet en 1968 y de nuevo en 1972 y 1975, la mayoría de los enfrentamientos fueron a pequeña escala. Los grandes combates como el de Ia Drang fueron una excepción, y mientras que Washington seguía en busca de una solución esencialmente militar a la guerra, Hanoi estaba tan decidida como siempre a ganarse el apoyo de los lugareños

survietnamitas.

DENNIS DEAL

«Si tenemos que enfrentarnos a esto va a ser un año jodido».

Tras pasar por la academia de rangers y aerotransportada, «realmente me creía un tipo duro. ¿Cómo podía hacerme daño un alfeñique asiático de cincuenta kilos y un metro y medio de altura? Pronto lo sabría». El 14 de noviembre de 1965 tuvo lugar su primera misión de combate como teniente en la mayor batalla hasta aquel momento en la guerra. En el valle de Ia Drang, en las Tierras Altas, tres regimientos norvietnamitas rodearon y atacaron a un batallón de la 1.ª División de Caballería, compuesto por unos cuatrocientos cincuenta hombres, mientras que los vietnamitas eran más de dos mil. Sobre aquella batalla trata la película Cuando éramos soldados, *basada en un libro del teniente general Harold G. Moore y Joseph L. Galloway.*

Aterrizamos en un lugar bucólico. Todo era tan hermoso… Era como un parque nacional, muy tranquilo. Estábamos al pie de un monte de unos trescientos metros que dominaba el valle. De repente, el pelotón vecino capturó a un soldado norvietnamita. Discutimos si se trataría de un desertor o de un señuelo. No tenía armas, ni equipo, ni cantimplora, ni comida, sólo su uniforme. Aquel tipo le dijo a nuestro intérprete: «Hay muchos de nosotros en las colinas, todo lo que hemos comido durante cinco días son plátanos y estamos deseando matar estadounidenses». Esto nos hizo estremecer un poco.

El coronel Moore, que mandaba el batallón, ordenó que nuestra compañía ascendiera hasta la cima del monte. Subimos desde un barranco, mi pelotón iba a retaguardia. Pocos minutos después pudimos oír cómo disparaban a la avanzadilla. El pelotón de Henry Herrick estaba siendo duramente atacado y descendía por el costado del barranco hacia nosotros. Sin exagerar, más de mil balas por segundo atravesaban aquella pequeña zona en busca de un blanco, mil balas por segundo. Henry vio a algunos norvietnamitas enderezarse y sacudir unos arbustos. Yo también los vi. Eran movimientos destinados a atraer nuestra atención.

Inmediatamente Henry alzó su fusil en el aire, en la típica pose de un líder, y gritó: «¡Seguidme!». Todo su pelotón rompió filas y siguió a Henry hasta donde estaban aquellos tres vietnamitas. Fue la última vez que los vi. La vegetación los engulló. Uno de sus sargentos me dijo más tarde que supo que Henry había cometido un error en cuanto dijo «seguidme». Sin duda los

norvietnamitas habían preparado una emboscada y en cuestión de segundos murieron ocho estadounidenses, doce fueron gravemente heridos y sólo siete seguían siendo lo que llamamos «efectivos», en condiciones de combatir. Henry cayó en una trampa infantil. No es una falta de respeto hacia Henry, dio la vida por su país y lo hizo sin amargura. Ésas fueron sus últimas palabras: «Estoy contento de morir por mi país». Fue excesivamente temerario y como reconocimiento le concedieron una estrella de plata.

Tratamos de ayudarles. Intentamos desesperadamente encontrar a aquellos tipos. Mientras avanzábamos algunos vietnamitas nos disparaban desde las copas de los árboles, a las que se habían atado con cuerdas. El ruido era ensordecedor. Teníamos a todos los cazabombarderos de Vietnam apoyándonos, en intervalos de trescientos metros: la armada, la fuerza aérea, los marines, todos esperando para lanzar sus proyectiles. Pues bien, uno de ellos fue alcanzado desde tierra, justo sobre mi posición, a unos cien metros por encima de nosotros. De forma que un motor de avión chirriaba haciéndose pedazos camino del infierno, pero no lo podíamos oír. Eso da una idea del ruido que atronaba el campo de batalla, de la cantidad de disparos. Hubo un ataque con napalm a unos trescientos metros por detrás de nuestra posición y tampoco lo pudimos oír.

Fue espantoso. Yo estaba aterrorizado, al borde de la locura, pero el deber de un oficial cuando todo el mundo espera una respuesta es hallar la forma de sacar esa pizca extra de valentía. Todo lo que necesitas es tener una pizca más que los que te rodean y todo irá bien. Pero si te vienes abajo saldrán de estampida.

Nos las arreglamos para llegar a noventa metros del pelotón de Henry, y entonces les dije por radio: «Disparad una ráfaga, luego esperad y disparad otras dos para que pueda localizaros». Lo hicieron a la perfección; yo agrupé a todos mis hombres y les dije: «¡Vamos!». Pero entre nosotros y el pelotón de Henry había un barranco con norvietnamitas a cada lado armados con ametralladoras. Si alguno se levantaba lo acribillaban como si estuvieran jugando a los bolos.

El primer chico que perdí era el más valioso de mi pelotón, el sargento Wilbur Curry. Era el jefe de mi escuadrón de armamento y el que mejor manejaba la ametralladora en toda la división, un auténtico indio seneca veterano de la guerra de Corea, en la que estuvo diecinueve meses. Estaba junto a mí cuando recibió el disparo. Me arrodillé a su lado y le sostuve la cabeza. Me concentré en él tanto como pude porque no quería olvidar cómo

era aquel hombre maravilloso. En cuestión de minutos quince o más de nuestros hombres habían sido heridos o habían muerto. Nuestro médico, Calvin Bouknight, corría sin parar y consiguió salvarle la vida a cuatro o cinco de ellos, situándose entre los disparos y los heridos. Cayó herido de muerte a los pocos minutos de comenzar a realizar aquellos increíbles actos heroicos.

Cada vez que tratábamos de avanzar nos hacían retroceder, y cada vez teníamos menos efectivos para transportar a los heridos. Hacía cálculos aritméticos todo el tiempo. En una ocasión en el adiestramiento éramos unos veinticuatro chicos haciendo una patrulla y nuestro instructor nos hizo llevar a un hombre como «baja», y le puedo decir que un solo hombre consiguió agotar a todo un pelotón de fusileros hasta la extenuación. Calculé que sólo teníamos cuatro hombres por cada herido incapaz de caminar, y entonces perdimos más, así que pensé: bien, ahora sólo tenemos tres, así que iremos con tres. Y cuando me di cuenta de que sólo teníamos dos hombres efectivos por cada herido supe que había que salir de allí si no quería dejar gente abandonada, algo inadmisible. Al principio atacaba para ayudar a Henry, pero ahora las tornas habían cambiado y me veía obligado a sacar a mi gente de allí.

Cuando volvíamos hacia la zona de aterrizaje ocurrió una de las cosas que más lamento. Vi una línea de hombres, serían unos doscientos, desplazándose por nuestro flanco derecho. La luz del sol iluminó un claro en la espesura y resaltó sus siluetas como lo haría un contraluz en una película. Podía ver cuerpos y armas, pero no era capaz de distinguir los colores ni lo que medían, no podía identificarlos. Les dije a los pocos hombres a mi alrededor que no estaban ocupados transportando a los heridos que aprestaran sus armas, pero no iba a ser tan estúpido como para comenzar a disparar sólo porque veía un blanco. Necesitaba cerciorarme de que se trataba del enemigo. Deseaba matar a tantos como pudiera, pero no iba a disparar contra estadounidenses. Ya habían muerto demasiados. Por desgracia, resultaron ser los vietnamitas contra quienes tuvimos que luchar más tarde aquel día. Eso es algo con lo que he tenido que vivir.

Al final retrocedimos hasta el lecho de un río seco. Era muy reconfortante porque tenía más de un metro de profundidad. Era muy agradable poder refugiarse en aquel riachuelo. Aquella misma tarde, hacia las cinco, el coronel Moore nos ordenó ponernos en marcha para realizar otro ataque y rescatar a Henry. En cuanto recibimos la orden y dimos unos tres pasos fuera del lecho

del riachuelo seco todo estalló a nuestro alrededor. Los norvietnamitas se habían situado de nuevo entre nosotros y el pelotón perdido, hombro con hombro, y nos disparaban sin tregua. Mi pelotón estaba bien guarecido y no había nadie a mi derecha, estaba solo, de forma que si pretendían rodear a alguien sería únicamente a mí. Aquellos tipos nos tiroteaban con tanta intensidad que primero tuvimos que arrodillarnos y luego que arrastrarnos pegados al suelo. Mientras yo trataba de avanzar así para atacar junto a los demás tuve una especie de sensación darwinista —algo del tipo la-ley-del-más-fuerte— que me decía: si no das la vuelta en ese preciso instante vas a morir. Giré y todo mi campo de visión se llenó de color caqui. Me habían rodeado entre cuatro o cinco y no los había visto. Me levanté y ellos hicieron lo propio de un salto, sin buscar un lugar donde guarecerse, y nos disparamos mutuamente. Todos ellos cayeron y yo no tuve ni un rasguño. El comandante de mi compañía fue testigo de lo ocurrido y después de la batalla me dijo: «Ha sido un tiroteo bastante bueno, Denny». Qué diablos, si le hubiera contado esta historia a cualquiera que supiera lo que significa verse superado en número y que en una situación así nunca se gana, me habría llamado mentiroso.

Los demás, que no se habían percatado de mi difícil situación, habían seguido avanzando, así que tuve que correr para alcanzar la primera línea. Al incorporarme un norvietnamita comenzó a dispararme con una ametralladora. Todo el mundo estaba bastante guarecido en el follaje pero a mí me tenía atrapado. Siguió disparando sin cesar y yo no paré de rodar por el suelo y saltar. Imagínese un pez recién pescado sobre la cubierta de un barco, dando saltos, y me verá intentando evitar aquellos balazos. Volaban ramas, hierba, de todo. Era hombre muerto.

Miré a mi izquierda y vi a un soldado estadounidense alzándose entre todo aquel estruendo y la lluvia de plomo que perforaba el aire. No podía ver quién era debido a la neblina y el humo de la batalla, pero más tarde supe que se trataba de Joe Marm. Se levantó y corrió directamente hacia un hormiguero. Aquellos hormigueros eran enormes; podías esconder una pequeña furgoneta detrás de uno de ellos. Joe ya le había disparado con un arma antitanque sin conseguir más que un gran estallido. Aquellos hormigueros parecían de cemento. Entonces sacó una granada de mano, corrió por la parte izquierda del hormiguero, la lanzó y volvió a situarse enfrente hasta que explosionó. Luego volvió a rodear el hormiguero hasta pulverizar todo lo que había tras él. Eran once. Con aquella acción no sólo ganó la medalla de honor, sino que me salvó la vida. Sus hombres vieron lo que había hecho y aquello los

estimuló. De repente se convirtieron en tigres y cargaron hacia delante con la intención de recoger a Joe, el jefe de su pelotón, que había sido herido en la mandíbula, y matar de paso a algunos norvietnamitas. Se oían sus gritos incluso por encima de los disparos. Era increíble. Pero no fueron mucho más allá del hormiguero. No íbamos a ningún lado así que nos ordenaron volver. Quiero decir, que un asalto a costa de partirte el espinazo no es que sea muy productivo que digamos.

Aquella primera noche, cuando nos íbamos a dormir, el sargento Williams caminó hacia mí e hizo como que pateaba el barro. Había sido soldado de infantería durante dos años en Corea. Fue muy condecorado. Realmente se trataba de un tipo duro. Se quedó de pie durante un minuto y entonces dijo: «Señor, tengo que decirle algo. Estuve en Corea y fueron incontables las veces que tuvimos que defendernos, pero esto supera cualquier cosa que haya visto en Corea».

A la mañana siguiente, 15 de noviembre, a las seis en punto, una avanzadilla de la compañía Charlie vio a algunos norvietnamitas; volvieron corriendo y dijeron: «¡Ya vienen!». La compañía Charlie resultó diezmada, con todo un pelotón muerto en combate. Fue horroroso. Yo estaba a menos de cien metros de allí.

No había buena visibilidad, así que ningún avión podía venir a auxiliarnos. Después de que ese pelotón fuera barrido, formé el mío hombro con hombro en la parte norte del perímetro, en formación de ataque y preparados para lo peor. Pensé que iba a morir. Cada vez que encontrábamos un hormiguero lanzaba una granada de mano tras él, no sólo para matar a los posibles emboscados sino para darnos confianza, porque estábamos aterrados de que todo volviera a empezar; pero ahora, por fin, no hallamos resistencia.

De repente nos encontramos con el pelotón de Henry Herrick. El sargento Ernie Savage parecía petrificado. Aquellos chicos, dejando a un lado los bombardeos y la artillería, habían resistido innumerables ataques durante treinta horas. Había cadáveres de enemigos por todos lados, entre cien y trescientos vietnamitas.

Ninguno de los miembros del pelotón perdido podía tenerse en pie, ni uno solo. Estaban allí tumbados y nos miraban alucinados, todavía en estado de *shock*. No se querían levantar, y hasta los que *podían* hacerlo estaban tan traumatizados por lo ocurrido que preferían seguir tumbados, tan a salvo como fuera posible. No les forzamos a levantarse. Les dejamos recostados

durante un rato, pero finalmente les tuvimos que decir: «Mirad, tenemos que salir de aquí. No sabemos lo que puede suceder a partir de ahora». Entonces uno de los chicos todavía tumbados dijo: «Señor, hay algo rojo ahí que me está molestando. ¿Podría cogerlo?». Me acerqué y lo cogí. Era un diario, junto al cuerpo inerte de un soldado vietnamita. Lo miré y estaba lleno de anotaciones preciosas realizadas en diferentes colores. Hicimos que lo tradujeran más tarde. Había una nota para su mujer que decía: «Mi amor, si cuando las tropas vuelvan a casa tras la victoria no me ves, mira nuestra gloriosa bandera. Me verás en ella y podrás sentir el calor bajo la sombra del bambú». Pero en aquel momento lo que hice fue mostrárselo al chico diciéndole: «Mira, no hay por qué preocuparse, no es más que un diario. No te va a hacer daño. ¿Por qué no te levantas y caminas conmigo? Seré tu guardaespaldas».

Cuando nos disponíamos a partir vi que a uno de los norvietnamitas muertos le faltaban las nalgas y sus entrañas se le escapaban literalmente por un enorme agujero. Era una visión horrorosa. Pero había hecho algo que demuestra una resistencia increíble. Mientras yacía allí, vaciándose, había cogido una granada de mano, la había activado y la había anudado a la culata de su fusil, convirtiéndose en una bomba-trampa. Me dije: «Si tenemos que luchar contra esto, va a ser un año jodido».

«Vietnam me polarizó», dice desde su casa de Oklahoma. «Me hizo extremadamente conservador, extremadamente derechista». Pero su valoración de la guerra no responde a la línea de ningún partido. «Me cuesta decir esto porque les guardo mucho respeto a mis camaradas caídos y mutilados, pero creo que no deberíamos haber ido allí sin una política que justificara nuestra presencia». Y si hubiera habido esa «decisión nacional», «debimos haber dejado que los generales dirigieran la guerra».

Cuando le pregunto por la importancia de la batalla de Ia Drang, se inclina en un primer momento a resaltar lo positivo: «Fue un éxito rotundo». Pero enseguida dice todo lo contrario, como si aquello se le hubiera escapado involuntariamente. «"NO" fue un éxito rotundo. Los generales que dirigían el espectáculo trataron de ocultar que todos nos sentíamos derrotados, juramos no olvidar a la gente que denigró aquella batalla diciendo que nuestras bajas habían sido escasas o moderadas. Eso nos enfureció. Westmoreland te sacrificaba en un minuto. No le importaba el tipo de peligro al que te enviaba».

WARD JUST

Ward Just cubrió la guerra para The Washington Post. *El 8 de junio de 1966 salió con una patrulla de reconocimiento de la «Fuerza Tigre» de la 101.ª División Aerotransportada. Aquel pelotón de cuarenta y dos hombres era «rudo y abigarrado», escribió; «sin afeitar, sucios, analfabetos, malhumorados, nerviosos».*

Iban buscando al enemigo en la espesa selva de las Tierras Altas, al norte de Dak To, pero fue el enemigo el que los encontró a ellos. Se vieron rodeados por fuerzas norvietnamitas, sitiados durante seis horas bajo el fuego de armas cortas y granadas. Doce miembros de la patrulla murieron y diecinueve fueron heridos.

La metralla de una granada también hirió a Just. Cuando llegó finalmente un helicóptero de evacuación médica, la espesura de la selva y la dificultad del terreno le imposibilitaron aterrizar. Lanzaron una barra en T desde treinta metros de altura. Los heridos fueros atados con correas a un arnés y rescatados uno por uno. Aunque los civiles tuvieran prioridad médica en las evacuaciones, Just insistió en ser el último de los heridos en ser rescatado, algo sobre lo que nunca informó.

Tenía más agujeros que un colador y estaba aturdido, pero sabía que no iba a morir, y muchos de los heridos estaban bastante peor que yo. Fue un sargento del ejército, un tal Pellum Bryant, quien realmente nos salvó aquel día. Si no hubiera sido por él, todo habría acabado en quince minutos. Se mire como se mire, nos habrían barrido. Todos habríamos muerto. Pero viéndole maniobrar, lo juro por Dios, era casi como ver a un bailarín de *ballet* moviéndose de un lado a otro. Íbamos andando a lo largo de un camino, unos más adelantados que otros. Yo me encontraba en medio, con el grupo de mando. Bryant se movía de un lado a otro, de izquierda a derecha, disparando según pasaba. Y no disparaba ciegamente, sino a dar.

Tenía gran confianza en sí mismo y en lo que estaba haciendo. Así como un gran músico debe entender la importancia de lo que está tocando, Pellum Bryant debía de tener la certeza de que sus acciones salvarían a mucha gente. En ningún momento, mientras se movía como en un baile, dijo ni una palabra.

Todo esto queda totalmente al margen de la adhesión o el rechazo a la guerra de Vietnam. No lo digo a la ligera, realmente era *estimulante* verle en medio de aquella guerra estúpida. Sin ánimo de profundizar demasiado, creo que se acercaba a lo espiritual. Te lo digo de verdad, nada de lo que vi en

Vietnam me afectó tanto como Pellum Bryant. Pocas semanas después voló en pedazos al pisar una mina.

En aquella época, en 1966, ninguno de los que estábamos allí se preguntaba en absoluto por la justicia de la guerra. No puedo recordar ni una sola conversación sobre ese asunto, ya fuera entre colegas, diplomáticos, soldados, lo que fuera. Todo se concentraba en la situación y en la valoración de ésta. ¿Cómo estaban las cosas en la provincia de Tay Ninh? ¿Qué pasaba con el Primer Cuerpo? ¿Cuántas divisiones necesitábamos? En aquella época no había más preocupación que la realidad sobre el terreno.

Muchos hechos se podían contemplar desde puntos de vista completamente opuestos. Al principio cualquiera se sentía inclinado a conceder a los militares estadounidenses el beneficio de la duda. Un coronel te dice bla, bla, bla, y parece plausible. Pero a medida que iba pasando el tiempo, como las cosas no parecían estar saliendo bien, sentía cada vez más necesidad de una segunda interpretación de casi todo lo que oía.

Me dijeron que una prueba del avance estadounidense en la guerra era que el Vietcong dejaba armas abandonadas en el campo de batalla. Eso no ocurría antes. Fui a ver al responsable de la CIA y le comenté: «Me dicen que eso prueba que los rojos se están desmoralizando».

—Es posible. Pero también se puede entender de otra forma —dijo.

—¿Cuál? —pregunté.

—Que les llega tanto armamento por la Ruta Ho Chi Minh que no precisan arriesgar su vida buscando en el campo de batalla unos pocos A-47 destrozados.

Me sorprendió que aquel tipo de la CIA fuera tan lúcido.

Después de un año en Vietnam volví a Washington a ver a mis hijos y recibí una invitación para ir a cenar a casa de Robert McNamara. Creo que se produjo a instancias de Joe Alsop [un columnista que apoyaba la guerra]. En la cena había una docena de personas. Además de Alsop estaban allí Bobby y Ethel Kennedy, McNamara y su mujer y unos cuantos senadores. Después de unos tragos, cuando empezamos a cenar quedó totalmente claro que todo aquel tinglado se había montado para informarme sobre todo lo que no había sabido ver durante el año transcurrido sobre el terreno. Toda la conversación giraba en torno a la guerra.

Después de la cena hombres y mujeres se separaron, como era habitual en

Washington en aquella época, y los hombres nos dirigimos al estudio de McNamara. Se sirvió *brandy*, sacaron unos puros y todos se pusieron serios. Esencialmente su mensaje era: Estás demasiado cerca; los árboles no te permiten ver el bosque. Alguien, estoy casi seguro que fue McNamara, me dijo que tenía una serie de documentos que de buena gana me mostraría para que viera mis errores. Yo estuve casi todo el rato callado porque era evidente que no les interesaba lo más mínimo lo que pudiera añadir. Trataron de convencerme de que las cosas iban mucho mejor de lo que yo podía ver. Creo que McNamara era bastante sincero cuando afirmaba que no sólo no veía la verdad, sino que las «falsedades» que transmitía estaban teniendo un efecto terrible en el Congreso. Bastaba que leyera cuidadosamente aquellos documentos para ver todo el bosque, tal como ellos lo veían.

Después de cubrir la guerra dejó el periodismo para convertirse en novelista. La guerra de Vietnam aparece en muchos de sus libros, principalmente en A Dangerous Friend *(1999).*

LE CAO DAI

«A veces me pasaba toda la noche operando mientras el personal se turnaba para pedalear».

Este doctor de cara redonda, un tanto desarreglado y distraído, recibe a sus visitas en la oficina de la Cruz Roja de Hanoi donde dirige el Fondo para las Víctimas del Agente Naranja, el primer defoliante químico que el ejército de Estados Unidos esparció por Vietnam del Sur con el objetivo de acabar con la vegetación que amparaba al enemigo y destruir los cultivos con los que podía alimentarse. El Dr. Dai dirige una investigación sobre los efectos médicos de la exposición al Agente Naranja.

Su experiencia médica se remonta a la guerra contra los franceses. De 1966 a 1974 dirigió el principal hospital de campaña establecido en la selva de las Tierras Altas. Con un equipo de cuatrocientas personas cuidaba a más de mil pacientes. Cada pocos meses debía trasladarlos a todos ellos y todo el material sanitario y construir un nuevo hospital para evitar que las fuerzas estadounidenses y survietnamita los detectaran.

El «hospital» de campaña en la selva estaba disperso en más de 250 pequeñas barracas, semienterradas y cubiertas por un techo de paja. Cada una de ellas daba cobijo a unos cuatro o cinco pacientes y a su costado se excavaba un refugio antiaéreo de dos metros de profundidad. Las distancia entre cada dos barracas era como mínimo de treinta metros para evitar que un solo ataque aéreo pudiera destruir todo el hospital. «Separamos tanto las

barracas entre sí que tenía que caminar horas para ir de un extremo a otro».

Cuando nos llamaron para incorporarnos a la guerra en el Sur uno de mis amigos pasó a verme con su mujer. Ella me preguntó: «¿Cuánto tiempo creen que estarán en el Sur?». Le contesté: «Ay, pues unos seis meses». Empezó a llorar. «¡Mi marido me ha dicho que va a estar allí un año!». Yo estuve ocho años, pero mi amigo se quedó para siempre, ya que murió allí.

En un principio organizamos el hospital cerca de donde se encuentran las fronteras de Vietnam, Camboya y Laos. Pero estaba demasiado lejos del frente, así que al cabo de seis meses tuvimos que desplazarnos a un lugar más cercano. Aquél fue el primero de los muchos desplazamientos que tuvimos que hacer durante la guerra. Siempre buscábamos un lugar en la profundidad de la selva, donde nos cubrieran tres capas de follaje. Ni siquiera en pleno día nos llegaban los rayos del sol. Pero los estadounidenses lanzaron innumerables operaciones de aspersión de productos químicos para defoliar la selva. Tan pronto como fumigaban las inmediaciones daba orden de empezar el traslado del hospital. Aun así, a veces los helicópteros estadounidenses nos detectaban y entonces, indefectiblemente, los B-52 nos atacaban aquella misma noche.

Escaseaba todo. La mayoría de nuestros equipos habían resultado destruidos, perdidos o dañados durante nuestro viaje hasta el sur. Probablemente sólo llegó un 10 por 100, en parte defectuoso o incompleto. Por ejemplo, el equipo de rayos X llegó indemne pero perdimos el delantal protector de plomo. Ni siquiera teníamos bisturíes u otro instrumental quirúrgico. Nos las ingeniábamos para utilizar la chatarra de las bombas estadounidenses que no habían explosionado y las carcasas de los proyectiles o piezas de aluminio de los aviones derribados. Incluso hacíamos sondas intravenosas con el aislante plástico del cableado eléctrico de los aviones, y se puede decir que los estadounidenses nos proveían de muchos materiales.

Al principio traté de montar un pequeño sistema hidroeléctrico para abastecer al hospital de electricidad, pero se lo llevó el agua en unas inundaciones. Nuestra fuente de energía más fiable era un generador eléctrico alimentado mediante una bicicleta; para que yo tuviera luz en el quirófano alguien tenía que estar pedaleando. A veces me pasaba toda la noche operando mientras el personal se turnaba para pedalear.

Un 70 por 100 de nuestros pacientes estaba hospitalizado por enfermedades no relacionadas con los enfrentamientos. La más común, con

mucho, era la malaria. Casi todo el mundo la padecía entre tres y seis meses, incluidos los médicos y el resto del personal; yo no fui una excepción. En las Tierras Altas había muchísima malaria. Aunque parezca mentira, en 1964 y 1965, antes de mi incorporación, me habían dicho que no era un problema tan grave, pero en 1966 se multiplicó. En aquel momento no me lo podía explicar; ahora sospecho que podía deberse a un debilitamiento de nuestro sistema inmunológico como consecuencia de la exposición al Agente Naranja. En cualquier caso, hubo muchos más casos de malaria tras la aspersión masiva de defoliantes químicos. Murió mucha gente, en particular los que contrajeron un tipo de malaria particularmente grave que hace que el enfermo orine sangre y vomite bilis además de los síntomas habituales como la altísima fiebre y otros. El único tratamiento efectivo era aliviar la función renal mediante diálisis, pero evidentemente no había forma de hacer tal cosa en la selva.

Además de la malaria vimos todo tipo de enfermedades: diabetes, cáncer de pulmón y una gran tasa de disentería. Mucha gente moría de diarreas agudas. Era terrible. Cuando les practicaba la autopsia los intestinos eran tan finos como papel. También teníamos pacientes con problemas básicos de nutrición. Simplemente no comían lo suficiente.

Afortunadamente el ejército suministraba arroz para todos los pacientes, pero el personal sanitario tenía que agenciarse su propia comida. Pasábamos horas cultivando mandioca, pero no alcanzaba. También organicé un equipo de cazadores y pescadores; cazábamos monos, cerdos salvajes, venados y elefantes. Durante mi primer año en las Tierras Altas matamos dieciocho elefantes. Su piel es tan correosa que resulta casi imposible cortarla, por lo que uno de los cirujanos propuso que los abriéramos por el vientre y cortáramos desde dentro la carne hacia afuera. Se metió dentro de uno de ellos con sangre hasta los tobillos, avanzando penosamente hacia la piel. Un elefante podía alimentar al personal durante varias semanas, pero la carne se estropeaba pronto y sabía fatal.

Solamente un 30 por 100 de nuestros pacientes tenían heridas por fuego hostil; las más comunes no eran de bala sino debidas a pequeños fragmentos de las bombas de racimo y de una gran variedad de minas. Las había que explosionaban cuando se les acercaba algo metálico, pero la mayoría lo hacían al pisarlas. Cuando llegué a las Tierras Altas me dijeron: «Si pisas una mina, mantén el pie sobre ella. De lo contrario puede estallar y partirte por la mitad. Es mejor perder el pie que la vida». Los estadounidenses esparcían

incluso «minas-hoja», pequeños explosivos con aspecto de hojas prácticamente imposibles de detectar. Y lanzaban minas desde el aire que no estallaban al llegar al suelo, sino que disparaban alambres casi invisibles en todas direcciones.

Aunque parezca increíble, el índice de mortalidad en nuestro hospital entre los pacientes heridos era menor que en los hospitales de Hanoi. Esto podía deberse a que la mayoría de los heridos graves morían en el frente antes de poder traerlos al hospital de campaña. Uno de los mayores problemas eran las infecciones postoperatorias. Al principio cerrábamos las heridas tras las intervenciones quirúrgicas, pero vimos que frecuentemente se infectaban. Obteníamos mejores resultados si las dejábamos abiertas, y lo mismo cabe decir de las heridas arteriales. Cuando cosíamos una arteria inevitablemente se infectaba. Vimos que era mejor cerrar la arteria dañada por ambos lados y dejar la herida abierta. Esto llevó a un descubrimiento muy interesante. Comprobamos que nuestros soldados habían caminado tanto y habían hecho tanto ejercicio que habían desarrollado nuevas arterias conocidas como «colaterales», de forma que cuando cerrábamos una arteria principal las «colaterales» suministraban suficiente sangre a la zona herida como para evitar una infección.

En 1970 me permitieron volver al norte para una reunión de médicos. Supuso una caminata de dos meses desde las montañas. Uno de mis antiguos profesores me invitó a comer y me habló de la dioxina [la sustancia tóxica del defoliante Agente Naranja]. En aquella época ninguno de los que estábamos en el frente sabíamos qué tipo de agentes químicos estaban esparciendo los estadounidenses; sólo sabíamos que unos días después la vegetación moría. Fumigaban una y otra vez desde aviones C-123 que volaban muy bajo, casi a la altura de las copas de los árboles. Lo único que podíamos hacer era cubrirnos con un plástico. Aquel profesor me preguntó si había visto casos de cáncer. «Sí, por supuesto», le dije. Me pidió una muestra del hígado de algún fallecido para analizarla en busca de dioxina. Le dije que era imposible. Tardaría dos meses en llegarle, y aunque se pudiera conservar en algún tipo de solución, no se podía contar con que la gente la cuidara adecuadamente según iba pasando de puesto en puesto. Era prácticamente seguro que se dañaría o se perdería.

Pero mi colega tenía razón. Durante la guerra el suelo, el agua y la comida resultaron muy contaminados con dioxina. En 1973 un estudio de la Universidad de Harvard evaluó los niveles de dioxina en la comida que

consumíamos. Cincuenta partes por billón está considerado el límite más alto para que no dañe la salud humana, y en aquel estudio se encontró un promedio de doscientas partes por billón y en algunos lugares ochocientas. Ahora la comida es mucho mejor y el suelo está bien en casi todas partes, excepto en la antiguas bases aéreas estadounidenses, donde se contaminó mucho porque los productos químicos se almacenaban allí, se bombeaban a los aviones y tras cada aspersión se hacía una limpieza superficial.

Nadie sabe cuántos vietnamitas han muerto por enfermedades originadas por el Agente Naranja, pero según nuestros estudios un millón de personas padecen actualmente algún tipo de cáncer debido a él y hay otras cien mil personas con malformaciones de nacimiento que seguramente fueron causadas por el envenenamiento con dioxina. Hemos visto muchos tipos de malformaciones. La Academia de Ciencias estadounidense sólo reconoce la espina bífida, aunque nosotros hemos observado que el paladar hendido es mucho más común entre los hijos de los ex combatientes que estuvieron más expuestos al Agente Naranja. En un estudio que realicé después de la guerra entre los veteranos que permanecieron en Vietnam del Norte tan sólo un 1 por 100 de sus hijos presentaba malformaciones de nacimiento [Estados Unidos no lanzó Agente Naranja sobre la mayor parte del Norte]. Entre los que estuvieron en Vietnam del Sur, en cambio, la presencia de malformaciones era del 5 por 100. También hemos encontrado un mayor índice de parálisis cerebral entre las personas expuestas a la dioxina.

Aun así, reconocemos que nuestros estudios no son tan rigurosos desde el punto de vista científico como deberían ser. Nos basamos sobre todo en comparaciones genéricas de diferentes categorías de sujetos. Sería preferible un muestreo de sangre más específico pero no hemos podido hacerlo, porque es demasiado caro; dicho estudio cuesta entre mil y tres mil dólares por persona.

Pero incluso las pruebas circunstanciales son llamativas. Diez años después de la guerra el jefe de personal del ejército —un general de tres estrellas llamado Cao Vinh Thang— murió de cáncer hepático. Durante la guerra él y otros tres hombres tuvieron que atravesar en una misión un valle muy contaminado por productos químicos. El único superviviente dejó tras de sí al marchar a la guerra una hija sana e inteligente. Después de la guerra su mujer dio a luz a una niña deforme con parálisis cerebral. Ahora tiene veintisiete años y sus padres tienen que cuidarla.

El doctor Dai falleció en 2002.

13

De los derechos civiles al movimiento contra la guerra

Las protestas colectivas contra la guerra de Estados Unidos en Vietnam partieron de múltiples orígenes, pero quizá ninguno tan importante como el movimiento por los derechos civiles de los años cincuenta y sesenta. Miles de futuros activistas contra la guerra participaron en ese movimiento o al menos se vieron muy influidos por los boicots, las sentadas, las marchas por la paz y las organizaciones vecinales que estructuraron las movilizaciones de masas para acabar con la discriminación racial en Estados Unidos. Aquella experiencia y el ejemplo del desafío a las instituciones legales, políticas, económicas y culturales en que se apoyaban la desigualdad y discriminación racial proporcionaron un valioso entrenamiento político a muchos de los que más tarde se opondrían a las operaciones estadounidenses en Vietnam.

El movimiento por los derechos civiles supuso, sobre todo, una forma de hacer frente al poder que se transfirió directamente al movimiento contra la guerra. Los activistas por los derechos civiles habían contrastado durante años las declaraciones oficiales del gobierno con la cruel realidad racial de la vida estadounidense. Al prolongarse la guerra iban siendo cada vez más los estadounidenses que comenzaban a plantearse preguntas similares sobre las declaraciones oficiales con respecto a Vietnam. Por ejemplo, si en Vietnam se luchaba por la libertad y la democracia, como aseguraban los políticos, ¿por qué se negaban esos derechos a determinados estadounidenses en su propio país? ¿Y por qué se les negaban a los survietnamitas, si supuestamente estábamos luchando en su nombre? ¿Y qué decir del sustrato racial que ponía de manifiesto la guerra? Nuestra disposición a destruir Vietnam, incluida la tierra de nuestros «aliados», ¿no tendría como componente decisivo el racismo hacia los asiáticos? ¿Habríamos iniciado una guerra semejante contra un país con población blanca?

La relación entre el movimiento por los derechos civiles y el movimiento

contra la guerra no siempre era armoniosa. Algunos de los defensores de los derechos civiles se oponían a criticar abiertamente la guerra porque eso podía desviar la atención de la lucha por la igualdad racial o contrariar a líderes políticos como Lyndon Johnson, cuyo apoyo era necesario para que se aprobaran leyes cruciales en materia de derechos civiles. Algunos dirigentes negros también creían que el ejército había hecho mucho más que cualquier otra institución estadounidense para erradicar la segregación de su propio seno y ofrecer oportunidades a los jóvenes negros, por lo que convenía atemperar las críticas a una guerra en la que luchaban codo a codo con los blancos. Con el tiempo, sin embargo, se empezaron a intensificar esas críticas desde el movimiento por los derechos civiles. Al evidenciarse que la «guerra contra la pobreza» de Johnson iba siendo reemplazada por la guerra de Vietnam, Martin Luther King sumó su voz a las de otros destacados dirigentes negros como Malcolm X, Adam Clayton Powell, Dick Gregory y Julian Bond, y denunció que los recursos para la reforma social estaban siendo desviados hacia una guerra injustificada en el extranjero, declarando que «las promesas de la Gran Sociedad han caído por tierra en el campo de batalla en Vietnam» y que la política exterior estadounidense estaba «devastando las esperanzas de los pobres en su país», a cuyos hijos enviaba «a luchar y morir en proporciones altísimas en comparación con el resto de la población». Además, King no podía conciliar la guerra en Vietnam con su apasionado compromiso por la paz. El 4 de abril de 1967, exactamente un año antes de su asesinato, denunció a su país como «el mayor generador de violencia en el mundo de hoy».

Muchos de los activistas negros, incluso los que pensaban que el movimiento contra la guerra era un fenómeno principalmente blanco, llegaron a la misma conclusión de King mucho antes. En 1966 tanto el Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos (SNCC) como el Partido de los Panteras Negras se declararon explícitamente contra la guerra, y aquel mismo año el campeón mundial de los pesos pesados se negó a incorporarse al ejército. Poco antes había decidido convertirse al Islam y había cambiado su nombre de Cassius Clay por el de Muhammad Alí, pero rechazaron su objeción de conciencia basada en motivos religiosos. Por su rebeldía no sólo los medios de comunicación lo proscribieron sino que se le privó de su título de boxeo, fue declarado culpable de violar la ley de servicio militar obligatorio y condenado a cinco años de cárcel. Cuando su apelación fue finalmente estimada por el Tribunal Supremo en 1971 eran ya muchos los estadounidenses que habían llegado a la conclusión de que la posición de Alí,

en otro tiempo tan censurada, había sido profética.

JULIAN BOND

«Me acusaron de traición y sedición».

A sus sesenta años todavía mantiene la apariencia elegante y la voz melodiosa que le ayudaron, cuando apenas tenía veinte años, a convertirse en el principal portavoz de los jóvenes activistas del movimiento por los derechos civiles que formaron el Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos (SNCC), el grupo que encabezó la organización de sentadas contra la segregación, los Viajes por la Libertad y el registro en masa de votantes por todo el sur. En 1965, a los veinticinco años, fue elegido para ocupar un escaño en la Cámara de Representantes de Georgia del que intentaron privarle los legisladores opuestos a su activismo por los derechos civiles y contra la guerra. Un año después una sentencia del Tribunal Supremo le permitió ocupar su legítimo puesto. Ahora preside el consejo de directores de la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color (NAACP) y es profesor en la Universidad de Virginia y la American University.

Al principio la guerra de Vietnam me parecía bastante lejana. No era algo que me preocupara mucho. Algunos amigos se habían alistado, pero a mí me declararon no apto, esto es, «incapaz para el servicio por razones mentales, físicas o morales». La junta de reclutamiento se basó en que había sido arrestado en una sentada, pero no creo que fuera habitual eximir a los activistas por los derechos civiles. De hecho, parecía como si en el sur muchas juntas de reclutamiento incluyeran preferentemente a la gente del movimiento. El presidente de la mía dijo más tarde, según la revista *Newsweek*: «Aquel negrata, Julian Bond, se nos escapó».

Durante la campaña para las elecciones legislativas del Estado de Georgia en 1965 hablé de los problemas cotidianos y no creo que llegara a relacionarlos con la guerra. Pero a finales de 1965, justo después de salir elegido, Sammy Younge fue asesinado en Tuskegee, Alabama. Le dispararon por la espalda por tratar de utilizar un baño para blancos en una gasolinera. Lo más cruel de todo aquello es que se trataba de un excombatiente de la Armada que había perdido un riñón mientras prestaba servicio, al que sin embargo se le negaba la utilización de un baño en su propia ciudad natal.

Creo que al principio lo que nos hizo posicionarnos contra la guerra no fue una actitud pacifista —aunque para algunos sí lo fue—, sino los ataques contra los negros y la idea de que se estuvieran gastando tantos recursos en

una guerra que no era asunto nuestro. Ésa era mi valoración en un principio, más que si la guerra era justa o no. Pensaba que la gran contienda estaba aquí, en nuestro país.

El asesinato de Sammy intensificó nuestra conciencia de la injusticia que suponía pedir a aquellos jóvenes que fueran a defender el país al extranjero. Propuse al SNCC una declaración contra la guerra poniendo de relieve que se enviaban soldados negros a Vietnam en nombre de una «democracia» y una «libertad» que se les negaba en su propio país. También señalaba la responsabilidad del gobierno estadounidense tanto por la muerte de Samuel Younge como por la de los campesinos vietnamitas, en el primer caso porque no hacía cumplir la ley y en el segundo porque Estados Unidos actuaba agresivamente violando el derecho internacional.

Firmé esa declaración más o menos una semana antes de tomar posesión de mi escaño en la Asamblea de Georgia. Los blancos sureños son muy jingoístas y aquello desató entre ellos una tormenta de protestas. Me acusaron de traición y sedición. La protesta fue dirigida principalmente por Peter Zack Greer, quien se denominaba a sí mismo «vicegobernador de los blancos». Cuando una docena de electos afroamericanos nos presentamos a jurar el puesto a mí me pidieron que me apartara. Los demás prestaron juramento y convocaron una reunión de la totalidad de la Cámara. El resultado de la votación fue de ciento ochenta y cinco contra doce en mi contra, de forma que declararon mi escaño vacante y convocaron unas elecciones especiales para cubrir el puesto. Yo me presenté y volví a ganar. En aquel momento la Cámara estaba de vacaciones así que se nombró una comisión especial para estudiar mi caso y volvieron a vetarme. Cuando presenté una demanda en el tribunal federal los dos jueces demócratas votaron en mi contra y el republicano a mi favor. Apelamos al Tribunal Supremo, y mientras me presenté por tercera vez y volví a ganar las elecciones. El Tribunal Supremo estimó la apelación y en diciembre de 1966 decidió por unanimidad que debía asumir mi escaño.

Cuando el SNCC comenzó a manifestarse contra la guerra disminuyeron las aportaciones económicas que recibíamos y empezamos a pasar apuros. Muchos de los que apoyaban los derechos civiles en general no querían que el movimiento se vinculara a la campaña contra la guerra. La NAACP y la Liga Urbana se oponían a que el movimiento por los derechos civiles tomara una postura respecto a Vietnam. Por parte de la NAACP fue un tanto deshonesto, ya que desde hacía tiempo se había pronunciado sobre determinados aspectos

de la política estadounidense en África; ¿por qué no entonces con respecto a Vietnam? Al parecer pensaban que el presidente Johnson se distanciaría del movimiento de los derechos civiles y que lo mejor era no pronunciarse ni en contra ni a favor de la guerra, lo que, por supuesto, no tenía ningún sentido para nosotros. Pero la NAACP estaba en lo cierto cuando predijo que Johnson se sentiría personal y amargamente traicionado por los activistas por los derechos civiles que denunciaran la guerra públicamente. Whitney Young, de la Liga Urbana, se opuso incluso al Dr. King cuando éste se pronunció contra la guerra en su discurso en la iglesia de Riverside. También se daba la idea de que quien participara en el movimiento por los derechos civiles sólo podía pronunciarse a ese respecto y sobre nada más. Desgraciadamente, hoy día sigue siendo igual. Me sorprende lo poco que se me pregunta sobre algo que no sean los derechos civiles.

Creo que el movimiento por los derechos civiles contribuyó a aumentar la proporción de los estadounidenses que se oponían a la guerra y a incrementar el escepticismo al respecto de los afroamericanos. También Muhammad Alí tuvo una influencia enorme, porque era muy conocido y renunció a muchas cosas. Al negarse a ir a combatir a Vietnam perdió su título mundial de los pesos pesados. Planteó su oposición a la guerra de un modo muy simple: «Ningún Vietcong me ha llamado nunca negrata». No había que decir más, ni que invocar los Acuerdos de Ginebra.

GENERAL BAKER JR.

«Cuando me llamen para liberar el delta del Misisipi… seré el primero en el frente».

Termina a medianoche su turno de vigilancia en un alto horno de Ford, en Detroit, Michigan. «Cuando baja la escoria ardiente debo alzar la compuerta y llenar estos bidones enormes. Estoy lleno de quemaduras; el horno está a mil quinientos grados y hay que llevar calzoncillos largos para aislar del calor. Llevo haciendo este trabajo desde 1980». Es hijo de un aparcero de Georgia y vive en Detroit desde que nació en 1942. Al tiempo que trabaja a tiempo completo en la industria automotriz, ha dedicado la mayor parte de su vida a los movimientos en pro de los derechos civiles, antibelicista y sindical. Lo de «General» le viene de su padre, General Gordon Baker, a quien pusieron ese nombre en honor al general británico Charles G. Gordon.

Cuando empecé a trabajar a tiempo completo en la Ford, en 1963, me trasladé del Highland Park Community College a la Universidad estatal de Wayne como estudiante a tiempo parcial. Allí creamos una pequeña organización llamada Uhuru, que significa libertad en swahili. Militamos

activamente en la lucha por un alquiler justo[22]. Fue así como me arrestaron por primera vez.

Durante aquella época mis amigos y yo nos reuníamos en mi apartamento los viernes por la noche y escuchábamos a Robert Franklin Williams por la radio[23]. Tenía un programa en la emisora cubana Radio Free Dixie, que siempre iniciaba diciendo: «Nunca más seremos los negratas del hombre blanco» y en el que luego hablaba de las luchas de los negros. Siempre ponían los últimos temas de grupos como The Miracles. [Canta] «Tengo una amante lejos de aquí, al otro lado, y sé que es allí donde debería estar». Aquel programa de radio era fantástico. Nos convertimos en auténticos fanáticos de Robert Williams y nunca nos lo perdíamos.

Estados Unidos prohibió los vuelos a Cuba y la Federación de Estudiantes Cubanos empezó a organizar viajes desafiando la nueva ley. En 1964 decidieron invitar a algunos estudiantes negros, así que se dirigieron a nuestro pequeño grupo y nos inscribimos cuatro. Nos dijeron que fuéramos a la estación de tren de Chicago a determinada hora y allí nos encontramos ochenta y cuatro. Volamos primero a París y desde allí a Checoslovaquia, donde embarcamos en un avión cubano que nos llevó hasta la isla haciendo escala en Irlanda y Terranova. Como se ve, fue un viaje bastante complicado.

Cuba fue un salvavidas para mí, un auténtico despertar. Aquellos dos meses y medio me cambiaron la vida. En cuanto llegamos nos encontramos con Robert Williams en el hotel. Tuvimos la posibilidad de charlar con el Che Guevara y jugamos al béisbol con Fidel Castro. Aparecíamos en la televisión casi todos los días. Conocimos a revolucionarios de todas partes: el Congo, Rodesia, Sudáfrica, Vietnam, Camboya, Laos, Jamaica, Brasil, Perú… Cuba era un auténtico laboratorio revolucionario.

Hablamos con los vietnamitas justo antes de lo del golfo de Tonkín y todo el mundo tenía en la cabeza el tema del recrudecimiento de la guerra. Recuerdo que les pregunté: «¿Creéis que si Estados Unidos bombardea Vietnam los chinos os ayudarán?». A lo que me respondieron: «No necesitamos que los chinos nos ayuden para derrotar a los estadounidenses». Aquella jactancia me irritó. No podía entender cómo aquellos jodidos vietnamitas iban a derrotar una invasión estadounidense; pero así de impávida fue su respuesta.

Cuando volví comencé a trabajar en la Chrysler y a finales de 1964 recibí una carta invitándome a presentarme ante la junta de reclutamiento para un

examen físico. Les escribí una carta en la que explicaba que no era un prófugo ni un objetor de conciencia, pero que no pensaba ir, porque consideraba injusta aquella guerra. Les dije: «Creo que hay guerras justas y aquí os envío una lista. Cuando decidáis ir a liberar Latinoamérica de la United Fruit Company, cuando haya que liberar Sudáfrica, u Oriente Medio de la Standard Oil, o cuando haya que liberar el delta del Misisipi o la calle 12 de Detroit, entonces iré, porque ésas son causas justas y para mí sería un deber y un honor contribuir a ellas. Sería el primero en el frente».

Me enviaron una carta en la que me comunicaban que en cualquier caso quedaba alistado y que debía incorporarme a filas el 10 de septiembre de 1965, así que organizamos lo que se llamó «el movimiento del 10 de septiembre». En nuestra propaganda convocábamos a cincuenta mil negros indignados a protestar ese día contra el servicio militar obligatorio. Nuestra consigna era: «Acabar con el servicio militar obligatorio». Nada más. Empapelamos toda la ciudad con ella. La policía nos detuvo mientras pegábamos los carteles. Preguntamos cuál era el motivo de nuestra detención y el oficial dijo: «Anarquía criminal, rebelión contra el gobierno». Cuando llegamos a la comisaría nos multaron por pegar carteles sin autorización.

Entre la carta con mi llamamiento a filas y la fecha fatídica, el 11 de agosto estalló la revuelta de Watts en Los Ángeles. En Detroit supimos que las autoridades habían cancelado todos los permisos a los soldados de la base y que habían enviado un grupo antidisturbios desde Virginia, así que suspendimos la manifestación. Publicamos un último panfleto en el que decíamos: «Sabemos que las autoridades municipales planean atacar a los líderes del 10 de septiembre. Por eso pedimos a todos los hermanos y hermanas que se mantengan alerta en las proximidades. Si atacan a los líderes ya sabéis lo que hay que hacer. Acordaos de Los Ángeles».

El 10 de septiembre fui a donde había que prestar juramento y les dije que podían llamar a la policía porque no iba a ir más allá. Llevaba el cepillo de dientes en un bolsillo porque pensaba que me enviarían a la cárcel. El capitán de la oficina de alistamiento me llevó a su oficina y me hizo unas cuantas preguntas. Luego me dijo: «Te vamos a enviar a casa porque eres un riesgo para la seguridad». Pero aunque me hubieran metido en la cárcel probablemente no se habría producido una gran protesta. Todavía no había mucha gente contra el servicio militar obligatorio. Pero algo estaba empezando a surgir y nosotros seguimos participando en el movimiento contra la guerra como grupo específicamente negro.

Desde entonces, cuando salía de mi casa siempre llevaba un coche de policía delante y otro detrás. Me seguían a todas partes. A veces me acercaba a ellos y les decía: «¿Por qué no me lleváis vosotros y así me ahorro la gasolina?». Cuando tuve acceso a mi ficha policial pude leer en ella cosas como: «A General Baker se le ha visto salir de la calle West Philadelphia 1980 con tres bolsas de ropa sucia. Va a la calle 12, a una lavandería. Sale de la lavandería y entra al local de al lado, donde compra un paquete de seis cervezas de la marca Carling Black». No hacía nada extraño. Iba a trabajar a la planta principal de Dodge y la policía me seguía hasta el estacionamiento. Cuando salía por la noche la policía me seguía hasta casa.

Durante la rebelión de Detroit de 1967[24] me detuvieron por violar el toque de queda. Tratábamos de llegar a casa cuando en un control policial nos hicieron parar y uno de los policías nos reconoció a mi amigo y a mí. Cogió las llaves de nuestro coche, las lanzó lejos, nos pusieron las esposas y nos llevaron a la comisaría. Creo que fue lo mejor que nos podía ocurrir, porque a partir de aquel momento comenzaron a tirar a dar. Me enviaron a la penitenciaria del Estado, donde pasé quince días, y también en eso tuve suerte: a los que detuvieron después los confinaron en Belle Isle, siete mil personas allí tumbadas entre la mugre. Cuando volví a la fábrica todavía no se había recuperado el ritmo de producción porque muchos muchachos seguían en la cárcel. El pabellón en el que estaba mi celda parecía una de las líneas de montaje de Chrysler.

Muchos trabajadores de la industria del automóvil adscritos a la 101.ª División Aerotransportada volvieron a Detroit durante la rebelión de 1967. Los trajeron de Vietnam para mantener a raya la zona este de la ciudad. Si examinas la distribución de muertes verás que la mayoría ocurrieron en la zona oeste, donde estaba la Guardia Nacional. La mayoría de los guardias eran blancos y estaban asustadísimos, no sé dónde coño los encontraron. Lo recuerdo muy bien: íbamos por el túnel del metro desde los juzgados a la cárcel, esposados y encadenados en filas de ocho, y un muchacho con un M-16 temblaba como una hoja. Yo pensé: «Dios, ¿qué coño le pasa?». Íbamos todos esposados y él estaba temblando.

14

«La protesta final»

ANNE MORRISON WELSH

«Fue como si del corazón de Norman hubiera salido una flecha».

Una tarde de noviembre de 1965, mientras Anne Morrison iba a la escuela a buscar a sus dos hijos mayores —Christina, de cinco años de edad, y Ben, de seis—, su marido, Norman Morrison, condujo su coche hasta el Pentágono; con él iba su hija de un año Emily. Hacia las 17:20 de aquella tarde, en un pequeño jardín rectangular en el exterior del mayor cuartel militar del mundo, Morrison se prendió fuego hasta morir como protesta contra la guerra de Vietnam. Emily apareció ilesa cerca del lugar. El titular del diario The Baltimore Sun *del día siguiente decía: «Un cuáquero de Baltimore con un bebé se prende fuego».*

La inmolación ocurrió muy cerca de la oficina del secretario de Defensa Robert McNamara. Por indicación de sus ayudantes se acercó a la ventana. En sus memorias publicadas en 1995, In Retrospect, *no incluyó el relato de lo que presenció, pero escribió lo siguiente: «La muerte de Morrison no fue una tragedia sólo para su familia, sino también para mí y para todo el país… Mi reacción frente a aquella acción espeluznante fue reprimir mis emociones y evitar hablar de ello, incluso con mi familia. Marg y nuestros tres hijos compartíamos muchos de los sentimientos de Morrison sobre la guerra… y yo creía entender y compartir algunos de sus pensamientos». Morrison fue uno de los ocho estadounidenses que se quemaron vivos como protesta contra la guerra de Vietnam.*

Anne Morrison se volvió a casar en 1967 y vive al oeste de Carolina del Norte, a pocos kilómetros de la casa de su hija Emily, que ahora tiene treinta y seis años. Vuelve de cuidar a su nieto, el bebé de Emily. Habla con el cálido acento sureño de su Georgia natal.

En 1999 viajó a Vietnam con sus hijas por primera vez. Allí plantaron tres árboles en honor a Norman Morrison en un parque conmemorativo creado por los excombatientes estadounidenses y vietnamitas.

Emily y Christina eran muy pequeñas cuando Norman murió, no recuerdan su entierro. En cierta forma aquella ceremonia fue el primer verdadero funeral de su padre. Fue una experiencia preciosa y saludable. Plantar árboles es algo muy apropiado y enriquecedor. Para mí fue como poner a Norman en suelo vietnamita, a través de su recuerdo.

Después de plantar los árboles apareció un tal señor Hung. Su rostro era muy expresivo y su inglés impecable. Nos cautivó. Nos dijo: «Quiero contaros cómo me enteré de la muerte de Norman Morrison, vuestro marido y padre. Yo era miembro del Frente de Liberación Nacional en el sur. El 2 de noviembre de 1965 estaba en la selva cuando lo oí contar por Radio Liberación desde el bunker donde me escondía. Quiero que sepáis que todo lo que pude hacer fue llorar».

Mientras nos lo contaba se echó a llorar otra vez. Nos hizo mucha impresión, porque en nuestro país los hombres no lloran fácilmente. En toda mi vida sólo recuerdo haber visto llorar a mi padre en dos ocasiones. Pero durante las dos semanas que estuvimos en Vietnam en 1999 muchos vietnamitas lloraron ante nosotras. Las mujeres también, pero los hombres más aún. Cuando regresábamos, Christina comentó: «Mamá, es muy raro. Parece como si en Vietnam fueran más fuertes las mujeres mientras que los hombres lloran». [Risas]

Era asombrosa la cantidad de gente que se acordaba de Norman. Conocimos a mucha gente y todos nos querían contar dónde estaban cuando supieron la noticia y lo mucho que les afectó. Treinta y cuatro años después seguía estando muy vivo en sus corazones y en su recuerdo.

Sé que la muerte de Norman fue utilizada políticamente por el gobierno de Hanoi. ¿Y qué? Le dieron mucha publicidad a su sacrificio e incluso hicieron sellos con su retrato. Pero no pudo ser sólo la utilización política de su muerte lo que conmoviera a tanta gente entonces y todavía ahora, cuando han pasado tantos años. Fue como si de su corazón, roto por la guerra, hubiera salido una flecha capaz de recorrer miles de kilómetros para llegar hasta el corazón de los vietnamitas, del mismo modo que el amor te atraviesa el corazón. Un vietnamita me dijo: «Comparado con Estados Unidos el nuestro no era más que un pequeño país, como si un mosquito luchara contra un

elefante; pero a alguien de aquel enorme país le importábamos lo suficiente como para dar su vida por nosotros». Realmente creían que Norman dio su vida por ellos.

A Norman le importaban los vietnamitas. Escribió una carta que recibí después de su muerte. La envió desde Washington. Imagínate qué chocante fue recibir aquella carta. Por un instante pensé que no había muerto. Terminaba la carta diciendo: «Sabes que te amo, pero debo actuar por los niños del pueblo del sacerdote». Se refería a un pueblo católico cerca de Duc Co destruido por nuestras bombas. El día que Norman murió había leído un artículo sobre ese tema en el periódico *I. F. Stone Weekly*[25]. Puede que habláramos de ello aquel mismo día mientras desayunábamos, no lo recuerdo bien. Pero junto a su carta venía aquel artículo. Lo había arrancado de la revista y había marcado la historia de Duc Co en rojo.

Así que los vietnamitas le importaban mucho, pero también quería parar la guerra en beneficio de los estadounidenses, para que ninguno de nuestros soldados muriera y para que no perdiéramos nuestro sentido de la dignidad moral e integridad. Temía que si seguíamos combatiendo perdiéramos la conciencia, y creo que así fue en parte.

Me costó mucho tiempo asumir la muerte de Norman, y me sentía conmocionada y horrorizada. La mañana siguiente no me quería levantar de la cama, pero tenía tres niños que debían desayunar. Necesitaban que me ocupara de ellos, así que simplemente seguí adelante.

Además, la guerra proseguía y yo quería honrar el sacrificio y el recuerdo de Norman. Quería trabajar para acabar con la guerra fuera como fuese, así que no podía permitirme el lujo de deprimirme. En 1970 Ben se puso enfermo. Tenía once años, y al principio pensamos que eran problemas inherentes al crecimiento. Pero fue a peor, así que fuimos a un médico que descubrió que tenía cáncer. Durante más de cinco años trataron de salvarle la vida en el centro oncológico Sloan Kattering. Salvaron su pierna pero no su vida. Murió en 1975.

Cuando la enfermedad de Ben se agravó sentí rencor hacia Norman por primera vez. Me había vuelto a casar y mi marido me ayudaba, pero no era lo mismo que tener a mi lado en aquellas circunstancias al padre de Ben. Pensé: «Por Dios, Norman, ¿por qué no estás aquí?». Durante aquellos cinco años había tanto que hacer… [Se echa a llorar] Sigue siendo muy duro; creo que uno nunca se recupera de la pérdida de un hijo. Yo no he podido, al menos.

Para ser sincera, fue lo peor que me ha pasado en la vida. Y de alguna manera aquello pospuso mi pesar por Norman. Durante aquel tiempo no podía ni apenarme por él, de forma que esa pena se mantuvo como congelada durante veinticinco años.

Hacía 1990 o 1991 dejé aflorar por fin mis emociones. Mis hijas tenían ya una edad que nos permitía hablar de lo que había hecho su padre. Christina estaba muy dolida porque lo quería y se acordaba mucho de él, que había desaparecido sin despedirse siquiera. Yo las había protegido y lo sobrecogedor de su acción les impedía considerarlo en profundidad. Hablamos de ello y dimos rienda suelta a nuestra angustia y nuestra pena. Por fin fuimos capaces de afrontar lo que aquello supuso para nuestra familia.

En 1995 leí *In Retrospect* de Robert McNamara y sentí el impulso de expresarle mi aprecio por su reconocimiento de que la guerra fue desatinada, un error trágico. Me pareció insólito que un funcionario público admitiera errores, incluso décadas después. Le escribí una carta. Obviamente le conmovió, quizá en parte porque la mayoría de las reacciones hacia su libro fueron negativas, incluso envenenadas.

A los pocos días me llamó para expresarme su gratitud y sorpresa por mi indulgencia. Tuvimos una conversación asombrosamente relajada, casi como si nos conociéramos. Me contó que no había sido capaz de hablar con su familia sobre la muerte de Norman, aunque todos se sintieran profundamente afectados y necesitaran hablar de ello. Le dije que yo tampoco había hablado apenas de ello con mis hijas durante muchos años. Sentí cierta proximidad a él como padre y como ser humano. Fue casi como si no hubiéramos estado a ambos lados del abismo que dividió al país. También me pidió permiso para citar mi carta en la gira de presentación de su libro y naturalmente se lo di.

Creo que todos debemos perdonar y que todos necesitamos el perdón, pero comparto algunos de los sentimientos de la gente que no puede perdonar a McNamara. Al fin y al cabo, si sabía que la guerra era un error, ¿por qué no hizo más para ponerle fin? ¿Por qué contribuyó al recrudecimiento de la guerra una vez que tuvo conciencia de que era una equivocación? ¿Cuántos soldados estadounidenses y vietnamitas murieron desde entonces hasta que dimitió? Si hubiera tenido la valentía de protestar, puede que la guerra hubiera acabado antes y se hubieran salvado vidas de ambos bandos. Pero no creo que fuera un loco sanguinario, un doctor Strangelove[26]. Creo que deseaba el fin de la guerra y que creía honradamente que aquélla era la mejor forma de lograrlo, pero cuando comprobó que no daba fruto debería haber puesto más

de su parte para que no muriera nadie más.

No sé si McNamara presenció la muerte de Norman desde su ventana del Pentágono. Nadie sabe con exactitud lo que ocurrió aquel día. Las versiones de los testigos son contradictorias; unos dicen una cosa y otros otra. No sé si Norman apartó a Emily o si se la entregó a otra persona; no había cámaras grabando. Todo lo que puedo decir es que cuando llegué al Pentágono aquella noche me mostraron su cartera y su abrigo de *tweed* para que los identificara, y que nuestra hija no tenía ni un rasguño, ni una quemadura, nada.

No me imaginaba que Norman hubiera pensado llegar a aquel extremo. Sabía que se sentía desesperado por la guerra, pero no creo que hasta aquel día se le pasara por la cabeza inmolarse. Hacía lo mismo que el resto de los opositores a la guerra: escribía cartas a los diarios, trataba de presionar a los congresistas, participaba en manifestaciones, foros nocturnos y ayunos. La única vez que recuerdo que se mencionara específicamente en casa la autoinmolación fue a propósito de una anciana cuáquera de Detroit, Alice Herz, que hizo lo mismo unos meses antes. No se habló mucho de ello; lo único que recuerdo es que leí en el periódico su testimonio: «Quiero hacer lo que hacen los monjes budistas». No creo que apenas lo mencionáramos.

Desde un punto de vista formal fue un suicidio, pero creo que fue mucho más que eso. A mi entender fue la protesta final, el último sacrificio, porque hay maneras más fáciles de suicidarse.

Unos meses después de la muerte de Norman leí en una revista una carta del monje budista Thich Nhat Hanh a Martin Luther King, en la que decía que la autoinmolación no era un suicidio. La idea era sufrir —arder— y experimentar el mayor dolor posible para mostrar lo convencido que se está de algo, tanto que no importa sufrir y morir por ello.

Creo que los vietnamitas pensaron equivocadamente que la mayoría de los estadounidenses eran como Norman. Pero en 1965 el acto de Norman fue muy controvertido. Aunque recibí muchas cartas de apoyo, muchos estadounidenses, incluidos muchos cuáqueros, se sintieron muy incómodos, quizá por el acto en sí, la autoagresión, y por la presencia de Emily en la escena, pero también porque se trataba de una protesta contra el gobierno. Mucha gente pensaba que cualquier cosa que se hiciera contra la guerra era antipatriótica y perjudicaba a nuestros soldados.

Norman y yo queríamos que se llegara a la paz mediante conversaciones amplias y profundas. Queríamos un alto el fuego de todos los bandos. No

queríamos ningún ganador.

Como pacifista me entristece pensar que el acto de Norman animó a los vietnamitas a seguir luchando, pero ahora entiendo cómo sucedió.

El último día que pasamos en Vietnam nuestro guía y traductor, Bui Van Nghi, me dijo: «Señora Anne, usted es lo bastante mayor como para ser mi madre. Quiero contarle algo. Quiero que sepa que todas las familias vietnamitas se vieron afectadas por la guerra. Yo perdí a tres tíos». Uno de ellos estaba recién casado cuando se incorporó al ejército. Cuando supo que su mujer estaba embarazada quiso desertar; pero sus padres le dijeron: «Recuerda a Morrison, lo valiente que fue. ¿Vas a ser tú un cobarde?». Volvió al frente, lo mataron y nunca llegó a ver a su hijo.

Asumir que Norman infundió ánimos a los vietnamitas para que siguieran luchando fue duro para nuestra familia, porque sólo queríamos que la guerra acabara. Estados Unidos podría haberse retirado y puesto fin a la guerra en cualquier momento y miles, quizás millones de vidas se habrían salvado. Pero no condeno a los vietnamitas por seguir luchando en aquellas circunstancias. Me reconforta que supieran que en Estados Unidos había gente que los veía como seres humanos y se preocupaban por ellos, y sólo sé que el acto de Norman fue un intento desesperado de que acabara la guerra, de eso no cabe duda.

Cinco días después de la muerte de Norman el poeta norvietnamita To Huu escribió un poema titulado *Emily, hija mía*. Lo escribió como si fuera Norman, dirigiéndose al alma de Estados Unidos. Era una voz angustiada, pero también llena de esperanza en el futuro. Lo que no supe hasta que fui a Vietnam es que dos o tres generaciones de estudiantes lo habían aprendido de memoria.

Estábamos en Saigón en una agencia de viajes y un hermoso joven de veintitantos años que me atendía en el mostrador me dijo: «Estoy deseando decirles a mis padres que la he conocido». «¿Cómo me has reconocido?», le pregunté. Comenzó a recitar *Emily, hija mía*. «Lo aprendí cuando estaba en quinto grado».

He aquí una parte del poema:

Emily, hija mía,

está oscureciendo

y no te puedo llevar a casa.

Cuando mi cuerpo arda en llamas esta noche
vendrá a recogerte tu madre.
Por favor, corre hacia ella, abrázala y bésala por mí
y ayúdame a decirle
que parto con alegría. Por favor, no estés triste.
En este momento en que mi corazón está en lo cierto,
quemo mi cuerpo
porque en el fuego resplandezco
por la verdad.

15

El triaje

En la medicina de emergencia, el *triaje* es un sistema de clasificación de los pacientes en función de la gravedad de sus heridas y los recursos disponibles. Normalmente se atendería en primer lugar a los que se hallan en una situación más delicada, pero cuando hay mucha gente gravemente herida se suele dejar a un lado a los agonizantes y privilegiar a quienes tienen mayores posibilidades de supervivencia. No se trata de «jugar a ser Dios» con las vidas humanas, sino de ayudar de la forma más equitativa al mayor número posible de personas cuando los recursos de que se dispone son limitados.

Sin embargo, en la guerra suele haber reglas implícitas no escritas para el triaje que claramente dan preeminencia a unas vidas sobre otras. En Vietnam, por ejemplo, se solía conceder prioridad en los hospitales de campaña estadounidenses a los soldados de esa nacionalidad, no sólo con respecto a los enemigos, sino también con respecto a los soldados survietnamitas y los civiles.

En la guerra, además, mucho antes de que se produzcan heridos se toman decisiones que aumentan o disminuyen las posibilidades de supervivencia. Naturalmente, el hecho de que alguien resulte herido en una batalla es aleatorio, consecuencia de hallarse en el lugar y momento equivocados. Uno muere mientras que otro, a pocos centímetros de distancia, resulta ileso. Pero quien se encuentre en una situación más peligrosa depende de muchas decisiones, tanto calculadas como arbitrarias: quién estará en la primera línea de fuego, qué patrulla saldrá de noche y caerá en una emboscada, quién debe avanzar hacia el fuego enemigo o intentar un rescate prácticamente imposible.

En un sentido amplio, la guerra es de por sí un enorme sistema de triaje en el que los dirigentes e instituciones que ejercen el poder deciden en gran medida quién vive y quién muere. El primer nivel de triaje de la guerra de Vietnam en Estados Unidos era el Sistema de Servicio Selectivo, establecido

en 1948 como el primer servicio militar obligatorio en tiempo de paz de su historia. Nunca se pretendió que cubriera todas las necesidades de personal del ejército ni se concibió como una selección aleatoria de posibles reclutas. Al comienzo de la Guerra Fría los responsables de planificación del ejército reconocieron que una superpotencia nuclear altamente industrializada no precisaba una movilización militar general del tipo que estuvo en vigor durante la segunda guerra mundial. Evidentemente, una guerra nuclear apenas necesita soldados. Guerras limitadas podrían requerir una cantidad importante de soldados de infantería, pero la superioridad bélica dependería cada vez más de un cuerpo creciente de científicos, ingenieros y analistas con formación superior a cargo de la producción de armamento, comunicación, inteligencia y propaganda.

Con esto en mente, los expertos en recursos humanos diseñaron un reclutamiento al servicio del «interés nacional» que «orientaría» a determinadas personas hacia el ejército y a otras hacia la educación superior. Mediante el bastón coactivo y la zanahoria de las prórrogas de estudios (junto con varias exenciones especiales), esperaban crear un sistema que indujera de manera efectiva a millones de jóvenes hacia actividades susceptibles de fortalecer a la nación en diversos aspectos. Aunque el *baby-boom* generara veintisiete millones de hombres en edad de prestar el servicio militar durante la guerra de Vietnam, sólo se necesitó un 10 por 100 de ellos para luchar efectivamente en Vietnam. Otro 30 por 100 sirvió en Corea, Alemania y otros puntos conflictivos de la Guerra Fría, pero la mayoría eludía el servicio militar por las múltiples vías que ofrecía el sistema de reclutamiento.

El efecto general del reclutamiento era canalizar hacia Vietnam a los jóvenes de extracción obrera, mientras que a los más privilegiados se les animaba a proseguir su formación. Las diferencias económicas facilitaban las cosas, no sólo porque la prórroga de estudios se concedía a los que estaban matriculados a tiempo completo, sino por otras exenciones, especialmente las médicas. Los blancos sanos y con buenos contactos tenían más posibilidades de evitar Vietnam y ser asignados a la reserva. Y aunque los tests de «inteligencia» de las fuerzas armadas habían dejado en otro tiempo fuera del ejército a muchos hombres sin formación, cuando aumentaron los cupos de reclutamiento al recrudecerse la guerra de Vietnam, se redujeron significativamente los requisitos. Además, en muchos ambientes obreros se veía el servicio militar como un deber inevitable, un rito de paso a la madurez que se aceptaba tan acríticamente como el ingreso a la universidad para los vástagos de los más ricos. Más de un tercio de los que lucharon en Vietnam

fueron auténticos voluntarios; otro tercio eran «voluntarios inducidos», que esperaban gozar de mejor situación en el servicio que les esperaba que un recluta común, y el último tercio era de reclutas obligados.

De los 58 193 estadounidenses muertos en Vietnam, más de diez mil se clasificaron como «no debidas al combate». El 89 por 100 de los muertos eran reclutas o suboficiales. Entre los reclutas muertos el 70 por 100 tenían entre dieciocho y veintiún años. Las fuerzas estadounidenses también sufrieron más de trescientos mil heridos, muchos de los cuales sobrevivieron a heridas que implicaban peligro de muerte, incluidos unos cinco mil que perdieron uno o más de sus miembros. Sin una rápida evacuación en helicóptero a los hospitales en la retaguardia el número de muertos habría sido mucho mayor.

Entre los soldados de la República de Vietnam (el ejército survietnamita) hubo unos 224 000 muertos y más de un millón de heridos, cifras que deberían hacer reflexionar a los estadounidenses que creen que fueron sus fuerzas las únicas que combatieron mientras que los aliados survietnamitas hacían cuanto podían por evitar la batalla.

En 1995 el gobierno vietnamita hizo público que en la Guerra Americana murieron un millón cien mil soldados comunistas, sumando regulares del Ejército Norvietnamita y guerrilleros del Vietcong, resultando heridos otros seiscientos mil. Aunque seguramente hubo muchos más heridos no registrados ni tratados, que la cifra de muertos fuera mucho mayor indica la dificultad de tratar a los soldados heridos de gravedad en los hospitales de campaña de la selva sin medios suficientes.

Las cifras más difíciles de obtener son las de los civiles vietnamitas muertos durante la guerra. Sin embargo, dada la altísima proporción de la población masculina incorporada a uno u otro ejército, sin duda la mayoría de las víctimas civiles fueron mujeres, niños y ancianos. El gobierno vietnamita estima que durante la guerra murieron dos millones de civiles, lo que hace un total de más de tres millones de víctimas.

DAVID M. SMITH

«El hombre bisturí».

Creció en Fort Valley, Georgia. Su padre era sepulturero. En 1968 y 1969 trabajó como cirujano en el hospital de apoyo de la Armada en Danang y también en el buque USS Trípoli. *A veces acompañaba a las unidades de combate. En la Operación Meade River él y dos ayudantes médicos de la Armada trataron a más de cien bajas en una sola noche, por lo que fue*

condecorado con una estrella de bronce. En la actualidad dirige el mayor centro ortopédico de Nueva Jersey.

«¿Tiene usted aguante?», me pregunta. Ofrece mostrarme diapositivas de heridos en la guerra que utiliza en las conferencias que da a sus colegas médicos.

Clic, pasa la diapositiva:

«Aquí vemos a un fusilero que sufrió un solo disparo de un fusil AK-47. Entró por el hombro derecho, atravesó el pulmón derecho, el pericardio, el corazón, el estómago, el bazo, el páncreas, el intestino delgado, el riñón izquierdo, el uréter izquierdo, la arteria femoral izquierda y salió justo por encima de la rodilla. Después de ocho horas de cirugía y veintiocho unidades de sangre, murió». Clic.

Mide 1,97 metros. A menudo aparecía en la cubierta Trípoli *sin la gorra reglamentaria, lo que suponía una violación de la normativa. En una ocasión oyó que un marinero le preguntaba a su compañero: «¿Cómo es que ese tipo no va cubierto?». El otro le respondió: «No jodas, tío, es el hombre bisturí; nadie se mete con él».*

Era oficial de triaje, ése era mi trabajo. Clasificaba las bajas y determinaba a quién había que atender primero, en qué orden de prioridad. Normalmente era bastante obvio. Después me reincorporaba al equipo quirúrgico. En eso estuve durante un año y fue una experiencia profesional absolutamente increíble. Aprendí muchísima anatomía en casos que jamás habría visto de otra manera. Cualquier cirujano haría cuanto estuviera en su mano por tener esa experiencia. Así que en lo profesional fue fantástico. E independientemente de lo malo de la situación, siempre podía sentir que hacía algo bueno por los demás.

Cuando me incorporé era partidario de la línea dura, un halcón. Estaba muy convencido del mensaje de Lyndon Johnson. Poco antes casi acabo a golpes con un tipo en un restaurante porque criticó la guerra. Al cabo de tres semanas en Vietnam me di cuenta de lo que realmente era la guerra. No tenía ningún sentido, en absoluto. Pero nunca llegué al punto de derrochar energía filosofando sobre si apoyaba la guerra o no, porque *de hecho* la estaba apoyando. Estaba apoyando a aquellos muchachos que se jugaban la vida.

Respetaba muchísimo a los marines. Vi que aquellos jóvenes sin formación, que antes del adiestramiento básico ni siquiera tenían quizá mucha confianza en sí mismos, se sentían ahora capaces de cualquier cosa, sobre

todo físicamente. Otra de sus características era la disciplina hacia la jerarquía del mando. Un día empezaron a producirse muchas bajas por golpes de calor. Ninguno tenía heridas de bala, pero todos estaban exhaustos. Tras atender a unos quince le pregunté a un marine: «¿Qué diablos está pasando ahí fuera?».

El muchacho dijo:

—Doctor, estamos haciendo maniobras en la playa con 45 grados o más.

—¿Por qué las hacéis entonces? —le pregunté.

—Porque el sargento del pelotón lo ha ordenado.

Solía observar cómo se preparaban aquellos jóvenes antes de una misión. Sabía que en algunas operaciones el 20 o el 30 por 100 de ellos resultarían heridos o muertos. Esperaban sin hacer nada con su munición y sus armas. No pensaban en cosas importantes ni serias; leían cómics.

Clic: «El siguiente caso muestra gráficamente por qué la guerra de Vietnam era tan diferente en lo que hace a la medicina. Este alférez de los marines pisó una trampa explosiva hecha con el armazón de un obús de 105 milímetros, que tiene unos quince centímetros de ancho y unos sesenta de largo. Sufrió una desarticulación de la cadera izquierda, lo que quiere decir que su pierna quedó colgando desde la cadera. Hubo que amputarle la pierna derecha por encima de la rodilla y sufrió traumas en las dos manos, por no hablar de las lesiones urológicas. En el plazo de diez a quince minutos los helicópteros de evacuación lo trasladaron al hospital. Hay que atribuir a los helicópteros el aumento de la tasa de supervivientes en la guerra de Vietnam, comparada con la segunda guerra mundial y la guerra de Corea. De hecho, ese paciente estaba consciente cuando llegó y no presentaba hemorragia activa en ninguna de sus amputaciones por la contracción refleja de los vasos principales. Estoy seguro de que con un transporte lento la contracción se habría relajado y sin duda se habría desangrado inmediatamente».

Estaría por decir que entre el noventa y el noventa y cinco por ciento de los heridos que nos traían en menos de treinta minutos sobrevivían. Al fin y al cabo sólo había que estabilizarlos, puesto que la mayoría de ellos se encontraban en perfecto estado físico. Nunca he visto un grupo de personas en mejor forma física. Si morían, habitualmente se debía a complicaciones postoperatorias tales como infecciones incontroladas.

¿Habría sido más caritativo permitir que murieran los que habían sufrido

heridas más horribles? Válgame Dios, nuestro trabajo consistía en evitar que murieran sin darnos nunca por vencidos. Los médicos siempre estamos luchando como Don Quijote contra los molinos de la muerte. Nunca nos quedaríamos mirando cómo alguien muere sin hacer nada.

Nunca hice un seguimiento de ningún amputado bilateral para saber si había sobrevivido o no. A decir verdad, en nuestra sociedad rara vez me encuentro con ninguno de los heridos en Vietnam. No sé dónde están.

Clic. «Éste es un miembro del Vietcong de diez años de edad muerto al intentar colocar una trampa explosiva frente a un autobús».

Debo confesar que me costó mucho entender por qué debíamos operar a personas que trataban de matarnos. Para mí las cosas son blancas o negras y si alguien pretende matarme no siento ninguna necesidad de ayudarle. Si su intención es matarme no tendría ningún problema en verle morir. Así que aparte de la experiencia puramente quirúrgica adquirida al hacer algo en lo que no era experto, aquello no me gustaba. No estaba allí por altruismo.

[Después de unas cuantas fotografías de heridas abiertas] Clic.

«Esto es un jarrón de bronce que tengo sobre mi mesa».

Un día que bajaba por un camino cerca de Danang, me encontré frente a una pequeña construcción en la que había un horno, un fuelle y un torno accionado por un buey que giraba en círculo. Había un anciano vietnamita trabajando el metal. Al mirar más de cerca vi que estaba desmontando armazones de obuses de 105 milímetros. Los calentaba al rojo, les daba una nueva forma con el torno y los moldeaba hasta convertirlos en hermosos jarrones que vendía a dos dólares cada uno.

Nuestra artillería lanzaba cientos de miles de esos proyectiles y no volvía a preocuparse por el armazón. El Vietcong los recogía y preparaban con ellos trampas explosivas devastadoras. En medio de toda aquella locura, aquel anciano con espíritu empresarial había hallado la manera de transformarlos en bellos objetos.

«La primera vez que fui al monumento de los veteranos de Vietnam fui solo, porque sabía que lloraría durante horas, y así fue». El recuerdo le ahoga la voz y los ojos se le llenan de lágrimas. Aunque parece sorprendido por la sacudida emocional, no esconde el rostro ni deja de hablar. «Sólo he estado allí dos veces, y ambas he llorado. Fueron las dos únicas veces que lloré. No he pensado en ello, ni hablado, ni nada».

Se seca las lágrimas con el revés de la mano y recupera el tono normal de voz. «Los cirujanos somos personas con mucho autocontrol pero no me he podido contener. Si les preguntas a mis colegas o pacientes te dirán que soy un tipo duro; pero con ellos nunca he hablado sobre Vietnam».

SYLVIA LUTZ HOLLAND

«Les salvábamos la vida; ¿pero qué vida podrían llevar a partir de entonces?».

Sylvia Lutz Holland se alistó en el cuerpo de enfermeras militares y fue a la escuela de formación de oficiales en Fort Sam Houston. «Cuando rompíamos filas por la mañana sonaban canciones como "Gracias al cielo por estas chicas"». Al tiempo que avanzaba su formación como enfermeras intubando y haciendo traqueotomías a cabras anestesiadas, también «aprendieron a manejar un calibre 45 y las máscaras antigás, a desfilar y saludar, todo ese tipo de cosas». De 1968 a 1969 sirvió en el hospital de evacuación 312 en Chu Lai, provincia de Quang Ngai, en Vietnam del Sur.

Aquellos jóvenes heridos se felicitaban por su buena suerte. Por muy sudada y sucia que estuviera, para ellos era preciosa. ¡Y cómo se cuidaban mutuamente! Estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por un compañero. No se lo pensaban dos veces, salían reptando y traían de vuelta al que había caído herido. Pero también pasaban miedo. A pesar de todas sus armas y su brío, en aquellos momentos sólo eran capaces de decir: «Dame la mano. Sé que me estoy muriendo; por favor, quédate conmigo hasta entonces».

Había que cuidar de ellos todo el día y tratar de animarles si alguno se deprimía. A unos les iba mejor y a otros peor. Los médicos eran muy buenos. Nos permitían hacer muchas cosas que nunca podríamos haber hecho aquí. En Estados Unidos hay que pedirle permiso al médico hasta para tirarse un pedo, pero allí, si había algo que podías hacer, lo hacías sin más. Fue el único momento de mi carrera de enfermera en el que puse en práctica hasta el último de mis conocimientos y adquirí confianza en mi criterio profesional.

El lugar más ajetreado era la sala de urgencias. Los *dust-off* [helicópteros de evacuación médica] nos avisaban por radio lo que traían, algo así como: «Tres-doce, Medie 2 al habla, llevamos cuatro: dos cadáveres en su bolsa, uno con una herida en la cabeza y otro en el vientre». Cuando el helicóptero aterrizaba se aproximaban los ayudantes médicos y nos los traían. Teníamos unos caballetes preparados sobre los que ponían las camillas. El médico o la enfermera decidían a quién había que atender primero. Era un triaje continuo. Los soldados estadounidenses tenían prioridad, luego los soldados del ejército

de Vietnam del Sur, luego los civiles vietnamitas y por último el Vietcong. Ibas de una camilla a otra, examinabas las heridas, valorabas las constantes vitales y tomabas una decisión: es urgente o puede esperar. Teníamos que trabajar rápido, pero tratábamos de mantener un tono de voz tranquilo y siempre teníamos algún tipo de contacto físico con los pacientes. Muchas veces bastaba tocar al paciente para que se tranquilizara. Esto era una parte muy importante de lo que hacíamos. Cuando veía a alguien en muy mal estado no le decías nada y pasabas a la siguiente camilla. En el fondo te decías: espero que cuando vuelva a pasar esté muerto.

Muchos de ellos habían pisado minas. Era una guerra de guerrillas y se trataba no tanto de matar como de mutilar, causar daño, socavar la moral, y el Vietcong era muy eficaz en eso. Muy pocos de los heridos que tuvimos en Chu Lai eran de bala. La explosión de la mina les arrancaba las piernas, pero el calor de la explosión cauterizaba todos los vasos importantes y hacía que no se desangraran. Muchas veces seguían conscientes y hablando. Tuvimos a dos hombres que habían perdido la mitad del cuerpo de la cintura para abajo y los brazos, pero aún les quedaba la vejiga y parte de los intestinos, y no perdieron la conciencia. Pasaron por el quirófano y sobrevivieron. A menudo me preguntaba qué tipo de vida les esperaba. Se supone que cuando decides un triaje la calidad de vida no es una variable a considerar, pero te dices a ti misma: «Envío de vuelta a casa a un joven de diecinueve años sin brazos ni piernas. ¿Quién lo querrá? O ese muchacho con la cara desfigurada y quemada; ¿alguien lo amará y compartirá su vida con él?». Pensaba mucho en esto. Les salvábamos la vida; ¿pero qué vida podrían llevar a partir de entonces?

Algunos médicos habían dejado una carrera muy lucrativa. La 312.ª fue una de las pocas unidades de reserva llamadas al frente. No estaban muy contentos; se habían incorporado a la reserva pensando que nunca los llamarían. Pero hacían bien su trabajo. Los cirujanos eran milagrosos. Trajeron a un hombre con una herida de arma de fuego en la cara, al que le faltaba la mitad de la mandíbula; sólo tenía un borde dentado y se estaba asfixiando en su propia sangre. Le agarré de la lengua y se la levanté, pero cada vez que tragaba se me llevaba la mano por la garganta. Fue la única vez que me descompuse. Mientras le sujetaba la lengua me di vuelta y vomité. Le hicieron una traqueotomía y se lo llevaron a cirugía. Le recompusieron la mandíbula y tras la cirugía volvió a tenerla completa.

Cuando se producía una ofensiva enemiga recibíamos heridos durante días

y días, pero no siempre estábamos ocupadas. A veces se vivía cierta calma y todo lo que teníamos que hacer era sentarnos y esperar. Entonces hacías las veces de hermana, madre, abuela o novia, todo tipo de papeles. Los hombres comenzaban a contarte lo que habían vivido y veías cómo desaparecía la coraza. No sé por qué les costaba tanto empezar a hablar, si era por no molestarnos o porque era demasiado doloroso para ellos. Principalmente hablaban de sus novias o de lo que harían cuando llegaran a casa, qué coche comprarían. Muchos te contaban que habían recibido cartas de despedida de sus novias en las que daban por terminada la relación. Los casados te pedían que escribieras a su casa. Apreciaban sinceramente que hubiera con ellos mujeres estadounidenses. No sé cómo funcionaría ahora, con la liberación de la mujer y la igualdad de por medio. He oído que en Vietnam hubo casos de acoso sexual, pero a mí no me pasó nunca. Nos trataban con mucho respeto. Era como ser reina-por-un-día un día tras otro.

Hacías turnos de doce horas, te duchabas y al anochecer ibas al club de oficiales, donde ponían música, se bailaba, se jugaba a las cartas y te podías comer una hamburguesa. Luego te ibas a la cama y al día siguiente recomenzaba la locura. Durante el día tenías que hacerle frente a la muerte y por la noche bailabas. Al cabo de un tiempo no podías separar una cosa de la otra. Durante los últimos meses de mi estancia en Vietnam lloraba mucho y no podía dormir. No me concentraba, así que hablé con el jefe de cirugía y le dije: «Me estoy derrumbando». Me prescribió Librium. Yo no bebía ni tomaba drogas, pero estuve tomando Librium durante tres meses. Me proporcionaba una falsa calma. Era como ver una película.

Una de las cosas más duras de aceptar era la cantidad de droga que circulaba. Traían a algunos soldados adictos a la heroína, y lo que hacían con ellos era meterlos en uno de los enormes contenedores de metal en los que nos enviaban los suministros durante dos o tres días. Luego los ponían bajo vigilancia médica, los rehidrataban y los volvían a enviar a sus unidades. Era una desintoxicación rápida, nada de tratamientos graduales.

Parte de mi tiempo de servicio lo pasé en el pabellón vietnamita. Principalmente atendíamos a mujeres, niños y ancianos. Eran gente humilde —pescadores o campesinos— que llegaba con amputaciones, heridas en el vientre o en la cabeza, neumonías, infecciones, de todo. Algunos niños tenían quemaduras de napalm, bastante graves, y cuando les tocaba de la piel les caía un polvo blanco. Era como si la piel se evaporara. Olían a carne quemada y productos químicos. Habíamos destruido su precioso país, sus hogares y sus

familias, pero de algún modo conseguían sobrevivir. Se cuidaban mutuamente y acogían en sus hogares a personas de otras familias con las que no tenían ningún parentesco. Eran afectuosos y compasivos. Los internos solían tener algún familiar que les hacía compañía y dormía bajo su cama o en el suelo.

A veces el Vietcong lanzaba ataques de mortero contra nuestro complejo. Una noche, como a las tres de la madrugada, un disparo de mortero alcanzó el pabellón vietnamita. En aquel momento yo tenía turno en la sección de urgencias y en la de los vietnamitas me había reemplazado una compañera que se llamaba Sharon Lane; creo que sólo llevaba un mes con nosotros. Estaba dormida en una cama del pabellón. Si los turnos de noche eran tranquilos nos relevábamos y así podíamos descansar una horita. El mortero impactó justo donde estaba Sharon. Tras la explosión se fue la luz y comenzaron a sonar las sirenas. Se encendieron las luces auxiliares y se podía ver algo. Mucha gente gritaba. Los sanitarios trajeron corriendo a Sharon en una camilla. Tenía un gran agujero en el cuello, estaba pálida y con las pupilas fijas. Llegó el cirujano y trató de hacerle una transfusión, pero no encontraba ninguna vena. Entonces se dispuso a abrirle el pecho para hacerle un masaje cardíaco, pero le dije que no era necesario porque estaba muerta. Él repitió: «No, no lo está» y se echó a llorar. Uno de los sanitarios la apartó y la ocultó con un biombo porque empezábamos a recibir más bajas del pabellón vietnamita. Durante mucho tiempo me sentí culpable por haber sobrevivido, porque de no haberme sustituido Sharon yo habría estado trabajando en ese pabellón durante el ataque.

Cuando traían prisioneros del Vietcong heridos, un policía militar los vigilaba y no se les atendía hasta el final, si es que lograban sobrevivir. En una ocasión, después de tres o cuatro días muy malos, nos trajeron a un miembro del Vietcong. Pusimos la camilla sobre el caballete para examinarlo, pero el médico agarró un bisturí y se lo hundió en el pecho. Luego lo sacó y se largó. Todo el mundo tiene un límite y fue como si dijera: «Estoy hasta los cojones». No estoy de acuerdo con lo que hizo pero siempre hay una manera de racionalizarlo. Diez minutos más tarde aquel médico charlaba con sus colegas como si nada hubiera pasado.

En una ocasión atendí a un paciente del Vietcong en una sala de recuperación. Se estaba despertando de una intervención y yo le estaba tomando la presión sanguínea. Pude ver el odio en sus ojos. Fue la primera vez en mi vida que sentí tanta animosidad; fue estremecedor. Entonces me escupió a la cara. Un sanitario que estaba junto a mí le dio un golpe y lo dejó

inconsciente. El supervisor de enfermería pasó y dijo: «¿No es maravillosa la anestesia?». A lo que le dije: «Sí, la verdad que sí».

En otra ocasión trajeron a una vietnamita embarazada con heridas en el vientre causadas por una bomba de fragmentación. Le practicaron una intervención y le extrajeron los fragmentos, pero seguía gritando: «Duele, duele». Al principio pensamos que se debía a la operación pero cuando la examiné vi que había roto aguas y estaba de parto. Ya se veía la cabeza del bebé y con un empujón lo echó fuera. Lo sujeté cabeza abajo, le limpié la garganta y comenzó a llorar. El médico volvió, lo agarró, lo envolvió en un paño desechable y dijo: «Está muerto. Es prematuro y no podemos gastar oxígeno». Me lo pasó y lo tiré a la basura.

Probablemente era un bebé prematuro y habría necesitado oxígeno durante algunos días para que sus pulmones se desarrollaran por completo. El oxígeno era uno de los recursos que no escaseaban, pero en principio estaba reservado para el ejército estadounidense y apenas se utilizaba con los vietnamitas. Lo mismo pasaba con la sangre y las soluciones inyectables, reservadas para circunstancias especiales, así que no iban a malgastar el oxígeno con un bebé vietnamita. Así es como lo justifiqué. Comparado con mis propios hijos diría que era sietemesino, pero según la media vietnamita podía estar completamente desarrollado. Lo que realmente me trastornó fue que llorara espontáneamente, lo que mostraba que sus pulmones funcionaban. El bebé no había muerto. Lloró espontáneamente. Pensé que quizá deberíamos esperar a ver cómo se desarrollaba por sí mismo, pero no teníamos esa posibilidad, o mejor dicho, yo no opté por esa posibilidad.

¿Debería haber sacado al bebé de la basura? Tenía la posibilidad de hacerlo, pero en aquel momento no era lo que tenía que hacer. Durante una guerra se piensa de forma diferente, ves el mundo de otro modo. La vida tiene valor, pero sólo ciertas vidas. Creo que confías en que los que te dan órdenes asuman la responsabilidad. Si hubiera tenido treinta y tantos años quizá habría reaccionado de forma diferente. ¿Dónde terminan tus principios y dónde comienzan tus actos? No puedo retroceder en el tiempo y cambiar lo que hice, y tampoco puedo arrepentirme porque me volvería loca. Debo aceptar mi responsabilidad por lo que hice.

Durante la guerra del Golfo Pérsico en 1991 le dijo a su hijo Dan, que entonces iba al instituto:

—Eres objetor de conciencia.

—¿Porqué, mamá?

—Porque no vas a ir. Si alguien tiene que ir será tu madre, por vieja que esté.

Como muchos veteranos de Vietnam, no quiere que sus hijos ni nadie «pase por lo que yo pasé». Aun así, no se arrepiente de su servicio militar ni pone en duda su lealtad a la patria. Por muy crítica que se muestre hacia la política estadounidense en Vietnam («no se ganan las mentes o los corazones con armas y balas»), también dice: «Éste es mi país, para bien o para mal, y si hubiera otra guerra donde necesitasen enfermeras iría. Probablemente me dirían que soy demasiado vieja, pero estaría allí».

CHI NGUYEN

«Una herida de guerra no se consideraba lo peor que te podía ocurrir».

Trabajó como cirujano ortopédico en el mayor hospital militar de Saigón de 1965 a 1974. Su familia consiguió, con algo de suerte y mediante un oportuno soborno, tomar uno de los últimos vuelos que salieron de Saigón durante su caída en abril de 1975. Recientemente se ha jubilado de su puesto en un hospital de veteranos en Boston.

A veces teníamos en la gran sala de triaje a treinta o cuarenta soldados heridos. Todavía puedo verlos y olerlos. Una vez que se huele a los heridos nunca se puede olvidar. Es el olor de la carne deshidratada. A veces nos traían pacientes al hospital cinco o seis días después de ser heridos. Olían peor que los muertos.

Recuerdo que iba con un tablero en el que iba apuntando: «Éste va primero, éste será el siguiente, y luego éste». Sabía que tenía su destino en mis manos y era una sensación muy dolorosa. No había tiempo para largas evaluaciones. Simplemente trataba de concentrarme en el paciente que tenía ante mí. El triaje me hizo desarrollar el mal hábito de trabajar muy aprisa. Pasábamos por alto los detalles. Sólo nos preguntábamos: ¿Hasta qué punto es crítica la herida?

Veíamos todo tipo de heridas, algunas de ellas repugnantes, pero recuerdo a un chico que murió por pequeñas heridas de esquirlas. Ninguna de ellas sangraba, sólo se veían miles de pequeñísimos puntos por todo su cuerpo, más que estrellas en el cielo. Seguramente murió por la conmoción.

A un joven le tiraron una granada. La cogió y trató de devolverla, pero le estalló en las manos. Además de perder las dos se quedó ciego, por lo que las

manos protésicas no servían, así que apliqué la técnica de Krukenberg: empalmarle los antebrazos y envolver con la piel los huesos para hacer dos dedos grandes con los que podría coger cosas. El día que pudo sujetar una taza de té con sus cuatro «dedos» lloró.

Mi recuerdo más vivo es el del pequeño diario de bolsillo de un joven soldado que había muerto de camino al hospital. En la primera página había escrito: «No ha pasado nada». Al día siguiente, «no ha pasado nada». Todos los días escribió: «No ha pasado nada». Eso es todo. El día que lo hirieron fatalmente la página quedó en blanco. Cuando por fin pasó algo no pudo registrarlo. Es una especie de humor negro, un humor negro muy triste.

Nuestra gente padeció tanto durante años que una herida de guerra no se consideraba lo peor que te podía ocurrir. Algunos incluso expresaban alivio tras amputarles algún miembro; para ellos la guerra había terminado.

16

Una inyección de ánimo

Estamos tan cerca del campo de batalla que deberíamos darle al Vietcong la mitad de las entradas.

Bob Hope en Cu Chi, República de Vietnam, 1966.

William Westmoreland, comandante de las fuerzas estadounidenses en Vietnam de 1964 a 1968, aseguraba habitualmente a los medios que la moral de sus hombres era excelente. En sus memorias, *A Soldier Reports*, explica por qué:

Como preveía que la guerra iba a ser larga, el servicio de un año les daba a los hombres una meta concreta. Era bueno para la moral y tenía la esperanza de que suscitara el apoyo de la población y evitara la presión pública de «traer a los chicos de vuelta a casa».

Aunque los economatos, los clubes, los comedores y las instalaciones de ocio servían sobre todo para mantener a las tropas fuera de las ciudades… también eran buenos para la moral, como lo era el programa de permisos militares, que les daba a los soldados una meta a corto plazo para tomarse un respiro… Estas comodidades materiales, además de mantener a los soldados ocupados e informados, hacerlos participar en proyectos de acción ciudadana y mantener abiertas las vías de queja, contribuyeron entre 1964 y 1969 a elevar la moral de nuestros soldados más de lo que había visto en tres guerras. La tensión psicológica por una aparente guerra interminable no apareció hasta 1969.

En ese texto Westmoreland se muestra como el jefe de personal de una gran empresa que da consejos sobre cómo mantener obedientes y productivos a los trabajadores contratados por un breve período. Lo que más llama la atención en su análisis sobre la moral es precisamente lo que omite. En ninguna parte sugiere que haya una meta más allá de sobrevivir a un servicio de un año; parecía irrelevante si los soldados comprendían y apoyaban los objetivos de la guerra o si creían que estaban comprometidos en una causa justa y digna.

Sin embargo, la *moral* como estado de ánimo está esencialmente relacionada con el sentido moral de nuestras acciones. Quizá la «comodidad material» y mantenerse «ocupados» permita a la gente afrontar el día a día, pero así se evade la cuestión más profunda del sentido final. Pero Westmoreland tenía razón al decir que los soldados estadounidenses enviados

a Vietnam centraban sus energías en sobrevivir al servicio de un año. Para muchos era casi una preocupación obsesiva. Sabían con exactitud cuántos días les quedaban para cumplir el servicio y los iban tachando, uno a uno, en los calendarios que tenían en todas partes: en los chalecos antibalas, en las paredes de los cuarteles… El plazo de un año era quizá lo único en lo que podían confiar; y puesto que no tenían asegurada la supervivencia, en el vencimiento de ese plazo depositaban su esperanza.

Para los hombres destinados a las bases importantes de la retaguardia las comodidades materiales podían ser notables, al menos comparadas con las privaciones de los soldados que patrullaban la selva. A medida que aumentaba la presencia estadounidense se construían más bases. Los soldados de la retaguardia podían contar con comida recién cocinada, duchas con agua caliente y electricidad. En los economatos militares se podía comprar cualquier cosa, desde cigarrillos y revistas hasta caramelos, cámaras, aparatos de música, ropa interior y perfume. En el club de suboficiales se podía tomar cerveza por diez centavos y jugar a la máquina tragaperras. Hacia 1970 los clubes de muchas bases militares tenían televisión y los soldados podían ver programas como *Star Trek*, *Laugh-In*, *The Mod Squad*, y *The Beverly Hillbillies*.

La vida de los soldados norvietnamitas y del Vietcong no podía ser más diferente. Pasaban años y años en la selva, expuestos a la inclemencia de la naturaleza y a todas las vicisitudes de la guerra. A pesar de que los veteranos que pasaron por aquello suelen mostrarse renuentes a hablar de las dificultades que afrontaron (al fin y al cabo, ¿no las tuvo que afrontar todo el mundo?), prácticamente todos sus relatos mencionan la escasez de comida. Y no eran sólo los soldados quienes la padecieron. En Vietnam del Norte estuvo racionada durante toda la guerra; a la mayoría de la gente le asignaban menos de medio kilo de carne al mes.

Dadas aquellas condiciones tan adversas, los mandos y políticos estadounidenses estaban sorprendidos por la resistencia del enemigo. A pesar de que sus deserciones indicaban cierto agotamiento y desilusión entre las fuerzas comunistas, en general se constataba su motivación y compromiso con la causa de la expulsión del invasor estadounidense y la reunificación de la nación. A juzgar por muchos pasajes de los discursos y los escritos de los dirigentes comunistas y de sus mandos militares, parecía como si creyeran que «la guerra sagrada de resistencia contra los agresores americanos» prácticamente no necesitaba organización política y que se alzaría como una

«marea» gracias al «espíritu de la gente». Pero, de hecho estaban convencidos de que la victoria era tanto una cuestión de organización política como de destreza en el campo de batalla. También entendían que la política no sólo requería discursos propagandísticos («¡Viva un Vietnam pacífico, unido, independiente, democrático y próspero!»), sino muchísimos esfuerzos directos para reclutar gente del sur para la causa y reforzar la determinación de los camaradas.

Un elemento de este compromiso era el uso del arte y la cultura para reforzar la moral de las tropas. Las principales unidades de combate norvietnamitas incluían cantantes, músicos, pintores, escritores y actores que se desplazaban hacia el sur por la Ruta Ho Chi Minh. En lugar de hacer la travesía como compañías artísticas separadas, iban mezclados con las tropas regulares, convivían con ellos y en ocasiones combatían. Su deber principal era compartir sus destrezas y dones artísticos para inspirar a los soldados.

La respuesta estadounidense más evidente a esos artistas vietnamitas fue la participación de estrellas como Bob Hope, quien viajó a Vietnam (siempre con artistas más jóvenes como Joey Heatherton, Jill St. John y Ann Magret) para dar grandes espectáculos ante miles de soldados. Mientras tanto, quizá no muy lejos, en un claro de la selva o en un bunker subterráneo, otro grupo de soldados escuchaba folclore vietnamita o echaba un vistazo a la última obra de un «artista soldado».

También el movimiento contra la guerra tenía en Estados Unidos sus propios animadores: músicos como Joan Baez, Phil Ochs y Peter, Paul, and Mary, grupos de teatro como la Compañía de Mimos de San Francisco y periódicos alternativos como el *Berkeley Barb* y el *Chicago Seed*.

JAMES BROWN

«Después de disfrutar del funk*, volvieron a la carga».*

El «padrino del soul*» quita el papel de aluminio de su almuerzo en el estudio de su estación de radio —WAAF: «*soul *clásico»— en Augusta, Georgia. Mientras come un perrito caliente, su nieta Tanya, la DJ de la tarde, pincha una vieja melodía de Wilson Pickett. A través de la enorme ventana se puede ver la esquina de Broad Street y James Brown Boulevard. De vez en cuando algún transeúnte saluda con la mano a este hombre tan famoso que lleva un traje de tres piezas verde, una camisa rojo carmesí y botas de cowboy. A los sesenta y siete años sigue peinándose como siempre: cabello acicalado y oscuro con un tupé. Salta de un tema a otro y pone color a sus comentarios*

con la mención de su nieta y de cualquier otra persona que aparezca en el estudio. En un momento dado hace gestos por la ventana a un hombre desaliñado y de mediana edad que parece un indigente. «Ese hombre es el mejor percusionista que he conocido. Fue a Vietnam y mira a lo que tuvo que volver. Volvió para vagar por las calles. Allá se volvió loco. Siempre me preocupo por él».

En el verano de 1968 Brown fue a Vietnam durante dos semanas para presentarse ante una gran multitud de soldados. Ese mismo año, a raíz del asesinato de Martin Luther King, había aparecido en los canales de televisión y en las emisoras de radio de las principales ciudades, incluidas Boston y Washington, para desaconsejar el uso de la violencia. «Se' cómo se siente todo el mundo, pero no se consigue nada reventando, quemando, robando y saqueando. No hay que aterrorizar sino organizarse. La auténtica respuesta al problema racial en este país es la educación. Obtener un título. Ser alguien. Eso es el Black Power».

En 1968 apoyó a Hubert Humphrey para presidente, y en 1972 a Richard Nixon.

Cuando se habla de la guerra de Vietnam hay que elegir bien las palabras. Lo mío con Vietnam fue un tanto extraño, porque el mejor boxeador del mundo, Muhammad Alí, se negó a ir. No sé si estaba asustado o qué le pasaba. Muchos negros pensaban que no tenían por qué ir allí, dado que aquí no se respetaban sus derechos. Tenían sentimientos contradictorios sobre la guerra. Alí se convirtió en un auténtico héroe, pero mucha gente no estaba de acuerdo con él. Mi padre, por ejemplo, sí que hizo el servicio militar y pensaba que si uno iba a luchar tendría luego más razones para exigir igualdad, y eso era también lo que yo creía. Fui en 1968 porque si quieres exigir todos tus derechos tienes que dar a tu país todo tu apoyo. Mira, si uno no logra que el sistema le deba algo no podrá conseguir nada. Aunque yo sepa que Estados Unidos no me debe nada, porque es mi hogar, pero piense en los miles de millones de dólares que yo les ahorré tras el asesinato del doctor King. Si me hubiera quedado quieto, sin decir nada, lo habrían quemado todo. Pero lo hice de corazón, no para obtener publicidad. Lo hice porque nuestro país estaba hecho pedazos.

Oí a alguien decir que los negros iban a luchar a Vietnam, pero que los artistas negros no iríamos. Así que me ofrecí para ir, pero el gobierno no quiso. No lo podía entender. Fue Bob Johnson, el editor de la revista *Jet*, el que me llevó allí. Llamó al vicepresidente Hubert Humphrey, al que yo había

conocido en 1966, cuando produje la canción «Don’t be a drop-out», y él aceptó: «Ya lo creo, enviaremos con gusto a James a Vietnam».

Hacíamos dos o tres conciertos al día. Fue más duro que cualquier gira que haya hecho. Hermano, ¡qué calor! Casi cincuenta grados. Cantaba y sudaba, y no tenía ni un milímetro seco en todo el cuerpo. Sacaba una toalla congelada de la nevera y antes de ponérmela en la cara ya estaba como esta servilleta. Estaba dándolo todo en los conciertos, así que después de cada función me pinchaban una intravenosa. Tenía la inyección preparada como si estuviera en el hospital. Entre concierto y concierto me recostaba y me llenaban la vena de agua y de nuevo me volvía el alma al cuerpo.

Dormía en el hotel, en Saigón, y el palacio presidencial estaba a la vuelta de la esquina. ¿Te puedes creer que dispararon un cohete y que cayó a cincuenta metros del palacio? Íbamos de un lugar a otro en un Chinook, un helicóptero grande. Pedí un arma. Dije: «Necesito un arma o no puedo seguir». Me quedaría en el suelo pero tendría un arma. Cuando me dieron una de esas enormes calibre 45 me sentí bien. Llevaba puesto un uniforme estadounidense, con todo el equipo. Parecía un soldado más. Todo esto me hace recordar cómo era aquello. Nunca se sabía quién podía haber entre los arbustos. ¿Sabes lo que me ocurrió? No te lo vas a creer: cuando llegué allí los del Vietcong hicieron un alto el fuego y vinieron a mi concierto. Dijeron: «Vamos a escuchar un poco de ese *funk*». Así que después de que escucharon *funk*, regresaron y volvieron a la carga [explota en carcajadas]. Esos tipos volvieron a la carga. Eran muy listos. Durante el día eran colegas y por las noches se ponían a disparar.

Los soldados me trataban como a un dios, ya que fui allí a actuar para ellos porque quería y sin tener la obligación. Estaba allí, en el meollo del asunto, delante de la gente. Canté «Papa’s Got a Brand-New Bag», «Cold Sweat», «Please Please Please» y «Try Me». Los temas que más impactaron a los soldados fueron probablemente «Bag» y «Cold Sweat». Todos los conciertos salieron bien en conjunto pero nunca olvidaré el que dimos en una base llamada Bear Cat, creo. El lugar estaba empotrado en una colina, como el Hollywood Bowl. Debía de haber unas cuarenta mil personas. Los tíos se pusieron como locos. Cuando íbamos más o menos por la mitad del concierto oímos: ¡Ra-ta-ta-ta!, ¡bum, bum, BUUM! Venía de detrás del escenario. Resultó ser que unos soldados estaban disparando a alguien. Los tipos que estaban enfrente gritaron: «¡No te preocupes, no dejaremos que Charlie te alcance!».

Sabía que no debía saludar como los chicos del *black power* a los soldados. Eso habría provocado problemas. Todos los soldados estaban allí juntos. Pero cuando volví hablé con el general Forbes. Me preguntó, «¿Qué piensas del problema racial?». Le dije: «Creo que tienen un gran problema». A lo que él contestó, «Pues yo no veo ningún problema, bla, bla, bla». Le dije: «¿Y cómo va a ver el problema? Si cuando usted se acerca a los muchachos, más les vale no mirarle mal o les caerá un consejo de guerra. No puede ver nada porque los muchachos no le pueden replicar, señor. Pero cada vez que voy a un lugar me hablan de los negros y de los blancos y de que unos creen que son mejores que los otros». Pero esto no les sucedía a todos. Muchos negros y blancos se hicieron amigos, los mejores que habían tenido en la vida.

QUACH VAN PHONG

«En la guerra un artista puede ser tan importante como un soldado».

Llegó a la mayoría de edad en Saigón. En 1954 su familia estaba entre los doscientos mil habitantes del sur que se trasladaron a Vietnam del Norte después de participar en la guerra contra los franceses. Volvió al sur en 1963 como artista ligado al ejército norvietnamita. Su misión era utilizar su arte para reforzar la moral de los soldados. Ahora vive en las afueras de Ciudad de Ho Chi Minh, en una casa espaciosa repleta de sus pinturas. Pregunta: «¿Podemos hacer la entrevista tomándonos una cerveza?». Su hija nos trae las bebidas y unas gambas.

Todavía guardo muchos bocetos de la época de la guerra. Desde un punto de vista meramente artístico no valen nada, pero son mi vida. Dibujaba en medio de los combates. A veces no tenía tinta, ni siquiera un lápiz, así que me escupía la palma de la mano, mezclaba la saliva con la suciedad y usaba una rama para dibujar. No había tiempo para realizar una composición bien planificada ni estructurada. Años después, cuando llevé mis bocetos de la guerra al Círculo de Bellas Artes de Hanoi, la gente no los apreció porque no veían una composición ni dibujo alguno. Comprendí lo que trataban de decir, pero un boceto de guerra se debe hacer en el lugar y en el momento. Si se hace semanas o meses después, puede que sea una buena pintura pero no será una auténtica pintura de combate. La gente que ha vivido la guerra sabe lo que quiero decir. Por ejemplo en una exposición de mis primeros bocetos en Tailandia, algunos antiguos reporteros de guerra me rogaron que les vendiera los dibujos aunque no estuvieran a la venta. Les pregunté por qué los querían. Dijeron que en ellos podían revivir intensamente los detalles de la guerra.

En nuestros campamentos de la selva colgaba mis bocetos en los árboles o

en unas cuerdas, donde los soldados pudieran verlos. Muchos de mis dibujos eran retratos. Después de que todos los hubieran visto, se los regalaba a los soldados que había retratado. Los guardaban como un tesoro, creo que en parte porque sabían que podían morir en cualquier momento. Sentía un gran afecto por ellos y ellos me lo retribuían con creces. Desde los mandos a los soldados rasos todos me halagaban.

Sin embargo hubo un momento en que los mandos de las guerrillas locales se sorprendieron al saber que entre los soldados había un artista. No creían que sirviese para nada tener un artista en la guerra y no disimulaban que para ellos era completamente inútil. Así que mentí y dije que trabajaba para un periódico y que había venido para aprender más sobre escenas de guerra y poder así dibujar ilustraciones. Pero cuando dejé aquella unidad los soldados me escribieron pidiéndome que volviera. Entonces sus mandos empezaron a darse cuenta de que en la guerra un artista puede ser tan importante como un soldado.

Cuando caí herido en 1973, me enviaron a Hanoi para un tratamiento médico. Allí nunca le conté a nadie mis experiencias en la guerra, ni siquiera a mis amigos más cercanos ni a mi familia. Pensé que nunca las entenderían. Es sorprendente y paradójico que cuando hablo con veteranos estadounidenses me parece que tenemos en cierto modo más en común que lo que pueda tener con otros vietnamitas que no estuvieron en el sur. Aunque estuviéramos en bandos contrarios, compartíamos el campo de batalla. Cuando hablo de la tierra arcillosa, enseguida entienden a lo que me refiero. Si hubiera hablado a mis amigos del norte sobre mis experiencias en la guerra habrían pensado que era un engreído. Así que no les conté nada.

Tengo muchos recuerdos tristes, pero lo peor fue ver a tantos civiles inocentes asesinados. Otra cosa que me deprimía era no saber cuándo iba a acabar la guerra. Parecía interminable. Año tras año pensaba que acabaría, pero continuaba. Trabajé en Phuoc Long, a unos 140 kilómetros de Saigón, pero la distancia entre los dos lugares era como la que hay entre el cielo y el infierno. Siempre sentí a Saigón como un hogar aunque estuve fuera de la ciudad de 1954 a 1975. Quizá lo que más me atormentó durante aquellos años era no saber cuándo podría volver.

Mientras terminamos las gambas, recuerda lo escasa que era la comida durante la guerra. Por ser artista, su ración era un poco más generosa de la que le daban a un soldado. Por ejemplo, solían darle un poco de sal con la comida mientras que a los otros no. Aun así, en algunos períodos sobrevivió a

base de mandioca. «Sigo odiando la mandioca. No puedo comerla».

NANCY SMOYER

«No puedo creer que las Donut Dollies *nos hayan hecho jugar a esto».*

En 1967 fue a Vietnam como Donut Dollie*, el apodo que se utiliza desde la segunda guerra mundial para referirse a las mujeres que trabajaban en un programa de la Cruz Roja llamado Actividades de Recreo Suplementarias en el Extranjero. En Vietnam del Sur visitaban a los soldados y los entretenían con juegos que les elevaran la moral. «Teníamos más edad que gran parte de los hombres y tendíamos a vernos como sus hermanas mayores. Sus sueños eran volver al "Mundo", como llamaban a Estados Unidos, comprarse un coche, quedar con chicas y pasárselo bien. Ninguno de nosotros sabía que nunca más volveríamos a ser niños». Ahora trabaja como orientadora en un centro de veteranos en Fairbanks, Alaska.*

Mi primera misión fue con la primera de caballería. Un helicóptero me recogió en Saigón. El piloto trató de asustarme volando bajo, pero me encantó. Lo mejor de ser una *Donut Dollie* era volar hasta las bases de la artillería y las áreas que quedaban lejos. Íbamos mucho más lejos que cualquier otra mujer, con excepción de las periodistas.

Nuestros programas eran un cruce entre un concurso de la tele y un juego de mesa como el Monopoly. Teníamos un tema, como deportes, coches, mujeres o películas, un montón de preguntas y un tablero en el que el objetivo era llegar de la A a la Z o algo parecido. Dividíamos a los hombres en equipos y nos poníamos de pie frente a ellos para hacerles las preguntas. En uno de los juegos les hacíamos escribir sus respuestas con cubos de letras para niños. Se metían en serio en el juego. Al final les decía: «chicos, ¿os podéis creer que hemos pasado una hora jugando con cubos para niños?». Era divertido tomarles el pelo. Solían decir: «¡oh, no! No puedo creer que las *Donut Dollies* nos hayan hecho jugar a esto».

Usábamos vestidos de rayas azules. Todos los chicos que nos rodeaban tenían chalecos antibalas, cascos y armas, y nosotras con nuestros vestiditos azules. La incongruencia era increíble. Siempre tratábamos de llevar los labios pintados, perfume y tener la mejor apariencia para los chicos. Pero al contrario de lo que sucedía en casa, nuestra apariencia no era tan importante. Los chicos estaban muy agradecidos de ver mujeres estadounidenses. Nunca me hicieron sentir vergüenza, ni siquiera cuando llevaba unas gafas ridículas porque el polvo era tan terrible que había tenido que dejar de utilizar las

lentillas.

A veces se quedaban en silencio, asombrados, por vernos aparecer inesperadamente, o trataban de coquetear con nosotras. Pero habían perdido mucha práctica y apenas sabían cómo hacerlo, o su vocabulario rudo afloraba de tal manera que se avergonzaban de sí mismos. Eran como niños guapos sorprendidos de ver cerca chicas y no sabían cómo actuar. A veces decían cosas como «¿Qué haces aquí? ¿Qué consigues con esto?». Sentíamos intensamente la necesidad de protegerlos y de hacer lo posible para que aquel lugar miserable fuera un poco más soportable.

Un día estaba con uno de mis grupos favoritos, una unidad de reconocimiento a gran distancia, y no respondían a mis propuestas. No podía entender lo que pasaba. El juego era sobre gente famosa. Así que para tratar de meterlos en el juego dije: «Bueno, ¿quién es la persona más famosa de vuestra unidad?», nombraron a alguien y dije: «No lo recuerdo. ¿Quién es?». Me dijeron: «Lo mataron hace unos días». Así que nos sentamos y pasamos el resto del tiempo hablando. Éramos tan inocentes que muchas veces no llegábamos a entender por lo que estaban pasando. Todos éramos muy inocentes. Si hubiera sabido lo que sé ahora no podría haber jugado con ellos. Probablemente habría tratado de advertirles y de advertirme a mí misma sobre lo que sucedía.

En público siempre estábamos como «encendidas». Ante los cientos de ojos que nos miraban siempre debíamos estar sonrientes y agradables. Generalmente no era difícil, pero si una estaba pasando una mala racha, o si sabíamos que ellos se sentían mal, se nos hacía difícil. Cumplíamos un papel extraño; ser dulces y risueñas en una zona de guerra. Y es aún más incongruente pensar en ello hoy día, por todos los cambios en los roles de género y por el hecho de que hay muchas más mujeres en el ejército. Hoy día no funcionaría.

Por desgracia se nos colgó el sambenito de que estábamos en Vietnam sólo para los oficiales. Algo de eso tenía que ver con que el reglamento de la Cruz Roja decía que sólo podíamos salir con oficiales. A veces queríamos comer con los reclutas y los oficiales insistían en que comiéramos con ellos. Discutíamos por esto porque sentíamos que habíamos ido allí para estar con los reclutas. Era un tema complejo pero conozco a varias *Donut Dollies* que se casaron con reclutas que conocieron en Vietnam.

Parece extraño que diga esto pero en todo momento fue una experiencia

emocionante. Fue un viaje fascinante. Estábamos en zona de guerra, donde todo era intenso y con una carga de adrenalina. Los detalles son insignificantes y los lazos que se tejen son muy fuertes. Le da un esplendor extremadamente atractivo a la guerra. Pero es demasiado costoso. Incluso entonces, de alguna manera sabía que iba a ser el momento más intenso de mi vida, y así fue. Es un poco triste saber que una vez que has pasado por eso con tan sólo veinticuatro años nunca volverás a sentir nada igual.

En 1968, tres meses después de volver, mi hermano menor Billy fue destinado a Vietnam como teniente de los marines; tres semanas después murió en una emboscada. Fue una pérdida terrible para mi familia, así como para sus amigos y profesores. En 1965, cuando yo estaba en el último año de la universidad, pensaba que gracias a Dios mi hermano era muy joven y que la guerra terminaría antes de que él tuviera que alistarse.

Desde que se levantó el monumento a los veteranos de Vietnam en 1982 ha trabajado allí muchísimas veces como voluntaria. «Me gusta hablar con los veteranos, preguntarles cómo están y simplemente estar allí. Recuerdo que hace unos años escuché a una enfermera decir: "Pienso en Vietnam todos los días". Yo pensé: "Por supuesto, nunca dejarás de hacerlo"».

VU HY THIEU

«Las sandalias eran lo más importante».

Nos sentamos en la recepción de un hotel de Hanoi. Su hija nos sirve de intérprete. Sus rasgos son delicados y los ojos oscuros y límpidos, difíciles de olvidar. En un momento dado mira al suelo, se le pierde la mirada y se queda callado. Hace un gesto en el aire, como si se quitara de encima una mosca. Acaba de mencionar un gran bombardeo estadounidense sobre la Ruta Ho Chi Minh que causó cientos de bajas. El silencio se prolonga, le tiembla el pecho y su hija le toma la mano. «Es difícil», dice ella.

Tras graduarme en la Escuela de Bellas Artes de Hanoi me propusieron estudiar en la Unión Soviética, pero rechacé la oferta para poder ir al sur. Entonces todo el mundo quería dar lo mejor de sí mismo para el país. Tuve que pedir varias veces ingresar en el programa porque sólo se seleccionaba a un artista por provincia. Los dos criterios principales eran el talento y la ortodoxia política. Al final se aprobó mi solicitud.

En mi grupo había unos diez artistas y un centenar de médicos y enfermeras. Nuestro entrenamiento era el mismo que el de los soldados regulares. Duró tres meses, en las montañas de Luong Son. Todos los días

teníamos que subir una bolsa con 35 kilos de piedras y arena. Por aquel entonces yo pesaba unos 52 kilos.

Nos dirigimos al sur en camionetas. Los únicos objetos personales que llevaba eran fotografías familiares y un cuaderno en el que había escrito mensajes y saludos de mi familia y amigos. En general, todos me habían dicho lo mismo: deseaban que siguiera bien y que volviese sano y salvo. Me había colgado el cuaderno en el cuello, en una bolsita, para que me diera suerte.

Íbamos diez en la parte posterior de cada camión, todos cubiertos con una lona de manera que desde fuera parecieran vehículos de abastecimiento. Recuerdo claramente que atravesamos Hanoi a las once de la noche, a finales de noviembre de 1966. No podíamos evitar mirar por última vez la ciudad, así que con las bayonetas hicimos unos agujeritos en la lona. La única iluminación era unas farolas, porque se ahorraba celosamente la electricidad. Lloviznaba. Habían evacuado a tanta gente que la ciudad parecía desierta. No se veía ni un alma y la ciudad cubierta por la llovizna estaba envuelta en una luz tenue, amarillenta. Tenía un aspecto muy triste.

Descansábamos durante el día y viajábamos durante la noche en caravanas de sólo dos o tres camiones para no convertirnos en un blanco fácil. Camuflábamos los camiones con ramas de árboles para evitar que los bombarderos estadounidenses nos detectaran. En la provincia de Thanh Hoa el camino tenía tantos baches que debíamos levantarnos y agarrarnos bien a los travesaños que había sobre nosotros. No podíamos ni hablar para no mordernos la lengua. Imagínese lo que eran aquellos baches. Íbamos toda la noche de pie.

Cuando pasamos la provincia de Nghe An, el camino principal había sido bombardeado de tal manera que tuvimos que buscar una ruta alternativa, pero nos perdimos en caminos secundarios. Después de horas tratando de recuperar el rumbo, decidimos continuar a pie. Para aligerar la carga regalamos ropa y comida y pusimos en bolsas de plástico las medicinas que iban en cajas.

Caminamos toda una semana por una zona relativamente llana hasta que llegamos donde comienza Truong Song [la Ruta Ho Chi Minh] en la frontera occidental de la provincia de Quang Bing. Vimos a muchos voluntarios, principalmente chicas que trabajaban en los caminos. Los guías eran principalmente chicos. Cada guía nos llevaba a la siguiente estación, donde nos debía recoger otro. Normalmente la distancia entre una y otra estación era

de unos siete kilómetros.

Recuerdo una estación que había sido bombardeada varias veces por los B-52. Todos los árboles habían sido derribados; era como viajar por un desierto. La tierra parecía polvo. El camino estaba plagado de mosquitos y de sanguijuelas. Normalmente nos las quitábamos con las manos, pero si teníamos tiempo poníamos sal en un trozo de tela, lo sumergíamos en agua y lo presionábamos contra las sanguijuelas hasta que se caían.

Aprendimos a cocinar sin hacer humo. Primero cavábamos un agujero para el fogón y luego hacíamos una zanja que iba hasta el agujero. En la zanja poníamos una tubería que se llevara el humo del fuego. Si se cubría la salida de la tubería con hojas, el humo se filtraba lentamente. A esto le llamábamos una cocina Hoang Cam y para todos los soldados del norte era nuestra mejor compañera aunque tuviéramos que cargar con ella.

Había que ser especialmente cuidadoso con el humo porque los helicópteros de reconocimiento sobrevolaban nuestras posiciones día y noche. El menor error, como colgar la ropa mojada en un lugar visible o delatarnos por un vestigio de humo, atraía en sólo cinco minutos a un avión dispuesto a bombardearnos. Mucha gente murió por este tipo de errores. Vi morir a las cuatrocientas personas que formaban un convoy de esa manera [Hace una pausa para recuperarse].

Otro error era dispersarse en todas direcciones cuando llegaban los bombarderos. Si los pilotos veían a gente corriendo llamaban a los helicópteros para que fueran tras cada uno de nosotros. Así que estábamos adiestrados para tumbarnos y permanecer quietos. Nos podían matar igualmente, pero tenían menos posibilidades de vernos y de llamar a los helicópteros.

Para obtener comida solíamos hacer trueques con los montañeses de la región. Les gustaban nuestros pantalones y se los cambiábamos por huevos, o hacíamos collares y brazaletes con los mangos de las cazuelas y sartenes y los intercambiábamos por comida. A las laosianas les encantaban esas cosas. Para nosotros, las sandalias eran lo más importante. Las hacíamos con neumáticos. No se podía caminar descalzo por aquellas montañas; si uno perdía sus sandalias era un desastre. Eran tan valiosas que se podían cambiar dos pares por un cerdo. Algunos soldados robaban sandalias para comprar cerdos, así que por las noches nos las atábamos al cuerpo.

Cuando llegamos a la provincia de Quang Tri, en el sur, el camino estaba

prácticamente destruido por continuos ataques aéreos y la comida era escasa porque muchos arrozales habían sido devastados. La mayoría del arroz que teníamos estaba rancio o podrido por la humedad de la selva. Los guías de la región eran los que más sufrían. Sus cuerpos estaban hinchados debido al beriberi y tenían un aspecto horrible. Conocíamos su situación y por eso compartíamos nuestras exiguas provisiones con ellos. Como nos desplazábamos continuamente teníamos más oportunidades de encontrar comida.

Después de cinco meses llegamos a Tay Ninh, pero mi calvario no terminó allí, pues tuve que viajar hasta una base militar en la costa de la provincia de Binh Thuan. Solían asignar dos o tres artistas a cada provincia. A mi llegada, mi primer trabajo fue dibujar figuras anatómicas para un curso de formación de enfermeras. Afortunadamente, había estudiado anatomía en la escuela de bellas artes.

Le comprábamos el papel a la gente que vivía en las «aldeas estratégicas». Por las noches nos infiltrábamos en ellas para comprar suministros. El programa de aldeas estratégicas tenía como finalidad evitar que la gente se relacionara con nosotros y ponerla en contra nuestra. Teníamos que explicarles por qué nos oponíamos al programa y los crímenes del enemigo. Algunos daban charlas políticas mientras otros compraban suministros. Yo pintaba carteles para informar a la gente de las victorias del Ejército de Liberación, o para incitar a los pobladores a que se sublevaran para derrocar al gobierno. Durante el día preparaba todo para el trabajo de la noche. Sujetaba una linterna con la boca para tener las manos libres y poder dibujar los carteles. Muchos jóvenes venían a ayudarme. Yo hacía el boceto y ellos lo coloreaban. Pero después esos chicos eran detenidos y torturados, así que decidimos que no nos ayudaran más. Normalmente nos íbamos de las aldeas hacia las tres de la madrugada.

A veces, al atardecer nos acercábamos al borde de los arrozales, cerca de nuestra base de la selva, para ver a la gente trabajando. No había peligro porque los soldados del gobierno títere no se atrevían a quedarse en los campos cuando oscurecía. A menudo jugábamos con los niños que pastoreaban búfalos y obteníamos algo de información sobre los soldados: cuántos había en los puestos cercanos, cuánto armamento tenían o cuándo se trasladaban a otro puesto de avanzadilla. Aquellos niños eran nuestros mensajeros.

También les enseñábamos a preparar trampas explosivas y a poner minas.

Ellos eran los encargados de informar a los lugareños dónde estaban escondidas las trampas explosivas. Al atardecer las desactivábamos para su seguridad. Yo era experto en ese tipo de trampas. Eran armas muy efectivas contra las tropas del gobierno que atacaban sin escrúpulos a las fuerzas revolucionarias. Matar a aquellos bandidos era como matar criminales. En una ocasión decapitaron, descuartizaron y le sacaron las entrañas a un mensajero de trece años. Por la noche colocaba las trampas explosivas bajo los carteles que colgaba en las paredes. Si algún soldado del gobierno títere se acercaba a arrancarlo le explotaría en la cara. Una vez metimos dinamita en un palo y lo colocamos en la copa de un árbol, con la bandera del Ejército de Liberación amarrada a la punta. Al poco tiempo un helicóptero estadounidense vio la bandera. Se acercaron, sobrevolaron el árbol y un tipo se inclinó hacia afuera para arrancar la bandera. El asta estalló y aquel tipo murió instantáneamente.

Durante la Ofensiva Tet de 1968 atacamos Phan Ri. Sorprendimos a las tropas del gobierno títere. Casi no opusieron resistencia. Tras asegurar la ciudad reunimos a la gente y yo les hablé. Les dije que ya iba siendo hora de que derrocáramos al gobierno y de que conquistáramos el poder. Les insté a que se unieran a las fuerzas revolucionarias. «Si tenéis hijos sirviendo en el ejército del gobierno títere, decidles que vuelvan y se unan a la revolución». Pero sólo mantuvimos la ciudad durante una noche. El hecho es que no nos habíamos preparado bien, no teníamos suficientes municiones ni fusiles para todos. La situación de las tropas regulares era bastante mala pero la de la guerrilla era aún peor. El enemigo nos superaba en número, veinte a uno, y tenían tanques y aviones. Cuando a la mañana siguiente lanzaron un contraataque aniquilaron en el acto la mitad de nuestras fuerzas.

Durante 1965 y 1966 yo presentía que la victoria era inminente. Entonces no me sentía deprimido. Pero luchar contra los soldados estadounidenses no era fácil. Tenían mucho armamento. En una ocasión, mientras los tanques norteamericanos avanzaban sobre nosotros, nos sobrevolaban los helicópteros. En la base éramos sólo veinte. Si nos quedábamos en el lugar los tanques nos atropellarían y si nos escapábamos seríamos presa fácil para los helicópteros enemigos. Les dije a mis camaradas: «Aunque algunos muramos, quedémonos pegados al suelo». Nos cubrimos con hierba y tratamos de apretujarnos entre los tanques que avanzaban. Casi nos pasan por encima, pero sobrevivimos.

La 199.ª Brigada de Infantería estadounidense era buena para combatir en

la selva. Llegaban en helicópteros y se dividían en pequeñas unidades que se desplazaban con facilidad. Aunque los oyéramos no sabíamos dónde estaban. Eran buenos exploradores y descubrían nuestras huellas. Cuando nos apartábamos del camino, para evitar que nos descubrieran el último de nuestra unidad removía la hierba con un palo para que pareciera que nadie había pasado por ahí. Pero nuestros oponentes más letales eran los comandos australianos. Algunos eran aborígenes que vivían en la selva y se movían en ella como pez en el agua. Podían dormir cubiertos de barro y saltar sobre nosotros por sorpresa.

Cuando el ejército estadounidense comenzó a retirarse supimos que la victoria estaba cerca. En 1974 me enviaron a liberar la zona de Tay Ninh. Por primera vez en ocho años me dieron un pequeño salario. Lo primero que me compré fue un helado. A los de Hanoi nos gusta mucho el helado.

En marzo de 1975 corrían noticias de victoria por todas partes. A principios de abril sabíamos que íbamos a ganar. Me ordenaron que preparara todo para la publicación de un periódico en Saigón, así que empezamos a preparar *Saigón Liberado* (*Sai Gon Giai Phong*). Yo era el editor y también hacía el diseño del diario. Los habitantes de Saigón, a diferencia de los de Hanoi, no son muy exigentes, así que traté de hacer un diseño simple, muy parecido a como era antes de 1975. Puse la palabra *Liberado* (*Giai Phong*) en letras pequeñas debajo de un *Saigón* mucho más grande, ya que mi intención era quitar la palabra *Liberado* unos meses después. Pero la gente quiso que se quedara y todavía sigue ahí.

El 25 de abril nos ordenaron partir hacia Saigón. El día 29 pasamos la noche en una plantación de caucho a sólo 25 kilómetros, pero nadie pudo dormir. No hacíamos más que mirar la hora. A la mañana siguiente salimos hacia Saigón temprano. En el camino vimos muchos cadáveres y algunos camiones ardiendo con soldados del sur en su interior. En la ciudad una multitud había salido a la calle para darnos la bienvenida. Se acercaban para tocarnos. Al principio no sabíamos adónde ir, así que nos detuvimos junto a un cine y descansamos. La gente nos traía comida y se quedaba mirándonos comer, examinándonos para comprobar que no teníamos cola como los monos. Mezclados entre la multitud había soldados del ERV que se habían quitado el uniforme e iban en calzoncillos y camiseta. Me emocioné mucho al ver la luz del sol sobre un muro. Habían sido nueve años en la selva durante los que no había visto amanecer en una ciudad.

17

La guerra aérea

Estados Unidos gastó más de la mitad de los 200 mil millones de dólares de presupuesto para la guerra de Vietnam en operaciones aéreas. Todos los días, durante más de una década, los cielos se cubrían de centenares de aviones mortíferos, desde el AC-47 *Spooky*, dotado de una ametralladora que realizaba 18 mil disparos por minuto, al A-1 *Skyrider* que bajaba en picado hasta las copas de los árboles para soltar casi 700 litros de napalm, o el B-52 *Stratofortress*, capaz de lanzar 27 toneladas de explosivos desde diez mil metros de altura. Entre 1962 y 1973 Estados Unidos arrojó sobre Vietnam, Laos y Camboya ocho millones de toneladas de bombas, una cantidad tres veces mayor a la utilizada en la segunda guerra mundial. Además roció Vietnam del Sur con 86 millones de litros de defoliantes con el objetivo de privar a las fuerzas comunistas de comida y de escondites en la selva.

Para Estados Unidos la clave era que los bombardeos causaran tanto dolor y devastación que los vietnamitas acabaran rindiéndose. Como escribió en 1966 el general William DePuy, comandante de la 1.ª División de Infantería, «la solución en Vietnam son más bombas, más artillería y más napalm… hasta que el otro bando se desmoralice y se rinda». Muchos políticos tenían la esperanza de que, aunque los bombardeos no aplastaran la voluntad enemiga de seguir luchando, al menos destruirían su capacidad bélica. Cabía suponer que privándoles de suficientes soldados y suministros dejarían de ser una fuerza capaz de enfrentarse a Estados Unidos y a Vietnam del Sur. Pero con cada escalada de los bombardeos se hacía palpable que los vietnamitas todavía podían combatir donde y cuando ellos decidían. Puertas adentro, los políticos reconocían que los bombardeos no lograban desalentar ni derrotar al enemigo, pero insistían en que seguían siendo necesarios para mostrar al enemigo y al mundo entero la determinación estadounidense y para mantener la moral de nuestros aliados survietnamitas.

Un factor decisivo de la guerra, desconocido por muchos americanos, es que la mayoría de las bombas cayeron sobre Vietnam del Sur. Casi el 75 por 100 de las misiones aéreas estadounidenses fueron en el sur, donde se lanzaron cuatro millones de toneladas de bombas, cuatro veces más que sobre Vietnam del Norte. Gran parte de aquellas misiones se presentaban como «apoyo aéreo cercano» para las fuerzas de tierra estadounidenses y survietnamitas. Cuando comenzaba un combate las tropas de tierra llamaban a los helicópteros y a los aviones para que ametrallasen, bombardeasen y lanzasen napalm a las posiciones enemigas. En 1967 los cazas estadounidenses realizaban en el sur cada día unas ochocientas misiones aéreas en apoyo de sus fuerzas de tierra y del ERV. Dado que una cantidad considerable de esos combates tenían lugar cerca de las aldeas y poblaciones, muchos civiles resultaban heridos. Y aunque sobrevivieran a aquellos bombardeos, la mayoría de sus tierras y propiedades quedaban destruidas. Vietnam del Sur se convirtió así finalmente en el país más bombardeado de la historia bélica mundial.

El ejército estadounidense designó muchas zonas de Vietnam del Sur como «zonas de fuego a discreción». Aquellas zonas, consideradas bastiones enemigos, eran objeto de bombardeos indiscriminados y las fuerzas terrestres tenían luz verde para disparar a todo lo que se moviera. Los ataques de la Operación Arc Light consistían en un bombardeo sistemático de seis B-52 sobre esas zonas, cubriendo kilómetros de terreno con cientos de bombas, cada una de las cuales producía un cráter enorme.

El miedo y el sufrimiento que produjeron aquellos bombardeos, lejos de aplastar la voluntad de combate de los vietnamitas, contribuyeron más que ningún otro factor a generar hostilidad contra los estadounidenses. Cuando una familia moría en un ataque, los vietnamitas no necesitaban la propaganda comunista para convencerse de que Estados Unidos era una fuerza extranjera agresora; y los habitantes del sur tenían que hacer frente a la contradicción de que quienes bombardeaban sus tierras eran los mismos que proclamaban estar protegiéndolos frente a la supuesta agresión comunista externa.

La guerra aérea estadounidense también fracasó por el simple hecho de que Vietnam no estaba tan industrializado como para que los bombardeos paralizaran el país. Además, sus recursos humanos e industriales estaban tan descentralizados que la destrucción de un solo objetivo no tenía mucha repercusión en el conjunto de la sociedad. Incluso cuando Estados Unidos destruyó la mayor parte de la capacidad eléctrica de Vietnam del Norte, Hanoi

pudo contar con pequeños generadores y con el esfuerzo humano para proseguir la guerra.

Estados Unidos tampoco pudo impedir que el Norte enviara gran cantidad de tropas y suministros al Sur. Por más caminos y puentes que destruyera, los vietnamitas siempre encontraban una ruta alternativa o reparaban rápidamente las que habían sido dañadas. Por poner un ejemplo, los estadounidenses consideraban que el puente de Thanh Hoa era imprescindible para Vietnam del Norte. Este puente de 17 metros de ancho, construido en 1964, se hallaba a 120 kilómetros al sur de Hanoi y parecía una conexión vital para la línea de abastecimiento norvietnamita hacia el sur, al formar parte de la única línea ferroviaria y vial (la Ruta 1) que recorría de norte a sur todo el territorio del país dividido. Los vietnamitas lo conocían como Ham Rong, «las fauces del dragón». Entre 1965 y 1968, año en que se suspendieron los bombardeos estadounidenses sobre el Norte, se enviaron cientos de misiones para destruirlo, sin lograrlo hasta que el presidente Nixon renovó los bombardeos a gran escala sobre Vietnam del Norte en 1972, y fue preciso utilizar bombas guiadas por láser. Hasta aquel momento los vietnamitas siempre habían conseguido reparar el puente, de manera que sólo se ocasionaban retrasos temporales. También lo rodearon con armamento antiaéreo que derribó muchos aviones estadounidenses; pero lo que importa es que ningún puente les resultaba vital para continuar con la guerra. Siempre que se destruía o dañaba algún puente construían otro provisional en las inmediaciones.

Por más devastadores que fueran los bombardeos, casi siempre provocaban resistencia. En el sur las fuerzas comunistas utilizaban sobre todo pequeñas armas de fuego y artillería antiaérea para defenderse de los helicópteros y los bombarderos estadounidenses y survietnamitas. El Vietcong y los norvietnamitas derribaron a unos dos mil helicópteros estadounidenses en Vietnam del Sur, y otros 2500 se perdieron debido a choques, fallos mecánicos u otro tipo de motivos no bélicos. Los tripulantes y pilotos de helicóptero sufrieron el mayor porcentaje de bajas de todas las fuerzas estadounidenses en Vietnam. Murieron más de 3500.

En Vietnam del Norte los pilotos estadounidenses tuvieron que enfrentarse a uno de los sistemas de defensa aéreos más sofisticados del mundo. Abastecido por la Unión Soviética y China, el sistema comprendía artillería antiaérea (AAA), sistema de misiles tierra aire (SAM) y aviones de caza MiG. Durante los primeros bombardeos estadounidenses sobre Vietnam del Norte, entre 1964 y 1965, la defensa aérea era bastante limitada, pero en 1967

Vietnam contaba ya con siete mil AAA, doscientos emplazamientos de cohetes SAM y más de cien MiG. En total, Estados Unidos perdió 8588 aviones en Vietnam, Camboya y Laos, de los que una quinta parte cayeron en operaciones contra Vietnam del Norte.

JONATHAN SCHELL

«Llevaba mi libreta en el avión».

Jonathan Schell llega con prisa a la oficina de la revista. Tiene las mejillas enrojecidas y se deja caer en un sofá. Se le ve muy agobiado por los típicos problemas de la vida de un periodista. No parece que vayamos a sacar mucho de unos hechos ocurridos hace treinta años. Sin embargo, en cuanto se menciona el tema el presente se evapora. Es como si este hombre de mediana edad viajara en la máquina del tiempo hasta 1966, cuando con veintitrés años se le antojó ir a Vietnam confiando en escribir «algo» sobre la guerra. A partir de aquel viaje y otro en 1967, escribió muchos artículos para The New Yorker *con los que más tarde confeccionó dos libros, publicados como* The Village of Ben Sucy *y* The Military Half.

En la universidad no estaba muy metido en política, pero recuerdo que la guerra de Vietnam me parecía un problema sin solución. En aquel momento no veía cómo podíamos salir de allí y supongo que compartía la teoría del dominó con respecto a la influencia del comunismo. Pero no veía cómo podíamos ganar, la perspectiva parecía ominosa. Cuando me gradué en la universidad en 1965 fui a Japón para estudiar y pasar un año en el extranjero.

Para regresar de Japón disponía de un billete de avión que me permitía parar donde quisiera. Ambicionaba convertirme en un escritor de historias verídicas, así que decidí ir a Vietnam. Recuerdo que leí el último libro de Bernard Fall en el avión y fue como un curso acelerado. Cuando aterricé en Vietnam me convertí en un incordio: un estudiante recién graduado, ignorante y con el vago deseo de escribir algo. Por una razón u otra se me ocurrió que François Sully, un periodista francés que conocí en Harvard cuando estaba estudiando con la beca Nieman, podría estar allí trabajando para *Newsweek*. Llamé a la oficina de *Newsweek* y, quién lo iba a decir, estaba efectivamente allí y me invitó a ir a verlo.

Su oficina era como un desván con una habitación trasera llena de esa ropa pseudomilitar que usaban los periodistas. Cuando le saludé llevaba el libro de Bernard Fall bajo el brazo y le mencioné que lo había estado leyendo. Tras una mesa había otro compañero que dijo: «¿Puedo ver el libro?». Me

acerqué y se lo di. Lo abrió y lo firmó. ¡Era Bernard Fall!

Así que allí estaban aquellos dos franceses amantes de la vida, ambos valientes y periodistas brillantes. Por pura amabilidad me aceptaron a pesar de ser un recién graduado que no sabía nada. Usaron sus contactos para hacer una especie de milagro. Convencieron a los militares para que me dieran un pase de prensa con la excusa un poco engañosa de que había ido allí como enviado del *Harvard Crimson*. De hecho yo había escrito para el *Crimson* y muy posiblemente habrían querido que escribiera para ellos, pero inventamos esa parte de la historia.

Un pase de prensa en Vietnam era un billete gratuito para viajar por todo el país. Se podía hacer autostop en helicópteros y en aviones, en lo que uno quisiera. Significaba un cupón de comida y una reserva de hotel en cualquier parte. Daba una libertad fantástica para ver lo que uno quisiera. Creo que se debía a la cooperación entre la prensa y el ejército durante la segunda guerra mundial y la guerra de Corea, que se prolongó durante algún tiempo en Vietnam.

Un par de días después Fall y Sully me llamaron a mi hotel infestado de ratas y me dijeron: «Algo va a ocurrir. Todo es secreto, pero si quieres puedes ir a verlo. Ve a tal lugar a las cuatro y media de la madrugada, de donde saldrá un autobús». Con aquel regalo aquellos dos periodistas fantásticos, que más tarde perdieron la vida en la guerra, le dieron a mi vida un giro de 180 grados que me metió de lleno en el camino del periodismo, del que no volví a salir[27].

Subimos al autobús y nos llevaron a una pista de aterrizaje de donde despegamos en un C-5 hasta una pista de tierra en la selva. Un comandante muy gallardo con un caballete nos dijo que iba a dar comienzo la Operación Cedar Falls, la operación militar más importante de la guerra hasta la fecha. La idea era despejar el infame Triángulo de Hierro [una superficie de cien kilómetros cuadrados cuyo vértice meridional estaba a sólo una veintena de kilómetros de Saigón], que había sido aciago para el ejército survietnamita y un baluarte revolucionario desde la guerra contra los franceses. Los militares americanos lo querían despejar de una vez por todas. En el caballete del mayor había una lista con las acciones que iban a acometer. Una de las órdenes en la lista era un ataque con helicópteros contra la población de Ben Suc. Cuando llegamos a ese punto, pregunté: «¿Qué le ocurrirá al pueblo después del ataque?». El mayor dijo: «Pues vamos a destruirlo y a trasladar a la gente». «¿Y después?», pregunté. «Pues lo arrasaremos con *bulldozers*».

Entonces pensé: de acuerdo, voy a seguir esta historia concreta desde el principio hasta el final. No parecía algo particularmente audaz, pero recuerdo un pequeño acto de cobardía. Cuando preguntaron en cuál de los sesenta helicópteros queríamos ir, muchos de los periodistas se desgañitaron por ir en el primero o en el segundo. Yo estaba encantado de ir en el número cuarenta y siete.

Se podría decir que la operación fue un éxito. Funcionó exactamente como había sido planeada. Los helicópteros llegaron, desplazaron a la gente, destruyeron el pueblo. Misión cumplida. ¿Pero con qué fin? La mayoría de los reportajes sobre la Operación Cedar Falls decían cuántos miembros del Vietcong habían sido capturados o muertos y puede que así fuera verdaderamente. Pero omitían algo que me parecía fundamental: estábamos destruyendo pueblos y echando a la gente de su tierra. El hecho indiscutible era que la población odiaba a Estados Unidos. Y si no nos odiaban antes de que llegáramos, fue así tan pronto destruimos sus pueblos. Nuestro objetivo final era construir un sistema político que se mantuviera después de nuestra partida, con un gobierno que contara con el apoyo popular suficiente como para poder luchar por sus propios medios; pero nuestra política estaba destruyendo cualquier apoyo que ese gobierno pudiera haber tenido, que seguramente no sería mucho. A medida que ganábamos en el campo de batalla —y lo hacíamos a diario en cada enfrentamiento— íbamos perdiendo la guerra política. Cuanto más «ganábamos», más perdíamos. Ésta era la paradoja de Vietnam.

Los soldados estadounidenses iban por ahí creyendo que estaban liberando de sus opresores a un pueblo esclavizado. Creo que los comunistas eran efectivamente bastante opresivos. Pero aun así eran los representantes de la dignidad nacional y eso parecía ser más importante que la opresión que ejercieran. Por la razón que fuera, contaban con un amplio apoyo de la población y eran el gobierno *de facto* en una parte considerable de Vietnam del Sur. Así que la idea de que el Vietcong era una especie de banda misteriosa de gente que podía ser arrancada de raíz de la población no estaba fundamentada en la realidad política.

Una cosa que me impactó sobremanera fue la capacidad de los oficiales y de los medios de ver las cosas a través del prisma con el que habían llegado a Vietnam y que no vieran lo que ocurría frente a sus narices. Por ejemplo, cuando volví allí en el verano de 1967 subí a la provincia de Quang Ngai y comprobé que había sido destruida por los bombardeos estadounidenses. Pero

recuerdo que cuando volví a casa leí una historia en *The New York Times* sobre la construcción de un hospital en aquella zona por los marines. La devastación de tipo Hiroshima alrededor del hospital parecía invisible para los periodistas del *New York Times*, o al menos no la mencionaban.

Y no era algo imperceptible. Las llamas y el humo se elevaban hasta el cielo. No había que ser detective ni hacer periodismo de investigación. Las llamas rugían alrededor. Me fijé en el mapa y un 70 u 80 por 100 de los pueblos habían quedado reducidos a cenizas; pero los medios no hablaban sobre eso; seguían hablando de cómo íbamos a ayudar a Vietnam del Sur a resistir el ataque del Norte. En Vietnam comprendí cómo la mente humana es capaz de construir un modelo de experiencia que deja de lado la realidad más obvia y dolorosa.

Cuando regresé por primera vez a Vietnam aquel verano me uní al grupo de periodistas conocido como «los chicos del autobús». En aquel momento estaban cubriendo unas elecciones fraudulentas, completamente absurdas. Un día nos llevaron a un pueblo a un mitin de campaña, pero los candidatos, por algún motivo, no se presentaron. Aparte de los periodistas, la única persona que asistió era un tipo mayor que andaba de un sitio para otro con un megáfono, anunciando a gritos que iba a haber un mitin de campaña. Aquello se suponía la prueba de una democracia en marcha y los únicos presentes éramos nosotros.

Informar sobre aquello como si hubiera sido algo real habría sido completamente absurdo, así que tomé el siguiente helicóptero de vuelta y decidí empezar mi trabajo cubriendo la guerra aérea en el Sur, o mejor dicho, la masacre aérea. Se había informado de los bombardeos sobre Vietnam del Norte, pero la guerra aérea en el Sur era mucho más devastadora y no se le prestaba apenas atención.

Así que en Quang Ngai comencé a viajar en aviones de control aéreo de avanzado (FAC) que eran unos Cessna biplaza de observación cuya misión consistía en guiar a los pilotos de los bombarderos hasta su objetivo. Esos aviones estaban en movimiento constante, girando y zigzagueando, en parte para evitar el fuego de tierra enemigo. Este movimiento, unido al calor sofocante, me hacía sentir náuseas sin parar; pero llevaba mi libreta en el avión y era una situación perfecta para cualquier periodista, hecha que ni a propósito para poder informar. Mi situación era privilegiada: podía observar desde lo alto la escena y contemplarla directamente, y además tenía unos auriculares con los que oía las conversaciones entre los pilotos, el controlador

de la avanzadilla y los operadores en tierra. Tomaba nota de los comentarios que escuchaba por los auriculares como si estuviera en una clase en Harvard. Fue un golpe de suerte periodística increíble.

La idea de que el ejército estadounidense estaba operando bajo presión en Vietnam del Sur es ridícula. Pulverizábamos pueblos desde el aire en cuanto imaginábamos que nos podían disparar desde allí. Lo vi con mis propios ojos, y también las octavillas que lanzábamos, que decían: «Si nos disparan destruiremos su pueblo», y las siguientes decían: «Como nos han disparado, nosotros hemos destruido su pueblo». Los aviones estadounidenses, de hecho, bombardeaban las iglesias. Veían una iglesia, apuntaban y la hacían saltar por los aires. Vi todo aquello yo mismo, no es que alguien me lo contara.

A veces hacían chistes sobre aquello. Intentaban imaginar que se trataba de algo parecido a la segunda guerra mundial. En el aire uno podía tratar de olvidar todas las paradojas políticas que convertían hasta los éxitos en algo contraproducente. Pero percibí un profundo desasosiego y remordimiento entre los pilotos. De vez en cuando cantaban unas canciones brutales que en cierto sentido me parecían una confesión:

Bombardear el pueblo y matar a la gente,

echar napalm en la plaza,

salir temprano los domingos

y cazarlos mientras rezan.

Me inclinaba más a culpar a las personas que daban las órdenes que a los que las cumplían. Me llevaba bien con los soldados y sus oficiales. Me caían muy bien. Quizá fuera una actitud de autodefensa. Habría sido muy incómodo para mí sentir rabia hacia quienes ejecutaban las órdenes. Éstos son dilemas profundos. Como todos sabemos, cumplir órdenes no es una excusa. Eran atrocidades: bombardear pueblos desde el aire, pulverizar las casas, atacar a la gente basándose en muy poca o ninguna información. Y se mantenía la creencia estúpida de que si alguien huía de los ataques era porque pertenecía al Vietcong.

Era una masacre cotidiana desde el aire y yo, de algún modo, formaba parte de ella. En parte yo también les bombardeaba, o al menos eso era lo que sentía. Los FAC estaban equipados con fósforo blanco. Se usaba como marcador para los bombarderos, pero también era un arma particularmente espeluznante, peor que el napalm. Es algo que quema y no se puede apagar. El

fósforo blanco destruía las casas y la gente salía corriendo. Yo lo contemplaba desde lejos, pero me sentía cómplice. Es decir, que aunque no apretara el botón era como si lo hiciera.

Cuando volví de Vietnam me encontré con Jerry Wiesner, decano del MIT y amigo de mis padres. Había sido consejero científico de Kennedy y conocía al secretario de Defensa McNamara. Comimos juntos, y cuando le conté lo que había visto en Vietnam me dijo: «¿Estarías dispuesto a ir a hablar con McNamara sobre eso?». Le dije: «Sí, claro», y arregló el encuentro. Así que fui al Pentágono, donde nunca había estado, y me condujeron hasta la oficina de McNamara. Era del tamaño de un campo de fútbol, tamaño imperial. Y allí estaba McNamara, ocupado como de costumbre, con aquel pelo gris engominado. Le empecé a contar la historia y me dijo: «Muéstrame en el mapa lo que me estás contando».

Yo llevaba todo bien organizado. Había sobrevolado la totalidad de la provincia de Quang Ngai y la mitad de la de Quang Tin. Le conté la historia con todo lujo de detalles. Al cabo de un rato me interrumpió y me preguntó: «¿Tienes algo escrito?». Le dije: «Sí, pero está todo a mano». Entonces dijo: «Pues te vas a meter en la oficina del general fulanito —que está de viaje en Sudamérica— y puedes dictarlo». Y durante tres días me senté en la oficina del general dictando un artículo para *The New Yorker* tan largo como un libro sobre la guerra aérea en Vietnam. Desde las mismas entrañas del Pentágono salió la copia mecanografiada. Era como un sueño. Probablemente me ahorró el trabajo de un mes, porque esto fue mucho antes de que aparecieran los procesadores de texto.

Tres días después, con un olor apestoso porque no me había cambiado de ropa, fui al despacho de McNamara. Se lo entregué, lo cogió y fue lo último que supe de él. Pero más tarde me enteré de que un funcionario de Asuntos Exteriores en Saigón fue por todo Vietnam siguiendo mis pasos y entrevistando de nuevo a los pilotos y soldados que yo citaba. Incluso les leyó las macabras canciones que los pilotos me habían enseñado en el bar. Aquel funcionario tuvo que admitir que mi libro era fidedigno, pero añadió: «De lo que no se da cuenta Schell es de la terrible situación en que se encuentran nuestras tropas. No se da cuenta de que las señoras mayores y los niños nos lanzan granadas porque todos están contra nosotros». De forma que si la guerra de Vietnam tenía sentido ¡era porque también los survietnamitas estaban contra nosotros!

¿Entonces por qué no podíamos irnos de allí? Cuando quedó patente que

los costes superaban ampliamente lo que estaba en juego, ¿por qué no pudimos retirarnos? Ninguno de los objetivos oficiales de la guerra tenía sentido. Era difícil sostener que luchábamos por la libertad o la democracia para Vietnam del Sur puesto que el gobierno que defendíamos era corrupto y dictatorial. No podíamos proclamar honestamente que estábamos previniendo agresiones desde el exterior cuando los únicos combatientes extranjeros en Vietnam eran estadounidenses o soldados pagados por Estados Unidos, como los surcoreanos. Hasta la teoría del dominó parecía desmoronarse frente al intenso nacionalismo, el apoyo a la reunificación de Vietnam y los conflictos históricos entre Vietnam y China.

La justificación más perdurable fue la que apelaba a la credibilidad. Combatir por la credibilidad de Estados Unidos no era una meta tangible; era la defensa de una imagen: nuestro inmenso poder nacional y la voluntad de usarlo. Según la doctrina de la credibilidad, Estados Unidos estaba comprometido en una lucha diplomática a nivel mundial y un revés en cualquier parte del mundo, por pequeño que fuera, podía socavar toda su estructura de poder.

Parte de la preocupación por mantener la credibilidad surgió a raíz de una especie de teoría del dominó psicológica. En otras palabras, a los políticos les preocupaba que si Estados Unidos no se imponía en Vietnam, en cualquier parte del mundo se pondría en duda nuestra determinación. Si Estados Unidos perdía en Vietnam, los países y los revolucionarios de todo el mundo verían que éramos un tigre de papel incapaz de ganar guerras y se animarían a resistir nuestra voluntad. Por consiguiente, lo que estaba en juego en Vietnam era la capacidad de Estados Unidos para mantener el control en todo el mundo con un fundamento psicológico.

Pero había otro componente en la doctrina de la credibilidad que era en cierto modo el más sutil y más inadvertido, aunque creo que era el más importante. Se trataba de la política nuclear. Uno de los hechos cruciales de la estrategia de la disuasión es que en realidad no se puede hacer una guerra nuclear, ya que quien la inicie también perderá en ella. El propósito de la disuasión es evitar que ocurra una guerra nuclear, y depende absolutamente de la capacidad de generar en la mente del enemigo la impresión psicológica de que somos unos tipos muy duros, dispuestos incluso a suicidarnos con tal de llevarnos por delante al enemigo.

Se trata evidentemente de una estrategia bastante delirante, carente de credibilidad. ¿Estaríamos realmente dispuestos a suicidarnos para

defendernos? Por eso supone un esfuerzo enorme tratar de dar continuamente una impresión de rudeza. Lo más que se puede hacer en un escenario de confrontación nuclear es acumular armas y soltar bravuconadas. No se puede demostrar la propia determinación utilizando el armamento. Hacia el final de la década de 1950 había varios pensadores, incluido Henry Kissinger, que empezaron a decir: «De acuerdo, estamos paralizados en el escenario nuclear, pero podemos salir y ganar algunas guerras en la periferia. De hecho hay un lugar donde podemos hacer guerras y mostrar lo poderosos que somos». En aquel mismo momento [el premier soviético] Jruschev comenzó a hablar de la necesidad de guerras de liberación nacional en el Tercer Mundo, con lo que la Unión Soviética realizaba su propia contribución a la guerra retórica. Por lo tanto, el modelo para Vietnam se creó antes de que nos implicáramos allí directamente. Dado que las guerras denominadas periféricas se podían supuestamente ganar, y que se daban en el contexto de una escasa credibilidad basada en el armamento nuclear, inutilizable, esas guerras limitadas acarreaban una carga adicional. Era como si la tercera guerra mundial se estuviera librando en Vietnam. En la era nuclear toda la estructura de credibilidad y disuasión parecía depender de aquellas guerras en la periferia. Éste era el tipo de trampa retórica en la que caían los políticos. Pensaban que no sólo estaban previniendo el efecto dominó sino una guerra total. Partiendo de esa suposición, ningún precio que se pagara en Vietnam era demasiado alto.

Desde la guerra ha escrito muchos libros, incluido The Fate of the Earth, *un alegato sobre los riesgos y consecuencias de una guerra nuclear, pero nunca ha vuelto a Vietnam. «Siento una misteriosa resistencia. La psicología especial que produjo la guerra de Vietnam incluye elementos de obsesión y de evasión, y yo creo que me afectan tanto unos como otros. Me siento como los veteranos. De algún modo uno no se puede deshacer por completo de todo aquello, pero tampoco quiere vivir anclado en aquella experiencia y permitir que se apropie de tu vida. Durante los primeros años tras mi regreso soñaba continuamente con Vietnam. En un sueño mataba vietnamitas con mis propias manos, incluso niños. Luchaba con ellos en una zanja y trataba de matarlos. Era una especie de lucha bruta, elemental e inútil, y tampoco sé si eran ellos los que me atacaban o yo a ellos. No lo sé. No lo sé».*

LUU HUY CHAO

«Antes de mi adiestramiento como piloto nunca había subido a un avión».

Luu Huy Chao es un hombre delicado, de baja estatura, con el pelo oscuro y

de punta, de sesenta y siete años, que pilotó un MiG-17 contra los estadounidenses en los cielos de Vietnam del Norte. Tiene todo el pecho cubierto con condecoraciones, incluidas seis codiciadas medallas Ho Chi Minh, perfiles dorados de Ho sobre un fondo de campos rojos. Recibió una por cada avión americano que derribó. También tiene más de una docena de estrellas de oro y plata que cuelgan de cintas plegadas. Cuando describe con entusiasmo el curso zigzagueante de su avión en la batalla, las medallas tintinean como campanillas de viento.

El primer avión que vi de cerca fue uno francés abatido por el Viet Minh a principios de la década de 1950, cuando era adolescente. Como era muy curioso caminé más de quince kilómetros para verlo. Me asustó. Pensé que no quería terminar como aquel piloto. Debía de ser mucho más alto que yo, y aun así había muerto. Prefería ser soldado de infantería. Hacia el final de la guerra contra los franceses me enviaron a Dien Bien Phu como refuerzo, pero cuando llegué la batalla ya había terminado. Unos años después el gobierno vietnamita buscaba pilotos y yo estaba en la lista. En 1957 me aceptaron en la fuerza aérea. En 1959 fui a China para un adiestramiento de seis años.

Antes de mi adiestramiento como piloto nunca había subido a un avión. ¡Ni siquiera me había embarcado en un bote de remos! El instructor nos puso a dos en el asiento de atrás y despegó. Cuando giró el avión y todo se dio la vuelta, cabeza abajo, tuve una sensación muy extraña. No estaba asustado, sólo un poco indispuesto. Yo había terminado mis estudios de secundaria pero algunos de nuestros mejores pilotos sólo habían recibido la educación elemental. Como en toda disciplina, algunos eran muy buenos, otros medianos y otros no tan buenos. Me considero un poco por encima de la media. Lo peor de mi estancia en China fue el clima. Durante el trayecto hasta el aeropuerto cada mañana hacía muchísimo frío y la piel se me agrietaba.

Cuando volví a Vietnam en 1965 pronto comencé a participar en combates aéreos con pilotos estadounidenses. La primera vez que derribé un avión norteamericano fue en febrero de 1966 sobre los cielos de mi provincia natal, Thanh Hoa. No fue realmente un combate porque el objetivo enemigo no era más que un C-4 [un avión de carga]. Transportaba algunos comandos del sur que debían lanzarse en paracaídas y sabotear la zona. Por lo que yo sé no había estadounidenses en aquel avión. Mi grupo estaba compuesto por cuatro MiG-17. Cuando vi el avión enemigo, el comandante del escuadrón me ordenó atacar. El piloto del C-47 era listo. Tan pronto como nos vio perdió altura y comenzó a culebrear entre las montañas. Debía de saber que un

MiG-17 no puede hacer fuego de manera efectiva por debajo de los seiscientos metros. Como estaba bajo mi avión, accioné los frenos para inclinar mi armamento en el ángulo correcto. El primer disparo le pasó por delante. Disparé de nuevo y estalló. Al día siguiente encontraron once cuerpos donde se había estrellado el avión. Todos eran vietnamitas.

En una ocasión tuve un encontronazo con cuatro F-105 sobre Nghia Lo. Estábamos en una salida rutinaria y descubrimos los F-105 a seis mil metros de altitud. Le pedí permiso al número uno para atacarlos y me dijo: «Adelante, te cubro». Así que ascendimos inmediatamente y los estadounidenses nos vieron. Dos de ellos descendieron en picado y los otros dos dieron la vuelta para atacarnos por detrás. No dudé ni un momento, porque me di cuenta de que estaba en una situación muy peligrosa. Giré de inmediato y disparé contra uno de los dos F-105 que nos atacaban, dándole de lleno. El otro tipo estaba demasiado ocupado mirando a su amigo y descendió demasiado. El F-105 cuenta con una especie de piloto automático que le impide caer por debajo de los mil quinientos metros, pero las montañas de esa zona son más altas y se estrelló contra ellas. Los otros dos F-105 se alejaron. Cuando volví dijeron que yo había derribado los dos aviones, pero lo negué. Cuando revelaron la película de mi avión dije: «¿Veis? Sólo he derribado uno».

Estuve con el presidente Ho Chi Minh en tres ocasiones. La más memorable fue después de derribar mi cuarto avión. Invitó a algunos pilotos a su despacho. Nos dio caramelos, vimos películas juntos y nos dedicó palabras de ánimo. Dijo: «Ésta es la primera vez que hemos combatido a nuestro enemigo en el cielo». Luego nos señaló a cada uno de nosotros con el dedo. «Tú has derribado dos aviones, tú has derribado tres y tú has derribado cuatro. Está muy bien, pero no confiéis demasiado. Debéis ser extremadamente cuidadosos cuando luchéis con los estadounidenses. Vienen de un país muy avanzado y sus aviones son más rápidos y poderosos que los nuestros. Aun así, podemos enfrentarnos a ellos si mantenemos el ánimo y no perdemos los nervios».

Lo que dijo el presidente Ho era verdad. ¡Los F-4, F-8 y F-105 volaban muy rápido! Su velocidad máxima era de 2560 kilómetros por hora, mientras que la de los MiG-17 era sólo de 1160 kilómetros por hora, y nunca podíamos alcanzar ese máximo porque se podían romper las alas. Cuando iba demasiado rápido todo el avión temblaba. Además teníamos que reducir la velocidad para disparar. Todos nuestros MiG-17 tenían veinte años o más. Su

mecanismo era muy simple: tenía tres botones delante de mí; si quería utilizar las dos ametralladoras de las alas, presionaba un botón; si quería utilizar el cañón de la parte frontal, presionaba otro. Si quería utilizar los tres a la vez, presionaba el tercer botón.

Ahora que la guerra ha acabado quiero ser completamente honesto. Sólo tenía trescientos proyectiles del calibre 47. En unos pocos segundos de combate los agotaba. Pero la mayoría de las veces, cuando los pilotos norteamericanos nos veían desaparecían al instante. Nunca alcancé a ninguno. Volábamos prácticamente todos los días, pero rara vez tuve la oportunidad de luchar. Cuando descubría aviones estadounidenses siempre iban por encima de mí y ascendía para encontrármelos, pero no podía alcanzarlos.

En una ocasión un proyectil de un F-4 alcanzó una de mis alas. Sentí una gran explosión y me desmayé al instante. Mi avión cayó entre las nubes hasta llegar a dos mil metros del suelo. Normalmente, cuando un avión estadounidense te disparaba eras hombre muerto. Por suerte recobré la conciencia y logré aterrizar. Fui directo al controlador aéreo y le dije: «¿Por qué no me has avisado que tenía un F-4 pisándome los talones?».

Sin contar el «Dien Bien Phu del cielo» [una expresión vietnamita para referirse a los «bombardeos de Navidad» de Richard Nixon sobre Hanoi y Haiphong en 1972], el período más violento de la guerra aérea fue probablemente el de abril y mayo de 1967. Por ejemplo, el 19 de mayo, cumpleaños del presidente Ho, Estados Unidos lanzó un ataque masivo sobre los cielos de Hanoi. Como respuesta enviamos más de treinta MiG. Aquel momento fue tan violento que por primera vez una de nuestras unidades antiaéreas derribó accidentalmente uno de los MiG. También hubo casos de fuego amigo entre pilotos estadounidenses. Sabemos que algunos aviones estadounidenses fueron derribados por misiles aire-aire y puesto que nuestros MiG no los tenían, tenían que provenir de aviones estadounidenses.

Después de haber derribado un F-4 no volví a tener miedo a ningún tipo de avión estadounidense. El factor psicológico es muy importante en cualquier enfrentamiento, especialmente en el aire. Los norteamericanos derribaron muchos de nuestros aviones, pero parte de mi confianza provenía del hecho de que si tenía que saltar en paracaídas aterrizaría en mi propio país. Un piloto estadounidense en la misma situación debía de sentirse muy asustado sabiendo que los vietnamitas le esperaban en tierra. Los bombardeos los enfurecían tanto que estaban dispuestos a matar al piloto con cualquier cosa que tuvieran a mano.

Muchas veces mis camaradas descendían en picado para disparar a un estadounidense que se había lanzado en paracaídas y yo les ordenaba que pararan. Les decía: «No nos atacará de nuevo, dejadlo». En una ocasión, cuando intenté que un hombre de mi escuadrón no disparara, me dijo: «¿Por qué no? Ellos nos lo hacen a nosotros». Le respondí: «Nosotros somos diferentes».

Una vez tuve la oportunidad de hablar con un piloto estadounidense veterano y le dije: «Nosotros sólo éramos soldados, no provocamos la guerra». Los pilotos norteamericanos tenían que obedecer a sus comandantes, cierto, pero el sufrimiento que generó la guerra es inmensurable. Los muertos sólo son una parte; cada soldado que moría suponía sufrimiento para muchas otras personas: su padre, su madre, sus parientes y amigos… Fue una guerra muy trágica y generó consecuencias graves en los dos bandos, especialmente en el nuestro. Como piloto de combate no lamento haber derribado aviones estadounidenses, y los estadounidenses no deberían sentir haber derribado aviones vietnamitas. Era lo que se suponía que teníamos que hacer. Ahora mi único deseo es que no haya más guerras.

NGUYEN QUANG SANG

«Fue la primera vez en mi vida que vi un estadounidense».

Este conocido escritor de cuentos, novelas y guiones todavía tiene el genuino acento campesino de la provincia de An Giang, a unos trescientos kilómetros al sudoeste de Saigón, donde creció. En 1940, cuando tenía ocho años, muchos de sus vecinos se unieron a la resistencia contra los franceses. Un día detuvieron a algunos de ellos. «Los amarraron perforándoles con un cable de acero las manos y se los llevaron».

Nos encontramos en la Asociación de Escritores de Ciudad Ho Chi Minh el día de su 67.º cumpleaños. Apenas mide un metro cincuenta, pero sus hombros y brazos son gruesos y fuertes. Durante la guerra contra Estados Unidos sirvió en una sección de literatura y arte («Van Nghe») donde ofrecía distracción e inspiración a los guerrilleros del Norte y del Sur.

Cuando combatíamos contra los franceses todo el mundo me veía como un niño, un chico que hacía de mensajero. Pero en la guerra contra los estadounidenses era el mayor de mi unidad. Me veían como a un padre y me llamaban «Pop».

La mayor parte del tiempo viví en la profundidad de la selva, sin combatir. Cuando todo estaba tranquilo me tumbaba en mi hamaca y escribía cuentos.

Hasta teníamos una editorial en la selva. Imprimíamos libros, periódicos y panfletos. El famoso periódico *Liberación* (*Giai Pong*) se imprimía en la selva. Muchos jóvenes que escribían poesía y prosa nos enviaban sus trabajos. Publicábamos lo que nos gustaba y el resto lo devolvíamos con nuestros comentarios para que lo mejoraran. Cuando terminaba uno de mis cuentos lo telegrafiaba a Hanoi y el gobierno lo pasaba a la radio para que lo leyeran en el programa *Historias del atardecer*. Lo retransmitían por todo Vietnam, incluso en el sur. Bastaba sintonizar la frecuencia adecuada para poder escucharlo. Todos los soldados conocían mis historias, porque no había otra distracción.

En 1966 una bomba de un B-52 alcanzó una casa a tan sólo treinta metros de donde yo estaba. Las cinco personas que estaban dentro resultaron muertas. Aquélla fue mi primera experiencia de la verdadera guerra contra Estados Unidos. Pero tuve una experiencia más espantosa cuando me destinaron a Dong Thap Muoi, cerca de mi pueblo natal. Allí no había selva, sólo agua y cielo, y para los helicópteros era mucho más fácil localizarnos. Los que estábamos en la sección Van Nghe sólo llevábamos pistolas. Sólo los soldados regulares estaban autorizados a llevar fusiles y a disparar a los helicópteros. Si lo intentábamos y fallábamos, sabíamos por experiencia que llamarían a varios aviones y nos bombardearían. Así que siempre que nos atacaban tratábamos de camuflarnos lo mejor posible confiando en que pensaran que éramos simples campesinos.

Un día de 1968 nuestra unidad seguía a un grupo de soldados que iban hacia Saigón cuando un helicóptero nos vio y nos reconoció. Atemorizaba más que los ataques de los B-52 porque los bombarderos vuelan tan alto que no te pueden ver. Simplemente lanzaban las bombas indiscriminadamente y se marchaban. Si la bomba te alcanzaba, morías en el instante sin saber siquiera que te habían dado. Pero cuando aquel helicóptero nos divisó corrimos para salvar nuestras vidas. Fue terrorífico. La zona era completamente abierta. Sólo había agua por todas partes. Así que cuando se acercaron los helicópteros me sumergí en el canal, y allí permanecí escondido desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde con muchas otras personas. Los helicópteros iban y venían, sobrevolándonos todo el tiempo. Cuando los artilleros dejaban de disparar sacábamos la cabeza del agua para respirar. Vi muchos muertos a mi alrededor, entre ellos el pintor Hoang Anh. En una ocasión un helicóptero descendió tan cerca del agua que llegué a verle la cara al artillero; era la primera vez en mi vida que veía un estadounidense. Todavía me acecha en pesadillas. Siempre que cambia el clima tengo la misma

pesadilla: un helicóptero me persigue y tengo que esconderme en el agua.

En 1980 escribió el guión de una película vietnamita, El Campo Devastado. *«Estaba basada íntegramente en aquella persecución de los helicópteros».*

FRED BRANFMAN

«¿Cómo se sentiría uno si tuviera que ocultarse en una cueva día tras día durante cinco años?».

Entre 1967 y 1971 vivió en Laos. No pasaba desapercibido; además de medir 1,92 metros —la gente de Laos lo apodó «Montaña»— andaba vestido con pijamas negros al estilo del Vietcong, tenía el pelo tupido y largo y llevaba varias pulseras tradicionales y collares budistas.

Fue a Laos como miembro del Voluntariado Internacional, una organización sin ánimo de lucro dedicada al desarrollo económico y educativo en países del Tercer Mundo. Al cabo de dos años hablaba con fluidez la lengua del país y decidió quedarse como intérprete y periodista independiente. Fue uno de los primeros occidentales en denunciar que Estados Unidos llevaba desde 1964 bombardeando en secreto el norte de Laos. Muchos de los ataques se centraron en la Llanura de las Tinajas, una llanura situada en las tierras altas controlada por el Pathet Lao (los comunistas de Laos). Allí se habían asentado unos cincuenta mil campesinos, viviendo entre vasijas de un metro ochenta que al parecer eran antiguas urnas funerarias: las famosas tinajas que dan nombre a la planicie. En septiembre de 1969 Branfman y el periodista británico T. D. Allman entrevistaron en campos de refugiados a algunos de los supervivientes de los bombardeos, unas diez mil personas desplazadas de sus pueblos por los estadounidenses y las Fuerzas Reales Laosianas.

La primera conversación cambió toda mi vida. Subimos y empezamos a hablar con un lugareño. Le preguntamos: «¿Por qué estás aquí?». Respondió: «Los aviones nos estaban bombardeando». «¿De verdad? ¿Cuánto tiempo os han estado bombardeando?». «Cinco años». Siempre recordaré cómo se puso en cuclillas y dibujó una L en el suelo. Era el dibujo de la cueva en la que se escondían durante el día para esconderse de los aviones. ¿Cómo se sentiría uno si tuviera que ocultarse en una cueva día tras día durante cinco años para evitar que las bombas caídas del cielo lo maten?

Todos los refugiados me contaron la misma historia. El bombardeo comenzó en mayo de 1964, fue aumentando poco a poco y se intensificó en 1968. Más tarde averigüé que cuando Johnson declaró el alto el fuego sobre Vietnam del Norte, justo antes de las elecciones de noviembre de 1968,

simplemente desviaron todos los aviones al norte de Laos. Luego Nixon y Kissinger arrasaron toda la Llanura de las Tinajas.

Los refugiados nos contaron que los soldados del Pathet Lao eran los que tenían menos bajas, ya que se desplazaban continuamente por los bosques, que los protegían. El norte de Laos tiene una vegetación muy tupida y los únicos espacios abiertos son los pueblos. El ejército estadounidense los consideraba como un área de almacenaje o un punto de trasbordo, pero no eran más que aldeas formadas por cabañas de madera que ardían fácilmente. No tenían agua corriente ni electricidad.

Muchos de los bombardeos dejaban caer «bombas piña» antipersonales, con las que no se podían destruir camiones o emplazamientos antiaéreos; sólo servían para matar gente. Arrojaron doscientos cincuenta mil perdigones sobre un área del tamaño de un campo de fútbol. Luego perfeccionaron la táctica lanzando unos pequeños dardos de acero que se clavaban en la carne y eran casi imposibles de sacar.

Cabría hablar de tres niveles de horror, por los que fui pasando sucesivamente. El primero no era más que furia. No podía creer que el Poder Ejecutivo estadounidense hubiera estado bombardeando este país sin que nadie lo supiera, ni siquiera el Congreso. Era increíble. El segundo fue ver a niños a los que les faltaban las piernas y oír a alguien contar cómo su abuela había ardido por completo ante sus ojos. Pero el último nivel se alcanzaba al darse cuenta de que los bombardeos continuaban. Desde aquel día de septiembre de 1969 hasta que acabó la guerra trabajé veinticuatro horas al día, siete días a la semana, para parar los bombardeos. No es que creyera que lo podía conseguir, todo lo que sabía era que debía hacerlo. Rara vez discutía sobre algo que no fuera la guerra. Simplemente me llevaba a otro estado de conciencia. Estados Unidos, la nación más poderosa del mundo, estaba bombardeando a la más débil del mundo.

Uno de los refugiados que entrevisté resultó ser un antiguo soldado del Pathet Lao llamado Ngeun. Era un personaje fantástico. Contaba que el Pathet Lao le había dicho que se fuera con los refugiados porque era demasiado indisciplinado para ser un soldado, pero él creía en ellos y no lo ocultaba. Me gustaba aquel tipo. Vivió conmigo durante seis meses y todas las noches hablábamos del Pathet Lao. Aprendí de todo. Por ejemplo, una táctica guerrillera básica es atacar emplazamientos fijos. El combatiente que va en primer lugar cae sobre el alambre de espino y entonces los otros utilizan su cuerpo como escala para vencer el obstáculo. Pensé que nadie querría hacerlo,

y le dije: «Debía de ser difícil encontrar voluntarios para eso». Él me respondió: «No, no. No entiendes. Todos se presentaban como voluntarios. Mataron a mi madre, quiero ir primero, quiero ser yo quien lo haga». Hasta este momento no he dudado nunca de que me decía la verdad.

Una noche, antes de que nos fuéramos a dormir, le pregunté: «¿Qué es exactamente lo que quieres lograr con todo esto?». Se puso muy serio y me dijo: «Mira, Fred, arriesgué mi vida tantas veces que sinceramente no creo que siga vivo cuando el Pathet Lao gane, pero sí espero que dentro de unos años, cuando alguien pregunte por mí, quién era yo, se le responda que amé a mi pueblo».

A finales de la década de 1980 el ministro de Cultura de Laos estaba escribiendo un libro conmemorativo de Sufanuvong, una especie de Ho Chi Minh laosiano. Acepté escribir un capítulo titulado «Los hijos y las hijas del príncipe Sufanuvong», en el que conté la historia de Ngeun. No sabía qué había sido de él y suponía que habría muerto. Terminé así el capítulo: «Ngeun, donde quiera que estés, sólo quiero que sepas que en algún lugar alguien dice: “Ngeun amó a su pueblo”».

En 1993 volví a Laos y resultó que seguía vivo. Subimos a la Llanura de las Tinajas y pasamos una semana juntos. Pero a diferencia del tipo fuerte y joven que yo recordaba, tenía barriga y aspecto de alcohólico. Cuando el Pathet Lao tomó el control del país se alegró mucho. Tuvo un trabajo realmente importante a cargo de la contabilidad del general que dirigía Vientiane. Durante un año fue muy feliz, pero un día el general le pidió que falsificara la contabilidad porque quería robar dinero. Ngeun se negó y lo metieron en la cárcel durante siete años, sin juicio. Una noche en la Llanura de las Tinajas nos emborrachamos y me dijo: «Tuve que comer hierba para sobrevivir, Fred, tuve que comer hierba». Siete años. Fue suficiente para amargarme la imagen del Pathet Lao.

Cuando recuerdo el pasado me doy cuenta de que fui ingenuo y estaba equivocado al pensar que si los norvietnamitas y el Pathet Lao ganaban nos llevarían a un mundo mejor; obviamente, el comunismo no es mejor que el capitalismo. Pero de lo que no me arrepiento, por supuesto, es de haber tratado de parar los bombardeos.

El legado más perturbador de la guerra es que no les enseñamos a nuestros hijos que nuestro país es capaz de asesinar civiles en masa. Estoy de acuerdo con William Bennett y la derecha en que se ha vulgarizado la vida de los

estadounidenses, se la ha insensibilizado ante el valor de la vida humana. Pero casi todo eso empezó con nuestra guerra en Indochina, y los conservadores son los principales culpables. Personas como Henry Kissinger nunca pensaron en los indochinos como seres humanos, como personas con tanto derecho a vivir como nosotros.

A un nivel muy profundo fuimos traicionados por nuestros mayores. Una de las cosas más duras que le han sucedido a este país es que toda la generación del *baby-boom* sabía, al menos subconscientemente, que sus padres estaban dispuestos a verlos morir por una causa en la que no creían. Esa traición generacional afecta no sólo a los militantes antibelicistas como yo, sino igualmente a los veteranos de Vietnam, muchos de los cuales eran los más indignados. Creo que muchos de ellos saben que fueron traicionados por sus líderes, a los que nunca les importó si ellos sobrevivirían o morirían.

Nosotros, la generación del *baby-boom*, crecimos con las secuelas de la «buena guerra» y en la década de 1950 creíamos realmente en Estados Unidos. Teníamos un sistema de valores coherente. Entonces llegó Vietnam y destruyó todos los ideales. Creo que esa conmoción arrojó a toda una generación a un abismo moral del que todavía no hemos salido. Hemos tenido la inmensa suerte de tener prosperidad económica y paz, pero todos sabemos en lo más hondo que ahí se siente una especie de vacío.

En 1971 el gobierno de Laos lo expulsó del país por sus persistentes esfuerzos por revelar el alcance de los bombardeos secretos estadounidenses. Al regresar a Estados Unidos se incorporó al Proyecto Guerra del Aire y al Centro de Recursos de Indochina, asociaciones en pro del fin de la guerra. También publicó una colección de ensayos escritos por refugiados de Laos titulada Voces desde la Llanura de las Tinajas.

18

Prisioneros de guerra (I)

Cuando los estadounidenses piensan en un prisionero de guerra en Vietnam la mayoría imaginan a un piloto de combate canoso abatido en Vietnam del Norte al que mantuvieron cautivo en el «Hilton de Hanoi». Aunque fue una experiencia traumática, no muchos la sufrieron. En Vietnam hubo menos prisioneros estadounidenses que en cualquier otra guerra del siglo XX: sólo unos ochocientos, mientras que en la guerra de Corea fueron siete mil y en la segunda guerra mundial ciento treinta mil. Los prisioneros en Vietnam suponían un porcentaje muy pequeño de las fuerzas estadounidenses y además, en varios aspectos, eran una muestra poco representativa. Mientras que el ejército estaba constituido en su mayoría por gente joven, racialmente diversa, de extracción obrera y con estudios secundarios, el típico prisionero de guerra era un piloto de treinta años, de clase media y con estudios universitarios.

Los estadounidenses también eran una minoría en el cómputo total de prisioneros de guerra en Vietnam. La aplastante mayoría eran vietnamitas. En el momento de los Acuerdos de Paz de París de 1973, el gobierno de Vietnam del Sur tenía a más de cuarenta mil prisioneros del Vietcong y Vietnam del Norte. Si en el total incluimos a los presos políticos, el número puede ser de tres a cinco veces mayor. Muchos survietnamitas sospechosos de apoyar al Vietcong eran encarcelados por poco tiempo, interrogados y puestos en libertad. A muchos de ellos los detuvieron más de una vez. La prisión relacionada con la guerra afectó en Vietnam del Sur a cientos de miles de personas e incontables familiares que trataban de visitar a sus parientes encarcelados, de llevarles comida y ropa y, cuando era posible, de sobornar a los guardianes para que los dejaran en libertad.

Los comunistas encarcelaron a muchos menos prisioneros survietnamitas durante la guerra, en parte por la dificultad de mantenerlos en campos de

prisioneros en la selva o de transportarlos al norte. Aun así, su número superó con mucho al de los prisioneros estadounidenses. Después de la guerra la República Socialista de Vietnam trasladó a un millón de antiguos enemigos a «campos de reeducación», un eufemismo para referirse a prisiones donde se sometía a los prisioneros a un intenso adoctrinamiento político y a trabajos forzados.

Dicho de otro modo, todo vietnamita involucrado directamente en la guerra era susceptible de ser encarcelado. Para los estadounidenses, a no ser que volaran sobre Vietnam del Norte, las posibilidades de convertirse en prisionero de guerra eran pocas.

PORTER HALYBURTON

«No me imagino un lugar peor que éste».

Este profesor de estrategia oriundo de Davison, Carolina del Norte, me recibe en un despacho prolijo, con las paredes tapizadas de libros, en la Universidad de Guerra de la Armada. Un colega interrumpe para pedir prestada una copia de Tucídides. Él retoma a continuación la conversación con voz suave, allí donde la dejó. Tiene el tipo de voz sosegada que uno querría escuchar desde la cabina de un avión cuando hay turbulencias. Como ocupante del «asiento de atrás» de un F-4 Phantom, entre sus responsabilidades estaban el radar, la navegación y las comunicaciones por radio. En octubre de 1965 su avión fue abatido sobre Vietnam del Norte en su misión número 65. Estuvo encarcelado hasta 1973.

Más de la mitad de las misiones eran nocturnas. Mientras volábamos sobre el océano desde nuestro portaaviones, el *Independence*, podíamos ver todas sus luces Pero tan pronto como nos oían llegar activaban la alarma, así que cuando llegábamos a la costa casi todas las luces del país estaban ya apagadas. La mayor parte del tiempo lo pasábamos buscando convoyes de camiones que iban hacia el sur por la Ruta Ho Chi Minh. No se nos daba muy bien. Los vietnamitas eran maestros del camuflaje; ponían vegetación recién cortada sobre los camiones, y cuando nos oían llegar se detenían a un lado de la carretera. Parecían una masa de arbustos.

Llegábamos hasta allí en cuatro Phantoms —aviones que valían cada uno 15 millones de dólares— en busca de vehículos en ruta y no los hallábamos. ¿Qué podíamos hacer entonces? No podíamos volver con todas aquellas bombas, así que buscábamos un lugar donde lanzarlas. Normalmente había que ir hasta la isla del Tigre, que era una especie de zona de fuego a

discreción ocupada en su totalidad por tropas norvietnamitas, y arrojar allí las bombas. No puedo hacerme una idea de cuántas toneladas de bombas lanzamos sobre aquella isla.

Nos sentíamos muy frustrados, porque nuestros objetivos no eran apenas significativos. Si volábamos un puente, tres o cuatro días después ya lo habían arreglado, o construían un pontón. También trasladaron las industrias a la selva. Cuando volábamos sobre el norte estábamos muy limitados. En el sur los B-52 arrojaban de una vez toneladas de bombas y devastaban toda el área; pero en lo que se refiere al norte el presidente Johnson dijo: «No vais a bombardear ni un retrete sin mi permiso». El reglamento decía que no podíamos bombardear ni una plataforma de misiles SAM tierra-aire a no ser que ellos nos atacaran primero. Teníamos que enviar a alguien como cebo para que dispararan un misil y entonces poder atacar las plataformas de los cohetes SAM. Ese tipo de cosas nos indignaba.

Algunos lugares estaban muy fuertemente defendidos. Era increíble la cortina de fuego antiaéreo que podían desplegar. El día que me derribaron volábamos treinta y cinco aviones; era el mayor ataque aéreo hasta aquel momento. Nuestro objetivo era el puente principal en la carretera que llegaba desde China hasta Hanoi. Pretendíamos neutralizar la artillería antiaérea lanzando misiles contra las plataformas para que a continuación los bombarderos pudieran destruir el puente.

Vi llegar el fuego antiaéreo por la derecha. No se oía nada, sólo vi unas pequeñas bocanadas negras; y de repente el ruido era ensordecedor. Nos habían alcanzado en la cabina. El avión todavía no perdía altura pero podía ver que el casco del piloto había desaparecido. Los papeles volaban por la cabina. Levanté la mano hacia la máscara de oxígeno, pero también había salido volando. Entonces miré hacia abajo y vi que se me había clavado en la mano una gran pieza de metal. La saqué y tiré del mando de eyección.

Todo ocurrió muy deprisa. Casi sin darme cuenta pasé de estar en el avión a ir cayendo con el paracaídas. Podía oír cómo me disparaban y las balas atravesando el paracaídas. Aterricé bastante cerca de un pueblo, del lado de una colina. No había ningún lugar donde esconderse. Traté de huir pero llevaba demasiado equipo encima y sentía como si tuviera la boca llena de algodón. No podía seguir corriendo mucho tiempo, y cuando me detuve para descansar me rodearon. Me quitaron las botas y tuve que caminar descalzo hasta el pueblo.

Tengo que contarle una historia sobre esas botas. El año pasado volví a Vietnam y fui al Museo del Ejército. En uno de esos expositores de metacrilato había unas botas y dentro se podía ver parte del nombre. ¡Me incliné y era el mío! Parecía que las botas habían recorrido un largo camino. Obviamente alguien las había usado antes de que acabaran en el museo.

En cualquier caso, me llevaron de vuelta al pueblo, me metieron en una especie de cobertizo para animales, me permitieron fumar y me trajeron agua y un cuenco de arroz. Al cabo de un par de horas apareció un *jeep* y salimos hacia Hanoi. Me dijeron: «Si cooperas y te arrepientes de tus crímenes, te trasladaremos a un campamento nuevo, un lugar muy agradable. Estarás con todos tus amigos. Tendrás buena comida y podrás disfrutar de juegos y escribir a tu familia. De lo contrario te llevaremos al peor lugar». Me llevaron a la prisión conocida como «el Zoo».

La celda estaba completamente vacía y oscura. En la parte superior del tabique había un espacio de unos siete centímetros para la ventilación, con barrotes y postigos. Un día escuché un ruido por encima, al lado de aquel ventanuco. Puse la cama contra la pared y trepé para echar un vistazo. Una hoja había conseguido colarse entre las contraventanas, una hoja verde. Lo interpreté como una señal de que por muy aislado que estuviera, Dios me había hecho llegar una señal.

Como no cooperaba me llevaron a un lugar aún peor: a una carbonera plagada de hormigas, ratas y mosquitos. Me traían un minúsculo cuenco de arroz que dejaban a la puerta, por fuera, durante horas. Cuando me lo daban estaba totalmente cubierto de hormigas. No se podía comer. Además tenía disentería y me sentía desmoralizado. Llevaba meses sin hablar con un compatriota. Los constantes interrogatorios y adoctrinamientos me estaban desgastando. Estaba al límite y me repitieron: «Si no cooperas te llevaremos a un lugar peor».

Les dije: «No puedo imaginar un lugar peor que éste». Y entonces me llevaron a donde estaba Fred Cherry. Me dijeron: «Tienes que cuidarlo. Tienes que ser su sirviente». Debieron de pensar que aquello era lo peor que me podían hacer: ordenar a un tipo blanco que sirviera a un negro. Trataron de enfrentarnos, pero al cabo de muy poco tiempo éramos amigos. Viví con Fred durante ocho meses. Él estaba pasando por un momento espantoso.

Fred había salido eyectado de un F-105 a mil kilómetros por hora. Prácticamente le había arrancado un brazo y tenía un pie roto. No podía ni

moverse. Decidieron operarle y ahí fue cuando comenzaron realmente sus problemas. Estaba como loco por la infección. Le chorreaba pus de la escayola. Era horrible. Realmente no podía hacer nada por sí mismo, así que tenía que bañarlo, alimentarlo y ayudarle a hacer sus necesidades. Armé un escándalo para que las autoridades del campamento le dieran antibióticos.

Él cree que le salvé la vida. No sé si fue así, pero él sí que le dio un vuelco a mi vida. Cuando me trasladaron con él me dije: «Dios mío, este tipo está mucho peor que yo y no se queja». Llevaba mucho tiempo sin relacionarme con nadie y comenzaba a compadecerme de mí mismo. Cuidar a Fred me dio una meta fuera de mi propia supervivencia. Era muy liberador, algo así como la idea de que todos formábamos parte de una hermandad, de una gran familia. Haríamos cualquier cosa el uno por el otro.

El 29 de junio de 1966 Estados Unidos bombardeó en Hanoi una zona de almacenamiento de petróleo y lubricante. Los vietnamitas dijeron que habíamos bombardeado objetivos civiles y cosas por el estilo, como siempre hacían. Lanzaron una gran campaña propagandística y el 6 de julio nos pasearon a sesenta de nosotros por Hanoi. Íbamos esposados de dos en dos. Nos dijeron que teníamos que soportar la indignación de los vietnamitas, mostrar nuestro arrepentimiento e ir con la cabeza agachada. Cada vez que la levantábamos nos golpeaban con la culata del fusil. Empezamos a caminar por el centro de la calle, con guardias armados a cada lado. Había un gentío alineado al borde de la acera. Se podía oír a los guardias incitando a la muchedumbre a gritar consignas y cánticos: «¡Imperialistas yanquis! ¡Piratas del aire! ¡Asesinos!».

La multitud se descontroló y empezaron a arrojarnos cosas. Se apretujaban y nos tiraban barro, zapatos, nos escupían. Fue la única vez en todo mi cautiverio que pensé que iba a morir. Hasta los guardias estaban aterrorizados. Afortunadamente abrieron las puertas de un estadio y nos metieron allí a empujones dejando a la muchedumbre fuera. Después nos enviaron de vuelta a la prisión.

Luego me trasladaron a una prisión muy primitiva en el campo —«la Briarpatch»— y comenzaron un programa de tortura sistemática para forzarnos a escribir nuestras confesiones. Primero se limitaban a darnos la paliza para ablandarnos, o nos hacían sentar en un pequeño taburete durante días, con lo que se podía comprobar el aguante de cada uno. Mi límite fue de tres días, al cabo de los cuales me derrumbé por falta de sueño, de comida y de agua. Descubrimos que podíamos conseguir un poco de agua si

simulábamos quedarnos dormidos. Te tiraban agua a la cara para despertarte y abriendo la boca podías tragar un poco.

Después comenzó la verdadera tortura. El método que utilizaron conmigo se llamaba «esposas máximas». Te levantaban los brazos por detrás de la espalda y te ponían esposas en la parte superior de los brazos. Luego te ataban una cuerda a las muñecas y tiraban. De hecho, cuando me hacían eso podía ver la punta de mis dedos por encima de la cabeza. Presionaba los nervios contra el hueso. Era como si te fluyera metal líquido por las venas: un dolor indescriptible.

Me hicieron aquello repetidas veces, hasta conseguir los documentos que querían, ya fuera una confesión, información personal o una lista de misiones militares, y era mucho más difícil negarse después de haber hecho algún tipo de confesión. La primera vez fue la más devastadora. Me encontraba realmente mal. Era medianoche y para poder hablar con uno de los interrogadores había que decir «*bao cao*» (informe) al guardia de turno. Yo gritaba: «*bao cao, bao cao*». Realmente me sentía muy mal.

Creo que eso era mucho más perjudicial psicológicamente que la tortura física, porque uno se sentía como si hubiera fracasado por completo. Había tirado la toalla. Me había rendido. Había violado el código de conducta. Había defraudado a todo el mundo. Era muy deprimente. Con el tiempo descubrí que todos los demás, incluidas las personas que más respetaba como Jim Stockdale, Jerry Denton y Robert Risner, pasaron exactamente por lo mismo y reaccionaron igual que yo.

Al principio tratábamos de decir únicamente el nombre, graduación, número de servicio y fecha de nacimiento. Pero era una estrategia poco realista. Nos habían instruido para dar la vida antes que decir nada más. ¿Pero qué pasa si no te puedes suicidar y ellos no te matan? ¿Qué ocurre si se trata de un dolor continuo e insoportable? Nos fuimos dando cuenta de que nadie lograba mantener el silencio. Todo el mundo tiene un límite físico. Así que entre los prisioneros estadounidenses se extendió pronto la idea de que estaba permitido tirar la toalla después de ser torturados. Suena casi antipatriótico, pero era muy práctico. Los oficiales de mayor rango marcaban las directrices. Uno cedía cuando todavía le quedaba algo de agudeza mental y podía mentir eficazmente. Si alguien resistía hasta el final no le quedaba capacidad mental para mentir. Así que podías aguantar algunas torturas pero no era tan malo acabar rindiéndose y contar alguna historia falsa. Nos acostumbramos a mentir, encubrir y aprovechar su ignorancia sobre las costumbres, la historia,

el idioma y el humor estadounidenses.

Los vietnamitas querían, por ejemplo, pruebas de nuestros crímenes de guerra para enviarlas al Tribunal Bertrand Russell, en Estocolmo. Así que elegían a la tripulación de un F-4 para que escribiera una confesión. Los torturaban y acababan firmando una confesión. Tenían que confesar todo tipo de cosas salvo armamento nuclear: bombardeo de escuelas, hospitales, civiles, presas, diques, de todo. Y tenían que dar la lista de nombres de los integrantes de su escuadrón; así que daban una lista inventada y los vietnamitas salían volando a Estocolmo para leerla allí. El comandante del escuadrón era Dick Tracy y los demás Clark Kent y muchos otros personajes de historieta. Esto suponía una vergüenza internacional, porque obligar a un prisionero de guerra a firmar una declaración es de por sí un crimen de guerra, con lo que se acusaban a sí mismos. Creo que al final entendieron que los odiábamos lo bastante como para enredarlos siempre que podíamos.

En 1969 vivía en el sector del campo conocido como «el anexo del Zoo», en un recinto con otros ocho hombres. Poco después de la muerte de Ho Chi Minh en septiembre de aquel año empezamos a ver cambios. Creo que se dieron cuenta de que la tortura no había servido de mucho y aprovecharon la muerte de Ho para cambiar de táctica. No habían convencido a nadie y no podían confiar en la información que nos sonsacaban. Además, desde Estados Unidos se estaba haciendo mucho ruido al respecto, la gente llevaba brazaletes por los prisioneros de guerra y enviaba montones de cartas a la delegación vietnamita en París. Creo que los vietnamitas se inquietaron, pensando que todas aquellas protestas podían hacer peligrar el apoyo antibelicista que habían cultivado con tanto esmero.

Dejaron de interrogarnos y la comida mejoró. Añadieron una comida más, el desayuno, que consistía en un pedazo de pan con un poco de grasa y azúcar. La ración de cigarrillos aumentó de tres a seis diarios y nos dejaron estar fuera un poco más. Luego pudimos escribir y recibir cartas. La que recibí de mi mujer en 1970 fue la primera en cinco años. Pero el gran cambio fue que dejaron de torturarnos.

También construyeron una prisión especial para alojar a todo el mundo. Comparada con otros lugares era bastante agradable. Había incluso una zona donde decían que iban a poner una mesa de *ping-pong* y nos dejaban estar a todos juntos durante el día. Pero cuando llevábamos allí unos meses se produjo el asalto a Son Tay[28]. Entonces nos trasladaron a todos al Hanoi Hilton [la prisión Hoa Lo] y ahí se acabó lo bueno.

La seguridad fue más severa después de lo de Son Tay, pero en general no torturaban a nadie. Además nos metieron en celdas grandes en grupos de cuarenta o cincuenta, así que estábamos contentísimos. Durante los años de aislamiento nos comunicábamos con un código de golpes contra la pared. Cuando me torturaron pude así mantener el contacto con Howie Dunn, un piloto de F-4 de la Armada. Le abrí mi corazón. Hablábamos de lo que los vietnamitas nos estaban haciendo, de comida, de mujeres, de nuestro pasado y de lo que queríamos hacer en el futuro. Pasábamos horas golpeando la pared. En una ocasión le pregunté: «Howie, ¿cómo eres físicamente?». Con golpes en la pared me respondió: «De hecho, me parezco mucho a John Wayne». Nos separaron y no supe nada de él durante cinco años. Justo antes de volver a casa los vietnamitas nos reunieron a todos en un gran complejo permitiéndonos «saludarnos», como ellos decían. Estaba de pie charlando con alguien cuando se me acercó un tipo bajito, calvo y anodino, al que no conocía de nada. Me alargó la mano y dijo: «Hola, soy Howie Dunn». Así se me presentó de repente mi gran amigo.

Después de la guerra oyó que algunos prisioneros estadounidenses no habían sido liberados por los vietnamitas y que seguían cautivos. «Me preocupaba realmente, porque habíamos hecho un gran esfuerzo para impedirlo. Memorizamos el nombre de cada estadounidense recluido en las prisiones norvietnamitas, además de su graduación, servicio, tipo de avión y día en que fue derribado. Pensábamos que los conocíamos a todos». Sin embargo, las dudas lo acosaron y a principios de los años ochenta él y otros antiguos prisioneros de guerra ofrecieron dos millones de dólares a cualquier persona del Sudeste Asiático que aportara información verídica sobre prisioneros de guerra. «La noticia de esa recompensa se difundió por radio, se repartieron octavillas y el rumor se difundió por todas partes. En Laos había montones de personas tratando de vender huesos falsos y tarjetas de identificación. Pero nunca apareció ni un solo prisionero de guerra. Para mí eso es tanto como decir que no quedó ninguno en Vietnam».

TRUONG MY HOA

«Intentaban hacernos decir: ¡Abajo el presidente Ho!».

Truong My Hoa es la vicepresidente de la Asamblea Nacional Vietnamita y miembro del Comité Central del Partido Comunista. Nos sentamos en un rincón de una enorme sala de reuniones en la Asamblea Nacional de Hanoi, bajo un retrato de Ho Chi Minh. Viste un «ao dai» azul oscuro, formal. Es la vestimenta tradicional de las mujeres vietnamitas: una túnica de cuello alto,

mangas largas y aberturas laterales, que se usa sobre los pantalones. Un intérprete se inclina desde su silla detrás de nosotros y un puñado de colegas y auxiliares se sientan a cierta distancia. Un cámara de televisión registra en vídeo la entrevista.

Revolucionaria del Sur, se incorporó al Partido Comunista en 1963, a la edad de dieciocho años. El gobierno de Vietnam del Sur, apoyado por el de Estados Unidos, la encarceló durante once años. Su voz es apenas más alta que un suspiro, una voz suave en una sala enorme.

Nací en el seno de una familia revolucionaria, así que heredé esa tradición. Mi pueblo natal, Tien Giang, era un semillero revolucionario. Mis padres habían formado parte de la resistencia contra los franceses, por lo que ambos fueron arrestados y encarcelados. Mis hermanos y hermanas y yo fuimos encarcelados durante la guerra contra Estados Unidos. En total, mi familia pasó medio siglo en la cárcel.

En 1954 mi padre fue enviado al norte, en aplicación de los Acuerdos de Ginebra. Mi madre permaneció en el sur con los niños, y como todos los demás pensaba que al cabo de dos años habría elecciones generales y que el país, al igual que todas las familias, se reunificaría. Sin embargo, el gobierno títere de Ngo Dinh Diem emprendió unilateralmente una guerra sangrienta, apoyado por los imperialistas estadounidenses.

Comencé a participar en la revolución a los quince años, en 1960, cuando el régimen de Saigón implantó la guillotina en todo el Sur para decapitar a los patriotas revolucionarios e incluso a gente común. En lo más hondo de mi ser me di cuenta de que no teníamos otra alternativa que luchar contra el gobierno de Diem y sus secuaces. Era la única manera de alcanzar la paz, la independencia y la unificación. Huyendo del terror sembrado por Diem en el campo, mi madre nos llevó a Saigón. Allí, justo en el corazón del régimen del gobierno títere, abracé la causa revolucionaria. Participé en el aparato propagandístico, destinado a movilizar a los estudiantes de secundaria y universitarios. Les instábamos a rechazar el servicio militar obligatorio y a luchar contra la invasión de los imperialistas.

Me detuvieron el 15 de abril de 1964. El Tribunal Militar de Saigón me acusó de alterar el orden público y la estabilidad política. Fui sentenciada oficialmente a dieciocho meses de reclusión, pero fueron prolongando la sentencia y me tuvieron en prisión once años. Fui liberada el 7 de marzo de 1975. Pasé por todo tipo de cárceles: las dependencias policiales de Gia Dinh,

la cárcel de Thu Duc, la de Chi Hoa, la de Tan Hiep y en dos ocasiones me encerraron en una jaula para tigres en Poulo Condore [en la isla de Con Son].

La jaula para tigres medía aproximadamente un metro y medio de ancho por dos de largo. Dentro construyeron un cepo de cemento en el que introducían los pies de los presos. Por encima había barras de hierro donde guardaban tres cosas: un cubo con cal viva, una lata con agua y un juego de látigos de junco. Los guardias caminaban sobre las jaulas y cada vez que nos descubrían hablando arrojaban cal sobre nosotras. Nos asfixiábamos hasta el punto de no poder ni llorar de dolor. La cal nos quemaba y si vertían agua sobre las quemaduras era aún peor. La cal se nos quedaba en el pelo, así que afilábamos el borde de una lata y nos lo cortábamos.

En las jaulas de tigre no nos permitían ducharnos en todo el año, y sólo teníamos una muda de ropa. Éramos cinco mujeres juntas en una sola jaula, comiendo, orinando y defecando en aquel lugar diminuto. Cuando teníamos el período teníamos que rasgarnos las bragas y mangas para usarlas como compresas. Hacia fin de año ya no teníamos casi nada con que cubrirnos, y hubo momentos en los que estuvimos completamente desnudas. Lamento mencionar esto, pero quiero enfatizar que las vietnamitas somos muy pudorosas en cuanto a mostrar nuestro cuerpo.

Una delegación del Congreso estadounidense vino a Poulo Condore en una misión de investigación y vieron con sus propios ojos lo que teníamos que soportar. Les contamos todo, y el mundo entero conoció así la existencia de jaulas para tigres en un régimen apoyado por Estados Unidos. La noticia cayó como una bomba[29].

En una ocasión el gobierno títere sentenció a muerte a tres comunistas, uno de ellos mi cuñado Le Minh Chau. Pero el gobierno de Hanoi respondió inmediatamente diciendo que ejecutaría a tres pilotos estadounidenses como represalia. Uno de esos tres pilotos era John McCain. El gobierno estadounidense tuvo que intervenir y pedirle al gobierno de Saigón que detuviera la ejecución, para salvar la vida de los pilotos.

Durante años fui sometida a muchos interrogatorios y torturas. Me golpeaban con porras y con picanas eléctricas. Me metían las manos en una especie de torno eléctrico. Me clavaron todo tipo de clavos en las manos, en las piernas y en las yemas de los dedos. Nos acostaban despatarradas sobre una larga mesa y nos ataban. Nos echaban agua jabonosa en la nariz y la boca. A veces nos metían una manguera en la boca y la abrían. Nos ataban las

manos a una viga y nos dejaban colgando, de manera que nuestros pies no tocaran el suelo, y nos golpeaban una y otra vez por turnos mientras nos balanceábamos entre dos hombres. A esto lo llamaban «hacer volar un avión». Muchas de mis camaradas murieron en prisión y muchas quedaron incapacitadas para siempre. Algunas quedaron ciegas y otras lisiadas. A mí me fue mejor, pero mi cuerpo todavía sufre.

Nos preguntaban continuamente si íbamos a hablar o no y se burlaban de nuestra lealtad política. Intentaban hacernos saludar a su bandera y condenar el comunismo. Querían que dijéramos: «¡Abajo el presidente Ho!». Y por supuesto querían conocer nuestras bases y organizaciones revolucionarias. Pero preferíamos morir antes de doblegarnos a su voluntad. Nada los detenía en su afán por obligarnos a hacer lo que querían. Por ejemplo, si una prisionera padecía disentería, venía una enfermera con una jeringuilla y le preguntaba si aceptaba saludar a la bandera de Saigón. Si la prisionera se negaba la enfermera vaciaba la jeringuilla en el suelo y se marchaba. Nos decían que si obedecíamos nos darían más comida y que nuestros familiares podrían visitarnos. Intentaban usar a los más sumisos como cebo para que los demás claudicáramos. No era fácil lidiar con esas tácticas psicológicas, pero fuimos inflexibles. Los guardias de la prisión nos llamaban tigresas, porque ni las jaulas de los tigres nos amansaban ni doblegaban. La cárcel fue ante todo una lucha por proteger nuestra integridad. Nos aprendimos de memoria uno de los poemas de To Huu, una de cuyas estrofas dice: «Voy entendiendo que convertirse en revolucionario / significa aceptar la prisión y el exilio / espadas sobre la garganta, pistolas que te apuntan a la cabeza / ya me considero una persona medio muerta». La integridad del revolucionario es sagrada, porque te permite preservar tus ideales. Siempre recordábamos que la revolución vietnamita era una causa justa, lo que nos permitía superar cualquier prueba. Cuando podíamos organizábamos clases para instruirnos en la ética revolucionaria. También nos enseñábamos mutuamente canciones y poemas y tratábamos de convertir las cárceles en escuelas.

El apoyo de la gente amante de la paz en todo el mundo, especialmente en Estados Unidos, era una enorme fuente de fuerza y estímulo para nuestra lucha. Sabíamos que no estábamos solas. Por ejemplo, el 2 de noviembre de 1965 nos enteramos de que [Norman] Morrison se había inmolado justo frente al Pentágono para demostrar su oposición a la guerra de Vietnam. Nos conmovió profundamente y dedicamos a su sacrificio un minuto de silencio en nuestras celdas.

El recuerdo de Norman Morrison le llena los ojos de lágrimas. Hacia el final de la entrevista, cuando le pregunté si sentía algún remordimiento por el hecho de que tantos antiguos enemigos hubieran sido encarcelados después de la guerra, me contestó, aún en voz baja pero con un asomo de irritación: «Los que trabajaron para el gobierno títere debían ir a campos de reeducación porque obviamente eran culpables; tenían una deuda de sangre con el pueblo vietnamita. Ellos mataron a nuestra gente, así que eran culpables. Eran esbirros y lacayos que obedecían a los extranjeros y traicionaron a nuestro pueblo. Debían ser castigados por sus crímenes».

19

Cámaras, libros y armas

Para los vietnamitas era una guerra total, una conmoción de tal magnitud que impregnaba todos los aspectos de su cultura: el trabajo, la vida familiar, el arte, la literatura, la fotografía, la música, la educación, el tejido mismo de la vida diaria. En Vietnam del Norte y en las áreas del sur controladas por el Vietcong, todos los medios de comunicación estaban volcados en la causa. Los carteles en la calle mostraban guerrilleros idealizados en poses heroicas, las noticias en la radio proclamaban las expresiones de apoyo llegadas del mundo entero y las compañías teatrales celebraban la virtud y el triunfo total de la «guerra del pueblo».

Para los estadounidenses la guerra era a la vez limitada e ilimitada, lejana y omnipresente. Para la mayoría, dada la ausencia de movilizaciones o de espíritu de sacrificio a escala nacional, no era más que una experiencia ajena, pero que causó tanta controversia política y moral que durante años captó la atención nacional. El carácter ambiguo de la intervención estadounidense en Vietnam —a un tiempo parcial e interminable— generó una respuesta cultural que reflejaba tanto una evasión evidente como una intensa preocupación.

Entre 1965 y 1972 la guerra de Vietnam era un tema tan común en los programas nocturnos de televisión que se la empezó a llamar «la guerra de la sala de estar». En 1968 había en Vietnam unos quinientos corresponsales de todo el mundo, doscientos de ellos estadounidenses. Los medios de comunicación tuvieron más acceso a los combates y menos censura gubernamental que en cualquier otra guerra anterior o posterior.

Los defensores de la política estadounidense han dicho a menudo que la cobertura periodística fue hostil a la causa americana y socavó el apoyo de la población; que la difusión diaria de imágenes espantosas de la guerra llevó a muchos americanos, como mínimo, a dudar si valía la pena el empeño. Las versiones más extremas de este argumento culpan directamente a los medios

de comunicación de la derrota. Sin embargo, estudios minuciosos han demostrado que la gran mayoría de los informes periodísticos desde Vietnam estaban basados principalmente en fuentes oficiales estadounidenses y que apoyaban sus objetivos. De hecho, según William Hammond, del Centro de Historia Militar del Ejército estadounidense, «hasta 1968 cuando menos, la televisión se mostraba favorable a la política estadounidense». Las emisiones televisivas tampoco mostraban demasiada sangre. Entre 1965 y 1970 menos del 5 por 100 de los reportes audiovisuales desde Vietnam incluidos en las noticias vespertinas contenían imágenes de violencia y las cadenas de televisión acordaron con las autoridades no mostrar las bajas estadounidenses (alegando que, de lo contrario, los familiares podrían ver a su hijo herido en la televisión antes de recibir una notificación oficial sobre su estado). Además, nunca se retransmitieron en directo acciones de guerra. En la mayoría de los casos pasaban varios días hasta que el material fuera editado y emitido en Estados Unidos.

A partir de la Ofensiva Tet en 1968 los medios solían impugnar las versiones oficiales estadounidenses sobre la guerra, pero raramente plantearon cuestiones que no hubieran sido ya difundidas en todo el país. Y aunque el escepticismo de los medios de comunicación aumentaba junto con el de la opinión pública, los reportajes sobre Vietnam disminuyeron de forma significativa desde 1969 hasta 1975.

De hecho, millones de estadounidenses consideraban los reportajes sobre la guerra de los principales medios de comunicación demasiado limitados y tímidos y buscaban fuentes alternativas de información. Activistas y escritores jóvenes generaron una cantidad enorme de publicaciones políticamente radicales y contraculturales. Aunque en su mayoría hayan quedado en el olvido, hacia finales de los años sesenta había cientos de periódicos «alternativos» con un diseño provocativo, caricaturas subversivas, artículos audazmente subjetivos y notas de agencias como el Servicio de Noticias de la Liberación (*Liberation News Service*) y el Sindicato de Prensa Clandestino (*Underground Press Syndicate*). También había decenas de periódicos de los soldados estadounidenses, muchos producidos por ellos mismos y por marines en activo, que refutaban los reportajes en favor de la guerra de periódicos militares como *Stars and Stripes*. Periódicos confeccionados por los propios soldados como *The Fatigue Press* y *About Face*, y otros clandestinos como *The Great Speckled Bird* y *The Old Mole*, contaban historias de Vietnam que raramente aparecían en los principales medios: informes sobre el uso de armas químicas y antipersonales por parte

de Estados Unidos, reportajes de atrocidades (que incluían, por ejemplo, fotografías de un soldado norteamericano sosteniendo la cabeza cortada de un vietnamita), información sobre la insumisión y partes de prensa de Hanoi y del Vietcong.

En cualquier caso, era muy poco lo que podían saber sobre la guerra hasta los ciudadanos más curiosos. No había tema más inaccesible que las experiencias del vietnamita común, del bando que fuere. Aunque los medios informaban ocasionalmente sobre los líderes vietnamitas (especialmente del gobierno de Vietnam del Sur), poco se sabía de sus combatientes o civiles. Un pequeño número de reporteros estadounidenses, comenzando por el periodista del *New York Times* Harrison Salisbury en 1966, hicieron breves visitas a Vietnam del Norte para recopilar historias. Pero a ningún periodista estadounidense se le permitió informar de lo que sucedía tras las filas enemigas en Vietnam del Sur hasta la retirada en 1973, y los medios estadounidenses rara vez hicieron uso de los reportajes de periodistas extranjeros que sí podían hacerlo.

Por mucho que la guerra llegara a dominar los titulares en Estados Unidos y llenara de manifestantes las calles, estaba notoriamente ausente de gran parte de su cultura popular: películas, novelas y programas de televisión no informativos. Desde 1964 hasta 1972, los años de combate más intenso en Vietnam, en Hollywood sólo se filmó una película importante sobre la guerra, *Boinas verdes [The Green Berets]* (1968), basada en la única novela sobre Vietnam escrita durante la guerra que se convirtió en un *best-seller*. El lanzamiento de esta única película a favor de la guerra de Vietnam, protagonizada por John Wayne, contrasta notablemente con las decenas de películas patrióticas producidas por Hollywood durante la segunda guerra mundial. Su tono defensivo es igualmente llamativo. Mientras que las películas sobre la segunda guerra mundial daban por sentado que el público compartía su justicia y necesidad, *Boinas verdes* intentaba penosamente exponer por qué los estadounidenses debían combatir en Vietnam.

Aunque no se realizaran películas eficaces en favor de la guerra, Hollywood tampoco era capaz o no estaba dispuesto a invertir en filmes explícitamente opuestos a ella. Películas como *Little Big Man*, sobre las atrocidades cometidas contra los nativos norteamericanos, se insertaban claramente en una perspectiva antibelicista, pero no se referían directamente a la guerra en curso. Hollywood tampoco se arriesgó a hacer películas sobre los activistas contra la guerra y el claro desafío que planteaban a la política

estadounidense. Incluso después de la guerra, cuando varias películas sobre Vietnam alcanzaron el éxito, los pacifistas casi siempre brillaban por su ausencia o recibían un tratamiento desfavorable.

A diferencia de Hollywood, las editoriales lanzaron un aluvión de libros sobre la guerra de Vietnam, la mayoría de ellos ensayos o análisis de acontecimientos reales. En el caso de guerras anteriores los libros antibelicistas solían aparecer varios años después de que acabaran, pero en el caso de Vietnam las críticas más severas a la intervención estadounidense se escribieron durante la propia guerra. Los textos de Noam Chomsky y Howard Zinn, por ejemplo, fueron cruciales para moldear las bases intelectuales del movimiento contra la guerra.

Desde finales de los años setenta el recuerdo colectivo de la guerra de Vietnam se ha visto profundamente afectado por las películas de Hollywood sobre ella. Desde *Apocalypse Now* (1979) a *We Were Soldiers* (2002), pasando por *Platoon* (1986), la mayoría de esos filmes sólo mostraban la experiencia de los soldados estadounidenses. Este enfoque también caracterizaba las muchas novelas y biografías que aparecieron una vez terminada la guerra, gran parte de ellas escritas por veteranos estadounidenses. Ninguna otra guerra en nuestra historia ha generado una literatura tan rica, escrita por los que combatieron en ella.

PHILIP JONES GRIFFITHS (I)

«Ve a ver lo que le han hecho a esta gente con tu dinero».

Philip Jones Griffiths, un galés robusto, se inclina sobre una mesa en su apartamento de Manhattan y examina una fotografía en la que aparece una mujer vietnamita, cubierta de barro, al borde de una columna de tropas estadounidenses en un barrio de Saigón bombardeado durante la Ofensiva de Tet. Es una de las miles de fotografías que tomó durante la guerra para Magnum, la famosa cooperativa fotográfica. Ahora, a sus sesenta y pico años, ha perdido la cuenta de los lugares remotos a los que ha viajado para tomar fotos. «Vengo de un pueblo pequeño. Lo único a lo que siempre le tuve miedo en la vida es al aburrimiento». Muchas de sus fotos de la guerra de Vietnam han sido publicadas en todo el mundo, aunque en los diarios y revistas estadounidenses han aparecido relativamente pocas. «Me dijeron que mis fotos eran demasiado crudas para el mercado norteamericano». En 1971, después de la publicación de Vietnam Inc.*, una recopilación de sus fotografías, el gobierno survietnamita le prohibió volver a entrar al país.*

Antes de ir a Vietnam nunca había visto a nadie reventar en pedazos y me preguntaba cómo reaccionaría. Me armé de valor para aquel trabajo. Siempre tenía en mente que debía imitar a un médico. Un cirujano que se desmaya al ver sangre no sirve. Un fotógrafo que empieza a llorar cuando se supone que debe tomar una fotografía es igualmente inútil. Lo que hice fue simplemente concentrar mis emociones en la punta de mi dedo índice. Más adelante, de regreso en casa, a salvo en el cuarto oscuro y mirando los contactos de las fotos, todo volvía como una avalancha. Entonces era cuando podía rendirme a la desolación y a las lágrimas, podía venirme abajo sin perjudicar mi trabajo. Si las lágrimas no te dejan enfocar la ampliadora, es cuestión simplemente de esperar a que se sequen.

La única vez que casi me desmayé no fue en el calor de una batalla sino mientras hacía un reportaje sobre un hospital. Los estadounidenses tenían lo que llamaban un hospital inflable: una versión más pequeña de lo que ahora usan en las canchas de tenis, montándolo cerca del campo de juego. Todo aquello era espantoso. Fotografié lo que había. Cuando le estaban amputando la pierna a un muchacho, saqué una foto. Pensé que después de todo no me iba a desmayar. Pero una noche trajeron a un soldado semiinconsciente. Sacaron un taladro enorme y empezaron a hacerle un agujero en la cabeza. Luego un médico metió allí el dedo y empezó a hurgar. No me sentía mal hasta que dijo: «Ay, mierda, me equivoqué. Es otro el que tiene la herida en la cabeza, la de éste era en la pierna». Entonces sí que empecé a tambalearme. Tuve que sentarme y poner la cabeza entre las piernas.

Era muy metódico en cuanto a mi trabajo, la antítesis del fotógrafo que va directamente a la oficina de AP y pregunta: «¿Dónde se van a cometer crímenes contra la humanidad esta tarde?». Decidí que visitaría todas las provincias de Vietnam del Sur, y así lo hice. Realmente sólo pretendía observar, trataba de tener una visión general. Si había fotos que tomar, las tomaría. Pero no quería que nadie dijese: «Este tipo vino con la agenda marcada. Ya se había hecho una idea previa de la guerra». La verdad es que no era así. Pero por decirlo vulgarmente, cuando leí material en la revista *Time* me pareció todo lo contrario [risas].

Tengo fotografías que te harían vomitar. ¿Pero qué sentido tiene? Por suerte todos contamos con mecanismos de defensa y cuando la cosa se pone demasiado fea cerramos los ojos o pasamos la página. Por eso tratas de sacar fotos que atrapen a la gente, y no de fotografiar cosas horrendas.

Muchas de mis fotos no son tan horribles. Tomé unas cuantas imágenes

para confirmar el vínculo espiritual entre los vietnamitas y su arroz, su tierra y sus tumbas ancestrales. Quería mostrar que era una sociedad a la que debíamos imitar, en lugar de destruirla. Creo que eso tocó la fibra sensible de mucha gente.

Si estabas bien de la cabeza, cuanto más te acercabas a la guerra peor te parecía lo que veías. Al final llegué a la conclusión de que lo que Estados Unidos estaba haciendo en Vietnam era un genocidio. No había justificación posible para aquello, ni nada que te hiciera considerar aceptables los argumentos estadounidenses.

En el hospital provincial de Quang Ngai había una sección en la que se ocupaban de los bombardeados con napalm. Estaban tan desfigurados que probablemente nunca más se podrían reinsertar en la sociedad. Muchos de ellos sólo esperaban la muerte. En una ocasión vi allí a un chico con los párpados, la nariz y los labios quemados. Iba camino de convertirse en una calavera, pero todavía estaba vivo. Apenas podía mirarlo, de lo aterrador que era.

Sólo le eché un vistazo y me di la vuelta. Estaba fotografiando a otra persona cuando sentí que alguien me tiraba por detrás de la camisa. Me di la vuelta, y era aquel chico. Me indicó con signos que quería que le tomara una foto. Recuerdo que mientras lo hacía pensé que nunca sería publicada, pero que se podría presentar en los juicios contra los crímenes de guerra. Por supuesto, eso jamás sucedió.

Cuando salí de aquel pabellón vi a una periodista estadounidense. Me dijo: «No puedo entrar allí, es demasiado horrible. ¿Podrías coger mi cámara y hacer algunas fotos para mí?». Le respondí: «No, entra tú; a estas personas las han quemado con el dinero de tus impuestos. Ve a ver lo que les han hecho con tu dinero».

Pero los hechos más horrendos no son necesariamente los que dejan una impresión más duradera. Me encontraba con la Primera División de Caballería en la provincia de Binh Dinh cuando interrogaron a un chico gordito de unos catorce años. Temblaba de la cabeza a los pies, absolutamente aterrorizado. El estadounidense le gritaba al intérprete: «Dile que si no nos dice dónde se esconden los del Vietcong mataremos a su padre». Y el chico gritaba: «No lo sé, no lo sé, no me hagan esto, no lo sé». Siguieron presionándole y finalmente el estadounidense dijo: «De acuerdo, matad al padre».

Arrastraron al padre hacia un rincón y le dispararon. El chico estaba destrozado. Entonces el norteamericano dijo: «Bueno, parece que efectivamente no sabe nada». Trajeron al padre de nuevo, y cuando el chico lo vio no podía creer que no estuviera muerto; él había oído los disparos. Un soldado le dio unas latas de comida y le dijo: «Vete a casa, lárgate de aquí». Aquél era, evidentemente, el procedimiento estándar; no hacían nada que no hubieran hecho antes decenas de veces. Pero fue uno de esos pequeños incidentes que nunca podré olvidar.

DUONG THANH PHONG

«No necesitábamos cuarto oscuro».

A este fotógrafo de guerra, nacido en 1940 en Trang Bang, provincia de Tay Ninh, al noroeste de Saigón, le enseñó a sacar fotografías su tía cuando era todavía un niño. Su tía tenía una tienda de fotografía que también servía como lugar de reunión para los revolucionarios que combatían contra los franceses. A finales de los años cincuenta usó sus conocimientos de fotografía para falsificar documentos de identidad para los guerrilleros alzados contra el régimen de Ngo Dinh Diem, apoyado por Estados Unidos.

En 1965 pasó a la «zona R». R era la abreviatura de rung, *que en vietnamita significa selva, pero en este caso se sobreentendía que eran las áreas controladas por los comunistas, de forma que «irse a la selva» equivalía para los del sur a alistarse en el Vietcong. Para Phong era un viaje corto desde su casa. Pasó la mayor parte de la Guerra Americana fotografiando las operaciones de la guerrilla en los túneles de Cu Chiy sus alrededores. Su trabajo incluye fotos de la guerrillera Tran Thi Gung. «Conocía muy bien a Gung, tanto que un amigo solía decirme en broma que más que disparar el obturador de mi cámara preferiría llevarla dentro de los túneles para pulsarle otros botones». [Risas]*

En 1965 el gobierno títere me iba a reclutar, por lo que tuve que pasar a la zona R para unirme a las fuerzas revolucionarias. Como era buen fotógrafo me asignaron ese trabajo. Mi misión consistía en animar a nuestras tropas y tomar fotos que se enviaban al extranjero para hacer propaganda antiestadounidense. La fotografía puede ser un arma política. En cuanto revelaba mis fotos organizábamos exposiciones públicas en las aldeas. Cuando la gente se veía en las fotos, se excitaban tanto que ya no era sólo una cuestión política. Decían: «¡Mira, ahí estoy!». Les gustaba saber que lo que habían hecho en el campo de batalla había quedado registrado para el recuerdo.

Conseguíamos en Saigón todo el material fotográfico que necesitábamos. Nuestros agentes clandestinos compraban la película y los productos químicos de rigor y lo llevaban todo a la selva. No necesitábamos cuarto oscuro, ya que la oscuridad de los túneles era más que suficiente; eran perfectos.

Al principio de la guerra no disponíamos más que de unas ramas de bambú afiladas para luchar contra las tropas del gobierno títere. Las enterrábamos en hoyos que cubríamos para que el enemigo cayera dentro. Nuestro sistema de túneles estaba ya en funcionamiento en la época de la guerra contra los franceses. Era simple y no muy desarrollado —sólo zanjas y guaridas ocultas mediante bambú y hierba—, por lo que nos esforzamos por perfeccionarlo cavando hasta dos metros y medio de profundidad para luego ramificar aquellas zanjas horizontalmente.

Mi primer encuentro con el enemigo tuvo lugar cuando estaba bajo tierra con un equipo de guerrilleros. A través de un pequeño agujero en un bunker podíamos ver el avance de los soldados enemigos. Vi caer a uno de ellos frente a mí; uno de los guerrilleros se asomó y con la ayuda de un palo arrastró hacia sí el fusil. Luego otro soldado estadounidense se acercó para llevarse el cadáver de su compañero. Por primera vez vi llorar a uno de ellos, y se me ocurrió pensar que los norteamericanos son como los vietnamitas. Es decir, cuando abrazan a sus compañeros muertos, sus gestos y la expresión de sus rostros son exactamente iguales a los nuestros. El sufrimiento es universal. El agujero era tan pequeño que sólo podía mirar una persona, y nos peleábamos entre nosotros para observar. Aquella escena me afectó mucho, ya que cuando llegaron los estadounidenses no sabíamos lo poderosos que eran, ni siquiera qué pinta tenían. Por eso cuando vi caer a uno de ellos y a otro llorando sobre su cadáver, me di cuenta de que el combate no era tan desigual, de que eran hombres, no extraterrestres, iguales a nosotros.

En muchos de los túneles teníamos tres niveles y generalmente estábamos a salvo. Nos acostábamos en unas hamacas y cuando las bombas tronaban sobre nuestras cabezas las hamacas se balanceaban. La mayoría de nuestras bajas se producían cuando los proyectiles o morteros alcanzaban a alguien fuera, pero normalmente sabíamos de antemano cuándo llegarían los B-52, simplemente mirando al cielo. Cuando no había aviones o helicópteros a la vista suponíamos que se aproximaba un ataque importante. Como casi todos los alrededores de Cu Chi eran zonas de fuego a discreción, siempre había todo tipo de helicópteros y aeronaves pululando por allí. Pero los B-52 volaban a diez mil metros de altura y el espacio que sobrevolaban tenía que

estar vacío si no querían alcanzar involuntariamente a un compatriota. Cuando en las alturas había calma nos trasladábamos a las zonas más profundas de los túneles.

Casi todo el tiempo teníamos que soportar el estruendo de los bombardeos, helicópteros y morteros. Combatíamos día y noche contra la División Relámpago Tropical [la 25.ª de Infantería]. Una unidad blindada que provenía de Tay Ninh también impresionó por su capacidad de fuego, y recibimos también muchos disparos desde una base estadounidense situada en Ben Cat. Normalmente dormíamos en los túneles durante el día y sólo salíamos por las noches.

Viví de esa manera desde 1965 hasta 1972, aproximadamente. La peor época para mí fue la estación seca de finales de 1969. En 1968 habíamos movilizado a todas nuestras fuerzas para la Ofensiva Tet, pero en 1969 el enemigo lanzó una poderosa contraofensiva. Todos nuestros esfuerzos se centraban en sobrevivir mientras que intentaban erradicarnos de nuestras bases de Cu Chi. Yo era el jefe de nuestro equipo fotográfico. Teníamos unos quince miembros y siete resultaron muertos. En muchas ocasiones casi me matan. Por ejemplo, una vez durante un ataque de mortero me hallaba junto a dos cráteres de bombas. Podía meterme dentro de cualquiera de los dos. Cuando me lancé al interior de uno, dos ráfagas de mortero cayeron justo en el de al lado. En otra oportunidad, un caza F-105 lanzó una bomba directamente al interior de mi túnel. Hizo todo el recorrido hasta dentro, pero no estalló. Realmente soy un tipo muy afortunado.

Si alguien dice que nunca se deprimió durante la guerra, miente. Sabes, mucha de nuestra gente murió. Pero una vez que aceptabas tu sacrificio, tu propia muerte, ya no sentías miedo. Y cuando me deprimía, la noble causa de la revolución y la crueldad estadounidense me obligaban a volver al frente. La meta final era siempre la liberación nacional, así que continuamos en pie. ¿Cómo podías permitirte estar deprimido mientras veías personas construyendo sus viviendas dentro de un armatoste como éste? [Señala una de sus fotografías, en la que se ve a una familia vietnamita viviendo entre los restos de un tanque estadounidense destruido]. Al ver a gente como ésta sabíamos que nuestra tarea no estaba terminada. Ellos eran la verdadera fuente de nuestra motivación psicológica.

En 1968 uno de mis amigos me presentó a mi futura esposa. Ella también era revolucionaria y trabajaba como ayudante de médico. Nos casamos aquel mismo año. El día de mi boda mis amigos fueron al mercado y compraron una

cabeza de cerdo; pero en el camino de vuelta dieron con un destacamento enemigo que preparaba una emboscada. No tenían más opción que ir a otra base y esperar. Hirvieron la cabeza del cerdo para que no se echara a perder, y dos días después, una vez que los comandos se habían ido, celebramos la boda en la selva con una docena de invitados. Durante la ceremonia nos sentamos todos muy cerca del cráter de una bomba por si se iniciaba un ataque aéreo. Mi esposa y yo pasamos tres días juntos y luego nos separamos. Nos vimos muy pocas veces durante la guerra. De 1968 a 1972 había comandos por todas partes y viajar era extremadamente peligroso. Podía pasar todo un año sin que nos viéramos, a pesar de que no nos separaban más de cincuenta kilómetros.

La mañana del 30 de abril de 1975 iba en un camión camino a Saigón por la Ruta 1. Mientras pasábamos por el Centro de Entrenamiento Militar de Quang Trung del gobierno títere vimos la calle llena de botas y uniformes abandonados por las tropas del sur. Ni siquiera bajé del camión para tomar esa fotografía [Una de sus fotografías más conocidas, tomada durante el último día de la guerra, muestra una autopista cubierta por cientos de botas]. Esto lo dice todo sobre nuestra victoria. Tomé cientos de fotos de los soldados del sur quitándose los uniformes y saludándonos mientras entrábamos en la ciudad, pero no quería usar esas imágenes para humillarlos y de todos modos creo que esta foto en la que sólo aparecen sus botas dice más sobre la guerra. Iba de pie, sacando fotos desde la parte trasera del camión, cuando entramos en Saigón, pasando por encima de las botas como un bote navega por encima de las olas. Era divertido moverse de un lado a otro de aquella manera.

JOAN HOLDEN

«Se podía percibir la contracultura en todas partes».

En 1964 esta estudiante de doctorado se mudó de California a París con 25 años para convertirse en escritora. «Lo pasé bien, pero no tuve aventuras sobre las que valiera la pena escribir». En Vietnam, sin embargo, la guerra se intensificaba, y junto a ella lo hacía el movimiento antibelicista en Estados Unidos. «Empecé a sentir que me hallaba en el continente equivocado». Regresó a Estados Unidos en 1966 y pronto escribió una sátira antibelicista para la Compañía de Mimos de San Francisco, un grupo de teatro de vanguardia políticamente radical fundado en 1959. «Cuando comprobé que las líneas que había escrito hacían reír a la gente me enganché. Así ha sido mi vida desde aquel momento».

Cuando volví a Berkeley en 1966 fue como pasar del blanco y negro al

tecnicolor. Parecía otro mundo. De repente, todos vestían como indios. Era aquella moda totalmente nueva que parecía haber surgido de la nada: pósters y panfletos psicodélicos, ropas multicolores, hombres con el pelo largo y gente que vendía en la calle periódicos alternativos. Se podía percibir la contracultura en todas partes. Era como si brotara de los muros, como las flores silvestres que nacen entre las grietas del asfalto. ¿Cómo podía haber sucedido aquello en apenas dos años?

Era increíble y maravilloso, como cuando surfeando coges una buena ola. Había tanto por hacer —en el arte, la música, el teatro, la política— y todo se mezclaba y sólo se trataba de hacer valer la libertad en cada medio y abrir la mente a posibilidades alternativas. Nunca había querido vivir una vida «normal», pero hasta aquel momento no había encontrado una respuesta. Por otra parte, siempre he sido puritana. Creo en el trabajo social útil. Los años sesenta me enseñaron a vivir con sentido y alegría; me mostraron que se puede hacer un trabajo importante y disfrutar haciéndolo. Simplemente era cuestión de coger la ola y dejarse llevar.

Nunca pensé que me escucharía a mí misma decir esto, pero las drogas jugaron un rol importante, especialmente el LSD. Nunca tomé mucho ácido, pero tampoco hacía falta mucho. Era una experiencia del estilo *Alicia en el país de las maravillas*: atravesando una puertita tenías la sensación de que podías liberarte de todo lo que te mantenía atado. Tomar ácido no era «automedicarse»; se trataba de una apertura mental, no de un embotamiento. Se trataba de un «viaje», y esa palabra era muy importante.

La oportunidad de trabajar en la Compañía de Mimos de San Francisco fue un sueño hecho realidad. Era el deseo de unirnos todos al mismo carnaval, que por otro lado tenía un propósito serio: queríamos crear el mejor arte posible sobre los temas más urgentes y volarle la cabeza a la gente ofreciéndoselo a todos, al aire libre, gratis.

En los años cuarenta y cincuenta nos educaron en la idea de que lo que podíamos lograr en el futuro no tenía límites: una sociedad feliz, una tierra fructífera, un paraíso tecnológico. En los sesenta esas aspiraciones cambiaron de formulación, pero la sensación de posibilidades inmensas e ilimitadas era la misma. La expansión económica permitía renunciar a un empleo y conseguir otro una semana o dos después, cuando se acababa el dinero. En 1967 yo vivía en North Beach, en un apartamento con vistas a la bahía, por cien dólares al mes. Compartiendo el piso podías vivir ganando veinticinco dólares a la semana. No es que fueras a disfrutar de muchas comodidades,

pero podías vivir con poco dinero y hacer lo que creyeras conveniente.

La derecha ha descrito a los *hippies*, con bastante éxito, como unos vagos. En realidad, todos trabajábamos como burros y no precisamente de 9 de la mañana a 5 de la tarde. El teatro es un trabajo intensivo. En la Compañía de Mimos trabajábamos de diez a diez. De hecho, tuvimos que poner una regla: «Habrá un día libre por semana».

Entre 1967 y 1971 hicimos tres obras contra la guerra. Ronnie Davis, el fundador de la compañía, era el director y prefería adaptar obras antiguas en lugar de perder tiempo con escritores inexpertos. Mi primera función fue una adaptación de una obra de la *commedia dell'arte* italiana del siglo XVIII escrita por Goldoni, *L'Amant Militaire [El soldado amante]*. Usábamos el título en francés, no sé por qué. Se trataba de un argumento típico sobre un viejo que quiere casar a su hija por conveniencia y ella se quiere casar por amor. Pero transcurre durante la ocupación de Italia por el ejército español, con lo que cabía establecer un paralelismo con Vietnam y el ejército estadounidense. En aquel espectáculo —una sátira estrafalaria— volcábamos toda nuestra energía e indignación contra la guerra. Era una adaptación muy libre: poníamos de relieve los valores de la obra de manera que quedara muy clara la actitud antibelicista. El capitán se convierte en un general, comandante de las fuerzas combinadas italo-españolas que iba a hacer salir a los rebeldes de sus escondrijos en su próxima gran ofensiva. Hablaba el mismo lenguaje retorcido que oíamos usar a Westmoreland y Johnson cuando hablaban de Vietnam, cosas como: «La política fundamental del gobierno español es buscar la paz con todas las armas disponibles» o «Los rebeldes están a la defensiva, como podemos comprobar por el creciente número de sus ataques».

Por alguna razón se fue propagando la idea de que 1967 iba a ser el «verano del amor» y de que todo el mundo debía dirigirse a San Francisco, y así sucedió. Pero a la Compañía de Mimos no nos interesaba lo del «amor». Estábamos en el extremo político del continuo *hippie*-político. Queríamos satirizar la ingenuidad de los *hippies* y su idea de que uno cambia el mundo cambiándose a sí mismo; los radicales decíamos que para cambiar el mundo había que cambiar las instituciones. En *L'Amant* la hija del general se convierte en una *hippie* convencida de que puede inducirle a cambiar de actitud y dejar las armas; pero esto no funciona y ella y sus amigos son arrestados y casi los matan, hasta que la criada se disfraza del papa y decreta el fin de la guerra.

Montábamos esas obras al aire libre, en parques o en las universidades, en ocasiones ante miles de personas, de forma que *L'Amant* recorrió las diez mayores universidades del Medio Oeste al mismo tiempo que lo hacían los reclutadores [de empleados] de la Dow Chemical, la empresa que fabricaba el napalm con el que se estaba defoliando Vietnam y quemando vivos a los niños vietnamitas, por lo que los reclutadores se encontraban en cada lugar al que llegaban con grandes manifestaciones y sentadas. Cuando se corría la voz de que íbamos a representar una obra antibelicista nos venían a ver multitudes enormes, entusiasmadas. Cada representación se convertía en una manifestación. Había un personaje que hacía que la gente coreara: «¡Por Dios que no iremos!». Cuando en los parques pasábamos la gorra después de la función, alguna que otra vez depositaron una cartilla militar.

En algunos lugares nos prohibieron y organizaron piquetes contra nosotros. El debate sobre la guerra era feroz. Aunque creíamos que íbamos a cambiar la historia, también éramos conscientes de la fuerte oposición a la que nos enfrentábamos.

La Compañía de Mimos desfilaba en todas las manifestaciones. Teníamos nuestra propia banda de música y usábamos una especie de disfraces de mimos harapientos. Yo tocaba el triángulo y los platillos. Teníamos un repertorio bastante variado: «Cuando los santos vienen marchando», «Louie Louie», «La Marsellesa», «El Oriente es rojo» y «La Balada de Ho Chi Minh».

[Se pone a cantar]: «Ho Chi Minh era un marinero de alta mar / navegó por los siete mares / el trabajo y las privaciones eran su abecé. Ho, Ho, Ho Chi Minh…».

Los que le veíamos el lado político a todo aquel fenómeno estrafalario sabíamos que los vietnamitas habían emprendido una verdadera lucha de liberación nacional y realmente creíamos que ellos «no le habían robado al pueblo ni un solo alfiler, ni una sola hebra de hilo», como dijera Mao. Nuestra fe en los movimientos del Tercer Mundo chocó con muchos obstáculos durante las décadas de 1970 y 1980, pero a mi entender los años sesenta no terminaron realmente hasta que salió elegido Reagan en 1980. Por muchos escollos que encontráramos en el camino, hasta fines de los setenta siguió siendo una época enormemente optimista.

OLIVER STONE

«Aquel sargento vivía para matar. Era un auténtico Ahab».

Sus películas suelen despertar tanta polémica como aclamación. Ningún otro director hollywoodiense ha tratado la historia de la generación de Vietnam de manera tan profunda, desde el asesinato de JFK *a la presidencia de* Nixon *o el mundo de* Wall Street *en los ochenta. También realizó tres películas sobre la guerra de Vietnam. En la primera,* Platoon*, relata su propia experiencia como soldado de infantería en Vietnam. La segunda,* Nacido el 4 de Julio*, cuenta la historia de Ron Kovic, un veterano de Vietnam parapléjico que se une al movimiento antibelicista. Finalmente,* Cielo y Tierra *se basa en la vida de Le Ly Hayslip, una vietnamita que pasó por todos los bandos de la guerra hasta llegar a Estados Unidos con su esposo estadounidense.*

En 1965 Stone dejó con dieciocho años sus estudios en Yale y se fue a Vietnam como maestro de escuela. Luego, tras un breve período en la marina mercante y otro intento en Yale, regresó a Vietnam como soldado en 1967.

No era el típico estudiante de Yale. Nunca me sentí cómodo allí; me sentía fuera de lugar. Mi padre hubiera querido que llegara a Wall Street y quién sabe qué hubiera sido entonces de mi vida. Habría sido como Charlie Sheen en la película *Wall Street*. Tuve una crisis nerviosa o lo más parecido a eso que podía tener a mi edad. Me sentía muy frágil, como Holden Caulfield.

Yale era un mundo absolutamente blanco y masculino. No conocí a ningún negro hasta llegar a Vietnam. Nunca había oído a Sam Cooke ni a Otis Redding; ni siquiera sabía quién diablos eran. Me preguntaba qué jodida mierda estaba haciendo con mi vida. Aquellas comodidades y privilegios me ponían enfermo.

Leí *Lord Jim* e influyó mucho sobre mí. Pensaba que Asia escondía un mundo exótico. Alguien me sugirió que consiguiera un trabajo en el Free Pacific Institute. Contrataban a gente para enseñar en Asia, siempre y cuando pudieras ir por tus propios medios y hablaras inglés. Tenía cientos de alumnos y trabajaba como un mulo en Cholon, una comunidad totalmente china de Saigón. Probablemente era el único blanco, aparte de unos pocos sacerdotes. Más adelante tuve la sospecha de que el Instituto había sido creado por la CIA. De algún modo me sentía como el personaje de Audie Murphy en *El americano impasible*, aquel tipo en mangas de camisa que iba enseñando el modo de vida norteamericano a «nuestros hermanos morenitos».

Más adelante, por resumir, volví a Yale durante un breve período, me harté de toda aquella mierda y decidí que tenía que romper de una vez con aquello y encarrilar mi jodida vida. De creer a Henry Luce [director de las

revistas *Time* y *Life]*, la guerra de Vietnam iba a terminar pronto, así que me alisté en la infantería de combate. Eludí la academia de formación de oficiales y toda esa porquería. Quería ir a primera línea, al peor lugar posible. Fue la única vez que obtuve lo que quería. Vi la guerra de mi generación con mis propios ojos y muy de cerca.

Era totalmente anónimo, un simple muchacho que no hablaba demasiado e intentaba aprender lo más rápido posible. Nadie sabía el nombre de pila de los demás. Yo era «Stone» a secas. Era gente irascible, malhumorada. Yo procuraba no meterme en líos porque el ambiente era bastante espeso y no era más que un novato. Éramos soldados de reemplazo en una unidad desmoralizada y todos contaban los días que les quedaban para volver a casa. Trataba de no hacerme notar demasiado; me limitaba a hacer mi trabajo y a cerrar el pico. No quería que nadie la tomara conmigo, y me salía bastante bien, porque algunos otros de los nuevos eran bastante irritantes, y créeme, siendo un novato podían matarte. En realidad no les importas, porque no eres más que un jodido novato. Nos estaban pinchando todo el tiempo, y si no sabías cómo escabullirte eras hombre muerto. Y si realmente querían joderte te ponían en un puesto de guardia, algo que te ponía los pelos de punta porque eran las dos únicas personas fuera del perímetro.

Todo el maldito interés de los medios periodísticos estadounidenses giraba en torno al Primer Cuerpo del Ejército: los marines, la colina Rockpile, la zona desmilitarizada, Khe Sanh y toda aquella mierda glamurosa. Nunca se oía nada sobre la 25.ª [División de Infantería] o la Primera [División de Infantería] en la frontera con Camboya. No recuerdo haber visto jamás a un jodido periodista en la 25.ª de Infantería. Era un trabajo verdaderamente jodido. Se suponía que el Tercer Cuerpo, al que yo pertenecía, era el segundo frente, pero en realidad era el primero. El Primer Cuerpo era un directo, pero el verdadero puñetazo, el gancho, venía de la Ruta Ho Chi Minh hacia el Tercer Cuerpo y se dirigía a Saigón, que vendría a ser la cabeza. Ése era el golpe del *nocaut*. Si se le corta la cabeza a la serpiente, muere. Todos sus túneles, sus complejos, sus espías, casi todo lo que tenían de peso pesado, giraba en torno a Saigón.

Era un enemigo muy capaz; no se le escapaba ni un detalle. Cuando atacaron la base de tiro Burt el 1 de enero de 1968, al día siguiente descubrimos entre los cadáveres dibujos exactos de nuestro perímetro, los espacios entre nuestras trincheras y prácticamente todo el equipo con que contábamos. Sabían lo que hacían. Eran unas malditas hormigas guerreras. El

asalto a la base de tiro Burt fue el único que incluí en el final de *Platoon*. Nos lanzaban granadas autopropulsadas desde todos los ángulos. Lo único que me salvó fue que mi compañía inició sus tareas en el perímetro interno; de haber pertenecido a la compañía C probablemente habría muerto, ya que se vio totalmente dominada y los muchachos sólo disponían de las herramientas con las que excavaban trincheras. Aquella noche me dieron con una colmena en el culo. Las colmenas [proyectiles de artillería llenos de cientos de pequeños dardos de metal] eran siniestras. Nuestros hombres las disparaban a quemarropa contra los viets con obuses instalados en los tanques, sin importarles quién hubiera en medio. La colmena me levantó por los aires y me dejó tirado a unos treinta metros. Perdí el conocimiento durante una hora.

En la 25.ª me hirieron dos veces, lo que me permitía optar a un puesto no combatiente en la retaguardia; así que me fui a Saigón con una unidad auxiliar de la policía militar. Era el trabajo más aburrido del mundo, pero no te podías echar a dormir porque vendría un zapador y te haría saltar por los aires. Aquello te destrozaba los nervios; al cabo de un tiempo te vuelves loco. De todas formas, me pillaron por lo corriente. Siempre había peleas entre los HPR [hijos de puta de la retaguardia] y los soldados de primera línea, porque al volver de combatir siempre había algún gilipollas que te decía: «Lustra tus botas, remétete los pantalones, aféitate». Mi actitud era «bésame el culo». Los despreciaba porque la mayor parte de ellos nunca había estado en el campo de batalla. Eran unos cobardes que hacían dinero en la retaguardia traficando con mierda adquirida en el economato militar. Los odiaba porque había críos muriendo en el frente.

Iban a acusarme de insubordinación, así que les propuse un trato. Les dije: «Envíenme de nuevo a primera línea. Así se deshacen de mí, y yo prefiero aquello a esto». Me mandaron a la patrulla de reconocimiento de la Primera de Caballería, pero acabaron echándome de allí también y me trasladaron a la Primera de la Novena de Infantería, donde pasé los últimos cuatro o cinco meses. Ésa es la unidad a la que pertenecía «Barnes» [el personaje de *Platoon]*. Era un demonio de sargento, capaz de matar y que sabía cómo atraparlos. Recuerdo una ocasión en la que aparecimos de repente ante ellos mientras desayunaban. Era difícil aparecérsele de repente al Vietcong, pero él olía las cabezas de pescado. Los sorprendimos al amanecer. A aquel tipo le encantaba matar. Realmente los odiaba. Tenía cicatrices en el rostro y vivía para matar. Era un auténtico Ahab.

Estaba en la 1.ª de la 9.ª cuando me dieron una estrella de bronce. Fue una

acción puramente militar; quiero decir que no creo que hubiera duda acerca de lo que hice. Era una situación potencialmente desastrosa. Estábamos bajo el fuego enemigo, sufriendo bajas, y había mucha confusión. Nadie sabía hacia dónde iba, las unidades se cruzaban. Estábamos en una mierda de aldea, a unos seis kilómetros de la costa, y avanzábamos. Recuerdo que primero mataron al perro, y a continuación al jodido teniente y al sargento. Había un montón de francotiradores por todas partes. Entonces apareció un tipo en medio de unas cincuenta personas y comenzó a disparar. Al principio no le dio a nadie, pero era evidente lo que iba a pasar. Todos estábamos alrededor de su agujero, por lo que no había forma de dispararle sin darle a alguno de los nuestros. Era una cagada total. Yo simplemente reaccioné y le lancé una granada como si se tratara de béisbol. La emboqué justo en el agujero, al primer tiro. Si hubiera errado la puta granada habría rodado hacia mis propios hombres. Fue bastante arriesgado, pero me sentí bien porque creo que le salvé la vida a varios hombres. Todo el tiempo estaba salvando a gente, a hombres a punto de ahogarse y también, siempre que pude, a aldeanos que iban a ser asesinados o violados.

No me gusta cuando los veteranos dicen: «Bueno, en una guerra puedes hacer lo que quieras. Es tan jodido que los civiles nunca lo entenderían». No estoy de acuerdo con eso, en absoluto. Me exaspera oír a esos estúpidos decir que en una guerra le puedes volar la cabeza a cualquiera. Aunque la guerra potencie los peores aspectos de cada uno, hay una moral. Estábamos condenados a perder porque aquella guerra no tenía un propósito moral y se combatía sin ningún criterio moral.

NGUYEN DUY

«Ganara quien ganara, siempre perdía el pueblo».

Es uno de los poetas vietnamitas más respetados de su generación. Curbstone Press, una editorial en lengua inglesa que edita literatura vietnamita, ha publicado Camino distante*, una selección de sus poemas.*

En 1968, con veinte años, estuve en una unidad de comunicaciones. Una de mis tareas era limpiar fusiles. Los soldados del norte amábamos nuestros AK-47, tan potentes y fáciles de plegar. Yo los limpiaba con auténtica devoción y los dejaba en magníficas condiciones; siempre estaban brillantes. Un día, mientras limpiaba un fusil, pasó el coronel al mando de mi regimiento y me dijo: «Un arma hermosa, ¿no crees?». Yo le respondí: «No me parece nada hermosa. Sólo es un instrumento de guerra y no creo que la guerra tenga nada de hermoso». El coronel me miró fijamente. Admiraba mis dotes

poéticas y sólo me dijo: «De acuerdo, pero no le repitas eso a nadie».

Pasé mi niñez en el campo, donde la vida era muy tranquila. Nunca me imaginé que sería soldado. Sólo aspiraba a una vida corriente, como la de los demás. Éramos pobres, por supuesto, pero eso no nos preocupaba demasiado. Durante mi estancia en el ejército mi único deseo era regresar a aquella aldea, pobre pero tranquila. Cuando volví, terminada la guerra, todo estaba patas arriba. La belleza serena se había esfumado. La guerra cambió radicalmente la naturaleza de nuestra sociedad. En uno de mi poemas hay un verso que dice: «Al final, en todas las guerras, ganara quien ganara, siempre perdía el pueblo».

YUSEF KOMUNYAKAA

«Hermanos negros, ¿por qué morís?».

Nacido en 1947 en Bogalusa, Luisiana, era el mayor de seis hermanos, hijo de un carpintero. Su nombre de nacimiento era James Brotan, pero cuando era adolescente, pocos años después de la separación de sus padres, decidió adoptar el de su abuelo materno, que había llegado a Florida como polizón desde Trinidad.

En 1969 sirvió en Vietnam como reportero de The Southern Cross, *el periódico de la División Americal. Tras regresar a Estados Unidos en 1970 asistió a la Universidad de Colorado. Publicó tres libros de poesía antes de escribir explícitamente sobre la guerra de Vietnam en* Dien Cai Dau *(1988). En 1994 ganó el premio Pulitzer de Poesía por su libro* Neón Vernacular. *Actualmente es profesor de narrativa en la Universidad de Princeton.*

Creo que mi cambio de nombre tuvo mucho que ver con el deseo de alejarme de Bogalusa, aun cuando estaba en el bosque construyendo casas en los árboles y aprendiendo los nombres de aves y plantas. En una ocasión mi madre compró uno de esos visores rotatorios en el que se veían imágenes muy bonitas de México, Japón y África, que despertaron mi imaginación y mi fantasía. Así comencé a ampliar mi horizonte vital.

El Ku Klux Klan estaba muy arraigado en Bogalusa. En 1964 un negro llamado Sims fue asesinado por el Klan mientras hacía una llamada desde un teléfono público. Esto fue lo que inspiró la formación de los Diáconos por la Defensa, un grupo del que muy pocas personas han oído hablar. Fue creado por un veterano de Vietnam en Jonesboro, Luisiana, para proteger a los activistas por los derechos civiles y su rama más activa estaba en Bogalusa. Pretendían impedir que el Klan y otros elementos violentos perturbaran el

planteamiento no-violento del movimiento por los derechos civiles. Los Diáconos para la Defensa sabotearon varias asambleas del Klan y finalmente lo empujaron a la clandestinidad, lo que facilitó el impulso de los activistas por los derechos civiles a la inscripción de los negros en el censo electoral.

Pocos eran los negros que disponían de un arma en Bogalusa. Para un negro, portar un arma era como invitar a que lo mataran, ya fueran los miembros del Klan o la policía. Pero los Diáconos para la Defensa mantuvieron su presión gracias al anonimato y al pacto de silencio que los unía. Para mí eran en cierto modo unos héroes. Espoleaban a toda la población negra. Yo nunca habría intentado que se aboliera la segregación racial en una sala de cine sin su respaldo.

En Bogalusa había dos cines, ambos en la calle Columbia: el Ritz y el State. Los negros nos sentábamos en el anfiteatro y los blancos en el patio de butacas. Les propuse a unos amigos hacer algo al respecto y decidimos transgredir aquella norma consuetudinaria en la siguiente *matiné* dominical. Llevé conmigo a Loraine, una amiga con la que había hablado sobre los derechos civiles, pero cuando llegó la hora de la función nadie más apareció. Decidimos ir de todas formas. Cuando llegamos a la taquilla el empleado nos dijo: «Supongo que querrán sentarse en el patio de butacas». Era obvio que alguien se había ido de la lengua y que conocían nuestro plan. Así y todo le respondimos que sí, compramos los boletos y nos dirigimos a nuestra localidad. No sabíamos con qué nos íbamos a encontrar. Justo antes de que se apagaran las luces eché un vistazo hacia atrás y vi a toda una fila de policías. Fue la primera vez en mi vida que me alegré de ver policías. Por suerte no pasó nada.

Cuando me reclutaron para ir a Vietnam no tenía una opinión formada acerca de la guerra. Sentía emociones encontradas, ya que por un lado pretendía sobrevivir y por otro me identificaba hasta cierto punto con los vietnamitas. Los veía como campesinos y así era también como yo me había criado, confiando en la tierra que me había visto crecer; estaba seguro de que ellos sentían ese mismo vínculo con su tierra.

Escribía artículos para el periódico de la división, la mayoría de interés puramente humano: un soldado al que le había salvado la vida una de aquellas pequeñas Biblias que repartía el ejército que llevaba en el bolsillo del pecho y en la que se incrustó una bala, cosas de ese estilo. Pero también escribí sobre un pelotón que se había negado a obedecer a su teniente. Combatían contra una unidad del ejército norvietnamita y se hallaban en una situación

desesperada, la mitad de ellos heridos y a punto de verse desbordados. El jefe del pelotón era un oficial de la reserva inexperto y demasiado fogoso en cuyas órdenes nadie confiaba. No es que se negaran a combatir, sino a obedecer sus órdenes. Al final un soldado veterano tomó las riendas y el otro le cedió la autoridad. Pero aquel artículo no apareció en *The Southern Cross*.

En Vietnam la segregación racial era absoluta, y de eso se ha hablado muy poco. En los clubes de la retaguardia, cuando la gente se ponía a beber, eran frecuentes los insultos mutuos. Evidentemente, Hanoi Hannah [la locutora de propaganda en inglés de Radio Hanoi] apelaba al tema racial. Era como si te hablara directamente. Decía cosas como: «Hermanos negros, ¿por qué morís?». Era como una cuchillada en el estómago. También tenía cierta idea de la cultura popular de los negros estadounidenses. La sola mención de cantantes como Ray Charles o B. B. King legitimaba en cierto modo su voz. Sentías una vacilación momentánea, te detenía, y a veces eso basta para que te maten, ese momento de duda. La mayoría de nosotros no tenía la posibilidad de dudar.

En Vietnam había un tipo cuyo nombre de guerra era «el Negro Lungo». Nadie sabía su verdadero nombre. Era de Senegal y estaba al mando del 5.º Regimiento del Vietcong en torno a Danang. Los franceses lo habían llevado a Vietnam desde África, cuando era muy joven, para luchar contra los vietnamitas, pero cruzó la línea y cambió de bando. Circulaban muchas historias acerca de él, por ejemplo que una de sus tácticas psicológicas consistía en atacar a las unidades estadounidenses sin disparar contra los soldados negros. También corría el rumor de que hablaba inglés y de que se podía estar infiltrando en nuestras bases para hablar con los soldados negros. Definitivamente su figura causaba cierto dolor y confusión en nuestras almas.

No sé si Estados Unidos se ha desarrollado hasta el punto de aceptar la idea de héroes de guerra negros. No creo que ninguna película de Hollywood sobre la guerra de Vietnam haga justicia a la presencia negra. Pienso especialmente en los soldados negros que se arrojaban sobre las granadas de mano para salvar a quienes tenían a su alrededor; fueron al menos catorce o quince los que lo hicieron. Eso es algo para lo que no se puede entrenar a la gente. ¿Qué mecanismo psicológico le impulsa a alguien a hacer eso? Uno de ellos fue Milton Olive [galardonado póstumamente con una medalla de honor]. Tengo una foto suya y me angustia pensar en su muerte.

H. D. S. GREENWAY

«Bastaba que algo de lo que escribíamos no fuera lo bastante optimista para que la revista lo

ignorara».

Cubrió la guerra para la revista Time *y el periódico* The Washington Post *desde 1967 a 1975. Pulcro y arreglado, tiene el típico acento de la clase alta de Boston. Su padre estuvo en Indochina en los años veinte y treinta como naturalista. «Había visto algunas de las películas y fotos que él había tomado. Tenían un viejo coche francés muy cómico, con ruedas frente al radiador para poder avanzar por encima de troncos».*

Vietnam era tremendamente sugerente. Uno tendía a olvidar todo lo demás y a concentrarse en una historia determinada. Años después, cuando dirigía la sección internacional de *The Boston Globe*, viajé a El Salvador para encontrarme con nuestro corresponsal allí y me dijo: «La diferencia es que vosotros os enamorasteis de Indochina y nosotros no nos enamoramos de El Salvador».

Creo que todos teníamos la sensación de que aquél era el momento decisivo de nuestra generación y un hecho crucial, un acontecimiento histórico que nadie querría perderse. No cabe duda de que Ernest Hemingway influyó mucho a ese respecto. Hace poco encontré una nota que Hemingway había escrito desde el hotel Florida de Madrid durante la guerra civil española y busqué otra que yo envié sobre los últimos días en Saigón, mientras caían a nuestro alrededor las bombas. No se me puede acusar de plagio, pero la atmósfera descrita era muy parecida.

Después de cinco o seis meses en el campo de batalla uno empezaba a ver que nada de lo que decía la misión estadounidense en Saigón tenía sentido, que las cosas no iban tan bien como ellos decían y que se estaban engañando a sí mismos, a sus jefes y a todos los estadounidenses.

Había una intensa pelea en torno al espíritu que debía asumir *Time-Life*. Una facción opinaba que debíamos combatir el comunismo y apoyar a nuestro gobierno, y otra que la guerra no se podía ganar a cualquier precio, aunque el gobierno estadounidense estuviera dispuesto a pagarlo. La mayoría de los periodistas sobre el terreno, incluyendo los que al principio apoyábamos la guerra, pronto dijimos: «Miren, esto no está yendo nada bien». Algunos opinaban que aquella guerra era inmoral.

Hedley Donovan, el redactor-jefe, apoyaba la guerra. Cuando venía a hacernos una visita oficial todos esperábamos ansiosos el momento de la cena para intentar hacerle cambiar de parecer. *Time-Life* es un acorazado difícil de hacer virar, pero finalmente lo conseguimos.

Nuestro jefe inmediato, el jefe de corresponsales, era Dick Clurman. No conocía el miedo y solía acompañar a los soldados en sus operaciones militares. Recuerdo que en cierta ocasión habían capturado a un prisionero en la División Americal e incitaban a un perro que tenían, un pastor alemán, a morderlo. Dick estaba horrorizado. Dijo: «Hemos escrito un montón de artículos hablando de una juventud estadounidense idealista y no es verdad». Yo le dije: «Bueno, puede que fuera así en los primeros días, pero ahora son reclutas en guerra y el ánimo no es muy bueno que digamos. No digo que esto sea típico, pero cosas así suceden a menudo y he sido testigo de ellas muchas veces».

Time-Life comenzó a cambiar de posición a finales del 67. Publicó un artículo de portada acerca de Con Thien [un puesto de la infantería de marina cerca de la zona desmilitarizada sometido a intensos ataques de la artillería norvietnamita] que despertó serias dudas sobre la guerra, sugiriendo que se había llegado a un punto muerto irremediable. La Ofensiva Tet intensificó ese cuestionamiento, pero hasta entonces el trabajo era muy frustrante y triste, porque bastaba que algo de lo que escribíamos no fuera lo bastante optimista para que la revista lo ignorara.

Durante la Ofensiva Tet me encontraba en Hue en la batalla casa por casa. Estábamos contra una pared semiderruida, un soldado miró a través de un hueco y le dispararon en la garganta. El ayudante médico intentaba sacarlo de allí a rastras, pero no podía solo y le ayudé. En aquel momento cayó sobre nosotros el disparo de un mortero o un cohete y mató al soldado que transportábamos. A mí me alcanzó una esquirla y me llevaron a un hospital de campaña en el que atendían primero a los estadounidenses y luego a los vietnamitas, y aun así algunos médicos lo hacían a regañadientes. En cualquier caso había que permanecer tumbado bajo la lluvia un largo rato hasta que alguien te atendiera.

No era una herida grave, pero comencé a sentirme como el hombre de *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, después de que los morlocks se la cambiaran de sitio. Hasta entonces yo pensaba: «No me van a herir porque soy de otro siglo, otro espacio y otro tiempo»; y de repente me veía quizá condenado a quedarme allí mucho tiempo, incluso para siempre, sin poder encontrar mi vehículo. Pero había efectivamente una máquina del tiempo que podía llevarme de un lugar a otro, y eran los helicópteros y aviones de los que no podían hacer uso los vietnamitas. En cuestión de horas pude abandonar el Primer Cuerpo y disfrutar en Saigón de una deliciosa comida francesa y un

baño. A un vietnamita le habría llevado meses llegar allí desde Hue.

El Vietcong recibió un duro castigo durante la Ofensiva Tet y los norvietnamitas tuvieron que asumir la dirección de la guerra, pero seguían llevando la iniciativa. Podían retroceder para lamerse las heridas y volver a combatir otro día, donde y cuando les pareciera. Su objetivo no era ganar todas las batallas sino desgastarnos y aguantar más que nosotros, por lo que no bastaba sacar el balance de bajas. Si derrotamos la Ofensiva Tet fue sólo en el sentido más estricto. La guerra de Vietnam siempre fue primordialmente política y los vietnamitas no combatían para conquistar territorio sino para ganar una guerra política; la Ofensiva Tet, pese a su fracaso militar, mostró que todas las perspectivas estadounidenses de avance eran una ilusión y que al cabo de pocos años los vietnamitas estarían en condiciones de volver a intentarlo. Si se tienen en cuenta la sustitución obligada del mando supremo de las fuerzas estadounidenses [Westmoreland fue reemplazado por Creighton Abrams poco después] y el anuncio del presidente de que no se presentaría a la reelección, la propuesta de armisticio presentada por Estados Unidos en París suponía en realidad que la balanza se inclinaba en su favor, no en el nuestro.

20

La escalada de las movilizaciones contra la guerra

La guerra de Vietnam dio lugar al mayor movimiento antibelicista de la historia de Estados Unidos, por más que existiera una larga tradición de activismo pacifista; hasta nuestras guerras más populares y celebradas han suscitado desacuerdo y resistencia. Durante la guerra de la Independencia aproximadamente un tercio de los colonos apoyaba a los ingleses; una generación después, Nueva Inglaterra estuvo a punto de separarse de los demás estados de la Unión como consecuencia de su oposición a la guerra de 1812. Cuando Estados Unidos invadió México en 1846 hubo manifestaciones nacionalistas gigantescas, pero al cabo de dos años un periódico de Indiana que había estado inicialmente a favor de la guerra reflejaba la creciente oposición a ella al exigir la destitución del presidente James Polk. En 1861 fue elegido presidente Abraham Lincoln, contrario a la guerra contra México. Durante la guerra civil se produjeron violentos disturbios contra el servicio militar obligatorio tanto en el norte como en el sur, y más del 10 por 100 de los soldados de uno y otro bando desertaron. Durante la guerra de 1898 contra Filipinas la Liga Antiimperialista llegó a contar con medio millón de miembros, entre ellos Mark Twain, Andrew Carnegie y los ex presidentes Grover Cleveland y Benjamin Harrison. Al entrar Estados Unidos en la primera guerra mundial el Congreso aprobó leyes draconianas destinadas a suprimir toda expresión del sentimiento antibelicista y aun así el gobierno tuvo que declarar desertores a más de trescientos treinta mil hombres. La segunda guerra mundial, la «guerra buena», fue quizá la más popular de nuestra historia, pero el gobierno encarceló a seis mil objetores de conciencia que se negaron a combatir. Aunque al iniciarse la guerra de Corea en 1950, en el apogeo del macartismo, la disensión pública era extremadamente peligrosa, al cabo de sólo seis meses de combate los sondeos indicaban que el apoyo decidido a la guerra se limitaba al 40 por 100 de la población.

Hoy día se suele calificar de «impopular» la guerra de Vietnam, pero no fue así hasta después de cuatro años de continuo aumento de la presencia militar (1961-1964) y tres más de escalada y enfrentamientos intensos. Al igual que la propia guerra, el movimiento en su contra se fue desarrollando progresivamente durante un largo período. Todavía a principios de 1968 el 61 por 100 de los estadounidenses se consideraban «halcones» y sólo el 22 por 100 «palomas». Al cabo de unos meses estos últimos superaban levemente a los primeros.

Contra todo pronóstico, el movimiento contra la guerra se fue intensificando a medida que lo hacía ésta. En abril de 1965 se congregaron en la primera protesta nacional en Washington veinticinco mil manifestantes, lo que equivalía aproximadamente al número de soldados estadounidenses presentes en Vietnam del Sur. Cuatro años más tarde, el 15 de octubre de 1969, se manifestaron públicamente exigiendo un alto el fuego más de dos millones de estadounidenses (hasta cinco millones, según algunas estimaciones), frente al medio millón de soldados presentes en Vietnam.

El movimiento contra la guerra nunca fue una causa unificada u organizada centralizadamente y se alimentó de una gran variedad de corrientes. La mayoría provenía de otros movimientos: derechos civiles, desarme nuclear, justicia económica, activismo religioso o pacifismo. Para otros fue su primera experiencia en la participación política más allá del voto. Con el transcurso del tiempo iba incorporando representantes de todas las categorías imaginables de estadounidenses: estudiantes, miembros del clero, hombres de negocios, amas de casa, obreros, veteranos de Vietnam, incluso hijos y esposas de un considerable número de políticos estadounidenses. Hacia el final de la guerra había más de un millar de grupos antibelicistas.

Sus actividades eran también bastante diversas. Los participantes recolectaban firmas contra la guerra, escribían cartas a los diarios y revistas y a los representantes en el Congreso, analizaban colectivamente las declaraciones de Washington sobre la guerra, mantenían vigilias silenciosas, hablaban con los vecinos de puerta en puerta, realizaban sentadas para bloquear el transporte de tropas, hacían campaña en favor de los candidatos antibelicistas, repartían folletos, quemaban tarjetas de reclutamiento y ofrecían asesoramiento al respecto, protestaban contra las empresas que fabricaban napalm, editaban libros y periódicos contra la guerra, ocultaban a los desertores y organizaban huelgas de hambre y manifestaciones multitudinarias en innumerables ciudades y en prácticamente todas las

universidades. Con el tiempo, al fracasar todas esas actividades en su objetivo de poner fin a la guerra, algunos llegaron a abogar por acciones más extremas: ocupar las oficinas de los poderosos, incendiar las instalaciones del Cuerpo de Oficiales de Reserva, provocar confrontaciones violentas e incluso pasar a la clandestinidad para planear el derrocamiento del gobierno.

Los presidentes Johnson y Nixon afirmaron públicamente que el movimiento contra la guerra no influiría sobre su política o su estado de ánimo, pero en la Casa Blanca sus actividades eran motivo de seria preocupación, a veces obsesiva. Johnson, por ejemplo, cuando a finales de 1966 los militares le presionaban para que bombardeara Hanoi y Haiphong, se preguntó en voz alta si eso no provocaría que «quinientos mil estadounidenses enfurecidos saltaran la valla de la Casa Blanca… y lincharan a su presidente». Frente a las protestas, Washington urdió cientos de planes para atacar, espiar, infiltrar, sabotear, hostigar, encarcelar, difamar, dividir y desacreditar al movimiento contra la guerra —entre los que cabe destacar la operación CHAOS de la CIA, un programa interno de espionaje ilegal desde 1967 hasta 1974—, y el FBI infiltró en él a cientos de *agents provocateurs* para promover el tipo de acciones violentas que podían manchar, en opinión de sus jefes, la reputación del movimiento entre la población.

Es difícil evaluar la eficacia de las acometidas del gobierno, pero de lo que no cabe duda es de que las manifestaciones contra la guerra provocaron una considerable irritación. Muchos estadounidenses las veían como una señal de que se estaba desmoronando la estructura misma de la sociedad, de que las autoridades tradicionales perdían el control y de que los padres e instituciones demasiado permisivos habían animado a una generación a aprovecharse de sus privilegios. Si bien las encuestas mostraban que la mayoría de los estadounidenses se oponían a la guerra, también mostraban una oposición aún mayor a los manifestantes antibelicistas.

El movimiento contra la guerra rara vez recibió una cobertura mediática completa o imparcial, y una vez finalizada la guerra el tratamiento fue más severo aún. De todas las experiencias de aquel período, la participación en el movimiento contra la guerra ha sido quizá la más ignorada y distorsionada. Sus dirigentes rara vez han aparecido en la cultura popular estadounidenses durante las dos últimas décadas, y cuando lo han hecho se les ha presentado a menudo como revoltosos consentidos, frívolos, cobardes y presumidos, cuando no drogadictos, cuyo mayor placer consistía en escupir a los veteranos de Vietnam cuando regresaban.

Este estereotipo no resiste el menor análisis —aunque tampoco la caricatura que se hacía en películas y programas de televisión a principios de los años setenta de los veteranos de Vietnam como asesinos locos y drogados —; la mayoría de los hombres y mujeres que participaron del movimiento contra la guerra ofrecieron voluntariamente su tiempo y su energía motivados por convicciones profundas, sin importarles el riesgo personal y profesional que corrían; y a pesar de su hostilidad evidente hacia el ejército como institución, no hay pruebas convincentes de que se dirigiera directamente contra los soldados.

El movimiento contra la guerra trató de forjar alianzas con los soldados y veteranos, pero esos esfuerzos solían resultar estériles debido a las desigualdades de clase en el sistema de reclutamiento. El hecho de que los privilegios de clase aumentaran la probabilidad de eludirlo ensanchó la brecha entre unos y otros. Muchos soldados estaban profundamente irritados con los manifestantes contra la guerra, no tanto porque se opusieran a ésta sino por no haber tenido que compartir la carga de combatir en ella. Quienes participaron en la guerra y quienes se opusieron a ella compartieron la zozobra de su época, y en ese sentido tenían más cosas en común que con los millones de jóvenes que callaban y evitaban pronunciarse al respecto.

TODD GITLIN

«Una sensación grandiosa de que éramos los protagonistas de la historia».

Estudiante y activista, en 1962 presidió Tocsin, un grupo por el desarme nuclear cuyo nombre significa en francés «alarma». Un año después, a la edad de veinte años, llegó a la presidencia de la organización Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS), que a finales de los años sesenta era la mayor organización de estudiantes radicales del país. Fundada en 1960, se presentaba como una «nueva izquierda» contrapuesta a la rígida «vieja izquierda» vinculada al Partido Comunista, prácticamente silenciada por la represión gubernamental. Los jóvenes radicales pretendían nada menos que acabar con el racismo, el imperialismo, la explotación económica y la alienación humana. Su manifiesto de 1962, la «Declaración de Puerto Hurón», sigue siendo un testimonio extraordinario de idealismo utópico, influido por el terror de la era nuclear. «Nuestro trabajo está orientado por la sensación de que podemos ser la última generación humana sobre la Tierra».

En la década de los setenta Gitlin se volcó en su carrera académica como sociólogo. Profesor en la Universidad de Columbia, es autor de The Sixties: Years of Hope, Days of Rage.

Los fundadores de los SDS teníamos una perspectiva internacionalista y buscábamos el fin de la Guerra Fría, pero la crisis de los misiles en Cuba en 1962 nos afectó de forma muy diversa. Fue una conmoción, por supuesto, y parecía confirmar todas nuestras premoniciones sobre las posibilidades de destrucción masiva elucubradas durante la Guerra Fría. Pero ahí está lo más extraño: su superación atenuó la importancia que dábamos a la política exterior. Nos sentíamos aliviados al poder concentrarnos ahora en la política nacional. Cuando llegué a la presidencia de los SDS en 1963, a la organización no le preocupaba mucho lo que ocurriera fuera de nuestro país. De lo que más hablábamos era de establecer una alianza basada en la clase entre los pobres blancos y negros. Estábamos totalmente absortos en las organizaciones vecinales y en la preparación de conferencias sobre la pobreza.

Pero en 1964 recibimos de un excéntrico pacifista texano dinero suficiente como para crear una oficina en Ann Arbor, Michigan, desde la que pretendíamos organizarnos para conseguir la paz mundial. La llamamos Proyecto de Educación e Investigaciones para la Paz, y nos decidimos por dos proyectos: Sudáfrica y Vietnam. Por aquel entonces Sudáfrica me parecía el fenómeno más interesante, y más concretamente quería destacar el papel de las empresas estadounidenses en el sostenimiento del régimen del *apartheid* en Sudáfrica.

Pero Paul Booth [otra figura clave de los SDS] y yo también éramos muy conscientes de la intensificación de la guerra en Vietnam y queríamos impulsar a los SDS a hacer algo. Así que convencimos a Izzy Stone[30] para que hablara en nuestra reunión del consejo nacional en diciembre de 1964. Desempeñó un papel muy importante en el impulso de una oposición activa a la guerra. Alguien propuso que organizáramos una manifestación nacional y casi todos estuvimos de acuerdo.

Fijamos la fecha para el 17 de abril de 1965 en Washington, pero nadie pensaba que fuera a ser muy concurrida. Los SDS éramos aún una organización minúscula, quizá de unos dos mil miembros, y Vietnam no parecía preocuparle mucho a nadie. Pero cuando en febrero Johnson inició un bombardeo diario sobre Vietnam del Norte comenzó a despertarse el interés de los universitarios por la manifestación. Aun así, recuerdo que la energía de los SDS se concentraba todavía en los organizadores vecinales del Proyecto de Acción e Investigaciones para la Educación. Ahí es donde había picante y yo sentía un poco de envidia.

Así que al subir al autobús en Ann Arbor el 16 de abril pensé que nos podríamos dar por satisfechos si asistían cinco mil personas. Al llegar a Washington vimos centenares de autobuses aparcados frente a los centros comerciales. Fue como un amanecer, era asombroso. Pensé: «Vamos por buen camino. El movimiento contra la guerra va a ser realmente importante. Va a ser una verdadera lucha». Acudieron unas veinticinco mil personas y había un ambiente fantástico.

Era un sábado hermoso y mirando las fotos de la multitud más de uno se sorprendería de lo atildada que se ve la gente, sentada sobre la hierba alrededor del monumento a Washington con chaquetas deportivas y vestidos entallados. Parecía un baile de graduación. Entre discurso y discurso cantaron Joan Baez, los Freedom Singers y Phil Ochs. Mucha gente piensa que el mejor fue el de Paul Potter, que en aquel momento presidía los SDS. Argumentó que la brutalidad manifestada en Vietnam era la propia de la sociedad estadounidense y que para detener la guerra teníamos que cambiar el sistema. Ésa fue la frase clave. Algunos pensaron que fue un error enorme, una radicalización innecesaria, pero fue un discurso trascendental y lo que más resonó en la gente fue el claro llamamiento a la entereza y el compromiso.

Uno de los mitos que circulan en torno a la década de los sesenta es que la tarea del movimiento contra la guerra fue fácil porque todo el mundo participaba. Pamplinas. Al principio la guerra era muy popular y siguió siéndolo, según las encuestas, hasta la Ofensiva Tet. Esto es algo que los más jóvenes no entienden. A muchos, de hecho, los molían a golpes simplemente por llevar una pancarta en una manifestación pacífica contra la guerra. No era algo que todo el mundo compartiera.

Aquel mismo otoño, en octubre, nos llamaron desde la Universidad de Tulsa pidiéndonos que les enviáramos a alguien para hablar contra la guerra. Me ofrecí como voluntario. Pero cuando llegué allí las autoridades académicas habían prohibido los discursos y hasta los debates en el campus, así que tuve que hablar fuera de las instalaciones de la universidad, en una cafetería en el centro de Tulsa. Sólo asistieron unas cincuenta personas, pero una de ellas dirigía el periódico estudiantil de la Universidad de Arkansas en Little Rock. Aquel tipo había viajado varias horas para escuchar una charla contra la guerra de Vietnam. Me sentí abrumado. Para mí ese tipo de experiencias eran incluso más poderosas que una gran manifestación.

Pocos años después me encontraba tirado en Lincoln, Nebraska, sin

dinero ni lugar donde dormir, cuando me crucé con un tipo que llevaba una chapa que decía «Resiste[31]». Me acerqué a él, me presenté y acabé durmiendo en un centro comunitario. En cualquier parte de Estados Unidos podías hacer amigos casi de inmediato. Era una experiencia extraordinaria, aunque también tenía su lado ilusorio. Creo que nos llevó a creer que representábamos en mayor medida al país de lo que realmente lo hacíamos, no sólo con respecto a la guerra sino a la política en general. A medida que el movimiento despegaba, entre 1967 y 1968, desde la Semana Contra el Reclutamiento hasta la Marcha sobre el Pentágono, la huelga de Columbia o la convención democrática de Chicago, nos fuimos convirtiendo en grandes protagonistas y ahora aparecíamos en las portadas. Piensa lo lejos que habíamos llegado. En 1960, a mis diecisiete años, lo más que reuníamos en una manifestación eran cuarenta estudiantes. En 1962 fuimos ocho mil personas a Washington para protestar contra las pruebas nucleares y los refugios antiatómicos. En 1965 reunimos a veinticinco mil personas y en 1968 había actividades contra la guerra por todo el país. Todas esas experiencias nos daban una sensación grandiosa de que éramos los protagonistas de la historia, los que llevábamos el estandarte. Ése era el fundamento psicológico de varios juicios erróneos sobre nuestra posición en relación con el resto del país. Suponíamos equivocadamente que podíamos hacer cualquier cosa. Subestimamos las fuerzas reaccionarias. No hay reforma sin contrarreforma.

Al mismo tiempo que los sondeos mostraban en 1968 que la mayoría estaba contra la guerra, una encuesta pedía a la gente que ordenara según su popularidad a una variedad de fuerzas y organizaciones nacionales. La entidad más impopular de Estados Unidos resultó ser el movimiento contra la guerra. Desde mi punto de vista, esto expresa la tragedia fundamental. Nos odiaban. Nos veían, con cierta razón, como parte de un grupo radical que pretendía poner el país patas arriba. La mayoría de la gente no quería tanto desorden.

TOM ENGELHARDT

«Era como si Vietnam se nos hubiera colado en la sala de estar».

Es editor de libros y escritor, autor de The End of Victory Culture: Cold War America and the Disillusioning of a Generation. *Antes de la entrevista ha reunido en una carpeta una serie de objetos antibelicistas de finales de los sesenta y principios de los setenta: panfletos, artículos, cartas y fotografías. Mientras hojea la carpeta sobre la mesa de su cocina se ríe de algunas de las*

fotos, pero es evidente que aquella lejana experiencia sigue conmoviéndole profundamente, y la emoción aumenta con sus primeras palabras. «Lo primero que quiero decir es que la guerra nos devoró. Ésa era nuestra sensación. Todo era inverosímil: aquel país insignificante del que nadie había oído hablar jamás convulsionó toda una sociedad». En 1969 abandonó un doctorado en Estudios Orientales para dedicarse plenamente al movimiento contra la guerra.

Ahora se piensa que con respecto a la guerra hubo dos bandos, los que estaban a favor y los que estaban en contra, pero a mí me parece que en el interior de cada uno coexistían al menos dos bandos. Dentro de mí había una parte verdaderamente militar. Mi padre había estado en la segunda guerra mundial y solía llevarme a ver desfiles militares. Fuimos hasta West Point sólo para ver la marcha de la Gran Línea Gris, y fue emocionante. En la década de 1950 Estados Unidos era un país extrañamente militarizado. Ahora lees que los muchachos que fueron a Vietnam adoraban a John Wayne, pero John Wayne también estaba dentro de nosotros.

Mi padre no hablaba de la guerra, no decía una palabra. No hablaba de cosas como «la gran generación», pero no hacía falta, porque la guerra estaba en todas partes. Estaba en las pantallas y era gloriosa. John Wayne me hizo llorar con orgullo patriótico. Ibas a jugar a cualquier parque y sólo necesitabas dos palos: te metías en una zanja y disparabas. Pasábamos el tiempo matando alemanes y japoneses.

Yo era hijo único y bastante tímido, me sentía muy solo en medio de Nueva York. Mis padres huían del pasado judío de los suyos, así que en cierto modo mi único pasado era el de Estados Unidos, y me aferraba a él. Durante mi adolescencia era fanático de la guerra civil. Leía todo lo se ponía a mi alcance sobre ella y sobre la segunda guerra mundial. El mensaje del general Wainwright a Roosevelt cuando se entregó en Corregidor a los japoneses me conmovió tanto que lo aprendí de memoria. Empezaba diciendo algo así como «Señor presidente: voy a encontrarme, con tristeza pero no con vergüenza, con el comandante japonés». Yo era muy pero que muy patriota.

Mi sueño era convertirme en diplomático o corresponsal en el extranjero, pero el futuro parecía fijado y no tenía nada de emocionante. Mi recuerdo de los años cincuenta era que nada nuevo iba a ocurrir hasta el final de los tiempos. El horizonte parecía vacío y por debajo subyacía el miedo de la Guerra Fría. Hacíamos simulacros de ataque nuclear del mismo modo que los niños hacían simulacros de incendio. Recuerdo que durante mi primer año en

la universidad escuché el discurso de Kennedy sobre la crisis de los misiles en Cuba. Pensé que nos iban a tostar al día siguiente. Por lo que recuerdo, el presidente hablaba del fin del mundo.

Pero cuando se resolvió la crisis y las pruebas nucleares pasaron a ser subterráneas, todos dejamos de pensar en la bomba por unos años. Creo que algo que fomentó veladamente el movimiento contra la guerra fue ese paso a un segundo plano de la posibilidad de que el mundo se acabara al día siguiente. Paradójicamente, la época de Vietnam fue el último momento en que casi nos libramos del temor a la bomba. Y parte de esa superación del miedo nuclear tuvo que ver con que la gente fuera capaz de soñar con un mundo mejor. Pensando por ejemplo en SANE, la organización antinuclear de la década de los cincuenta, percibes que la guerra de Vietnam fue sustituyendo cada vez más a la guerra nuclear en la agenda de sus reuniones. Se convirtió en el tema más importante de la época. El miedo al fin del mundo se esfumaba pero Vietnam no dejaba de irradiar e iba invadiéndolo todo, como en una película de terror.

La guerra nos engulló a todos: a quienes estaban a favor, en contra y en medio. Nos arrastró a todos. Considere por ejemplo el desarrollo de los Estudiantes por una Sociedad Democrática. En un principio no era un movimiento contra la guerra; lo que querían era promover un movimiento en favor de la justicia económica. Pero sucedió algo parecido a aquella gran escena de *Tiempos modernos*, la película de Charles Chaplin, en la que va caminando por la calle y de repente pasa un camión del que se desprende una bandera de peligro. Él la recoge y comienza a agitarla para llamar la atención del camión, y en ese momento un grupo de manifestantes dobla la esquina y él queda al frente de la protesta agitando la bandera roja. La multitud lo arrastra y entonces, como cabía esperar, aparece la policía. Así era entonces para todos, en cierto modo.

Nosotros también nos vimos arrastrados por la confusión. La vida no transcurría en línea recta. Durante el verano de 1964 viajé a dedo por Europa con un amigo y recuerdo que defendí la respuesta estadounidense al incidente del golfo de Tonkín frente a unos chicos franceses. Hacia 1965-1966 comencé a sentirme irritado por la guerra, pero me llevó mucho tiempo. Después de todo, llevábamos ya cinco o seis años de guerra y yo no había sentido hasta entonces una necesidad imperiosa de protestar. Una de las cosas que hay que recordar de los años cincuenta es la desazón que se creó con respecto al compromiso político. Mi madre era caricaturista del periódico liberal *New*

York Post e hizo algunas caricaturas bastante cáusticas de Joe McCarthy, pero una de las cosas que se esforzó por meterme en la cabeza era que «es la ballena que expele el chorro la que recibe antes el arpón». Así es como lo decía. Se suponía que no había que firmar manifiestos, pero yo los firmé de todas formas y esto me generó cierta ansiedad con respecto a las eventuales consecuencias.

Hasta 1967, después de un año de doctorado en Estudios Asiáticos, aunque me oponía a la guerra no me oponía totalmente al gobierno. Estaba un poco aburrido de estudiar y quería tocar el mundo real, por lo que solicité trabajo en la USAID [Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional]. Como no me aceptaron, me dirigí a la USIA [la Agencia de Información Estadounidense]. Pocos meses después se había convertido para mí lisa y llanamente en una agencia de propaganda. Fui a Washington para una entrevista. Todas las agencias tenían su pequeño servicio de investigación, vestigio de la era McCarthy. Un ex marine me llevó a una pequeña sala y empezó a acosarme con historias sobre hermosas espías soviéticas que seducían chicos en habitaciones de hoteles polacos y a preguntarme si había tomado drogas y si alguien tenía algo malo que decir sobre mí. Me asustó hasta los tuétanos, pero seguía deseando el trabajo y lo único que les dije fue que no quería ir a Saigón. Fue inútil, ya que había estudiado chino y francés. Aun así, les llevó tanto tiempo investigarme que cuando por fin me dieron el trabajo, al cabo de meses, ya no estaba dispuesto a aceptarlo. Podías tardar mucho en decidirte por la oposición al gobierno, pero cuando lo hacías ya era irreversible.

Algo que abrió una profunda brecha en la sociedad fue, por supuesto, el reclutamiento obligatorio. La gente como yo no corría realmente peligro; se suponía que más bien acabaría realizando un trabajo útil para el país. Los estudios sobre China recibían mucho dinero del gobierno y se consideraban una especie de servicio nacional. Por otro lado, me preguntaba: «¿Cómo es que yo estoy a salvo y otros tienen que ir?». Aquella sensación de privilegio se hizo tan intensa que en la primavera de 1968 sentí que no podía seguir soportándola y me incorporé a un movimiento de oposición al reclutamiento conocido simplemente como «la Resistencia». Fui con dos amigos al parque Common de Boston y devolvimos allí nuestras tarjetas de reclutamiento. Había *hippies* y gente con pelo largo, pero yo llevaba chaqueta y corbata; quería mostrar una imagen correcta y poner de manifiesto que no éramos un puñado de locos sino gente normal. Para devolver las tarjetas había que recorrer un largo pasillo. Fue casi una experiencia religiosa, posiblemente la

más feliz de mi vida; me parecía flotar. Al principio estaba muy asustado, pero en la foto tras la ceremonia se me ve más animado que nunca.

Poco tiempo después recibí una carta del gobierno comunicándome que el Departamento de Defensa me había concedido una beca para el estudio de lenguas extranjeras. No sabía qué hacer. Aún era un muchacho que quería hacer lo correcto y que sólo quería que la guerra acabara. Pero por aquel entonces pensábamos a fondo las cosas. Había una masa exasperada de gente que no paraba de hablar y de pasar papeles de aquí para allá, y era gente con ideas. Mis amigos incluso me animaban a aceptar la beca, pero al final me decidí a escribir una carta rechazándola. Lo que me emociona al leer hoy esa carta es que era muy honesta y no demasiado irritante. De hecho, lo primero que hacía era disculparme por haber solicitado la beca, y al final decía: «No puedo pretender algo de los demás si no estoy dispuesto yo mismo a dar un primer paso, aunque sea pequeño y tímido, en esa misma dirección».

Cuando me uní a la Resistencia mis primeras tareas fueron asesorar a los objetores, escribir folletos contra la guerra, organizar actividades y cuanto estaba en mi mano. Detener la guerra se convirtió en la razón de mi vida. Pero en algún momento se me achicharró el cerebro durante algunas semanas. Fue como un colapso. Pasé días enteros mirando la televisión. Teníamos una tele vieja a la que le faltaba hasta el sintonizador; había que usar unas tenazas para cambiar de canal. Me pasaba las horas tumbado en la cama, pegado a la pantalla con las tenazas a mano y viendo todas las películas de mi infancia, las películas de vaqueros y de guerra que de niño me habían fascinado y que todavía veo con gusto. De repente comencé a verlas a la luz de la guerra de Vietnam. Veía a todos aquellos indios, japoneses y chinos cayendo como moscas y pensé: «¡Dios mío, es Vietnam!». Había pasado toda mi infancia viendo aquello, que me parecía maravilloso, y hasta ahora no había cobrado conciencia de que lo que estaba viendo eran matanzas. ¿A qué tipo de adoctrinamiento me habían sometido? Eso es lo que comencé a preguntarme. Empecé a tener la sensación de que al otro lado de la puerta estaban matando vietnamitas sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Era como si Vietnam se nos hubiera colado en la sala de estar. Aquellos guerrilleros habían combatido tan duramente y tanto tiempo que por fin habían conseguido entrar en nuestro mundo y en nuestra cabeza. Habían luchado año tras año hasta que finalmente les prestamos atención. Y una vez que cobramos conciencia de su presencia, también nos percatamos de otras cosas. Repasé toda mi infancia y pensé: «¡Ah, para eso servía John Wayne!».

Quiero insistir en que yo era muy tímido. Hice cosas que me asustaban muchísimo pero que creía que debía hacer. Por otro lado, también era muy emocionante. Los años sesenta me sacaron de la vida aburrida que llevaba. La guerra generaba en uno tal indignación que acababa haciendo cosas que jamás hubiera imaginado.

Finalmente me citaron para el examen médico previo a la incorporación a filas. Conocía a un par de personas a las que habían citado el mismo día y decidimos ir juntos y realizar algún tipo de protesta en el centro de reclutamiento. Estaba muerto de miedo pero le pedí a una amiga que me escribiera con un rotulador en el pecho: «A la mierda el reclutamiento», y en la espalda: «Para recibir información sobre el reclutamiento, llamar a» y un par de números telefónicos. Así que cuando me quité la camiseta para el examen era un cartel con patas y un insulto ambulante. Tenía además un certificado médico y los militares se alegraron de librarse de mí. Me clasificaron como I-Y [una exención muy utilizada que podía aplicarse a cualquiera que el ejército no quisiera alistar, ya fuera por motivos mentales, físicos, psicológicos o «administrativos»].

Pero la junta de reclutamiento estaba muy enfadada conmigo por haber devuelto mi tarjeta. Me hicieron presentarme ante ellos, me dijeron que era un desertor y que me llamarían a filas muy pronto. Por entonces viajé a Canadá con un amigo en una especie de viaje de reconocimiento. No sabía qué hacer. Canadá me parecía un país totalmente ajeno y me sentía tan estadounidense que no podía imaginarme viviendo allí. Conocía a dos personas que habían estado presas y las admiraba, pero no estaba seguro de poder soportarlo. Otra alternativa, o más bien una fantasía, era incorporarme al ejército para tratar de organizar la resistencia desde dentro.

No sé muy bien qué sucedió después, pero el caso es que uno de los primeros grupos femeninos, llamado algo así como «Cinco Mujeres contra Daddy Warbucks» irrumpió en la junta de reclutamiento del Rockefeller Center, cogieron los archivos, los hicieron pedazos y los tiraron por la ventana. Por lo que yo sé, no había duplicados. Mi ficha debía de ser una de aquéllas porque nunca volvieron a llamarme. Así se resolvió mi problema.

Existe el mito de que de no haber sido por el llamamiento a filas ninguno de los que protestábamos habríamos hecho nada. Es verdad que el llamamiento a filas generó una sensación de peligro, incluso entre los chicos de clase media, que de otra manera no habría existido, pero yo supe relativamente pronto que no me iba a tener que ir a Vietnam y aun así mi

actividad contra la guerra no hizo más que aumentar hasta que acabó. No creo que mi caso fuera atípico, y el llamamiento a filas no tuvo nada que ver, naturalmente, con la participación en el movimiento contra la guerra de miles de mujeres ni con el exilio voluntario de muchas de ellas a Canadá.

Por aquel entonces, en 1969, había abandonado mis estudios de doctorado y trabajaba en una imprenta clandestina. No es que la tuviéramos oculta pero sonaba romántico llamarla así, como a los «periódicos clandestinos», que eran totalmente públicos y visibles. También imprimíamos carteles y todo tipo de folletos.

En un momento dado nos hablaron de dos tipos que habían desertado del ejército y alguien me preguntó si los podría llevar a Canadá. Eso era ilegal y yo aún era aquel jovencito educado en la idea de que cuando te encuentras con un policía debes decirle: «Sí, señor». No se debía desafiar a la autoridad. Pero yo salía con una mujer con una personalidad arrobadora. Recogimos a aquellos dos tipos, que decían haber sido Boinas Verdes, y mientras viajábamos hacia el norte comenzaron a contar unas historias increíbles. Decían haber estado actuando en Laos cuando todavía no se sabía públicamente que estuviéramos en Laos, y reconocían haber cometido crímenes de guerra y participado en una masacre. Uno de ellos iba sentado delante y mientras atravesábamos los suburbios inició de repente un tiroteo imaginario por la ventana, gritando «Ra-ta-ta-ta-ta». Me asusté muchísimo, aun antes de que sacaran la droga. No podía creer que fuéramos a cruzar la frontera con droga en el coche. Pensé: «Se acabó, me meterán en la cárcel de por vida». No sé cómo lo logramos pero llegamos a Toronto y el miedo se convirtió en orgullo por haber apartado a alguien de la guerra.

Uno de los mitos de la posguerra que me saca de quicio es que escupíamos a los veteranos que regresaban, que los soldados y los manifestantes vivían en mundos separados y que se odiaban mutuamente. Cierto es que había tensión entre nosotros —más que nada tensión de clase—, pero en los años posteriores a la universidad me relacioné mucho con excombatientes, y no creo que fuera algo excepcional.

En 1970, por ejemplo, trabajaba en una imprenta en California y un tipo al que apenas conocía se me acercó y me contó que un médico de la base Travis de la fuerza aérea estaba muy cabreado con la guerra y quería hacer entrar furtivamente a un periodista en el hospital para entrevistar a algunos de los soldados heridos. Yo no era en realidad periodista y no me apetecía meterme a hurtadillas en una base militar, pero había escrito ya muchos textos contra la

guerra y estaba lo bastante encabronado como para aceptar el encargo.

Así que el médico me introdujo en la base —no recuerdo cómo exactamente—, nos dirigimos hacia un edificio verde de dos plantas que daba a los hangares y de repente me vi allí dentro entrevistando a médicos y heridos. Aquellos tipos, algunos de ellos postrados y con muñones, estaban mucho más exasperados que yo y les gustaba aún menos la guerra en todos los sentidos. Me hice muy amigo del médico que me hizo entrar. Tenía una guitarra que daba pena y había escrito una canción sarcástica contra la guerra mezclando «One, two, three, what’re we fightin’ for» de Country Joe, «Johnny Comes Marchin’Home Again» y cosas de su propia cosecha. La tengo aquí [me entrega una copia de la letra]:

Uno, dos, tres, mirad a ese amputado,

Al menos es por debajo de la rodilla,

Podría haber sido peor, ya ves.

Bueno, es verdad que tus hijos no te ven igual,

Pero viniste en ambulancia y no en ataúd,

podría haber sido peor.

Escribí una serie de artículos sobre ellos y los llevé a Pacific News Service, una nueva agencia de noticias antibelicista, que se los envió a los principales periódicos del país y me pidió que me incorporara como editor. Así comenzó mi carrera profesional, en el movimiento contra la guerra.

Cuando recuerdo el pasado no lamento nada de lo que hice; creo que el movimiento contra la guerra marcó un hito. De alguna manera frenó al gobierno y nuestra intervención militar en el mundo durante décadas, pero no pudimos poner fin a la guerra, y eso es lo que más lamento.

Siempre que visito el Muro de Vietnam se me desbordan todas esas emociones, lágrimas y sentimientos que apenas puedo describir, pero también rabia por los compañeros del movimiento contra la guerra que perdieron la vida y por supuesto los millones de vietnamitas bombardeados. Todo lo que nos dejó la intervención en Vietnam fueron esos cincuenta y ocho mil estadounidenses que no tendrían por qué haber muerto allí.

21

«Durmieron en nuestra casa»

PAUL WARNKE

«Hicimos la guerra por un Vietnam del Sur independiente que no existía».

En 1966 Robert McNamara le ofreció la abogacía general del Departamento de Defensa. «Le dije que me encantaría, pero que debía tener en cuenta que yo no pensaba que la intervención en Vietnam fuera una buena idea. Para mi sorpresa me respondió que eso le daba igual». Después de seis meses a cargo de la oficina legal del Pentágono fue nombrado subsecretario de Defensa. El periodista David Halberstam lo describió como un hombre «maravillosamente irreverente e iconoclasta hacia los mitos de aquella época». Ya casi octogenario, me recibió tras enormes pilas de papeles en su despacho de abogado en Washington, donde, según me dijo, su trabajo se había reducido «prácticamente a la nada. Nunca me retiré, pero mis clientes sí». Falleció en 2001.

Viajé por primera vez a Vietnam en el verano de 1967, después de ser designado sucesor de John McNaughton como subsecretario de Defensa para asuntos de seguridad internacional. Todavía no tenía obligaciones oficiales, así que traté de averiguar algo por mí mismo. Volé al Delta en un helicóptero de Air America e hice un recorrido por el campo. En la primera casa que visité había dos retratos en la pared, uno de Jack Kennedy y el otro de Ho Chi Minh. Pensé: «Tendremos problemas». La gente con la que hablé no parecía nada interesada por Vietnam del Sur como país. Hicimos la guerra por un Vietnam del Sur independiente que no existía ni había existido nunca. Solíamos hablar de construir una nación, pero ninguna fuerza extranjera puede construir una nación. El gobierno de Vietnam del Sur no contaba con apoyo popular, pero nos costó mucho llegar a esa conclusión. Yo tenía serias dudas de que pudiéramos hacer algo efectivo para construir un Vietnam del Sur independiente y no comunista.

Muy pocos se percataron de que Roosevelt estaba a favor de la independencia de Vietnam. Cuando los franceses tuvieron que retirarse después de la segunda guerra mundial, los europeístas [del Departamento de Estado], que solían dominar la política exterior estadounidense, opinaban que si Francia perdía su imperio los comunistas se harían con el control, no sólo de Indochina sino de la propia Francia.

Así que concebíamos la guerra de Vietnam como parte de la lucha contra el comunismo mundial, un esfuerzo por poner límites a China. Y aunque en realidad se trataba de una lucha interna, algunos nunca cambiaron de parecer. Sé que [el secretario de Estado] Dean Rusk se fue a la tumba creyendo que había hecho lo correcto. Le había traumatizado la «pérdida de China» [a manos de las fuerzas comunistas de Mao Tse Tung en 1949], Verás, él estaba a cargo del Departamento de Estado en aquel momento. Recuerdo que en una ocasión un periodista le preguntó: «¿Por qué seguimos peleando en Vietnam?». Rusk respondió: «Porque hay mil millones de chinos provistos de armamento nuclear». Así es como pensaba realmente. En otra ocasión dijo: «Nosotros no somos como los franceses. Somos estadounidenses y cuando queremos lograr algo, lo logramos». Mientras hablaba empujaba con fuerza su escritorio, que no se movió ni un centímetro [risas]. Quienes propugnaban la guerra creían que estaban haciendo lo correcto, que si los comunistas se apoderaban de Vietnam del Sur a continuación sucedería lo mismo en otros países como Birmania o incluso Tailandia. La teoría del dominó.

Recuerdo muy bien la manifestación de octubre de 1967 frente al Pentágono, porque mi hija mayor estaba en el Radcliffe College de Harvard y vino a Washington con unos amigos para participar en ella. Durmieron en nuestra casa. En mi camino al Pentágono me cruzaba con todos aquellos manifestantes por las calles y había soldados para protegernos, pero en realidad no había ningún peligro. No eran violentos. Algunos llevaban flores para ponerlas en los cañones de los fusiles. Así que yo salía por la mañana para ir a mi trabajo, regresaba por la noche y conversaba con mi hija y sus amigos. Nuestras discusiones no eran acaloradas, porque pensaba que tenían razón. La mayoría pedía una retirada inmediata pero yo creía que era posible algún tipo de compromiso, que existía la posibilidad de iniciar unas negociaciones útiles que nos permitieran una transición más ordenada. No sé si la guerra era moralmente inaceptable, pero lo que sí sé es que estaba muriendo mucha gente. Evidentemente, cuando te dedicas a ese tipo de actividad en una guerra civil acaban sucediendo cosas como la masacre de My Lai. Y bastaba llegar a Vietnam del Sur y ver lo que sucedía para pensar:

«Esto va mal».

En 1968 creía que la política iba a cambiar y que las conversaciones de paz llegarían a buen puerto. De haber sido así la guerra no se habría prolongado otros cuatro años acumulando muertos y animosidad. Pero el equipo de Nixon las dinamitó. ¿Has oído hablar de Anna Chennault[32]? Le pidieron que fuera a ver a Thieu para recomendarle paciencia porque Nixon probablemente iba a ganar [las elecciones presidenciales de 1968]; que no pactara ningún acuerdo [con los demócratas] porque Nixon le apoyaría. Después, para mi gran sorpresa, Henry Kissinger promovió la prolongación de la guerra. El verano anterior había mostrado mucho interés por trabajar con nosotros para establecer contactos con Vietnam del Norte a través de un par de franceses. Fue entonces cuando planteó la que se conoció como «fórmula de San Antonio», que consistía en interrumpir los bombardeos si se iniciaba inmediatamente una negociación constructiva. Estaba muy interesado en transmitir ese mensaje, por eso me sorprendió que se comprometiera tanto con la política de Nixon. En realidad creo que para él se trataba de un aspecto más del enfrentamiento global entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Estuve en Vietnam con tres secretarios de Defensa diferentes: Bob McNamara, Clark Clifford y Melvin Laird. Cuando fue nombrado Laird yo ya había renunciado, pero me pidió que permaneciera unos meses más y una de las razones era que quería que lo acompañara a Vietnam. Tenía fama de ser muy severo pero no era así; podía parecerlo pero en realidad era muy sensato. Cuando llegamos allí le dejó bien claro a Ellsworth Bunker [embajador estadounidense en Vietnam del Sur] y a Creighton Abrams —el sustituto de Westmoreland— que le parecía todo un desastre. Y recuerdo que cuando regresamos a la base Andrews de la fuerza aérea nos estaba esperando una delegación de la Casa Blanca para asegurarse de que Laird no diera una conferencia de prensa. Diría que los tres secretarios de Defensa estaban claramente contra la guerra.

Eso no quiere decir que fueran los militares los que más presionaran para iniciarla; fue un desacierto civil más que un error militar. Pero una vez empezada la guerra estaba en juego el prestigio de la institución y querían vencer. Westmoreland y Abrams estaban absolutamente convencidos de la corrección de la causa.

No creo que los estadounidenses consideren hoy día la guerra de Vietnam como un golpe terrible al prestigio de la nación. No lo fue. Creo que la mayoría de nuestros amigos llegaron a la conclusión de que fue un error, y

todos cometemos errores. Si se examina la historia de Francia, Gran Bretaña o Alemania tampoco se puede decir que su política internacional haya sido intachable.

«Mi esposa y yo solíamos plantearnos qué habría ocurrido si nuestros hijos hubieran tenido edad suficiente para ser llamados a filas. Afortunadamente eran pequeños. Ella quizá les habría conseguido un billete a Canadá, pero a mí me parecía que si querían ir a Vietnam yo no les diría que no lo hicieran; no me parecía justo que unos pudieran eludirlo y otros no. Pero puedo asegurar que me habría destrozado».

IV. El punto de inflexión (1968-1970)

22

El Tet

El *Tet*, Año Nuevo lunar, es la fiesta más importante del calendario vietnamita. En términos estadounidenses, sería como combinar el Día de Acción de Gracias, la Navidad, el Año Nuevo y el 4 de Julio: un tiempo de visitas familiares, renovación espiritual, intercambio de regalos, celebraciones patrióticas, fuegos artificiales y festejos. A mediados de la década de 1960, soldados de Estados Unidos y de Vietnam del Sur esperaban el Tet como un escape fugaz de la guerra, una breve tregua. En Hanoi, sin embargo, el Tet era visto como un momento oportuno para reavivar la devoción por la lucha para la liberación nacional, y vinculaban el día de fiesta sagrado a la causa sagrada. Esa vinculación tenía antecedentes históricos. En el Tet de 1789, el héroe vietnamita Nguyen Hue encabezó un ataque sorpresa contra los chinos, expulsándolos del país con éxito. Hasta su muerte en 1969, Ho Chi Minh representaba todos los años la importancia patriótica del Tet con un breve poema festivo que componía y leía por Radio Hanoi durante la medianoche de la víspera del Año Nuevo lunar. Su poema para el Tet de 1968 tuvo una significación mayor de lo habitual:

Incluso más que la belleza de la primavera,

las noticias del triunfo iluminan la tierra.

Norteños, sureños que enfrentan a Estados Unidos, ¡avanzad!

¡La victoria es nuestra!

De hecho, sí avanzarían. El 31 de enero, más de ochenta mil soldados del Vietcong y Vietnam del Norte lanzaron un ataque sorpresa coordinado a gran escala contra cientos de objetivos por todo Vietnam del Sur. Atacaron cinco de las seis principales ciudades, 34 de las 44 capitales de provincia y decenas de aeropuertos, bases militares e instalaciones del gobierno. Fue un ataque que tuvo un gran impacto y que no tenía precedentes. Nunca habían entrado

tropas comunistas en masa en los principales centros urbanos para abrir fuego. Tampoco habían ensayado nunca una ofensiva sincronizada en todo el país. De esta manera, se inauguró el combate más sangriento y extenso de la guerra, que intensificó enormemente el debate público acerca del valor y la eficacia de las acciones estadounidenses en Vietnam y empujó a las autoridades de Estados Unidos a reconsiderar seriamente su política en el país asiático.

A pesar de las advertencias de la inteligencia, los mandos estadounidenses no creyeron que el enemigo tuviera la voluntad o la capacidad de llevar adelante una campaña de aquellas características. El general William Westmoreland creía que el principal peligro era una ofensiva más localizada en las provincias del norte de Vietnam del Sur. En los meses previos al Tet, su atención estaba enfocada en una remota base de combate cerca del pueblo de Khe Sanh, a diez kilómetros de la frontera con Laos. Los norvietnamitas habían rodeado la base con más de veinte mil soldados y mantenían sitiados a seis mil marines. El presidente Johnson estaba tan preocupado que obligó a sus máximos generales a prometerle que el estado de sitio no terminaría como Dien Bien Phu.

En efecto, Hanoi había movilizado grandes cantidades de soldados hacia puntos fronterizos remotos como Khe Sanh, Con Thien y Dak To, en gran medida para atraer hacia allí las principales fuerzas estadounidenses y alejarlas de los objetivos con una densidad de población mayor, que atacarían durante el Tet. Mientras que Westmoreland enviaba a más de la mitad de sus tropas a las cinco provincias ubicadas más al norte, los comunistas movilizaban lentamente pero sin interrupción miles de guerrilleros del Vietcong hacia los principales pueblos y ciudades y sus alrededores.

La mayor esperanza de Hanoi era asestar un golpe devastador a las fuerzas survietnamitas y estadounidenses y así motivar un levantamiento masivo de la población urbana que destituyera el gobierno de Saigón y obligara a Estados Unidos a retirarse. De acuerdo con líderes comunistas como Vo Nguyen Giap, una «Ofensiva General-Levantamiento General» sería la última etapa de la lucha revolucionaria y debía lanzarse cuando el enemigo fuera más vulnerable. Sin embargo, en 1968 Hanoi decidió avanzar con la Ofensiva Tet a pesar de que las probabilidades de lograr una victoria final fueran bajas. Cualesquiera que fueran los resultados, creían que era fundamental rebatir tres años de avance estadounidense a gran escala con un desafío directo y con un efecto dramático. La intervención estadounidense

había obligado a millones de campesinos vietnamitas a trasladarse a las ciudades o a campos de refugiados cerca de grandes bases militares y lejos de los territorios controlados por el Vietcong. Al menos, la cúpula de Hanoi pensaba que el traslado de la guerra hacia las ciudades pondría de manifiesto lo frágil que era el control de Estados Unidos sobre Vietnam del Sur y demostraría que toda la concentración estadounidense no le ofrecía a los civiles vietnamitas una verdadera seguridad.

En los meses que precedieron al Tet, los políticos estadounidenses y los comandantes militares se habían mostrado en público más optimistas que nunca. Aseguraban que las fuerzas estadounidenses y survietnamitas estaban tomando el control de la situación, la escalada militar estaba cambiando las cosas, el enemigo estaba titubeando y que el final estaba cerca. El Tet contradijo estremecedoramente dichas afirmaciones. El Vietcong había sido capaz de penetrar en todas las zonas del país, incluso en las instalaciones de la embajada estadounidense en Saigón. En Hue, los marines de Estados Unidos combatieron de casa en casa durante casi un mes para retomar el control de la antigua ciudad imperial. El país entero parecía estar a merced de quien quisiera echarle mano.

Quizá la imagen mediática más famosa de la Ofensiva Tet sea la de una ejecución en una esquina, en una fotografía en la que se ve al general Nguyen Ngoc Loan, jefe de la policía, disparando a bocajarro con su pistola en la sien de un prisionero del Vietcong, con la sangre saliendo como un chorro del otro lado de su cabeza. Para muchos, este único acto simbolizó la brutalidad del gobierno que las fuerzas estadounidenses luchaban por mantener. Así las cosas, a finales de febrero, Walter Cronkite, el reportero de noticias de la CBS considerado por una gran parte de la población como el hombre más confiable de Estados Unidos, llegó a Vietnam. En un reportaje especial transmitido en el horario de mayor audiencia televisiva, Cronkite reconocía que las tropas estadounidenses y survietnamitas habían repelido la ofensiva con éxito, pero acababa diciendo: «Ahora parece más cierto que nunca que la sangrienta experiencia de Vietnam terminará en punto muerto».

La contraofensiva de los ejércitos de Estados Unidos y Vietnam del Sur provocó una enorme cantidad de bajas entre los norvietnamitas, especialmente entre las tropas del Vietcong. Las fuerzas comunistas habían tenido más muertos durante Tet que las que tuvo Estados Unidos. Durante toda la guerra: cerca de 58 000. El ejército estadounidense perdió 3895 hombres durante el Tet, y el ejército survietnamita (ARVN) 4954.

Westmoreland basó su declaración de victoria en la disparidad de las pérdidas y en el hecho de que sus fuerzas habían retomado con éxito el control de todas las principales ciudades y capitales provinciales. Sin embargo, para muchos estadounidenses y survietnamitas esto no se percibió como una victoria, o al menos no el tipo de victoria que prometía llevarlos a un control del Sur completo y definitivo. Efectivamente, la contraofensiva de Estados Unidos despertó tantos interrogantes como los ataques comunistas. Para replegar al Vietcong, Estados Unidos lanzó ataques aéreos sobre muchas áreas densamente pobladas. Destruyeron innumerables viviendas y mataron a más de catorce mil civiles survietnamitas. La frase más famosa en defensa del bombardeo fue la del alcalde estadounidense en Ben Tre, que dijo: «Ha sido necesario destruir al pueblo con el fin de salvarlo». Un número creciente de críticos tomaron esta declaración como un epigrama de toda la guerra.

Lo que estaba menos claro para los estadounidenses era que los norvietnamitas y el Vietcong habían masacrado a muchos civiles durante la Ofensiva Tet, especialmente en Hue. Durante el principio y el final de la ocupación de la ciudad imperial, la cual duró un mes, las fuerzas comunistas acorralaron y ejecutaron a survietnamitas que se habían identificado como defensores del gobierno de Saigón. No hay un recuento exacto de esta masacre, pero quizá fueron asesinados dos o tres mil civiles. Muchos fueron encontrados más tarde en fosas sin tapar, con las manos atadas en la espalda.

En Washington, el conflicto del Tet produjo un debate interno acerca del curso de la guerra. Esto llevó al presidente Johnson a anunciar que retiraba su candidatura para las elecciones presidenciales de 1968, que suspendería el bombardeo sobre Vietnam del Norte por encima del paralelo 20 y que comenzaría conversaciones de paz con Hanoi. Además rechazó la demanda del general Westmoreland de enviar 206 000 soldados más, y lo sustituyó rápidamente por el general Creighton Abrams. Por primera vez, los políticos de Estados Unidos empezaban a creer que tenían que encontrar la manera de desacelerar la guerra en Vietnam.

TRAN VAN TAN

«Me preguntó cómo llegar a la comisaría».

Nos encontramos en la oficina recién construida de la Asociación de Veteranos de Ciudad de Ho Chi Minh. La pared ubicada detrás de nosotros está decorada con cuatro paneles lacados con diseños florales incrustados en nácar. Sobre ellos, una imagen en color de Ho Chi Minh. Sobre la mesa hay mangos y naranjas. Es un hombre delgado, de dedos largos y pómulos

prominentes, mide aproximadamente un metro setenta, más alto que el promedio de la mayoría de los vietnamitas. Nació en la zona rural de la provincia de Quang Nam, cerca de Danang. «Mi padre participó en la revolución contra los colonialistas franceses y lo mataron a tiros en un asalto francés cuando yo tenía cuatro años». En 1960, a los diecisiete años, se mudó a Saigón y rápidamente se convirtió en agente secreto del Frente de Liberación Nacional.

En la época de la Ofensiva Tet, yo era un obrero textil. Ésa era mi fachada legal, pero mi trabajo verdadero, día y noche, era de agente secreto. Yo era «agente de una línea», como se conocía a quienes respondíamos a una sola persona que conocía nuestra condición. Para nuestra propia protección, no se nos permitía revelar nuestras actividades revolucionarias secretas a nadie más, ni siquiera a nuestros padres.

Durante el día, en la fábrica textil, procuraba reclutar obreros para que se unieran a la revolución, pero debía ser muy cauteloso y selectivo. Una vez que elegía a algún trabajador para el reclutamiento, primero recababa toda la información posible acerca de su familia y entorno social. Sólo entonces empezaba a hablar con él, poco a poco y con mucha prudencia, sobre política. Por supuesto que nunca les revelaba que trabajaba para la revolución. Hacía falta mucha paciencia y flexibilidad para percibir los puntos de vista del «objetivo», hacerse amigo suyo y finalmente convertirlo a la causa.

Como el ejército de Saigón estaba reclutando a todo el mundo, uno de mis primeros objetivos era convencer a los obreros de que combatir para el gobierno títere implicaba disparar y asesinar a tu propia gente. Si no lograba persuadirlos para que trabajaran para la revolución, quizá al menos podía convencerlos de que evitaran el llamamiento a filas. Yo mismo tenía que evitarlo. En tres ocasiones tuve que conseguir certificados de nacimiento falsos que demostraran que era demasiado joven para que me reclutaran. No tengo idea de cómo los hacían. Algunos contactos en mi pueblo natal en Quang Nam se encargaban de todo.

Mi área de operaciones era la intersección Bay Hien, en el distrito Tan Binh de Saigón. Los agentes de una línea trabajábamos de acuerdo con códigos preestablecidos. Si ibas a recibir un mensaje o alguna instrucción, tenías que llegar a un lugar específico a una hora exacta, saber con precisión qué ropa llevar puesta, qué llevar en la mano, qué decir, etc.

Durante la Ofensiva Tet yo fui uno de los agentes que guiaban a las tropas

revolucionarias a sus blancos en la ciudad. El segundo día del Tet, fui a una esquina para encontrarme con mi contacto. Después de intercambiar códigos, me dijo que permaneciera allí y esperara una directiva específica. Unas horas después, vino una mujer y me dijo que en breve un soldado se pondría en contacto conmigo. Al amanecer del día siguiente unos golpes en la puerta me despertaron. Era un comandante del Ejército de la Liberación. Me pidió un vaso con agua. Ése era el código de reconocimiento. Entonces me preguntó cómo llegar a la comisaría de Nguyen Van Cu y dónde creía que podían estar ubicadas las unidades enemigas. Le dije todo lo que sabía. No mucho después, oí el sonido de los tanques estadounidenses acercándose. La gente huía del vecindario y vi un enjambre de helicópteros volando en círculo sobre nuestras cabezas. Fui a la plaza Minh Phung y permanecí en la pagoda Hue Lam, mezclándome con toda la gente que estaba evacuando el área. Pensé que podía recabar alguna información. Más tarde me dirigí al escenario del combate y vi varios tanques estadounidenses incendiados. Algunas personas que estaban allí me dijeron que las fuerzas revolucionarias los habían destruido con cohetes B-40.

Así que mi papel no era muy significativo. No participaba directamente en los combates, sino que simplemente proporcionaba un poco de información. Ni siquiera sabía de antemano nada sobre la Ofensiva Tet. Unas pocas semanas después, empezaron a sospechar de mí. Algunos soldados del gobierno golpearon mi puerta, me acusaron de ser del Vietcong y me llevaron. Pero justo cuando me sacaban de mi casa vi a Hai Thanh. Él era un oficial de seguridad del que me había hecho amigo y solía comprarle bebidas todo el tiempo. Siendo agente secreto, es crucial hacerse amigo de la gente que te puede proteger. Así es que Hai Thanh estaba al otro lado de la calle y lo llamé. Se acercó y me dijo: «¿Qué tal?». Le conté que me habían arrestado por ser un presunto miembro del Vietcong. Dijo a los soldados que me dejaran ir, que yo era íntimo amigo suyo. «Si realmente resultas ser un Vietcong, mataré con mis propias manos a toda tu familia, comenzando por tus abuelos. ¿Entendido?», me advirtió Hai Thanh después de que me soltaran.

Cuando le conté esta historia a mi comandante decidió que el cerco se estaba estrechando demasiado y que era hora de que me trasladara a la zona liberada. Así que desde ese momento hasta la liberación en 1975 serví en el VIII Batallón de Artillería. Combatimos en muchos sitios alrededor de Cu Chi y Ben Cat [al noreste de Saigón]. Después de la liberación regresé a la intersección de Bay Hien como líder de un destacamento de combatientes. La

gente del barrio se quedó atónita al ver que yo era un soldado revolucionario. «¡Caray, este tipo solía pasar el tiempo con policías de seguridad!», decían.

BARRU ZORTHIAN

«Pero entonces —¡boom!— sucede lo del Tet».

Desde 1964 hasta 1968 fue «la» voz oficial de Estados Unidos en Vietnam. Como director de la Oficina Adjunta de Asuntos Públicos de Estados Unidos (JUSPAO) estaba a cargo de todas las relaciones con los medios y trabajó como principal asesor de relaciones públicas del embajador estadounidense y del comandante de las fuerzas de Estados Unidos. Todos los días a las cinco en punto realizaba sesiones informativas para la prensa en un auditorio con capacidad para doscientas personas en el edificio de la JUSPAO en el centro de Saigón. Estas sesiones diarias, cargadas de estadísticas y declaraciones rutinarias de progreso, solían divergir tanto de la experiencia de muchos reporteros de guerra que hacia mediados de los años sesenta comenzaron a llamarlas «el disparate de las cinco en punto». Como escribió el periodista Michael Herr en Dispatches*: «La bahía de Cam Ranh podía caer sobre el mar de China Meridional y aun así podían hacer que sonara bien».*

Zorthian admite que los funcionarios de Estados Unidos «tendían a ver el vaso medio lleno», pero cree que muchos periodistas estaban predispuestos a buscar las noticias negativas: «Uno de los problemas es que los medios tenían acceso a todo el mundo y una tendencia a encontrar a los críticos del sistema. A menudo he dicho que los medios le daban tanto peso a las opiniones y juicios de valor de un soldado raso como a las del general Westmoreland. Pues bien, ese soldado podía no tener un panorama completo de la situación».

La primera noche de la Ofensiva Tet estaba cenando en mi residencia cuando comencé a oír el ruido de los ataques. Al principio no me despertó mucha curiosidad porque en Saigón siempre se oían disparos lejanos. Pero pronto se hizo evidente que estaba ocurriendo algo extraño. Me puse en contacto con el Centro de Operaciones de Combate (COC). Los primeros informes eran muy incompletos, pero parecía el comienzo de un asalto a gran escala de todo Saigón. Pasada la medianoche, me avisaron del COC que estaban disparando a la embajada. Intenté llamar allí desde un teléfono civil, dos líneas militares y una red de radio de emergencia de la embajada, pero no pude comunicarme.

Finalmente pensé en George Jacobson, que era asistente especial del

embajador y tenía una casa en los terrenos de la embajada. Estaba asomado a la ventana del segundo piso, por lo que logré comunicarme con él. Me dijo que los zapadores del Vietcong [comando de infiltrados] habían entrado en su casa y que podía oír gente en el piso de abajo. Había un tiroteo fuera, en su lado del complejo, con siluetas que se movían entre las sombras y disparos de artillería esporádicos. Hasta donde él podía ver, la embajada estaba a salvo. Tenía una pistola y después de que cortamos disparó a uno de los zapadores que subía por las escaleras.

El asalto a la embajada duró toda la noche, pero los guardas marines mantuvieron a los zapadores del Vietcong a distancia y hacia el final mataron a todos los que entraban en el complejo. Quizá algunos escaparon. Después se dijo que el Vietcong había entrado al edificio de la embajada, pero no fue así. Podrían haber llegado hasta la puerta exterior, pero nunca entraron al edificio de la embajada.

A la mañana siguiente, poco después del amanecer, fui hasta allí y me reuní con Westmoreland. Le pedí encarecidamente que hablara con la prensa y aclarara todo lo sucedido. Él estaba rodeado de cadáveres del Vietcong y de los marines que habían combatido durante la noche. Homenajeó la valentía de los soldados y su victoria sobre el Vietcong. Fue duramente criticado por declarar el éxito en la expulsión del Vietcong de la embajada y por decir que todo estaba bajo control. Pero él estaba hablando a los soldados, no al mundo. Por desgracia, con las comunicaciones modernas, sus palabras y las imágenes dieron la vuelta al mundo. Los medios reprodujeron lo que dijo con exactitud, pero cuando las veías al lado de los titulares que hablaban de ataques del Vietcong en cuarenta lugares diferentes, entrando al complejo de la embajada y combatiendo en el corazón de Saigón, parecía hasta vanidoso felicitar a los soldados por su victoria.

Al principio, el ataque a la embajada captó la atención de la mayor parte de los medios. Muchos periodistas vivían en la zona y el 31 de enero se despertaron con el combate literalmente en la puerta de sus casas. ¿Qué escribes en una situación así? Escribes lo que ves. No estaban recabando información en el terreno sobre todos los ataques que se estaban repeliendo. La portada del *Washington Post* mostró una imagen muy cruda de cadáveres del Vietcong que yacían en los jardines de la embajada y la CBS registró material de los combates en el centro de Saigón que fueron transmitidos sin editar. Ese tipo de imágenes generaban gran impacto en Estados Unidos. El segundo día [el embajador de Estados Unidos en Vietnam del Sur, Ellsworth],

Bunker dio una rueda de prensa. Yo escribí las notas para él. Dijo que todavía seguían los enfrentamientos en Saigón, Hue y Bien Hoa, pero que la mayoría de los ataques habían sido repelidos y que militarmente el Vietcong y los norvietnamitas habían sido derrotados. Dijo que era cierto que la ofensiva había tenido un gran impacto psicológico, pero que ése era el único impacto duradero que habían conseguido. Todo lo que evitó decir en su declaración fue visto como falso optimismo por parte del gobierno. El Tet fue visto como una derrota de las fuerzas de Estados Unidos y de Vietnam del Sur. No obstante, no fue hasta agosto cuando Charlie Mohr finalmente escribió un artículo de portada en *The New York Times* donde decía que en términos militares el Tet había sido un tremendo revés para los norvietnamitas y el Vietcong.

El súbito impacto de estos ataques, sumado al hecho de que se dieran en tantos lugares al mismo tiempo, asestó un golpe tremendo a la opinión pública de Estados Unidos, y en particular a los funcionarios gubernamentales y al Congreso. Nuestra credibilidad estaba por los suelos, por supuesto, pues existía la sensación de que no hablábamos sobre los hechos. Las elecciones de 1967, en las que el general Thieu ganó la presidencia de Vietnam del Sur, no habían ayudado. Johnson había enviado una comisión para controlar los posibles fraudes en las elecciones y según ellos resultaron ser «razonablemente honestas». Ese veredicto fue cuestionado y nuestra credibilidad de nuevo se vio afectada. Evidentemente, no habían sido unas elecciones demasiado transparentes. El gobierno ejerció toda su presión en alcanzar el margen de votos deseado y en muchos casos esta presión se ejerció en los votantes. Pero ¿cómo pretender que los vietnamitas, que no habían tenido una elección democrática en mil años, tuvieran unas elecciones transparentes?

Otra cosa que dañó nuestra credibilidad fue la falta de progreso militar visible. «Maldita sea, nunca perdimos una batalla», decía Westy [el general Westmoreland]. Pero los lugares que no eran seguros en 1965 tampoco lo eran en 1967. La naturaleza de la guerra implicaba que no teníamos avances territoriales o seguridad total. Mientras se decía que había progresos, con parte de razón, parecía que no había movimiento alguno, así que los medios, tanto los muy escépticos como los que no lo eran, cuestionaban la exactitud de esas declaraciones.

Entonces Westy dio aquel discurso en Washington, en el National Press Club [en noviembre de 1967] ante la insistencia del presidente, que

presionaba al general para darle un giro positivo a la guerra, porque Johnson no podía contar con ninguna otra persona que tuviera un mínimo de crédito ante la población. El presidente estaba siendo atacado desde la izquierda y la derecha, así que concluyó: «De acuerdo, traigamos a nuestro uniformado». Westmoreland dijo, con mucha cautela, que el principio del fin estaba cerca y que en los dos años siguientes estaríamos en condiciones de reducir las tropas en Vietnam del Sur. Eso fue interpretado como un enorme progreso. Pero entonces —¡*boom*!— sucede lo del Tet, después de todas esas manifestaciones de que las cosas estaban mejorando, y por tanto el impacto de esos ataques múltiples fue devastador. Si yo hubiera estado en el Congreso habría preguntado lo mismo: ¿qué demonios estás diciendo?

Hay una foto de la revista *Life* donde se ve un transporte de personal blindado en Hue, con marines estadounidenses muertos o heridos apilados en la parte de arriba. Ese tipo de cosas generaba una gran conmoción. Poco después una foto capturó el momento en el que el general [Nguyen] Loan [jefe de policía survietnamita] le dispara un tiro a un Vietcong, y eso causó una impresión enorme. Por supuesto que era algo horrible, pero lo que esa foto no muestra son las circunstancias y el contexto. Ese Vietcong en particular acababa de matar a un amigo cercano del general Loan, uno de sus oficiales de policía[33]. Para empezar, Loan era un personaje muy voluble, muy sentimental, y en el calor del momento apretó el gatillo. Pero una foto nunca proporciona el contexto.

Cuando [el periodista de la CBS] Walter Cronkite vino aquí, le proporcionamos una extensa información sobre lo que la mayor parte de la gente había olvidado, es decir, el hecho de que Westmoreland había predicho que algo ocurriría durante la época del Tet. No con lujo de detalles, pero Westy tenía suficiente información, basada en informes de la inteligencia, de que algo se estaba tramando. Persuadió a Thieu para que redujera las tradicionales «vacaciones para todos» durante la fiesta del Tet en un 50 por 100. Además, las tropas americanas estaban acuarteladas. Se le mostró a Walter en un mapa cómo Westmoreland había posicionado algunas de sus tropas anticipándose al Tet. Pero no creo que Walter haya dado esa noticia. Me da la sensación de que al propio Walter le cogió totalmente por sorpresa la magnitud de la Ofensiva Tet, y por eso dijo aquella famosa frase de que la guerra estaba estancada y que no íbamos a ganarla. Puede que no sea verdad, pero supuestamente cuando Johnson lo vio en la televisión dijo: «Si perdimos a Walter Cronkite, perdimos a toda la clase media americana».

Durante el Tet, tuvimos un apagón durante un tiempo. Recuerdo ir por Saigón de noche en un sedán negro de la embajada con las luces cortas y pasar por puestos de control militares. En abril tuve que regresar a Washington. Fui al aeropuerto Tan Son Nhut a oscuras, me subí al avión también sin luz y aterricé en Washington, donde acababan de registrarse disturbios tras el asesinato de Martin Luther King. Fui en coche a mi hotel de nuevo a oscuras y pude ver algunas patrullas militares en las calles. En ese momento no vi mucha diferencia entre Saigón y Washington.

Más allá de la discusión sobre si nos habíamos o no anticipado a la Ofensiva Tet, que el Vietcong hubiese sido capaz de emprender semejante esfuerzo, aunque tuvieran que replegarse, indica que a pesar de todo poseían una fuerza enorme y un poder duradero. Mira, nosotros perdimos la guerra en el terreno, eso es todo. La idea de que la prensa perdió la guerra son patrañas. No hemos apreciado la determinación del Norte. Creo que quizá con la inversión y la intervención necesarias podríamos haberla ganado en el terreno, pero ¿cuánto implicaba? ¿Un millón de soldados estadounidenses? ¿Otros mil millones de dólares? No lo sé. No sé si teníamos empuje suficiente como para seguir adelante.

Cuando Washington nos pidió consejo, mi respuesta, por escrito, fue que se dirigieran al gobierno survietnamita y les dijeran: «Miren, o se organizan y empiezan a mejorar su desempeño, o nuestras responsabilidades para con nuestros ciudadanos y nuestro país nos obligarán a retirarnos». La corrupción era endémica. Muchos funcionarios y militares de alto rango estaban involucrados. Muchos de los generales afrontaron cargos por estar metidos en el tráfico de drogas. Y, como una apreciación general, las esposas de los funcionarios vietnamitas eran terribles. En aquella época las asiáticas eran mucho más activas que las occidentales en los negocios, y usaban su poder entre bambalinas para enriquecerse.

A pesar de todo, si la Ofensiva Tet tuvo un efecto considerable en los survietnamitas, en ningún momento esto hizo que en Vietnam unidades enteras se fueran a pique o se rindieran o se pasaran al otro bando. Cuando Chiang Kai-shek se derrumbó en China, divisiones enteras se entregaron a los comunistas. Ahora bien, en Vietnam del Sur hubo ciertamente deserciones individuales y pérdidas en el campo de batalla, pero los vietnamitas sí que combatieron durante el Tet. Quizá no lo eficazmente que podrían haberlo hecho, pero no hubo nada de «nos rendimos, tomadnos prisioneros».

La Ofensiva Tet fue una victoria militar en el sentido tradicional, pero no

destruyó al enemigo. Ellos regresaron, lograron forzar nuestra retirada debido a la gran cantidad de bajas que estábamos sufriendo, y después devastaron las fuerzas survietnamitas. Quizá podríamos haber alcanzado el acuerdo que finalmente se suscribió en 1973 mucho antes, en 1969, porque entre 1969 y 1972 nuestras bajas casi se duplicaron. Es fácil de inferir, pero nunca estuve convencido de que esas últimas veinticinco mil bajas estuvieran justificadas.

Estoy tranquilo con el trabajo que hice en Vietnam, porque procuré que los informes de prensa fueran realistas y evité declaraciones de progreso inadecuadas. No creo que nos hayamos comunicado tan bien como podríamos haberlo hecho, pero me calificaría con un «suficiente». Aunque un montón de periodistas nos habrían suspendido. Naturalmente, el escepticismo calaba hondo en todos ellos. Muy a menudo el gobierno debería haber sido más comunicativo. Solía viajar a las provincias los sábados y domingos. Creo que fui a la provincia de Long An cinco veces para pedir información al equipo provincial. El quinto informe era prácticamente igual al primero. Se estaban despejando y asegurando las mismas zonas y se anunciaba el mismo grado de progreso, pero sin embargo la provincia aún no estaba despejada. Después del quinto viaje, me dije «ya está, estoy harto. Sencillamente no hemos progresado en nada».

Después del Tet me quedé allí, pero mi credibilidad se había agotado, tanto con el gobierno como con los medios. En un trabajo como el mío, te terminan criticando lo suficiente como para convertirte en persona no grata. Mi guerra había concluido.

PHILIP JONES GRIFFITHS (II)

«No estáis seguros en esas ciudades».

Durante la Ofensiva Tet tomó muchas fotos de civiles vietnamitas. Señala una de ellas y dice: «Muchas de estas personas corren por sus vidas».

Éste es el Distrito Ocho de Saigón. Muchas de las personas de esta zona eran católicos de clase media que trabajaban en el gobierno survietnamita o que tenían comercios. Por eso tenían patios grandes y bonitas sillas talladas. Los miembros del Vietcong eran tan listos… era increíble. Enviaron a una docena de tipos al Distrito Ocho para que abrieran fuego contra unos pocos policías, y que lo hicieran sabiendo que los estadounidenses reaccionarían de forma desmesurada. Y de hecho al cabo de una hora los helicópteros estadounidenses estaban ahí derribando todo lo que se moviera.

Los estadounidenses siempre habían dicho a los vietnamitas que estarían

seguros en las ciudades. Pero en 1968 el Vietcong avisó a la población: «No estáis seguros en esas ciudades». Y ahí fue cuando empezó la gran desilusión. Todo el mundo habla de cómo la Ofensiva Tet acabó con las esperanzas de los estadounidenses, pero también lo hizo con la de muchos vietnamitas que habían sido fieles al gobierno. Si observabas un mapa de Saigón en 1968 y decías: «¿Dónde está la mayor concentración de vietnamitas pro americanos?», la respuesta era «en el Distrito Ocho de Saigón». Y ése fue el distrito que los estadounidenses destruyeron.

TUAN VAN BAN

«¡Ataquen! ¡Ataquen! ¡Ataquen!».

Hombre vivaracho, de sesenta y un años, lleva puesta una visera gris y un chaleco azul brillante. En 1968 fue teniente de infantería al mando de una compañía de la 320.ª División del Ejército Popular de Vietnam [Ejército Norvietnamita]. Su primera experiencia de combate se desarrolló durante la primera noche de la Ofensiva Tet, cuando su batallón atacó una base de los marines de Estados Unidos cerca de Cam Lo, en la provincia de Quang Tri.

Cerca de la medianoche, nos acercamos todo lo que pudimos al perímetro estadounidense. Sólo llevábamos puestos unos *shorts* y nos habíamos cubierto la piel con barro para camuflarnos. Los uniformes pueden engancharse en el alambre de espino, por eso llevábamos la menor cantidad de ropa posible. Cuando todos estábamos en nuestras posiciones, cavamos trincheras y esperamos. Algunos incluso pudieron dormir. Pero muchos en mi compañía, como era mi caso, acabábamos de llegar del Norte y no teníamos ninguna experiencia de combate. Estábamos demasiado ansiosos como para dormir. Algunos estaban tan nerviosos que no podían parar de hablar. En un momento el subcomandante del batallón se me acercó y me dijo: «Maldita sea, haz callar a tus soldados o nos descubrirán».

Mientras esperábamos, unos equipos pequeños de municiones avanzaron para colocar explosivos bajo el alambre de espino y otros obstáculos alrededor del perímetro. Una de mis secciones era responsable de hacerlo en nuestra área. Una segunda sección estaba lista para atacar los refugios de dentro del perímetro, donde los estadounidenses estaban de guardia. Una tercera sección se precipitaría dentro de la base y trataría de penetrar lo máximo posible.

Antes de la batalla planificamos todo con mucho cuidado. Semanas antes, como parte de un equipo de reconocimiento, habíamos ido reptando y

acortando el camino a través de las minas y del alambre de espino para ver la base más de cerca. Hicimos mapas donde incluimos los refugios y los edificios para que nuestros lanzadores de mortero pudieran planificar sus blancos. Teníamos especial interés en derribar su centro de comunicaciones. Cuando preparamos las tropas hicimos hincapié en que entendieran la importancia de combatir lo más cerca posible del enemigo. En la medida de lo posible, queríamos llevar el combate directamente a los refugios del enemigo y coger a los estadounidenses del pescuezo. Si nos limitábamos a dispararles a distancia, podían destruirnos con artillería desde el campamento Carroll o desde los destructores en el mar.

Iniciamos el ataque a las cinco de la madrugada. Primero lanzamos una bengala. Era la señal para detonar la dinamita que abriría brechas en el perímetro. Al mismo tiempo nuestros lanzadores de mortero y de ametralladoras abrieron fuego contra la base, en dirección a sus blancos previamente elegidos. En cuestión de segundos hicimos sonar una corneta y silbamos para indicar a nuestras tropas que avanzaran. Los cuatrocientos soldados avanzamos gritando «¡Ataquen! ¡Ataquen! ¡Ataquen!».

A los cinco minutos de empezarnos a mover, comenzó a caer fuego de artillería. Por suerte, para entonces la mayoría ya habíamos penetrado en el perímetro y los cartuchos caían a nuestras espaldas. Con algunos más, corrí hasta la entrada e intenté hacer blanco en el centro de comunicaciones. Estaba muy oscuro y reinaba un caos increíble. Era casi imposible ver hacia dónde íbamos, o hacia dónde estábamos disparando. Las balas volaban en todas direcciones.

Sabíamos que no podíamos alargar la batalla mucho más. Las fuerzas enemigas en aquella zona eran muy fuertes y esa base tenía una potencia de fuego enorme. Así que nos limitamos a destruir todo lo que pudimos y dimos la señal para la retirada. Estuvimos entrando y saliendo hasta mucho antes de que se hiciera de día.

Unos setenta hombres quedaron heridos y veinte, muertos. No tengo idea de cuántos murieron del otro bando. La mayoría de nuestras bajas fueron por heridas por fuego de artillería durante la retirada. Esas grandes pérdidas siempre han sido la parte más difícil de soportar y aún lo es. Fueron tantos los que murieron sin tener la oportunidad de ver su país reunificado y en paz. Luego me enteré de que nuestra batalla era sólo una más de los cientos de ataques ocurridos aquella mañana a lo largo de todo el Sur. En ese momento, sin embargo, yo no estaba al tanto de la magnitud de la Ofensiva Tet. La

habían coordinado personas de mucho mayor rango. Para mí sólo fue la primera de varias batallas que se sucederían hasta 1975.

23

De Johnson a Nixon

Desde la muerte de John Kennedy, en 1963, hasta la agonía del Watergate, una década más tarde, la población estadounidense se vio fracturada por una sucesión de asesinatos, disputas raciales, agitación política, protestas en masa y convulsiones civiles. Cuando la guerra de Vietnam todavía no había llegado literalmente a los hogares estadounidenses, muchos ciudadanos sentían, cada vez más, que Estados Unidos mismo podía ser la «pieza de dominó» con mayor riesgo de caer, a raíz de la carnicería que se estaba produciendo al otro lado del mundo. La gente todavía iba a trabajar, criaba a sus hijos, guardaban sus barbacoas en el patio trasero, miraba películas y se interesaba por los resultados de béisbol. Pero había acontecimientos de magnitud histórica que incidían cada vez más en las vidas y conciencias de toda la sociedad.

El año 1968 en particular pareció contener la masa crítica de toda la década. Prácticamente todas las semanas ocurría alguna calamidad inesperada. El 23 de enero, una semana antes de la Ofensiva Tet, lanchas de patrulla de Corea del Norte capturaron un buque de inteligencia estadounidense, el *USS Pueblo*, con 83 tripulantes a bordo. Como respuesta, Lyndon Johnson llamó a quince mil reservistas de aeronáutica, lo que fue la primera movilización de reservas desde la crisis de los misiles de Cuba. La Ofensiva Tet eclipsó la crisis del *Pueblo*, y cuando los tripulantes fueron liberados, casi un año después, su historia había sido prácticamente olvidada bajo el peso de otros acontecimientos. (Una década más tarde, cuando 52 estadounidenses fueron secuestrados en Irán, la noticia ocupó las portadas de los periódicos no por unas pocas semanas, sino durante más de un año).

Mientras que las secuelas del Tet todavía repercutían en la cultura política, los rivales de su propio partido pusieron en duda la reelección del presidente Johnson. El senador Eugene McCarthy había estado compitiendo contra Johnson desde el otoño anterior, y el senador Robert Kennedy, hermano del

presidente asesinado, anunció su candidatura el 16 de marzo. Ambos se comprometían a acabar con la guerra de Vietnam. Johnson, que había ganado las elecciones de 1964 con una mayoría abrumadora, estaba tan dañado políticamente por los cuatro años de escalada de la guerra en Vietnam que abandonó la campaña incluso antes de que comenzara.

Menos de una semana después, el 4 de abril, Martin Luther King fue asesinado en Memphis a los treinta y nueve años. Aunque King era el precursor más importante de la resistencia no violenta desde Mohandas Gandhi, muchos tomaron su asesinato como una muestra más de que la violencia estaba demasiado arraigada en la cultura estadounidense como para superarla por vías pacíficas. El asesinato suscitó disturbios en ciento veinte ciudades americanas y en bases militares en Estados Unidos y Vietnam, con un resultado de al menos 46 muertos.

Las protestas antibelicistas seguían creciendo. El 26 de abril, un millón de estudiantes de secundaria y universitarios boicotearon las clases para mostrar su rechazo a la guerra. Esa misma semana, los alumnos de la Universidad de Columbia ocuparon varios edificios del campus para protestar en contra de que la universidad hubiera aceptado contratos de investigación militar y por la relación de este hecho con la vecina comunidad negra. Mil policías acudieron para desalojar a los manifestantes. Como algunos de los dos mil manifestantes se resistieron a ser arrestados, la policía los atacó con porras e hirió a 148 jóvenes.

Mientras que los radicales tenían poca fe en que las políticas ortodoxas pusieran fin a la guerra, muchos liberales encontraron una fuente de inspiración en las campañas presidenciales de Robert Kennedy y Eugene McCarthy. Al ganar ambos las elecciones primarias, aumentaron las esperanzas de que alguno de ellos lograra vencer, al sucesor lógico de Johnson, el vicepresidente Hubert Humphrey. El 5 de junio, Kennedy logró una victoria impresionante en California al atraer una amplia coalición de obreros, minorías y liberales de clase media. Pocos minutos después de dar el discurso de la victoria, fue asesinado. Fue una convulsión de violencia más que debilitó la fe de los estadounidenses que creían que las políticas convencionales podían resolver la guerra en Vietnam.

Los levantamientos en Estados Unidos no estaban conectados sólo con Vietnam sino que parecían ser parte de un desafío a la autoridad que se dio en 1968 a escala casi mundial. En Francia, por ejemplo, las manifestaciones y huelgas realizadas por estudiantes y obreros radicales a punto estuvieron de

derribar el gobierno de Charles de Gaulle. En Ciudad de México, los soldados y la policía mataron a cientos de estudiantes que protestaban contra la represión del gobierno. En Checoslovaquia, las tropas soviéticas atacaron brutalmente un poderoso movimiento que reclamaba la democratización del gobierno comunista.

A finales de agosto, la atención se trasladó a Chicago, sede de la convención nacional demócrata. Anticipándose a las protestas que se venían produciendo desde hacía tiempo, el alcalde de Chicago Richard Daley convirtió la ciudad en un campamento de guerra virtual, movilizando todo el departamento de policía y la guardia nacional de Illinois. A pesar de las amenazas de violencia tan omnipresentes, los manifestantes no se desanimaron tanto como en un principio se imaginó. Con todo, los manifestantes que llenaron las calles y los parques de Chicago, que fueron entre cinco mil y diez mil, fueron golpeados y rociados con gas de forma tan brutal que a muchos les pareció que realmente se había desatado una guerra civil. El periodista Stewart Alsop, que durante largo tiempo había defendido la guerra de Vietnam, escribió: «En Chicago, por primera vez en mi vida, comenzó a parecerme posible que alguna forma de fascismo estadounidense realmente se diera aquí».

En la convención, los delegados demócratas nominaron a Humbert Humphrey. Si bien Humphrey tenía sus reparos acerca de la guerra, no dio ninguna prueba convincente de que le daría un curso diferente al de su predecesor, e incluso se negó a apoyar una modesta plataforma de paz. Entretanto, los republicanos nominaron a Richard Nixon, un hombre cuya carrera política parecía terminada para siempre tras perder la carrera presidencial a manos de John Kennedy en 1960, y perder también la elección para gobernador de California dos años después. Sin embargo, en 1968 los republicanos propugnaron un «nuevo Nixon», asegurando que había logrado despojarse de su reputación de correligionario cruel y sombrío, y que ahora era un estadista más moderado y conciliador. Nixon se comprometió a traer orden y unidad a la nación dividida y sacó provecho del desencanto creciente hacia la guerra de Vietnam. «Cuando la nación más fuerte del mundo queda atada cuatro años a una guerra en Vietnam sin un final a la vista», dijo, «entonces es momento de que Estados Unidos de América tenga una nueva dirigencia». No especificó cómo lo haría, pero prometió dar a la guerra un «final honorable», y convenció a muchos votantes de que era más probable que él consiguiera traer la paz que Hubert Humphrey.

Rezagado en las encuestas, Humphrey empezó a tomar una línea más crítica hacia la guerra de Vietnam. De repente, sólo unos días antes de las elecciones, Johnson anunció que suspendía todos los bombardeos en Vietnam del Norte y que el gobierno survietnamita había aceptado participar en las negociaciones de paz en París. Con estas noticias, Humphrey acortó rápidamente las diferencias. Sin embargo, quizá este ímpetu se vio bloqueado cuando el presidente survietnamita, Nguyen Van Thieu, negó toda intención de negociar con los comunistas. La campaña de Nixon había alentado en secreto a Thieu para que hiciera aquello, a través de un intermediario que viajó a Saigón para asegurarse de que el survietnamita entendiera que tendría mayor respaldo con Nixon en el poder. Nixon ganó las elecciones por apenas medio millón de votos. La guerra continuaría seis años más y mataría a otros veinticinco mil estadounidenses, al menos otro millón de vietnamitas y cientos de miles de laosianos y camboyanos.

JOHN GILLIGAN

«Nuestra única alternativa era ayudar a Humphrey a independizarse de Johnson».

Un demócrata de Cincinnati, en 1964 fue elegido para el Congreso, donde trabajó durante un solo período. En 1968, siendo candidato a senador, propuso que la convención nacional de los demócratas incluyera una «plataforma de paz» que exhortara a un fin incondicional de todos los bombardeos en Vietnam del Norte y una «conclusión rápida» de la guerra.

Presionado por el presidente Johnson, el vicepresidente Hubert Humphrey, candidato demócrata a la presidencia, rechazó la plataforma de paz, que fue rechazada por 1567 votos contra 1041. Cientos de congresistas pacifistas se ataron lazos negros alrededor de los brazos en señal de protesta. Fue una de las convenciones políticas más polémicas de los tiempos modernos, un hecho fácilmente olvidado debido a la violencia que reinaba fuera, en las calles.

Más adelante, Gilligan fue gobernador de Ohio, administrador de la Agencia Internacional de Desarrollo bajo la presidencia de Jimmy Carter y profesor en Notre Dame. A los ochenta años, actualmente es miembro de la Junta de Educación de Cincinnati.

Cuando entré en el Congreso, aún apoyaba la guerra. Entonces el presidente de la cámara, John McCormick, reunió un grupo de miembros del Congreso para viajar a Vietnam. Éramos todos veteranos de la segunda guerra mundial. La primera vez que le eché un ojo a la bahía de Cam Ranh, quedé

aturdido. Hacía que Pearl Harbor pareciera un cementerio de coches. Era inmenso. Descargaban materiales por todas partes y los depositaban en un aeropuerto próximo. Estaba claro que habíamos construido aquello pensando en una estancia larga.

Una noche tuvimos una reunión informativa con el general Westmoreland, que afirmó: «Tenemos superioridad aérea absoluta», cosa que no resultó muy sorprendente. Es decir, el Vietcong no tenía ni una cometa, menos aún un avión. Westmoreland continuó: «Y podemos hacer lo que queramos, donde queramos. Podemos poner y sacar a nuestra gente de cualquier sitio de este país. Sencillamente dependerá de cuánto castigo quiera el enemigo». Pues bien, parece ser que en los años siguientes el enemigo estuvo deseoso de que lo castigaran mucho.

Recuerdo otro pequeño incidente durante aquel viaje. Durante nuestra estancia en Saigón, dos aviones estadounidenses cayeron mientras intentaban derribar un puente cerca de Hanoi. El mismo día, un tipo en bicicleta que llevaba tres kilos de explosivo plástico voló un puente cerca del delta del Mekong. Nosotros perdimos dos aviones con sendos pilotos y no lo logramos, y un miembro del Vietcong en bicicleta derriba un puente. Empecé a pensar, Dios mío, éste no es el tipo de guerra al que estamos acostumbrados. De la docena que fuimos en aquel viaje, unos nueve volvimos contrarios a la guerra.

Cuando regresamos a Washington, nos llevaron directamente a la sala de gabinete de la Casa Blanca, donde Lyndon Johnson nos dijo: «Bueno, habéis estado allí y todos sois veteranos de guerra, ¿qué opináis?». Nos sentamos alrededor de la mesa. Palabras más, palabras menos, la mayoría dijimos: «Estamos en un gran lío y debemos largarnos de allí». Johnson perdió los estribos. Dijo que éramos unos malditos derrotistas y que había que perseverar hasta el final, sin importar los obstáculos.

En 1968 gané las primarias para el Senado por el partido demócrata contra Frank Lausche, que había sido gobernador cinco veces y elegido senador titular en dos oportunidades. Era republicano en todo excepto en el nombre, así que acepté competir con él, y teníamos gente que nos apoyaba con el tema de la paz, y yo contaba con un fuerte respaldo del laborismo. Pero cada vez que salía de la cámara, me acosaban con la pregunta de si apoyaba a Humphrey, a Kennedy o a McCarthy. No podía decir nada sin perder a dos tercios de mi equipo, así que me limitaba a responder: «Bueno, sencillamente, estoy orgulloso de formar parte de un partido que tiene tres grandes candidatos». Pero en realidad yo apoyaba a Bobby Kennedy. Me había

convencido de que era el único que podía ganar. Y si lo hacía, saldríamos de la guerra y tendríamos un país diferente. También nos habríamos ahorrado seis años de Richard Nixon. Bobby tenía una capacidad excepcional para atraer tanto a la comunidad negra como a los oficinistas y los obreros. Todos eran esenciales para la base demócrata, pero estaban muy divididos. Kennedy era el único que podía reunirlos e inspirarlos. Él los encendió. Ellos lo idolatraban.

Justo después de que yo ganara las primarias, vino a Ohio. Fui al aeropuerto y nos dirigimos en el coche hasta Columbus con él, Ethel y Hill Barry, su guardaespaldas. Era un coche descapotable, y en lugar de ir directamente hacia Broad Street se desviaron y atravesaron el corazón de la ciudad hasta un barrio de negros. La muchedumbre salió a la calle y había tantos que detuvieron nuestra caravana. No podíamos avanzar. Kennedy se puso de pie sobre el maletero del coche y comenzó a estrechar la mano a la gente. La multitud era amistosa, pero todo era una locura. Hill Barry estaba de rodillas en el asiento trasero con sus brazos rodeando la cintura de Kennedy. Después de colocar a Ethel en el asiento delantero —estaba embarazada de seis meses—, agarré a Hill por el cinturón, intentando sostenerlo. Finalmente alguien de entre la multitud cogió a Kennedy del brazo y lo sacó fuera del coche. ¿Has visto alguna vez a las masas en los estadios de fútbol cómo levantan un niño y lo pasan por encima de las cabezas? Eso era lo que sucedía. Hill y yo nos lanzamos hacia el gentío. Pensé, Dios mío, lo van a matar ante nuestros propios ojos. Logramos coger a Kennedy y lo arrastramos hacia el coche. Para cuando llegó al hotel, su camisa estaba hecha harapos, sus gemelos habían desaparecido y parecía haber peleado diez asaltos. Ése era el tipo de agitación que era capaz de generar. Tres semanas después, estaba muerto.

Después de la muerte de Kennedy, la cosa quedó entre Humphrey y McCarthy. Fui a ver a McCarthy a su oficina y le dije:

—Los demócratas tienen problemas contigo y con Hubert.

—¿Cuál es el problema con Hubert? —preguntó.

—Bueno, creen que está demasiado atado a Johnson, que no puede sacarse esta guerra de encima y que eso lo hará perder —le respondí.

—Bueno, ¿y cuál es el problema conmigo?

—Realmente no creen que quieras ser presidente, dicen que no eres serio.

—¿Y qué demonios crees que he estado haciendo allí fuera, en las nieves de New Hampshire?

—Ah, lo que tú quieres es ganar el debate, pero ¿realmente quieres sentarte en ese despacho y accionar todas esas manivelas y palancas de poder?

—Bueno, si eso es lo que el trabajo exige, eso es lo que haré —contestó McCarthy.

—Bien —le dije—, levanta el teléfono ya mismo y llama a [el alcalde de Chicago] Dick Daley y pídele su respaldo.

—Oh, no voy a hablar con Dick Daley —se excusó.

—Entonces no te tomas en serio este trabajo —le respondí. Después de esto, me convencí de que nuestra única opción era ayudar a Humphrey a independizarse de Johnson. Hubert operaba en secreto y no podía ser sincero sin meterse en problemas con Johnson.

Así fue que con un pequeño grupo de seis o siete personas, durante un almuerzo que tuvo lugar en Washington unas seis semanas antes de la convención de los demócratas, sugerí que ayudáramos a Hubert creando una plataforma de paz dentro de la plataforma demócrata. Veinte años antes, cuando Harry Truman se enfrentaba a lo que se preveía como una derrota segura, un joven alcalde de Minneápolis llamado Hubert Humphrey fue a la convención demócrata e introdujo una plataforma de derechos civiles bastante dura. Truman no la quería e hizo todo lo posible para escaparse de ella, pero cuando Humphrey y otros la aprobaron, aceptó la nominación y adoptó la plataforma. Creo que eso le permitió ganar las elecciones. «Pues bien —dije a Hubert—, estamos intentando hacer por ti lo que tú hiciste por Harry Truman en 1948. No te estamos pidiendo que apoyes la plataforma, simplemente te pedimos que te salgas del camino. Y entonces, si logramos aprobarla, puedes hacer lo que hizo Harry: ponerte de pie, aceptar la nominación y adoptar la plataforma que se te ha entregado».

Mientras la plataforma de paz se debatía en el comité, tuvimos largas conversaciones con David Ginsburg, uno de los colaboradores más destacados de Hubert. Finalmente nos dijo que nuestra posición era la misma que la del vicepresidente. Por lo tanto, pensamos que se aprobaría. Pero entonces Johnson envió desde Washington a [el congresista de Luisiana] Hale Boggs para que tomara el control de la convención y pusiera a todos bajo el redil. Destinaron unas tres horas al debate sobre la plataforma de paz.

Estuvimos confiados hasta el final de que la aprobarían, pero muchos opositores la calificaron como una rendición despreciable. Alegaron que era una traición a nuestros muchachos que estaban en el campo de batalla. Se dijeron cosas muy duras. Lo que había empezado como una leve discrepancia sobre el uso del lenguaje en la plataforma terminó siendo un debate abierto entre duros y blandos. Creo que realmente fue la primera vez que los estadounidenses vieron a figuras políticas de buena reputación debatir un tema públicamente.

Recuerdo decir a alguien que si lográbamos que esta bendita plataforma se aprobara, Gene McCarthy se vería obligado a ponerse de pie y avalar a Humphrey y apoyarlo en la campaña. En cambio, se marchó y se enfurruñó durante dos meses, y sus jóvenes seguidores nunca ofrecieron su apoyo a Humphrey.

PETER KUZNICK

«La conversión política es el mejor afrodisíaco».

Cuando era estudiante en la Universidad de Rutgers hizo dedo por todo el país organizando el movimiento antibelicista. «Durante aquellos años podías viajar a cualquier parte de Estados Unidos y ser recibido inmediatamente por comunidades enteras simplemente por tu aspecto o vestimenta. Siempre había un lugar seguro para radicales y activistas». Actualmente enseña historia en la Universidad Americana.

Rutgers me atrajo a raíz del artículo de una revista que la describía como la Berkeley del Este. En 1965, durante un seminario en Rutgers, un profesor de inglés dijo que estábamos combatiendo en Vietnam para preservar la civilización. Mi futuro mentor Warren Susman comenzó a golpear el estrado diciendo: «¿Cómo define civilización? ¿Cómo define civilización?». Golpeó tanto el estrado que su reloj estalló y los resortes y mecanismos salieron volando sobre la audiencia [risas].

Cuando era estudiante de primer año, en 1966, apoyaba a la SDS [Estudiantes para una Sociedad Democrática], pero me parecía necesario llegar a un cuerpo estudiantil más amplio. La SDS era demasiado radical para aquellos estudiantes que reflexionaban sobre la guerra desde hacía tan poco tiempo. No estaban listos para unirse a una organización que ya hablaba de revolución. Mi cometido era hacer de puente entre la izquierda y los estudiantes más moderados.

En la primavera de 1968 parecía que Chicago iba a ser el foco de las

iniciativas nacionales, así que decidí ir. Ciertamente no iba a Chicago a buscar violencia, pero sabía que era una posibilidad real según la información que llegaba desde Chicago. Mucha gente decidió no ir porque temían que fuera un baño de sangre. La Máquina Daley y la policía de Chicago habían dado a entender con la suficiente fuerza que lo último que les podía llegar a inspirar respeto era el derecho incluido en la primera enmienda a reunirse y manifestarse en público. Y durante los levantamientos en Chicago posteriores al asesinato de Martin Luther King en abril, [el alcalde] Daley había ordenado a la policía que disparara a matar. Así que la concurrencia desde todo el país no fue ni de cerca lo que la gente esperaba. Las estimaciones iniciales de unos cien mil asistentes pronto acabaron oscilando entre cinco y diez mil.

El número de personas que morían cada día en Vietnam era razón suficiente para que la mayoría estuviéramos dispuestos a poner nuestros cuerpos en la línea de fuego. No sentíamos que nuestra decisión de no ir a Vietnam fuera por miedo o cobardía, no teníamos miedo a exponernos al daño físico o incluso a la muerte, pues nuestro compromiso para terminar con la guerra era realmente tan grande como el del gobierno para continuarla.

Gran parte de nuestro tiempo en Chicago se repartía entre el Lincoln Park, donde tenía lugar un encuentro *hippie*, y el Grant Park, donde se desarrollaba una manifestación política. Supuestamente Lincoln Park era nuestro territorio, pero la policía había dejado claro que echaría a la gente a las once de la noche en punto. Si hubiéramos querido quedarnos en el parque, la cosa se habría puesto fea, pues quedó claro muy rápidamente que no se trataba del tipo de policías locales amables. Su odio a los manifestantes era palpable, y deseaban tener cualquier excusa para atacar. Por suerte los líderes no incitaron a la gente a que pasara la noche allí, seguramente debido a que algo del «machismo» revolucionario y aventurero flotaba en mayor o menor medida en el ambiente, pero no era el espíritu dominante.

Había mucha música y marihuana, gente charlando en grupos, cantando y conociéndose unos a otros, y se oían todo tipo de protestas. Los *yippies*, *hippies* más radicales, organizaron un mitin para anunciar la candidatura a presidente de un cerdo: *Pigasus*[34]. La policía disolvió el mitin y confiscó el cerdo. Al día siguiente se corrió la voz —quizá era inventada— de que los *yippies* trajeron a otro cerdo y anunciaron que era su nuevo candidato a presidente. Un periodista les preguntó cómo era que apoyaban a otro cerdo si ya habían respaldado a *Pigasus*. Jerry Rubin o Abbie Hoffman respondió: «Bueno, seguimos el mismo principio que los demócratas y los republicanos:

cada cerdo es tan bueno como cualquier otro».

Mi objetivo en Chicago, además de protestar contra la guerra, era radicalizar a algunos de los estudiantes moderados y liberales que asistían a la convención como delegados de Eugene McCarthy y George McGovern. Intenté mostrarles las limitaciones y contradicciones del modo en que veían las cosas y darles suficientes pruebas de que la guerra no era una simple aberración, un hecho aislado, sino parte de un modelo existente desde hacía mucho tiempo. Gran parte de nuestro análisis decía que la guerra de Vietnam era una guerra de los liberales, y los estudiantes que abrazaban el capitalismo liberal como la solución parecían no entender muchas de las grandes lecciones de la historia. Conocer a las chicas delegadas de McCarthy podía tener consecuencias tanto personales como políticas. «El poder es el mayor afrodisíaco», dijo Henry Kissinger en una ocasión. Yo siempre creí que la conversión política es el mejor afrodisíaco. El aspecto sexual del movimiento estaba casi tan presente como el político, y era ciertamente parte de lo que estaba ocurriendo en Chicago. Eso me recuerda que la primera o segunda noche nos dijeron que anduviéramos de dos en dos por una cuestión de protección, y me colocaron con Ed Sanders, del grupo de *rock* Fuggs. Su música era una combinación de política revolucionaria y fetichismo sexual, con canciones como «Mata por la paz» o «Sueños mojados sobre ti». La conexión entre la política, la cultura y el sexo realmente era mucho más profunda de lo que sugieren muchas historias del período.

Cuando llegamos a Chicago parecía haber un combate en curso. A lo largo de varios días o se estaba confrontando la violencia o la amenaza de violencia. Por momentos todo se transformaba en un caos y a quién le rompían la cabeza era una mera cuestión de azar, pues la policía arremetía en oleadas, y la mayor parte de la gente intentaba dispersarse. Me aporrearon, como a todo el mundo, pero no me hicieron mucho daño. Generalmente atacaban por la espalda, porque todos corríamos delante de ellos. A veces no había dónde ir. La gente quedaba atrapada entre los edificios y rompían las cristaleras, por ejemplo las del hotel Hilton, para ahuyentar a los policías, que los acechaban sin descanso. Una vez que la policía capturaba a los manifestantes, los aporreaba sin piedad. No tenían límite. Solían verse imágenes como las del vídeo de Rodney King. El nivel de odio que los embargaba era increíble. Les gustaba particularmente golpear a mujeres y hombres de pelo largo, y parecían tener especial inclinación por los periodistas. En cierta forma, la cobertura fue tan honesta porque muchos reporteros y cámaras fueron aporreados gratuitamente. Todo esto sucedía en

todas partes, y daba una idea de lo que podía llegar a ser un Estado policial.

Seguro que muchas de las personas allí concentradas provocaron a los policías. La gente los llamaba «cerdos» y cantaban cosas como «los cerdos comen mierda». Pero la mayoría de los cánticos decían «Estados Unidos fuera de Vietnam» o «El mundo entero está mirando». Este último nos parecía especialmente efectivo hasta que luego vimos las encuestas de opinión pública y nos dimos cuenta de que el mundo entero podía estar mirando, pero el público estadounidense, al menos, no simpatizaba con nosotros. Lo hacía mucho más con la policía que con las víctimas de la policía. Esto nos hizo pensar bastante. Creíamos que la población vería con mejores ojos a unos manifestantes desarmados luchando por el fin de una guerra que a unos policías que pisoteaban las libertades civiles.

A pesar de toda nuestra bravuconería, en verdad no pensaba que tuviéramos una sola oportunidad contra la policía, pues estaban armados hasta los dientes: llevaban capas y capas de protección y escudos, y a veces máscaras de gas; blandían porras y las usaban sin control. Muchos se habían quitado las placas para que no pudiéramos identificarlos. Y la guardia nacional estaba allí, con las bayonetas preparadas y nosotros no teníamos nada con que protegernos. La escena era de una crudeza brutal y decidí que no quería ser un revolucionario violento. La desigualdad de fuerzas era muy clara. Ya sabes, podías tomar el edificio del cuerpo de oficiales de reserva en Rutgers y negociar con la policía para que no aparecieran y rompieran cabezas. La mayoría de las universidades eran refugios seguros al lado de Chicago.

En la Nueva Izquierda se desarrollaba un culto machista a la violencia, que derivó en la metodología aplicada por los Weathermen poco más tarde[35]. Era ridículo creer que podían lograr algo mediante el uso de la violencia, pero yo estaba de acuerdo con que las políticas de confrontación podían servir para desenmascarar la naturaleza violenta del Estado estadounidense, al mostrar que la misma furia y crueldad que utilizaba para matar millones de vietnamitas se podía volver también en contra de sus propios ciudadanos, de aquellos que desafiaban su poder.

Desde la noche siguiente hasta la última, hubo un gran mitin en el Grant Park, frente al hotel Hilton. Éramos miles de personas. La idea era entonar algunos cantos y oír algunos discursos planificados. Para ese momento, la policía ya había dado palizas brutales, la violencia era general y los delegados de Humphrey habían vetado con una mayoría abrumadora la plataforma de

paz [en la convención demócrata]. Todos aquellos delegados demócratas estaban pasando el rato en sus habitaciones del hotel, mirándonos desde arriba. Recuerdo muy bien que Mary Travers, de Peter, Paul and Mary, comenzó a hablar a los delegados que estaban en sus habitaciones. «Ahora que todos vosotros, delegados de la paz, habéis sido derrotados, nos vais a acompañar simbólicamente», dijo. Entonces, los instó a que demostraran su apoyo encendiendo y apagando intermitentemente las luces de sus habitaciones. Inmediatamente me tocó hablar a mí, y me abrí paso entre la multitud hasta llegar al micrófono. Los organizadores dudaban si dármelo. Pero me lo dieron, y yo dije que dada la gravedad de la situación a la que nos enfrentábamos, encender y apagar las luces de una habitación de hotel no era más que un gesto autocomplaciente y vacío de contenido. Si esa gente apoyaba la causa con seriedad tenían que estar allí afuera con nosotros desafiando a las autoridades.

«Chicago ejerció un efecto de radicalización en las universidades. Fue una verdadera línea divisoria. En la primavera del 68 sentí que en la mayoría de las universidades los estudiantes antibelicistas eran una escueta minoría. Pero durante aquel otoño el movimiento se multiplicó como las setas y hubo una radicalización general».

J. SHAEFFER

«La guardia del palacio».

Durante la convención demócrata de 1968, era un policía novato. Tras prestar dos días de servicio en la policía de Chicago durante los disturbios, pasó varios días más en las calles con una unidad de la guardia nacional. «La multitud nos grita: "Estáis matando gente en Vietnam. ¿No entendéis lo que estáis haciendo?". Y yo pienso para mis adentros: "Dios mío, hace sólo dos días me insultaban por ser un cerdo"».

Crecí en barrios de clase media de Chicago, primero en la vieja zona oeste y después de 1956 en la zona norte. Fue una época dura para los chicos de mi edad, debido al reclutamiento. El futuro era incierto a menos que tuvieras un expediente académico excepcional y una buena cantidad de dinero que te respaldara. Si tenías edad como para ser llamado a filas, nadie te quería contratar, y si estabas en la escuela, tenías que mantener un promedio alto para mantener la prórroga de estudios. Había un ambiente de extrema ansiedad.

En mi mundo, éramos los que abastecíamos las filas del ejército. Tarde o

temprano me iban a reclutar, así que terminé alistándome a la guardia nacional de Illinois. Entré en servicio activo en 1967. También había solicitado una plaza en el departamento de policía. Ambas cosas sucedieron casi a la vez. Así que en los años sesenta presté doble servicio. Iba de azul y de verde. Me vi involucrado en más situaciones de desobediencia civil interna de las que jamás hubiera imaginado. Era constante. Muchas veces salíamos por veinticuatro, cuarenta y ocho o setenta y dos horas. Incluso recuerdo haber dormido en parques. Durante la convención de 1968 estuve fuera de casa durante casi una semana. Debió de ser bastante duro para mi esposa.

En aquellos días, el grueso del departamento de policía —los de camisa azul, los agentes, los que realmente hacían el trabajo— no teníamos acuerdos laborales con la ciudad, ni tampoco sindicato. Podían explotarte y decirte qué hacer. No había adonde recurrir. No podíamos decir: «Deberíamos trabajar sólo ocho horas». Cuando nos metíamos allí, nos decían que era una institución semimilitar. En realidad era más que semimilitar. Era la guardia del palacio.

Solíamos hacer chistes sobre esto, refiriéndonos a nosotros mismos como la guardia del palacio. Esto es la revolución y estamos rodeando el palacio. Quieren destruir la bandera, derribar el castillo; estamos protegiendo a la clase dirigente. Era similar a la situación que se estaba dando en otros países. Nunca en mi vida me había imaginado tanques del ejército en las calles de mi ciudad natal. Solía decirle a la gente: «Eh, no nací con este uniforme». La clase dirigente te da las órdenes, pero estás realizando un servicio público. Estás allí para servir a la ley y al pueblo.

Diría que en 1968 un alto porcentaje del departamento de policía, probablemente tanto como un 80 por 100, eran veteranos de la segunda guerra mundial y de la guerra de Corea. Algunos eran incluso veteranos de Vietnam. Servían a su comunidad con respeto y honor. La mayoría de la gente de mi entorno apoyaba a la policía, por eso no se sentía que aquel movimiento disidente tuviera mucho peso. Pero obtenían respaldo y dinero de alguna parte. Creo que el incidente que disparó todo fue cuando retiraron la bandera del asta en Grant Park. La mayoría de los policías siempre recordaban el izamiento de la bandera de Iwo Jima durante la segunda guerra mundial, cuando los marines fueron asesinados sólo por izar la bandera estadounidense. Y aquí la retiran.

La avenida Michigan era el principal foco de conflicto, porque allí estaba la oficina central de la convención. No creo que nadie se haya anticipado a lo

que sucedería. Estábamos muy controlados. Cuando comenzamos nos dijeron: «Vais a obedecer la Constitución y fortalecer las leyes». Pero la otra cara de la moneda era totalmente diferente. Los consideraban gentuza. Aquella gente estaba profanando nuestra bandera. No creo que hubiera otra forma de controlar la situación. Pensé para mis adentros: «Están contra la guerra de Vietnam. ¿Por qué sacan esto delante de nosotros? ¿A quién quieren llegar realmente?». Después me di cuenta de que somos la única entidad gubernamental a la que la gente puede acceder. No pueden acceder al alcalde o a los dirigentes políticos.

Incluso las personas que tenían afinidad con la policía comenzaron a darse cuenta de que la guerra de Vietnam era un gran error, y que estaba causando grandes problemas en su propio país. Pero yo creía que los manifestantes eran sencillamente un montón de niños malcriados. Quizá muchos no creyeran en la república de Estados Unidos. Tenían otra manera de ver las cosas. Eran socialistas, comunistas, y querían derribar lo que durante todas nuestras vidas conocimos como Estados Unidos.

Siempre fui una persona imparcial. Incluso ahora, cuando miro atrás, creo que muchos simplemente fueron llevados allí. Pero muchos otros estaban allí para agraviarnos, para instigar algo. Aquí estamos, nos han puesto en una línea, nos tiran mierda, nos abuchean e insultan. Y nos han entrenado para obedecer órdenes y no deshacer la hilera. Pero en el fondo pensaba: «Oye, espera un momento, no estamos para aguantar esto. Nuestra tarea es mantener el orden en las calles. Cuando un policía te dice algo, le obedeces. Tal como nosotros teníamos que acatar órdenes. Todo el mundo tiene que acatar las órdenes de alguien».

Siempre recuerdo el siguiente incidente. Las cosas empezaban a ponerse calientes, así que la policía lanzó gas lacrimógeno. Pero te diré la verdad, era un poco como Vietnam, porque nunca sabías quién era quién. Quiero decir, a lo mejor *ellos* lanzaron los gases. ¿Cómo saber quién inició todo?

Así que todo el mundo empezó a correr. Cuando digo todo el mundo, quiero decir tanto la policía como los —no voy a decirles agitadores— disidentes. Terminé corriendo unos cincuenta metros, ahogado y sofocado. Doblé la esquina y me metí en un portal. No podía ver, los ojos me ardían mucho. Cuando finalmente pude recuperarme un poco, estaba en el portal con dos de estos *hippies* [Risas]. Ahí estábamos. Guareciéndonos juntos. ¿Te imaginas la escena? Y créeme que no tenía la menor intención de arrestarlos o hacerles nada. Así que sencillamente estábamos ahí de pie, ahogados,

diciendo «hijo de puta» y cosas así. La sensación era de no poder respirar.

Entonces me fui pensando: «¿Qué diablos es toda esta locura?». De hecho, ¿sabes una cosa? Creo que todos fuimos víctimas de todo este asunto.

SAMUEL HUNTINGTON

«Había que ser bastante estúpido para quedarse en el campo».

Al conocer a este amable politólogo en su despacho de Harvard es difícil remontarse a la rabia visceral que su trabajo generó entre los activistas pacifistas, que estaban al tanto de su papel durante la administración Johnson como consultor sobre la «construcción de nación» en Vietnam. En 1968 publicó un artículo en la revista Foreign Affairs *que generó controversia debido a que estimaba que la población urbana de Vietnam del Sur había aumentado del 15 por 100 al principio de los años sesenta a casi un 50 por 100 en 1968, y afirmaba que aquella «revolución urbana» menoscabaría la revolución rural de los comunistas. Al expulsar a los campesinos de la tierra y llevarlos a las ciudades, la política de Estados Unidos —concluía— despojaba al Vietcong del apoyo del campo.*

En una ocasión atacaron mi hogar. Alguien apareció y pintó en mi puerta amarilla: «Aquí vive un criminal de guerra», en letras negras y grandes. Lo hizo durante la noche. Recuerdo que nuestro hijo de cinco años metió los periódicos y dijo: «Hay algo escrito sobre la puerta». Entonces nuestro hijo de diez años salió y vio aquello. Regresó con una expresión terrible en su rostro y dijo: «Papi, creo que deberías mirar».

Algunas personas se centraron en una expresión que utilicé en un artículo de *Foreign Affairs*: «urbanización forzada». Yo decía que en Vietnam estaba ocurriendo una urbanización rápida como resultado de la guerra y nuestros bombardeos, etc. Estaba siendo descriptivo. No la estaba defendiendo. Dijeron: «Eh, éste está a favor de la urbanización forzada». Y todo lo que yo decía era que si estábamos poniendo a cada vez más survietnamitas bajo control del gobierno no era porque estuviéramos expandiendo nuestro control en el campo y gustándole a los campesinos, sino que era porque los campesinos estaban siendo conducidos a las ciudades. Eso era precisamente lo que ocurría.

Fui a Vietnam en el verano de 1967, y pasé casi toda la estación viajando por el país. Fue una experiencia fascinante. Había estado en Saigón poco antes, en 1962. Cinco años antes me había dado la sensación de estar en una versión oriental de un pueblito francés, muy tranquilo y agradable. Cuando

regresé en 1967, sencillamente había explotado. Había construcciones por todas partes, atascos de tráfico fabulosos, multitudes gigantescas. Era una ciudad completamente diferente. En aquel entonces todo el mundo decía que Vietnam del Sur era un 80 por 100 rural, pero al viajar me quedó claro que eso era algo pasado. Llegué a la conclusión de que al menos el 50 por 100 de la población, o incluso más, era urbana.

La gente se mudaba a las ciudades por dos razones. La primera era que el campo era peligroso. Había bombardeos, zonas de fuego libre, etc. La segunda era que, según los cánones survietnamitas, era muy fácil hacerse muy rico en las ciudades. La abrumadora presencia estadounidense había generado muchos trabajos maravillosos. Así que había que ser bastante estúpido para quedarse en el campo y no ir a la ciudad.

Yo no defendía el crecimiento de la urbanización, pero decía que era un hecho que debíamos afrontar. Teníamos que concentrarnos en los problemas de las ciudades. Recuerdo que mientras estuve allí hubo un gran debate acerca del problema de la recolección de la basura en Saigón. Los vietnamitas obviamente eran los que tenían que recolectar la basura y organizarla. Nuestro gobierno continuamente se debatía entre hacer las cosas o delegarlas en los vietnamitas, con la teoría de que queríamos transferir las responsabilidades. Pero la mitad de las veces no hacían nada. Entonces, ¿lo hacemos nosotros y lo resolvemos más rápido? Creo que al final el ejército de Estados Unidos empezó a recoger la basura de Saigón.

En realidad, yo no me centraba en cómo se hacía la guerra, en cuanto a zonas de fuego libre y ese tipo de cosas. No me encargaba de eso. Está claro que, en lo militar, no combatimos de la manera más efectiva. Combatimos como si se tratara de una gran guerra convencional, y para cuando se transformó en una gran guerra convencional con los norvietnamitas entrando a Vietnam del Sur en divisiones mecanizadas, ya habíamos perdido.

Mi visión de la guerra cambió al estar en Vietnam. Sencillamente, me pareció que no íbamos a ganarla. Hacia 1967, tuve la sensación de que nuestra necesidad de estar tan preocupados por Vietnam había disminuido considerablemente porque las economías del Sudeste Asiático —Tailandia, Malasia y en cierto grado Indonesia— estaban iniciando un proceso de desarrollo. Los intentos comunistas de insurrección en esos países no habían tenido éxito, por lo cual se redujo mucho el peligro de que Vietnam del Sur fuera la pieza de dominó que derribaría a las demás.

Durante la campaña presidencial de 1968 yo estaba involucrado activamente en la campaña de Hubert Humphrey, y dirigía su grupo de trabajo en Vietnam. Le propusimos suspender los bombardeos en Vietnam del Norte. Pero el presidente Johnson lo reprendió, entonces Humphrey se echó atrás y no se pronunció. Más adelante, el 30 de septiembre, dio aquel discurso en Salt Lake City donde pedía la suspensión de los bombardeos. Pero para entonces ya habían celebrado aquella convención desastrosa en Chicago. Recuerdo que Humphrey vino a Boston uno o dos años más tarde y me dijo: «Si hubiera promulgado la declaración del borrador que me disteis antes de la convención, podría haber sido presidente».

Creo que Humphrey hubiera hecho más o menos lo mismo que Nixon, pero habría enfrentado el problema de tener a todos los republicanos diciéndole: «Nos estás traicionando». Nixon consiguió reducir nuestro compromiso sin ser castigado porque era Nixon. Pero creo que Humphrey habría seguido una línea similar.

DOUGLAS KINNARD

«Nosotros teníamos la fuerza, pero ellos tenían la voluntad».

Sus padres se divorciaron y lo enviaron a un orfanato a los cuatro años de edad. «Nunca nadie me adoptó, pero después de estar siete meses en el orfanato me ubicaron con una familia de irlandeses católicos, y ellos me criaron». Un chico ambicioso, llegó a ser un Eagle Scout y le fue otorgado un codiciado nombramiento para la academia militar de West Point. Se graduó el «Día D», el 6 de junio de 1944, y fue enviado al frente europeo como observador delantero de una unidad de artillería. A los veintitrés años llegó a ser capitán.

Fue el tercer miembro de su clase de West Point que llegó a convertirse en general. «Me dijeron que para mi tres estrellas eran pan comido». Pero en 1970, a los cuarenta y ocho años, después de cumplir dos servicios en Vietnam, este general de una estrella se retiró del ejército y se fue a Princeton a hacer un doctorado en ciencias políticas.

«No estaba desilusionado con el ejército. Estaba desilusionado con la naturaleza de la guerra y con lo que estaba haciéndole a nuestro país. Todo el asunto me disgustaba. Estaba harto». Instalado en su nueva vida de académico, escribió un libro llamado The War Managers*, basado en un cuestionario de 1974 que envió a 173 generales del ejército que sirvieron como comandantes en Vietnam.*

No tenía ni idea acerca del tipo de respuesta que obtendría, pero dos tercios me devolvieron los cuestionarios completados. Esto me dejó atónito, al igual que la naturaleza crítica de sus respuestas.

Probablemente lo que más me sorprendió fue que casi un 70 por 100 dijera que no entendían realmente los objetivos de la guerra. Sabían sus propias metas, por ejemplo, una misión de la 25.ª División era eliminar al Vietcong de la Zona de Guerra C. Pero cuando pensaban en el objetivo global, decían: «¿Por qué estamos haciendo esto? ¿Cuál era el propósito global?».

[Toma uno de los cuestionarios viejos y amarillentos]. Este general escribió: «No estoy seguro de por qué Estados Unidos hizo semejante esfuerzo. Las razones que esgrimió el presidente Johnson no encajaban. ¿Qué estábamos intentando, a quién intentábamos salvar? No dejo de preguntármelo». Cada vez que recibía una de estas respuestas pensaba, ahora somos dos.

Pero si los generales eran críticos con los mandos políticos y con la falta de una estrategia coherente, lo eran aún más con los medios de comunicación. Eso me sorprendió. Cerca de un 90 por 100 tenía una opinión negativa sobre los medios. Sentían que éstos los menoscababan y buscaban formas de disminuir el apoyo de la población estadounidense. Creían que los periodistas corrían por Vietnam sin freno, que no comprendían realmente la guerra y que enviaban informes sólo para salir en los titulares.

Los medios obtuvieron calificaciones bajas, pero, para ser honestos, creo que en muchos casos no las merecían. Creo que tras la Ofensiva Tet, el pueblo estadounidense vio, de forma legítima, la inutilidad de todo aquello. Y aunque los medios se volvieron más críticos después del Tet, antes de eso muchos habían apoyado la guerra e incluso después había algunos periodistas que decían que todo estaba saliendo fenomenal.

No siempre era su culpa. Por ejemplo, en 1969 *Newsweek* publicó un artículo de Stewart Alsop en el que relataba con entusiasmo un viaje en coche sin escolta que realizó junto con [el director de pacificación rural de la CIA] William Colby de Ca Mau a Can Tho en el delta. El hecho de que circularan con tanta seguridad era puesto como un ejemplo de los grandes avances en la pacificación. Lo que Alsop no sabía era que en verdad sí tenían una gran escolta. Había grupos armados y helicópteros de combate que, fuera del campo visual, rodeaban al coche.

En mi primer servicio, entre 1966 y 1967, fui jefe de análisis de

operaciones, como voluntario y estaba lleno de entusiasmo. Una vez al mes enviábamos a Westmoreland un «Informe de cálculo del progreso». Como la guerra no tenía una línea de fuego en el sentido convencional, no se podía medir quién ganaba o perdía según las posesiones territoriales. Así que teníamos algo así como 62 indicadores para evaluar el progreso. Uno era el «recuento de las víctimas» y otro, la «proporción de muertes», es decir, cuántos enemigos morían por cada uno de los nuestros.

La guerra se redujo a una situación de agotamiento. Creo que siempre trabajábamos bajo el supuesto de que si seguíamos golpeando al enemigo con la fuerza suficiente, se rendiría. Todo se basaba en ese supuesto, que era totalmente falso. El enemigo no iba a rendirse, por más favorables que fueran nuestras estadísticas. La habíamos convertido en una guerra de voluntades, no de fuerza. El problema era que nosotros teníamos la fuerza, pero ellos tenían la voluntad.

Hacia el final de mi primer viaje, durante el verano de 1967, había llegado a la conclusión de que la guerra era una causa perdida y que podía seguir por siempre. Me alegraba volver a casa y desligarme de todo lo que significaba. Pensé que no volvería a participar en aquella guerra nunca más. En el otoño de 1968 decidí solicitar una plaza en Princeton para estudiar ciencias políticas. Pero en marzo de 1969, poco antes de que me aceptaran en Princeton, me pidieron que regresara a Vietnam como comandante general de la segunda fuerza de artillería.

Así fue que en 1969 regresé a Vietnam. En Princeton me permitieron aplazar un año mi admisión. Creo que fui el único comandante general en Vietnam que tenía un permiso de licencia por estudios de posgrado [Risas]. Por supuesto que no se lo conté a nadie. Tenía ocho mil soldados a mi cargo y mi deber era dejar atrás todo aquello hasta volver a casa.

Cuando llegué, el jefe de la 2.ª Fuerza de Artillería era Julian Ewell. Había sido comandante de la 9.ª División de Infantería, donde era conocido como «el carnicero del Delta». El recuento de víctimas era un asunto muy importante para él. Cuando fui a mi primera reunión informativa, Dios mío, los primeros siete diagramas eran sobre el recuento de las muertes: este año comparado con este otro, esta unidad comparada con aquélla. El recuento duró alrededor de veinte minutos. Decía cosas como «los vamos a joder en el terreno». Era un tipo intenso.

La presión para aumentar el número de muertes funcionaba de abajo hacia

arriba. En una ocasión, me encontraba haciendo fila para un refresco después de una ceremonia de cambio de mando. Sin querer, oí a un general de alto rango que conversaba con un coronel, un comandante de brigada prometedor. Hablaban sobre el recuento de víctimas. «Bueno, los del Vietcong están difíciles de encontrar», dijo el coronel al general. «Bueno, pues los comandantes de brigada no lo están», le contestó el general. Lo que quería decir, naturalmente, era: «Más te vale mover el culo y matar a unos cuantos si no quieres que te releven». Pues bien, puede ser una casualidad absoluta, pero uno o dos días después el joven comandante de brigada estaba fuera supervisando una acción de escuadra, buscando una matanza, y él mismo fue asesinado. Jesús, el hombre tenía una esposa y un montón de hijos esperándolo en casa.

Creo que uno de los grandes errores de la guerra entre los oficiales de alto rango no estuvo en el terreno sino en Washington. En muchas ocasiones los militares de alto rango deberían haberse enfrentado a McNamara y Johnson y decirles: «Mirad, ésta es una estrategia pésima. No va a funcionar. Lo que tenéis que hacer es llamar a las reservas para movilizar a la población civil. Si no podéis hacer esto, no podréis contar con su apoyo y por lo tanto deberíamos largarnos y evitar más bajas innecesarias».

La Junta de Jefes, de hecho, recomendó la movilización de las reservas, pero cuando Johnson dijo que no lo haría retrocedieron. En julio de 1965 el presidente de la Junta, Earl Wheeler, coincidió en que lo correcto era no hacerlo. En ese momento, se mostró débil en sus negociaciones con Johnson y McNamara. No estaba haciendo su trabajo. No está bien sugerir a un civil de alto rango que algo es lo correcto cuando no lo es, especialmente cuando se trata de algo tan vital para el resultado de la guerra.

Muchos de los jefes de la plana mayor no levantaron ni tomaron posición públicamente. Harold Johnson fue el jefe de personal del ejército durante el período de concentración de tropas. Después de la guerra, me dijo que cuando Johnson se negó a llamar a las reservas, él quiso renunciar.

—¿Y por qué no renunciaste? —le pregunté.

—¿Qué habría cambiado? —me contestó.

Al final de su segundo servicio en Vietnam, en la primavera de 1970, se encomendó al general Kinnard la planificación de la invasión estadounidense en Camboya. Kinnard descubrió que no había mapas decentes de ese país, así que le pidió al Mando de Asistencia Militar en Vietnam (MACV) que le

proporcionara algunas fotos aéreas. Hubo alguna demora, pero después de presionar un poco tuvo las fotos. «Ahí fue cuando me di cuenta de por qué el MACV había tenido tantos reparos en entregármelas. En ellas se veían miles de cráteres hechos por B-52 en territorio camboyano. Habíamos estado bombardeando Camboya en secreto durante un año y sólo un puñado de funcionarios estadounidenses lo sabían. No tenía ni idea de que estuviéramos haciendo eso».

Cuando comenzó los estudios de posgrado en Princeton, en el otoño de 1970, no pensaba decir nada sobre su experiencia en Vietnam. «Dada la situación antimilitar que había en la universidad en aquel entonces, tenía la intención de ocultarlo». Pero después de la primera clase, un compañero le preguntó: «Oye, Doug, ¿estuviste aquí en primavera durante los disturbios contra la invasión a Camboya?». El ex general, sin poder resistir la ironía del caso, contestó: «Pues no, de hecho, estaba en Camboya».

24

My Lai

El 5 de diciembre de 1969, el artículo de portada de la revista *Life* trataba sobre la vida salvaje en África. La portada mostraba la fotografía de una variedad de antílope especialmente bella. Dentro del mismo número había una serie de fotos a color obscenas: una zanja llena de cadáveres, un primer plano de un bebé embadurnado con su propia sangre, un grupo de mujeres y niños amontonados, con expresiones de pánico y aturdimiento. El epígrafe dice que ellos también van a ser fusilados. Somos testigos de los últimos segundos de sus vidas.

Estas fotografías habían sido tomadas por el fotógrafo del ejército Ron Haeberle el 16 de marzo de 1968, el día en que los soldados de infantería de Estados Unidos pertenecientes a la Compañía Charlie, 1.er Batallón, 20.ª División de Infantería, 11.ª Brigada de Infantería Ligera de la 23.ª División estadounidense, asesinaron a unos quinientos civiles vietnamitas en My Lai-4, una pequeña aldea del pueblo de Son My en la provincia de Quang Ngai. Esta matanza no fue una explosión espontánea de violencia, sino una lenta masacre que duró varias horas, tantas que muchos de los soldados estadounidenses se tomaban descansos para comer sus raciones de alimento y fumar unos cigarrillos. No recibieron ni un solo disparo de fuego hostil. Sin embargo, los comandantes estadounidenses resumieron el episodio en un «Informe posterior a la acción» como una batalla exitosa en la cual 128 «miembros del Vietcong» habían muerto en combate. Basándose exclusivamente en relatos de los militares estadounidenses, el *New York Times* informó en su primera página: «Las tropas americanas capturaron ayer en un movimiento de pinzas una fuerza norvietnamita, en la llanura central costera, matando a 128 soldados enemigos en un combate que duró el día entero». Con esta mentira, el ejército logró ocultar la atrocidad durante medio año.

Muchos estadounidenses, especialmente a partir de la guerra, creían que

los medios tenían una tendencia antibelicista y que estaban ávidos de historias que dejaran mal parada la política de Estados Unidos. Sin embargo, los medios masivos no tuvieron nada que ver en el destape de la masacre de My Lai. Quizá nunca habría salido a la luz si no fuera por la perseverancia de un veterano de Vietnam llamado Ron Ridenhour. Aunque no estuvo presente en My Lai, escuchó detalles de la masacre de boca de cinco testigos oculares. Al regresar a Estados Unidos, sintetizó lo que había oído en una carta que envió al Pentágono, al Departamento de Estado, el Estado Mayor y a líderes del Congreso. Sólo después de aquello el ejército se vio presionado para iniciar una investigación que derivó en 1969 en el arresto del teniente William Calley, jefe de sección en My Lai, por el asesinato premeditado de 109 civiles vietnamitas. La prensa ignoró durante meses la noticia del arresto de Calley, y las principales publicaciones, incluida *Life*, rechazaron los artículos del periodista *freelance* Seymour Hersh. Finalmente, Hersh envió su investigación a la agencia News Dispatch Service, una de las pequeñas agencias de noticias alternativas que habían surgido en los años sesenta en oposición a la tendencia de los medios más conocidos a centrarse en los temas y las fuentes aprobados por el gobierno. A través de Dispatch, la historia finalmente estalló en todo el mundo.

Muchos estadounidenses reaccionaron con una especie de negación desesperada. Algunos aseguraban que la historia era inventada, que las fotografías estaban trucadas, o que en realidad eran los comunistas quienes habían realizado la matanza. Otros se esforzaban por justificar la masacre. «Suena terrible decir que deberíamos matar a niños —admitía una mujer—, pero muchos de nuestros chicos que están muriendo allí son niños también». Según una encuesta, un 65 por 100 dijeron no estar molestos por la masacre.

A pesar de las negaciones y las evasiones, My Lai finalmente resultó ser un punto de inflexión en la actitud de los estadounidenses casi tan significativo como la Ofensiva Tet. Millones de ciudadanos que veían la guerra como una política equivocada o un error trágico comenzaron a considerar la posibilidad de que fuera injusta e inmoral. Ése era el argumento básico de los discursos de las manifestaciones antibelicistas y de los artículos de los periódicos alternativos, pero ahora por primera vez se debatía en las cafeterías de los pueblos pequeños, en las oficinas de los ejecutivos y en las revistas de mayor tirada.

Ninguna atrocidad estadounidense en Vietnam de semejantes dimensiones había salido a la luz hasta ese momento (ni después), pero los relatos de actos

de menor escala de mutilaciones, torturas, violaciones y asesinatos empezaron a salir a la luz cada vez con más frecuencia. Entonces, muchos llegaron a la conclusión de que My Lai no era un acontecimiento aislado, sino una consecuencia extrema pero lógica de una estrategia militar que se basaba en enviar a jóvenes soldados a «buscar y destruir» en pueblos cercanos, con el extremo apremio de localizar un enemigo que no se podía distinguir de los civiles, y con la presión de que el éxito se medía por la cantidad de cadáveres conseguidos. El «recuento de las víctimas», después de todo, no era un secreto sucio de la guerra, sino un elemento que los informes del ejército incluían a diario y que se colaba en las noticias casi todas las noches, como un marcador estándar para saber lo bien que Estados Unidos lo estaba haciendo. Aunque muchos estadounidenses se habían acostumbrado tanto a aquellas cifras que ya no veían en ellas un significado «humano», la masacre de My Lai hizo evidente y palpable que no todas las personas que figuraban como «muertos en acción» habían sido asesinados en medio de un combate.

Cuando la atención pasó de My Lai a un análisis más amplio de la guerra, los estadounidenses se enteraron de que muchas partes de Vietnam del Sur habían sido designadas «zonas de fuego libre», en las que cualquier cosa que se moviera constituía un blanco legítimo y era susceptible de ser disparado y bombardeado por los estadounidenses. Estas zonas de fuego libre eran bombardeadas de forma rutinaria y al azar, con modalidad de fuego de «acoso y derribo». El ejército insistió en que a los habitantes de esas áreas se les advertía de que debían abandonarlas, o en que los sacaban de allí para llevarlos a campos de refugiados. Pero esas razones, en sí mismas, despertaban interrogantes problemáticos. ¿Se pueden justificar, en cualquier guerra, esos desalojos de campesinos (cinco millones según las estimaciones más conservadoras)?

Los estadounidenses también se enteraron de la existencia del «Programa Fénix», una campaña lanzada por la CIA para destruir la «infraestructura» del Vietcong que asesinó a muchos miles de vietnamitas sospechosos de ser agentes de la guerrilla. También estaban los informes acerca de las «jaulas de tigre» en las que el gobierno de Vietnam del Sur metía a prisioneros políticos, que luego eran sometidos a un tratamiento inimaginable de brutalidad. Finalmente, a comienzos de los años setenta, grupos de veteranos de Vietnam antibelicistas comenzaron a dar testimonio sobre su propia participación en actos —y en la observación de hechos— que calificaron explícitamente de crímenes de guerra, como cortar orejas de enemigos muertos, torturar a los prisioneros con descargas eléctricas de radiotransmisores, envenenar

manantiales y alimentos, y quemar pueblos enteros sistemáticamente.

Los defensores de la política estadounidense arguyeron que los comunistas habían cometido atrocidades iguales o peores que aquéllas, por ejemplo, las ejecuciones en masa de Hue, la antigua capital imperial, durante la Ofensiva Tet. Sin embargo, el argumento de «todos lo hacen» no consolaba mucho a los estadounidenses, criados en la idea de que Estados Unidos tenía un mayor respeto por la vida humana que nuestros adversarios y un modelo de comportamiento civilizado más elevado.

Periodistas e intelectuales, como el reportero del *New York Times* Neil Sheehan y Telford Taylor, ex fiscal en los procesos de Nuremberg por crímenes de guerra, empezaron a escribir que las acciones legales por crímenes de guerra en Vietnam estaban garantizadas, no sólo contra el personal militar de jerarquía menor, como Calley, sino también contra los más altos mandos civiles y militares que establecieron las políticas que causaron tales atrocidades. Esta idea incendiaria tuvo un breve apogeo, pero desapareció rápidamente del debate público sobre la guerra. En los años siguientes, la masacre de My Lai permaneció ignorada por las generaciones más jóvenes. Ocasionalmente algunos episodios la traen a la memoria colectiva, como en 2001, cuando se supo que el ex senador de Nebraska Bob Kerrey había estado al mando de un equipo SEAL que mató a unos veinte civiles en una pequeña aldea vietnamita (si fue o no accidental nunca se supo). Sin embargo, durante la breve tormenta mediática que suscitó, muy pocos sostuvieron que quienes estaban por encima del teniente Kerrey debían ser culpados por esos asesinatos.

La evidencia de My Lai indicaba que al menos cincuenta oficiales, incluidos generales, tenían un conocimiento considerable de la masacre —ya fuera por ser observadores directos como por el conocimiento de relatos de testigos oculares—, y todos habían apoyado la maniobra de encubrimiento ocultando la verdad o negándose a actuar de acuerdo con la información que recibían. Sin embargo, no hubo un juicio masivo con expedientes llenos de oficiales de alto rango. Finalmente, se les imputaron cargos a 18 oficiales, pero todos excepto el teniente Calley fueron absueltos o se les anularon los cargos sin juicio previo. Calley fue condenado por asesinar civiles y sentenciado a cadena perpetua. Sin embargo, gracias a la intervención del presidente Nixon, a los tres años y medio se le concedió el beneficio del arresto domiciliario.

LARRY COLBURN

Tras un largo día, este vendedor se sienta en la mesa de un bar, sorbiendo una Coca-Cola. Una vez más, se le pide que recuerde los acontecimientos del 16 de marzo de 1968, cuando era un artillero de helicóptero que ayudó a evitar algunas de las muertes de My Lai. Su piloto, Hugh Thompson, aterrizó el helicóptero de reconocimiento en el medio de la masacre para proteger a un grupo de aldeanos amenazados por soldados estadounidenses. Thompson y sus dos compañeros de tripulación estaban listos para disparar a cualquier estadounidense que quisiera hacer daño a los vietnamitas. Treinta años después, el ejército de Estados Unidos otorgó a Thompson, Colburn y Glenn Andreotta (que murió en combate unas semanas después de la masacre de My Lai) la Medalla a la Valentía.

No éramos pacifistas. Hacíamos nuestro trabajo, y cuando teníamos que matar a gente no dudábamos. Pero no lo hacíamos por deporte. No disparábamos a la gente de forma aleatoria. En nuestra compañía de artillería capturar armas era muy importante, no sólo para legitimar las muertes provocadas, sino porque psicológicamente era más fácil cuando podías decir «si no lo hacía, me iba a disparar».

Volábamos en un OH-23, un pequeño helicóptero tipo burbuja. Éramos exploradores aéreos: un nuevo concepto. En lugar de enviar helicópteros de asalto, mandaban nuestras pequeñas naves como carnada y un par de helicópteros de combate nos cubrían. En resumidas cuentas, lo que hacíamos era salir e intentar meternos en problemas. Volábamos muy bajo, y cuando encontrábamos algo, lo marcábamos con humo, devolvíamos el fuego y dejábamos que los helicópteros de combate hicieran su trabajo.

También practicábamos «misiones de arrebato» en las que secuestrábamos hombres en edad de reclutamiento para interrogarlos. Hicimos un montón de ésas en 1968.

El 16 de marzo, llegamos a la base poco después de las siete de la mañana. El único informe que recibí decía que iban a poner una compañía en el terreno para barrer aquel pueblo. Normalmente íbamos nosotros antes para ver si podíamos encontrar posiciones enemigas o incitar a que nos dispararan. Era un día claro y cálido, y la niebla se disipaba entre los campos de arroz. En nuestra primera pasada, vimos a un uniformado que llevaba una carabina y un bulto saliendo de una fila de árboles. «¿Quién lo quiere?», preguntó Thompson. «Me encargo yo», le contesté. Entonces apuntó el helicóptero y comenzó a volar bajo hacia el sospechoso. Sin duda era un Vietcong. Estaba

armado, escapaba, y se dirigía a la siguiente fila de árboles. No le pude haber disparado para salvar mi vida. Inspeccionamos esa zona un poco más, pero aquél fue el único vietnamita armado que vi ese día.

Después de aquello comenzamos a trabajar el perímetro de My Lai-4[36], 5 y 6, y recuerdo que vi tropas estadounidenses entrar en helicópteros. Nos adelantamos para comprobar que no corrían peligro, y aun así no recibimos ninguna agresión. Era día de mercado y vimos a muchas mujeres y niños saliendo de la aldea. Caminaban por la carretera llevando cestas vacías. A medida que salíamos del perímetro, vimos algunas mujeres heridas en los campos de arroz cercanos a My Lai-4. Dejamos caer unas granadas de humo para marcar sus cuerpos, esperando que los médicos acudieran para asistirlas.

Cuando volvimos a la carretera empezamos a ver cuerpos. Eran las mismas personas que iban andando hacia el mercado. Ni siquiera se habían apartado del camino. Estaban apilados, muertos. Tratamos de imaginar qué podía haber ocurrido. ¿Era artillería? ¿Helicópteros? ¿Vietcong? Los soldados estadounidenses en el terreno simplemente hacían un barrido a pie, con aire indiferente. No veía a nadie agazapado o escondido.

Entonces vimos a una chica de unos veinte años que yacía sobre la hierba. Pudimos ver que no estaba armada y que tenía una herida en el pecho. La marcamos con humo, porque veíamos una escuadra no muy lejos. El humo era verde, lo que significaba que acercarse era seguro. Si hubiera sido rojo, habría significado lo opuesto. Volábamos a dos metros de altura, y a no más de seiscientos de distancia, cuando apareció el capitán Medina, la pateó, dio un paso atrás y la mató. Lo hizo frente a nosotros. Cuando vi a Medina hacer esto, todo encajó. Eran los nuestros los que habían estado matando a aquellas personas.

Toda aquella gente que habíamos marcado con humo para que un médico las atendiera… No pude evitar sentir que indirectamente los habíamos matado. Nunca olvidaré a una mujer que se escondía entre la hierba. Estaba agachada, en posición fetal. Le indiqué con gestos: quédese así, quieta, quédese ahí. Nos fuimos volando a hacer más reconocimientos. Más tarde regresamos y ella seguía en la misma posición, exactamente donde le había indicado que se quedara. Pero alguien le había disparado por detrás y literalmente le voló la tapa de los sesos. Nunca olvidaré la expresión desconcertada de su rostro.

Cerca de las diez de la mañana, Thompson divisó un grupo de mujeres y

niños que corrían hacia un bunker, al noreste de My Lai-4. Los seguía un grupo de soldados estadounidenses. Cuando sobrevolamos esa zona, Andreotta divisó algunos rostros que se asomaban desde el interior de un refugio hecho en la tierra. Thompson sabía que en cuestión de segundos iban a morir, así que aterrizó el helicóptero entre los soldados que se acercaban y el refugio. Se acercó a hablar con el teniente Brooks y le dijo: «Éstos son civiles. ¿Cómo los sacamos del refugio?». «Los sacaré con granadas de mano», le respondió Brooks. A Thompson se le hinchó la vena del cuello, y realmente pensé que iban a llegar a las manos. Thompson regresó. «Si abren fuego contra esta gente mientras los estoy sacando de allí, disparadles», nos dijo a Andreotta y a mí. Entonces se alejó y nos dejó ahí de pie, mirándonos el uno al otro. Thompson regresó al refugio e hizo señas a la gente para que saliera. Eran nueve o diez personas.

Miramos fijamente a los soldados estadounidenses. Cerca de la mitad de ellos estaban sentados, fumando y bromeando. Recuerdo que vi a un colega y le saludé con la mano. Él me respondió de la misma manera y en ese momento me di cuenta de que todo estaba en orden, que aquellos muchachos no nos iban a hacer nada. Nadie nos apuntó ni tampoco les apuntamos.

Thompson llamó a Dan Millians, un piloto de helicóptero amigo suyo. «Danny, tengo un pequeño problema aquí abajo, ¿puedes ayudarme?», le dijo. Millians le contestó que por supuesto, e hizo algo sin precedentes. Nadie aterriza un helicóptero para hacer una evacuación, pero él lo hizo. Llevó a aquella gente un par de kilómetros de allí y las dejó ir. Creo que tuvo que hacer dos viajes.

Sobrevolamos una zanja en la que habían matado a más de cien vietnamitas. Andreotta divisó movimientos, así que Thompson aterrizó nuevamente. Andreotta fue directamente a aquella zanja. Tuvo que caminar entre cadáveres que le llegaban a la altura de la cintura para rescatar a un niñito. Yo permanecía de pie, a campo abierto. Glenn se me acercó y me entregó al niño, pero la zanja estaba tan llena de cadáveres y de sangre que no podía salir. Le acerqué la culata de mi rifle y le ayudé a salir. Llevamos al pequeño a un orfanato. No sabíamos si era niño o niña. Simplemente era una criatura bonita. Lo palpé para ver si tenía huesos rotos u orificios de balas, y parecía estar bien. No lloraba, pero tenía la mirada en blanco y estaba cubierto de sangre.

Lo único que recuerdo que sentí fue que aquellos soldados estaban allí para desquitarse. Habían perdido compañeros a causa de las bombas-trampa y

los francotiradores, y estaban listos para vengarse. La noche anterior habían recibido instrucciones, y oí que decían que arrasarían con todo. No capturaron ninguna arma. No mataron ningún hombre en edad de reclutamiento. He visto la lista de muertos, y había más de ciento veinte menores de cinco años. Cómo puede alguien hacer semejante cosa, es algo con lo que me he debatido toda mi vida. Conozco el sentimiento de buscar venganza, pero uno se busca un oponente digno. Estas personas eran ancianos, madres, niños y bebés. El hecho de que el Vietcong acampase allí por las noches no justifica que mataran a toda la aldea.

Compara esto con un pequeño pueblo en Estados Unidos. Imagina que estamos en guerra con alguien en nuestro propio suelo. Irrumpen en el pueblo y violan a las mujeres, matan a los bebés, a todos. ¿Cómo nos sentiríamos? Y no se trató sólo de matar civiles. Estaban haciendo una carnicería. Lo único que les faltó fue cocinarlos y comérselos. ¿Cómo alguien se puede sobrepasar tanto?

Al final de aquel día, fue a ver al coronel Oran Henderson, el comandante de la Fuerza de Tarea Barker, quien durante la masacre se encontraba sobrevolando My Lai, en un helicóptero de mando y control, a unos cuatrocientos cincuenta metros de altura. «Le dije que ese día se estaba perpetrando una matanza innecesaria de civiles, una matanza flagrante de montones de civiles. Anotó algunas cosas en una libreta legal. "De acuerdo", contestó. No oí nada más sobre el tema hasta los juicios de Calley, Medina y Henderson. F. Lee Bailey me interrogó sobre la mujer que vimos que Medina mató. "Sr. Colburn, ¿usted dijo que vio a esta mujer mover el brazo?", me preguntó. "Sí, estaba haciendo gestos pidiendo ayuda", le contesté. El juez determinó, frente al jurado, que la mujer hizo este movimiento rápido y que debido a los reflejos afilados de Medina, éste simplemente se dio la vuelta y disparó. Tonterías. Creo que ahí fue cuando me di cuenta de que nunca habría justicia para aquellas personas que habían muerto».

En 2001, Colburn regresó a Vietnam para participar en la inauguración de un parque de paz en My Lai y de una escuela elemental en el pueblo, ambos proyectos iniciados y financiados por veteranos estadounidenses de la guerra. Mientras estaba en My Lai, se reunió con el niño que había rescatado de la zanja, que ahora era un hombre de cuarenta y un años llamado Do Hao. «Me había preocupado por Do Hao durante treinta y tres años. Todos esos años recé para que tuviera cuatro o cinco años en el momento de la masacre y no se acordara de todo aquello, para que el horror se le hubiera borrado.

Pero resultó tener ocho años. Se acuerda de todo».

MICHAEL BERNHARDT

«La zona de fuego libre portátil».

Recuerda con cariño su infancia en los suburbios de Long Island, en Nueva York. Los vecinos se ayudaban entre sí para construir garajes o cobertizos en sus pequeñas casas de Cabo Cod. «Antes era muy distinto. Todos nos reuníamos y hacíamos cosas, había un sentido de comunidad. Sin embargo, cuando me fui, todos tenían su palacete y nadie sabía nada de quien vivía a su lado».

Se enorgullece por el adiestramiento militar que recibió. Después de convertirse en un soldado paracaidista, se entrenó en una patrulla de largo recorrido. Pero poco antes de partir hacia Vietnam, el grupo de élite se disolvió y fue repartido en compañías de infantería comunes. A Bernhardt se le asignó la compañía que perpetró la masacre de My Lai. El día de la atrocidad, no disparó su arma. Se le ordenó que permaneciera cerca del puesto de mando. Cuando llegó a la aldea, la mayoría de los asesinatos ya se habían consumado. Más adelante, se negó a participar en el encubrimiento.

Cuando me asignaron a la Compañía Charlie, sabía que algo no estaba bien. Podías verlo y olerlo. Todos eran individualistas, ninguno sentía pertenecer a nada. No había un sentido de comunidad, de responsabilidad, ningún sentido de orgullo. Cada vez que había que hacer algo desaparecían, y los oficiales no tenían la menor idea de cómo organizarlos. El capitán Medina no podía mantener la situación controlada, y Calley, ¿cómo diantre pudo haber terminado Calley la Escuela de Cadetes del Ejército? Quien diga que estos sujetos nos representaban no tiene idea de lo que está diciendo. No pudieron haber tenido el mismo entrenamiento y adoctrinamiento que tuve yo. Eran el peor montón de basura que he visto en mi vida.

Mucha gente piensa que lo de My Lai sucedió porque había demasiada disciplina militar, demasiado adoctrinamiento. Pero era exactamente al revés. En aquella compañía había muy poco de las dos cosas. Eran un montón de gamberros haciendo lo que les venía en gana; un grupo sin líder, sin dirección, armado hasta los dientes, que inventaba sus propias reglas y consideraba que el epítome de la hombría y el coraje era matar a un montón de gente.

Creo que seguramente ya habían sucedido antes episodios como el de My Lai. La diferencia es de grado. Ésa es la cuestión. Todo el esfuerzo de la

guerra estaba construido sobre tres pilares: la zona de fuego libre, la misión de búsqueda y destrucción, y el recuento de las víctimas. La zona de fuego libre significa disparar a cualquier cosa que se moviera. La misión de búsqueda y destrucción es simplemente otra manera de disparar a cualquier cosa que se mueva. Yo le llamo la zona de fuego libre portátil, la llevas contigo a donde quieras. Y el recuento de las víctimas es la herramienta para medir el éxito o fracaso de cualquier acción. Teniendo en cuenta estos tres elementos, no hay que ser un genio para imaginarse cómo termina todo. Me juego la cabeza a que aquello ya había ocurrido antes e incluso siguió ocurriendo después.

Unos meses antes de My Lai, nos sentaron a toda la compañía en la ladera de una colina para que presenciáramos una demostración de un helicóptero de combate y viéramos cómo funcionaba. En el valle había un pueblo, y vimos como el piloto del helicóptero bombardeaba el pueblo con metralla y cohetes. La gente corría para todas partes. Yo pensaba: «¿Qué demonios es esto? ¿Se me ha escapado algo?». Nadie dijo que hubiera alguna amenaza allí, o algún motivo para atacar aquel pueblo. A estos tipos no parecía importarles contra qué disparaban. No sé si la compañía captó el mensaje, pero por la manera en que se manejaban las cosas, no me sorprende que haya derivado en algo como lo de My Lai.

Unas semanas antes de My Lai, estábamos andando por un territorio desconocido y nos encontramos con un gran arrozal a cielo abierto. Dos compañeros y yo nos ofrecimos como voluntarios para atravesarlo. Íbamos por la mitad cuando de repente nos empezaron a bombardear. Cómo diablos me perdieron, no lo sé. Así que arrastramos nuestros traseros hasta la línea segura, con las balas pisándonos los talones durante todo el trayecto. Pedimos apoyo aéreo y todo se calmó un poco, así que nos pusimos de pie y terminamos de atravesar el campo de arroz. Cuando llegamos al otro lado, había un pueblo lleno de gente. Bajo sus casas habían construido unos pequeños refugios antibomba, y nos pusimos a buscarlos. Me metí en uno y encontré una anciana escondida. Le dije: «De acuerdo, está bien, quédate escondida». Me levanté y cuando salí del refugio vi a Calley que estaba con los calzoncillos por los tobillos. Tenía a una mujer arrodillada frente a él y le apuntaba a la cabeza con un calibre 45. Tuve muchas, muchas ganas de matarlo, pero había demasiados soldados alrededor. Éste tenía una maldad acendrada. Tuve la oportunidad de acabar con él, y quizá debería haberlo hecho. Estaba podrido hasta la médula. Creo que si lo hubieran reemplazado por un oficial hecho de otra pasta, toda esta maldita historia no habría

ocurrido. Estos tipos eran fáciles de manejar. Estaban esperando a que alguien les dijera qué diablos hacer, alguien que resolviera los dilemas morales por ellos.

La noche anterior a la masacre hubo una combinación de sesión informativa y de homenaje a los compañeros que habían muerto. Medina hizo referencia al hecho de que My Lai era zona enemiga, a que sus habitantes apoyaban a la resistencia, y a que los encontraríamos allí, y que más o menos los cogeríamos desprevenidos. También dijo que era momento de desquitarse, de que nos vengaríamos por las cosas terribles que nos estaban haciendo y por las personas que habían capturado de nuestro bando. Fue una charla incendiaria, y entre líneas sugería que estaba bien dispararle a quien supuestamente no debías.

Apenas aterrizamos la mañana siguiente y comenzamos a avanzar, me llamaron porque habían encontrado una gran caja de municiones. Yo tenía una soga y me pidieron que la atara alrededor de la caja y tirara, para asegurarse de que no era una bomba trampa. La abrimos con mucho cuidado y encontramos algunos suministros médicos, pero ninguna munición. Mientras tanto, podía oír muchos disparos en el frente. Estaba ansioso por llegar a donde debía estar, pero era difícil porque estábamos separados y yo estaba atascado cerca del puesto de comando. Sonaba como si todo el fuego proviniera de nuestras armas y nadie contraatacara. Se nota la diferencia entre un AK-47 y un M-16. Cuando llegué al pueblo, había cadáveres por todas partes. Niños, bebés, mujeres, ancianos, todos desperdigados. Debieron haber abierto fuego contra todo lo que había allí. Había ganado, gallinas, perros y cerdos tirados entre los cadáveres humanos. Intentaba hacer algo, pero parecía que cada vez que llegaba a algún sitio ya era demasiado tarde. No encontré a nadie con quien pudiera cruzar una palabra. Sólo vi algunos compañeros a distancia, lanzando granadas de mano, prendiendo fuego a algunas cosas y disparando a unos barriles. Realmente sentí que de alguna manera era mi culpa.

Me habían designado como el dolor de huevos de la compañía. Hasta ese momento yo había pasado mucho tiempo entre los soldados estadounidenses y los civiles vietnamitas, y eso en cierta forma había cambiado algunas cosas. Lamentablemente, el 16 de marzo no pude hacer lo que había sido capaz de hacer con éxito muchas otras veces. Pero no tenía autoridad. Era un soldado raso.

Los demás soldados de la compañía sabían que si esto se daba a conocer

estábamos con la mierda hasta el cuello, y sabían que yo era el eslabón débil. Así que todos me miraban a mí. Tras la masacre, estuve tres noches sin dormir.

Cuando regresamos a Duc Pho me convocaron al bunker de Medina. En total éramos cinco, y Medina me preguntaba cosas como: «Bueno, ¿cuál es tu opinión?». A lo que yo respondí: «Lo que hicimos fue totalmente incorrecto. No tuvo sentido militarmente hablando. No tuvo sentido de ninguna clase. ¿Qué diablos hemos conseguido al hacer esto? ¿Obtuvimos algo? ¿Hicimos algún daño al enemigo? ¿Hemos avanzado de alguna manera en nuestras posiciones? ¿Hemos conquistado algún territorio? No hemos conseguido nada y sencillamente asesinamos a un montón de personas para nada». Ésa fue mi interpelación: que aquello no había tenido ningún sentido. Y ni hablar de la humanidad. Ellos estaban más allá. Entonces me dijeron que me limitara a enterrar y olvidar el episodio.

Durante lo que me quedó de servicio, me limité a intentar sobrevivir, largarme de allí y volver a casa. Cuando a uno le quedan dos semanas de servicio, se supone que no debe estar en el campo de batalla sino fuera. Pero yo todavía estaba en el puto barro. Creo que tenían la esperanza de que no sobreviviera. Así que estuve allí doce meses y medio, o quizá más.

Mi estado físico era bastante malo. Había sufrido un ataque de disentería y no había recibido ayuda de nadie excepto de un vietnamita que me ayudó a recobrar la energía. También tuve pie de trinchera, una podredumbre que me sobrepasaba la altura de las botas. Nunca podía secarme completamente los pies y no entendía qué demonios era eso. Cada vez se me ponía peor al punto de que no me quedaba nada de piel sana en los pies, y aún no me sacaban de allí. «Mira, la próxima vez que aterrice un helicóptero, procura estar a bordo cuando despegue. Yo te cubriré», finalmente se ofreció uno de los médicos. La suerte pareció estar de mi lado, pues al día siguiente alguien fue herido y yo estaba entre el montón de soldados que lo metieron en el helicóptero. Me lancé adentro y levantó vuelo. Cuando llegamos al hospital de evacuados me pesaron: 47 kilos. No había pasado más de un día en el hospital cuando Ron Ridenhour averiguó dónde me encontraba y pasó a verme. Nos habíamos entrenado juntos en la patrulla de largo recorrido, pero había encontrado la manera de largarse de la Compañía Charlie. No podía creer lo mal que estaba. Vio el desastre que era y me preguntó: «¿Cuánto tiempo estuviste allí en este estado?». «No puedo recordarlo», le respondí.

Aparentemente, Ron había averiguado sobre My Lai por otro compañero.

Le dijeron: «Nosotros te lo contamos, pero ya está. Si le cuentas algo a alguien, lo negaremos». Sencillamente no querían tener nada que ver. Pero le dijeron a Ron que yo hablaría. Siempre había admirado a Ron y supe que él sabría qué hacer.

25

«Una ausencia aguda de olvido»

GLORIA EMERSON

«Antes de la guerra, yo era Mary Poppins».

Autora de Ganadores y perdedores, *uno de los libros clásicos sobre la guerra, no quiere hablar. «No recuerdo nada. Sería como conversar con alguien con afasia». Sus desaires se multiplican a medida que las solicitudes continúan: «¡No entrevistes a periodistas viejos! No tenemos nada más que decir. Estamos sellados». En verdad, recuerda demasiado y no hay suficiente lacre en el mundo como para sellar su pasión.*

«Tenía cierta urgencia en saber qué hacer con mi vida. Podía casarme o probar el mundo real. Tras dos matrimonios, decidí pegar el salto al mundo real». Fue a Vietnam para The New York Times *desde 1970 a 1972, pero mucho antes ya había cubierto otras crisis internacionales.*

Mi vida en *The New York Times* era bastante peculiar. El trabajo para las mujeres estaba muy restringido y no había plazas disponibles excepto en las páginas femeninas. En la oficina de París tenía que cubrir las colecciones de alta costura francesa dos veces al año. Eran mucho más importantes de lo que son ahora. La industria de la moda miraba a París para imitar tendencias. Pero entre una colección y la siguiente, tenía una libertad poco habitual. Un año cubrí la guerra civil de Nigeria, cuando Biafra se separó. Un conflicto horrendo. Informé desde Irlanda del Norte cuando los «problemas» subían la temperatura con ferocidad. Así que cuando finalmente fui a Vietnam no era una periodista novata e indefensa, aunque nada te prepara para aquello.

Era inquebrantable. Los hombres jóvenes que iban a Vietnam como corresponsales tenían que demostrar algo, tenían que probar lo intrépidos y duros que eran, porque no eran mucho mayores que los reclutas. Pero yo no tenía que demostrar nada. Yo sabía quién era: la mujer más valiente del

mundo. Ésa es la mentira que me decía a mí misma.

Me di cuenta de que era mentira más o menos a la segunda semana de estar allí. Estaba en un helicóptero de evacuación e intentaba sostener la mano de un soldado malherido. Pero me estaba metiendo entre el médico y él, así que me eché a un lado. El soldado murió, y yo pensé que era mi culpa porque le solté la mano. No es bueno pensar así. Es una falsa ilusión que te mata. Sostener la mano de un soldado herido no es lo que lo mantiene con vida. Él ni sabía que yo le estaba cogiendo de la mano.

Fui a Vietnam para escribir sobre los vietnamitas. Habían sido totalmente ignorados. Contraté al señor [Nguyen Ngoc] Luong como intérprete. Era un genio pasando del vietnamita al inglés y viceversa. Estaba fascinado con los estadounidenses. Lo impresionaban por su tamaño, sus modos, su forma de caminar, todo lo que comían. Siempre me preguntaba: «¿Tengo la espalda mojada?». Los soldados estadounidenses siempre tenían unos grandes cercos de sudor en la espalda. El señor Luong quería tener la espalda mojada. Quería tener ese círculo grande y oscuro. Y cada vez que subíamos a un helicóptero del ejército para dar un paseo, preguntaba a la gente cuánto pesaba. Yo pesaba 58 kilos, y Luong 56, pero siempre exageraba su peso porque estábamos rodeados de estadounidenses de estructuras óseas macizas. Eran enormes.

Los recuerdos se han atenuado piadosamente, pero aún puedo traer a mi mente a una mujer vietnamita con quemaduras severas que me dijo que una vez había sido bonita. Soñaba que estaba en la playa, con su traje de baño amarillo, y que había vuelto a la normalidad. También recuerdo a un joven soldado del Norte que bajaba por la Ruta de Ho Chi Minh. Recordaba su sueño favorito: volvía a ser niño y estaba en su casa del pueblo, cerca de su madre.

Luego había dos jóvenes vietnamitas, esposadas como criminales, con los brazos detrás de la espalda, esperando al helicóptero que las llevaría al cuartel general donde las interrogarían y les harían pasar un muy mal rato. Eran sospechosas. Recuerdo que los soldados tenían que apretarles las esposas plásticas porque sus muñecas eran muy pequeñas. Yo estaba de pie detrás de ellas, desesperada por rescatarlas. Las dos mujeres estaban aterrorizadas y de alguna manera, a pesar de las esposas, lograron darse la mano. El helicóptero llegó por ellas levantando un viento terrible. Las subieron a bordo y las enviaron a su destino funesto. Se me han aparecido miles de veces.

El señor Luong y yo nos metimos de lleno en cientos de vidas con

nuestras preguntas interminables, pero gracias a él nadie se negaba a hablar, a menos que estuvieran bajo arresto. La gente seguramente sabía que no podíamos ayudarles, o hacerles la vida más fácil, pero había vietnamitas que tenían cosas urgentes que decir y necesitaban hablar. En la provincia de Phu Yen, el señor Luong me llevó a conocer a dos hombres que habían combatido contra los franceses en la guerra de la Independencia. Eran luchadores —*chien si*— que trabajaban junto con el Viet Minh, fuerzas que Occidente consideraba movimientos comunistas porque le convenía etiquetarlos así. Pero ninguno de los dos sabía realmente lo que era un comunista, y me lo dijeron. Peleaban por el honor. Hombres con historias así no gozaban de gran estima. Al gobierno y las autoridades locales les parecían peligrosos, o subversivos. Las anécdotas de la guerra que me relataron no se parecían a ninguna que yo hubiera oído. A uno de ellos le habían entregado un cuchillo largo y cuatro granadas. Eso era todo. Admiraban a los combatientes del Frente de Liberación Nacional que se enfrentaban al poder estadounidense. El más joven tenía la mano izquierda paralizada. «Si estuviera en el frente ahora, no creo que lo soportara. La generación más joven es más valiente, ¡mira con lo que tienen que lidiar!», me dijo.

Era su orgullo lo que los hacía memorables.

Los recuerdos se me aparecen de forma desordenada y caprichosa. Había un chico de la lavandería que trabajaba para los estadounidenses y se avergonzaba al contar que se comía las sobras de los desayunos. Había dos sacerdotes católicos condenados a prisión por escribir críticas al gobierno y a la guerra, y nadie los pudo proteger. Y siempre está el niño de doce años en un centro de detención de Danang al que la policía le metía agua en la nariz y le aplicaba descargas eléctricas para hacerlo hablar. Creían que él y otra niñita habían vivido con un cuadro de dirigentes del Vietcong. El principal de la Delegación Especial de Policía nos dijo: «Usamos a los peces pequeños para atrapar a los grandes». El niño, que hablaba con una voz suave y ronca, dijo que no quería estar solo nunca más y nos pidió dinero para comprarse una lata de pescado.

Antes de la guerra, yo era Mary Poppins. Siempre roja, blanca y azul. Era profundamente ignorante y creía que los estadounidenses pondrían el mundo en orden. Cuando regresé de Vietnam, alguien me preguntó qué ropa me ponía para los bailes de los oficiales. O algunos me decían que era bueno que una mujer hubiera estado allí. Entonces les contestaba algo vil como «Ay, ¿en lugar de un chico de diecinueve años de Kansas al que le volaron una

pierna?». Me convertí en una mujer llena de odio durante mucho tiempo. Terminé el artículo de una revista con esta frase: «Personas perfectamente agradables me dijeron que Vietnam había sido bueno para mi carrera y creyeron que les sonreía».

Vi mis artículos después de la guerra y me parecieron cubos de hielo. No tenían garra. Estaba horrorizada, así que los deseché todos. No eran buenos ni de lejos. No eran suficientemente fuertes ni osados. En aquel momento sí pensé que lo eran.

No sabía cómo escapar de la guerra. Era como estar en el fondo de un cráter, y cada vez que intentaba salir de él resbalaba hasta el fondo una vez más. Tras la guerra, el señor Luong supo cuál era mi problema. En una carta, me escribió: «Sufres de una ausencia aguda de olvido». Hace unos años me escribió diciendo que no quería hablar más sobre la guerra. Yo tampoco, así que me detengo aquí.

NGUYEN NGOC LUONG

«Para obtener sus tarjetas, las chicas tenían que acostarse con los policías».

«El inglés es muy fácil, porque no soy tímido. Grito continuamente». El ejército survietnamita lo reclutó en 1962 y lo entrenó como intérprete. Por las noches, trabajaba para el Saigon Daily News*, un periódico escrito en inglés. Desde 1969 hasta 1975 hizo traducciones e investigaciones para periodistas del* New York Times *como Gloria Emerson. Finalmente el* Times *también publicó algunos de sus artículos y fotografías.*

Creció en una aldea del Norte, y en 1954, a los dieciocho años, se mudó al Sur, donde ha vivido desde entonces. «Quería conocer el país, así que aproveché el alto el fuego de 1954 y conseguí un billete gratis a Saigón».

Vi demasiado. Vi demasiado incluso cuando era un niño. En 1945 los japoneses causaron una hambruna que mató a dos millones de personas. Abría la puerta de mi casa por la mañana y veía los cadáveres tirados a lo largo del camino. Eran personas que habían abandonado sus pueblos porque no tenían qué comer y pensaban ir a Hanoi para mendigar. Murieron en el camino. A los diecinueve años ayudaba a los adultos a colocar los cadáveres en carretas tiradas por bueyes y las escoltábamos hasta la fosa común. Esto duró semanas, meses.

Entre 1954 y 1960 trabajé en el campo [en el Sur] como asistente social. A finales de los años cincuenta llegué a ser director de bienestar social de la

provincia de Kien Giang. Íbamos a las aldeas y veíamos con nuestros propios ojos qué era lo que la gente necesitaba. Tuvimos mucho éxito. El Vietcong local hacía lo mismo que nosotros, exactamente lo mismo. Muchos de ellos eran amigos míos. El secretario del partido de ese distrito incluso pasaba a saludarnos y a tomar algo. Simplemente teníamos jefes diferentes, eso es todo.

Pero me enfadé mucho con el gobierno de Diem. Los discursos grandilocuentes y hermosos que oíamos no tenían nada que ver con lo que sucedía en el campo. El dinero nunca llegaba a los pueblos ni a las aldeas. Teníamos pruebas de que un jefe de distrito era corrupto, pero cuando las llevamos a Saigón no ocurrió nada. Y la policía obligaba a todos a tener una tarjeta de identificación. Citaban a las chicas más bonitas a las nueve o diez de la noche. Para obtener sus tarjetas, las chicas tenían que acostarse con los policías. ¿Puedes creerlo? ¿Cómo se iban a negar? El gobierno tenía toda clase de poder. Las familias sentían tanta vergüenza que enviaban a sus hijas a Saigón para que empezaran una nueva vida. Así que muchas chicas bonitas desaparecieron de las aldeas en las que yo trabajaba.

Sin la intervención estadounidense, no habría habido guerra. De una u otra manera, el país se habría reunificado en 1956. Así que todos los vietnamitas creían que eran los causantes de la guerra. La mayoría de los soldados survietnamitas sabían que algunos miembros de su familia estaban con el otro bando. Cuando abrían fuego en una zona, sabían que quizá su propio hermano de sangre estaría allí. Y combatir al comunismo, ¿qué es eso? Nadie lo comprendía. Sabían que estaban peleando contra otros vietnamitas y que esos otros vietnamitas estaban peleando contra extranjeros. Así que en el fondo simpatizábamos con el otro bando.

Cuando llegué a *The New York Times*, les dije: «No me obliguen a conocer a la plana mayor. Ni ministros, ni generales. Los odio. Si los veo, no seré yo mismo». Yo no trabajaba para los estadounidenses en el sentido político. Estaba allí para ganar dinero y para ser testigo. Para ver todo con mis propios ojos.

Pasé mucho tiempo yendo a los bares cercanos a mi casa. Ésa era la manera de conocer soldados estadounidenses y chicas de alterne vietnamitas. La mayoría de esas chicas eran del campo. Debido a los combates, habían tenido que huir a la ciudad. No encontraban trabajo, así que poco a poco se fueron convirtiendo en chicas de alterne. No entendían nada sobre la guerra. Me comentaban que no entendían por qué castigaban al pueblo de aquella

manera: «No hemos hecho nada malo. Quizá nuestros ancestros hicieron algo mal y por eso nos castigan». Era confuso para todos nosotros, no sólo para ellas. Los soldados estadounidenses no entendían nada sobre Vietnam. Siempre hablaban de que estarían aquí sólo un año. Mira sus calendarios: una cruz cada día. En cada lugar donde estaban, los soldados estadounidenses tenían sus calendarios y marcaban con una cruz cada día, contaban los días. Para cuando llegaban a entender un poco, era hora de marcharse.

No creo que muchas chicas de alterne se hicieran prostitutas en el sentido estricto, pero la mayoría tenía una pequeña habitación en algún sitio cercano donde todo estaba pagado por un soldado estadounidense en concreto. Casi todas acababan siendo novias de alguno de ellos, y cuando alguno moría o regresaba a su casa se echaban otro novio. A ellas les gustaban mucho los soldados estadounidenses. La mayoría eran muy buenos con las chicas. Muy amables. Tenías que estar ahí para verlo. Las chicas eran muy cariñosas, y ellos se comportaban como niños con ellas. Como bebés. Las chicas los cuidaban.

Los soldados compraban en el economato muchas cosas para sus chicas y sus familias. Un soldado que conocí alquilaba una casita y toda la familia de la chica de alterne se mudó allí. Él les daba todo: comida, ropa, perfume para la dama, pagaba la escuela de los niños, todo. Pero un soldado me dijo: «No creas que en Estados Unidos puedo gastar tanto dinero». Lo que quería decir era que en Vietnam podía vivir bien como soldado, pero que en Estados Unidos era pobre.

Muchos estadounidenses quisieron casarse con sus novias y llevárselas a casa. Aún recuerdo un artículo que escribió Gloria [Emerson] sobre aquello. Gloria y yo fuimos a la oficina del consulado general donde se encargaban de las solicitudes de matrimonio. Era muy ruidosa y se veía mucho movimiento. Había un buen puñado de soldados estadounidenses con sus novias. El principal obstáculo para estos matrimonios era la burocracia, pero hubo más bodas entre soldados estadounidenses y chicas vietnamitas durante la guerra que entre estadounidenses y japonesas [durante la ocupación de Japón, tras la segunda guerra mundial].

Por separado, los soldados estadounidenses eran muy gentiles y amables, pero cuando estaban en las unidades eran muy crueles. Cuando la historia de My Lai llegó a Estados Unidos, aquí no sabíamos nada. La prensa vietnamita no podía publicarla. La censura de aquella época se encargó de evitarlo. El hombre a cargo de la prensa vietnamita dijo: «Ni la mencionen». Pero yo fui a

My Lai muchas veces. Fui con Gloria, y en algunas ocasiones, solo. Después de tantos años nos olvidamos de los nombres, pero aún recuerdo uno: el de la señorita Thieu, exactamente el mismo nombre que el del ex presidente de Vietnam del Sur. Ella vivía en My Lai. El día de la masacre incendiaron su casa y se escapó con sus hijos. Pero la capturaron junto con un grupo de ancianos y bebés y los llevaron a empujones dentro de una zanja. Los estadounidenses dispararon repetidamente y ella se hizo la muerta. Estaba boca abajo contra la zanja. Entonces, como la sangre de los otros cuerpos empezó a subir, tuvo que girar la cabeza para poder respirar. Tenía miedo de que al hacer cualquier mínimo movimiento los soldados le dispararan, pero logró girar la cabeza muy lentamente para sacar la nariz de la sangre y poder respirar.

Toda mi vida he estado obsesionado con episodios como aquél. Los jóvenes de hoy no tienen ni idea sobre la guerra. Están muy ocupados estudiando o buscando algún trabajo para ayudar a la familia. Pero la gente mayor aún está obsesionada. No nos importa el presente o el futuro; nos obsesiona el pasado. Paso la mayor parte del tiempo en el pasado. Pero me lo guardo para mí.

Cuando la guerra acabó, The New York Times *le ofreció trasladarse a Estados Unidos junto con su familia. Él se negó. Veintiséis años después, a pesar de una vida de posguerra llena de privaciones y de escasas oportunidades, no se arrepiente de su decisión. «Mi orgullo personal explica por qué estoy aquí. Y el orgullo que siento por Vietnam. Mucha gente sólo pensaba en irse. Pero en mi caso es una cuestión de sentimientos. Es muy simple. Éste es mi país, así que me quedé en mi país. Y muchos estuvimos dispuestos a vivir en la adversidad por el orgullo que sentimos por Vietnam. Hay tres países en el mundo que fueron partidos por la mitad: Corea, Alemania y Vietnam. Vietnam fue el primero en reunificarse. La reunificación en Vietnam es muy importante, está muy dentro de nuestros corazones. Y la paz. Hay muchas personas como yo, pero simplemente nos quedamos callados y aceptamos la vida tal como es».*

26

De Camboya al estado de Kent

Cuando Richard Nixon asumió la presidencia en enero de 1969, sabía que era improbable que el Congreso y la opinión pública aceptaran el despliegue de más soldados de Estados Unidos en Vietnam. Ya había más de 525 000 soldados en la zona de guerra, y sólo en 1968 murieron más de 14 000. Un nivel de sacrificio políticamente insostenible. Sin embargo, ni Nixon ni su asesor de seguridad nacional, Henry Kissinger, estaban dispuestos a retirarse de Vietnam sin antes asegurarse de que se mantuviera un Estado no comunista en Vietnam del Sur. Su objetivo era lograr el fin de la guerra y a la vez reducir la cantidad de bajas estadounidenses y el volumen de tropas en Vietnam.

Pero ¿cómo disminuir la intensidad de la guerra y a la vez obligar a los norvietnamitas a aceptar un acuerdo que para ellos era equivalente a una rendición? Nixon insistía en que para llegar a una retirada total de Estados Unidos, Hanoi tenía que retirar sus tropas del Sur y reconocer la legitimidad del gobierno de Saigón, apoyado por el país norteamericano. Pero ¿por qué el Norte aceptaría las mismas condiciones que había rechazado durante toda una década de escalada estadounidense, más aún al darse cuenta de que Estados Unidos pensaba disminuir su participación en el combate?

Nixon y Kissinger creían que podían resolver el dilema con una estrategia de dos fases. Por un lado, disminuirían la cantidad de bajas estadounidenses al retirar lentamente las fuerzas terrestres de Estados Unidos —con la esperanza de que esto, a la vez, desmovilizara el movimiento antibelicista—, y al mismo tiempo reforzarían el ejército de Vietnam del Sur. Por otro lado, aumentarían la presión militar en Vietnam del Norte intensificando los bombardeos y extendiendo la guerra hacia Camboya, donde había bastiones del Vietcong y de los norvietnamitas, y amenazarían con acciones futuras aún más brutales.

Por lo tanto, en la primavera de 1969, Nixon lanzó un programa que se llamó «vietnamización». En un sentido, era una iniciativa para hacer real lo

que los políticos estadounidenses siempre habían defendido desde la teoría: que, a la postre, los propios vietnamitas fueran los responsables de determinar su propio destino. Sin embargo, desde 1954 el régimen de Saigón había sido esencialmente un Estado delegado, tan dependiente de la intervención de Estados Unidos que se derrumbaría sin el apoyo del poderoso benefactor. El desafío de la vietnamización era expandir y mejorar el ejército de Vietnam del Sur hasta el punto de que Estados Unidos finalmente pudiera transferir a Saigón su papel militar. Nixon calculaba que si los estadounidenses veían que su guerra en Vietnam iba a menos, aunque fuera de manera lenta, aminorarían los reclamos para una retirada inmediata.

Mientras tanto, en secreto, expandía e intensificaba la guerra aérea. En 18 de marzo de 1969, sólo dos meses después de asumir el cargo, Nixon ordenó ataques con B-52 sobre Camboya. Bajo el nombre de Operación Menú, este bombardeo era tan secreto que incluso muchos oficiales del gobierno de muy alto rango no estaban al tanto. Los ataques se realizaban de noche, los lanzamientos de las bombas se coordinaban desde el terreno y se presentaban registros de vuelo falsos para mantener la ficción de que los objetivos camboyanos en realidad estaban en Vietnam del Sur.

En parte, estos ataques estaban diseñados para destruir áreas de operaciones del enemigo en Camboya. Sin embargo, el objetivo principal de Nixon era demostrar a Hanoi y Moscú que era más duro y despiadado que su predecesor y que estaba dispuesto a tomar todas las medidas necesarias para conseguir sus fines. Le describió esta estrategia a su asesor Bob Haldeman como «la teoría del loco». «Quiero que los norvietnamitas crean que he llegado a un punto que puedo hacer cualquier cosa con tal de terminar la guerra. Haremos que llegue a sus oídos algo así como: “Por Dios, saben que Nixon está obsesionado con los comunistas. Cuando está enfadado no podemos contradecirlo, y tiene el dedo apoyado en el botón nuclear”, y el propio Ho Chi Minh estará en París en dos días implorando la paz». No queda muy claro cuán seriamente Nixon consideraba pulsar ese botón, pero seguro que le divertía mencionar la idea de ataques nucleares en sus conversaciones con Kissinger.

El bombardeo de Estados Unidos a Camboya —que continuó hasta que el Congreso le puso fin, en el verano de 1973— no tuvo más éxito que las demás campañas aéreas estadounidenses destinadas a quebrar la voluntad de Hanoi de seguir luchando y a forzar a la cúpula comunista para «implorar la paz». Por el contrario, su consecuencia principal fue una mayor penetración

de las fuerzas comunistas en Camboya y ganarse la antipatía de los civiles comunistas que sobrevivían a los bombardeos, de los cuales muchos se unían al Jemer Rojo, un incipiente movimiento comunista que antes de los ataques contaba con muy pocos partidarios. De todas maneras, Nixon logró encubrir esta espectacular expansión de la guerra. El gobierno negaba los pocos informes periodísticos sobre los ataques. Tres años después, cuando estalló el escándalo Watergate y el bombardeo a Camboya salió a la luz entre las denuncias, aún era una parte de la historia desconocida por la mayoría de los estadounidenses.

En el verano de 1969, mientras que los bombardeos secretos continuaban y Nixon anunciaba las primeras reducciones en la cantidad de soldados estadounidenses destinados a la guerra, Henry Kissinger trabajaba en la Operación Gancho de Pato, un ataque «a todo o nada» en Vietnam del Norte. Este «golpe salvaje y decisivo», como lo describió Kissinger, sería usado como una amenaza a los comunistas a menos que aceptaran importantes concesiones en las conversaciones de paz antes del 1 de noviembre de 1969. Si este ultimátum fallaba, el plan Gancho de Pato establecía un bombardeo masivo de las principales ciudades norvietnamitas y de sus represas, el minado de puertos y ríos y el posible uso de armas nucleares estratégicas en la Ruta de Ho Chi Minh o en las líneas de ferrocarril que conectaban a Vietnam y China.

Dado que se acercaba el plazo final del ultimátum y que Hanoi no modificaba su postura, Nixon decidió suspender la operación. Según sus memorias, se echó atrás al ser consciente de que «después de todas las manifestaciones [antibelicistas]… una escalada militar en la guerra dividiría muy seriamente a la opinión pública estadounidense». Como había nuevas manifestaciones masivas programadas para noviembre, Nixon postergó la escalada.

Sin embargo, estaba lejos de abandonar su convicción de que la fuerza prevalecería. Abochornado por su decisión de anular el ultimátum de otoño, la siguiente primavera Nixon inició una invasión terrestre sobre Camboya sin importarle la oposición de sus secretarios de Estado y de Defensa, y sabiendo muy bien que esta invasión tendría un efecto devastador en su ya tenue apoyo nacional. En una aparición televisiva, el 30 de abril de 1970, dijo que la «incursión» era una iniciativa destinada a atacar tropas norvietnamitas en sus «santuarios» camboyanos. También tenía la intención de encontrar y destruir los «cuarteles militares» de todas las operaciones norvietnamitas en Vietnam

del Sur, y de esa manera daría tiempo y seguridad a las retiradas de tropas estadounidenses y a agilizar la vietnamización. Sin embargo, su objetivo mayor con los bombardeos era demostrar su predisposición a dilatar la guerra hasta que Hanoi retrocediera en la mesa de negociaciones.

La invasión fue realizada por ochenta mil soldados estadounidenses y survietnamitas. Aunque se capturaron muchas armas, no se encontró ningún cuartel militar importante (los centros de mando comunistas siempre eran pequeños y móviles), y los soldados norvietnamitas generalmente evitaron el combate. Como mucho, la invasión interrumpió temporalmente las capacidades bélicas de Hanoi. No obstante, lo que hizo fue aumentar el compromiso estadounidense de apoyar a Lon Nol, un general camboyano que hacía poco había derrocado el gobierno neutral de Norodom Sihanouk. Sihanouk había permitido a los norvietnamitas utilizar el este de Camboya para operar en Vietnam del Sur, pero de todos modos había logrado mantener Camboya fuera de la guerra de Vietnam, y bajo su mandato los norvietnamitas dieron muy poco apoyo al Jemer Rojo. Con Lon Nol en el poder, Hanoi brindó una ayuda considerable a los comunistas camboyanos. El régimen de Lon Nol confiaba en el apoyo masivo de Estados Unidos y era aún más vulnerable que el de Nguyen Van Thieu en Vietnam del Sur.

En Estados Unidos, la invasión a Camboya causó un gran furor. Hubo una erupción de huelgas estudiantiles en más de cien universidades, y algunas se tornaron violentas. Cerca de treinta edificios de los oficiales de reserva fueron incendiados o bombardeados. Nixon echó leña al fuego cuando se refirió a los manifestantes universitarios como «holgazanes». Se enviaron unidades de la Guardia Nacional a veintiuna universidades. El 4 de mayo de 1970, en la Universidad del Estado de Kent, los guardias abrieron fuego contra los manifestantes, y mataron a cuatro e hirieron a nueve. Eso motivó manifestaciones aún mayores. Finalmente los alumnos de setecientos institutos terciarios y universidades se declararon en huelga y, de hecho, se cerraron muchas universidades el resto del semestre.

La oposición brotaba de todos los frentes. Doscientos cincuenta empleados del departamento de Estado firmaron una carta de protesta y varios de los asesores más importantes de Kissinger estaban en desacuerdo con la política de éste. En el Congreso, el Senado votó a favor de cortar el suministro de fondos a las fuerzas estadounidenses en Camboya. Aunque la medida murió en una conferencia de la cámara de senadores, estaba claro que el apoyo a la escalada bélica de Nixon se encogía día tras día. Nixon prometió

retirar sus tropas de Camboya hacia finales de junio (aunque el ejército survietnamita permaneció más tiempo).

El mes previo a ganar la presidencia, Nixon dijo al *New York Times*: «No podemos tener una política exterior con Vietnam atado al cuello. En seis meses solucionaré esto». Un año y medio después se embarcó en una política que hizo la guerra aún más larga y la dejó tan imposible de resolver como siempre. Pasó a ser la «guerra de Nixon». La sentía cada vez más como una crisis personal. La Casa Blanca asumió una mentalidad de estado de sitio. Dividió al mundo entre «ellos» y «nosotros» e introdujo nuevas medidas para espiar y castigar a quienes considerara enemigos políticos.

ANTHONY LAKE

«Renunciar no fue heroico».

Fue a Vietnam siendo un joven funcionario del servicio exterior. Estuvo allí desde 1963 a 1965. En 1969 llegó a ser asistente especial del consejero de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, y lo acompañó a París para entablar negociaciones secretas con representantes norvietnamitas. «En aquella época negociábamos con Xuan Thuy [jefe de la delegación de Hanoi para las negociaciones de paz entre 1968 y 1970]. Como yo sugería una postura más flexible que la de Kissinger, uno de sus asistentes me empezó a llamar Xuan Lake, que se pronuncia parecido a Swan Lake[37]».

El 29 de abril de 1970, un día antes de la invasión a Camboya, Lake y Roger Morris —otro de los principales asistentes de Kissinger— presentaron su renuncia en desacuerdo con la política de Estados Unidos. Poco después, Nixon ordenó al FBI intervenir las líneas telefónicas de Lake, cosa que ya había hecho con varios asistentes más. A medida que la Casa Blanca se volvía cada vez más reservada, desconfiada y autoritaria, Kissinger respaldaba rápidamente los métodos de Nixon para extirpar de raíz a los disientes.

En 1993, después de trabajar durante años como docente de relaciones internacionales en el Mount Holyoke College, Lake fue nombrado consejero de Seguridad Nacional del presidente Bill Clinton.

Una semana antes de la invasión a Camboya, Kissinger nos llamó a algunos de sus colaboradores a su oficina y dijo que quería reunirse con sus «corazones sangrantes». Nos explicó que estaban planeando una incursión de las fuerzas survietnamitas con algunos controladores de aire de avanzadilla estadounidenses, y nos preguntó qué opinábamos[38]. Le dijimos que desde el

punto de vista estratégico no funcionaría, y que desde el punto de vista político se armaría un cisco. «Bueno, Tony, sabía lo que ibas a decir», dijo al final. «Si ya sabes lo que voy a decir, entonces no tiene mucho sentido que siga hablando», pensé. Me había vuelto tan predecible que había perdido mi efectividad. No tenía que estar allí.

Unos seis meses después de renunciar di una charla en el Amherst College, y alguien me preguntó cómo me sentía. Esperaban que dijera que estaba orgulloso, o que me sentía como un héroe. Dije lo primero que me vino a la cabeza: que me sentía culpable por haberme marchado. La razón por la que me sentía culpable era porque yo sabía que tenía más posibilidades de discutir sobre el curso de la guerra y sobre cómo acabarla estando en la Casa Blanca que volviendo a ser un ciudadano común. Todavía lo creo.

De todas maneras, quizá «culpa» sea una palabra demasiado fuerte, porque no me parecía correcto trabajar en una Casa Blanca en la que tenía que escribir discursos atacando a personas con las que estaba de acuerdo. Sencillamente no iba a hacerlo. Pero renunciar no fue heroico. Quizá nos tendríamos que haber ido con más difusión pública, pero queríamos ejercer un impacto en las ideas de Kissinger, mostrarle que renunciábamos porque éramos gente seria, no porque buscáramos fama o reconocimiento personal. En retrospectiva, sé que no ejercí mucha influencia en las ideas de nadie de la Casa Blanca, así que quizá deberíamos haber intentado irnos con mayor impacto público. Pero si hubiéramos renunciado de manera espectacular, habríamos sido noticia de un día.

Durante los años sesenta, todos los que desde adentro nos opusimos de manera creciente a la guerra nunca dijimos «la guerra es inmoral, parémosla», porque nadie nos habría escuchado. Lo que hacíamos era discutir punto por punto. Por ejemplo, abogábamos por una posición negociadora más flexible. Recuerdo cómo me enfadaba cuando algún pariente lejano me enviaba cartas en las que me acusaba de ser un criminal de guerra, cuando en realidad estaba siendo acosado dentro de la administración por hacer todo lo que podía para acabar con una guerra que me parecía inmoral. Sentía resentimiento contra amigos de fuera que pensaban igual que yo porque atacaban verbalmente a los funcionarios que pensaban de forma semejante a ellos. Esa actitud molesta a los funcionarios, y lo que se consigue es endurecerlos más en lugar de conmoverlos. Deberían haber ido a gritar a los funcionarios de la línea dura. Aquello me resultaba muy doloroso.

A. J. LANGGUTH

Cubrió la guerra para The New York Times *a mediados de los años sesenta. Lo volvieron a enviar en 1968 y 1970. Hace pocos años, como profesor de periodismo de la Universidad del Sur de California, escribió una larga historia de la guerra titulada* Our Vietnam. *Tiene la sonrisa irónica y el ingenio divertido de un viejo profesional de periodismo.*

Cuando regresé a Vietnam en 1968 la experiencia del Tet realmente había sacudido al ejército, pero muchos oficiales aún creían que podíamos retirarnos. Hacia 1970 la desesperanza lo impregnaba todo. Nadie quería ser el último muerto de Vietnam. Los soldados estadounidenses llevaban símbolos de la paz en los cascos y fumaban marihuana abiertamente.

La sola idea de vietnamización me fastidiaba. Para aquel entonces ya habían muerto más de cien mil soldados survietnamitas, los cultivos estaban destruidos, las ciudades en ruinas, y se hablaba de vietnamización como si los vietnamitas no estuvieran ya padeciendo lo peor de la guerra. Era una de esas palabras que ejercían un efecto tranquilizador en Washington, pero que realmente era insultante.

La idea de retirar tropas de infantería estadounidenses y reemplazarlas por soldados survietnamitas comenzó en 1970 cuando Nixon anunció una nueva escalada en la guerra: la invasión a Camboya. Su argumento era que la Oficina Central para Vietnam del Sur [OCVS], el cuartel general de los comunistas, estaba operando en Camboya y que Camboya era un santuario protegido por las tropas comunistas porque Johnson había prohibido al ejército que traspasara la frontera. El ejército dijo a Nixon y Kissinger que por fin habían localizado la OCVS y que si el tema salía a la luz podrían entrar en Camboya y acabar con toda la red.

Los políticos estadounidenses alimentaban un mito acerca de la OCVS. Creo que se la imaginaban como una especie de Pentágono enorme de bambú. Aunque tenían dispositivos de comunicación relativamente sofisticados, en realidad la OCVS era simplemente una variedad de puestos de avanzada que se podían abandonar de inmediato. La idea de que, de alguna manera, iban a llegar y aniquilar el origen de la infección de una vez para siempre era descabellada. Pero ése era el argumento.

La invasión desató protestas encendidas en Estados Unidos y en todo el mundo. Provocó marchas de protesta en las universidades mucho peores que las que vivió Johnson. Para mitigar el daño, Nixon lanzó el anuncio arbitrario

de que iba a retirar las tropas de Camboya en un plazo de dos meses, hacia finales de junio. Pero el ejército survietnamita siguió traspasando la frontera durante todo el verano. En agosto decidí ver cómo estaba funcionando la vietnamización y fui a pasar un tiempo con una unidad del ejército survietnamita en Camboya.

Mi amigo Neil Davis, el cámara que más tarde fue asesinado en Bangkok, conocía al ejército survietnamita mejor que cualquier periodista occidental, y me dijo que fuera con el general Tran Ba Di, comandante de la 9.ª División. Me dijo que era el general más honesto y cualificado. Pero el ejército survietnamita no estaba a la altura de las circunstancias. En parte, porque hacia 1970 su equipamiento se había deteriorado y no tenían todo lo que necesitaban, o lo que creían que necesitaban, para ganar las batallas. En el desplazamiento al puesto de comando de la división, a unos pocos kilómetros de distancia, se nos rompió la camioneta varias veces. El conductor se bajó, apartó la vegetación y empezó a tocar cables. Cuando llegué, estaban terminando una misión a unos cien kilómetros dentro de Camboya y la fuerza aérea vietnamita sólo podía atacar por aire unas tres o cuatro veces al día.

En 1970 el ejército de Estados Unidos tenía tres mil quinientos helicópteros en Vietnam, pero sólo habían entregado poco más de cien a los vietnamitas. Un oficial estadounidense me explicó que los vietnamitas no necesitaban tantos helicópteros porque estaban acostumbrados a caminar y no pretendían comer caliente como ellos. Un médico del ejército survietnamita que conocí me dijo que su unidad había perdido treinta hombres en Camboya porque no disponían de helicópteros para evacuarlos a un hospital, y que si les hubieran permitido usar los helicópteros estadounidenses sólo habrían perdido diez. Algunos heridos tenían que esperar más de veinticuatro horas para llegar a un hospital, y muchos morían antes de llegar a ser atendidos.

El general Di era un soldado profesional y una de esas personas que creían en la causa. Lucharía hasta el final. Me presentó a un joven aspirante —candidato a teniente— que me contó que ganaba tan sólo seis mil piastras al mes, unos 18 dólares. Todos sus amigos en la unidad decían estar arruinados. Tenía curiosidad por los saqueos, porque en Saigón había informes que sostenían que el ejército survietnamita realizaba saqueos en masa en Camboya. También habían acusado a estos soldados de saqueo, y cuando le pregunté al general Di, admitió que había ocurrido. Me explicó que sufrían una falta de liderazgo, incluyendo la propia. «Los soldados son muy pobres. No es excusa, pero cuando entran en un pueblo camboyano, les parece muy

rico», me contó. Además, los vietnamitas se sentían muy superiores a los camboyanos, y los trataban de manera muy arrogante y desagradable. Aunque mientras estuve con ellos no vi ningún abuso real.

Algunos de los jóvenes oficiales del ejército survietnamita sentían que la campaña en Camboya les había liberado de cierta presión en sus puestos en Vietnam del Sur, pero para que la presión no volviera tenían que seguir atacando a los comunistas en Camboya. Sentían que no tenían la fuerza suficiente para hacerlo, ni demasiada esperanza. El general Di tenía una visión muy astuta de la política estadounidense, y sabía que al final iba a tener que seguir adelante él solo. Ya habíamos comenzado nuestra retirada, y eran conscientes de que era inevitable. Los soldados survietnamitas eran terriblemente aprensivos sobre lo que fuera a pasar. En su única batalla grande durante la invasión a Camboya, doblaban en número a las tropas comunistas, pero la mayoría de los soldados del Vietcong consiguieron huir. El ejército survietnamita no iba a la caza del enemigo después establecer contacto.

El general Di estaba perdiendo una cantidad tremenda de hombres que desertaban, y la situación empeoraba a medida que se reclutaba a cada vez más vietnamitas contra su voluntad. Antes, en 1967 y 1968, se veían montones de jóvenes adinerados pasando el rato por los cafés de Saigón. Eso solía enfurecer a nuestra gente, que los veía ahí, sin hacer nada. Hacia 1970 presionaron a muchos de esos chicos para que entraran en el ejército. Pero tan pronto como las tropas volvían a sus bases, un número considerable se marchaba.

Los reclutas survietnamitas eran casi niños, y ninguno era demasiado entusiasta. La mayoría quería que la guerra se acabara. No querían combatir. Remontándonos a los años sesenta, ése fue el problema desde el principio. Y hacia 1970 los soldados estadounidenses no los superaban en entusiasmo.

TOM GRACE

«Si el 29 de abril odiábamos la guerra, el 30 de abril la odiamos aún más».

Estaba en el segundo curso de la Universidad del Estado de Kent cuando el presidente Nixon anunció la invasión a Camboya, en 1970. Cientos de miles de estudiantes en prácticamente todas las universidades estadounidenses se manifestaron contra la expansión de la guerra ordenada por Nixon. El clamor en todo el país era una prueba contundente de que las convicciones antibelicistas no estaban confinadas a las universidades de élite como Harvard y Berkeley, sino que había penetrado en el corazón del país.

Como respuesta a las protestas de Kent, en las que, entre otras cosas, se incendió un edificio de los cuerpos de capacitación de oficiales de la reserva de Estados Unidos, el gobernador de Ohio, James A. Rhodes envió a mil doscientos efectivos de la Guardia Nacional al campus de la universidad. El 3 de mayo el gobernador dio un discurso en el que describía a los manifestantes como «peor que los camisas pardas [nazis], los Night Riders[39] *y los vigilantes. Son de la peor calaña, gente que albergamos en Estados Unidos». Un día después, el 4 de mayo, una multitud de estudiantes se congregó a mediodía para una manifestación. Un contingente de guardias nacionales se amontonó cerca, en un campo de fútbol. De allí, marcharon hacia la cima de una colina cerca de la escultura de un campus llamada la Pagoda. Desde ese punto panorámico giraron al unísono hacia su derecha, alzaron sus rifles M-16 y comenzaron a disparar a la multitud. Mataron a cuatro estudiantes e hirieron a nueve. Tom Grace era uno de los heridos. Una bala le destrozó el pie izquierdo.*

Actualmente es asistente social y preside su sindicato en Buffalo, Nueva York. Apasionado del béisbol, sugiere que vayamos a un partido de los Toronto Blue Jays. Sólo más tarde, ya de noche, hablaremos del 4 de mayo. «Soy una persona introvertida», advierte. «Además, que me hayan disparado tampoco es un logro. Es algo que me ocurrió. No me gusta ponerme en el papel de víctima».

Mi amigo Alan Canfora portaba una bandera negra con la palabra «KENT» escrita con *spray*. Le dispararon en la cintura y dejó caer la bandera mientras escapaba. Otro de mis compañeros de cuarto, Aquino, recogió la bandera. Todos le llamaban Aquino porque provenía de una familia religiosa y era muy agradable. Tenía algo de santo. Aquino recogió la bandera y fue hacia el lugar donde acababan de matar a Jeff Miller. Miller es el estudiante de aquella famosa foto en la que se ve a una chica arrodillada junto a su cuerpo sin vida, con los brazos extendidos y esa horrible expresión de angustia en su rostro.

Es un poco difícil hablar de esto. A mí ya me habían sacado del área, pero mis amigos me contaron que después de que se llevaran el cuerpo de Miller, quedó un gran charco de sangre. Aquino tomó la bandera y la sumergió en la sangre, embadurnándola bien, y se puso a saltar sobre el charco. Luego comenzó a agitarla tan rápido como pudo, salpicando la sangre por todas partes.

Nunca volvió a ser el mismo. Siempre había sido tan angelical, tan

tranquilo. No creo que nunca antes le hubiera hecho daño a nadie en su vida. Pero unas semanas después de los disparos, estaba con unos amigos en una islita del río Cuyahoga y encontraron el nido de un pájaro. Aquino cogió la rama de un árbol y directamente comenzó a aplastarlo. Fue algo estúpido, sin sentido.

Cuando mis padres me fueron a visitar al hospital, sentí que los había decepcionado. Me habían enviado allí para que estudiara, y ahí estaba yo, herido de bala. No sentía que estuvieran orgullosos, pero fueron bastante comprensivos. Mi padre era un demócrata de la corriente de Roosevelt y detestaba a Richard Nixon profundamente. Lo que de verdad influyó en sus ideas políticas fue la experiencia de la Depresión. En muchas ocasiones no pudieron pagar el alquiler y fueron desalojados. Una vez, cuando yo tenía catorce años, me llevó de viaje por el lado sur de Siracusa, en Nueva York. Me mostró once casas de las cuales habían tenido que marcharse. Mis ideas son mucho más de izquierdas que las de mi padre, pero en otros aspectos soy bastante convencional. Suelo ir a la iglesia y trato de inculcar esos valores a mis hijos.

Era casi como un clérigo itinerante de las manifestaciones antibelicistas. Durante el año previo a los disparos del estado de Kent me había involucrado en no menos de quince manifestaciones en Chicago, Washington, Cleveland y Kent. El viernes 30 de abril, por la noche, Nixon anunció la invasión de Camboya, a la que se refería continuamente como una «incursión» en lugar de invasión. Hubo manifestaciones durante todo el fin de semana.

Mi novia Nancy y yo pasamos la noche del domingo estudiando para un examen de historia programado para la mañana siguiente. Llegamos a clase a las nueve de la mañana y el profesor William Kenney anunció que, dada la magnitud de los desórdenes y cómo nos distraían, quien se sintiera poco preparado para presentarse al examen esa mañana podía considerarse excusado. La historia era uno de los puntos débiles de Nancy por lo cual decidió emprender la retirada. Pero yo estaba muy preparado y, de hecho, ansioso por examinarme. Así que nos pusimos de acuerdo en encontrarnos en su apartamento a eso de las doce.

Nancy estaba preocupada por mí y me había hecho prometerle que aquel día no iría a ninguna manifestación. Su hermano Donny había muerto en Vietnam en 1967, así que la guerra ya había tocado bastante a su familia. Se oponía a la guerra, pero las manifestaciones la incomodaban. El 15 de abril habíamos estado juntos en una manifestación en Cleveland, que tuvo algunos

momentos críticos. La policía llegó montada a caballo y comenzó a aporrear a la gente, y Nancy se vio desbordada por la situación.

Así que le aseguré que no iría a ninguna manifestación el 4 de mayo. Era un compromiso serio y genuino de mi parte. Sentía que había dado mi palabra a mi novia y cuando le das tu palabra a alguien la mantienes. Así me educaron. Pero después de mis clases matinales alguien me recordó que habría un mitin al mediodía en los parques de la universidad. Entonces tomé asiento y me enfrenté a esa decisión trascendental. Y recuerdo que lo sentí como algo trascendental. Quería cumplir con mi palabra, pero eso entraba en conflicto con otro valor que tenía, hacer todo lo posible por detener la guerra. Odiábamos esa guerra, y si el 29 de abril la odiábamos, el 30 de abril la odiamos aún más.

Algo más me estaba ocurriendo en aquel entonces. A mediados de abril, el mejor amigo de la infancia de mi amigo Alan había sido atropellado por uno de nuestros tanques en la frontera camboyana. Nos enteramos de esto poco antes de una manifestación en Kent el 14 de abril y habíamos asistido a su funeral menos de una semana antes de los acontecimientos del 4 de mayo. Su nombre era Bill Caldwell.

Pero mis sentimientos iban más allá de la guerra. A esa altura yo ya me oponía totalmente al sistema político y económico estadounidense. La gota que colmó el vaso fue el asesinato de Fred Hampton, integrante de los Panteras Negras, en diciembre de 1969, cuando la policía de Chicago asesinó a Hampton en la cama, mientras dormía. Recuerdo que vi una foto de los policías cargando su cuerpo. Sonreían de oreja a oreja. Cuando vi aquello me dio un ataque de cólera, y pensé, si éste es el tipo de país en donde ocurren estas cosas, no quiero formar parte de él. Así fue que, con todas estas emociones en pugna, decidí romper mi palabra con Nancy y asistir a la manifestación.

Fue una corta caminata desde mi clase hasta los parques. Había cientos de estudiantes coreando «¡Uno, dos, tres, cuatro, no queremos tu maldita guerra!» y «¡Cerdos, fuera de la universidad!». Otras mil personas, como mínimo, se habían reunido en los alrededores para observar. Así las cosas, apareció un policía montado en un *jeep* de la Guardia Nacional que ordenó a la multitud que se dispersara. Esto no hizo más que desatar la histeria de todos. Era nuestra universidad, no estábamos haciendo nada malo, y no tenían ningún derecho a ordenarnos que nos dispersáramos. Si alguien debía irse, eran ellos, no nosotros.

Estaba allí de pie gritando junto con todos los demás, y de repente alguien arrojó una piedra o una botella al *jeep*, que rebotó en un neumático. El *jeep* regresó a las líneas de la Guardia Nacional, del otro lado del parque. Entonces los guardias nos apuntaron con sus bayonetas y comenzaron a acercarse hacia nosotros por el parque, mientras lanzaban gases lacrimógenos. Los gases me alcanzaron a mí y a unas mil personas más. A diferencia de otros estudiantes, que se quedaron para arrojar piedras o los envases de los gases hacia la Guardia Nacional, preferí abandonar el área. Me refugié en la residencia de unas chicas, donde había estudiantes repartiendo toallas de papel húmedas para mitigar los efectos de los gases.

Mientras tanto, una tropa de la Guardia Nacional bajaba la colina hacia el campo de fútbol, donde fueron rodeados por los estudiantes. Después de limpiarme los ojos, me acerqué cautelosamente para observar. Algunos estudiantes arrojaban piedras a la Guardia Nacional y algunos guardias se las devolvían.

Entonces la tropa pareció meterse en un pequeño gentío antes de retirarse del campo de fútbol. Cuando se alinearon nuevamente y procedieron a subir a la colina, los estudiantes se movieron hacia un lado u otro para dejar pasar a los guardias, pues nadie en su sano juicio se habría quedado ahí de pie mirando cómo se acercaban las bayonetas. Había mucha gente gritando a la policía, pero, por más extraño que parezca, en el medio de todo esto, algunos estudiantes aún deambulaban por el área con sus libros bajo el brazo, como si no tuvieran idea de lo que estaba ocurriendo.

Cuando los guardias llegaron a la cima de la colina, de repente hubo un movimiento rápido y al momento se oyeron uno o dos disparos de rifle, y pensé: «¡Dios mío!». Me di la vuelta y empecé a correr tan rápido como pude. Creo que no pude dar más de dos pasos y ya estaba en el suelo. La bala me había alcanzado el talón y literalmente me hizo caer de bruces.

Al principio pensé que me había arrancado el pie, pero sólo se me había salido una bota. Después la vi en una foto, tirada en una acera junto a un charco de sangre. Intenté ponerme de pie y alguien gritó: «¡Quédate en el suelo!». Así que me quedé tumbado, lo más pegado al suelo posible, aunque al igual que la mayoría estaba al descubierto. No había cómo protegerse. Sentía que las balas pasaban a sólo unos centímetros de mi cabeza. Hoy sabemos que aquello duró sólo trece segundos, pero en ese momento parecía no terminar jamás.

Una vez que cesaron los disparos, un chico que no conocía, llamado Harold Bluestein intentó levantarme. Yo mido sólo un metro sesenta y ocho y peso unos 63 kilos, pero Harold era más bajo que yo y pesaría unos cincuenta kilos. Así que no era de mucha ayuda. De repente, otro extraño —un fornido jugador de fútbol americano llamado Mike Brock— me levantó como un saco de patatas y me puso al hombro. Me cargó hasta la residencia de chicas. Las estudiantes gritaban mientras me llevaban hasta un sofá. Sabían que algo terrible había ocurrido fuera, pero algunas no estaban seguras de qué era exactamente. Estaba perdiendo mucha sangre. Era una herida muy fea. Un hueso me sobresalía de mi calcetín verde y parecía que hubieran pasado mi pie por una trituradora de carne. Afortunadamente, una chica dijo que estudiaba enfermería y que sabía qué hacer. Les dijo a todos que se apartaran y me hizo un torniquete en la pierna.

Cuando llegaron las ambulancias y me llevaron fuera, había cientos de personas de pie alrededor. Recuerdo que levanté el puño. No era orgullo, era pura rabia. Lo peor que te puede ocurrir es que te estén disparando y no puedas responder. No teníamos manera de detenerlos. Si hubiera tenido un arma, sin lugar a dudas les hubiera devuelto los disparos. Seguro. Para mí, habría sido en defensa propia, una cuestión de supervivencia. Naturalmente, habría desatado más muertes.

Me pusieron en la parte superior de la ambulancia. Mientras me deslizaban hacia adentro, mi pie se golpeó con algo y eso disparó el dolor más agudo que haya sentido en mi vida. Mientras salíamos de la universidad miré hacia la camilla de abajo y allí estaba Sandy Scheuer. Me la había encontrado una semana antes, un encuentro muy breve. Tenía un agujero de bala enorme en el cuello y los asistentes médicos le estaban arrancando la parte superior de la blusa y haciéndole un masaje cardíaco. Entonces les oí decir: «Es inútil, está muerta». Simplemente le taparon la cabeza con una sábana.

Sinceramente, no puedo decir que los incidentes de Kent hayan alterado mis puntos de vista políticos, pero sí reforzaron los que ya tenía, y la rabia que sentí se convirtió en mi combustible político. Era lo que me hacía avanzar. También me dio mucha más notoriedad. Sin quererlo, me convertí en una especie de símbolo. Antes de los disparos nunca había repartido propaganda. Nunca había organizado un encuentro. Nunca había escrito una octavilla. Había ido a muchas manifestaciones, pero no daba discursos. Así que tuve que aprender a hacer todo eso. En 1972 participé en la campaña de McGovern, en 1984 participé en el comité demócrata, en 1988 dirigí la

campaña de Jesse Jackson en mi distrito electoral, y desde mediados de los años setenta he estado involucrado en el movimiento sindical.

La primera vez que escuché «Ohio», de Crosby, Stills, Nash y Young, fue en julio de 1970, apenas salí del hospital. Aquino me había ido a visitar a Siracusa y no podía creer que aún no la hubiera oído, así que insistió en buscar una copia para mí. Caminó descalzo más de tres kilómetros hasta un centro comercial. Atajó por un cementerio y se cortó un pie saltando una valla. Le sangraba el pie, pero logró volver con el disco.

Soldados de plomo y ahí viene Nixon,

Al fin estamos solos.

Este verano oigo los tambores,

cuatro muertos en Ohio.

Cuatro muertos en Ohio.

Cuatro muertos en Ohio.

¿Cuántos más?

Cuatro muertos en Ohio.

V. El final (1970-1975)

27

El final del túnel

En cada etapa de la guerra, los políticos y militares estadounidenses aseguraban a la población que los objetivos en Vietnam se estaban cumpliendo, que el progreso era continuo y que «el final» se acercaba. Lo que nunca estaba muy claro era cómo sería el final. En los primeros años, los gobernantes prometían derrotar el comunismo y de esa manera propiciar un Vietnam del Sur «independiente». Después de la Ofensiva Tet, los dirigentes de Estados Unidos reemplazaron prácticamente todas las promesas de «victoria» por planteamientos tan vagos como la «paz con honor» de Nixon. Algunos defensores de la política estadounidense confiaban en la promesa más memorable de la era, la promesa de un final feliz largamente esperado: «Hay una luz al final del túnel». A medida que el túnel demostraba ser cada vez más largo y oscuro, algunos críticos empezaron a decir que la única luz al final del túnel sería la de un tren desbocado.

En una encuesta de 1971, el 71 por 100 de los estadounidenses dijo creer que la intervención en Vietnam había sido un «error», y un llamativo 58 por 100 consideraba a la guerra «inmoral». Una clara mayoría creía que todas las tropas estadounidenses debían regresar antes de fin de año, aunque eso no ocurriría hasta enero de 1973. Nixon quiso aplacar a sus opositores ordenando reducciones en la cantidad de soldados, pequeñas pero significativas. Hacia el final de 1970, aún permanecían en Vietnam 335 000 soldados, bastante menos que en el punto máximo de presencia, en la primavera de 1969, cuando hubo 543 000. Hacia finales de 1971, la cifra era de 185 000.

A la luz de esos recortes, Nixon y Kissinger se sintieron forzados, una vez más, a tomar alguna medida drástica para demostrar que Estados Unidos estaba decidida a impedir que los comunistas tomaran el control de Vietnam del Sur. Se consideró la posibilidad de invadir Vietnam del Norte, o hacer otra jugada en Camboya. Creighton Abrams, comandante de Estados Unidos en

Vietnam, logró convencer a Nixon de invadir al vecino Laos con el objetivo de cortar la Ruta de Ho Chi Minh y de esa manera bloquear el paso a las tropas norvietnamitas y a los suministros hacia el Sur. Anticipándose a las críticas del Congreso y de la opinión pública, la administración decidió confiar esa tarea a los soldados survietnamitas y limitar su participación al apoyo aéreo. Sería la primera gran puesta a prueba de la vietnamización.

En febrero de 1971, quince mil soldados del Ejército de Vietnam del Sur invadieron Laos en lo que se llamó Operación Lam Son 719. Con el apoyo de artillería, helicópteros, cazabombarderos y B-52 estadounidenses, los survietnamitas avanzaron veinte kilómetros en Laos sin encontrar mayor resistencia. A esa altura de los hechos, fueron interceptados por cinco divisiones de tropas de Vietnam del Norte en una contraofensiva masiva. Lo que pretendía ser una maniobra de tres meses terminó siendo, al cabo de semanas, una derrota aplastante. Las tropas survietnamitas escaparon de regreso a la frontera con Vietnam y dejaron abandonados ciento cincuenta tanques. Algunos soldados del ERV estaban tan desesperados por escapar que se colgaron de los travesaños de los helicópteros de evacuación, que ya estaban al límite de su capacidad. Aunque miles de norvietnamitas murieron por los ataques aéreos y por la artillería, los survietnamitas sufrieron más de ocho mil bajas, muchas en las unidades de mayor élite. A pesar de la debacle, Nixon apareció en televisión a comienzos de abril para anunciar que «la vietnamización ha sido un éxito».

En realidad, la desmoralización que había dentro de los ejércitos de Vietnam del Sur y Estados Unidos se estaba volviendo endémica. Entre 1966 y 1971, los índices de deserción en las filas de Estados Unidos se cuadriplicaron y llegaron a casi 70 soldados de cada 1000, varias veces más que los peores índices de la guerra de Corea. El ERV sufrió la peor tasa de deserción de la guerra: unos ciento veinte mil soldados por año. El agotamiento y la desilusión también acosaban a las filas comunistas, tal como lo dramatizó Bao Ninh en su brillante novela de posguerra *El dolor de la guerra*. Alrededor de veinte mil soldados del Vietcong y del ejército norvietnamita se pasaron al bando de Estados Unidos y Vietnam del Sur cada año.

Las fuerzas comunistas, sin embargo, nunca sufrieron mayores altibajos en su voluntad de combatir. No se podía decir lo mismo del bando estadounidense. Hacia 1969, muchas unidades pequeñas ya evitaban de forma encubierta combatir al «hacer trampa» en sus misiones, es decir, encontraban

escondites relativamente seguros y entregaban a sus superiores informes inventados. En los últimos años de la guerra se hicieron cada vez más frecuentes los motines. Sólo en 1970, la Comisión de Fuerzas Armadas del Senado registró 35 casos de «negativa a combatir» en la 1.ª División de Caballería. Muchos casos de desobediencia en las filas estadounidenses quedaron sin archivarse o castigarse, porque los oficiales sabían que si admitían que ya no podían controlar a sus tropas, sus expedientes se verían manchados. Es más, a los mismos oficiales, en muchos casos, ya no les apetecía realizar tácticas agresivas en una guerra que cada vez parecía más condenada al estancamiento o al fracaso.

Nada ejemplifica más la desmoralización de los soldados estadounidenses que el aumento de amotinamientos conocidos como «fraggings», es decir, los ataques con violencia de los soldados hacia sus propios oficiales. Llamados así por las granadas de *fragmentación*, estos asaltos se realizaban casi siempre con ellas porque «no dejan huellas dactilares». Los típicos objetivos eran aquellos oficiales que instaban a sus hombres a meterse en túneles peligrosos o caminar por senderos en los que era probable caer en una emboscada. El ejército informó sobre 126 casos en 1969, 271 en 1970 y 333 en 1971, aumentos muy pronunciados considerando la disminución de la cantidad de soldados que hubo en esos años. Al igual que sucede con las negativas a combatir, la cantidad real de estos asaltos seguramente fue mayor que la de los informes oficiales, en parte debido a que los que ocurrieron en el campo de batalla pudieron atribuirse, en muchos casos, a «fuego accidental» o muerte en combate.

Otro indicador del desgaste de la disciplina y la moral en el ejército fue el sorprendente aumento en el uso de drogas por parte de los soldados estadounidenses. Era fácil y barato conseguir una gran variedad de drogas en todas las grandes ciudades de Vietnam del Sur y cerca de las principales bases estadounidenses. La mayoría de la heroína provenía del «Triángulo Dorado» conformado por las fronteras de Laos, Birmania y Tailandia, un negocio que beneficiaba a los comandantes de Laos y a los líderes de la tribu Hmong, que estaban librando una guerra secreta, respaldada por la CIA, contra el grupo comunista laosiano Pathet Lao. La marihuana, en ocasiones mezclada con opio, les resultaba particularmente fácil de conseguir a los soldados estadounidenses. Según algunos estudios, hacia 1969 al menos una cuarta parte de ellos la consumían. Ese mismo año el ejército lanzó una campaña contra la marihuana y arrestó nada menos que a mil soldados por semana. Los arrestos, sin querer, crearon un mercado para la heroína, que era mucho más

fácil de esconder que la olorosa hierba. Los soldados conseguían heroína pura a tan sólo dos dólares el frasco. La oficina de la Casa Blanca para la prevención del abuso de drogas realizó un estudio en 1974 que reveló que durante el apogeo de la epidemia a comienzos de los setenta, un 34 por 100 de los soldados estadounidenses habían usado «heroína regularmente» en Vietnam.

Hablando en 1971 sobre el colapso general del ejército estadounidense, el general Creighton Abrams dijo: «Tengo batas blancas por todas partes: psicólogos, consejeros sobre el consumo de drogas, especialistas en desintoxicación y en rehabilitación… ¿Es esto un maldito ejército o un hospital psiquiátrico? Los oficiales tienen miedo de mandar a sus hombres al campo de batalla, y los soldados no les obedecen. ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?».

Lo que ocurría era que los soldados estadounidenses se estaban convirtiendo en opositores a la guerra a la que los habían enviado. Hacia comienzos de los años setenta, los veteranos de Vietnam se habían puesto a la cabeza del movimiento antibelicista, insuflando una poderosa energía a la causa, que se veía afectada por el agotamiento, la frustración y las facciones sectarias. En 1967, seis veteranos formaron un grupo llamado Veteranos de Vietnam Contra la Guerra (WCG), que en 1971 contaba con veinte mil miembros. Hacían denuncias muy gráficas contra la política estadounidense, a través de testimonios personales acerca de crímenes de guerra en los que habían participado como testigos o protagonistas. Éstos iban de la mutilación de cadáveres del enemigo a la tortura de prisioneros, de la quema de pueblos a las palizas y disparos contra civiles. Los WCG daban conferencias públicas sobre la guerra, hacían «teatro de guerrilla» en la vía pública y apoyaba muchas manifestaciones antibelicistas. La más famosa fue la que se realizó en mayo de 1971 en los escalones del Capitolio, cuando unos setecientos veteranos arrojaron las medallas que les habían otorgado en Vietnam.

En 1972 Nixon se embarcó en un viaje muy sorprendente y anunciado, viajó a la China comunista para reunirse con su líder, Mao Tse Tung. Este viaje formaba parte de una estrategia largamente planificada orientada a aumentar el poder estadounidense y que consistía en mejorar las relaciones con las principales naciones comunistas, China y la Unión Soviética, y a la vez fomentar las tensiones entre ambas. Al mismo tiempo, el presidente esperaba poder convencer a cada una de esas naciones de presionar a la cúpula comunista de Hanoi para que llegara a un entendimiento con Estados

Unidos. La estrategia era osada, pero al final sólo logró reforzar la determinación de Hanoi de lograr sus objetivos. Apenas un mes después del viaje de Nixon a China, los norvietnamitas lanzaron una gran ofensiva. Con doscientos tanques soviéticos, treinta mil soldados del ENV cruzaron la zona desmilitarizada y entraron en la provincia de Quang Tri. La Ofensiva de Pascua les permitió hacerse con el control de la mayor parte de la provincia, incluida su capital. Otros setenta mil soldados del Norte atacaron Dak To, en las montañas centrales, y An Loe, al noroeste de Saigón.

Aunque las fuerzas estadounidenses en aquel entonces eran reducidas en número y se limitaban casi exclusivamente a realizar tareas no relacionadas con el combate, el poder aéreo de Estados Unidos aún era enorme. Gracias a los ataques aéreos contra las posiciones del ENV a lo largo de Vietnam del Sur, Estados Unidos logró contener la ofensiva y evitó un posible derrumbe total del régimen de Thieu. Nixon también contraatacó mediante la Operación Defensa, que incluyó los primeros ataques aéreos sostenidos y masivos en Vietnam del Norte desde 1968 y el minado de puertos y ríos del Norte.

En el otoño de 1972, tras cuatro años de reuniones diplomáticas infructuosas en París, Hanoi y Estados Unidos finalmente llegaron a un acuerdo para que Estados Unidos retirara sus tropas de Vietnam. No obstante, el presidente de Vietnam del Sur, Nguyen Van Thieu, se molestó porque el acuerdo permitía a las fuerzas norvietnamitas permanecer en el Sur y se negó a cooperar. Incapaz de convencer a Thieu de que apoyara el acuerdo, Kissinger presentó a los diplomáticos de Vietnam del Norte una nueva lista de condiciones. La delegación norvietnamita presentó su propia contrapropuesta, suspendió las negociaciones y regresó a Hanoi.

Entonces Nixon, sin dar explicaciones públicas, lanzó una serie de ataques de B-52 sobre Hanoi y Haiphong que duraron diez días. Comenzó en 18 de diciembre y se detuvo el día de Navidad, para luego continuar. En total Estados Unidos lanzó 36 000 toneladas de bombas sobre fábricas, playas de maniobras ferroviarias, estaciones de autobuses y estaciones de radio. A pesar de que estos ataques se realizaban con «bombas inteligentes» guiadas con láser, el «bombardeo de Navidad» atacó al principal hospital de Hanoi, Bac Mai, y el barrio residencial de Kham Thien. Si las autoridades no hubieran evacuado a más de la mitad de la población de la ciudad, el saldo de 2196 civiles muertos habría sido mucho mayor. Tras el bombardeo, ambas partes volvieron a la mesa de negociaciones y acordaron prácticamente el mismo alto el fuego que habían pactado en octubre. El final del túnel, al menos para

Estados Unidos, por fin se vislumbraba.

ALEXANDER M. HAIG JR.

«Incluso los hombres duros… se echaron atrás».

Ningún otro estadounidense sirvió en niveles tan altos durante la guerra de Vietnam, como oficial militar y asesor político al mismo tiempo. En 1966 y 1967 fue comandante de batallón y de brigada en Vietnam con la 1.ª División de Infantería. Dos años después, Henry Kissinger lo destinó al Consejo de Seguridad Nacional, donde rápidamente impresionó al presidente Nixon. En 1972, Nixon lo nombró vicejefe del Estado Mayor del ejército y lo ascendió al rango de general de cuatro estrellas, pasando por alto a doscientos cuarenta generales de mayor rango.

Nixon siempre había sido muy celoso en la toma de decisiones ejecutivas, especialmente en asuntos de política exterior. Incluso solía hacer caso omiso a su secretario de Estado, William Rogers. A medida que el escándalo de Watergate salía a la luz y Nixon se volvía aún más reservado y autoritario, comenzó a volcarse cada vez más en Haig y lo nombró jefe del Estado Mayor del ejército en 1973.

Tras conversar sobre su carrera, le pregunté cuál de sus aportes a la guerra le enorgullecían más. «Creo que fue el apoyo al bombardeo de Navidad», de 1972.

Siempre dije que si uno no va para ganar, mejor que no vaya. Y para hacer una tortilla hay que cascar un par de huevos. O manejas el conflicto con todos los recursos con los que cuenta Estados Unidos para resolver la guerra rápida y exitosamente, o te mantienes al margen. En Vietnam no hicimos ninguna de las dos cosas.

El origen de la guerra de Vietnam fue Moscú, así como el origen de la guerra de Corea también fue Moscú. Y como solía decir en mis épocas de secretario de Estado, «Hay que ir a las fuentes». Moscú y Hanoi tenían que enterarse de que íbamos en serio y que pagarían un precio muy alto por lo que estaban haciendo. Lo que había que hacer era enviarle a Moscú el mensaje de que íbamos a ganar esa guerra trasladándola a Hanoi y al mismo tiempo advertirle que íbamos a dar todos los pasos necesarios para terminar el conflicto lo más rápidamente posible. Creo que para ellos Vietnam no era más que una oportunidad. Tenían asuntos más importantes que atender. Todo lo que Moscú tendría que haberle dicho a Hanoi era: «No te apoyaremos más». Ellos eran los expertos en logística e incluso proporcionaban a Hanoi personal

para la defensa aérea. Sus barcos entraban a Haiphong, dos, tres o cuatro al día. Hanoi no lo podría haber logrado sin ellos. La guerra no fue una lucha de corazones y mentes, sino que se trató de una agresión apoyada desde fuera mediante el uso de intermediarios.

Para Estados Unidos, el principal problema en Vietnam fue lo que yo llamo «incrementalismo». En 1964, cuando era teniente coronel, trabajé como asistente especial delegado del secretario de Defensa McNamara y redacté un informe antes de lo del golfo de Tonkín, donde decía que íbamos a perder el conflicto debido al incremento en la escalada. El incremento en la escalada había comenzado antes de Vietnam. Reflejaba la transición entre la revancha masiva de los años de Eisenhower y la respuesta flexible enunciada por el general Maxwell Taylor[40]. Formaba parte del plan de contingencia para la defensa de Berlín Occidental. Era una estrategia de pequeñas represalias que daba por sentado que el enemigo se detendría en los niveles más bajos de intensidad de combate. Por ejemplo, si los rusos usaban una sección para bloquear un camino, enviaríamos otra sección a reabrir el camino, y luego, si era necesario, una compañía y luego un batallón reforzado. Nadie parecía darse cuenta de que ese tipo de incrementalismo suele invitar a la escalada, más que desalentarla. En 1965, en mi época en la academia militar, di una charla en la que atacaba la irracionalidad del incrementalismo. Max Taylor estaba sentado en la primera fila mientras yo condenaba esta política de la que él formaba parte. Se levantó y se fue, furioso. [Risas] Pensé, bueno, éste es el final de una gran carrera.

Después del incidente del golfo de Tonkín —que demostró ser un pretexto más que un hecho— el general Harold Johnson, jefe del ejército, nos pidió a mí y a otro joven oficial que le diéramos una lista de recomendaciones sobre lo que debíamos hacer en Vietnam. Le entregamos una lista con más de treinta medidas. Algunas de ellas suponían la movilización total del ejército estadounidense y un ultimátum a Hanoi y Moscú. En ese momento estaba convencido, y aún lo estoy, de que si hubiéramos hecho eso, Moscú le hubiera dicho a Hanoi que se echara atrás. Cualquier estadounidense con una mentalidad realmente estratégica podía deducir que eso era posible simplemente demostrando que no íbamos a tolerar que un enviado de los soviéticos derrocara un régimen amigo en el Sur y que daríamos todos los pasos necesarios para finalizar aquel conflicto rápidamente.

Además, seguí muy de cerca las deliberaciones que llevaron al estallido de la guerra de Corea y fui testigo del lanzamiento de la guerra limitada y el

incrementalismo. Más adelante, cuando el presidente Truman abandonó la presidencia, Eisenhower llegó con una postura totalmente diferente. Basó su estrategia nacional en el uso de represalias masivas y le transmitió a Pekín y Moscú que si no llegábamos a una tregua y a un final negociado en Corea, Estados Unidos daría rienda suelta al uso de todos los tipos de armamento que poseía. Era una amenaza encubierta de recurrir a las armas nucleares. Y gracias a eso comenzaron las conversaciones de paz que pusieron fin a la guerra en 1953.

Pero en 1965, justo antes de nuestra entrada explícita en Vietnam, el general Johnson entregó su lista final de recomendaciones al presidente Johnson y eliminó más de la mitad de las medidas que habíamos sugerido. Suponía las medidas mínimas y dejaba de lado las acciones más vigorosas. Supongo que pensó que no serían aceptadas y que dejó sólo lo políticamente aceptable. Pero los generales tienen la obligación de seguir su propia conciencia al hablar con líderes políticos, y no de obrar según les convenga. Hay muchos a quienes culpar, pero hay que entender que todo lo que ocurrió en Vietnam tuvo que ver con que hubo líderes de uniforme que no tuvieron convicciones lo suficientemente fuertes como para levantarse y decir «ésta no es la manera de hacer las cosas».

En 1966 me ofrecí como voluntario para ir a Vietnam y tener una visión de la guerra de primera mano. Hacia 1967 ya era comandante del l.er Batallón de la 26.ª División de Infantería, durante la culminación del período de batallas de las «fuerzas principales». Me otorgaron una cruz al mérito militar por mi desempeño en la zona de guerra C durante la batalla de Ap Gu. Probablemente haya sido la mayor operación de batallón que hubo durante la guerra. Nos colocamos a modo de señuelo muy cerca de lo que luego se supo que era el cuartel general de la Oficina Comunista para Vietnam del Sur [OCVS]. Estaba custodiado por un regimiento norvietnamita —el 271.º Regimiento— y por elementos del 272.º Regimiento y la División de Guardias Capital. Aterrizamos con el batallón en un asalto de helicóptero y establecimos un perímetro. Entonces mandé a la sección de reconocimiento a investigar el lado norte del perímetro. De repente, cayeron en una emboscada y fueron identificados. Entonces enviamos a la compañía B, que también cayó en una emboscada. Eso nos daba la pauta del tamaño de la fuerza a la que nos enfrentábamos. Durante el encendido combate subsiguiente volé en un pequeño helicóptero biplaza para poder atacar al enemigo de manera más directa y precisa. Mi helicóptero fue derribado y se estrelló contra el suelo en

medio del ataque. Pudimos retirarnos y pasamos toda la noche cavando y preparando nuestras posiciones. No tenía duda de que el enemigo atacaría en masa. Las murallas que construimos tenían bandas de fuego entrelazadas y protección para la cabeza. Eso realmente salvó al batallón y dio como resultado cientos y cientos de muertes enemigas. Como esperábamos, antes del amanecer el enemigo penetró en nuestro perímetro y nos atacó en masa. Dieron con la compañía C, así que tuve que dejar mi refugio para acompañar a lo que quedaba de mi sección de reconocimiento para cubrir el hueco que quedaba en la compañía C. Fui con ellos porque el día anterior habíamos perdido al líder de la sección. Para contener los múltiples ataques tuvimos que echar napalm en nuestras propias posiciones. Un poco de napalm penetró en nuestros refugios. Te digo que cuando el napalm está a doscientos o trescientos metros de ti, sientes que se te retuercen los zapatos. No estoy diciendo que estuviera sentado en uno de eso refugios —estaba a unos cincuenta o cien metros de allí— pero lo suficientemente cerca. Afortunadamente, en el último asalto enemigo arrojamos bombas de racimo y tuvimos una victoria aplastante. Nuestras pérdidas fueron mínimas. Creo que en toda la batalla murieron nueve de los nuestros. En cuanto a las pérdidas enemigas, se confirmaron 609 muertos, y hubo muchísimos más que quedaron sepultados y nunca fueron encontrados. No tengo ninguna duda, como comandante en el campo de batalla, de que casi sin excepción cada batalla que peleamos en la guerra de Vietnam la ganamos rotundamente. Hubo, por supuesto, raras excepciones.

La guerra no se perdió en el campo de batalla bajo ningún concepto. La guerra se perdió en Washington. Mi primera conversación larga con Henry Kissinger acerca de la guerra me convenció de que él era de la línea dura —no hay dudas de ello—, tanto como lo era yo. Pero la composición del Consejo de Seguridad Nacional era producto de la propia experiencia de Henry. Muchos de sus integrantes eran estudiantes que habían trabajado con él en Harvard. Todos eran personas brillantes y talentosas, pero ideológicamente se encontraban en las antípodas del Presidente para el que estaban trabajando.

Yo jugué un papel decisivo en el denominado bombardeo secreto a Camboya. Decir que fue hecho sin el conocimiento del Congreso es basura. El doctor Kissinger y yo entregamos informes a los líderes de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes, a la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado y a ambas comisiones de Defensa sobre cómo serían exactamente los ataques de B-52 y cuál era su objetivo. El bombardeo

había sido solicitado por el líder constituido de Camboya, y no tenía nada de ilegal. En la historia de nuestro país, cada vez que un enemigo nos atacó desde su santuario decidimos que teníamos pleno derecho a contraatacar esos santuarios. Nunca nos hemos quedado de brazos cruzados. En aquella época a todas las personas con autoridad se les amenazaba con un crimen de guerra. Más adelante, cuando nos adentramos en Camboya con incursiones terrestres, también lo hicimos a solicitud del gobierno legítimo de Camboya. De hecho, encontramos gran cantidad de suministros enemigos y armas incluso habida cuenta de que nos retiramos demasiado pronto.

Los Acuerdos de Paz de París fueron una consecuencia directa de hacer precisamente lo que debíamos haber hecho desde el primer momento: el denominado bombardeo de Navidad y el minado de Haiphong. No hay que olvidar que comenzamos el bombardeo durante el receso [del Congreso] de Navidad, y que las únicas personas que lo apoyamos en el gabinete y el ejército fuimos el doctor Kissinger, John Connolly y yo. Todos los demás parecían estar en contra. Nixon fue un presidente solitario, con sólo tres personas que lo apoyábamos. Cuando, como resultado del bombardeo, Hanoi regresó y dijo que estaba dispuesto a reanudar las conversaciones, dije al Presidente que continuara el bombardeo y le exigiera al enemigo que se retirase del Sur. Pero esta vez me quedé solo. Incluso los hombres duros del entorno del Presidente, como John Connolly y Henry Kissinger, se echaron atrás. Temían que a Nixon se lo acusara penalmente y le dijeron al Presidente que aceptara la oferta de Hanoi.

Le dije al Presidente que continuara con el bombardeo, pero me confirmó que si hacía eso lo inculparían. Aún estoy convencido de que si se hubiera arriesgado a las acusaciones y hubiera proseguido con el bombardeo a Hanoi podríamos haber conseguido condiciones mucho más favorables en la negociación. Nos habría llevado unos dos meses, o menos. Si hubiera estado aplicado de manera apropiada probablemente habría sido un éxito y aún hoy habría un Vietnam del Sur soberano. Creo que podríamos haberlo hecho, pero ya era muy tarde y los estadounidenses ya no aguantaban la guerra. Además había una oposición masiva en el Congreso. Era fortísima. Durante aquel período la legislatura se radicalizó y la disciplina legislativa se derrumbó por completo. Cuanto más escandaloso eras, más aparecías en la prensa. Las comisiones no tenían ninguna disciplina partidaria o estructural. Todo lo que hacía la rama ejecutiva era reunir a los dirigentes, alcanzar un consenso y dejar que los dirigentes deliberaran. De hecho, el Congreso comenzó a estrangular la estructura militar survietnamita, recortándola cada vez más

durante un largo período, por lo que cuando tuvo lugar la última batalla Hanoi se sentía tan arrogante que envió quince divisiones a Saigón y hubo muy poco con qué devolverles el ataque.

Es absolutamente falso que el bombardeo de Navidad fue pensado para convencer a Thieu de que aceptara el acuerdo ideado entre Washington y Hanoi. Fue exactamente al revés. En verdad, lo que ocurrió fue que cuando Kissinger pensaba que tenía «la paz al alcance de la mano», Vietnam del Norte le metió el dedo en el ojo. Entonces cuando se retomaron las negociaciones el Presidente me pidió que acompañara a Kissinger en las últimas sesiones. De todas maneras no era necesario, porque tanto Henry como yo estábamos enfadados por la ambigüedad del Norte. Los vietnamitas cancelaron todas las concesiones que habían hecho, así que no hubo acuerdo. Los norvietnamitas interrumpieron toda negociación, por lo que nos vimos obligados a iniciar lo que se conoció como el bombardeo de Navidad, esta vez de manera más explícita. El bombardeo tenía el objetivo de reanudar las negociaciones. No había otra alternativa más que capitular.

Sabes, el presidente Thieu no pasaría de ninguna manera la prueba de un demócrata wilsoniano, pero creo que era un patriota realista que realmente pensaba que el acuerdo de paz que Washington le imponía tenía errores, porque permitía una importante presencia norvietnamita en el Sur y dependía de sanciones que él empezó a cuestionar, pues conocía la política de Washington. Pero nadie, ni el Presidente ni Kissinger ni ningún otro, quiso traicionar deliberadamente a Saigón. No te tragues eso. Creo que tanto Nixon como Kissinger creyeron haber logrado el mejor acuerdo que podían. Si el Congreso estadounidense hubiera asumido una postura responsable, si hubiéramos aplicado sanciones ante la evidencia de que Vietnam del Norte estaba violando los acuerdos y si hubiéramos continuado apoyando a Vietnam del Sur con suministros y equipamiento, habría sido suficiente para mantener los acuerdos.

Pero tal cosa no sucedió. Hasta los secretarios de Defensa y de Estado de Nixon se oponían vehementemente a la guerra. Años después, el presidente Nixon me dijo:

—Al, tú crees que el Watergate fue mi error más grande.

—Bueno, debería pensar eso. [Risas]

—No lo fue. Mi peor error fue no poder ganar la guerra de Vietnam y no ponerle fin en mis primeros seis meses como presidente. Tú me dijiste que

tenía la oportunidad de hacerlo cuando el EC-131 [avión de inteligencia de Estados Unidos] fue derribado en Corea.

Mi recomendación en aquel momento fue que teníamos que reaccionar de manera contundente con ataques aéreos en Corea del Norte y de ahí ir a Moscú y decirles que trasladaríamos la batalla a Hanoi a menos que llegáramos a un acuerdo que le devolviera a los pobladores de Vietnam del Sur el control soberano de su país. Pero el Presidente decidió poner la otra mejilla debido a que los secretarios de Defensa y de Estado y muchos de sus asesores se oponían con vehemencia. Nixon me dijo que su peor error fue no haber actuado en ese momento. Watergate extrajo la mayoría de su veneno de aquel error. El Presidente se daba cuenta de que ambos problemas se habían entremezclado. Algunas de las atrocidades de Watergate fueron resultado directo de los errores de Vietnam. Los llamados fontaneros fueron puestos por el Presidente a través de John Ehrlichman sin el conocimiento de Henry Kissinger o mío. Eso fue producto de la paranoia presidencial justificada por el nivel de desorden que existía en el cuerpo político. El Watergate y Vietnam se combinaron y retroalimentaron. Ciertos elementos del escándalo del Watergate —como la fuga de los papeles del Pentágono— llevaron a Nixon a tomar algunas medidas de protección que, sumadas al robo a la sede de campaña del partido demócrata en 1972, demostraron ser fatales a largo plazo.

Cuando se le pide la opinión sobre las revelaciones que hizo en 2001 el ex senador Bob Kerrey, condecorado con la Medalla de Honor, quien dijo que cuando era miembro del escuadrón de élite SEAL de la Marina comandó una unidad que mató a 19 civiles vietnamitas, Haig responde: «Me resulta inconcebible que un hombre tan capaz se haya rebajado a realizar tácticas que resultaran en la muerte de personas inocentes. No puedo creer que Bob Kerrey haya querido hacer algo así. Sabes, recuerdo cuando era el G-3 en la 1.ª División de Infantería. Estuve presente cuando algunos miembros del personal recomendaban arrojar los cadáveres de los soldados norvietnamitas desde los helicópteros sobre las tropas norvietnamitas, por el mero efecto psicológico que ello supondría. Yo les dije: "Si eso ocurre, renuncio ahora mismo". Y no sucedió. El general rechazó la propuesta, pero creo que la habría aceptado si nadie se hubiera opuesto. Ese tipo de comportamiento no es mi idea de lo que debe ser el ejército estadounidense. Sé que hubo militares que llevaban entre sus pertenencias orejas del enemigo y elementos de ese tipo para mofarse de ellos, pero si eso hubiera pasado en mi unidad, los habría matado».

MORTON HALPERIN

«Kissinger no confiaba por completo en nadie».

Cuando era asistente delegado de la secretaría de Defensa, en los últimos años de la administración Johnson, dirigió el grupo de tareas de Vietnam que se encargó de hacer un estudio crítico sobre la política de guerra vigente. Ese estudio convenció a Clark Clifford, el secretario de Defensa que reemplazó a Robert McNamara en 1968, de que la guerra era imposible de ganar.

Cuando Nixon asumió la presidencia, Henry Kissinger contrató a Halperin como oficial superior del Consejo de Seguridad Nacional. Habían sido colegas en el Departamento de Gobierno de Harvard. Dos meses después de que Estados Unidos comenzara el bombardeo secreto de Camboya, en marzo de 1969, Kissinger intervino las líneas telefónicas de Halperin para comprobar su lealtad a la administración. Las escuchas duraron dos años. Halperin renunció en septiembre de 1969, molesto por el manejo que Nixon hacía de la guerra y por su propia exclusión de los debates sobre la política a seguir. Fue el primero de varios asesores de Kissinger que renunciarían al año siguiente.

En el momento de nuestra entrevista era director de planificación política del presidente Clinton en el Departamento de Estado.

Firmé un aviso a favor de la guerra que apareció en *The New York Times* en 1965 y una de mis últimas actividades en Harvard fue un debate sobre la guerra de Vietnam entre Norman Thomas [activista antibelicista y candidato habitual de los socialistas para la presidencia] y yo. Puedes imaginar de qué lado estaba Norman Thomas, y por ende de qué lado estaba yo. Así que, en un principio, yo apoyaba la guerra. Pero cuando entré en el gobierno, en la primavera de 1967, había llegado a la conclusión de que no podíamos ganarla y que nos teníamos que ir.

Había muchas cosas que me molestaban. Por ejemplo el bombardeo al Norte. No sirvió para nada, y probablemente interfirió en las gestiones para acabar la guerra. No comprendíamos lo profunda que era la corrupción del gobierno survietnamita, ni el hecho de que no tenía credibilidad en su propia sociedad, ni de que estaba integrado por gente que había combatido del lado de los franceses y había trabajado con los japoneses. Tampoco entendíamos el grado de penetración que el Vietcong tenía allí. También me molestaba que estuviéramos luchando de manera totalmente inconsciente. Las bajas estadounidenses eran mucho mayores de lo que debían ser, y en parte se debía

al sistema de servicios de un año, donde los oficiales combatían sólo seis meses. La información que teníamos mostraba muy claramente que con servicios de dos años podíamos reducir las bajas drásticamente, porque el factor determinante de las bajas de Estados Unidos era cuánto tiempo el oficial estaba a cargo de su unidad. No había interés en solucionar ninguno de estos asuntos.

Dicho sea de paso, hasta la Ofensiva Tet me negué a tener un mapa de Vietnam en mi despacho. Sólo tenía uno de esos mapas enormes del mundo que suelen verse en las paredes de las oficinas del Pentágono. La gente pasaba por mi despacho y me empezaba a contar algo sobre el delta del Mekong o la Ruta de Ho Chi Minh, y me decía: «¿Dónde está tu mapa de Vietnam?». Yo les contestaba: «Usa este mapa». La mitad no lograba situar Vietnam en el mapamundi, y la otra mitad decía: «Vietnam aparece demasiado pequeño en este mapa como para mostrarte lo que te quiero mostrar». Yo los miraba y les decía: «¡Ésa es la cuestión!».

En mi despacho también tenía una tabla imaginaria. Solía describírsela a los que me decían que había que retirarse de la guerra. Les decía: «En la primera columna tenemos las razones por las que debemos irnos de Vietnam. Es una lista muy larga y se engrosa sin grandes esfuerzos. La segunda columna contiene maneras de salir de Vietnam. Tenemos una o dos ideas, y la más promisoria es la vietnamización —o *desamericanización*—. La columna número tres es cómo convencer a Lyndon Johnson de que deberíamos irnos. Ésa está vacía». Siempre pensé que el tema se reducía a que Johnson creía que si se iba de Vietnam, Bobby [Kennedy] se opondría y lo acusaría de claudicar y de hacer algo que su hermano John nunca habría hecho. Creo que Johnson estaba segurísimo de que eso pasaría. Si escuchas las cintas de Johnson recientemente desclasificadas en las que habla de Bobby, queda claro que su paranoia era muy grande.

Me sentí muy comprometido con este estudio de marzo de 1968 sobre la política en Vietnam. El principal objetivo era preguntarle a la Junta de Jefes cuántas fuerzas y cuántos años precisaban para asegurarse la victoria. [El secretario de Defensa Clark] Clifford pensó que era una pregunta perfectamente razonable. Los jefes le dijeron: «Sea cual sea nuestra respuesta, no podemos garantizar la victoria». El ejército le respondió con sinceridad, y eso tuvo un profundo efecto en Clifford. Creíamos que Clifford estaba a favor de la guerra. Era el mejor amigo de Lyndon Johnson, y Johnson lo había elegido para asegurarse de que no volvería a tener un secretario de Defensa

que anduviera por ahí dejando claro que no estaba de acuerdo con lo que Johnson intentaba hacer en Vietnam. Pero resultó ser que Clifford era más escéptico hacia la guerra de lo que creíamos. Había hecho un viaje por el Sudeste Asiático en el que descubrió, para su sorpresa, que ninguno de los países de la región compartía nuestro punto de vista sobre las piezas de dominó. Es decir, las piezas de dominó no creían en el efecto dominó.

Hasta aquel estudio, a excepción de algunos informes de McNamara al Presidente, que, hasta donde sé, se perdían por ahí y desaparecían, las cuestiones esenciales no se planteaban realmente. Lo extraordinario del informe de marzo del 68 fue que de repente se pudieron poner las opciones sobre la mesa y comenzar a discutir las cuestiones reales. Antes de ese momento, solía ir a reuniones en las que había personas con visiones totalmente diferentes acerca de lo que estaba ocurriendo y sobre lo que se debía hacer, pero que nunca hablaban sobre eso. Todo el mundo era muy amable y las discusiones giraban en torno a temas inmediatos y operativos, pero no sobre las cuestiones fundamentales.

También llegué a la conclusión de que la administración Nixon planeaba una escalada más que una retirada, y esto me parecía profundamente equivocado. Cuando Nixon dijo que tenía un plan secreto para finalizar la guerra, en realidad era una repetición de lo que él creía que había hecho Eisenhower: que había amenazado a los norcoreanos con armas nucleares a través de los chinos y que por eso habían aceptado un acuerdo. Un error básico de ese razonamiento es que en verdad Eisenhower aceptó el acuerdo que Truman se había negado a aceptar, y la guerra terminó debido a que cambiamos de posición, no porque los norcoreanos hubiesen cambiado de idea. Pero estaba claro que Nixon iba a amenazar con una escalada, incluida la escalada nuclear, en aras de que los rusos o los chinos presionaran a Vietnam del Norte lo suficiente como para forzarlo a terminar la guerra.

Una vez que la estrategia se delineó, Kissinger la llevó a cabo en el mayor de los secretos, incluso a espaldas de su propio equipo. Pero estaba claro que su estrategia consistía en una disminución del número de bajas, sumada a una escalada y unas amenazas de escalada para finalmente agotar al Norte. O, por lo menos, alcanzar una situación que se mantuviera por tiempo indefinido.

Era muy difícil trabajar allí, porque Kissinger no confiaba por completo en nadie. Solía enfrentar a los miembros de su personal entre sí. Una mañana miré un informe y descubrí que Nixon le había escrito una carta a Ho Chi Minh. Fui hasta el despacho de Kissinger y le dije: «Henry, no quiero trabajar

en Vietnam a no ser que me informes acerca de todo lo que ocurre. Si no me quieres contar todo, con gusto trabajaré en otros temas». «Bueno, ésta es una excepción. El Presidente me dijo que no comentara nada. Pero sabes todo lo demás», me contestó. Salí del despacho —todo esto es real— e hice lo que todos hacíamos: me detuve en el escritorio de Al Haig y vi un informe sobre Vietnam que Kissinger acababa de enviar al Presidente una hora atrás y sobre el que yo no estaba al tanto. Así que cogí el informe, regresé al despacho de Kissinger y le dije: «Harry, ¿qué es esto?». «Otra excepción», me dijo.

Creo que Kissinger ejercía una influencia real en el Presidente porque entendió de inmediato que la forma de influir sobre Nixon no era presionándolo. Si lo presionabas, Nixon te diría a todo que sí y luego llamaría a [su jefe del Estado Mayor, H. R.] Haldeman y le diría: «Le acabo de prometer al secretario fulano tal y tal cosa. Nunca se lo daremos, y no quiero volver a verlo nunca más». La manera en la que debías tratar con Nixon era dar vueltas sobre una idea hasta que la captara. Entonces, si le gustaba, la haría propia y estarías de acuerdo con ella. Si la captaba ligeramente mal, podías seguirle dando vueltas hasta que captara la versión correcta.

Algo de lo que logré convencer a Kissinger, y luego a Nixon, fue de aplicar una estrategia de control de la población. No tenía sentido perseguir al Vietcong por el campo, puesto que controlaba la cantidad de bajas. Los encuentros ocurrían porque ellos atacaban, no porque nosotros les atacáramos. Por lo tanto, esa teoría demente de que podíamos llegar a matarles más cantidad de hombres de las que podían reponer era totalmente delirante, porque controlaban las bajas. Así que debíamos pasar a una estrategia para proteger los pueblos. Teníamos mapas que mostraban que cerca del 80 por 100 de la población vivía en un 15 por 100 del área, así que era fácil protegerlos.

Nixon y Kissinger creían que podían retirar todas nuestras tropas siempre y cuando se mantuviera la asistencia militar a Vietnam del Sur y hubiera una amenaza verosímil de que podíamos reanudar los bombardeos si Vietnam del Norte lanzaba una ofensiva. Kissinger aún cree que fue una decisión exclusiva del Congreso cortar la ayuda militar y prohibir la reanudación del bombardeo. Esto permitió que Hanoi lanzara la ofensiva final y ganara la guerra. Si no fuera por el Watergate, creo que está claro que Nixon habría tenido la fuerza suficiente como para vetar la legislación del Congreso que cortaba los bombardeos, y que acto seguido los habría llevado a cabo. También creo que habría enviado al menos alguna ayuda militar a Vietnam

del Sur. Quizá si hubiera reanudado los bombardeos en 1975 podría haber habido otra erupción [antibelicista] en Estados Unidos que lo habría obligado a detener los ataques. Pero la visión de Kissinger y de Nixon era que la oposición a la guerra estaba avivada por el llamamiento a filas. Una vez que lo eliminara y que se terminaran las bajas, podía retomar el bombardeo. La pregunta que permanece sin respuesta es ¿se habría derrumbado el Sur si Estados Unidos hubiera continuado con los bombardeos, enviado ayuda militar y retirado sus tropas?

Siempre pensé que el movimiento antibelicista era totalmente irresponsable, pues mucha gente asumía que con negociaciones se podía llegar a aquella cosa mágica que sería un Vietnam del Sur neutral, democrático e independiente. No creo que existiera tal cosa. El Norte pensaba que Vietnam era un país, y lucharía hasta conseguirlo. Tenían un gobierno totalitario. No les interesaba la democracia. En tal caso teníamos que asumir que Estados Unidos tenía el poder suficiente como para sobrevivir en un mundo en el que no sólo China y Vietnam del Norte fueran comunistas, sino también ese trocito del continente asiático.

«No tenía idea de que mi teléfono estuviera intervenido. Ahora Kissinger dice que me advirtió de que me vigilaban y que debí haber entendido que me estaban escuchando». Durante veinte años Halperin sostuvo una demanda por daños y perjuicios contra Kissinger y el fiscal general John Mitchell argumentando que su línea telefónica había sido intervenida sin garantías y que por lo tanto se habían violado leyes federales. «Fue un proceso interminable. La demanda llegó a la Corte Suprema, fue votada cuatro contra cuatro y quedó estancada. Al final negociamos un acuerdo con Kissinger. Me pidió disculpas por escrito y retiré los cargos».

JUDITH COBURN

«A la vietnamización no le iba mejor que a la americanización».

Informó sobre las guerras de Vietnam y Camboya para el Village Voice, *la* Pacifica Radio *y la revista* Far Eastern Economic Review. *En 1979 fue una de los primeros periodistas en visitar Camboya después de que el Jemer Rojo masacrara a más de un millón de sus propios integrantes.*

Conversamos en su casita de Berkeley un día soleado californiano, mientras una brisa fresca entra por la ventana.

Uno de los mejores amigos de mi padre era Clark Clifford, que en 1968 fue secretario de Defensa, durante el último año de Lyndon Johnson en la

Casa Blanca. Durante muchos años mi familia pasó Acción de Gracias en casa de Clifford, en los suburbios de Washington D. C. En el día de Acción de Gracias de 1967, Clifford también invitó a Stuart Symington, senador por Missouri. Symington desempeñó un papel importante en la guerra, ya que era el único senador que integraba tanto la Comisión de Defensa como la de Asuntos Exteriores. Acababa de regresar de una misión de reconocimiento en Vietnam.

Estábamos todos en la cena de Acción de Gracias en su hermosa casa. Había sirvientes de uniforme, bandejas de plata, todas las comodidades. Cuando la cena acabó, Symington, Clifford y mi padre se trasladaron a un extremo de la mesa y comenzaron a fumar cigarros y a beber *brandy*. Las mujeres y los niños se levantaron, pero yo me quedé en la otra punta haciendo como que no estaba allí, en plan «no os preocupéis por mí, tengo sólo veintitrés años y soy mujer». Bastante pronto, Clifford preguntó a Symington:

—Bien, Stu, cuéntanos lo que realmente viste allí.

—Bueno, ya sabéis, es el típico montaje. Fui al comando de asistencia militar y me dijeron que estábamos ganando la guerra. Vi a tal persona y a tal otra. Pero os voy a contar lo único que me causó una impresión profunda. Subí a Danang y me montaron otra farsa, pero hete aquí que conocía a un coronel de allí que tenía soldados en el campo de batalla. Lo fui a ver una noche, tarde, y tomamos unos tragos. Le dije: «Entonces, ¿qué está pasando realmente allí fuera, coronel?». ¿Sabéis qué me dijo? «Bien, senador, le diré: tengo la sensación de que un día de éstos voy a enviar a mis hombres a alguna batalla y en cuanto vuelva la cabeza ya no estarán».

Pude ver cómo el relato impactó a estos hombres. Tienes que recordar que habían estado en la segunda guerra mundial. Mi padre había sido gobernador militar de Saipan y Clifford había sido asesor naval de Truman. Para ellos, desobedecer la política estadounidense en Vietnam era una experiencia completamente inconcebible.

Cuando llegué a Vietnam, en 1970, se me vino a la mente aquel coronel que temía a los motines, porque para ese entonces algunos soldados rehusaban abiertamente a acatar órdenes. La Ofensiva Tet del 1968 había desmoralizado las filas estadounidenses. Las conversaciones de paz estaban en marcha, y nadie quería ser el último en morir en Vietnam. Enviaban a un grupo de tíos a la selva y simplemente se quedaban ahí sentados un par de días, inventando coordenadas. Se fumaban unos porros y esperaban a que los

recogieran. Por supuesto que hubo otras misiones en las que los soldados mostraron actitudes heroicas, pero era bastante evidente que el ejército gradualmente iba perdiendo control de sus propios hombres.

En 1971 había decenas de soldados de la División Americal en Chu Lai que estaban totalmente contra la guerra. Organizaron una manifestación antibelicista para el 4 de Julio. Colgaron pósteres que anunciaban una «manifestación por la paz el día de la independencia» y exigían una «retirada total e inmediata de las tropas estadounidenses». La policía militar los arrancaba, pero constantemente aparecían otros. El comandante de la división hizo firmar a todos una especie de juramento de que no participarían en la manifestación. Los soldados habían organizado una fiesta en la playa para celebrar el 4 de Julio, aparecieron unos mil quinientos soldados. No querían provocar una represión violenta, así que nadie portaba pancartas antibelicistas, y tampoco marcharon. Pero puedo decir que entrevisté a un montón de chicos y que en esa playa era difícil encontrar alguno que no deseara una retirada inmediata de las tropas. Parecía una manifestación pacifista en el parque Golden Gate. Los soldados llevaban en su ropa símbolos de la paz y cuentas de colores y fumaban marihuana. Lo máximo que hicieron las autoridades militares fue sacar unas fotos. A fin de cuentas, ¿qué iban a hacer, capturarlos a todos? Cuando oigo a alguien decir que podríamos haber ganado la guerra, pienso: ¿de dónde pensaban sacar los soldados?

Hay un caso famoso, el de Henry Rollins. Ese soldado estaba apostado en Long Binh, la enorme base de abastecimiento estadounidense cercana a Saigón. Era la base más grande de Vietnam. Albergaba unos veinte mil soldados. Allí también funcionaba la prisión militar más famosa de Vietnam, la Long Binh Jail, a la que todo el mundo le decía «LBJ[41]». Los que mandaban en la base eran los reclutas negros. Hacia 1970 ya habían tomado el control. Y el SPC4 Henry Rollins, a los veinticuatro años, era uno de los cabecillas. Controlaba unas quince *Quonset huts* (barracas metálicas) dentro de las cuales había miles de dólares en equipos estéreo y pósteres de los Panteras Negras en todas las paredes. Era como una zona liberada.

El ejército prácticamente había abandonado las reglas referidas al cabello y los uniformes de los soldados, y la mayoría de ellos, como Rollins, llevaba peinados a lo afro que asomaban por debajo de sus gorras. En una ocasión un sargento mayor le preguntó: «Soldado, ¿dónde está tu gorra?». Rollins le lanzó una mirada y lo derribó de un golpe. Fue enjuiciado por un consejo de

guerra y todo indicaba que lo iban a encerrar un buen tiempo. Pero entonces entró en escena un grupo de abogados civiles activistas de Saigón que ofrecían servicios legales gratuitos a los soldados estadounidenses. Rollins acudió a uno de ellos, Joe Remcho, para que lo representara. De alguna manera Remcho convenció al comandante de la LBJ de que permitiera a Rollins ser juzgado por un tribunal conformado por sus pares. Por lo general, los consejos de guerra están formados exclusivamente por oficiales. Debe haber sido la primera vez en la historia militar estadounidense que un soldado fue juzgado por sus pares. La cuestión es que llegué a la audiencia del consejo de guerra y miré hacia el jurado y vi a todos esos tíos negros con peinados a lo afro que, en aquella época, en Long Binh, eran realmente un tribunal de pares. Entonces, el sargento mayor subió al estrado y explicó: «Le dije a Rollins que no llevaba el uniforme completo y que le faltaba el sombrero. Me derribó de un golpe, lo que constituye un ultraje al sistema militar de disciplina». Acto seguido Henry subió al estrado narró la historia desde su punto de vista: «Pues bien, éste es un racista hijo de puta, así que le di un buen golpe». ¿El veredicto? ¡Inocente!

La corrupción y extorsión imperantes eran increíbles. Las estafas estaban a la orden del día. Conocí a un tipo que manejaba una red de prostitución conectada a los espectáculos que se organizaban para entretener a los soldados. Era un espectáculo callejero de teatro, y las prostitutas hacían las veces de actrices. Hacia comienzos de los años setenta, no había nada que no se pudiera comprar. Si tenías el dinero y los contactos, ¡seguro que podías comprarte un avión Phantom F-4! Pero más que nada eran capas y capas de actos de corrupción menores. Por ejemplo, solíamos comer en un restaurante de Saigón donde lo único que se servía eran chuletas robadas de los comedores de los buques de la Marina.

Durante los primeros años de la década de los setenta tuvo lugar lo que se conoció como la vietnamización, es decir, el proceso por el que las tropas estadounidenses comenzaron a retirarse para que el ejército survietnamita se encargara paulatinamente de todos los combates. He oído a algunos veteranos de Estados Unidos decir que todos los soldados survietnamitas eran unos cobardes y que todos sus oficiales eran corruptos. No estoy de acuerdo. Había oficiales survietnamitas sumamente competentes y algunas unidades combatían con mucho compromiso. Pero es verdad que en la mayor parte de los casos el ejército vietnamita era menos poderoso de lo que aparentaba. No era leal al gobierno, pues sabía que era corrupto e instaurado por Estados Unidos, y la mayoría de los soldados estaban allí por la simple razón de que

habían sido llamados a filas y si no combatían los metían presos. En la zona rural vi cómo la policía irrumpía, acorralaba a todos los hombres de entre quince y cuarenta años y los metía en camionetas rumbo al ejército.

Cuando el ejército survietnamita invadió Laos en la Operación Lam Son 719, en 1971, fue una debacle. Los norvietnamitas los aplastaron. El ERV dejó abandonados en el campo de combate a unos cien transportes blindados de personal, y los soldados se colgaban de los travesaños de los helicópteros para salir de allí. Estaba bastante claro que a la vietnamización no le iba mejor que a la americanización.

La noche previa a la invasión me encontraba con una unidad de soldados survietnamitas en la frontera entre Vietnam y Laos junto con el fotógrafo Larry Burrows y los periodistas John Saar, de la revista *Life* y David Burnett de *Time*. Estábamos todos de pie, observando un atardecer bellísimo, ese momento mágico cuando está por anochecer. De repente apareció un avión estadounidense que vino directo hacia nosotros y nos arrojó bombas de racimo. El piloto debió haber pensado que éramos de los malos y que estábamos transitando por la Ruta de Ho Chi Minh. Si no fuera porque había un barranco justo al lado nuestro, no podría contarlo. Nos arrojamos directo hacia el barranco. Cuando miramos hacia fuera, la oscuridad era total.

Nunca olvidaré a Larry Burrows. Su cabeza fue la primera en asomarse. «Venid. Allí arriba hay personas heridas», dijo. Se puso de pie y todos lo imitamos. Comenzó a correr por la colina y —fiel a su vocación— mientras corría sacaba fotos. Pero en el momento en que llegamos a la cima, donde estaban los heridos, dijo: «Llevemos a estas personas a algún sitio donde podamos conseguir un helicóptero». Había cuerpos por todas partes, unos doce muertos y cincuenta o sesenta heridos. Así que empezamos a bajar los cuerpos por la colina. Algunos de los cuerpos se desmembraban mientras tratábamos de levantarlos.

Unos días después había muchos periodistas que anhelaban un lugar en los helicópteros que iban a Laos. Era muy difícil conseguir una plaza. Yo había estado esperando una durante tres días. Finalmente logré montarme en un helicóptero que iba llenísimo. En el último minuto, justo antes de despegar, aparece Larry Burrows y pregunta: «¿Hay sitio para uno más?».

El piloto del helicóptero dijo que no. Entonces, los demás periodistas y fotógrafos se levantaron en bloque y me dijeron que bajara del helicóptero. No me dijeron por qué, pero era obvio. Después de todo, yo era mujer y sólo

escribía para el *Village Voice*, y el gran Larry Burrows quería un lugar. Está de más decir que yo también lo consideraba uno de los grandes, así que me bajé. El helicóptero voló a Laos y se estrelló. Todos murieron. Fue tan impactante para mí que no puedo recordar quiénes más iban a bordo.

Un año después me echaron de Vietnam. Durante la Ofensiva de Pascua de 1972, subí hasta la provincia de Quang Tri. Los norvietnamitas estaban tomando el control de toda la provincia y los informes de prensa de Saigón decían que las tropas comunistas habían tomado ambos extremos de la Ruta 1 y que estaban matando a los refugiados civiles que se trasladaban hacia el sur. Había miles de personas en la carretera.

Me monté en una motocicleta con un periodista vietnamita y comenzamos a subir por la Ruta 1. Descubrimos que los comunistas, en efecto, estaban atacando a la masa de refugiados. Los soldados vietnamitas desertaban. Se deshacían de sus uniformes y se mezclaban con la multitud de refugiados para protegerse. Cada vez que los pequeños focos norvietnamitas creían divisar soldados del Sur entre la multitud, disparaban. De todas maneras, la realidad es que la mayoría de los civiles murieron debido al fuego de artillería de tropas estadounidenses, que disparaban desde buques en alta mar. Los estadounidenses tenían a la Ruta 1 en la mira, y la atacaron con vehemencia. Seguramente, su blanco eran las unidades del ejército norvietnamita, pero la matanza de civiles fue increíble.

Regresé a Hue y envié unos cuantos reportes a la radio *Pacifica* y un artículo para el *Village Voice*. En ellos dije que el comando de asistencia militar apostado en Saigón estaba distorsionando totalmente la realidad y describí los ataques estadounidenses. Por lo general, era muy raro ver que los refugiados abandonaran a sus niños, pero en este caso la artillería estaba matando a tanta gente y el pánico general era tan grande que vi montones de bebés abandonados por la turba que huía de la carretera.

Aquella situación continuó durante un par de semanas más. Después fui a Hong Kong para renovar mi visado. A muchos de los periodistas que íbamos a Vietnam nos daban visados de sólo treinta días, así que todos los meses teníamos que irnos a algún país cercano, renovarlo y regresar. Había renovado mi visa en Hong Kong unas veinte veces. Era una rutina: llevaba la solicitud y retiraba el visado a los tres días. Pero esta vez, cuando regresé a los tres días, no me lo habían otorgado. Pregunté por qué y me dijeron que no lo sabían. Eso era todo. No pude regresar a Vietnam. Lo intenté miles de veces, desde Tailandia, Laos y Singapur. Era evidente que o a los oficiales de Saigón o a

los de Estados Unidos no les habían gustado mis informes y habían decidido expulsarme. Hasta 1972 Vietnam del Sur expulsó a muy pocos periodistas estadounidenses, puesto que Estados Unidos les decían que eso afectaría a las relaciones diplomáticas y podría reducir los fondos que enviaba el Congreso. Pero hacia 1972 las cosas se pusieron tan duras con el Congreso, que amenazaba constantemente con recortar los fondos para la guerra, que al gobierno de Saigón dejó de importarle demasiado lo que dijera. Como consecuencia, expulsó a un número de periodistas y negó la entrada a otros.

En diciembre de 1979 regresé a Vietnam por primera vez desde 1972. No pude entrar como periodista, así que fui con un grupo de mujeres antibelicistas. Nos concedieron una audiencia con el ministro de Relaciones Exteriores, Nguyen Cao Thach, quien nos preguntó si podía hacer algo por nosotras. Sabía que lo decía como mera cortesía, pero le dije: «Bueno, sí hay una cosa. Deberíamos ir a Camboya. La gente debería ver lo que ocurrió allí». Para nuestra sorpresa, el ministro nos otorgó un visado de tres días a Camboya y fuimos las primeras estadounidenses en entrar a ese país después de que Vietnam derrocara al Jemer Rojo.

Pasé los tres días enteros intentando extender mi visado. Finalmente lo logré. Conseguí una mujer camboyana que hiciera las veces de guía e intérprete. Pasamos seis semanas recorriendo el país en coche. Íbamos de pueblo en pueblo, y en ningún momento vi otro coche o camioneta. El Jemer Rojo había excavado zanjas profundas en las carreteras por todas partes para detener los tanques vietnamitas. Tardábamos horas en avanzar unos pocos kilómetros. En cada lugar que íbamos la gente salía a la carretera a ver nuestro coche. No habían visto un occidental en años. Nos paraban y nos decían «¿Ha visto a mi hermana?» o «Si la ve, por favor entréguele esta carta». Por supuesto que mi pensamiento era: «Es ridículo, nunca veremos a tu hermana, en Camboya hay millones de personas y lo más probable es que esté muerta». Pero no podía decirles eso, así que guardé todas esas cartas que me daba la gente. Teníamos montones.

Cuando llegábamos a algún pueblo, todo el mundo venía corriendo. Nos daban grandes bienvenidas y según salíamos del coche nos llevaban a las fosas comunes. Allí estaban enterrados todos los amigos y familiares asesinados por el Jemer Rojo. Todos querían contar su historia. Creo que me veían como la persona que llegaba del exterior que iba a contar al mundo todo lo que habían padecido. Algunos me decían: «En mi familia murieron cinco personas», y me daban los nombres de los muertos. Para ellos era muy

importante que yo tomara nota de esos nombres. No tenía nada más que ofrecerles. Tengo cuadernos enteros donde sólo hay listas de nombres. Íbamos de pueblo en pueblo visitando las fosas comunes. Luego nos íbamos por ahí a llorar. A duras penas, los pobladores reunían todas las provisiones que tenían almacenadas —unos puñados de arroz o raíces— e intentaban alimentarnos. En cierto lugar prepararon una gran ceremonia en la que nos dieron de beber un poco de leche de coco. Se notaba que nos estaban invitando con el único vaso que quedaba en todo el pueblo.

Te repito que íbamos de pueblo en pueblo, día tras día, y todos nos llevaban a una fosa común. Sólo recuerdo que estaba como una zombi. A veces sentía desesperación por escapar, irme a casa, pero no quería que pensaran que no me importaban, así que sabía que tenía que seguir con mi papel. Por la noche, mi intérprete y yo nos tumbábamos en la hierba y llorábamos hasta quedarnos dormidas.

En cierto momento me confesó que una de las razones por las que había emprendido aquel viaje en coche era que quería llegar a Pailin. Era el pueblo camboyano más cercano a Tailandia y le habían dicho que allí se vendían unos pareos de colores que traían de contrabando desde la frontera, pues bajo el régimen del Jemer Rojo, la gente sólo podía usar ropa negra. Finalmente llegamos a Pailin y allí estaban esos pareos preciosos, de colores brillantes. Mi intérprete estaba extasiada. Cargamos el maletero de nuestro desvencijado coche con pilas de pareos. Le di hasta el último céntimo que me quedaba. Es extraño, pero ese episodio nos sacó de una especie de pozo depresivo. En el camino de regreso continuamos parando en los pueblos y visitando las fosas comunes, pero entre pueblo y pueblo podía imaginármela probándose los pareos y regalándoselos a sus amigas. Pensaba en lo hermosa que era Camboya y fantaseaba con que los asesinatos nunca habían ocurrido.

28

«Realmente creíamos…»

CHALMERS JOHNSON

«La universidad se estaba convirtiendo en una celebración del maoísmo».

Mientras fue director del Centro de Estudios sobre China de la Universidad de California, Berkeley, de 1967 a 1972, apoyó la guerra estadounidense en Vietnam. Durante esos mismos años fue consultor de la Oficina de Evaluaciones Nacionales de la CIA y el gobierno le otorgó las mayores garantías de confianza. «Recuerdo veladas maravillosas en [la hacienda de la CIA] Camp Perry, a orillas del río York, en Virginia. Había que ir con mucho cuidado y no salirse de las sendas porque todo el lugar estaba minado. Cada cierto tiempo comíamos carne de venado con martinis y nos dábamos cuenta de lo ocurrido».

Sin embargo, en la década de 1990 su opinión sobre la guerra de Vietnam cambió. Mientras cenamos con su esposa en la casa que poseen cerca de San Diego, le dice a su mujer, un poco caprichosamente: «Sabes, Sheila, quizá estemos demasiado a la defensiva. Al fin y al cabo, estuvimos en el bando equivocado».

Mi opinión inicial sobre Vietnam era que obviamente al ser una guerra civil, no debíamos intervenir. Pero, una vez que intervinimos, me empecé a convencer de que no podíamos permitirnos el lujo de perderla. La amenaza de la Unión Soviética era real, y había que hacer algo para frenarla. Creía que Vietnam era un frente legítimo de la Guerra Fría y coincidía con la idea de que si la Guerra Fría era global, teníamos que enfrentar a la Unión Soviética y al comunismo internacional donde fuera que nos los encontráramos. Es más, existía la idea de que las llamadas guerras populares o guerras de liberación eran exportables. A mí, como a tantos otros, tal idea me preocupaba.

También confiaba plenamente en el gobierno y, desde los años de

Kennedy, me cautivaba el aura que desprendía Washington. John Kennedy me cabreaba muchísimo. Recuerdo que pensaba que McNamara debía ser un genio por el mero hecho de que Kennedy lo hubiera elegido. Ahora, a la luz de todas las mentiras que nos dijeron desde el gobierno, todo parece un engaño, pero creo que, en aquel entonces, la propaganda funcionó. Quizá yo era un ciudadano muy ingenuo. También obraba motivado por mi ambición profesional. Tenía treinta y pico años, disfrutaba de bastante éxito y no tenía el valor de ponerme en contra de todo el aparato, o quizá creía que no valía la pena.

Aún mantengo que el movimiento antibelicista era ingenuo y mal informado. No creo que esos chicos supieran nada acerca del comunismo soviético, chino o vietnamita. Me quejaba de que el error estaba en que les habíamos inculcado el sentimiento más corrosivo que existe, es decir, la culpa. Sabían que como iban a la universidad estaban eximidos de ir a la guerra, y sus actuaciones eran una reacción ante esa culpa.

El profundo malestar que me generaba el movimiento antibelicista también tenía un componente de clase. Yo provenía de una familia relativamente pobre de Buckeye, Arizona, y mi madre insistió en que nos mudáramos a California para que yo pudiese ir a la universidad. Me inscribí en el otoño de 1949, cuando la matrícula costaba 39 dólares por semestre, y vivía en mi casa. Estaba muy orgulloso de ir a Berkeley. Entré como un estudiante más de primer año y terminé siendo director de departamento. Me parecía que los alumnos habían perdido la cabeza para haber llegado a atacar la universidad. Era un territorio sagrado donde se estudiaban los males sociales de las relaciones raciales y cuestiones de ese tipo. Por eso me sacaba de mis casillas que los alumnos destruyeran el lugar. Sentía que no eran leales con la universidad y que eran unos mocosos malcriados y autocomplacientes, y que su comportamiento era digno de un campamento de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Los veía como unos niños ricos enfadados con la vida que no tenían ni idea de lo que decían sobre la guerra. Me sentía mucho más afín a la causa negra y en las clases que impartía trabajaba en estrecha relación con estudiantes afroamericanos.

Mi esposa y yo estábamos con Lyndon Johnson porque coincidíamos en su lucha contra la pobreza y por los derechos civiles. El 31 de marzo de 1968 escuchábamos su discurso cuando de repente dijo que no se iba a presentar a la reelección presidencial. Nos impactó y enfureció. Dijimos: «Estos hijos de puta han podido con él». Tras aquel anuncio, me incliné por Nixon.

Para mí Vietnam era un misterio. ¿Cómo íbamos a ganar? ¿Por el solo hecho de haber decidido que ganaríamos? Pero me parecía que era en cierta manera un tema secundario. En la Oficina de Evaluaciones Nacionales pensábamos que el acontecimiento más importante del mundo era la disputa chino-soviética, que aunque se hubiera originado en el seno de la revolución china en la fecha tardía de los años sesenta, había tenido trascendencia. Me parecía que los vietnamitas no podrían ganar a menos de que contaran con un apoyo comunista, y ése no era el caso. Aquello era lo más difícil de explicar. Quiero decir, si de repente hubieran aparecido bombarderos rusos sobre París, la OTAN habría intervenido inmediatamente. Nosotros mandamos bombarderos estadounidenses a Hanoi y los rusos y chinos parecían quedarse de brazos cruzados. Sinceramente, no tenía sentido.

Hacia comienzos de los setenta, más que la guerra de Vietnam, lo que me tenía preocupado era la revolución cultural china. Era un desastre total. Se estaban comiendo vivos entre sí. Quizá se perdieron treinta millones de vidas. Una de las razones por las que acepté la propuesta de la CIA fue precisamente porque la universidad se estaba convirtiendo en una celebración del maoísmo, y yo estaba convencido de que la revolución china se había convertido en una película de terror. Mao y el Che Guevara eran símbolos de enorme peso en la universidad. Entraba en las aulas y todos los alumnos se parecían al Che. Llevaban unas pequeñas boinas y unos mostachos con perillas que les colgaban de la barbilla.

Creo que también la doctrina de la contrainsurgencia, que en verdad comenzó durante la presidencia de Kennedy, me llevó a conclusiones erróneas. Esta doctrina nos cautivó. Mucha gente escribía sobre ella, y en Berkeley, yo era el encargado. Mi tesis doctoral fue sobre la guerra de pacificación japonesa en China del Norte después de 1937. En 1961 y 1962, justo cuando comenzaba la guerra de Vietnam, trabajé en la Agencia de Defensa Japonesa. Los militares retirados japoneses estaban dispuestos a conversar con un extranjero sobre Guadalcanal o Singapur, pero no querían hablar de China. «Debe entender que nos han acusado de crímenes de guerra, de comportarnos como bestias», me dijo un coronel. Años después, cuando la guerra de Vietnam ya era evidente, me escribió una carta en la que decía: «Quizá ahora entienda que no éramos bestias. Simplemente éramos tan estúpidos como ustedes. Fuimos el blanco de una insurrección guerrillera que usaba a la población como una red de espionaje enorme donde todo el mundo estaba movilizado. No se podía distinguir a un civil de un guerrillero. Mao decía que el guerrillero se relaciona con el pueblo como un pez con el agua. A

nuestras operaciones en China del Norte las llamábamos “escurrir el agua”. Ustedes llaman a las suyas “zonas de fuego libre”. Nosotros hemos matado indiscriminadamente y hemos cometido crímenes de guerra, pero ¿éramos tan diferentes a ustedes?».

A posteriori, creo que tendría que haber apoyado el movimiento antibelicista. Debo admitir que no fui lo suficientemente sensible a las implicaciones morales de la guerra de Vietnam. Aún no sé si los antibelicistas sabían de qué estaban hablando en materia bélica, estoy seguro de que estaban mal informados acerca del comunismo. Pero captaron algo esencial sobre la naturaleza del papel imperial de Estados Unidos en el mundo que yo no fui capaz de percibir. A pesar de su ingenuidad y rebeldía, los antibelicistas tenían razón cuando decían que la política estadounidense estaba errada. Ojalá hubiera estado con ellos.

STEVE SHERLOCK

«Steve Sherlock, estrella de bronce con distintivo “V”».

Es temprano en Hanoi. Un estadounidense calvo y pequeño se encorva sobre su cuenco de pho*, la tradicional sopa de desayuno vietnamita. Se detiene para conversar unos minutos con un camarero y practica el vietnamita que ha estado aprendiendo diariamente durante los últimos tres años. Steve Sherlock creció en Lafayette, Indiana, y es hijo de un trabajador de mantenimiento de Ralston Purina. En 1968 fue a Vietnam como teniente en la 101.ª División Aerotransportada. En 1970 sus cada vez mayores objeciones a la guerra lo llevaron al movimiento antibelicista. En 1991 fundó Ayudar al Sudeste Asiático, una organización humanitaria sin ánimo de lucro que dona material médico y equipamiento a hospitales de Vietnam.*

Cuando me uní al ejército en 1966 era un defensor entusiasta de la guerra. Creía que estábamos combatiendo a los comunistas en Vietnam para no tener que combatirlos en las costas estadounidenses. Creía que estábamos peleando contra el equivalente a los nazis y que era una causa noble, similar a la segunda guerra mundial en casi todos los aspectos.

Mis dudas comenzaron en abril de 1968, antes de ir a Vietnam. Cuando asesinaron a Martin Luther King me enviaron a Washington D. C. con la 82.ª División Aerotransportada para contener los disturbios. Subíamos a los camiones y se veía la ciudad en llamas desde el otro lado del río. Esperamos hasta la mañana siguiente para entrar en la ciudad, establecimos un perímetro alrededor de una licorería y dijimos «no se metan con nosotros». Cerca de tres

cuartos de mi sección eran negros o hispanos y todos acababan de regresar de Vietnam. No teníamos problemas, pero estaba claro que ya me encontraba en el medio de una especie de guerra. No me gustaba estar allí, y, de alguna manera, estaba relacionado con Vietnam.

En octubre de 1968, cuando por fin fui a Vietnam, me encontraba en un estado de confusa neutralidad. Al cabo de unos meses, aunque no entendía los detalles políticos de la guerra, tenía la sensación de que no teníamos nada que hacer allí y de que si estaba mal que estuviéramos, también estaba mal que matáramos a gente.

Hacia diciembre, alguien de Camp Eagle presentó una petición que simplemente decía «A la mierda con la guerra», la firmé. Un hombre de inteligencia me interpeló, indignado porque un oficial «traicionara su deber» por haber firmado una petición contra la guerra. Estaba furioso. Pero el ambiente aún no era de mucha confrontación. Sugerí que me enviaran a algún otro lado, así que me asignaron una sección de infantería con la segunda de la 327.ª en un pueblo llamado Nguoc Ngot. Significa «agua dulce». Está a unos veinte kilómetros al norte del paso de Hai Van [cerca de Danang].

La primera noche el capitán me dijo que preparara una emboscada a la salida del pueblo. Estaba oscuro y llovía. Uno de los mandos de mi escuadra oyó algo y disparó hacia una casa. Tan pronto como abrió fuego todo se desmadró. Resultó haber un pelotón del ENV alrededor, y comenzaron a contraatacar. Sostuvimos un tiroteo largo hasta que la mayoría de los norvietnamitas retrocedieron. El capitán nos decía por radio que quería un recuento de las víctimas, así que tuvimos que rastrillar el área y traer todas las piezas. Había un cadáver que estaba literalmente decapitado, tuvimos que meter la cabeza con todos los demás. Habíamos matado a siete y capturado tres prisioneros. Una de las víctimas era una mujer. Después supimos que era una maestra de un pueblo vecino, y posiblemente una guía local del Vietcong.

A la mañana siguiente el coronel y el comandante auxiliar de la división llegaron en avión y realizaron una entrega de medallas. A dos compañeros les dieron estrellas de plata y a mí me dieron una de bronce. «Eres afortunado. He caminado entre los arbustos durante un mes y no establecí ni un contacto. Tú lo lograste en tu primer día en la unidad», me dijo otro teniente.

Unas semanas después el capitán quiso ir conmigo de patrulla. Era un auténtico imbécil. Tuvimos un pequeño enfrentamiento y matamos a dos o tres personas. Inspeccionamos los cuerpos y uno de ellos tenía las típicas

cosas que se llevan en los bolsillos, como una foto de su novia o su esposa. Pero también tenía un rosario.

—Dios mío, ¿cómo puede ser católico y comunista? —dijo el capitán sorprendido.

—¿Quién sabe si es católico o comunista? Y si es ambas cosas, ¿cuál es el problema? —le contesté y como no quería que el tema acabara ahí, agregué —: Espero que el resto se haya ido. Y me gustaría aún más que no se nos volvieran a cruzar y no tuviéramos más combates.

Se enfureció muchísimo.

—Tu tarea es destruir a los comunistas —me contestó.

—No, simplemente son personas iguales a nosotros.

—No son personas. Son el enemigo, y tú eres la razón por la que estamos perdiendo esta guerra. Eres un cobarde y un traidor.

Algunos días más tarde regresaba sin dormir de una emboscada nocturna y el coronel me estaba esperando.

—Te daré una oportunidad de retractarte sobre tus comentarios acerca de los vietnamitas —me dijo.

—¿Se refiere a lo que dije de que son personas?

Me contestó que sí, y yo le respondí que no podía y no hubo más discusión. «Quedas relevado. Súbete al *jeep*», me comunicó. Pregunté si podía despedirme de mi sección y me respondió: «No, no puedes tener más contacto con ellos. Eres una vergüenza y una mala influencia».

No se trataba de una protesta intelectual, sino de un impulso visceral ante lo que veía y oía. Era grotesco del todo afirmar que los vietnamitas no eran personas. Cuando regresé a Camp Eagle tuve que escribir una réplica por haber sido relevado de mi puesto. Uno de los cargos era que había incurrido en una actitud evasiva. Eso era falso. Yo estaba dispuesto a combatir, pero simplemente deseaba que no tuviéramos que hacerlo. Finalmente un coronel tuvo compasión de mí y me ofreció un puesto en asuntos civiles para manejar el programa de exploración Kit Carson[42].

Cuando regresé a Purdue, a comienzos de 1970, me encontré con un ex marine y conversamos acerca de la posibilidad de abrir una sucursal de la asociación Veteranos de Vietnam Contra la Guerra (WCG). Pero el pueblo era tan de derechas que preferimos llamarle Veteranos para la Paz. Creo que

tuvimos una cantidad máxima de siete miembros. Como el movimiento antibelicista en Purdue era muy pequeño, me resultó fácil involucrarme. No me juzgaban por ser excombatiente. Para mí fue una experiencia muy buena. La gente era comprensiva. Comprendían el valor que tenía que los veteranos hablaran contra la guerra, y el hecho de haber estado allí nos daba credibilidad y autoridad moral.

En mayo de 1970 me invitaron a una manifestación en Kokomo [Indiana]. Fui solo, en mi motocicleta, y cuando llegué la escuela estaba rodeada de una turba de paletos. Algunos llevaban hachas. Los coches circulaban con carteles que decían cosas como «Comunistas, largaros de aquí». Kokomo era un antiguo baluarte del [Ku Klux] Klan. Solamente nos reunimos unas cuarenta personas para la manifestación. A los veintitrés años, debía de ser el manifestante más viejo. Todos los estudiantes me miraban. Me di cuenta de que ellos eran aproximadamente diez veces más que nosotros, así que tomé el toro por los cuernos y decidí decirles que canceláramos el encuentro. Pero antes de que pudiera abrir la boca, una muchedumbre se abalanzó sobre mí y me derribó. Gritaban cosas como «¿Qué piensas sobre quemar la bandera?». Uno de ellos intervino y dijo que siempre y cuando no dijéramos nada y siguiéramos nuestro camino no habría necesidad de recurrir a la violencia. Así que la gente comenzó a dispersarse. Me monté en mi motocicleta y me largué de ese pueblo.

En 1971 recibí una llamada de mi viejo amigo del bachillerato Jim Pechin, que había abierto una filial de la asociación de veteranos en Terre Haute, Indiana. Me contó que la asociación de veteranos había organizado una manifestación para la semana siguiente en Washington D. C. No sabía si podría pagarme el viaje, pues me había casado y tenía dos niños, y nuestro presupuesto era muy ajustado. Pero Pechin me dijo que la asociación de veteranos nacional podía ayudarme con la gasolina, así que me envió unos treinta dólares. La idea de una protesta exclusivamente de veteranos me parecía una buena oportunidad para captar la atención nacional y dar credibilidad a la noción de paz. Parte del plan consistía en entregar nuestras medallas, símbolo de que no podían comprar nuestro silencio con condecoraciones. El objetivo pretendía que la atención pública se centrara en el hecho de que los soldados que habían estado en Vietnam y habían sido condecorados se oponían a la guerra, y demostrar que combatir una política dañina e inmoral no era antipatriótico.

Fui con otro veterano al que no conocía demasiado, y al principio no me

tomé la protesta como algo emocional. Simplemente me parecía una buena táctica política. Pero cuando entramos en la ciudad y nos acercamos al parque Mall, fue sobrecogedor. Había un campamento enorme de veteranos. Había visto a algún veterano en las manifestaciones pacifistas como algo simbólico, pero en este caso todo el Mall estaba repleto. Eran cientos y cientos de veteranos. Organizaban comidas colectivas, improvisaban tiendas de campaña, desplegaban sacos de dormir y encendían pequeñas fogatas. La mayoría iban vestidos con la parte superior de los viejos uniformes de la selva, con los parches de las unidades, las insignias, los nombres y el rango. Algunos llevaban sus medallas. Unos cuantos llevaban el pelo bastante largo, y muchos teníamos barba. Parecía un ejército informal de melenudos harapientos.

La policía cercaba el campamento sin descanso, aunque durante el día había bastante tránsito. Sobre todo había gente de la asociación, pero también estaban las novias, admiradoras, políticos y seguidores. Todos nos mezclábamos y conversábamos. Algunas charlas eran muy mundanas, las más comunes entre los veteranos eran sobre dónde estuviste en Vietnam, cuándo, conocías a tal persona, etc.

Pero cuando oscureció reforzaron la seguridad y el parque se convirtió en una especie de círculo cerrado de veteranos. Fue escalofriante. Aunque estuviéramos en medio de la ciudad, daba la sensación de estar en un campamento militar. En Vietnam por las noches nunca encendíamos fuego, pero de todas maneras el pasado y el presente se mezclaban con mucha intensidad. Había una camaradería y una euforia increíbles. De nuevo, estábamos todos juntos, aunque esta vez era un ejército pacifista. Realmente parecía una causa noble.

Ocurrió la noche previa a la devolución de medallas. Todo tomó un cariz muy emotivo. Conversamos sobre nuestra lucha por acabar con la guerra y traer a los soldados de vuelta a casa. Todas las personas con las que hablaba sentían que no se trataba de una protesta más, porque ya habíamos estado allí y no había peligro de que nos reclutaran o nos enviaran de nuevo a la guerra. Conocíamos la guerra de primera mano y habíamos demostrado nuestro patriotismo. Muchos habían sido heridos. Había hombres con muletas y en sillas de ruedas.

Nunca había usado mi medalla. La tenía en una caja. Cuando fui a Washington cogí la medalla y la mención honorífica y las puse en mi bolsillo. Salvo en unos pocos casos, sentía que las medallas se otorgaban de manera

bastante aleatoria. En todos los combates había situaciones que ameritaban un reconocimiento. Miles de medallas fueron dadas a personas por acciones rutinarias. Sólo unos pocos salvaron a diez personas de un incendio. En mi caso, la estrella de bronce con distintivo V [de Valor] era una especie de premio genérico y la mención sólo decía algo así como «se movió entre sus hombres y dirigió el fuego sin preocuparse por su propia seguridad». Siempre sentías que todos estaban haciendo eso.

Creía que la guerra era totalmente inadecuada, tanto desde un punto de vista moral como político. En ese sentido, se puede decir que todos los símbolos que encierra, incluidas las medallas, carecen de valor. Algunos de los veteranos de la manifestación consideraban las medallas como un signo de deshonor, pero yo no lo vivía así. Sentía cierto orgullo por haber sido reconocido con una medalla por hacer un buen trabajo, así que no podría decir que me sentí bien arrojándola. Tuve sensaciones encontradas. Había una contradicción entre hacer un buen trabajo y odiar la guerra, sentir la hermandad en el campo de batalla y a la vez saber que la guerra era inmoral. La medalla era todo eso. Algunos veteranos nunca pudieron superar esa contradicción. Sentían que la guerra era un error, pero sabían que la gente con la que estaban era buena, y no podían conciliar ambas cosas. La mayoría no apoyaba la guerra totalmente pero tampoco toleraba la idea de oponerse a ella.

No saqué mi medalla hasta que nos pusimos en fila frente a las escalinatas del Capitolio. Cada veterano subía hasta el micrófono, decía su nombre, quizá su unidad, cuántas medallas tenía y algunos decían algunas palabras sobre la guerra. Pero la procesión era tan larga que la mayor parte del tiempo estaba demasiado lejos como para poder oír lo que decían. Luego arrojaban sus medallas por sobre las barreras de alambre que habían puesto sobre los escalones del Capitolio. No sé para qué se molestaron en colocarlas. Era evidente que no pensábamos tomar el edificio.

Fue un momento muy intenso. Recuerdo que me sentía apabullado y un poco tímido, sin saber qué hacer. Pensaba: «Dios, ¿qué voy a decir?». No era muy sofisticado. Me sentía contenido por la multitud. Había jóvenes, padres de veteranos y «madres de la estrella de oro» cuyos hijos habían muerto en Vietnam. Era un mar de emociones. Mucha gente lloraba.

Cuando finalmente llegó mi turno, fue muy rápido. Había envuelto mi medalla dentro del papel de la mención y lo había arrugado formando una especie de pelota. Creo que simplemente subí y dije: «Steve Sherlock, estrella de bronce con distintivo “V”». Arrojé mi medalla sobre la barrera y me fui.

29

Watergate

La presidencia de Richard Nixon se derrumbó bajo el peso del Watergate, que fue una sucesión de actividades criminales que finalmente lo obligaron a renunciar en agosto de 1974, y por la que sentenciaron a más de cuarenta funcionarios del gobierno. A pesar de que el Watergate abarcó decenas de delitos, muchos iniciados durante los primeros meses de Nixon en el poder, nuestros recuerdos se suelen reducir a unos cuantos enredos de la Casa Blanca durante 1972, año electoral, para sabotear al partido demócrata. Esa imagen limitada se debe en parte a que la palabra «Watergate» hace referencia a un único delito: el robo de documentos ocurrido el 17 de junio de 1972 en la sede del comité electoral del Partido Demócrata, enclavada en el complejo de oficinas Watergate en Washington. Durante los dos años siguientes los investigadores descubrieron que el comité para la reelección de Nixon había autorizado los robos, que el propio Presidente había ordenado pagar a los ladrones para que no hablaran y que había recurrido a agencias federales para encubrir la responsabilidad del delito.

La mayoría de la gente no sabe que el escándalo Watergate no comenzó en la campaña presidencial de 1972, sino que sus orígenes se remontan a la guerra de Vietnam. Desde los primeros días como Presidente, Nixon tomó medidas extremas, incluso ilegales, para atacar a quienes se opusieran a la guerra o pudieran revelar sus planes secretos para prolongarla. Él y sus ayudantes redactaron una «lista de enemigos» en la que figuraban unos doscientos políticos, periodistas, celebridades y activistas. La mayoría había criticado la guerra de Vietnam de forma explícita. Nixon usó al FBI, la CIA, el fisco y otros organismos del gobierno para espiar, acosar y difamar a esos «enemigos». En mayo de 1969, cuando *The New York Times* publicó un artículo que decía que Estados Unidos había comenzado a bombardear Camboya sin permiso del Congreso y a espaldas de la población, Nixon

autorizó la intervención ilegal de las líneas telefónicas de los funcionarios y periodistas sospechosos de filtrar información sobre la escalada encubierta y la expansión de la guerra.

Dos años más tarde, en 1971, el ex funcionario del Departamento de Defensa Daniel Ellsberg hizo públicos los Papeles del Pentágono, una serie de documentos secretos sobre la historia de la guerra desde sus orígenes hasta la presidencia de Johnson. El consejero de Seguridad Nacional Henry Kissinger ayudó a convencer a Nixon de que Ellsberg era una seria amenaza para la seguridad nacional, no tanto porque arrojara luz sobre las mentiras que presidentes anteriores habían esgrimido sobre la guerra, sino porque también podía llegar a revelar información sobre los planes secretos de guerra de Nixon. Entonces el Presidente ordenó al asesor político de la Casa Blanca, John Ehrlichman, que hiciera «lo que hubiera que hacer» para evitar que Ellsberg o cualquier otra persona filtrara secretos del gobierno. Entonces Ehrlichman estableció una Unidad de Investigaciones Especiales con el amplio cometido de controlar a quienes la Casa Blanca considerara una amenaza para la seguridad nacional.

Esta unidad de operaciones encubiertas, apodada «los fontaneros», irrumpió en el consultorio del psiquiatra de Ellsberg en busca de documentos que pudieran incriminarlo. Muchos de los «fontaneros» fueron entonces convocados por el Comité para la Reelección del Presidente (CREEP), encabezado por el fiscal general John Mitchell. El CREEP realizó numerosas operaciones —algunas ilegales, otras simplemente sórdidas— para desacreditar a los potenciales candidatos a la presidencia, poniendo especial atención en los que, como el senador Edmund Muskie, tenían más probabilidades de derrotar a Nixon en las elecciones de 1972. Cuando el Partido Demócrata nombró al senador George McGovern, el más liberal de los candidatos, el CREEP festejó el resultado. De todas maneras, no quisieron arriesgarse a los caprichos de la democracia y propusieron más operaciones para manchar la reputación de McGovern. En otoño de 1972, el caso Watergate todavía era una historia menor y no había hecho mucho daño a la reputación de Nixon. Su histórico acercamiento diplomático con China y el avance en las negociaciones para poner fin a la intervención estadounidense en Vietnam le dieron gran popularidad, y derrotó a McGovern con amplia ventaja.

Sin embargo, el segundo período de Nixon, comenzó en 1973 enfrentándose a investigaciones cada vez más intensas del poder judicial y del

Congreso. Los delitos iban saliendo a la luz, uno tras otro. Ante cada nueva revelación, Nixon proclamaba su inocencia. Para que el poder no se le fuera de las manos relevó a varios de los funcionarios de primera línea acusados, incluidos su jefe de personal Bob Haldeman y John Ehrlichman. Cuando se descubrió que Nixon había grabado muchas de sus conversaciones más privadas, pruebas cruciales para determinar su inocencia o culpabilidad, se negó a entregar las cintas a los investigadores del Senado. Finalmente la Corte Suprema tuvo que ordenar al Presidente que las entregara.

Como la responsabilidad de Nixon se hacía más evidente, la Comisión de Justicia de la Cámara de Representantes lo llevó a juicio político, y en julio de 1974 aprobó tres artículos en su contra. Aunque ninguno de éstos estaba directamente relacionado con la guerra de Vietnam —la comisión rechazó un artículo en el que se acusaba al Presidente de violar los poderes de guerra del Congreso al bombardear Camboya—, su insistencia en prolongar la guerra sin debate público y su empeño por acallar las críticas derivaron en muchos de los abusos de poder que finalmente acabaron con su presidencia.

DANIEL ELLSBERG

«Estamos devorando a nuestros jóvenes».

En 1971, la Casa Blanca lo calificó de desertor y traidor. Kissinger se lo describió a Nixon como «el hombre más peligroso de Estados Unidos» y «un halcón devenido en pacifista» al que «había que detener a toda costa». Ellsberg, ex funcionario del Departamento de Defensa, acababa de sacar a la luz los Papeles del Pentágono, siete mil páginas de documentos secretos sobre la historia de la toma de decisiones en Vietnam desde 1945 hasta 1968. La Casa Blanca asignó a una Unidad de Investigaciones Especiales conocida como «los fontaneros» la tarea de investigarlo y dar con cualquier tipo de información que pudiera perjudicarlo.

Ellsberg, de hecho, había sido un ferviente defensor de la Guerra Fría. Después de graduarse en Harvard, a comienzos de los años cincuenta, se unió a los marines. Una noche, mientras era teniente de los marines, estaba de licencia en Italia y fue a un restaurante. Se encontró a John Wayne comiendo en una mesa cercana. «Le pedí al camarero que le sirviera una botella de champán». El protagonista de Arenas de Iwo Jima *le invitó a sentarse a su mesa. «No fue como conocer a una celebridad. Fue como conocer al mismísimo Moisés. Nos movilizó a todos».*

En 1959 comenzó a trabajar en Rand, la empresa investigadora

californiana, como analista de políticas de defensa nuclear. Poseía una inteligencia analítica brillante y era muy ambicioso, por lo que ascendió rápidamente en el mundo de la planificación militar secreta y se convirtió en consultor del Pentágono. En 1964 fue contratado por el Departamento de Defensa y comenzó a trabajar casi exclusivamente en Vietnam. Si bien tenía dudas sobre la efectividad de los bombardeos y los métodos militares convencionales, se ofreció para ir a Vietnam y allí trabajó con el experto en contrainsurgencia Edward Lansdale.

Cuando regresó de Vietnam, en 1967, formó parte del equipo que recopiló los Papeles del Pentágono, proyecto iniciado por Robert McNamara en su último año como secretario de Defensa. Ellsberg fue uno de los pocos que se tomó el trabajo de leer todo el estudio y comprobó que «desenmascaraba todas las razones supuestamente legítimas que esgrimíamos para justificar lo que estábamos haciendo» en Vietnam. Cada vez se oponía más a la intervención estadounidense en Vietnam, hasta que en 1969 comenzó a fotocopiar todo el juego de documentos clasificados. Al principio trató de convencer a los legisladores antibelicistas de realizar sesiones basándose en los papeles, pero como ninguno estuvo dispuesto hizo llegar una copia al periódico The New York Times, *que comenzó a publicar fragmentos en junio de 1971.*

Nixon intimidó al The New York Times *y luego a otros periódicos para que no publicaran los documentos, pero la Corte Suprema se decantó a favor de la prensa. Ellsberg fue acusado de robo, conspiración y violaciones a la ley de espionaje. Finalmente el juez a cargo desechó el caso ante las pruebas de que el equipo de Nixon había intervenido los teléfonos de Ellsberg ilegalmente y había enviado a los fontaneros a irrumpir en el consultorio de su psiquiatra.*

La gente se pregunta cómo estos hombres tan listos pueden haberse equivocado tanto acerca de lo que podían conseguir en Vietnam. ¿Cómo podían ser tan optimistas y estar tan equivocados? Pero los Papeles del Pentágono demostraron que los políticos estadounidenses en realidad eran bastante pesimistas y sabían que sus estrategias estaban fallando. Se les había informado que las probabilidades de éxito eran muy bajas. No eran unos locos optimistas ni jugadores de apuestas, pero a pesar de su pesimismo siguieron adelante y alargaron la guerra en el tiempo y el espacio. Y tenían que mantenerlo en secreto, porque ante ese panorama tan desalentador la opinión pública no habría aceptado continuar con la guerra. Esto ocurrió con cuatro

presidentes. Sus personalidades y partidos políticos eran bastante diferentes entre sí, pero todos obraron de manera parecida.

Vietnam demostró que los dirigentes estadounidenses no estaban preparados psicológicamente para negociar una solución que algunos calificarían de derrota, pero que el pueblo aceptaría con gusto. Sencillamente no hay pruebas de que la opinión pública hubiera desaprobado a un presidente por retirarse de Vietnam. Creo que estiraron un punto muerto imposible de superar no sólo porque les importara ser reelegidos, sino porque además les importaba lo que dirían de ellos. Con tal de no quedar como unos perdedores, estaban dispuestos a enviar a hombres y mujeres a la muerte. Preferían seguir adelante, sin importarles cuántas personas murieran, con tal de salvar su propio pellejo. Lo importante en Vietnam era no perder. La madre de Nixon le solía decir: «No estás derrotado hasta que lo admites». Él lo entendió a la perfección.

Muchos se sentían muy mal por enviar hombres a morir a lo que ya se sabía que era una guerra perdida. Pero no podían desligarse con tanta facilidad. Todos los jefes del ejército se volvían locos sintiendo que eran culpables de las muertes de todos aquellos hombres que eran mandados a una operación irresponsable. Cuando empezó la guerra, el jefe del ejército Harold Johnson aseguró que escribiría cartas a los padres de todos los soldados que murieran en Vietnam. Durante un tiempo lo hizo. Escribió centenares de cartas hasta que tuvo que dejarlo, no tanto porque fueran demasiadas, sino más bien porque aquello le estaba enloqueciendo. Sin embargo, muchos generales que consideraban que el Presidente no estaba haciendo lo necesario para ganar no renunciaron. Para todos ellos —militares y políticos— rendirse o retirarse era poner en duda su masculinidad y coraje.

En agosto de 1969 fui a una conferencia de la Liga de Resistencia a la Guerra. Conocí a un joven llamado Randy Kehler, un graduado de Harvard que había ido a Stanford a continuar sus estudios, pero los abandonó para trabajar en la liga. Dio una charla en la que anunció que lo querían encarcelar por negarse a pagar el impuesto para la guerra. Todos nos quedamos atónitos. Era la primera vez que conocía personalmente a un estadounidense dispuesto a ir preso por negarse a colaborar con una guerra injusta. Pensé, estamos devorando a nuestros jóvenes. Dependemos de ellos para hacer la guerra y para acabarla. Fui al lavabo, me senté en el suelo y me puse a llorar. En aquel momento tenía treinta y ocho años y pensé que les correspondía a los mayores acabar con la guerra. «¿Qué podría hacer si no me preocupara por lo que

pudiera ocurrir, si no me fijara en las consecuencias que tendría en mi carrera?», me preguntaba. Inconscientemente, había descartado cualquier acción que me impidiera seguir trabajando en la Casa Blanca. Trabajar para el Presidente había sido siempre mi máxima aspiración. ¿Estaba dispuesto a olvidarla? ¿Estaba dispuesto a ir preso?

Tomé la decisión final más o menos un mes más tarde, cuando leí que un equipo de las Fuerzas Especiales tenía que enfrentarse a un juicio por haber matado a uno de sus propios agentes vietnamitas. Sospechaban que era un agente doble del Vietcong, así que lo llevaron al mar de China Meridional, le dispararon y lo tiraron por la borda atado con cadenas. La mayoría de los estadounidenses pensaron: «¿Por qué van a procesar a estos hombres valientes que simplemente cumplieron con su deber?». Hubo tantas quejas que liberaron a los hombres y suspendieron el juicio. Evidentemente, era una decisión de la Casa Blanca, pero el secretario del ejército dijo que la decisión había sido suya. Todos los niveles de mando mintieron para encubrir el asesinato, desde los sargentos hasta el comandante en jefe. En ese momento decidí no formar parte de esa mentira criminal. No era sólo la mentira lo que me molestaba, sino la mentira al servicio de una guerra injusta. Y matar en una guerra injusta es un homicidio injustificado, un asesinato en masa.

Quería hacer algo que fuera pacífico y honesto. Se me ocurrió copiar el estudio que tenía sobre los orígenes de la guerra. Tenía siete mil páginas de documentos secretos que estaban en mi poder [en la Rand Corporation], evidencia de un cuarto de siglo de agresiones, tratos violados, decepciones, elecciones robadas, mentiras y asesinato. Tenía las pruebas de todo. No estaba seguro de cuánto serviría divulgarlos, puesto que sólo llegaban hasta 1968. No llegaban a la presidencia de Nixon. Si hubiera tenido documentos que probaran lo que me habían contado sobre los planes de Nixon para extender la guerra, habría divulgado éstos en lugar de aquéllos. Habrían sido mucho más importantes.

A Nixon en realidad no le preocupaba la publicación de los Papeles del Pentágono. No lo comprometían. Sólo hacían quedar mal a Johnson y a Kennedy. Lo que temía era que yo divulgara información sobre sus planes para intensificar la guerra. Creía que yo sabía de sus planes y que podía probarlos, así que tenía que hacerme callar. Eso fue lo que le llevó a emprender acciones criminales contra mí y lo que finalmente lo volvió vulnerable.

Me motivaba exclusivamente cambiar la política de Nixon. Según supe

por gente que trabajaba con él, Nixon esperaba llegar a la victoria a través de amenazas, y, de ser necesario, a través de las bombas. Me parecía probable que el Presidente intensificara los bombardeos hasta llegar a usar incluso armas nucleares. Las amenazas nucleares podían ser una fanfarronada, o no. La población entendió que prometía salir de la guerra, pero su estrategia consistía en plantear objetivos ambiguos. Lamentablemente, no tenía documentación para demostrarlo, pero como tenía los Papeles del Pentágono primero los llevé al Congreso, con la esperanza de que realizaran sesiones y citara testigos que pudieran dar fe de las estrategias de Nixon. Pero nadie quiso. Ahí fue cuando decidí llevar los papeles a los periódicos.

No había muchos motivos para pensar que fuera a tener una gran repercusión, a no ser que Nixon reaccionara en forma desmedida. Eso fue exactamente lo que hizo. Si Nixon no hubiera iniciado acciones legales contra los periódicos, el tema se habría evaporado. Nadie los habría leído. El día en que *The New York Times* comenzó a publicarlos, ni siquiera los telediarios se hicieron eco. El tema no fue noticia hasta que llegó a la justicia. Entonces yo ya había pasado a la clandestinidad. Iniciaron una cacería contra mi persona. Se decía que era la más importante desde el secuestro de Lindbergh [cuando el hijo del famoso aviador fue raptado en 1933]. Cada vez que la Casa Blanca iniciaba acciones legales contra un periódico yo le llevaba los documentos a otro. Siempre se dice que *The New York Times* y *The Washington Post* fueron muy valientes, pero otros quince periódicos publicaron partes del material antes de que la Corte Suprema fallara a favor de la prensa. Nunca hubo otro episodio en la historia de Estados Unidos en el que un diario tras otro desafiaran de tal manera al gobierno. La Casa Blanca decía que los Papeles amenazaban la seguridad nacional en tiempos de guerra y los periódicos le decían a Nixon: «Que te jodan».

En aquellos años pensaba mucho en un concepto al que llamé «judo revolucionario». Tenía que ver con mi aprendizaje de las tácticas del Vietcong en Vietnam. El Vietcong abría fuego desde algún pueblo y el bando estadounidense bombardeaba el pueblo. Dos tercios de los supervivientes eran llevados a campos de refugiados, y el tercio restante se unía al Vietcong. El Vietcong nos incitaba deliberadamente a bombardearlos. Les resultaba una operación muy conveniente. Al provocar abusos contra su gente, se aseguraban nuevos miembros y el apoyo de la población. Si no tienes los recursos para convencer a la gente de que su gobierno es malo, deja que el gobierno lo haga. Los Papeles del Pentágono fueron una especie de judo revolucionario contra Nixon. Yo no tenía el poder necesario para convencer a

la población de lo malo que era, pero al reaccionar de manera tan exagerada él mismo se encargó de hacerlo.

A día de hoy no hay pruebas que impliquen a Nixon en la irrupción en el complejo Watergate. Por lo tanto, si no me hubiera perseguido, Nixon no habría tenido ninguna participación en el Watergate. Sin los fontaneros, no habría tenido ninguna necesidad personal de involucrarse en el encubrimiento. No le interesaba proteger a [el fiscal general John] Mitchell o a [el jefe del ejército Bob] Haldeman. La razón por la que Nixon sobornó a los fontaneros no fue tanto para que no abrieran la boca sobre el asalto al complejo Watergate, sino para que no dijeran nada acerca del espionaje que estaban realizando, a mí y a otras personas a las que consideraban oponentes antibelicistas. Por consiguiente, el afán de Nixon por capturarme fue la base del caso Watergate.

Además, de no haber sido por el Watergate, creo que Nixon podría haber continuado el bombardeo de Vietnam por tiempo indefinido. El Watergate acortó la guerra al menos un par años, y seguramente mucho más. Aparte de su conexión con el Watergate, los Papeles del Pentágono definitivamente sirvieron para deslegitimar la guerra e hicieron que la población se impacientara ante su duración y sintiera que era inmoral. Demostraron que los presidentes siempre mienten, no a veces, sino siempre. No todo lo que dicen es mentira, pero cualquier cosa que digan puede serlo.

Desde que divulgó los Papeles del Pentágono, a Ellsberg no le han vuelto a ofrecer un puesto en el gobierno ni en ninguna empresa de investigación.

EGIL «BUD» KROGH

«Hagamos una barricada».

En 1969, Krogh, este abogado de veintinueve años, fue a la Casa Blanca para trabajar para John Ehrlichman, asesor especial de Nixon. Devoto de la iglesia de la Ciencia Cristiana, Krogh rápidamente se ganó la fama de un incansable y ferviente defensor del gobierno.

Este empleado entusiasta habría sido olvidado por la historia si no fuera porque su jefe le ordenó formar una Unidad Especial de Investigaciones para buscar información negativa sobre Daniel Ellsberg, quien acababa de filtrar a The New York Times *los Papeles del Pentágono. Este nuevo grupo se autodenominó «los fontaneros», debido a que su tarea era tapar las filtraciones de información confidencial del gobierno. Su primera misión importante, previa a la famosa irrupción en la sede del Partido Demócrata*

un año después, fue entrar en el consultorio del psiquiatra de Ellsberg, el doctor Lewis Fielding. Este operativo, perpetrado por el ex agente del FBI G. Gordon Liddy y el ex agente de la CIA Howard Hunt, fue uno de los primeros antecedentes criminales del Watergate. Al finalizar 1973, Krogh se declaró culpable de violar los derechos de Fielding. Pasó cuatro años y medio en la cárcel y fue inhabilitado como abogado durante cinco años.

Mi primera tarea en la Casa Blanca fue coordinar nuestras acciones ante las manifestaciones antibelicistas del distrito de Columbia. En 1970, la incursión de Nixon en Camboya cayó como un balde de agua fría, incluso para algunos de los que trabajábamos en la Casa Blanca. Habíamos comunicado que Estados Unidos iba a disminuir gradualmente su implicación directa en la guerra, y no había forma de interpretar esta incursión como otra cosa que no fuera un recrudecimiento. Esto provocó una reacción fuerte e inmediata que excedió los límites del movimiento antibelicista. Mucha gente estaba indignada y se dirigió inmediatamente a Washington D. C. para manifestarse. Las movilizaciones se extendieron como un reguero de pólvora, y tuvimos que desplegarnos rápidamente para proteger la Casa Blanca. Recuerdo que en la reunión en el Departamento de Justicia dije: «Bueno, John Wayne tenía razón. Hagamos una barricada. Tenemos que salir y colocar una flota de autobuses alrededor de la Casa Blanca». Si poníamos una hilera de policías con porras y máscaras era casi como una invitación a que nos atacaran, pero atacar a un autobús ciertamente es más difícil. Así que eso hicimos. También movilizamos unidades del ejército hacia el viejo Edificio Ejecutivo Eisenhower.

Prácticamente vivía en el puesto de comando debajo de la Casa Blanca, haciendo un seguimiento de todo lo que ocurría. Tenía contacto por radio y teléfono con la policía, el servicio secreto y el ejército. También teníamos un sofisticado sistema de televisión por el que visualizábamos las calles. A eso de las cuatro y media de la madrugada [del 9 de mayo], mientras los manifestantes llegaban a Washington desde todos los puntos del país, me llegó un mensaje por el altavoz que decía: «El Reflector está en el césped». El Reflector era el nombre en clave de los Servicios Secretos del Presidente. Llamé de inmediato a Ehrlichman y simplemente me dijo: «Ve a prestar asistencia de inmediato». Fui corriendo por el ala oeste y llegué a la salida justo a tiempo para ver la limusina de Nixon saliendo de la Casa Blanca. Tomé a la fuerza un coche de la Casa Blanca para que lo siguiera y cuando finalmente lo alcanzamos estaba en lo alto de las escalinatas del monumento a Lincoln, en medio de un pequeño círculo de estudiantes. Subí las escalinatas

corriendo y me quedé de pie detrás de él. Los estudiantes parecían estar en un estado de desconfianza total. Parecían estar viendo a un comediante imitando a Nixon. Estaban cansados después de conducir toda la noche para llegar a la manifestación y de repente se encuentran con el presidente de Estados Unidos en el monumento a Lincoln. Le decían cosas como: «Estamos muy preocupados por la guerra. Creemos que deberíamos retirarnos». Y él les decía cosas como: «Entiendo cómo os sentís». Les contó que de joven había sido muy idealista y que había estado muy de acuerdo con los intentos de Neville Chamberlain en Múnich [en 1938] por lograr un acuerdo con Hitler para no tener que llegar a una guerra. Estaba equivocado, dijo Nixon, pero le llevó mucho tiempo darse cuenta. Luego comenzó a divagar sobre la importancia de viajar, de conocer el mundo y varios temas más.

Entonces subió a su limusina. Pensé que regresaríamos a la Casa Blanca, pero salimos pitando directos hacia el Congreso. Fue uno de los episodios más extraños de mi vida. Nixon iba acompañado de su ayudante, Manolo Sánchez. Fueron a la sala de la Cámara de Representantes y el Presidente pidió a Manolo que diera un discurso. A Manolo le daba vergüenza, pero el Presidente le dijo: «No, no, adelante, danos un discurso». Así que empezó a hablar y Nixon aplaudió. Era surrealista. No me parecía muy lógico, que digamos. Finalmente llegó la autoridad bajo la forma de Bob Haldeman y el equipo a cargo, así que pensé que por fin podría volver a casa, pero cuando subimos a la limusina presidencial, Nixon dijo: «Todavía no quiero regresar. Vayamos a desayunar al hotel Mayflower». Creo que era la primera vez que comíamos fuera de la Casa Blanca desde que Nixon era presidente, y justo tenía que ser en medio de una manifestación antibelicista sorpresa. La gente llegaba a la ciudad a raudales. Al pasar por el parque Mall vimos muchísimas personas en sacos de dormir. «Voy a volver caminando a la Casa Blanca», me anunció el Presidente después de desayunar. Comencé a caminar a su lado. La limusina avanzaba lentamente a la par que nosotros. «Deténlo», me dijo Haldeman. Fue una de las cosas más difíciles que me ha tocado hacer. Tuve que poner mi mano en su brazo y decirle: «Señor Presidente, no puede volver caminando. No podemos llegar a pie». Retiró el brazo bruscamente y soltó algún improperio, pero subió al coche.

Pasé la mayor parte del año ocupándome del problema de las drogas en el ejército. No se podía confiar en la información del Departamento de Defensa. No estaba actualizada. Los informes desde el terreno eran retocados y manipulados, a tal punto que un oficial de alto rango me explicó que el índice de adictos a la heroína en el ejército era cerca de cien. Le pregunté de dónde

había sacado ese número y me contestó: «Bueno, es la cantidad de personas que hemos juzgado y condenado». Me di cuenta de que no podía obtener información fidedigna a través de intermediarios, así que me fui a Vietnam. Comencé en la base Charlie 2, justo al sur de la zona desmilitarizada. La primera vez que salí a dar una vuelta vi un grupo pasando el rato por ahí fumando marihuana. «Hola, soy Bud Krogh de la Casa Blanca», me presenté. Me miraron y uno de ellos dijo: «Sí, claro, y yo soy de Marte». «Mirad, nadie será castigado, sólo quiero hacerme una idea de la facilidad para conseguir drogas por aquí», insistí. «Bueno, ¿y qué tipo de material quieres?», me respondió.

En todas las bases que recorrí, a lo largo de todo Vietnam, obtuve más o menos la misma respuesta. Le informé de esto al Presidente, que estaba en San Clemente, y le dije: «Aquí no tenemos un problema de drogas sino una situación de drogas. Se consiguen en cualquier parte, son baratas y hay hombres enfermos, cansados, aburridos, infelices y asustados. Van a seguir consumiéndolas».

Cuando se divulgaron los Papeles del Pentágono yo estaba en Vietnam. Al regresar, Ehrlichman me pidió que organizara una unidad de investigación para averiguar por qué había sucedido y todos los aspectos del tema. Me lo presentó como una crisis de seguridad nacional muy grave, un acto de traición cometido por un enemigo de Estados Unidos. Es difícil describir la intensidad de las emociones que sentíamos hacia Ellsberg. La orden fue remover cielo y tierra. ¿Quién estaba tras aquello? ¿Involucraba al servicio de inteligencia? ¿Ellsberg trabajaba solo? Los Papeles del Pentágono llegaban hasta antes de la presidencia de Nixon, o sea que no había nada en ellos que lo pudiera comprometer. Pero lo que ellos querían saber era si existía la posibilidad de que Ellsberg divulgara otros documentos que nos resultaran peligrosos. «El Presidente está muy preocupado por esto, al igual que Henry [Kissinger]», dijo Ehrlichman. Kissinger debía tener miedo de que Ellsberg tuviera acceso a información más reciente sobre algunos de sus propios planes internos en Vietnam.

Nixon opinó que Ellsberg podía estar trabajando para los rusos. Lo acechaba el recuerdo de Alger Hiss[43]. El Presidente me dijo que leyera el capítulo sobre Hiss de su libro *Seis crisis*, justo cuando me disponía a empezar a trabajar con los fontaneros. Creo que estaba considerando a Daniel Ellsberg y Alger Hiss casos equivalentes: el de hombres que podrían haber tenido una carrera ilustre en la Casa Blanca pero fueron «seducidos» [por los

agentes comunistas]. Para Nixon haber desenmascarado a Hiss fue uno de los mayores logros de su carrera, y quería repetirlo. Todos los presidentes tienen la paranoia de perder el poder, pero en el caso de Richard Nixon era realmente extrema.

Así que armé un equipo con Gordon Liddy y Howard Hunt. No hubo una orden explícita de la Casa Blanca de ir por el psiquiatra de Ellsberg. No sé si fue Liddy o Hunt quien dijo: «Veamos si podemos ver los archivos que tiene Fielding sobre Ellsberg, porque a veces la gente le revela al psiquiatra cosas que no le revelaría a nadie más». El asalto al consultorio no habría ocurrido si yo no le hubiera enviado a John Ehrlichman un informe para seguir con la maniobra. Asumo toda responsabilidad.

Apenas irrumpieron en la consulta del psiquiatra recibí una llamada de Liddy diciendo que no habían encontrado ningún archivo de Ellsberg. Me sentía desilusionado de que no hubieran logrado el objetivo pero a la vez aliviado de que hubieran podido escapar sin dejar rastros que pudieran implicar a la Casa Blanca. Cuando regresaron con las fotos de lo que habían hecho, quedé horrorizado. Habían destrozado el consultorio para que pareciera que alguien había entrado a robar drogas. Superaba ampliamente mi concepto de operación «secreta», así que le mostré las fotos a Ehrlichman y me dijo que diéramos por terminada la operación inmediatamente. Hunt y Liddy querían regresar a California para entrar en la casa de Fielding. Los fontaneros de la Casa Blanca no eran personas muy sensatas.

De alguna manera, pudimos justificar toda aquella conducta gracias al argumento de la seguridad nacional. Tampoco me lo planteé como una cuestión ética, no me preguntaba si lo que hacía estaba bien. Lo veía como una operación fallida dirigida por la autoridad del Presidente en materia de seguridad nacional, no como un crimen o una violación de la Constitución. Di por sentado que hacíamos lo correcto. Nuestras acciones estaban motivadas por el entusiasmo, la ira y el miedo.

El asalto al complejo Watergate me hizo empezar a cambiar de idea. Me habían trasladado al Departamento de Transporte, pero cuando leí los nombres de los hombres a los que habían atrapado vi que los conocía y que habían trabajado para mí. Me percaté de que si no hubiéramos irrumpido en la consulta del doctor Fielding, si simplemente hubiésemos dicho «esta Casa Blanca no aceptará ese tipo de actividades», entonces quizá el Watergate no habría ocurrido. Pero una vez que sucedió, podría haber hecho un gran bien confesando todo lo ocurrido. En cambio, cuando me interrogaron perjuré

sistemáticamente hasta 1973. Curiosamente, mentí impulsado por un sentimiento de patriotismo.

Finalmente, en mayo de 1973, mientras Daniel Ellsberg era juzgado por robo y espionaje, escribí una declaración jurada donde describí punto por punto todo lo sucedido y se la envié al juez. Debido a nuestra mala conducta, en cuarenta y ocho horas Ellsberg quedó libre de cargos. En los meses siguientes vi claramente que no podía seguir defendiendo el derecho del gobierno a violar los derechos constitucionales de un ciudadano. La única solución posible era declararme culpable. Me quité un enorme peso de encima.

En retrospectiva, creo que lo que hizo Ellsberg fue una muestra de coraje extraordinaria y creo que siguió su más profundo sentido ético. En aquel momento me pareció un traidor, pero ahora lo veo de otra manera. Me di cuenta de que Ellsberg fue un patriota.

30

«Creíamos que habíamos ganado la guerra»

CHARLES HILL

«Los periodistas seguían escribiendo como si fuera el Tet de 1968».

Desde 1966 hasta 1969, Charles Hill fue «observador de China» para la sede del Departamento de Estado en Hong Kong. Una de sus principales misiones fue evaluar la posibilidad de que China enviara soldados a Vietnam, tal como había hecho en la guerra de Corea. «Pero nunca fue más que una conjetura terrorífica. No vimos ningún indicio de tal intervención».

A comienzos de 1969 hizo un viaje de reconocimiento a Vietnam. «Sentí que el proyecto no estaba funcionando y que la moral estaba muy baja». Regresó a Estados Unidos por un año para hacer un posgrado en Harvard y se encontró inmerso en una cultura universitaria dominada por el movimiento antibelicista. A finales de 1970, el Departamento de Estado lo mandó a las antípodas de aquel entorno: la embajada de Estados Unidos en Saigón. Allí trabajó con el embajador estadounidense, Ellsworth Bunker, primero como vicecoordinador de misiones y luego como jefe de asesores del embajador. Tenía treinta y tantos años.

Conversamos en su oficina de la Universidad de Yale, donde es profesor de relaciones internacionales. Habla con voz serena y movimientos acompasados.

Cuando entré en Harvard en 1969 caí en los brazos del movimiento antibelicista. Era el tema de conversación obligado, con quien fuera y donde fuera. Un día común en Harvard pasaba por siete u ocho puertas y en todas había alguien repartiendo octavillas contra la guerra. El movimiento finalmente me atrapó y comencé a sentir que había que acabar con la guerra fuera como fuese. No era activista, pero era simpatizante de la línea «blanda».

Hacia la primavera de 1970 la actividad de la universidad se detuvo. Era

como una especie de Revolución francesa, con reuniones multitudinarias para discutir. Ponían a los profesores en apuros a la manera de la Guardia Roja: los forzaban a plantarse frente al alumnado y confesar sus crímenes. Yo pasaba la mayor parte del tiempo con graduados y creo que todos, de alguna manera, eran maoístas. Pensaban que Occidente era una entidad viciosa, belicista, racista y condenada al fracaso, y que la única forma de avanzar hacia el futuro era a través de algún tipo de movimiento hacia el socialismo y finalmente el comunismo que podía socavar toda la estructura comercial de Estados Unidos.

Dondequiera que miraras, los referentes intelectuales estaban a favor de una violencia depurativa. Ninguna construcción se realiza sin destrucción. Según esta lectura, no había otra opción, dado que la misma naturaleza de la sociedad occidental era violenta. La esencia de la democracia estadounidense era una especie de fascismo encubierto, racista y violento por naturaleza. Y una vez que esa violencia tuviera lugar, entonces la revolución podía proceder a construir y consolidar una sociedad ideal.

Lo primero que me impactó cuando regresé a Vietnam, hacia finales de 1970, fue cómo había cambiado desde comienzos de 1969. Era mucho más estable, en cierto modo más próspero. La actitud de la gente era muy positiva y la seguridad realmente no era un problema. Por supuesto que todavía había montones de alambre de espino rodeando todo, y si se subía a la azotea de la residencia de oficiales [el hotel Rex] todavía se veían rastros de combate en el campo. Pero a los estadounidenses les gustaba exagerar la inseguridad por el simple hecho de que se suponía que estaban en un lugar peligroso y la gente en casa pensaba que eso era emocionante y que eran unos valientes. Digamos que inventaban peligros porque la situación ya no era como antes.

De regreso en Harvard, percibí que tenían una imagen de la guerra que era la de la Ofensiva Tet de 1968. Todo lo que se oía era sobre el Tet, año tras año. En cierto sentido eso era lo que los activistas querían, porque en su objetivo de detener la guerra querían oír las peores noticias posibles. Así que aquello se institucionalizó. En Vietnam la tendencia era hacia la pacificación, pero los periodistas seguían escribiendo como si fuera el Tet de 1968. Lo mismo pasaba con los libros. Hasta el último año, más o menos, fue imposible encontrar libros que no se detuvieran en la Ofensiva Tet de 1968, o en 1969.

Llevaba unos cinco o seis meses allí cuando un par de funcionarios del servicio exterior me propusieron ir a Dalat. «De acuerdo, vamos este fin de semana», les contesté. Así que nos subimos a un sedán estilo *jeep* y nos

fuimos a Dalat. Sólo viajamos por tierra. Nunca se nos interpuso ningún obstáculo, ni nadie nos advirtió: «No vayáis por esa carretera, ha habido una emboscada hace dos días». Simplemente fuimos con una sensación muy grande de tranquilidad y regresamos.

Gestionamos nuestro alojamiento con un agente de viajes muy bueno. Quedamos en que nos trasladaríamos a lo que en ese entonces era una famosa villa de Saigón, en el 47 de Phan Thanh Gian, un sitio en el que daban muchas fiestas, y donde habían vivido muchos funcionarios del servicio exterior. Era un edificio magnífico y hermoso con carpintería de teca y escaleras de mármol. Nos habían dicho que lo había construido Bao Dai [el emperador testaferro bajo el dominio francés] para una de sus amantes. Teníamos cocinero, jardinero y vigilante. Una vez al año permitíamos a los más jóvenes que organizaran una fiesta que había comenzado en 1968 y se había hecho bastante famosa: la fiesta de «la luz al final del túnel».

El embajador Bunker estaba extremadamente concentrado con el papel que desempeñaba Estados Unidos y con los heridos. Les dedicaba mucho tiempo. Pero, por lo demás, era una embajada común. No había grandes problemas porque el general Creighton Abrams estaba ganando la guerra y Bunker estaba llevando a cabo un programa exitoso por el lado civil. Bunker adoraba a Abrams, y Abrams respetaba mucho a Bunker. Eran muy amigos.

Bunker se transformó inmediatamente en mi héroe. Cuando lo conocías parecía austero y distante, pero veías al instante que era un hombre amable y con sentido del humor. Provenía de otro mundo. Debe de haber sido el último de los antiguos dirigentes WASP[44] que tenían una forma diferente de actuar, de pensar, una presencia que sencillamente provocaba reverencias en la gente. He leído sobre George Washington y George Marshall. Cuando Marshall entraba a un lugar, todos decían: «Éste es un hombre grande y honesto y debo hacer todo lo que diga». Bunker también era así. Nos hicimos muy amigos porque yo era el ayudante que más le informaba. Compartíamos el interés por la Liga Ivy, por lo tanto manteníamos la típica rivalidad entre Brown y Yale. Yo estaba en el equipo de remo de Brown y Bunker había estado en el de Yale, así que hablábamos mucho sobre ese tema.

Él estaba muy interesado en la reforma agraria. Se consideraba un agricultor, un agricultor lechero de Vermont, y estaba muy preocupado por los agricultores vietnamitas y la seguridad de la población. Ésa era la clave para ganar la guerra, y es el motivo por el que la ganamos por tierra. Mucha gente se mudó a las ciudades, como es natural en un país en desarrollo, pero eso se

aceleró debido a que las cosas iban a mejor. Allí había más actividad económica. No era una economía real, pero se movía en esa dirección y Bunker le hablaba constantemente a [el presidente survietnamita, Nguyen Van] Thieu sobre mejorar la calidad de vida de la población.

Bunker también entendía que la situación era exactamente al revés de lo que muchos comentaristas estadounidenses presentaban, pues decían que Estados Unidos estaba destruyendo Vietnam, destruyendo su cultura de aldeas y tradicional. Decían que Estados Unidos era un país grande y mecanizado, desalmado y desatento, mientras que los del otro bando eran campesinos tradicionales y amantes de sus aldeas cuyas raíces se remontaban al Vietnam antiguo. Era exactamente lo contrario. Los modernos eran en verdad los norvietnamitas, y aquellos del sur que los seguían y que estaban apoyados por ellos. Quiero decir, el comunismo había acabado con su cultura tradicional en todos los aspectos, y estaban movilizados. ¿Cómo defines a una sociedad modernizada? Es donde la gente llega a la hora. En el norte eran puntuales, y en el sur no. Éramos muy sensibles en materia antropológica, tanto que fue en detrimento de nuestro progreso. Cuando un día era festivo nunca les obligamos a ir a trabajar, y si alguien llegaba tarde y decía «me he quedado en casa porque mi madre está enferma», éramos comprensivos.

La prensa informaba que un gran porcentaje de los soldados del ERV habían desertado. Sin embargo, si ibas al campo de batalla veías que no se trataba de deserciones, sino de soldados combatiendo a la vieja usanza, casi de la manera en que los europeos habían luchado en la guerra de los Treinta Años [en el siglo XVII]. Combatían, volvían a sus casas durante un tiempo y luego regresaban a la guerra. Por ejemplo, conocí a una vietnamita que me pidió si podía darle una botella de *whisky* para su hermano. Él era un soldado del ERV que tenía una herida en el estómago, y había dejado su unidad para ir a casa con el consentimiento del comandante. Se dirigía al hospital, pero el hospital era su casa. Cuando se hubiese recuperado, recogería sus cosas y regresaría a la unidad, pero se le contabilizaba como un desertor. Por supuesto, el comandante se quedaba con su paga. El comandante era un corrupto, pero así funcionaba la cosa. «Te quedas con mi paga, pero me quiero ir a casa. Mi familia me cuidará y volveré», decía el soldado.

Cuando regresé a Saigón en 1970 los trabajadores de la prensa despreciaban a los funcionarios y viceversa. No se podía confiar en la prensa. De alguna manera manipulaban todo lo que les decíamos. Para entonces los medios no estaban en manos de los viejos especialistas, sino de periodistas

radicalizados y totalmente politizados contra la guerra, resentidos y contrarios a cualquiera que tuviera alguna conexión con el gobierno.

Hacia 1969 en un día podía haber doscientos diez enfrentamientos armados, y los telediarios mostraban uno. Cuando me fui en 1973 quizá había sólo dos enfrentamientos, y la noticias seguían mostrando uno. La opinión pública no notaba ningún cambio. Había una especie de decepción entre los periodistas. Conversaban con el embajador Bunker. «Acabo de llegar de Phu Bai, o de algún otro lugar, y esto es lo que sucede», les decía el embajador. «Bien», le contestaban los periodistas, y tomaban nota de sus palabras. Tomaban un trago, contaban unos chistes. Después se iban y escribirían artículos acerca de lo terrible que era todo. «Bunker dice que las cosas van bien», escribían. Lo hacían quedar como un idiota, pero él no tenía nada contra ellos, porque era una persona demasiado amable, todo un caballero.

Cuando Nixon anunció los Acuerdos de París, en enero de 1973, la noticia fue transmitida por la radio de las Fuerzas Armadas de Vietnam. Estábamos todos sentados con Bunker en la sala de consejo de las misiones, escuchando la radio. Nos quedamos helados al escuchar que el Norte no tendría que retirar sus tropas del Sur. Todos creíamos que habíamos ganado la guerra. ¿Cómo van a poder dejar sus tropas aquí, si ganamos la guerra? De todas maneras, si hubiéramos seguido proveyendo munición al ERV y prestando el mismo apoyo aéreo que le habíamos dado en la Ofensiva de Pascua en 1972, creo que Vietnam habría quedado bien. El Norte habría puesto el grito en el cielo, pero todo hubiese quedado en una guerra de palabras. El Norte quedaría como China, y el Sur, como Taiwan. La situación del Norte era muy mala. Incluso hoy día uno viaja por tierra desde Haiphong a Hanoi y parece que esté en el siglo XII.

31

París

Al final, la guerra fue resuelta por la vía de las armas, no por la de las negociaciones. Cuando se firmaron los Acuerdos de Paz de París, que marcaron la salida oficial de Estados Unidos de la guerra, había menos de veinte mil soldados estadounidenses en Vietnam del Sur y unos ciento cincuenta mil norvietnamitas. A Estados Unidos se le devolvieron sus prisioneros de guerra, el régimen de Thieu continuó nominalmente en su lugar y a las tropas norvietnamitas se les permitió quedarse en territorio survietnamita como parte de una tregua por tiempo indeterminado. A nadie le sorprendió que Saigón y Hanoi rompieran los acuerdos casi inmediatamente. Procuraron mejorar sus posiciones militares y políticas para una renovación casi inevitable de las hostilidades. Dos años después, las fuerzas comunistas lanzaron su Ofensiva Final y lograron la victoria al tomar Saigón el 30 de abril de 1975.

Siempre hubo escollos de base para llegar a un acuerdo negociado. Vietnam del Norte y sus aliados del FLN se mantuvieron firmes en la búsqueda de un Vietnam unificado, mientras que Estados Unidos insistía en la necesidad de un Vietnam del Sur no comunista. Además, ambos eran muy escépticos respecto a las vías diplomáticas, Hanoi por el amargo recuerdo de los fallidos Acuerdos de Ginebra de 1954, que no consiguieron la unificación nacional, y Washington debido a que después de la Guerra Fría daba por sentado que no se podía confiar en que los comunistas respetaran ningún acuerdo.

Desde 1964 hasta 1967 había habido cientos de iniciativas de paz impulsadas por particulares, líderes mundiales y terceros países, incluidas las gestiones del presidente francés, Charles de Gaulle, el secretario general de la ONU, U Thant, el papa Pablo VI y los gobiernos de Hungría, Canadá, Polonia, Gran Bretaña, Rumanía y Suecia. También había un puñado de

iniciativas del gobierno de Johnson presentadas por intermediarios extranjeros. Varias de las iniciativas más destacadas se abandonaron porque Estados Unidos lanzaba bombardeos aéreos poco antes de que se realizaran los encuentros diplomáticos. El ex secretario de Defensa Robert McNamara ahora sostiene que con una mejor comunicación entre las partes se podría haber llegado a un acuerdo que evitara millones de muertes. Su argumento se basa en la suposición de que él podría haber convencido a Johnson de que aceptara un gobierno de coalición en Vietnam del Sur siempre y cuando Hanoi hubiera dejado claro que no era un peón de la Unión Soviética o de China y que también estaba dispuesto a reconocer ese gobierno, aunque fuera temporalmente. No obstante, como el propio McNamara admite, durante la guerra Washington veía la demanda de Hanoi de un gobierno neutral para Vietnam del Sur como «mera propaganda».

Las conversaciones de paz formales que comenzaron en París en la primavera de 1968 más que negociaciones fueron un intercambio de discursos preparados. Poco antes de las elecciones presidenciales de 1968 hubo un pequeño gran avance cuando Washington y Hanoi aceptaron contar con representantes de Saigón y del Frente de Liberación Nacional en las conversaciones de paz. Pero luego hicieron falta meses sólo para acordar la formación de la mesa y el lugar donde se sentaría cada uno. Para entonces, Richard Nixon había asumido la presidencia.

Nixon y Kissinger no le tenían mucha fe a las conversaciones formales. Más bien creían que podían conseguir sus objetivos a través de una intensificación de la guerra (incluido el bombardeo a Camboya), amenazas militares y diplomacia secreta. En agosto de 1969, Kissinger comenzó a reunirse en secreto en París con el ministro de Asuntos Exteriores Xuan Thuy, que rápidamente fue reemplazado en su papel de negociador principal de Vietnam del Norte por Le Duc Tho, un líder del Politburó del Partido Comunista. Después de más de un año de encuentros infructuosos, Kissinger sugirió un ajuste decisivo en la posición de Washington. A cambio de que liberaran a sus prisioneros de guerra, Estados Unidos estaba ahora deseoso de marcar una fecha para la retirada de todas las tropas estadounidenses, siempre y cuando el Norte prometiera que no enviaría más tropas al Sur. Lo más significativo fue que, por primera vez, Kissinger no pedía que Hanoi retirara sus tropas del Sur.

Hanoi percibió este hecho como una concesión importante, pero continuó insistiendo en que Estados Unidos retirara su apoyo al gobierno de Saigón de

Nguyen Van Thieu. Entonces las negociaciones se detuvieron durante otro año y medio. En el otoño de 1972, ambos bandos hicieron más concesiones. Hanoi aceptó retirar su exigencia de que Thieu fuera destituido y Estados Unidos aceptó la creación de un Consejo de Reconciliación y Concordia compuesto por tres naciones que administrara las elecciones en Vietnam del Sur tras el alto al fuego. En octubre estaban tan cerca de un acuerdo que Kissinger anunció: «La paz está al alcance de la mano», e hizo planes de volar a Hanoi para firmar el acuerdo.

No obstante, Thieu puso el grito en el cielo y argumentó que cualquier acuerdo que permitiera al Norte mantener las tropas en el Sur era una capitulación a los comunistas. Nixon estuvo de acuerdo con imponer nuevas condiciones en unos sesenta puntos. Hanoi abandonó las negociaciones, afrentado por el cambio de rumbo de última hora de Washington. Como respuesta, Nixon ordenó el «bombardeo de Navidad», once días con los ataques más intensos de toda la guerra sobre Hanoi y Haiphong.

Más adelante Nixon y Kissinger aseguraron que el bombardeo forzó a los comunistas a volver a la mesa de negociaciones con concesiones vitales. De hecho, el acuerdo firmado el 27 de enero de 1973 era prácticamente igual al borrador del acuerdo de octubre. El bombardeo de Navidad únicamente sirvió para reforzar la confianza de Thieu en el apoyo de Washington. Nuevas promesas de ayuda militar (incluida una promesa secreta de intervenir con «plena fuerza» en el caso de que Vietnam del Norte violara el tratado), indujeron a Thieu a firmar.

Los Acuerdos de Paz de París de 1973 resultaron ser una cáscara vacía. En líneas generales, sólo garantizaron la retirada de las tropas terrestres de Estados Unidos y la liberación de sus prisioneros. Todos los bandos daban casi por sentado que la guerra iba a continuar.

DANIEL DAVIDSON

«A ese hombre no le compraría ni un coche de segunda mano».

El 31 de marzo de 1968 el presidente Lyndon Johnson hizo aquel famoso anuncio de que no se presentaría a la reelección. Su invitación a Vietnam del Norte a comenzar «conversaciones serias en materia de paz» fue menos recordada. Para sorpresa de muchos funcionarios estadounidenses, los vietnamitas estuvieron de acuerdo en comenzar las conversaciones de paz en París el 13 de mayo de 1968. Estados Unidos envió una delegación liderada por Averell Harriman, quizá el dirigente de más edad en política exterior del

Partido Demócrata. David Dawison era miembro de la delegación estadounidense.

Los encuentros públicos de París fueron una farsa total. Ellos leyeron su propaganda y nosotros les leímos la nuestra. Había doble interpretación. Hablaban en vietnamita, lo traducían al francés y del francés nos lo traducían al inglés. Esto fue especialmente tedioso y no sé cómo pudimos explicar algunas cosas sin sonar insultantes. Por ejemplo, un día los vietnamitas querían saber qué había querido decir el presidente Johnson en uno de sus discursos cuando dijo a las tropas estadounidenses que quería que «le trajeran la piel del mapache para clavarla a la pared». No sé cómo se lo habrían traducido.

Por lo menos en una ocasión su francés fue superior al de nuestros intérpretes. Los norvietnamitas se referían al general Westmoreland como «Limoges». Fue justo después de que Westmoreland fuera reemplazado por el general Abrams y nombrado jefe del ejército. Se tomó su tiempo para preguntar qué significaba aquella expresión tan poco común. Resultó que Limoges era una ciudad del centro de Francia a la que destinaban a los comandantes militares que habían fracasado. En Francia, si se quería poner a un comandante fuera de juego, se le nombraba comandante de la guarnición de Limoges: una ciudad que estaba ubicada en el centro de Francia y que por lo tanto era poco propensa a participar en futuras contiendas. Por lo tanto, se trataba de un análisis muy sofisticado de lo que le había ocurrido a Westmoreland.

En retrospectiva, es difícil saber qué se estaba negociando. La batalla entre duros y blandos dentro del gobierno de Johnson estaba golpeando a un enemigo imaginario. Los unos querían ganar a partir de la presión militar, los otros a partir de la diplomacia. Ni los duros ni los blandos querían rendirse, y los norvietnamitas estaban decididos a ganar. Así que no veo por qué una postura más blanda hubiera marcado ninguna diferencia, a menos que estuviéramos dispuestos a rendirnos. No me imagino a nadie del gobierno diciendo «hemos perdido, vayámonos».

Lo único interesante sucedía durante los descansos. Siempre charlábamos con la misma persona. Mi interlocutor era un hombre impresionante. Antes de las elecciones presidenciales de 1968 le expliqué por qué les convenía que Humphrey llegara a ser presidente. No utilicé esas palabras, pero elogié su trayectoria y luego dije: «Supongo que ya conoces la trayectoria de Nixon». Me miró y contestó, en inglés por primera y última vez: «A ese hombre no le

compraría ni un coche de segunda mano».

Nos llevó meses decidir la formación de la mesa, y esto reflejó cuestiones clave sobre cuántos bandos legítimos había en la guerra. La preferencia de Vietnam del Sur y la nuestra era algo llamado «Nuestro bando-Vuestro bando»: en pocas palabras, Estados Unidos y Vietnam del Norte estarían separados por una mesa rectangular, y eran libres de llevar a quien quisieran a su lado de la mesa. Los norvietnamitas querían una mesa cuadrada, donde en cada uno de los lados estarían presentes las cuatro partes en conflicto: los norvietnamitas, el Frente de Liberación Nacional, Estados Unidos y Vietnam del Sur. El gobierno survietnamita pensó que era vital que el Frente de Liberación Nacional no fuera reconocido como una parte negociadora más, puesto que no se había convenido que hubiera cuatro partes en las conversaciones. El último compromiso fue una mesa redonda con dos mesas para los asesores a los lados. Cuando surgió la idea todavía teníamos que determinar a qué distancia de la mesa redonda estarían las otras dos. Llegados a ese punto un diplomático ruso que participaba como observador dijo: «¿Y mi barriga?». No era exactamente un hombre delgado.

Tras la victoria de Nixon, Kissinger contrató a Davidson para que trabajara en el Consejo de Seguridad Nacional. Estaba entre los colaboradores cuyas líneas telefónicas intervino Kissinger. «No pensé que me fueran a pinchar el teléfono. Mi mujer [inglesa] sospechaba porque oía ruidos. Escribió un editorial con el siguiente título: "No seas tonta", dijo mi marido, "nosotros no hacemos ese tipo de cosas en Estados Unidos"».

«Lo imperdonable de la política de Nixon y Kissinger, a mi entender, fue el bombardeo de Navidad de Hanoi, que no nos sirvió para nada. El acuerdo que teníamos con Vietnam del Norte antes del bombardeo de Navidad era el mismo que tuvimos después del bombardeo. Es evidente que el único propósito era que el gobierno del Sur se uniera. Así que matamos gente para que nuestro aliado se uniera al acuerdo».

NGUYEN THI BINH

«Las conversaciones de paz más largas de la historia».

«Ho Chi Minh, el FLN va a ganar». Así decía uno de los cantos que a veces se oían en las manifestaciones antibelicistas a finales de 1960. Hacia 1969 afloró otra versión: «Ho Chi Minh: el FLN y madame Binh». Para los pacifistas de todo el mundo, Nguyen Thi Binh en una de las figuras más populares de la guerra de Vietnam contra Estados Unidos. Fundadora del

Frente de Liberación Nacional, saltó a la atención internacional como ministra de Asuntos Exteriores del FLN. Durante las conversaciones de paz de París fue la delegada del gobierno revolucionario provisional del Frente. Sus cuarenta y un años, y su apariencia elegante hicieron que su presencia contrastara con la de los ancianos que representaban a las otras delegaciones.

Tras la victoria comunista en 1975 fue ministra de Educación y miembro de la Asamblea Nacional. Hoy en día, a los setenta y cuatro años, es la vicepresidenta de Vietnam. Nos encontramos en una sala de recepción de la primera planta del palacio presidencial de Hanoi. Es cordial, aunque formal.

Mi abuelo fue uno de los grandes patriotas vietnamitas, Phan Chu Trinh. Fue encarcelado y condenado a muerte por oponerse al colonialismo francés. Pero gracias a las protestas de los progresistas franceses, le redujeron la condena y lo deportaron a Francia. Lamentablemente murió bastante joven, en 1926, justo antes de que yo naciera. Pero heredé su espíritu patriótico. Me uní a movimientos juveniles y estudiantiles en Saigón durante la revolución de agosto, en 1945.

Hay que tener en cuenta que no buscábamos una guerra con Estados Unidos. Pero después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos intervino con apoyo militar y político a Francia. Ya el 19 de marzo de 1950 recuerdo claramente que participé en una gran manifestación contra la llegada de dos buques de guerra estadounidenses al puerto de Saigón. Hubo tantas manifestaciones que la policía estaba aturdida y no sabía cómo disgregarnos. Marchamos por las calles quemando las banderas francesas que ondeaban en los edificios administrativos coloniales y luego nos dirigimos a la embajada estadounidense para continuar con nuestra protesta.

Debido a mi militancia anticolonial, los franceses me arrestaron en 1951 y me metieron presa durante tres años. Cuando se firmaron los Acuerdos de Ginebra en 1954 rápidamente comprendimos que el régimen de Saigón no iba a cumplir el acuerdo. En cambio, comenzó a tomar medidas de fuerza excepcionales contra la oposición política. En 1960 nos dimos cuenta de que debíamos comenzar una resistencia contra los estadounidenses, y así fue que formamos el Frente de Liberación Nacional.

En 1962 abrimos un frente diplomático para trabajar conjuntamente nuestras iniciativas políticas y militares. Como diplomática del FLN, fui a muchas conferencias internacionales para sumar apoyos a nuestra causa. Los

medios extranjeros nos ayudaron mucho. Dondequiera que fuéramos la gente ya sabía algo de la guerra. Entendían el hecho obvio de que Estados Unidos estaba luchando a 16 000 kilómetros de sus fronteras para hacer la guerra contra nosotros. Y sabían que Vietnam era un país pequeño y pobre que luchaba en contra del gigante y poderoso Estados Unidos. Podían ver que era una lucha desigual. Los estadounidenses y el régimen survietnamita nos apodaron «Vietcong», un término peyorativo, pero muchos activistas extranjeros acuñaron el nombre como un símbolo de valentía digna de imitar.

La igualdad de derechos para hombres y mujeres no era nuestro principal objetivo en aquel momento. Los asuntos de vida y muerte estaban primero. Pero la comunidad internacional tomó nota de que muchos de nuestros representantes eran mujeres y de que éstas desempeñaban un papel significativo en la guerra. Conocí a muchas pacifistas estadounidenses en Yakarta, Bratislava y Francia. Esas mujeres amaban la paz de verdad, así que apenas nos conocimos empezamos a sentir una simpatía mutua. Todavía me acuerdo de ellas.

Las negociaciones de París figuran entre las conversaciones de paz más largas de la historia. Comenzamos en noviembre de 1968 y terminamos el 27 de enero de 1973. Los cuatro equipos de negociación eran bastante diferentes. Los estadounidenses cambiaron de jefe de delegación en cinco ocasiones. El FLN solamente tuvo una jefa desde el principio hasta el final. Los medios decían que con nuestra paciencia ganaríamos nosotros. Durante aquellos cuatro años, las delegaciones nos reunimos todos los jueves. Cada bando daba sus opiniones y entablábamos discusiones formales. El equipo estadounidense no reconocía el gobierno revolucionario provisional, así que no teníamos un contacto directo con ellos. En las discusiones formales que manteníamos, los diplomáticos estadounidenses eran muy fríos.

El único contacto personal que tuve con Kissinger fue en el brindis que hicimos tras la firma de los Acuerdos de París. Después de la firma hubo una fiesta celebrada por el secretario de Estado Rogers. Allí me di cuenta de que otros miembros de la delegación estadounidense eran mucho más abiertos y agradables. Naturalmente que siempre queríamos acelerar las negociaciones, pero comprendíamos que era la situación en el campo de batalla la que determinaría los resultados de la negociación, y la lucha fue bastante intensa hasta 1973. Además, no creo que el gobierno estadounidense estuviera dispuesto a aceptar bajo ningún concepto un gobierno de coalición en Vietnam del Sur. Sabían que el FLN tenía gran apoyo entre la gente del Sur y

que si había cualquier gobierno de coalición, tendrían que aceptar nuestras directrices.

Lamentablemente, el acuerdo de París no se cumplió. Si se hubiera cumplido, la historia habría sido la misma, pero las pérdidas y los daños habrían sido menores. Lo más importante era el deseo abrumador de la gente, tanto del Norte como del Sur, por la libertad, la independencia y la unificación. Durante la guerra la separación no fue sólo física, sino también emocional. En muchas familias un cónyuge estaba en el Norte mientras que el otro estaba en el Sur. Muchas de las parejas que se reunieron en 1975 se habían separado cuando se acababan de casar. Cuando se volvieron a encontrar, ya eran de mediana edad.

Durante el transcurso de la guerra mi marido estuvo en el ejército en el Norte mientras que yo estaba en el FLN, en el Sur. Tuve que enviar a mis dos hijos al Norte para que se quedaran con una de mis hermanas. En mi extensa familia, murieron más de diez personas en la guerra. La mayoría murió en Quang Nam, mi provincia de origen, que los estadounidenses convirtieron en una zona de fuego libre. Estaba entre las provincias con mayor porcentaje de bajas. Muchos de mis parientes eran simples campesinos que no luchaban en la guerra, pero que murieron por vivir en aquellas zonas.

Si pudiera dirigirme a los vietnamitas que están en el extranjero, incluidos los que están en Estados Unidos, me gustaría que entendieran que fue la política estadounidense la que destruyó nuestra nación y separó a nuestra gente. Ahora la guerra ha terminado y Vietnam es el país de todos los vietnamitas. Espero que podamos curar las heridas, por el interés de la nación y por un futuro mejor. Vietnam posee una historia gloriosa y cada uno de los vietnamitas puede estar orgulloso de ella.

NGUYEN KHAC HUYNH

«No fue un error. Fue un crimen inexplicable».

Este hombre fuerte y vehemente lleva una camisa muy blanca y corbata. Parece estar muy ocupado: de vez en cuando echa una ojeada a su reloj y se disculpa porque debe volver al trabajo, a su puesto de investigador en el Instituto de Relaciones Internacionales de Hanoi. Es diplomático de carrera y comenzó a trabajar para el Ministerio de Asuntos Exteriores en 1954. Fue parte de la delegación norvietnamita en las conversaciones de paz de París desde 1968 hasta 1973. Tiene setenta y siete años.

Después de cinco años de conversaciones formales en las que no se

concretó nada, el debate real comenzó en el verano de 1972. El famoso borrador del 8 de octubre de 1972 por fin destrabó la situación y en un plazo de cuatro días llegamos a un entendimiento básico. Yo estaba excitadísimo. El presidente Nixon y el premier Pham Van Dong intercambiaron mensajes diplomáticos y el presidente Nixon nos envió una carta en la que alababa la conclusión del acuerdo. Todos los miembros de nuestra delegación creían que la paz estaba al alcance de la mano. Ya habíamos tenido suficientes hostilidades y negociaciones. Estábamos más que preparados para la paz. Pero sólo unos días antes tuvimos un chasco sorprendente. Después de haber alcanzado un acuerdo, la parte estadounidense quería reabrir las conversaciones. ¿Cuál era el interés?

Lo que los estadounidenses hicieron a continuación fue más que un chasco, fue exasperante. En diciembre reanudaron repentinamente los bombardeos. Ocurrió hace treinta años, pero todavía lo recuerdo claramente. Aún no le encuentro sentido. Los estadounidenses cometieron muchos errores, pero éste fue el mayor. No, no fue un error. Fue un crimen inexplicable. Después de que se había llegado a un acuerdo, ¿por qué nos bombardearon y mataron a civiles? Nixon podría haber obligado a Thieu a aceptar el acuerdo sin haber hecho tal cosa.

Incluso cuando llegamos otra vez a un acuerdo, en enero de 1973, no fue tan simple. Un extraño podría dar por hecho que cuando se llega a un acuerdo, lo más fácil es la firma. Pero había cuatro partes interesadas —el gobierno de Estados Unidos, el de Saigón, el de Hanoi y el gobierno provisional revolucionario—, y el gobierno de Saigón todavía se negaba a firmar el acuerdo. Decían que no reconocían la existencia del «supuesto» gobierno provisional revolucionario. Esto nos dio grandes dolores de cabeza. Así, después de unas cuantas discusiones, acordamos dos páginas diferentes de firmas. En la primera hoja habría una línea para las cuatro firmas con cada parte claramente identificada. Saigón no habría firmado esta página, puesto que rechazaban aparecer en la misma página que el gobierno provisional revolucionario. En la última página dejamos un lugar para cuatro firmas sin especificar las partes. Todo el mundo firmó esa página. Esto ilustra la complejidad que implicó todo el proceso de negociación.

En los últimos años, en los congresos donde me encontré con Robert McNamara e intelectuales estadounidenses, McNamara dijo que ambos bandos perdieron oportunidades de llegar antes a la paz. Repliqué que no teníamos miedo de mostrar nuestros propios errores, pero que no creía que

hubiéramos perdido ninguna oportunidad de paz. Estábamos luchando en nuestro propio país con un número de bajas mucho mayor que la de los estadounidenses. ¿Por qué habríamos perdido una oportunidad de paz? Cuando McNamara dice que ambos bandos perdieron oportunidades quiere distribuir la culpa de la guerra en las espaldas de ambas partes, y mitigar la responsabilidad de Estados Unidos.

32

Prisioneros de guerra (II)

A pesar de que la mayoría de los prisioneros de guerra eran vietnamitas, casi todos los medios estadounidenses se centraban sólo en la situación de nuestros propios prisioneros. En un principio, estas piezas periodísticas no eran bienvenidas en Washington. El presidente Lyndon Johnson pretendía ocultar el masivo recrudecimiento de la intervención estadounidense, así que cuanto menos se hablara de los prisioneros de guerra, mejor. Sin embargo, durante el mandato de Richard Nixon, el tema de los prisioneros de guerra estadounidenses se impulsó a los medios de forma deliberada. En parte, esto ayudaba a desviar la atención del sufrimiento que Estados Unidos y el régimen de Saigón impartían a los vietnamitas. Este tema interesaba especialmente después de que en 1969 saliera a la luz la masacre de My Lai y se supiera que el ejército survietnamita había encerrado a miles de prisioneros políticos y los había torturado y sometido a diversas brutalidades. Las más célebres fueron las «jaulas para tigres» de la isla de Con Son. Nixon también centró la atención en los prisioneros de guerra para apuntalar el decreciente apoyo a la guerra. Su administración buscó la simpatía de grupos de apoyo a los prisioneros de guerra y los financió con la esperanza de que permanecerían fieles y apoyarían sus políticas de guerra. Hacia 1972, Nixon parecía sugerir que Estados Unidos sólo estaba combatiendo en Vietnam para que liberaran a los prisioneros. Quizá era el único objetivo de la guerra que no había perdido credibilidad entre el público.

Para Hanoi, los prisioneros estadounidenses servían a propósitos políticos aún más obvios. Exhibir a los «piratas del aire» ponía de manifiesto la brutalidad de los bombardeos estadounidenses y les servía para celebrar la capacidad de Vietnam de derribar los aviones más modernos de la superpotencia enemiga. Las confesiones de los prisioneros estadounidenses, la mayoría obtenidas mediante tortura, eran el elemento básico de la

propaganda de Hanoi. Además los líderes comunistas daban muestras de compasión de vez en cuando entregando una pequeña cantidad de prisioneros de guerra a las delegaciones de paz estadounidenses que visitaban Hanoi.

En los años de la posguerra, la preocupación de los ciudadanos estadounidenses por sus prisioneros derivó en una creencia generalizada de que Vietnam todavía tenía «prisioneros de guerra estadounidenses vivos». Hacia la década de 1980, la cultura popular de Estados Unidos se inundó de películas y novelas que mostraban un puñado de prisioneros estadounidenses destrozados que se escapaban masacrando a sus salvajes captores vietnamitas. Estas historias se inspiraban en la acalorada insistencia de que el gobierno de Estados Unidos era parte de una gigantesca conspiración para ocultar la existencia de esas víctimas. Aunque haya habido falsas pruebas, en su mayoría fotografías modificadas, que hayan alimentado esa creencia, nunca ha habido ninguna constancia de que Vietnam mantuviera en su poder prisioneros de guerra estadounidenses. No obstante, en los años noventa las encuestas demostraban que dos tercios de los estadounidenses creían que algunos de sus compatriotas seguían cautivos en Vietnam.

Los estadounidenses, preocupados por sus prisioneros de guerra imaginarios han sabido poco o nada sobre los que realmente fueron capturados durante la posguerra vietnamita. En los años posteriores a su victoria de 1975, el gobierno comunista encarceló a cientos de miles de sus compatriotas en «campos de reeducación». Decenas de miles fueron sometidos a un mínimo de tres años de trabajos forzados y adoctrinamiento político. A pesar de que la mayoría eran ex oficiales del ejército survietnamita, funcionarios del gobierno de Saigón y personas que habían colaborado con las agencias de inteligencia estadounidenses, cualquiera que fuera declarado culpable de alguna actividad en contra del gobierno durante los años de la posguerra era susceptible de ser encarcelado. Después de que en 1986 Hanoi introdujera una serie de reformas llamadas Doi Moi o «renovación», el número de presos políticos disminuyó. De todas maneras, para un vietnamita sigue siendo peligroso criticar abiertamente el régimen de partido único.

JAY SCARBOROUGH

«Leí Adversidad *unas cuatro veces».*

Jay Scarborough es un abogado alto y con un ligero sobrepeso. Se sienta en una de las butacas de cuero dispuestas alrededor de una mesa de reuniones en un edificio de oficinas. Es difícil imaginárselo hace treinta años con un

pijama de campesino y sandalias de caucho. Tras graduarse en Cornell en 1967, fue a trabajar a Vietnam para los Servicios de Voluntariado Internacional y se quedó seis años, la mayor parte enseñando inglés en una aldea Cham cerca de Phan Rang. Los Chams son los descendientes de los habitantes conocidos más antiguos del sur de Vietnam y una de las 55 etnias minoritarias del país. «Poseen la tierra más seca de Vietnam. La especie dominante es el cactus».

Durante tantos años en un país en guerra, rara vez se produjeron enfrentamientos cerca de él. «Los Cham estaban exentos del servicio militar. Creo que en el fondo maldecían a ambos bandos[45]*». Terminó adorándolos. «A pesar de ser muy pobres, no se quejan. Hay muchos elementos de su manera de vivir dignos de imitar. Son muy amorosos. Para mí, que soy un blanco anglosajón, se supone que el afecto no es una virtud».*

Muchos de sus amigos Cham tenían exóticos manuscritos sobre su historia, cultura y literatura. A comienzos de 1975 volvió a Vietnam para fotografiar todos los manuscritos y de repente se encontró atrapado en el peligroso epicentro de la Ofensiva Final de Vietnam del Norte. En marzo el ejército norvietnamita le detuvo junto con otros once extranjeros, la mayoría misioneros estadounidenses. Aunque la guerra acabara el 30 de abril de 1975, los «Doce de Banmethuot» estuvieron cautivos hasta octubre de 1975. Fueron los últimos prisioneros de guerra estadounidenses en ser liberados.

Poco antes de que volviera a Vietnam, los comunistas tomaron el control de la provincia de Phuoc Long, no muy lejos de Saigón. Nunca habían controlado una provincia entera y seguramente estaría un poco más preocupado, pero no estaba asustado. No sabía que los norvietnamitas habían construido un oleoducto hasta el sur por las montañas centrales.

Hacia comienzos de marzo había sacado unos quinientos rollos de fotos de documentos de los Cham en la provincia de Binh Thuan, al sur de la bahía de Cam Ranh. Me robaron una de las bolsas en un autobús y perdí mi cargador de película. Tuve que pedir uno nuevo. Iba a tardar una semana en llegar, así que decidí visitar a algunos antiguos alumnos que estaban asistiendo a una escuela de profesorado en Ban Me Thuot, en las montañas centrales. Volé hacia allí el 8 de marzo.

Cuando llegué al aeropuerto en la oficina de venta de billetes había una multitud tratando desesperadamente irse de allí. Habían cortado la carretera que iba al mar. La carretera del norte en dirección a Pleiku siempre era

insegura. «El Vietcong está a sólo un kilómetro y medio del pueblo», me explicó un amigo. «¿Cómo es posible?», le pregunté.

Pasé la noche en un instituto técnico vecino al centro de operaciones de la 23.ª División del ejército de Vietnam del Sur. Todavía se me pone el corazón a cien cuando pienso en esa noche. El ataque comenzó a las tres de la madrugada y duró cuatro horas. Los proyectiles llegaban hasta dentro de la 23.ª División, probablemente fueron unos seiscientos. Estaban muy cerca. Temblaba de miedo, estaba asustadísimo.

Hacia las siete de la mañana un grupo de trabajadores llegó a la escuela como si nada hubiese ocurrido. Parecía que la vida había vuelto la normalidad y que podría coger mi avión a las tres. Entonces alguien me dijo que el ENV había entrado en la ciudad con tanques. Pregunté cómo llegar a la oficina de la Comisión de Control Internacional, pero nadie sabía dónde estaba, así que fui a la casa del asesor estadounidense. Cuando llegué un grupo de misioneros estaba allí y también otro de extranjeros. En este lugar pasamos los dos días siguientes.

El complejo estaba rodeado por un muro y tenía puertas metálicas. Finalmente oímos que golpeaban la puerta. Como yo era el que hablaba vietnamita con mayor fluidez, fui con el asesor estadounidense a abrir la puerta. El joven soldado norvietnamita que encontramos se sorprendió y nos preguntó cuántos éramos en la casa. «Asegúrese de que me dice el número correcto», me advirtió. Lo hice.

De este modo terminé como prisionero con un grupo de misioneros. Más tarde me dejaron con cientos de soldados y oficiales del ERV, un grupo con el que no había tenido mucho contacto. Naturalmente, tampoco había tenido ningún contacto con los norvietnamitas, así que todo lo que viví en esos ocho meses fue diferente a mi anterior experiencia en Vietnam.

No teníamos ni idea de cuánto tiempo estaríamos cautivos. Eso era lo peor. Pensamos que seríamos liberados poco después del 30 de abril, cuando acabase la guerra. Cuando Saigón cayó estábamos en Duc Co, un viejo campamento de las fuerzas especiales cercano a la frontera con Camboya. Recuerdo la música que sonaba en la radio: era la canción del Frente de Liberación. Nos obligaron a aprenderla y todavía puedo cantarla palabra por palabra. Había un fragmento que sonaba una y otra vez muy lentamente [Canta en vietnamita]. Significa: «Levántate, pueblo heroico de Vietnam. Levántate y atraviesa la tormenta».

No nos liberaron hasta que pasaron seis meses. No creo que fuera nada intencionado. Creo que simplemente no nos prestaron atención. Es decir, éramos el último de sus problemas. Sinceramente, no creo que el gobierno estadounidense tampoco estuviera muy interesado en nuestra suerte.

Estoy seguro de que los vietnamitas sospechaban de nosotros. En primer lugar, la mayoría de nuestro grupo estaba formado por misioneros y a ellos no les gustaban los misioneros en absoluto. Mira la historia de Vietnam. Creen que los misioneros franceses allanaron el camino a sus compatriotas que llegaron después a colonizar. Además, los misioneros trabajaban con grupos minoritarios, a los que podían poner en contra de los vietnamitas. Durante la Ofensiva Tet en 1968, algunos misioneros en Ban Me Thuot fueron asesinados a sangre fría. Con todo, la guerra ya había terminado y nos trataban con mucha menos dureza que a los pilotos estadounidenses. E incluso entre los pilotos creo que a los que capturaron al final de la guerra tampoco los trataron tan duramente como a los que cogieron antes de 1970.

Nos interrogaban en todos los campamentos. Teníamos que escribir el historial de nuestra vida: todos los lugares a los que habíamos ido, qué hacíamos, a quién conocíamos. No fueron muy severos conmigo, pero por Dios que podría haber sido el más sospechoso de todos. Al fin y al cabo, no tenía una afiliación definida y hablaba vietnamita con fluidez. Me preguntaron los nombres de cada persona que conocía en Vietnam. Recordaba cientos de nombres, así que les di una lista con los nombres de los estudiantes a los que había dado clase. «¿Quiénes son tus mejores amigos? ¿Con quién te llevas mejor?», me preguntaban. «Yo era profesor. No podía hacer diferencias entre estudiantes», les contestaba. Afortunadamente, no tuve que señalar a ninguna persona en particular y todos mis alumnos formaban parte del archivo público.

Estuvimos presos principalmente en cuatro campamentos diferentes, en algunos casos con unos mil soldados del ERV. A estos prisioneros vietnamitas les habían quitado el calzado, así que andaban por ahí descalzos. Sólo les daban un cuenco y medio de arroz al día, lo que era prácticamente una dieta de hambre, mientras que a nosotros nos daban todo el arroz que quisiéramos. Llevábamos el arroz de regreso a la cocina y a nuestro lado había gente hambrienta. Además no sabían lo que les iba a suceder. Nosotros tampoco, pero contábamos con el apoyo de un gobierno poderoso. Ellos no tenían nada. Los prisioneros vietnamitas eran chicos bastante limpios, pero había uno que era especialmente pordiosero y me costaba creer que a los misioneros les

molestara tanto. Eran buena gente, pero me enfurecían. Así que me alejé de ellos. Me dije a mí mismo: «No quiero estar con esta gente. Puedo relacionarme con los prisioneros vietnamitas». Una misionera vino más tarde y me dijo: «Disculpa, pero no deberías sentirte así. Estamos bajo mucha presión».

Poco antes de que nos capturaran, cogí un libro de la casa: el más gordo que vi. Era una novela histórica titulada *Adversidad*. Éste era el único material de lectura que teníamos aparte de las biblias de los misioneros. Teníamos mucho tiempo libre, así que leí *Adversidad* unas cuatro veces. Se nos acabó el papel para limpiarnos y uno de los misioneros propuso: «Bueno, creo que le ha llegado la hora a *Adversidad*». Sólo unos pocos no éramos misioneros. «Tenemos ocho biblias y sólo un Anthony. Sugiero que usemos una de las biblias», dijo uno que no creía demasiado en las religiones. No podría haberlos ofendido más. No hace falta decir que usamos *Adversidad.*

Caí enfermo varias veces. Me enfermaba una semana y luego me recuperaba. Durante aproximadamente quince días estaba bien, pero esto me debilitaba. Pasé de tener sobrepeso, tal como tengo ahora, a pesar 72 kilos. Y luego, debido a un cálculo biliar, comer se me hizo demasiado doloroso y sólo podía tomar agua con azúcar. Cuando nos liberaron pesaba 52 kilos.

A finales de agosto nos enviaron a Son Tay, un campamento donde previamente habían tenido encerrados a pilotos estadounidenses. Nuestras condiciones de vida mejoraron mucho. Teníamos acceso a los cuidados médicos básicos y se esforzaban por darnos buena comida. Incluso teníamos algunos buenos libros para leer y dos días de excursión a Hanoi. Pero nos aburríamos mucho. Por fin nos liberaron. El 30 de octubre el Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas nos llevó a Bangkok, Tailandia.

No quería irme de Vietnam. Cuando nos fuimos lloré. No sabía cuándo volvería. Si nos hubieran preguntado si queríamos quedarnos, lo habría hecho. Y si a cualquiera de esos misioneros le hubieran dicho que podía volver a trabajar con los Bru o los Hmong, creo que no lo habrían dudado ni un minuto. Era el mejor trabajo de sus vidas.

Así que fue duro. Además, no sabía nada de la mayoría de mis amigos. Cuando volví a Estados Unidos habían cortado la mayoría de las comunicaciones. Estaba preocupadísimo con lo que les pudiera pasar a los Cham. Quizá fui demasiado ingenuo, pero no pensaba que ese país se

convirtiera en comunista. Incluso cuando lo hizo pensé que podía vivir con ello. Pero no creo que hubiese podido. Resultó ser demasiado represivo.

Scarborough ha vuelto a Vietnam prácticamente cada año desde 1988 para visitar a sus amigos. No ha recuperado las fotos de los manuscritos Cham.

JOHN MCCAIN

«A los estadounidenses nos gustan las conspiraciones».

El 26 de octubre de 1967, McCain ejecutaba su vigesimotercer bombardeo sobre Vietnam del Norte y el primero sobre Hanoi. El objetivo era una central térmica cercana a un pequeño lago, en el centro de la ciudad. El centro urbano estaba protegido por tres anillos de plataformas antiaéreas de fabricación rusa. Éstas, combinadas con cientos de unidades de artillería antiaérea diseminadas por toda la ciudad, hacían que Hanoi tuviera el mejor sistema de defensa aérea de la historia de la guerra. Según se acercaba a su objetivo, McCain vio «espesas nubes negras de defensa antiaérea». El radar del avión le indicaba que un misil antiaéreo venía directo a él, «un poste telefónico volador». Dejó caer las bombas y justo cuando accionó la palanca de mando para ascender a una altitud segura, un misil le arrancó un ala.

Al salir del avión se rompió los dos brazos y la rodilla derecha. El paracaídas se abrió pocos segundos antes de que cayera en el lago Truc Bach. Cuando llegó a tierra firme, una muchedumbre enfurecida le propinó una paliza y le rompió un hombro con la culata de un fusil. Por fin una mujer persuadió al grupo para que no siguieran. Llegó una camioneta militar y lo llevaron a la prisión Hoa Lo, el «Hilton de Hanoi». Ningún prisionero llegaba en peor estado. «Al tercer o cuarto día vino un guardia y me retiró la manta de la rodilla. La tenía del tamaño, la forma y el color de un balón de fútbol».

Cuando lo metieron preso, McCain era un piloto desconocido del ejército. Sin embargo, su padre era un almirante de cuatro estrellas que pronto se convirtió en el comandante de todas las fuerzas estadounidenses en el Pacífico. Cuando los vietnamitas descubrieron el pedigrí de su prisionero le empezaron a llamar «el príncipe de la corona». Le ofrecieron la libertad, aparentemente para lograr un efecto propagandístico. McCain lo rechazó y respetó el código de honor que exige que los prisioneros de guerra acepten la libertad en el orden en que fueron capturados.

McCain ha sido senador por Arizona desde 1986 y adquirió relevancia nacional durante su tentativa presidencial de 2000, cuando quedó en segundo

lugar respecto a George W. Bush en la propuesta republicana.

Cuando era niño, no había duda de que iría a la Armada. En la década de los cincuenta, los niños no tenían elección. En los sesenta los niños sí escogían. Como mi padre y mi abuelo habían sido oficiales navales, nunca tuve elección. Ésa es una de las razones por las que fui tan rebelde en la Academia Naval. Pero estaba más resentido con el hecho de estar en la academia que con mi padre o mi abuelo. Nunca pude entender por qué un tipo que llevaba allí un año más podía tener tanto poder sobre mí. La mayoría eran idiotas e imbéciles. [Se ríe alegremente].

En la prisión era importante tener algo de fe espiritual y uno tenía que tener fe en que su país lo quería llevar de vuelta a casa. Los vietnamitas siempre nos decían todo lo contrario, que nuestro país nos había abandonado. Uno también tenía que tener fe en los compañeros encarcelados y pensar que si en un momento de debilidad hacían una confesión era porque no les quedaba otra opción. Todos éstos eran factores importantes para nuestra supervivencia, y otro era el sentido del humor. Nuestro oficial de mayor graduación me nombró capellán de la sala y el animador oficial. Solía contar películas dos o tres veces por semana. Si me sentaba durante unas cuantas horas para pensar en una película, podía recordar detalles increíbles. Así que todo el mundo venía a escucharme y me podía pasar una hora entera describiendo una película. En el tiempo que estuve encarcelado relaté unas cien películas. Y algunas ni siquiera las había visto.

También nos reíamos de los guardias. Si no se presta atención, los captores se pueden convertir en algo enorme porque podían ejercer mucho poder sobre nosotros. Así que nos reíamos de ellos para devolverlos a la realidad. Al comandante del campamento le llamábamos «amarillo», y yo hacía como que me había enamorado de una vietnamita en el campamento. Me reía de todo lo que podía porque eran comunistas, no tenían estudios y decían cosas estúpidas y divertidas.

Seguramente el peor tiempo que pasé en la cárcel fue después de que me negara a ser liberado. Durante un largo período me trataron con mucha severidad. En las dos semanas posteriores a que tomara la decisión no ocurrió nada. Pero una noche me sacaron fuera y comenzaron a maltratarme. Mientras que un tipo me golpeaba, me caí y me rompí el brazo. Fue mi peor momento. Me arrancaron una confesión y fue terrible: me hicieron confesar crímenes de guerra, haber bombardeado pueblos, mujeres y niños. Creo que nunca volví a pasar momentos tan malos. Me habían dado palizas y maltratado, pero nunca

me había sentido tan mal. Había fallado. No había hecho lo que se esperaba de mí. Otros fueron más fuertes que yo. Algunos tipos eran muy duros. Me gustaría haberlo hecho mejor.

Cuando volví a casa, una de las cosas que más me sorprendieron fue la fuerza del movimiento antibelicista, porque nosotros nunca nos creímos las tonterías que nos decían los vietnamitas sobre aquello. Cuando caí preso, el movimiento antibelicista no era nada, así que nunca creí que fuera significativo hasta que volví a casa. Al principio me sorprendí, luego me enfadé, pero después determiné que lo que hacían era lo mismo que yo pretendía para los vietnamitas al luchar en la guerra. Nunca tuve mucho resentimiento hacia el movimiento antibelicista. Tengo resentimiento hacia los excesos, como que Jane Fonda visitara plataformas antiaéreas o que algunos veteranos tiraran sus medallas en las escaleras del Capitolio. No puedo estar resentido con ellos por pensar que la guerra estaba mal y por manifestarse para expresar por dónde pensaban que debía ir el país.

Hizo falta mucho tiempo para que Estados Unidos volviera a estar unido. Había mucha ira, mucho odio. Probablemente la mayor tragedia de la guerra de Vietnam hayan sido todos aquellos que nunca han podido regresar del todo. Aún hay personas que acuden a los centros de veteranos en busca de apoyo y no han logrado superar la guerra. Creo que para la nación el impacto en su conjunto fue beneficioso. Quizá no habríamos podido haber ganado la Guerra Fría si no hubiéramos perdido la guerra de Vietnam. Nos mostró dónde estaban nuestras limitaciones y cuáles eran nuestras capacidades. Creo que también condujo a la elección de Ronald Reagan, quien tuvo un fuerte liderazgo y una visión muy clara de cuáles eran nuestras obligaciones.

Aún recibo cartas en las que me atacan por apoyar la normalización de las relaciones con Vietnam. Estos locos me llaman «el mensajero del miedo[46]». Tienen una página de internet. Soy el diablo en persona. Cooperé con los vietnamitas, soy un agente vietnamita. En cualquier momento va a llegar Angela Lansbury y va a dar la vuelta a la reina de corazones. El odio que esta gente muestra hacia mí es asombroso. Pero la preocupación de los prisioneros de guerra es comprensible. El gobierno no hizo muy buen trabajo en el recuento de todos los desaparecidos. La guerra se había acabado y todo el mundo la quería olvidar, incluido el Pentágono. Además, a los estadounidenses nos gustan las conspiraciones. Los únicos activistas del movimiento por los prisioneros de guerra con los que estoy resentido, y mucho, es con los profesionales que sacan provecho económico del dolor de

las familias. Y los que trucaron fotos falsas de supuestos prisioneros de guerra, ésos van a ir directos al infierno.

En la última audiencia que tuvimos en el comité de los prisioneros de guerra y perdidos en combate del Senado, una señora se acercó a mí y me dijo: «A mi marido lo declararon muerto en acción y me volví a casar. Años después, un señor vino a mi casa con la foto de mi marido. Me divorcié, cogí todo mi dinero y me fui a Tailandia siguiendo su rastro. Entonces descubrí que era una foto trucada. Dígame, ¿qué hago con mi vida ahora?».

GLORIA COPPIN

«El gobierno quería controlar el movimiento de los prisioneros de guerra y de los desaparecidos en combate».

Hija del privilegio, su padre fundó Hydro-Mill Corporation, una industria aeroespacial de California. En una cena en 1966 conoció a algunos estudiantes de la UCLA que le dijeron que «estaban teniendo problemas con las manifestaciones antibelicistas: los disturbios en la universidad entorpecían su educación. Les dije que los ayudaría». Fundaron la Asociación Victoria en Vietnam (VIVA), una organización que presidió hasta 1974. «.La primera vez que fuimos noticia fue en el City College de Los Ángeles, cuando los estudiantes de VIVA devolvieron el mobiliario que los manifestantes antibelicistas habían usado para hacer barricadas. Reabrimos el instituto y acabamos con la violencia que había llevado al hospital a tanta gente».

En 1968 Bob Doman, un presentador de televisión que más adelante llegó a ser congresista, presentó a tres mujeres cuyos maridos estaban desaparecidos en Vietnam. «Reconocí lo doloroso que debía resultarles no saber si sus maridos estaban vivos. Les di mi palabra de que dedicaría todo el empeño de VIVA a alertar a todos los estadounidenses sobre la difícil situación de los prisioneros de guerra y de sus familias». Con este nuevo enfoque, VIVA cambió su nombre a Voces de la América Vital.

A veces la gente se pregunta por qué participaba tanto en VIVA, si no tenía ningún familiar en Vietnam. Creo que es porque no entiendo cómo alguien puede tener la valentía de afrontar la guerra y las armas. Haría cualquier cosa por apoyarlos. Soy un producto de la segunda guerra mundial. En aquel entonces todos trabajamos para la causa. Estaba frustrada por no haber tenido la edad suficiente como para conducir un camión de la Cruz Roja. Sólo pude plantar un «jardín de la victoria[47]». Las películas de la

guerra me impactaron mucho, en particular una titulada *El corazón púrpura*. Dana Andrews está al frente de la tripulación de un bombardero. Los juzgan ilegítimamente en Japón y los condenan a muerte. Cuando están a punto de ser ejecutados silban la canción del cuerpo aéreo del ejército. Lloré a moco tendido.

En 1967 ofrecí el primer banquete de «Saludo a las Fuerzas Armadas». El principal objetivo era entretener a cien reclutas, la mayoría recién llegados de Vietnam. Lo financiamos cobrándole a algunos patrocinadores la invitación a un cóctel con personalidades del mundo de la política: el gobernador, senadores, congresistas y la plana mayor del Pentágono. Un amigo me puso en contacto con Leroy Prinz, un coreógrafo de aquellos musicales fantásticos de comienzos de los años cuarenta. Dispuso una entrada grandiosa para los almirantes y generales, con luces bajas y música de trompetas. Fue sobrecogedor. Era desgarrador ver que a los reclutas les caían lágrimas por las mejillas. «Pensábamos que no le importábamos a nadie».

En 1969 Bob Dornan vino a visitarme y me mostró una pulsera de pelo de elefante que un jefe montagnard le había regalado en Vietnam. Me dijo que la pulsera le servía para recordar que por muy cansado que estuviera, los montagnard estaban sufriendo mucho más. Se me ocurrió pensar en lo maravilloso que sería si todo el mundo tuviera una pulsera que le recordara el sufrimiento de los prisioneros de guerra. Encontré a un señor muy amable que trabajaba el metal en Santa Mónica e hizo las primeras pulseras. Eran unas bandas niqueladas y pulidas que llevaban grabados los nombres de los prisioneros de guerra o de los desaparecidos en combate y la fecha en la que desaparecieron. Las pusimos en unas bolsas de plástico con una tarjeta en la que pedíamos que fueran usadas hasta que el hombre que figuraba en la pulsera fuera liberado o se supiera qué le había sucedido.

Presentamos las pulseras en el banquete del Saludo a las Fuerzas Armadas de 1970 y rápidamente generaron un fuerte impacto. La gente se las tomó muy en serio. Todas las grandes estrellas de cine las usaban y algunos tuvieron que rediseñar su vestuario porque se negaban a quitárselas. Recibimos cartas de padres que pedían un permiso especial para que sus hijos se quitaran la pulsera porque los iban a operar.

El coste de cada una era de unos cincuenta centavos y las vendíamos a dos dólares y medio. La demanda aumentó de tal manera que tuvimos que abrir 68 oficinas por todo el país atendidas por miles de voluntarios, además de otras cien personas en nómina. En 1973 VIVA ingresaba más de siete

millones de dólares al año. Destinamos todo el dinero a la causa de los prisioneros de guerra y los desaparecidos en combate. Compramos folletos, pins, pegatinas, carteles y cajitas de cerillas para que los distribuyera la Liga Nacional de Familias de Prisioneros Estadounidenses y Desaparecidos en el Sudeste Asiático. No había día en el que no hubiera tres o cuatro eventos para los prisioneros de guerra y los desaparecidos en algún lugar del país.

Durante mis últimos cinco años y medio en VIVA, nunca dormí más de dos horas por noche. En 1974 me hospitalizaron durante cinco días y me diagnosticaron una psicosis maníaco-depresiva. Me ordenaron reposo absoluto y renuncié a VIVA. Cuando me fui teníamos cinco millones de dólares en el banco. Seis meses después VIVA cerró. Todavía no sé qué pasó con el dinero.

Sentí que le había fallado a todo el mundo: a las familias de los desaparecidos, a todos los que nos habían ayudado y sobre todo a mi propia familia. Había descuidado a mi marido y a mis hijos. Mi marido se sentaba solo a beber y me decía: «No puedo vivir contigo ni sin ti». Mi sentimiento de culpa aumentó cuando perdí a mis dos hijos, uno por alcohol y drogas y el otro por suicidio. No puedo evitar preguntarme cuánto tuvo que ver mi falta de atención en sus muertes. Siempre decía a mi marido que no podía abandonar a «mil doscientas familias que necesitaban mi ayuda», pero pronto me pregunté cómo pude abandonar a la que más quería. A mi hija le fue mejor, pero no ha conseguido perdonarme hasta hace poco.

El gobierno quería controlar el movimiento de los prisioneros de guerra y de los desaparecidos en combate. En una ocasión me llamaron de la Casa Blanca y dos hombres me dijeron: «Harás lo que te digamos». «Esto no es un tema político, además, estoy afiliada al partido republicano. ¿Por qué os deberíais preocupar por mí?», les contesté. «Nadie me va a controlar», añadí, y me fui. Unos días después nos echaron de nuestra oficina en Washington, que había sido una donación de la Cruz Roja. Después del tratado de paz, el director de información pública del Departamento de Estado vino a California a calumniarme en programas de entrevistas. Dijo que yo estaba ahí por dinero, cuando él sabía que nunca cogí ni un centavo de VIVA ni de nadie. La Casa Blanca se había propuesto atacar a cualquiera que quisiera mostrar que Nixon no había mantenido sus promesas y que el tema no estaba resuelto.

Finalmente me pregunté si Nixon no habría utilizado todo aquello para prolongar la guerra. La cuestión de los prisioneros de guerra surgió cuando el movimiento antibelicista estaba ganando impulso. Tan pronto como se

convirtió en una cuestión de relevancia, Nixon aparecía en televisión diciendo que quería terminar la guerra, pero que primero precisaba hacer un recuento completo de todos los prisioneros. Sin embargo, la verdad es que él y Kissinger firmaron un tratado de paz que dejó fuera del recuento a 55 prisioneros. Alguien debe haber sabido qué fue de ellos, pero sus familias nunca lo supieron. Nixon logró que cientos de familiares, a día de hoy, vivan en esta agonía.

Siempre me perseguirá la idea de que mis esfuerzos sirvieron más para provocar muertes que para ayudar. La única cosa que me hace sentir un poco mejor es que, al haber atraído la atención mundial sobre esta cuestión, creo que Hanoi trató mejor a los prisioneros. La mayor recompensa que jamás pude haber soñado fue cuando el capitán Harry Jenkins, cautivo durante muchos años, me dijo: «De no ser por ti no estaría aquí». No obstante, no logramos dar una respuesta a esas familias, y en Washington todavía se ven algunas personas vendiendo estas pulseras. Se me parte el corazón.

33

El derrumbe

A comienzos de la primavera de 1973 la mayoría de los estadounidenses creía que la guerra, por fin, había acabado. Los últimos militares estadounidenses habían llegado de Vietnam. Los más notables eran los prisioneros de guerra, que fueron recibidos con una fanfarria bien orquestada, incluido un banquete en la Casa Blanca en el que Nixon bromeó sobre el placer de dirigirse a un «público cautivo». Sin embargo, el estado de ánimo nacional estaba lejos de ser festivo. La mayoría de los ciudadanos simplemente quería olvidarse de esta horrible experiencia. Los medios rápidamente cerraron o achicaron sus oficinas en Saigón, y Vietnam desapareció de las portadas de los periódicos y de las pantallas de televisión. En las universidades aumentó la calma y el país se volvió hacia dentro, absorbido por las revelaciones de Watergate y la caída de cámara lenta de la presidencia de Nixon.

Por supuesto que la guerra estaba casi terminada. Los Acuerdos de París habían exigido una tregua, pero cada bando renovó las hostilidades casi inmediatamente. En los tres meses posteriores a la firma del tratado, el ejército de Vietnam del Sur perdió a seis mil hombres en su afán por extender su control en el campo. Hanoi estaba decidido a lograr su última meta, la unificación nacional, pero sin apresurar una ofensiva militar. Las fuerzas norvietnamitas necesitaban tiempo para reconstruirse, reagruparse y reabastecerse. Los líderes comunistas también eran conscientes de que si violaban alevosamente los Acuerdos de París podían provocar el regreso de Estados Unidos. Se centraron en consolidar las regiones que estaban bajo su control y en modernizar la Ruta de Ho Chi Minh, asfaltando caminos y construyendo un oleoducto. La Unión Soviética y China continuaron aportando más de mil millones de dólares anuales en ayuda militar.

Nixon no estaba resignado a la derrota, ni a la suya ni a la de Vietnam. Una vez más, insinuó a Hanoi que haría lo que fuera por defender el régimen

de Saigón. A pesar de que el personal militar de Estados Unidos había sido oficialmente retirado de Vietnam, Nixon dejó nueve mil civiles. Muchos eran militares licenciados contratados por los survietnamitas para asesorar a las fuerzas del ERV. El Presidente ordenó que se reiniciaran los vuelos de reconocimiento sobre Vietnam del Norte y sugirió que también podía reanudar los bombardeos. El bombardeo a Camboya es desconocido para la mayoría de los estadounidenses. Comenzó en 1969 y continuó durante mucho tiempo pasados los Acuerdos de París. Sea cual fuere el mensaje que ese bombardeo había pretendido enviar a Hanoi, su principal efecto fue que los refugiados camboyanos inundaran la capital Phnom Penh y que los sanguinarios comunistas del Jemer Rojo ganaran mayor control en el campo.

Sin embargo, el Congreso, cada vez más resistente, limitó el poder de Nixon para continuar las agresiones en el Sudeste Asiático. En el verano de 1973, cuando las investigaciones por el caso Watergate comenzaron a dañar a Nixon más directamente, el Congreso finalmente votó el fin de todas las actividades militares de Estados Unidos en todo Vietnam, Camboya y Laos. Aunque Nixon vetó el proyecto de ley, hacia el 15 de agosto de 1973 aceptó suspender los bombardeos de Camboya y otras operaciones militares en la región. En noviembre el Congreso revocó el veto de Nixon y aprobó el acta de poderes sobre la guerra, una medida que limitaba el tiempo que un presidente podía desplegar las tropas de Estados Unidos en el extranjero sin aprobación del Congreso.

En los últimos tres años de la guerra, con un amplio apoyo de la opinión pública, el Congreso también obligó a la Casa Blanca a reducir la ayuda anual de Estados Unidos a Vietnam del Sur de tres mil doscientos a setecientos millones de dólares. La economía survietnamita, dependiente durante largo tiempo de la ayuda masiva de Estados Unidos, se descontroló, provocando una inflación severa y un alto desempleo en las áreas urbanas. El apoyo popular de Thieu, que nunca había sido generalizado, disminuyó aún más y su gobierno se volvió todavía más autoritario.

Con la renuncia de Nixon, en agosto de 1974, los norvietnamitas comenzaron a acelerar sus planes para una ofensiva final. En enero de 1975, después de que las fuerzas comunistas tomaran la provincia de Phuoc Long, a sólo noventa kilómetros al noroeste de Saigón, Hanoi estaba seguro de que la victoria estaba cerca. En marzo, sus tropas avanzaron por las montañas centrales y las provincias al sur de las zonas desmilitarizadas. Las fuerzas del ejército survietnamita se derrumbaron. Su retirada desesperada se convirtió

rápidamente en una derrota. A pesar de eso, ni el embajador estadounidense, Graham Martin, ni el presidente Thieu reconocieron una derrota total e inevitable. Para la defensa de Saigón, Thieu hizo que sus tropas de élite abandonaran el frente, generando más pánico, mientras que Martin seguía diciendo que se podía evitar una rendición completa. Incluso cuando catorce divisiones norvietnamitas avanzaron sobre Saigón, Martin se negó a poner en marcha la evacuación. Muchos vietnamitas, preocupados por las represalias de los comunistas, trataron de buscar la manera de salir del país por sus propios medios. En las últimas semanas se fueron unos cincuenta mil. Varios días antes del fin, Thieu huyó del país, dejando el régimen en manos del general Duong Van Minh, que había liderado el golpe de Estado contra Ngo Dinh Diem en 1963. El 29 de abril el embajador Martin finalmente ordenó la evacuación de Saigón. En el plazo de veinticuatro horas unas siete mil personas fueron evacuadas en helicóptero desde la ciudad a unos buques en alta mar.

En la mañana del 30 abril los tanques norvietnamitas derribaron las puertas del palacio presidencial. El general Minh recibió a un oficial con las siguientes palabras: «Os hemos estado esperando para entregaros el gobierno». «No habéis dejado nada para entregar», contestó el oficial.

Cerca de allí, el comandante norvietnamita que había liderado la Ofensiva Final, el general Van Tien Dung, telefoneó a Hanoi para anunciar que la bandera del gobierno revolucionario provisional ondeaba sobre el palacio presidencial. En un segundo plano pudo escuchar el sonido de los fuegos artificiales y a la multitud cantando en las calles de Hanoi. «Estaba ahogado de emoción», recuerda. «El sufrimiento de nuestra separación había terminado».

La victoria comunista no acarreó el «baño de sangre» que Nixon y otros funcionarios estadounidenses y survietnamitas habían predicho. Sin embargo, cientos de miles de antiguos militares del ejército survietnamita, de empleados del gobierno y de personas que trabajaron cerca o habían estado a sueldo de los estadounidenses fueron sometidos a años de encarcelamiento y «reeducación». En los siguientes quince años más de un millón de vietnamitas huyeron del país. Muchos se fueron en pequeñas embarcaciones abarrotadas. Miles de esos «balseros» murieron en el océano por deshidratación, ahogados por fallos mecánicos de la embarcación, tormentas, ataques piratas y la omisión del deber de socorro de los buques extranjeros. Los que sobrevivían tenían que soportar varios años en campamentos de refugiados antes de

obtener los permisos para establecerse permanentemente en otro país.

El fantasma de un baño de sangre comunista se hizo real en Camboya cuando el Jemer Rojo derrocó el gobierno apoyado por Estados Unidos de Lon Nol. Sin quererlo, la política estadounidense llevada a cabo en Camboya desde 1969 hasta 1973 había contribuido a que los comunistas cosecharan apoyos. El Jemer Rojo, un grupo rebelde insignificante, no consiguió fuerza hasta que Estados Unidos comenzó a bombardear Camboya y a apoyar al general Lon Nol, quien derrocó el gobierno de Norodom Sihanouk en 1970. Mientras que Sihanouk había logrado a duras penas mantenerse al margen de los enfrentamientos que asolaban Vietnam, Lon Nol entregó a Estados Unidos el destino de su país. A medida que su régimen comenzó a depender cada vez más de la ayuda estadounidense, el Jemer Rojo empezó a recibir ayuda militar de Vietnam del Norte, y juntos expandieron su control en el campo como opositores al impopular Lon No.

Cuando el Jemer Rojo entró en Phnom Penh, capital de Camboya, el 17 de abril de 1975, rebautizó el país con el nombre de Kampuchea Democrática, estableció un nuevo calendario (Año Cero), condujo a toda la población fuera de las ciudades y comenzó a ejecutar sistemáticamente a funcionarios del gobierno, oficiales militares, médicos, profesores, ingenieros y a cualquiera que diera señales de haber recibido una educación formal o influencia occidental. Al resto los enviaron a campos de trabajo donde muchos murieron de cansancio, hambre o enfermedades. En un plazo de tres años el Jemer Rojo había matado al menos a un millón de camboyanos, una séptima parte de la población, lo que constituye uno los peores genocidios del siglo XX. Su reinado de terror sólo terminó con la invasión de los vietnamitas en 1979, que derrotaron el Jemer Rojo e instalaron un gobierno que conduciría el país durante la siguiente década.

En Estados Unidos la caída de Saigón y Phnom Penh hizo que el tema de la guerra, prácticamente olvidado, volviera a ser noticia y regresara al imaginario estadounidense a través de imágenes de derrota: multitudes de refugiados aterrorizados tratando de trepar por la valla de la embajada estadounidense, tanques norvietnamitas retumbando en la capital de Vietnam del Sur sin oposición, militares estadounidenses amontonando helicópteros en las cubiertas de los portaaviones para hacer lugar para más evacuaciones. La humillante derrota pareció mostrar de repente todo lo que cuatro presidentes estadounidenses habían tratado de ocultar. Sin embargo, el final de la guerra fue seguido por un silencio sepulcral. La superpotencia había vivido su

primera derrota y rápidamente intentó ignorar el desastre. Como su territorio no presentaba las cicatrices de la guerra, pocos estadounidenses tenían ganas de reflexionar sobre el daño realizado.

En el territorio vencedor, sin embargo, la devastación de la guerra se veía por todas partes. No se podía evitar. Aproximadamente dos tercios de las aldeas del sur estaban en ruinas y se habían destruido cerca de cinco millones de hectáreas de selva, en su mayoría debido a los millones de litros de defoliantes químicos rociados por Estados Unidos. Había más de dos millones de viudos, huérfanos y discapacitados. El suelo estaba lleno de proyectiles y de minas que no habían detonado. Los líderes vietnamitas mantuvieron la esperanza de que Estados Unidos distribuyera los 4750 millones de dólares en concepto de ayuda para la reconstrucción que Nixon había prometido en secreto durante los Acuerdos de París. Estados Unidos no sólo se negó a proveer dicha ayuda, sino que extendió el embargo económico que había impuesto a Vietnam del Norte durante la guerra a todo el país. Durante las siguientes dos décadas Washington se negó a establecer relaciones diplomáticas con Vietnam, con el argumento de que su antiguo enemigo no había establecido un «recuento total» de los desaparecidos en combate. Las hostilidades de posguerra entre ambos países duraron tanto como la guerra misma.

FRANK SNEPP

«Había confeti de documentos clasificados por los árboles».

Durante muchos años tuvo pesadillas, voces de vietnamitas que llegaban por la radio de la CIA suplicando ser evacuados de Saigón en los últimos días de la guerra. «Soy el señor Han, el traductor. Soy Loe, el guardia nung. Soy Tran, el chófer. ¡Por favor, no te olvides de mí!».

Fue a Vietnam en 1969 a trabajar para la CIA, como analista de inteligencia y responsable de interrogatorios. En abril de 1975, cuando las fuerzas comunistas se aproximaban a Saigón, instó a las autoridades estadounidenses a comenzar la evacuación de aquellos vietnamitas que hubieran trabajado para Estados Unidos. Tras la caída de Saigón, cuando la CIA se negó a realizar un repaso interno de la evacuación, renunció y escribió Intervalo decente, *un éxito de ventas donde criticaba el procedimiento de Estados Unidos en los últimos meses de la guerra. Como respuesta la CIA logró apoderarse de los derechos mediante una campaña legal y exigió que todos sus escritos posteriores tuvieran el visto bueno de la agencia, restricción que todavía debe cumplir. Sin embargo, sus conferencias*

no están sujetas a revisión y sus recuerdos sobre el final de la guerra fluyen casi sin interrupción.

Lo increíble es que nuestro espionaje fuera impecable, gracias a que teníamos un agente en el mando comunista que nos informaba casi en tiempo real de los cambios en la planificación comunista. Cuando el caso Watergate acabó con Richard Nixon en agosto de 1974, comenzamos a recibir informes de inteligencia que decían que Hanoi comenzaba a considerar la posibilidad de una victoria militar en el futuro inmediato. Pensaban que Nixon estaba tan desquiciado que podía volver a la guerra en cualquier momento. Pero tras su partida comenzaron a ver que tenían vía libre para llegar a Saigón.

Tanto el embajador Graham Martin como el jefe de la estación de la CIA Thomas Polgar se habían convencido de que el ejército de Vietnam del Sur estaba en buena forma y que podría aguantar. Algunos en la embajada pensábamos que el ejército de Vietnam del Sur tenía problemas serios. El estado de ánimo era terrible, y la corrupción en el ejército y en el gobierno, endémica. Martin y Polgar restaron importancia a la voz de alarma y creían que si el gobierno votaba una partida de ayuda más, las cosas se solucionarían, por lo menos a corto plazo. Yo creía que los survietnamitas tenían mucho equipamiento en el terreno para defenderse, pero que los comandantes lo escondían en la retaguardia para venderlo y quedarse con las ganancias.

Durante el transcurso del otoño de 1974 los norvietnamitas trataron de buscar los puntos débiles en la defensa survietnamita y ver si era el momento de ejecutar una matanza. Querían comprobar si después de Nixon Estados Unidos respondería a la provocación enviando a la aviación. A comienzos de 1975 tomaron la capital provincial de Phuoc Long, no muy lejos de Saigón. Estados Unidos no respondió con los B-52 y esto impresionó al Politburó.

Pronto comenzamos a recibir información de que buscaban progresos reales: todavía no tomarían Saigón, pero comenzarían una ofensiva importante. En marzo asestaron un golpe duro en las montañas, en Ban Me Thuot y en MR-1 [las cinco provincias más al norte de Vietnam del Sur]. En ese momento fue cuando Thieu realmente comenzó a organizar sus defensas. Debería haberlo hecho mucho antes, pero el embajador Martin le había hecho creer que Estados Unidos colaboraría en caso de una crisis, a pesar del Acta de Poderes de la Guerra y la oposición del Congreso. La estrategia de Thieu se llamó «ligero en la punta y pesado en la base», en otras palabras, aligerar las defensas en las provincias del norte y concentrar las posiciones alrededor

de Saigón. No informó sobre esto a la embajada de Estados Unidos, pues había comenzado a desconfiar de los estadounidenses.

Además, estaba al tanto de la posibilidad de que le dieran un golpe de Estado. Así que en lugar de tomar decisiones lógicas sobre qué fuerzas debía poner en el frente, decidió disponer las mejores unidades alrededor de Saigón como una especie de guardia personal. Retiró a la aviación del Norte justo cuando los comunistas atacaban el norte de Hue.

También para mantener el ánimo en el frente, Thieu permitió que sus familias estuvieran con ellos, muy cerca de los enfrentamientos. Así que cuando los comunistas atacaban y el ejército survietnamita se retiraba, volvían dando tropezones a buscar a sus familias. Te puedes imaginar el resultado: los soldados pasaban más tiempo preocupándose por sus familias que reforzando la defensa. Literalmente en dos semanas y media, el ejército survietnamita se derrumbó sin oponer mayor resistencia.

En los últimos días de marzo sobrevolé MR-1 y en Danang vi que el ejército del general Truong literalmente corría sobre el oleaje. Tiraban sus armas y nadaban por sus vidas. El pánico era absoluto. Nunca había visto algo así. Miles de soldados se adentraban en el mar entre el oleaje. Se estaban retirando del ataque norvietnamita. A medida que el ejército survietamita se retiraba, los comunistas comenzaron a avanzar rápidamente hacia la costa desde Ban Me Thuot. En un plazo de tres o cuatro días los norvietnamitas fueron capaces de dividir el país en dos, desde el norte de Nha Trang.

Por aquel entonces, el embajador Martin estaba en Estados Unidos para que le practicaran una operación dental y trataba de convencer al Congreso de que una ayuda adicional salvaría el régimen de Saigón. Llegó a Saigón hacia el final de marzo justo cuando lo peor estaba por llegar. Yo era su principal informador militar, así que fui a su oficina y le dije: «Señor embajador, acabo de volver volando de MR-1 y he visto como el ejército vietnamita se retiraba por el mar». «No te puedo creer. Tu servicio de inteligencia debe de estar equivocado», me contestó.

Hagamos una pausa y analicemos al embajador. Habían destinado a Martin en Vietnam porque muchos de sus críticos y admiradores pensaron que él era lo mejor después de un B-52. Era terco y no se le podía convencer de nada. En Washington se pensaba que Martin era exactamente lo que se necesitaba para defender la línea de combate. Estaba allí para dar una imagen de fortaleza y compromiso de Estados Unidos. Además había perdido a su

hijo adoptivo en Vietnam, un soldado de combate que murió por fuego enemigo. En consecuencia, Martin sería la última persona que daría el país a los comunistas. Solamente para darte una idea de lo extraña que era su visión, después de que los comunistas hubieran atravesado la mitad de Vietnam del Sur sin apenas resistencia, Martin envió un cable a Washington en el que proponía un plan económico para Vietnam del Sur. Se había dejado llevar a un mundo imaginario.

En la primera semana de abril, los norvietnamitas, para su propia sorpresa, habían logrado una victoria inesperada. El Politburó se reunió y decidió que iba a conseguir una victoria total hacia el aniversario de Ho Chi Minh, en mayo. Polgar se llegó a convencer de que la situación era desesperada, pero tenía algunas vías de comunicación secretas con diplomáticos polacos y húngaros que le convencieron de que existía la posibilidad de negociar un acuerdo. Al mismo tiempo, el embajador de Francia transmitió a Martin el mismo mensaje. Así que cuando los servicios de espionaje nos dijeron que no había posibilidad de llegar a un acuerdo político y que los comunistas tenían la determinación de realizar un ataque que los condujera a una victoria militar total, y en el momento en el que debíamos haber estado planificando la evacuación, Polgar y Martin estaban analizando la quimera de un acuerdo negociado.

Polgar me pidió que escribiera una estimación de cuántos vietnamitas deberíamos sacar en caso de evacuación. Hacia el final pensé que estábamos afrontando el peso de sacar a un millón de vietnamitas que habían trabajado para la CIA, la embajada y el ejército estadounidense, pero Polgar descuidó el plan de evacuación y Martin directamente se encargó de que no se hiciera ningún plan de evacuación.

La única evacuación que Martin aceptó antes del final de abril fue la conocida como Operación Baby-lift. La idea le llegó gracias a los esfuerzos de Ed Daly, el propietario de World Airways. Daly había contribuido materialmente en la evacuación de Danang y estaba tratando de organizar un puente aéreo para llevar cientos de huérfanos vietnamitas a Estados Unidos. Martin se enteró e instó a la Casa Blanca a que organizara algo similar. Esperaba que el espectáculo de cientos de bebés rescatados por los estadounidenses generaría simpatía por la causa survietnamita y quizá recibirían algo de ayuda del Congreso en el último minuto. También pudo haber creído que esto ayudaría a acallar las presiones para una evacuación inmediata.

Por diversas razones, la Operación Baby-lift fue un fraude. Muchos de los niños, de hecho, eran refugiados de guerra. Muchos habían estado en orfanatos de Saigón durante meses o años y la ofensiva comunista no les representaba ningún peligro inmediato. Pero en aquel momento aplaudí la iniciativa. Me parecía un primer paso en la dirección correcta. Durante la mañana del 4 de abril un avión C-5A Galaxy de las fuerzas armadas aterrizó con una carga excesiva de material de guerra nuevo para el ejército de Vietnam del Sur. Se trataba del avión de carga más grande del mundo. Tan pronto como descargaron el avión lo llenaron con 243 huérfanos. A treinta minutos de Saigón el avión tuvo un fallo mecánico. Dio la vuelta para volver, pero se estrelló al acercarse. Fue desgarrador. Murieron más de doscientos niños.

Finalmente se evacuó a cientos de niños, pero el embajador continuó oponiéndose a cualquier otro esfuerzo para ayudar a salir a los vietnamitas. Los funcionarios jóvenes de la embajada desoyeron las órdenes y comenzaron a preparar en secreto cada vez más viajes al exterior para vietnamitas. Y en Washington jóvenes funcionarios del Departamento de Estado comenzaron a presionar a Kissinger para que Martin se concentrara en un plan de evacuación. Pero todo esto sucedió sin ninguna metodología ni coordinación. Y nadie estaba presionando al Servicio de Inmigración y Naturalización para que aumentaran sus cuotas, aceptaran a más inmigrantes vietnamitas y agilizaran los procedimientos. Más adelante, Martin utilizó esto para justificarse por no haber evacuado a un gran número de vietnamitas antes del fin.

Hacia el final de abril me preocupé tanto que decidí llamar a nuestro mejor agente para que viniera del campo de batalla a corroborar el informe que me había enviado. Vino disfrazado y nos encontramos en Saigón. Siempre le daba una Budweiser y cigarrillos Salem. Eran los favoritos de Ho Chi Minh, así que fue por ellos. Me confirmó que los comunistas estaban dispuestos a todo. Corrí a toda prisa a la embajada y para mi espanto Polgar no me permitió enviar el informe por una vía de máxima prioridad.

Martin todavía tenía la esperanza de estabilizar las defensas al norte de Saigón en Xuan Loe y buscar un acuerdo político. Quería que tomara las riendas alguien que pudiera negociar con Hanoi, así que hacia el 23 de abril decidió que era el momento de deshacerse de Nguyen Van Thieu. Convenció a Thieu para que renunciase y, para asegurarse de que Thieu no hiciera nada raro, decidió sacarlo del país. Nunca olvidaré cuando Polgar me llamó para

decirme: «Tengo un trabajo muy especial para ti: esta noche vas a llevar a Thieu al aeropuerto». Me dieron la responsabilidad de conducir la limusina para llevar a Thieu en total anonimato y en secreto a un punto de encuentro en la base aérea de Tan Son Nhut, que era igualmente secreta, donde un vuelo de la CIA lo sacaría del país. Cuando llegué Thieu salía con el general Charles Timmes, un agente de la CIA. Según se subían en la parte posterior del vehículo uno de los ayudantes de Thieu guardó unos bultos en el maletero. Sonaba como si fuera metal. Thieu ya había sacado la mayoría de su oro fuera del país, así que sería un alijo. La ciudad estaba en caos. Había ciento cuarenta mil soldados norvietnamitas más o menos a una hora del centro de Saigón. Las defensas al norte de la ciudad en Xuan Loe estaban cayendo. Era aterrador. Había una gran preocupación de que el mariscal del aire, Nguyen Cao Ky, se interpusiera para matar a Thieu y tomara el control por la fuerza, así que íbamos fuertemente armados. Thieu no paró de llorar durante todo el trayecto al aeropuerto. En un momento habló de todas las obras de arte que había enviado a Taipei y Hong Kong. Pasamos por un letrero a la salida Tan Son Nhut, un tributo a los caídos estadounidenses que decía algo como: «El sacrificio del noble aliado no se olvidará nunca». Thieu soltó una especie de gemido.

El avión de la CIA estaba esperando en absoluta oscuridad. Pasé rápidamente por encima de la pista de aterrizaje hacia lo que esperaba que fuera el avión y casi atropellé a Polgar. Nos detuvimos frente al aparato y los motores se pusieron en marcha. Parecía una escena sacada de *Casablanca*, excepto porque ni Bogart ni Bergman estaban allí. El que sí estaba era el embajador. Cuando Thieu salió del vehículo, se inclinó, me agarró de la mano y dijo en inglés con acento francés: «Gracias, gracias por todo». Me pasó por la cabeza: ¿Por qué gracias? Es decir, perdimos 58 000 muchachos aquí, ¿por aquello me daba las gracias? ¿O simplemente por facilitar su huida?

Thieu subió al avión a toda prisa y Martin literalmente lo tomó del hombro y le ayudó a subir las escaleras. Entonces Martin bajó de un salto y arrastró la escalerilla. Fue como si estuviera tratando de cortar el cordón umbilical del compromiso de Estados Unidos con Vietnam. Me apresuré hacia él y le dije: «Señor embajador, ¿puedo ayudarle?». Con el rostro deformado por el miedo, sólo pudo balbucear: «No, no, ya está, ya está».

La partida de Thieu no resolvió nada. Martin todavía creía que un acuerdo era posible y rechazó planear una retirada como último recurso. Ni siquiera habíamos empezado a destruir los documentos clasificados. Por lo tanto,

aquellos últimos días y noches sumieron a la embajada en un temblor constante. Quemamos los documentos en los incineradores que se encontraban en el tejado, junto al helipuerto. En un momento Martin salió al garaje y vio que su limusina estaba llena de ceniza del incinerador. Comenzó a limpiarla desesperadamente. «Esto no puede ser. Es una muestra de debilidad de la voluntad de Estados Unidos», dijo. Estaba cada vez más desquiciado. Para entonces le preguntamos si podíamos talar un gran tamarindo que quitaba lugar al *parking* para que hubiera espacio en el caso que tuviéramos que aterrizar helicópteros de evacuación. Se negó. «No, no puedes talar ese árbol. Es un símbolo de la determinación estadounidense y estarías dando el mensaje equivocado».

En la embajada ni siquiera había una lista original de los vietnamitas por los que nos debíamos preocupar más. No se había hecho el esfuerzo de establecer un orden de prioridades de las personas que necesitaban salir del país. Los primeros que salieron fueron los más corruptos y los miembros de rango superior del régimen de Thieu. Algunos días antes del fin estaban diciendo adiós con la mano alegremente y montándose en los helicópteros vestidos de civil. Fue un «sálvese quien pueda». Muchos estadounidenses llenaron los aviones de amigos vietnamitas. Eran amantes, sirvientas, amigos, no necesariamente las personas que estaban en una situación de máximo peligro. A los agentes de la inteligencia vietnamita no se les dio prioridad en absoluto. Muchos estaban todavía en las zonas de las aldeas a cargo de las radios o traduciendo documentos.

En la mañana del 29, los comunistas comenzaron a bombardear las afueras de Saigón, tal como había predicho nuestra inteligencia. Un bombardeo masivo. Las explosiones me despertaron violentamente. Apenas había conciliado el sueño durante catorce días, y me había quedado dormido. Me levanté y fui abriéndome paso a empellones entre los miles de vietnamitas que estaban reunidos fuera de los muros de la embajada.

Estábamos recibiendo información de que los comunistas estaban entrando en Saigón y que no sólo bombardearían la base aérea con artillería, sino que a las seis en punto del día 29 comenzarían a bombardear el centro de Saigón, la embajada y el palacio presidencial survietnamita. El puente aéreo era un desastre. La flota de evacuación había llegado de alta mar pero debido a problemas en la planificación, de algún modo habían cometido un error con el huso horario de Saigón. Habían dado a entender que a primera hora de la mañana habría en Saigón unos grandes helicópteros CH-47, los gigantes

verdes, pero no vimos ninguno hasta las primeras horas de la tarde.

Entretanto, el embajador, todavía convencido de que había una posibilidad de salir en avión, insistía en conducir por el caos de la ciudad hasta Tan Son Nhut para llegar a la pista de despegue. Cuando llegamos allí, tal y como le había dicho el agregado de defensa, era imposible pasar. Así que volvió a la embajada y dijo: «De acuerdo, es el momento de la fase cuatro de "Viento Constante"». Éste era el nombre en código para la salida en helicóptero. Se había avisado a los estadounidenses y vietnamitas que estaban a cargo de la embajada que notificarían el inicio de la evacuación a través del servicio de radio estadounidense. El código sería la canción *Navidades blancas* seguida de la frase «La temperatura en Saigón es de cuarenta grados y aumentando».

Estaba en la dependencia de operaciones de la CIA. Escuchábamos mensajes de agentes vietnamitas abandonados: «Por favor, venid a buscarnos, vamos a morir, vamos a morir». Comencé a ayudar a los pilotos comerciales de Air America a desplazarse por la ciudad en unos helicópteros pequeños para ir a recoger a estadounidenses y vietnamitas de varios tejados. Nadie me decía lo que tenía que hacer. En un momento dado un tipo de la CIA corrió y dijo que todos nuestros traductores todavía estaban allí. Teníamos unos setenta traductores, y a medida que transcurrió el día descubrí que el agente de la CIA encargado de asegurarse de que los evacuaban se había evacuado a sí mismo y los había dejado en el hotel de la CIA. Después de que los comunistas tomaron el poder, ametrallaron a la mayoría de los vietnamitas que estaban en ese hotel.

Por fin, hacia las dos de la tarde, aparecieron los helicópteros y comenzaron a sacar a la gente de la pista de despegue de Tan Son Nhut, que estaba bombardeada, y del tejado y del *parking* de la embajada de Estados Unidos. Los incineradores del tejado seguían funcionando a todo gas, pero no llegaron a acabar con todo el material. La ceniza se esparcía por todos los árboles, y en un determinado momento cogimos unas bolsas con documentos en pedacitos y las bajamos al jardín de la embajada y cuando los helicópteros comenzaron a aterrizar abrieron las bolsas y las volaron. Había confeti de documentos clasificados por los árboles.

Empezamos a meter vietnamitas en la embajada para despegar desde el tejado. En las salas de la embajada había gente con animales de granja y niños llorando. Casi no tenían agua. El aire acondicionado y los ascensores se habían estropeado y aquello empezó a convertirse en una escena dantesca. Había un miedo terrible a que los vietnamitas creyeran que les íbamos a dejar

tirados y se amotinaran. Y todo un arsenal de armas se esparcía alrededor de la embajada, que los estadounidenses habían descartado al irse.

Fui al despacho del embajador. Estaba a cuatro patas destrozando con sus propias manos sus documentos más secretos. A las seis nos llegó el mensaje de que los comunistas habían suspendido los bombardeos porque creían que los estadounidenses se habían marchado. Hacia las nueve y media sólo quedaban en la embajada 17 funcionarios de la CIA. Polgar me dijo que me fuera. Él se quedaba para salir con el embajador. Pasé por el congestionado vestíbulo y los guardias marines comenzaron a golpear a los vietnamitas para que nos dejaran pasar al tejado. Mientras iba de camino al tejado no pude mirarles a los ojos. Cuando llegué arriba logré ver las luces del ejército norvietnamita en el perímetro de la ciudad: destellos luminosos de los ciento cuarenta mil soldados que avanzaban en línea. Estaban a media hora del centro de la ciudad. Eran tan descarados que ni siquiera habían apagado los fuegos. Se veían estelas de humo en el horizonte y las descargas de munición en la base aérea de Bien Hoa fueron aumentando hasta convertirse en explosiones masivas. Unos pocos aviones estadounidenses lanzaban fuego de neutralización. Nada se sabe de esto, puesto que los estadounidenses supuestamente estaban fuera de Vietnam, pero así se hizo porque la situación era desesperante. Más allá del helipuerto vi a miles de vietnamitas en las calles. Estaban desesperados, pero no gritaban. Para mi sorpresa, permanecían en silencio. Todos miraban hacia la embajada esperando un rescate que no llegaría y debían pensar que si generaban cualquier alteración no se los iban a llevar. A medida que el helicóptero iba hacia la costa, empezamos a recibir fuego terrestre. Ganamos altitud y logramos salir, pero todavía pienso lo ridículo que habría sido ser abatidos mientras nos íbamos.

En gran medida la guerra terminó como si la hubieran dirigido los estadounidenses, sin tener en cuenta las vidas que estaban en riesgo. Unas cuarenta y ocho horas antes del fin recibí una llamada de una vietnamita con la que me había estado viendo de vez en cuando durante mi primer año en Vietnam. Desapareció de la ciudad en 1973. Hacia el final de 1974 apareció en mi puerta con un bebé de un año. Creo que era mi hijo. Poco antes de la caída me llamó y me dijo: «Tienes que evacuarme porque los comunistas me matarán por haber salido con un estadounidense y haber tenido un niño con él». Estaba trabajando en un informe para el embajador así que le dije: «Mira Mai Ly, llámame en una hora. Haré todo lo que esté en mi mano para sacarte del país». «Más te vale, porque si no lo haces mataré al niño y me suicidaré», me contestó. Llamó nuevamente al cabo de una hora más o menos. Yo estaba

hablando con el embajador y perdí la llamada. El último día vi a un policía que la conocía y le pedí que averiguase dónde estaba. Me envió un mensaje diciéndome que había matado al niño y se había suicidado. Nunca pude comprobarlo, pero cuando despegué del tejado de la embajada la culpa me abrumaba. Estaba tratando de convencer a un embajador terco de que suspendiera los compromisos estadounidenses y yo también había olvidado que había vidas en juego. Tenía que haber ido por la mujer y el niño y haberlos sacado del país. Me convertí en lo que muchos estadounidenses se convirtieron en Vietnam: personas que se limitaban hacer el trabajo y se olvidaban de que había vidas en juego.

TRUONG TRAN

«Podíamos perder o empatar, pero nunca ganar».

Los dos vivimos en el mismo pueblo de Massachusetts y nuestros hijos van juntos al instituto. Pasa a visitarme un domingo por la tarde para hablar de su vida en Vietnam. Nació en 1947, el ejército survietnamita lo recluta y sirvió desde 1964 hasta 1969, y ascendió hasta el grado de sargento. Durante los últimos años de la guerra fue un especialista de desarrollo rural para el Departamento de Estado de Estados Unidos. Dejó Vietnam con su familia en 1975.

A menudo pienso por qué perdimos la guerra. Recibimos asistencia del país más poderoso del mundo y aun así perdimos. Cuando Estados Unidos decidió desembarcar soldados de infantería en Vietnam, con toda la buena voluntad, situó a los survietnamitas en una posición de desventaja política. Vietnam del Norte era capaz de movilizar a gente del Sur tanto como a gente del Norte para luchar contra lo que ellos llamaron la invasión estadounidense. Toda nuestra historia ha enseñado a los niños que uno debe ser valiente para luchar contra las agresiones extranjeras. Nosotros no podíamos decir a nuestros hermanos y hermanas que estábamos luchando por nosotros mismos y que los estadounidenses estaban en el país luchando por nosotros. Decíamos que estábamos luchando para salvar al país del comunismo, pero la gente decía que era demasiado abstracto e insistían en que por lo menos los comunistas eran vietnamitas.

Provengo de una familia muy pobre de Vietnam. Mi madre murió cuando yo tenía cinco años y mi padre cuando yo contaba con dieciséis. Cuando estalló la guerra vivía con mi anciano abuelo y mis cinco hermanos. Los estadounidenses utilizaron defoliantes para despejar la selva y acabaron con la plantación de coco de mi abuelo. Todavía recuerdo cuando me mostró los

árboles muertos. «Ésta es la única fuente de ingresos a mi edad, pero ahora ya se ha acabado», me dijo, y se puso a llorar.

Vivíamos en Binh Dinh, una provincia costera donde las luchas eran encarnizadas. En mi provincia, si seguías a los comunistas, te convertías en un comunista comprometido, y si seguías a los nacionalistas, te convertías en un ultranacionalista. Cuando chocábamos no había tolerancia. Cualquiera de los dos moría. Incluso había divisiones familiares, con hermanos que luchaban unos contra los otros.

Cuando fui reclutado por las fuerzas armadas en 1964, decidí unirme a las fuerzas regionales como soldado raso. Así podría vigilar a mi abuelo y mis hermanos pequeños. Al final me destinaron a dos distritos de distancia, así que veía a mi familia una vez al año.

Nuestra compañía protegía tres pueblos. Respetábamos mucho a nuestro comandante porque venía con nosotros a las patrullas y emboscadas mientras que la mayoría de los líderes se quedaban en zonas seguras mientras sus soldados acababan muertos. Él decía que nuestro principal objetivo era permanecer con vida, no ganar ascensos. Nos movíamos mucho, de tal manera que los del otro bando no conocieran nuestros hábitos. Nuestras tácticas trajeron muchos problemas a las infraestructuras comunistas locales. Mientras que la mayoría de las unidades salían por unas pocas horas y volvían a casa a dormir, nuestro comandante esperaba hasta la una o las dos de la madrugada para enviarnos a preparar emboscadas. Era cuando los guerrilleros iban a los pueblos a visitar a su gente y por suministros. Esperábamos a que regresaran de los pueblos y les tendíamos emboscadas.

Nuestro comandante era muy estricto con nuestra manera de relacionarnos con la gente local. Castigaba con severidad a quien fuera arrogante o robara, porque incluso robar un pollo o algunas verduras podía generar repercusiones políticas negativas. A cualquiera que cazaran haciendo algo así lo encerraban en la jaula de los tigres durante siete días. Pero la mayoría de los hombres de mi unidad nos portábamos bien y mantuvimos una buena relación con la gente.

Una mañana de 1967 íbamos de patrulla y nos ordenaron que fuéramos de una pequeña aldea a otra a través de un campo abierto. Nos tendieron una emboscada y cuatro resultamos heridos. Dos murieron casi inmediatamente. A mí me hirieron en el brazo y en el estómago y permanecí hospitalizado durante ocho meses. No pude mover el brazo durante dos o tres años. Como

mi inglés era mejor que el de la mayoría, me enviaron a una unidad en la retaguardia a realizar trabajos de traducción para los consejeros militares.

Cuando dejé el ejército, trabajé para una organización sin ánimo de lucro llamada Salvar a los Niños, en Qui Nhon. Fue el momento más feliz de mi vida, porque podía ver los resultados de mi trabajo y éramos muy útiles. Trabajábamos en aldeas de la región. Seleccionábamos familias que necesitaran ayuda económica. Escribíamos sus historias y las conectábamos con familias estadounidenses para que las apadrinaran. Se les prestaba el dinero sin interés para financiar proyectos económicos con un cronograma de devolución. El dinero que devolvían iba a una cuenta de desarrollo de la comunidad y un comité de personas de la misma aldea distribuía el dinero para financiar proyectos. Estábamos tratando de llevar la democracia a los niveles más bajos de la sociedad survietnamita. Los comunistas nos odiaban. Nos acusaron de ser herramientas de la CIA y ejecutaron a uno de los directores de nuestro equipo.

En 1971 trabajé para el Departamento de Estado de Estados Unidos como especialista en desarrollo comunitario para Operaciones Civiles y Apoyo al Desarrollo Revolucionario [OCADR]. Trabajé con algunos expertos estadounidenses muy amables, pero la corrupción era un problema muy serio. Cuando un jefe provincial recibía un millón de piastras del OCADR para el desarrollo del pueblo, se quedaba con cien mil. El resto llegaba a las manos de los jefes de distrito, que se quedaban con una porción. Luego llegaba a las manos de los jefes de los poblados que también se quedaban con una parte. Para cuando llegaba al pueblo, quedaba un 50 por 100 de lo que había en un principio.

La presencia de soldados estadounidenses en Vietnam destruyó nuestra causa política, así como nuestro tejido económico y social. El 50 por 100 de la población se valía de la tierra para subsistir, pero durante la guerra no pudieron cultivar los campos y tuvieron que mudarse a las ciudades. Algunos tuvieron la suerte de conseguir trabajo en el ejército estadounidense, pero muchos otros se vieron obligados a desempeñar trabajos serviles o incluso a ejercer la prostitución. Las prostitutas vivían mejor que los altos funcionarios survietnamitas. La mayoría de los funcionarios del gobierno ganaban menos de veinte dólares al mes, mientras que las prostitutas conseguían quinientos e incluso mil dólares. La gente cometía abuso de poder para conseguir más dinero y ayudar a sus familias. Por supuesto que había corrupción, Pero ¿cómo puede uno vivir con veinte dólares al mes y mantener la voluntad de

seguir luchando?

También perdimos porque estuvimos de acuerdo con librar una guerra que podíamos perder o empatar, pero nunca ganar. Lo mejor que hubiéramos logrado era mantener la mitad del país. Del otro lado, los comunistas podían empatar o ganar, pero nunca perder. Puesto que no podíamos luchar en el Norte, lo peor que les podía suceder era quedarse con la mitad del país. Y puesto que todos los vietnamitas esperaban una unificación final, una vez más Vietnam del Norte tenía la aspiración más convincente. La gente podría no querer el comunismo, pero los comunistas al menos podían prometer la unificación nacional.

Cuando los comunistas prepararon la Ofensiva Final, Truong tuvo que sortear grandes obstáculos para sacar a su familia desde donde trabajaba, en Qui Nhon, hasta Saigón. Descubrió que Estados Unidos no evacuaría a sus hermanos menores. «Le había prometido a mi padre que cuidaría de ellos independientemente de lo que pasara. ¿Cómo los iba a abandonar?». Así que probó suerte en el aeropuerto. «Cuando llegó el primer avión, los soldados apartaron a los civiles violentamente y confiscaron el avión para ellos y sus familias». A medida que fueron llegando más aviones Truong se las arregló para embarcar a su mujer y a sus hijos a bordo. Para embarcar a sus dos hermanos recurrió a una idea de último momento. «Como sabía que había que empujar la escalerilla hacia el avión, tan pronto como aterrizó el siguiente avión me acerqué al estadounidense que estaba junto a la escalerilla y le pregunté si podía echarle una mano. Le ayudé a mover la escalerilla y tan rápido como llegamos al avión metí a mi hermano. Con mi otro hermano utilicé el mismo truco, aunque tenía un brazo roto por un soldado».

La familia se reunió en Saigón, y Truong vagó por la ciudad buscando una oportunidad para salir del país. El último día de la guerra fue a la embajada de Estados Unidos como último recurso. Por un golpe de suerte, se dio la casualidad de que conocía a uno de los guardias de seguridad, que les permitió cruzar el alambre de espino hasta la embajada. Entonces un guardia marine comprobó la identificación de Truong y dejó pasar a toda la familia al complejo al interior de la embajada.

«Íbamos en fila. Primero salían los estadounidenses. Luego los filipinos y coreanos. Nosotros éramos los últimos». Una vez más se las arregló para meter a toda la familia en los helicópteros, uno cada vez. Los helicópteros dejaron de venir cuando por fin sólo quedaba él. «Era la una de la

madrugada del día 30. Los que estábamos en el complejo empezamos a protestar. Estábamos encerrados detrás de la valla y empezamos a moverla, gritando "¡Ayuda, ayuda, ayuda!". Por fin llegó un teniente coronel marine. Yo hice de traductor para el grupo. Nos aseguró que nos recogerían. Todos dijeron que no creían en su palabra, así que le dije que queríamos hablar con el embajador. Hacia las dos y media o tres de la madrugada el embajador Martin salió. Fue muy valiente. "Estoy hablando con Washington, negociando a ver cómo puedo conseguir más helicópteros. Les aseguro que no me voy a ir sin ustedes". A las cuatro llegó el siguiente helicóptero. Fue muy emocionante sentarme en el Chinook. Dejaba mi país de manera vergonzosa, pero la historia no me había dejado otra opción. Según volábamos pensaba en cómo podría volver a Vietnam. Después de veintiséis años, todavía no he vuelto a casa».

VI. El legado (1975-)

34

Toques de trompeta

«Multiplicad lo contado por veinte, por cien… alumbrado por las pasiones más espeluznantes… la del león sediento de sangre, los volcanes ardientes de la venganza humana, contra los hermanos y camaradas asesinados; como los resplandores de los campos en llamas, como las brasas de los escombros humeantes, y a la negra luz del corazón humano… y tendréis una idea de lo que es esta guerra».

Walt Whitman, *Días ejemplares de América*

Casi tres décadas nos separan del día en el que el último helicóptero levantó el vuelo desde el tejado de la embajada de Estados Unidos en Saigón. Dentro, un embajador sentado con una bandera plegada entre las manos miraba con desprecio la tierra donde los aviones estadounidenses habían sido tan habituales como los pájaros autóctonos. La presencia estadounidense en Vietnam, en otro tiempo tan colosal, había menguado hasta convertirse en una pequeña mancha en el cielo matinal. «Los recuerdos se han atenuado piadosamente», comentaba la periodista Gloria Emerson. Sin embargo, a medida que escuchaba a las personas que me contaron los relatos que aparecen en este libro, fui percibiendo que sus historias estaban en la superficie, a flor de piel, filtrándose por cada grieta, tan vivas y presentes como siempre. Si estos recuerdos eran vagos, imaginemos cómo habrían sido nítidos. Quizá algunos hayan sido literalmente indescriptibles y hayan necesitado décadas para tomar forma en las palabras que todos deseamos capturar. Algunos recuerdos han estado ahí durante todo este tiempo, latentes, esperando el momento para ser compartidos. Y una infinita cantidad se han perdido para siempre.

Estas voces nos remiten a una época en la que millones de personas en varios países sentían que la guerra se había convertido en una condición casi permanente. En la que a diario, durante más de una década, los padres decían

adiós a unos hijos que jamás volverían a ver, en la que los adolescentes aprendían a matar como un deber patriótico, en la que personas de todas las edades se agazapaban en agujeros y túneles cuando las bombas y la artillería explotaban cerca, en la que las familias discutían sobre la naturaleza de la guerra y cómo reaccionar ante ella; los químicos tóxicos caían del cielo como lluvia, los campesinos veían arder sus casas, los ciudadanos se levantaban en actitud desafiante en oposición al gobierno, los prisioneros padecían formas inimaginables de interrogatorio y tortura; los comandantes movían a las tropas sobre mapas militares, médicos y enfermeras atendían cuerpos llenos de metal, los líderes insistían en que los combates debían continuar y los periodistas enviaban reportajes de batallas que nadie recordaría excepto los supervivientes.

Es sorprendente que en Estados Unidos en el último cuarto de siglo se hayan difundido tan pocas vivencias de la guerra de Vietnam. La cultura popular estadounidense nos ofrece una visión curiosamente menguada de la historia. Una guerra que debería haber inspirado películas épicas y novelas con montones de personajes de todos los bandos y rangos, y que abarcara diferentes épocas y continentes, ha sido típicamente reducida a relatos que tratan sobre pequeñas unidades de infantería estadounidenses combatiendo a un enemigo silencioso, casi invisible. Pero además de los vietnamitas también se ha silenciado a la mayoría de los estadounidenses que hicieron de Vietnam una guerra polémica. Rara vez encontramos representaciones convincentes de presidentes que hagan política de guerra, o de activistas antibelicistas desafiando las afirmaciones oficiales, de generales en los puestos de comandos, de personas comunes entablando dolorosas discusiones sobre la guerra. Incluso el Muro de Vietnam, nuestro símbolo de la guerra más conocido y conmovedor, no evoca todo el alcance y dimensión del coste y las consecuencias de la guerra.

¿Por qué se omiten tantos elementos de nuestras historias de la guerra? La amplitud, duración y complejidad de la guerra responden parcialmente esta pregunta, pero la verdad más dura es que simplemente hemos evitado el análisis, el tipo de valoración que nos haría lidiar con preguntas incómodas sobre la intervención de Estados Unidos en Vietnam: por qué ocurrió, por qué tuvo una oposición tan vehemente, qué supuso para los vietnamitas, laosianos y camboyanos, qué supuso para nosotros y quién fue responsable. En lugar de eso, preferimos historias que nos hagan sentir mejor con nuestra nación y con nosotros mismos. Incluso cuando creemos que hemos afrontado las realidades más horribles de la guerra, en realidad no hemos hecho más que lamernos las

heridas. Por ejemplo, tendemos a referirnos con tristeza a la guerra como una «tragedia nacional», como si fuera una imposición del destino que va más allá de nuestro control y que sólo nos afectó a nosotros.

En Vietnam, la memoria colectiva tiene sus propias evasiones y omisiones. Oficialmente, la guerra es conmemorada como la culminación de una misión histórica por la independencia y la unificación nacional. Sin embargo, las amargas divisiones internas que protagonizaron aquellos años, y que todavía persisten, a menudo son desechadas como menores o irrelevantes. Tampoco ha habido un reconocimiento completo de la desilusión generalizada que provocó el victorioso gobierno de la posguerra.

Debe ser un homenaje a la naturaleza humana el hecho de que busquemos alguna redención en el pasado, que busquemos sentido y esperanza incluso entre las «cenizas» de la guerra más larga y costosa. Sin embargo, no es un homenaje cuando por inercia desviamos la mirada de la destrucción de la guerra o evadimos las implicaciones morales y políticas más problemáticas. Con valentía, la mayor parte de las personas entrevistadas para este libro tuvieron que esforzarse para describir sus vivencias con franqueza y enfrentarse a los dilemas éticos que la guerra trajo a sus vidas.

Los relatos más alentadores son aquellos que tienden puentes entre antiguos adversarios, no para negar la amarga historia que dividió nuestros países, sino para establecer las bases de un entendimiento de nuestro pasado en común y la posibilidad de llegar a una genuina reconciliación. No nos ofrecen finales felices ni lecciones sencillas, sino que nos muestran cómo se han entrelazado nuestras historias y cómo dependemos los unos de los otros, si realmente nos interesa explorar más allá.

LEROY V. QUINTANA

«Unos ancianos reproducían toques de trompeta grabados».

Leroy Quintana es un hombre alto, barbudo y de pecho firme. Creció en Ratón, un pequeño pueblo al norte de Nuevo México. «En la década de los cincuenta los veteranos mayores eran los héroes del barrio. Cada vez que pasaban, la gente gritaba sus nombres».

En Vietnam fue miembro de la patrulla de largo recorrido en la 101.ª División Aerotransportada. Entraban en la selva en pequeños grupos de cinco o seis hombres. Su misión era informar sobre los movimientos de las tropas enemigas. No iniciaban enfrentamientos. Se quita las gafas y se frota los ojos.

Pasábamos días sin hablar. Sólo nos comunicábamos con gestos y señales. Si uno hacía como que rompía una rama quería decir que quería tomarse un descanso. Si alguno entrecerraba los ojos quería decir que había visto a algún Vietcong. Vivíamos en un nerviosismo continuo. Al menos en las compañías regulares se podía combatir. Lo nuestro era aterrador porque estábamos en la tranquilidad absoluta y de pronto surgía algo de la nada. Un día estábamos por ahí, y de pronto escuchamos entre los árboles un ruido estrepitoso. Pensé, por Dios y la Virgen. Era una gran manada de babuinos enormes, que iban de árbol en árbol con sus bebés. Fue hermoso, pero nos dimos un buen susto.

En otra ocasión, durante el monzón, estuvimos fuera durante una semana y no paraba de llover. Por fin amainó y me relajé. Me puse de pie y me estiré. Giré la cabeza y había una fila de soldados del Vietcong que venían hacia nosotros. Me tiré al suelo. Mis compañeros se ocultaron entre la maleza. Estaba temblando en el barro y la frase que mejor definía mi sensación en aquel momento era «quiero estar con mi mamá». Lo deseaba de verdad. Fue terrorífico. Continuaron pasando en fila uno detrás de otro. Me castañeteaban los dientes. Cuando las cosas se ponen difíciles de verdad todo se vuelve muy básico. Cuando los helicópteros vinieron a buscarnos algunos simplemente lloraban aliviados.

Era terrible, pero creo que en cierta manera los reconocimientos me salvaron la vida. No tuve que quemar chabolas ni matar a los lugareños. Nuestra misión era completamente diferente. No tengo que vivir con esa culpa. Conocí a un tipo que estaba en la infantería. Disparó a personas que estaban en las sombras y resultaron ser niños. Ha cargado con ese peso durante treinta años. Ni siquiera su mujer lo sabe. ¿Cómo puede uno vivir con ese tipo de secretos?

No le he contado mucho sobre Vietnam a mi mujer. Pero el otro día sucedió algo extraño. Estábamos viendo un reportaje en la televisión que decía que el presupuesto no alcanza para realizar entierros militares adecuados. En lugar de la guardia de honor, unos ancianos reproducían toques de trompeta grabados. Empecé a llorar. Puede que para otro no tenga importancia. ¿Qué más da si no te entierran con honores militares? Pero cuando mi mujer vio mi reacción fue como si algo cambiara en su interior. Creo que comenzó a comprender.

Desde que estuvo en Vietnam, ha publicado cinco libros de poesía, incluido The History of Home*, que fue premiado con el American Book Award.*

WILLIAM WESTMORELAND

«Estaba al frente de una guerra impopular».

Fue el comandante de las fuerzas estadounidenses en Vietnam desde 1964 hasta 1968. Aunque hoy día muchos jóvenes no reconozcan su nombre, a mediados de los sesenta fue una de las tres personas que los estadounidenses más asociaban a la guerra, junto con el presidente Johnson y Robert McNamara.

Vive con su mujer, Kitsy, en una residencia para la tercera edad en Charleston, Carolina del Sur. Incluso a los ochenta y cinco años y vestido de civil se le puede reconocer al instante. Todavía tiene ese semblante de rectitud, esa mandíbula firme y ese aspecto aseado. Sin embargo, admite que su mente se ve disminuida. Quizá éstas sean sus últimas reflexiones públicas sobre la guerra.

Nos sentamos en un rincón de la sala, alrededor de una mesita diseñada para un juego que ninguno de los dos sabemos identificar.

A mi entender, Vietnam es una historia antigua, y me he ido despegando de ella con el paso de los años. No fue más que un capítulo en la historia de mi vida. Luché en tres guerras. Soy un hombre mayor y he estado por todo el mundo. He vivido algunas experiencias interesantes. Pero ahora estoy jubilado y hago lo que me place.

Era una situación difícil. El liderazgo vietnamita era débil. Pero de mí no dependía la política nacional, sólo la ejecuté. Era un soldado profesional. Fui bastante consciente de que no era necesariamente una guerra popular, porque nuestro interés nacional no estaba en juego. Cuando empezamos a tener bajas, cosa inevitable, la sociedad estadounidense empezó a preguntarse si valía la pena.

Me maltrataron en las universidades y nunca me importó. Pero fue difícil en el ámbito familiar, sobre todo porque estaba al frente de una guerra impopular, la más impopular en la que jamás nos hemos visto involucrados. Los grupos antibelicistas maltrataron un poco a mis hijos en la universidad. Me preocupaba, pero se adaptaron muy bien. Estoy orgulloso de la manera en que lo manejaron. Siempre me fueron leales.

Luché en tres guerras. Jugué un papel en la historia, como tantos otros en el servicio militar. Ser soldado supone tener una vida dura y peligrosa. Pero al final, creo que uno tiene un sentimiento de orgullo y satisfacción por haber

servido a su patria. Nosotros no hacíamos las políticas, las ejecutábamos.

Naturalmente, la guerra de Vietnam era una guerra polémica. Muchos estadounidenses pensaron que nuestra participación seguía ciertos ideales, aunque no necesariamente relacionados con el interés nacional. Creo que eso tiene algún mérito. Llegó a ser muy impopular en las universidades del país. Nuestra seguridad nacional no estaba en peligro, así que por consiguiente la sociedad no apoyó esta guerra tanto como lo hizo durante la segunda guerra mundial. Así que fue un tanto difícil.

THAI DAO

«La primera vez que me topé con la guerra de Vietnam fue en las películas de Hollywood».

Cuando dejó Vietnam, en 1975, apenas era un bebé. Ahora vive con su abuela y su padre divorciado en Westminster, California —«Little Saigón»—, mientras acaba sus estudios en el Irvine Valley College. En el verano de 1999, a dos o tres kilómetros de su casa, el propietario de un video-club puso una foto de Ho Chi Minh y una bandera de la República Socialista de Vietnam. A muchos vietnamitas estadounidenses les espantó este recordatorio y aparente celebración del gobierno comunista contra el que habían luchado. Durante semanas se reunieron a miles en la calle frente a la tienda para protestar.

Estaba bastante molesto con todo. Pensaba que todos estaban equivocados. El tipo que colgó la foto de Ho Chi Minh es un idiota. Hacer algo así en una comunidad vietnamita tan patriótica no es más que una provocación. Es obvio que iba a generar una afrenta. Pero la reacción de la comunidad vietnamita tampoco me gustó. Ellos no entienden que esto es Estados Unidos, un país libre. Ese tipo puede ser un completo idiota, pero tiene el derecho a hacer lo que quiera. Tengo entendido que los vietnamitas llamaban a la radio y pedían que fuera la policía y quitara la foto y la bandera. La policía no puede hacer eso. La protesta se recrudeció y hubo casos de violencia.

Pero la reacción de los estadounidenses tampoco fue acertada. Ellos meten a todos en el mismo saco. Decían cosas como: «No puedo entender por qué “esta gente” protesta y causa tantos problemas». Los sentimientos de los manifestantes no tuvieron ningún apoyo de la comunidad estadounidense y ellos tenían tanto derecho a manifestarse como ese tipo a colgar la foto de Ho Chi Minh. Puedo no estar de acuerdo con su punto de vista, pero puedo entenderlo, porque si salgo a la calle cualquier persona mayor con la que me

cruce puede nombrar a familiares o amigos que murieron en la guerra de Vietnam. Y dejo de lado el hecho de que tuvieron que abandonar su país para venir aquí, que es bastante traumático.

Lo único bueno del episodio del videoclub es cómo terminó. La policía no le podía echar mano al tipo por la foto, pero tenían que hacer algo para solucionar la cuestión porque había riesgo de violencia. Pero terminaron cogiéndole por pirateo. No podían agarrarle de frente, así que, a la manera estadounidense, le atraparon por algo técnico. De hecho, éste es un buen ejemplo de cómo puede funcionar el sistema en Estados Unidos.

La primera vez que me topé con la guerra de Vietnam fue en las películas de Hollywood: *Platoon, Apocalipsis Now, La colina de la hamburguesa*. Fue una manera triste de llegar a mis propias raíces. Hollywood siempre retrata la guerra como una guerra de estadounidenses frente a vietnamitas, así que cuando era pequeño me preguntaba: «¿Soy el enemigo?». Nunca te enterarías a partir de esas películas de que había una guerra civil entre vietnamitas.

Me avergonzaba por la imagen que retrataban de los vietnamitas. Es decir, si se quiere mostrar la dureza de la guerra, ¿por qué no mostrar a una familia vietnamita que pierde al hijo menor por las mismas razones que un soldado estadounidense perdía la vida? No muestran cómo se dividieron las familias vietnamitas, o cómo lucharon unos vietnamitas contra otros. Ni tampoco fotos de personas que imploraban refugio lejos de la guerra.

Nunca se muestra esto. Cuando era niño había una actitud patriótica pro estadounidense del tipo «no os olvidéis de Vietnam», y toda esa actitud del ejército de «matemos a todos y solucionemos el problema más tarde». Creo que eso es lo que se desprende de los retratos de Vietnam que muestra Hollywood.

Cuando pienso en Ho Chi Minh o en el comunismo no siento odio. El comunismo es simplemente una idea política diferente. Creo que ambos bandos lucharon por lo que creían que era bueno para el país. Pero los seres humanos toman esos ideales y los distorsionan, o se vuelven ciegos y lo único que les queda es disparar a la persona que tienen delante.

Inmediatamente después, la abuela de Thai entra en la habitación y dice: «Perdone, si quiere saber sobre la guerra de Vietnam le está preguntando a la persona equivocada. Se fue de Vietnam cuando tenía un año. No sabe nada. Toda mi familia está en el ejército. Uno de mis hijos desapareció en combate y a mi marido lo mataron los comunistas. Murió cuando tenía cuarenta y dos

años, en 1960». Thai le da unos golpecitos a la silla que está a su lado. «Ven, siéntate aquí, abuela. Tienes mucho que contar». Ella sonríe, pero continúa de pie en el umbral. Se dirige a su nieto y continúa: «Lo que tú dices no es cierto, porque estás aquí. Tienes suficiente comida. Tienes un coche. Nunca has perdido nada. Si estuvieras en mi país estarías barriendo la calle. Los hijos de los comunistas van a la universidad, pero tú no podrías». Deja la habitación y Thai continúa.

Como puedes comprobar, para mi abuela es un tema muy apasionante. Estamos totalmente en desacuerdo. El sentimiento de mi abuela es que los comunistas conquistaron a nuestra generación, porque ya no los odiamos. Todo el sufrimiento que les rodeaba, todo lo malo que les ocurría, para ellos era culpa de los comunistas. Al marido de mi abuela le dieron una paliza delante de ella. Y uno de sus hijos desapareció. Se percibe como si la culpa de todo eso fuera de los comunistas. Para mí no son los comunistas los que están en la raíz de todo mal, sino la guerra.

TIM O'BRIEN

«No puedes hablar con quien demonizas».

Después de graduarse en la universidad, en 1968, Tim O'Brien se alistó en el ejército y lo enviaron a Vietnam como soldado de infantería en la División Americal. Su compañía a menudo patrullaba las tierras bajas de la zona de la costa, en la provincia Quang Ngai, al sur de Danang, donde un año antes había ocurrido la masacre de My Lai. En Vietnam escribió unos relatos cortos sobre sus vivencias, que luego fueron la base de su primer libro, Si muero en zona de combate *(1973). Quizá sea el escritor estadounidense más aclamado en ficción sobre la guerra de Vietnam. También es autor de* Going After Cacciato *(1978),* The Things They Carried *(990), y* En el lago de los bosques *(1994). Habla con suavidad, con una cadencia deliberada y poco pretenciosa que delata su origen, el pequeño pueblo de Minnesota donde creció.*

Nunca pensé que fuera a ser escritor de guerra. En última instancia, mi objetivo es hablar a todo el mundo sobre el alma bajo presión, la increíble presión espiritual que supone intentar hacer lo correcto en circunstancias difíciles. No escribo sobre maniobras, bombardeos o el funcionamiento de las armas. No explico cuál es el mecanismo de las emboscadas y las patrullas. Esos temas me aburren. Me aburrían incluso en Vietnam. Estaba demasiado abrumado por el sentimiento de estar haciendo algo realmente malo como para estar interesado en los aspectos técnicos del ejército. Además, estaba

demasiado aterrado.

Pasábamos el día caminando de pueblo en pueblo a través de campos de arroz, sin ningún sentido ni misión ni propósito. Nos levantábamos e íbamos a un pueblo, lo rastrillábamos y nos marchábamos. Podía morir alguien o no, y al mes siguiente volvíamos al mismo pueblo y repetíamos la jugada. Era como caminar en círculos, no conseguíamos nada. No ganábamos mentes ni corazones y no ganábamos sobre el terreno. No se sabía a quién había que disparar a no ser que dispararan ellos primero. El enemigo parecía estar por todas partes y a la vez en ningún lugar.

Era como estar en el país de las maravillas. Todo nexo con la realidad desaparecía. Acabo de terminar de escribir algo sobre lo que nunca había escrito antes. Habían disparado a un chico estadounidense. Estaba moribundo y murmuraba la misma palabra una y otra vez. La mayor parte de la gente diría «mamá» o «papá», como en un camino de regresión a la infancia. Este muchacho repetía la palabra «siempre» una y otra vez. Aunque quizá dijera «nunca». Pero sonaba a siempre y continuó repitiendo la palabra una y otra vez. Éste es el tipo de recuerdos que nunca podré entender por completo. Conocíamos muy pocas respuestas en Vietnam, y treinta años después las ambigüedades me despiertan en mitad de la noche. Veo el pecho de ese chico hirviendo, la sangre le brota por la boca y oigo la palabra «siempre».

Estaba en la provincia de Quang Ngai, en medio de la ruina provocada por los bombardeos. Toda la provincia estaba devastada. La masacre de My Lai no era más que una parte del desastre. En el momento en el que estuve, hacia 1969, nuestros bombardeos y el fuego de artillería habían destruido el 90 por 100 de las viviendas. Los pueblos a veces estaban casi desiertos. Debido a un programa de pacificación habían trasladado a la población de las aldeas a campos de refugiados. En muchos pueblos no vivían más de veinte o treinta personas, la mayoría gente mayor y del Vietcong. Nos odiaban de verdad. Era evidente. Se podía ver el rencor en los ojos de todos.

La historia de My Lai salió a la luz cuando yo estaba allí. Recuerdo que todos decían: «Primero, que no sucedió, no pudo haber sucedido, y, segundo, que aunque hubiera sucedido, se lo merecían. Todos son el enemigo. Bebés y ancianas, todos son del Vietcong y merecen morir». Entonces me disgustaba, aún hoy me enfurece y me hace sentir muy triste. Quizá desviar la mirada de las propias miserias sea una característica universal. A los estadounidenses nos resulta fácil ser autocomplacientes con nuestro país, pero no hay mucho por lo que alegrarse en lo que respecta a Vietnam.

Prácticamente todos los que conozco que por una razón u otra no fueron a la guerra y se quedaron en el país dicen lo mismo casi sin excepción. «Me perdí la gran experiencia de mi generación», se lamentan. No hablan de si la guerra estaba bien o mal, sencillamente parece que se perdieron algo. «Os habéis perdido que os explotaran las piernas y tener pesadillas por el resto de vuestras vidas. Os habéis perdido el horror», les digo invariablemente. Suelen asentir con la cabeza, pero puedo ver que para sus adentros piensan otra cosa. Pasan un mal rato planteándose qué es lo que se perdieron, pero eso tiene que ver con la idea estadounidense de hombría, de aventura y con un sentimiento de culpa. Hay una culpa que no acarrean sólo los veteranos, sino que acarrea todo el país. La verdad es que no los libero de su culpa. Yo tengo la mía propia.

He ido a Canadá a hacer lecturas y he conocido a gente que dejó el país durante la guerra. Muchos se avergüenzan por haberse ido. Se siguen preguntando lo que se preguntaban entonces: ¿lo hice porque me oponía a la guerra? ¿Era por cobardía o por conciencia? Esto nos mortifica a todos: a los que fuimos a Vietnam, a los que fueron a Canadá y a aquellos que se libraron por algún tema legal. Mortifica a todos porque nadie quiere morir, ni siquiera en una guerra justa. Pero en Vietnam éramos muchos los que no queríamos estar allí y muchos no tuvimos la valentía de hacer lo que hicieron los opositores. Hace falta mucho coraje para cruzar la frontera y dejar atrás a tus padres, tu hogar y tu novia. Lo que parecía un acto de cobardía para los republicanos de Reagan requería una valentía que yo no tenía. Aunque estuviera en contra de la guerra, no tuve las agallas necesarias para escapar. Antes de ir a Vietnam estuve en Fort Lewis y planeé ir a Vancouver. Estuve muy cerca de marcharme. Pero al final terminé yendo a Vietnam para proteger mi reputación y por un tema de autoestima. Sin embargo, los que fueron a Canadá tuvieron la valentía moral de tomar la decisión que sabían que les perseguiría durante el resto de su vida.

Me asombra la ignorancia que hay entre los jóvenes sobre la guerra en las aulas de los institutos y en las universidades. Tienen una idea muy vaga, han visto *Apocalipsis Now* o alguna de las otras películas, pero ignoran lo que estaba en juego entonces y lo que sigue estando en juego hoy día. Saben muy poco. No creo que sea su culpa, más bien es culpa de los profesores o del plan de estudios. Me han dicho muchas veces que los períodos escolares pasan rápido y que enseñan Vietnam en un día. ¡Y es una historia larga y compleja! Hay que remontarse mucho tiempo atrás para realmente comprenderla.

«El único libro que he leído es *The Things They Carried*», me dicen algunos jóvenes. «¿Te refieres a que es el único que has leído sobre Vietnam?», les pregunto, y me contestan: «No, es el primer libro que he leído en mi vida». Me hace sentir mal porque para entender mis libros hace falta saber un poco de historia. De lo contrario, ¿qué significan las dudas que tienen los personajes, de qué se escapan y por qué creen que es tan horrible? Es como leer *Red Badge of Courage*. No será tan rico ni tan comprensible si no se sabe nada sobre la guerra civil. Cuando escribo doy por sentado que la gente sabe algo de historia.

«La gente se ha sentido muy molesta las pocas veces que he hablado desde el 11 de septiembre. En gran medida, los acontecimientos que siguieron al 11 de septiembre me recuerdan a la fase inicial de la guerra de Vietnam. Si uno se pronunciaba en contra de la intervención militar en Afganistán, era un comunista, un pacifista y un marica. Así es como me sentí después del 11 de septiembre. Hoy día es muy difícil decir lo que se piensa. Vale aclarar que ni por un momento estoy aprobando el acto del World Trade Center y obviamente creo que fue algo deleznable, pero he de decir que siempre demonizamos a nuestros enemigos como si fueran bárbaros y locos. Ver a Bin Laden y a Bush es como ver a dos niños de seis años. Uno dice eres un infiel, el otro le dice eres el mal. Pero esto no nos lleva a ningún sitio. Impide la posibilidad de debatir. No puedes hablar con quien demonizas. Digo esto y se me echan encima».

HUU NGOC

«Ya no odiamos a los estadounidenses».

A los ochenta y dos años, Huu Ngoc sube con facilidad los dos tramos de escaleras hasta la sala de reuniones de la editorial Gioi, en Hanoi. Mientras un asistente sirve té, el anciano escritor se inclina hacia delante y apoya las manos sobre las rodillas. Su vista está fallando, aunque no su mente. No hace falta un intérprete, ya que el inglés está entre los cinco idiomas que habla con fluidez. «En Vietnam me apodan el "importador y exportador de la cultura" porque escribo libros para mostrar la cultura vietnamita en el extranjero y para introducir culturas foráneas en Vietnam».

Al final de la segunda guerra mundial, sentíamos gran simpatía por Estados Unidos y nuestro sueño era que reconociese la independencia de Vietnam. Pero nuestra simpatía fue desapareciendo a medida que Estados Unidos ayudó a los franceses a recuperar Indochina. Aprendimos a odiar a los estadounidenses, especialmente después de 1954, cuando apoyaron Ngo Dinh

Diem.

Durante los bombardeos estadounidenses de los años sesenta evacuamos a mis tres hijos a un pueblo por el río Rojo, a unos treinta kilómetros de Hanoi. Mi hija mayor tenía doce años cuando la sacamos de allí. En una de las cartas que me escribió decía algo como «los estadounidenses han bombardeado un pueblo vecino. Vimos fuego y pensamos que habían bombardeado Hanoi. Todos nos preguntamos si las bombas habrían alcanzado a nuestros padres. ¿Seguís con vida o no? Odiamos a los estadounidenses».

Como era periodista, en ocasiones podía viajar de Hanoi al pueblo donde estaban mis hijos. Fue más duro para mi mujer, que estaba en la selva estudiando medicina. Pero un día ambos pudimos ir a visitar a los niños y hacer una reunión familiar. Como durante la guerra teníamos muy poco para comer, llevé un pastel de arroz como obsequio. Era así de grande [muestra su puño]. Le pasé el pastel a mi mujer. Ella se lo pasó a mi hija. Mi hija se lo pasó a su hermano menor. El hermano menor se lo pasó al más pequeño. Y, por fin, el más pequeño me lo pasó a mí. Todos estábamos hambrientos, pero ninguno quería darle el primer bocado. La guerra nos había unido. Ni los niños de doce, diez y ocho años pensaban en ellos mismos primero.

Creo que el abismo entre los vietnamitas y los estadounidenses está desapareciendo. El sentimiento de odio es muy débil. Una razón es que a través de la historia Vietnam ha aprendido a convivir con su vecino gigante: China. De hecho, en el siglo II a. C., China conquistó el primer Estado vietnamita y nos dominaron durante mil doscientos años. Cada vez que echábamos a los invasores, tratábamos de hacer tratos con ellos. Les dábamos oro y tierras. Al mismo tiempo tratábamos de aprender de ellos todo lo que enriqueciera nuestra cultura. Así pues, siempre había un doble movimiento de repulsión y atracción. Si quieres aprender algo de tus antiguos enemigos, no los puedes odiar. Ésta es la política del débil.

Otra de las razones por las que ya no odiamos a los estadounidenses es debido a las enseñanzas de Ho Chi Minh. Nos enseñó a distinguir entre el pueblo y los responsables de la guerra, Ho evitó que llegáramos a ser chauvinistas, ultranacionalistas. Por supuesto que los vietnamitas sufrieron, por supuesto que lloraron sus muertos, pero en general veían la diferencia entre los soldados comunes y sus comandantes.

Me temo que para la mayoría de los estadounidenses Vietnam sigue teniendo la cara de la guerra. Para construir un puente cultural debemos

mostrarles el espíritu y el alma de Vietnam, la cara de la paz. Creo que la fortaleza de la cultura vietnamita está en que enfatizamos sobre el lado espiritual de la vida y en que vivimos por los demás. Pero también es nuestra debilidad. Si se tiene una mentalidad demasiado colectivista, no nos podremos desarrollar individualmente. En Estados Unidos, el lado materialista de la vida tiende a prevalecer y las personas se rigen por el individualismo. Así que debemos conjugar lo mejor de ambas culturas. Por casualidad he leído esto. [Sujeta un ejemplar de *Martes con mi viejo profesor*, un éxito de ventas que trata sobre un ex alumno que visita a su profesor moribundo] En este libro el autor realza la importancia de la compasión, de dar más que recibir. Es un libro que un vietnamita habría estado orgulloso de escribir.

WAYNE KARLIN

«El tejado que aún no se ha construido».

Además de ser novelista y profesor, Wayne Karlin es coeditor de The Other Side of The Heaven*, una antología que recopila escritos de veteranos de todos los bandos de la guerra. En 1966 y 1967 voló, como miembro de la tripulación de un helicóptero, sobre las provincias de Quang Triy Quang Nam. Volvió a Vietnam por primera vez en 1994.*

En la bahía de Ha Long, hay un pueblo que se llama Hong Gai. En la Nochebuena de 1994, fui allí y conocí a varios escritores vietnamitas, todos veteranos. Nos presentábamos entre nosotros preguntándonos: «¿Dónde estabas durante la guerra y cuándo estuviste allí?». Era como si tratáramos de averiguar si alguna vez habíamos intentado matarnos. En un momento dado comenzamos uno de esos juegos para beber. Íbamos en círculo y cada veterano tenía que beberse una cerveza de un trago. Estaba sentado al lado de un tipo que había manejado un mortero en Quang Tri. Hicimos varias rondas y cuando le tocó a él, parecía estar realmente molesto. No hablaba nada de inglés, así que me miraba y se golpeaba la cabeza, señalaba la cerveza y decía: «Quang Tri, Quang Tri». Comprendí de inmediato por qué no podía beber. El alcohol lo despertaba y él no quería despertar. Así que me bebí su cerveza por él. Fue como un acuerdo tácito entre los dos.

Finalmente uno propuso ir a la catedral. En la cumbre de una montaña cercana hay una catedral católica que fue bombardeada en la guerra. No queda nada más que la estructura. Aunque haya muy pocos cristianos, el día de Nochebuena todo el pueblo va en procesión hasta la catedral. Lanzan fuegos artificiales, encienden velas y las colocan en el altar.

Estaba bastante ebrio. Había fuegos artificiales por todas partes. Era noche cerrada y comencé a tener la sensación de que todos me empujaban. Era el único occidental. Me empezaron a pasar por la cabeza imágenes de los prisioneros de guerra yendo por Hanoi mientras la multitud les gritaba. Empecé a perder la cabeza. De repente, el tipo de Quang Tri y otro veterano me sujetaron por los brazos y me agarraron bien las manos. Los otros formaron un círculo protector alrededor de mí. Podían ver lo que sucedía, ellos también habían estado en la guerra. Así pues, agarrados del brazo, subimos la colina.

Estaba recordando la historia que uno había relatado un rato antes. Contó que formaba parte de un equipo antiaéreo que derribó un avión estadounidense. Quizá sea por esto que me vino a la mente la imagen del prisionero de guerra. Él había estado en el grupo que fue al rescate del piloto que había caído al agua, cuando los lugareños lo querían matar. Así fue como me sentí.

La catedral estaba completamente en ruinas. Le faltaba todo el tejado. Parecía un símbolo de todo lo que aún persiste de la guerra. Queda mucho sin resolver de la guerra, las verdades más duras y el daño que necesita ser afrontado y reconocido, la humanidad que no pudimos y todavía necesitamos ver. Ése es el tejado que aún no se ha construido. Por otro lado, al estar con esos hombres que me subieron a la colina, sentí que eso era lo que me hacía falta para comenzar.

DUONG TUONG

«Porque el amor es más fuerte que la hostilidad».

«No soy bueno contestando preguntas». Duong Tuong es escritor, traductor y crítico. Durante la guerra estadounidense trabajó para la Agencia de Noticias de Vietnam y para la comisión encargada de investigar los crímenes de guerra de Estados Unidos. Sus respuestas son breves y epigramáticas. Cuando le pregunto por sus sentimientos hacia Ho Chi Minh, dice: «Creo que no es muy diferente a lo que siente cualquier vietnamita: amor y respeto». No se extiende más.

«Creo que Estados Unidos estaba apoyando el régimen que creía que era mejor que el comunismo. Pero, de hecho, estaba podrido. Los soldados estadounidenses que enviaron a Vietnam también fueron víctimas. Su gobierno les mintió. No sabían para qué estaban luchando», dice en cuanto a su antiguo enemigo.

En 1995 fue a Estados Unidos y visitó el monumento a los veteranos de Vietnam. Se sentó, escribió un poema en inglés y lo dejó en la base del muro.

En el muro de Vietnam

porque nunca te conocí

ni tú a mí

aquí vengo.

Porque dejaste atrás a tu padre y madre

y prometida

y yo a mi mujer y niños

aquí vengo.

Porque el amor es más fuerte que la hostilidad

y se pueden construir puentes sobre los océanos

aquí vengo.

Porque nunca regresaste

y yo sí

aquí vengo.

Agradecimientos

Todos los escritores necesitan ayuda, pero los historiadores de transmisión oral realmente acumulamos deudas enormes. He dependido de la generosidad de cientos de personas, empezando por los que accedieron a ser entrevistados. Trabajar con tantos colaboradores, todos ellos fascinantes, fue un privilegio y un placer. Me enseñaron mucho más de lo que podía haber esperado incluir en un solo libro. Acortar las trescientas cincuenta entrevistas que realicé fue una de las tareas más duras. Muchos relatos fueron excluidos no porque estimara que tuvieran menos valor que los que he incluido, sino simplemente para dar una extensión razonable al libro. Todos los que me hablaron sobre sus vidas cuentan con mi más profundo agradecimiento.

En la primera de las cuatro visitas que hice a Vietnam tuve la gran suerte de viajar con David Thomas, un veterano de la guerra de Vietnam y fundador y director de la Asociación Indochina de Arte. David es un embajador cultural generoso y con talento que me dio consejos inestimables amparados en sus quince años de trabajo en Vietnam. También recibí la ayuda vital de Lady Borton. Lady ha dedicado gran parte de su vida a servir en Vietnam. Fue por primera vez en 1969 como voluntaria del Comité de Servicio de Amigos Norteamericanos y recientemente como directora del Servicio Cuáquero en Hanoi. Me dio muchos consejos sabios que facilitaron mi relación con la Asociación de Amigos Vietnam-Estados Unidos (Viet-May), la organización que financió mi trabajo en Vietnam.

Viet-May organizó decenas de entrevistas, me proporcionó traductores, hoteles y transporte e hizo que mi estancia en Vietnam fuera productiva y placentera en muchos otros sentidos. Estoy especialmente en deuda con Hoang Cong Thuy y Nguyen Van Huynh, dos colegas que me han estimulado, han sido agradables anfitriones y ahora amigos. Thuy hizo la mayor parte del trabajo de traducción que necesité junto con Dao Ngoc Ninh, cuyo interés por la historia militar vietnamita fue de gran ayuda en muchas entrevistas. También recibí valiosa asistencia por parte de los siguientes miembros de

Viet-May: Phan Thi Quynh, Luu Van Minh, Ha Van An y Nguyen Thi My Hoa. He de agradecer también a mis amigos vietnamitas Ho Le Dzung, Ho Anh Thai, Nguyen Thi Phuong Duyen, Nguyen Tran Ha y Le Tuan Tien, su compañerismo y apoyo.

En Estados Unidos, Dung Ngoc Duong, un excelente lingüista e intelectual, hizo la última traducción escrita de mis entrevistas. Durante los días que trabajamos juntos, su perspicacia e ingenio fueron una fuente de revelación y deleite constante.

Kevin Bowen, el director del Centro William Joiner para el Estudio de la Guerra y las Consecuencias Sociales, en la Universidad de Massachusetts, en Boston, y su colega, Nguyen Ba Chung, contestaron con paciencia a muchas consultas y siempre fueron comprensivos. Chung también me sirvió con gentileza como traductor en una entrevista clave de último momento.

En 1999, Jim Blight de la Universidad de Brown, haciendo muestra de una notable generosidad, me invitó al centro White Oak a participar en una conferencia sobre la guerra, donde también acudieron Robert McNamara y antiguos diplomáticos vietnamitas.

Mis viajes han requerido de muchas noches de hotel, pero en el trayecto he recibido comida, hospedaje y ánimos de muchos amigos y familiares como Bert Allen, Steve Baumann, Amy Bloom, Alex Bloom, Kevin y Moira Craw, Mike and Sharon Craw, George Evans, Steve Foell, Nancy Garrity, Allison Kempe, Peter Kuznick, Steve y Anne Lynch, Dugan Mahoney, Martha Martin, Martha Newcomb, De Pham y Peter Vu.

Prácticamente todos con los que hablé me hicieron valiosas sugerencias sobre a quién entrevistar. Gracias en particular a algunos intermediarios importantes: David Addlestone, Paul Baumann, Kevin Buckley, Greg Burham, Susan Faludi, Jim Fisher, Joe Galloway, Tom Geoghegan, Mark Godfrey, Bill Grace, Wayne Karlin, Jack Langguth, Nguyen Qui Duc, Jim Peck, Trang Tuong Nhu, Bob Whitt, Elizabeth Wood y Jack Wright.

Tengo una gran deuda con todos los intelectuales, periodistas, novelistas y poetas que han producido una literatura tan rica sobre la guerra. Algunos de sus relatos están incluidos en este libro. No puedo hacer una lista de todos los escritores que me han brindado información para su preparación, pero varios de los autores que menciono a continuación han sido especialmente importantes: Bao Ninh, Elizabeth Becker, Larry Berman, Kai Bird, Lady Borton, Robert Brigham, Robert Olen Butler, Noam Chomsky, William

Duiker, Duong Van Mai Elliot, Larry Engelmann, Duong Thu Huong, Paul Hendrickson, Bernard Fall, Frances Fitzgerald, Bruce Franklin, Lloyd Gardner, James William Gibson, Graham Greene, David Halberstam, Daniel Hallin, Le Ly Hayslip, Michael Herr, George Herring, Seymour Hersh, David Hunt, Arnold Isaacs, George Kahin, Stanley Karnow, Jeffrey Kimball, Le Luu, Fredrik Logevall, David Marr, Bobbie Ann Mason, Edwin Moise, Andrew Lam, John Prados, William Prochnau, Neil Sheehan, Ronald Spector, Sandra Taylor, Karen Turner, William Turley, Roger Warner, Bruce Weigl y Marilyn Young.

Kana Dower transcribió con habilidad decenas de entrevistas, me salvó de muchas horas de trabajo y me dio libertad para seguir entrevistando a gente. Hacia el final, Nick Turse vino en mi ayuda e hizo oportunas verificaciones.

Mi agente, Flip Brophy, sabía mejor que yo lo enorme que iba a ser este proyecto y me permitió completarlo sin caer en la bancarrota.

Desde el principio, conté con editores extraordinarios. Wendy Wolf, editora ejecutiva en Viking, fue quien inicialmente propuso la idea de escribir una historia oral exhaustiva de la guerra de Vietnam y siempre le estaré agradecido por confiar en que yo pudiera hacer un trabajo digno. Sin su inspiración y sus acertados consejos de editora, este libro simplemente no existiría. Mis agradecimientos también para Faren Bachelis, el corrector de estilo de Viking, y a la editora de la producción Sharon L. González por su habilidad para convertir el manuscrito en un libro terminado, y a Jeffrey Ward por diseñar los mapas.

La reputación de Tom Engelhardt, mi principal editor y buen amigo, como uno de los mejores editores del mundo es totalmente merecida. Ante su generosidad, talento investigador y detallismo, no pude sino esforzarme al máximo. Sobre todo, Tom tiene la extraña capacidad de sumergirse en el trabajo del autor sin querer apropiárselo.

Algunos amigos cercanos merecen un agradecimiento especial: Barry O’Connell, mi gran maestro y principal fuente de inspiración de todo mi trabajo. Clark Dougan, mi colega más cercano, con cuyo buen juicio he contado para éste y muchos otros proyectos. Fred Marchant, amigo íntimo durante mucho tiempo, cuya comprensión y apoyo nunca he reconocido adecuadamente. Gloria Emerson, la madrina de este libro, que me dice qué hacer, y encuentra una manera de quererme cuando yo no la encuentro, y Alex Green, John Foran y Chris Keller, viejos amigos que desde el principio

estuvieron a mi lado y se quedaron conmigo para siempre.

Mi último y más importante agradecimiento es para mi familia. Meri, mi mujer, ha sobrellevado repetidas ausencias, algunas en tiempos difíciles, mientras atendía su exigente profesión en educación para la prevención de incendios. Durante todo el proceso, me ha apoyado con su amor y con su convicción en la importancia de este libro. Nuestros hijos, Nathan y Henry, lo supieron sobrellevar con su habitual alegría y, en el ínterin, se han convertido en dos hombrecitos jóvenes y fuertes. Los tres me dieron más fuerza de lo que creen o yo pueda expresar.

Karen Baumann, mi hermana y primera crítica literaria, fue, como siempre, una mente de ánimo y buen humor. Nuestro padre, un marine que manejaba un bombardero en la segunda guerra mundial, rara vez habló de su guerra. Pero antes de morir, en 1990, dejó claro que la curiosidad por otras vidas podía ser la base de una carrera valiosa. Mi madre siempre me ha alentado. Pero sólo ahora, en la madurez, soy plenamente consciente de lo mucho que su amor y talento artístico han inspirado mi trabajo. A ella le dedico este libro.

CHRISTIAN GERARD APPY (5 de abril de 1955, Atlanta, Georgia, EE. UU). Es doctor en Civilización Americana y ha dado clases en la Universidad de Harvard y el MIT, donde fue Profesor Asociado de Historia. En la actualidad es profesor en la Universidad Amherst de Massachusetts.

En 1964, su familia se trasladó a Westport, Connecticut, donde asistió a la escuela pública y se graduó en el Staples High School en 1973. En la universidad de Amherst, promoción de 1977, se especializó en Estudios Americanos y escribió una tesis sobre los mineros de carbón de los Apalaches. Se doctoró en Historia de la Civilización Americana en la Universidad de Harvard en 1987. Su tesis recibió el premio de tesis Ralph Henry Gabriel, de la Asociación de Estudios de Americanos. Esa tesis se convirtió en su primer libro, *Working Class War: American Combat Soldiers and Vietnam* (2000).

Appy dio clases en la Universidad de Harvard y el MIT antes de aceptar un puesto en el Departamento de Historia en la Universidad Amherst de Massachusetts, en 2004. Su libro *Patriots: The Vietnam War Remembered from All Sides* (*La guerra de Vietnam*, 2003) es ampliamente usado por los estudiantes universitarios que estudian la guerra de Vietnam, debido a su singular punto de vista y a la visión casi completa de los involucrados en la guerra. Por él ganó el Massachusetts Book Award de 2004 para obras no ficción. En 2013, recibió el University of Massachusetts Distinguished

Teaching Award.

Notas

[1] El general William C. Westmoreland fue el comandante supremo de las fuerzas estadounidenses en Vietnam de 1964 a 1968. <<

[2] El ejército estadounidense dividió Vietnam del Sur en cuatro regiones militares. Al Primer Cuerpo le correspondían las cinco provincias ubicadas más al norte. <<

[3] Los guerrilleros del Vietcong atacaron con morteros y mochilas de explosivos el campamento Holloway, una base aérea cercana a la ciudad de Pleiku. Mataron a nueve americanos, hirieron a 126 y destruyeron diez aviones estadounidenses. Fue el asalto que más daño produjo a una posición estadounidense en Vietnam. Como respuesta, Lyndon Johnson ordenó la *Operación Dardo Llameante*, y varios políticos estadounidenses entendieron el ataque del Vietcong como un pretexto para un bombardeo sistemático de Vietnam del Norte. Pero como dijo McBundy, «los Pleiku son como los tranvías: si pierdes uno siempre puedes tomar el siguiente». <<

[4] Tuvo lugar en noviembre de 1965 y fue la primera batalla importante entre fuerzas estadounidenses y norvietnamitas. <<

[5] El relato de Duong Thanh Phong figura en el capítulo 19. <<

[6] El almirante Hyman Rickover se hizo famoso en los años cincuenta por su defensa de los submarinos nucleares. <<

[7] En la que la Guardia Nacional de Ohio disparó sobre una manifestación de estudiantes matando a cuatro de ellos e hiriendo a otros nueve (N. del T.). <<

[8] Aunque el Deer Team ya no estaba en Hanoi, unos cuantos estadounidenses, entre ellos el mayor Archimedes Patti, asistieron a la ceremonia de la plaza Ba Dinh el 2 de septiembre. <<

[9] El libro al que se refiere Daniel Redmond es Silent Spring, un alegato muy difundido contra el uso de pesticidas como el DDT, publicado en 1962. <<

[10] La marina investigó a Dooley por su homosexualidad y lo expulsó en 1956. Sin embargo, su publicidad sobre la misión estadounidense en Vietnam había tenido tanto éxito que la CIA decidió volver a enviarlo allí como civil. Creó clínicas en Laos bajo el auspicio del Comité Internacional de Rescate y murió de cáncer en 1961. <<

[11] Cómic de guerra y aventuras creado en 1934 por Milton Caniff, que se publicó hasta 1973. <<

[12] Falsa muestra de una prosperidad inexistente. El término deriva de la historia de Rusia del siglo XVIII, cuando el príncipe Grigori Potemkin construyó pueblos artificiales de una sola calle con una animada multitud para impresionar a la zarina Catalina II. <<

[13] Vann estuvo por primera vez en Vietnam en 1962-1965 como teniente coronel y asesor de una división del Ejército de la República de Vietnam en el delta del Mekong. Aunque siempre creyó en la victoria estadounidense, adquirió fama entre los periodistas, los políticos y el mando militar por sus virulentas críticas a su estrategia militar, incluido el uso indiscriminado de una capacidad de fuego abrumadora. En 1963 fue destituido y abandonó el ejército, pero en 1965 volvió a Vietnam como civil para trabajar en programas de pacificación. En 1971 se le otorgó el mando de las operaciones militares en las Tierras Altas con un rango equivalente al de general. Murió en un accidente de helicóptero en 1972 y se convirtió en protagonista del *best-seller* de Neil Sheehan *Una mentira brillante*. <<

[14] La adopción del «personalismo» por la familia de Ngo dio lugar a la creación de un partido político llamado Can Lao (*Partido Laborista Personalista Revolucionario*). Lo dirigía el hermano de Diem, Nhu, y el número de sus afiliados no llegaba a cincuenta mil, en su mayoría militares católicos y empleados estatales. Controlaba un amplio aparato de espionaje y una policía secreta que usaba para intimidar y aterrorizar a sus opositores. <<

[15] Rostow era entonces subdelegado especial para asuntos de seguridad nacional, y más tarde fue el asesor en seguridad nacional del presidente Johnson. El equipo de Kennedy se fijó en él por sus trabajos como economista en el MIT durante la década de 1950, en los que proponía un rápido desarrollo capitalista del Tercer Mundo para construir naciones que pudieran resistir la amenaza del comunismo. En capítulo 11 se recogen las opiniones del propio Rostow. <<

[16] Las palabras exactas de la nota de McNamara eran: «Dean: si me prometes que el Departamento de Estado no volverá a emitir ninguna valoración sin el apoyo de la Junta de Jefes, olvidaremos este asunto. Bob». <<

[17] Johnson convocó esa conferencia para desviar la atención mediática de la audiencia televisada sobre la guerra de Vietnam que iba a ofrecer al mismo tiempo el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, a cargo del senador William Fulbright. <<

[18] Esta idea se basa en las palabras de Clyde Russell, jefe del Grupo de Estudios y Observación de 1964 a 1965, quien a pesar de ser consciente del riesgo no quiso abortar la misión por miedo a que los reclutas revelaran información en el Sur sobre la guerra secreta contra el Norte. «Teníamos que deshacernos de ellos… Nuestra solución fue enviarlos al Norte». Véase Richard H. Schulz Jr., *The Secret War Against Hanoi*, Nueva York, Harper Collins, 1999, p. 105. <<

[19] En 2005 el gobierno estadounidense desclasificó un informe secreto de la Agencia de Seguridad Nacional que confirmaba que el 4 de agosto de 1964 no se produjo ningún ataque norvietnamita contra el Maddox y el Turner Joy. Véase http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB132/relea00012.pdf (N. del T. editado el enlace por el editor digital). <<

[20] La *Operation Rolling Thunder* se mantuvo ininterrumpidamente hasta el 1 de noviembre de 1968. Véase, por ej., http://en.wikipedia.org/wiki/Operation_Rolling_Thunder (N. del T.). <<

[21] Juego de palabras que alude al apellido del senador. «Full bright» significa en castellano «Enteramente inteligente», y «halfbright» sería «medio tonto». (N. del T.). <<

[22] Su objetivo era la promulgación de leyes estatales y federales que combatieran la discriminación en la venta o alquiler de viviendas basada en motivos raciales, religiosos o de nacionalidad. <<

[23] Williams, ex marine, cobró notoriedad a finales de los años cincuenta por organizar clubes de autodefensa armada entre los negros de Monroe, Carolina del Norte, donde presidía la agrupación local de la NAACP. En 1961 huyó a Cuba tras repetidas amenazas de muerte, un tiroteo entre blancos y negros que duró varios días, un procesamiento y una persecución por todo el país. <<

[24] El 23 de julio de 1967 la policía de Detroit atacó un club social donde unas ochenta personas celebraban el regreso de Vietnam de dos soldados. Aquello provocó una semana de saqueo e incendios que destruyeron mil trescientos edificios y dejaron a cinco mil personas sin hogar. El subsiguiente asalto de cinco mil efectivos de la guardia nacional y casi el mismo número de paracaidistas dejó un saldo de cuarenta y tres muertos y más de siete mil detenidos. <<

[25] El artículo apareció el 1 de noviembre de 1965 en el semanario *I. F. Stone Weekly*, reproducido del *Paris-Match*. En él aparece la siguiente cita de un cura francés: «He visto arder mi fe, bombardeada con napalm. He visto cómo saltaban en pedazos los cuerpos de mujeres y niños». <<

[26] Alusión al científico chalado de la película de Stanley Kubrick (N. del T.). <<

[27] Bernard Fall murió en 1967 al pisar una mina mientras cubría una operación de los marines de EE. UU. En 1971, François Sully saltó desde un helicóptero en llamas a 22 metros de altura y murió al cabo de unas horas. Dejó su seguro de vida a los huérfanos vietnamitas. <<

[28] El 21 de noviembre de 1970 un comando del ejército estadounidense trató de rescatar a los prisioneros de guerra del campo de Son Tay, a unos treinta kilómetros al noroeste de Hanoi. El plan fracasó porque meses antes los habían trasladado a otro complejo. <<

[29] En julio de 1970 dos congresistas y un ayudante (el ahora senador Thomas Harkin) fueron conducidos a las jaulas de tigres por Don Luce, quien había estado en Vietnam durante más de una década como director de los Servicios Voluntarios Internacionales. Los esfuerzos de Luce sirvieron para dar a conocer las jaulas a la comunidad internacional. Un año más tarde fue expulsado del país por el gobierno survietnamita. <<

[30] I. F. Stone era un periodista radical nacido en 1907, que escribía sobre todo para el *New York Post* y la revista *The Nation* antes de crear su propio periódico de cuatro páginas, *I. F. Stone Weekly*, publicado desde 1953 hasta 1971. <<

[31] «Resiste» era el eslogan de la Resistencia, una red nacional de desertores. <<

[32] Nacida en China y casada con el general Claire Chennault, comandante de los Tigres Voladores de la segunda guerra mundial, Anna Chennault, partidaria ferviente de Taiwan y Vietnam del Sur y presidenta de las Mujeres Republicanas por Nixon, se encargaba de la recogida de fondos para el partido republicano. <<

[33] La foto de la ejecución pública del prisionero del Vietcong, realizada por Eddie Adams para la *Associated Press*, se convirtió rápidamente en una de las imágenes más conocidas de la guerra. También hubo una filmación del asesinato, captada por la NBC. El general Loan vino a Estados Unidos en 1975, administró una pizzería en Virginia y murió en 1999. <<

[34] «Pig» significa *cerdo* en castellano (N. del T.). <<

[35] Los Weathermen [en castellano, «hombres del tiempo» (N. del T.)], más tarde llamados Weatherpeople, eran una facción de la SDS fundada en 1969, que organizaba células clandestinas para planificar, y a veces ejecutar, actos de violencia revolucionaria <<

[36] My Lai-4, el escenario de la masacre, era una de las seis pequeñas aldeas identificadas como My Lai (1-6) en los mapas del ejército de Estados Unidos. Todas formaban parte del pueblo de Song My. Los habitantes vietnamitas de My Lai-4 llamaban a esta aldea Xom Lang. <<

[37] «Swan Lake» significa «Lago de los cisnes» en castellano (N. del T.). <<

[38] Kissinger había dicho en privado a algunos de sus asistentes la verdad, es decir, que en la invasión también participarían soldados estadounidenses, pero los que lo sabían mantuvieron la confidencialidad durante la reunión. <<

[39] «Night Riders»: término que se usaba en el sur de Estados Unidos para designar a los miembros del Ku Klux Klan (N. del T.). <<

[40] El general Maxwell D. Taylor fue jefe de la Junta de Jefes del Estado Mayor entre 1962 y 1964, y embajador en Vietnam del Sur entre 1964 y 1965. <<

[41] LBJ eran las siglas de Long Binh Jail, pero también eran las iniciales con las que se solía llamar al presidente Lyndon Baines Johnson. <<

[42] Los exploradores Kit Carson eran desertores del Vietcong que formaban parte de las unidades estadounidenses, sobre todo como guías, intérpretes y agentes de inteligencia. <<

[43] En 1948, la Comisión de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes de Washington investigó a Alger Hiss, ex funcionario del Departamento de Estado, por su presunta filtración de documentos secretos del gobierno a la Unión Soviética a finales de la década de 1930. Richard Nixon, entonces congresista, encabezó la investigación. Cuando el caso llegó a juicio en 1950, Hiss fue condenado por falso testimonio. <<

[44] «WASP» son las siglas en inglés de «blanco anglosajón protestante», considerado de la clase privilegiada de Estados Unidos (N. del T.). <<

[45] Cita de la obra Romeo y Julieta de William Shakespeare. Cuando Mercucio muere repite esta frase tres veces para maldecir a las familias cuya rivalidad lo han llevado a la muerte. Esta frase se utiliza para criticar los daños que provocan a terceros las rivalidades entre dos bandos (N. del T.). <<

[46] *El mensajero del miedo* es una película de 1964 que trata sobre un soldado estadounidense al que los comunistas le hacen un lavado de cerebro durante la guerra de Corea y lo envían de vuelta a Estados Unidos para que asesine al candidato presidencial. Angela Lansbury, que hace de la madre del veterano, resulta ser una agente comunista. Puede controlar las acciones de su hijo cuando le muestra la reina de corazones de una baraja de cartas. <<

[47] Los «jardines de la victoria» fueron huertas plantadas durante la primera y la segunda guerra mundial para paliar la escasez de comida (N. del T.). <<